OBRAS, TOMO XI (1920-1921)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO.

En el undécimo volumen de *Obras Escogidas* de V. I. Lenin en doce tomos hemos incluido libros, artículos y discursos suyos del período comprendido entre mayo de 1920 y marzo de 1921. En ellos, Lenin prosigue el estudio de los problemas más importantes de la edificación del socialismo, así como del movimiento comunista y obrero mundial.

El acontecimiento más relevante de dicho período en el movimiento obrero mundial fue el II Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en el verano de 1920.

Fue aquél un período de avance impetuoso del movimiento revolucionario internacional, durante el cual se incorporaron a la lucha nuevas y nuevas masas de trabajadores, aumentaron con rapidez la conciencia política y la cohesión de la clase obrera, surgieron y se afianzaron numerosos partidos comunistas.

Al mismo tiempo, en el movimiento comunista, en rápido crecimiento, se manifestaron dos peligros, que amenazaban con desviar del camino certero la lucha emancipadora del proletariado. De una parte, el oportunismo de derecha, el socialreformismo y el revisionismo; de otra, el oportunismo "de izquierda", que representaba una desviación de la teoría y la práctica del marxismo hacia el anaroosindicalismo y empujaba a los partidos comunistas a la senda, funesta para ellos, del aislamiento de las masas trabajadoras.

Lenin escribió en abril y mayo de 1920, con vistas al II Congreso de la Internacional Comunista, su libro genial *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo.* Esta obra, con la que comienza el presente torno, ponía en guardia a los comunistas contra los errores sectarios, dogmáticos y de otro carácter; enseñaba el arte de la acertada dirección política y, en primer término, la capacidad de luchar por las masas, de ganarlas ideológicamente para la causa de la vanguardia proletaria. En el libro se analizan, desde ese punto de vista, problemas trascendentales del movimiento obrero de Rusia. Las tesis y las conclusiones fundamentales de esta obra sirvieron de base a los acuerdos del II Congreso de la Internacional Comunista, cuyos documentos completaron y desarrollaron los postulados expuestos en *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo.* Lenin analiza en su libro las fuerzas motrices y las perspectivas del proceso revolucionario mundial, argumentando, a la vez, los principios programáticos, orgánicos y tácticos del movimiento comunista internacional.

Varios trabajos incluidos en este tomo esclarecen problemas relacionados con la guerra polaco-soviética, que fue, en el fondo, una nueva cruzada de la Entente contra la República de los Soviets. Ayudar al frente: tal era la tarea fundamental que Lenin señalaba en aquellos momentos, difíciles para el país, a todas las organizaciones sociales, del partido y de la economía. Los problemas de la guerra polaca fueron discutidos circunstanciadamente en la IX Conferencia del PC(b) de Rusia y en la II Conferencia de toda Rusia de organizadores responsables del trabajo en el campo, celebrada el 12 de junio de 1920.

La mayor parte de las obras que figuran en este tomo fueron escritas después de terminar la guerra civil, cuando el País de los Soviets entró en una nueva fase de desarrollo y pasaron a primer plano las tareas relacionadas con la edificación del socialismo.

La intervención militar extranjera y la guerra civil acrecentaron extraordinariamente la ruina originada por cuatro años de guerra imperialista. La industria, el transporte y la agricultura se encontraban en una situación grave en extremo. La población del país sufría grandes privaciones y dificultades, escaseaba el pan y faltaban otros artículos de primera necesidad.

En tales condiciones, Lenin señaló la tarea de crear la base material y técnica del socialismo, indicando que su eje era la electrificación. Debe destacarse especialmente, a este respecto, el informe que presentó al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia el 22 de diciembre de 1920, en el que formuló una importantísima tesis: *"El comunismo es el Poder soviético más la electrificación de todo el país"*. Las ideas de Lenin respecto a la creación de la base material y técnica del socialismo y a la electrificación del país sirvieron de base al famoso Plan GOELRO,

primer plan a largo plazo de desarrollo de la economía de la República Soviética, calculado para diez o quince años.
En las obras incluidas en este tomo ocupan un lugar considerable los problemas relacionados con la educación comunista y el fomento de la cultura. En el artículo *Del primer sábado comunista en la línea férrea Moscú-Kazán al sábado comunista de Primero de Mayo en toda Rusia,* Lenin decía que era necesario orientar todos los esfuerzos a formar una conciencia comunista, establecer nuevos vínculos sociales entre los individuos e inculcar una actitud nueva ante el trabajo y una nueva disciplina. "Trabajaremos -indicaba- para inculcar en la conciencia, en los hábitos y en las costumbres cotidianas de las masas la regla de "Todos para uno y uno para todos", la regla de "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades"; para ir implantando de manera paulatina, pero tenaz, la disciplina comunista y el trabajo comunista".
En el tomo figura el histórico discurso pronunciado por Lenin en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia -*Tareas de las organizaciones juveniles*-, documento programático del partido en la esfera de la educación comunista de la juventud.
Lenin concedía una importancia extraordinaria a la labor ideológica del Partido Comunista. "Nuestra tarea -recalcó en un discurso- consiste en vencer toda la resistencia de los capitalistas, no sólo la militar y la política, sino también la ideológica, que es la más profunda y poderosa". Lenin habló el 3 de noviembre de 1920 en la Conferencia de toda Rusia de los organismos de educación política de las secciones provinciales y distritales de Instrucción Pública, exponiendo detalladamente cómo debía organizarse la labor educativa y política de masas en el país. Hizo objeto de una crítica demoledora la prédica burguesa del apoliticismo y recalcó la necesidad de que el partido dirija la vida estatal, económica y social en todos sus aspectos.
Diversas obras de este tomo esclarecen la lucha de Lenin y del partido contra los grupos oposicionistas que combatían la línea del PC(b) de Rusia, tomando como pretexto la función de los sindicatos, problema que había sido discutido más de una vez y resuelto por el partido. En la V Conferencia Sindical de toda Rusia (noviembre de 1920), el partido planteó la necesidad de renunciar a los métodos militares de trabajo en los sindicatos y pasar a una amplia democracia. Trotski se opuso a ello: exhortó a "apretar los tornillos" del comunismo de guerra y efectuar sin demora "la estatificación de los sindicatos", transformando éstos en un apéndice de la máquina del Estado. La labor fraccional de Trotski fue apoyada por Bujarin y diversos grupos antipartido.
Lenin puso al desnudo el oportunismo y la esencia antipartido de las plataformas que defendían dichos grupos y denunció el carácter fraccional de sus actividades. A estos problemas están dedicados dos trabajos de Lenin incluidos en el presente tomo: su discurso *Sobre los sindicatos, el momento actual y los errores del camarada Trotski,* pronunciado en una reunión conjunta de los delegados al VIII Congreso de los Soviets, y el artículo *Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de los camaradas Trotski y Bujarin.* Al mismo tiempo Lenin expuso y desarrolló toda una serie de importantísimas tesis básicas concernientes al papel de los sindicatos en el sistema de la dictadura del proletariado y a sus tareas en la edificación del socialismo. Lenin definió los sindicatos como escuela de gobierno, escuela de administración, escuela de comunismo.
Todas las obras incluidas en el tomo han sido traducidas de la 5a edición en ruso de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, indicándose al pie de cada trabajo el tomo y las páginas correspondientes. Al final del tomo se insertan notas aclaratorias y un índice de nombres.
LA EDITORIAL.

LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO[1].

1. ¿En qué sentido puede hablarse de la importancia internacional de la revolución rusa?

En los primeros meses que siguieron a la conquista del poder político por el proletariado en Rusia *(25/X-7/XI* de 1917) podía pensarse que, debido a las inmensas diferencias existentes entre la Rusia atrasada y los países avanzados de Europa Occidental, la revolución proletaria en estos últimos se parecería muy poco a la nuestra. Hoy tenemos ya una experiencia internacional bastante grande, la cual demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una importancia no local, particularmente nacional, sólo rusa, sino internacional. Y cuando hablo de importancia internacional no lo hago en el sentido lato de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución los que tienen importancia internacional desde el punto de vista de la influencia de aquélla en todos los países. No; hablo en el sentido más estrecho de la palabra, es decir, entendiendo por importancia internacional su trascendencia mundial o la inevitabilidad histórica de que se repita a escala universal lo ocurrido en nuestro país. Y debe reconocerse que algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen esa importancia.

Está claro que sería un tremendo error exagerar esta verdad, no limitarse a aplicarla a algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Sería erróneo, asimismo, perder de vista que después de triunfar la revolución proletaria, aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá, probablemente, un cambio radical, es decir: Rusia se convertirá poco después de esto no en un país modelo, sino de nuevo en un país atrasado (en el sentido "soviético" y socialista).

Pero en el presente momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra *a todos* los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e ineluctable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya mucho que lo han comprendido y, con mayor frecuencia, más que comprenderlo, lo han captado, lo han sentido con su instinto de clase revolucionaria. De aquí "la importancia" internacional (en el sentido estrecho de la palabra) del Poder soviético y de los fundamentos de la teoría y la táctica bolcheviques. Esto no lo han comprendido los jefes "revolucionarios" de la II Internacional, como Kautsky en Alemania y Otto Bauer y Federico Adler en Austria, que se han convertido por ello en reaccionarios, en defensores del peor de los oportunismos y de la socialtraición. Digamos de paso que el folleto anónimo *La revolución mundial (Weltrevolution),* aparecido en 1919 en Viena *(Sozialistische Biicherei,* Heft 11; Ignaz Brand[*]), muestra con claridad singular todo el proceso discursivo y todo el conjunto de reflexiones, más exactamente, todo ese abismo de irreflexión, pedantería, vileza y traición a los intereses de la clase obrera, sazonado, además, con "la defensa" de la idea de "la revolución mundial".

Pero tendremos que dejar para otra ocasión ocuparnos con mayor detenimiento de este folleto. Consignemos aquí sólo una cosa más: en los tiempos, ya bien lejanos, en que Kautsky era todavía marxista, y no un apóstata, al abordar la cuestión como historiador preveía la posibilidad de una situación en la que el espíritu revolucionario del proletariado ruso serviría de modelo a Europa Occidental. Eso fue en 1902, cuando Kautsky publicó en la *Iskra* revolucionaria[2] el artículo *Los eslavos y la revolución.* En él decía:

"En la actualidad" (al contrario que en 1848) "se puede creer que los eslavos no sólo se han incorporado a las filas de los pueblos revolucionarios, sino que el centro de gravedad del pensamiento revolucionario y de la obra revolucionaria se desplaza cada día más hacia los eslavos. El centro revolucionario se traslada de Occidente a Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se hallaba en Francia y, en algunos momentos, en Inglaterra. En 1848, también Alemania se incorporó a las filas de las naciones revolucionarias... El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que marchamos hacia un nuevo

---

[*] *Biblioteca Socialista,* opúsculo 11, Ignaz Brand. *(N. de la Edit.)*

desplazamiento del centro revolucionario, concretamente: de su traslado a Rusia... Es posible que Rusia, que tanta iniciativa revolucionaria ha asimilado de Occidente, esté hoy preparada ella misma para servirle de fuente de energía revolucionaria. El creciente movimiento revolucionario ruso resultará, quizá, el medio más poderoso para desarraigar ese espíritu de filisteísmo fláccido y de politiquería circunspecta que empieza a difundirse en nuestras filas y hará surgir de nuevo la llama viva del anhelo de lucha y la fidelidad apasionada a nuestros grandes ideales. Hace ya mucho que Rusia ha dejado de ser para Europa Occidental un simple baluarte de la reacción y del absolutismo. En la actualidad ocurre, quizá, todo lo contrario. Europa Occidental se convierte en el baluarte de la reacción y del absolutismo en Rusia... Es posible que los revolucionarios rusos hubieran acabado hace ya mucho con el zar si no tuviesen que luchar al mismo tiempo contra el aliado de éste: el capital europeo. Esperemos que esta vez conseguirán vencer a ambos enemigos y que la nueva "Santa Alianza" se derrumbará con mayor rapidez que sus predecesoras. Pero sea cual fuere el resultado de la lucha actual en Rusia, la sangre y los sufrimientos de los mártires que esta lucha engendrará -por desgracia, más de lo necesario- no serán vanos, sino que abonarán los gérmenes de la revolución social en todo el mundo civilizado y los harán crecer de un modo más esplendoroso y rápido. En 1848, los eslavos eran una helada horrible que abrasaba las flores de la primavera popular. Es posible que ahora estén llamados a ser la tormenta que rompa el hielo de la reacción y traiga consigo irresistiblemente una nueva y feliz primavera para los pueblos". (Carlos Kautsky. *Los eslavos y la revolución,* artículo publicado en *Iskra,* periódico revolucionario de la socialdemocracia rusa, núm. 18, 10 de marzo de 1902.)

¡No escribía mal Carlos Kautsky hace 18 años!

II. Una condición fundamental del éxito de los bolcheviques.

Es probable que casi todo el mundo vea ya hoy que los bolcheviques no se habrían mantenido en el poder, no digo dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina rigurosísima, verdaderamente férrea, de nuestro partido, sin el apoyo total e incondicional que le presta toda la masa de la clase obrera, es decir, todo lo que hay en ella de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir tras de sí o de atraer a los sectores atrasados.

La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada e implacable de la nueva clase contra un enemigo *más poderoso,* contra la burguesía, cuya resistencia *se ve decuplicada* por su derrocamiento (aunque no sea más que en un país) y cuyo poderío consiste no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de los vínculos internacionales de la burguesía, sino, además, en *la fuerza de la costumbre,* en la fuerza de *la pequeña producción.* Porque, por desgracia, queda todavía en el mundo mucha, muchísima pequeña producción, y ésta *engendra* capitalismo y burguesía constantemente, cada día, cada hora, de modo espontáneo y en masa. Por todos esos motivos, la dictadura del proletariado es imprescindible, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una guerra prolongada, tenaz, desesperada, a muerte; una guerra que requiere serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y voluntad única.

Lo repito: la experiencia de la dictadura proletaria triunfante en Rusia ha mostrado palmariamente a quien no sabe pensar, o no ha tenido necesidad de reflexionar sobre este problema, que la centralización incondicional y la disciplina más severa del proletariado constituyen una condición fundamental de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Pero no se piensa suficientemente, ni mucho menos, en qué significa esto y en qué condiciones es posible. ¿No convendría que las exclamaciones de saludo al Poder de los Soviets y a los bolcheviques se vieran acompañadas *con mayor frecuencia del más serio análisis* de las causas *que han permitido* a los bolcheviques forjar la disciplina que necesita el proletariado revolucionario?

El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903. Sólo la historia de *todo* el período de existencia del bolchevismo puede explicar de un modo satisfactorio por qué éste pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

Y surgen, ante todo, las preguntas siguientes: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado?, ¿cómo se comprueba?, ¿cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si queréis, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, *pero también con* las masas trabajadoras *no proletarias.* Tercero, por el acierto de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por el acierto de su estrategia y de su táctica políticas, a condición, de que las masas más extensas se convenzan de ello *por experiencia propia.* Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente capaz de ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten,

de manera ineluctable, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Se forman únicamente a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se ve facilitada por una acertada teoría revolucionaria, la cual, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

Si el bolchevismo pudo concebir y llevar a la práctica con éxito en los años 1917-1920, en condiciones de una gravedad inaudita, la centralización más severa y la disciplina férrea, ello se debe sencillamente a una serie de peculiaridades históricas de Rusia.

De una parte, el bolchevismo surgió en 1903 sobre la más sólida base de la teoría del marxismo. Y la justedad de esta teoría revolucionaria -y sólo de ésta- ha sido demostrada tanto por la experiencia universal de todo el siglo XIX como, en particular, por la experiencia de los titubeos, los vaivenes, los errores y los desengaños del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo del despotismo del zarismo inauditamente salvaje y reaccionario, buscó ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con celo y atención admirables cada "última palabra" de Europa y América en este terreno. Rusia *hizo suya* a través de largos sufrimientos la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios sin precedente, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de búsquedas abnegadas, de estudio, de pruebas en la práctica, de desengaños, de comprobación y de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba, como ningún otro país, con abundantes relaciones internacionales y un excelente conocimiento de todas las formas y teorías universales del movimiento revolucionario.

De otra parte, el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica de granito, tuvo una historia práctica de quince años (1903-1917), sin parangón en el mundo por su riqueza de experiencias. Porque ningún país conoció, ni siquiera aproximadamente, en el transcurso de esos quince años una experiencia revolucionaria tan rica, una rapidez y una variedad tales de sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tempestuoso, clandestino y abierto, en los círculos y entre las masas, parlamentario y terrorista. En ningún país estuvo concentrada en tan poco tiempo semejante variedad de formas, matices y métodos de lucha *de todas* las clases de la sociedad contemporánea; de una lucha, además, que, a consecuencia del atraso del país y del peso del yugo zarista, maduraba con singular rapidez y asimilaba con particular ansiedad y eficacia "la última palabra" de la experiencia política americana y europea.

III. Etapas principales de la historia del bolchevismo.

Años de preparación de la revolución (1903-1905). Presagios de gran tormenta por doquier. Efervescencia y preparativos en todas las clases. En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente *todos* los problemas esenciales de la revolución. Los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres corrientes políticas principales -la liberal burguesa, la democrática pequeño burguesa (encubierta con los rótulos de las tendencias "socialdemócrata" y "socialista-revolucionaria"[3]) y la proletaria revolucionaria- anticipan y preparan, con una encarnizada lucha de concepciones programáticas y tácticas, la futura lucha de clases abierta. *Todos* los problemas que motivaron la lucha armada de las masas en 1905-1907 y en 1917-1920 pueden (y deben) observarse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Está claro que entre estas tres tendencias principales hay todas las formaciones intermedias, de transición, híbridas que se quiera. Más exactamente: en la lucha entre los órganos de prensa, los partidos, las fracciones y los grupos van cristalizando las tendencias ideológicas y políticas clasistas de verdad; las clases se forjan una arma ideológica y política adecuada para las batallas futuras.

Años de revolución (1905-1907). Todas las clases actúan abiertamente. Todas las concepciones programáticas y tácticas son contrastadas por la acción de las masas. Lucha huelguística sin precedente en el mundo por su amplitud y dureza. Transformación de la huelga económica en política y de la huelga política en insurrección. Comprobación en la práctica de las relaciones posibles entre el proletariado dirigente y los campesinos dirigidos, vacilantes e inestables. Nacimiento, en el desarrollo espontáneo de la lucha, de la forma soviética de organización. Las disputas sostenidas entonces acerca del papel de los Soviets son un anticipo de la gran lucha de 1917-1920. La sucesión de las formas de lucha parlamentarias y no parlamentarias, de la táctica de boicot del Parlamento y de participación en él y de las formas legales e ilegales de lucha, así como la correlación y los vínculos existentes entre ellas, se distinguen por una asombrosa riqueza de contenido. Desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política -por las masas y los jefes, por las clases y los partidos-, cada mes de este período equivale a un año de desenvolvimiento "pacífico" y "constitucional". Sin "el ensayo general" de 1905 habría sido imposible la victoria de la Revolución "de Octubre de 1917.

Años de reacción (1907-1910). El zarismo ha

triunfado. Han sido aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Abatimiento, desmoralización, escisiones, dispersión, apostasías y pornografía en vez de política. Reforzamiento de la inclinación hacia el idealismo filosófico; misticismo como disfraz de las tendencias contrarrevolucionarias. Pero, al mismo tiempo, justamente la gran derrota da a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una verdadera lección en extremo provechosa, una lección de dialéctica histórica, de la comprensión, la destreza y el arte necesarios para sostener la lucha política. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados pasan por una buena escuela.

El zarismo victorioso se ve obligado a destruir apresuradamente los restos del modo de vida preburgués, patriarcal, en Rusia. El desarrollo burgués del país progresa con extraordinaria rapidez. Las ilusiones al margen y por encima de las clases, las ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, se desvanecen. La lucha de clases se manifiesta de un modo nuevo por completo y con mayor relieve.

Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción. Han aprendido a desplegar la ofensiva. Ahora deben comprender que esta ciencia hay que completarla con la de saber replegarse acertadamente. Hay que comprender -y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia- que no se puede triunfar sin saber atacar y replegarse con acierto. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques los que se replegaron con mayor orden, con menos quebranto de su "ejército" y conservando mejor su núcleo central; con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización y con mayor capacidad para reanudar la acción de un modo más amplio, acertado y enérgico. Y si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fue exclusivamente porque desenmascararon y expulsaron sin piedad a los revolucionarios de palabra, obstinados en no querer comprender que es necesario replegarse, que es preciso saber replegarse, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios y en las organizaciones sindicales, cooperativas, de seguros y otras semejantes, por muy reaccionarias que sean.

Años de movimiento ascensional (1910-1914). Al principio, el ascenso fue de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos del Lena de 1912[4], algo más rápido. Venciendo dificultades inauditas, los bolcheviques hicieron replegarse a los mencheviques, cuyo papel como agentes burgueses en el movimiento obrero fue admirablemente comprendido después de 1905 por toda la burguesía y a los cuales, por eso mismo, sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero éstos jamás habrían logrado desplazarles si no hubiesen aplicado una táctica acertada, combinando la labor ilegal con el aprovechamiento obligatorio de "las posibilidades legales". En la más reaccionaria de las Dumas[5], los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera.

Primera guerra imperialista mundial (1914-1917). El parlamentarismo legal, con un "Parlamento" ultrarreaccionario, presta los mayores servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques. Los diputados bolcheviques son deportados a Siberia[6]. En la prensa de la emigración rusa se manifiestan plenamente todos los matices de las concepciones del socialimperialismo, del socialchovinismo, del socialpatriotismo, del internacionalismo inconsecuente y consecuente, del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Las eminencias estúpidas y las viejas comadres de la II Internacional, que fruncían el ceño con desdén y soberbia ante la abundancia de "fracciones" en el socialismo ruso y ante la encarnizada lucha de éstas entre sí, fueron incapaces, cuando la guerra suprimió en *todos* los países adelantados la cacareada "legalidad"; de organizar, aunque no fuera más que aproximadamente, un intercambio libre (ilegal) de ideas y una elaboración libre (ilegal) de concepciones justas, semejantes a los que organizaron los revolucionarios rusos en Suiza y otros países. A ello se debe, precisamente, que los socialpatriotas declarados y los "kautskianos" de todos los países hayan resultado ser los peores traidores al proletariado. Y si el bolchevismo pudo triunfar en 1917-1920, una de las causas fundamentales de esta victoria reside en que ya desde finales de 1914 denunció sin piedad la villanía, la infamia y la abyección del socialchovinismo y del "kautskismo" (al cual corresponden el longuetismo[7] en Francia, las ideas de los jefes del Partido Laborista Independiente[8] y de los fabianos[9] en Inglaterra, de Turati en Italia, etc.) y en que las masas se fueron convenciendo después cada vez más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran justas.

Segunda revolución rusa (febrero-octubre de 1917). El grado inverosímil de decrepitud y caducidad del zarismo suscitó contra él (con el concurso de los reveses y sufrimientos de una guerra infinitamente penosa) una inusitada fuerza destructora. En pocos días, Rusia se convirtió en una república democrática burguesa más libre (en las condiciones de la guerra) que cualquier otro país. Los jefes de los partidos de oposición y revolucionarios comenzaron a formar gobierno -como en las repúblicas del "más puro parlamentarismo"-, y el título de jefe de un partido de oposición en el Parlamento, hasta en el más reaccionario, *facilitó* el papel futuro de semejante jefe en la revolución.

En pocas semanas, los mencheviques y los "socialistas-revolucionarios" dominaron a la

perfección todos los procedimientos y modales, argumentos y sofismas de los "héroes" europeos de la II Internacional, de los ministerialistas[10] y de toda la chusma oportunista. Todo lo que leemos hoy acerca de los Scheidemann y los Noske, Kautsky e Hilferding, Renner y Austerlitz, Otto Bauer y Federico Adler, Turati y Longuet; acerca de los fabianos y los jefes del Partido Laborista Independiente de Inglaterra nos parece (y lo es en realidad) una aburrida repetición de un motivo antiguo y conocido. Todo ello lo habíamos visto ya en los mencheviques. La historia les ha jugado una mala pasada, obligando a los oportunistas de un país atrasado a adelantarse a los oportunistas de una serie de países avanzados.

Si todos los "héroes" de la II Internacional han fracasado y se han cubierto de oprobio en la cuestión del papel e importancia de los Soviets y del Poder soviético; si se han cubierto de ignominia con "brillantez" singular y se han embrollado en esta cuestión los jefes de los tres grandes partidos que se han separado ahora de la II Internacional (el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania[11], el partido longuetista de Francia y el Partido Laborista Independiente de Inglaterra); si todos ellos han resultado esclavos de los prejuicios de la democracia pequeñoburguesa (exactamente al modo de los pequeños burgueses de 1848, que se llamaban "socialdemócratas"), también es cierto que *todo eso* lo hemos visto *ya* en el ejemplo de los mencheviques. La historia ha hecho esta jugarreta: los Soviets nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados de febrero a octubre de 1917 por los mencheviques, que fracasaron por no haber sabido comprender el papel y la importancia de los mismos, y hoy ha surgido *en el mundo entero* la idea del Poder soviético, una idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países. Mientras tanto, los viejos "héroes" de la II Internacional fracasan también *en todas partes* por no haber sabido comprender, igual que nuestros mencheviques, el papel y la importancia de los Soviets. La experiencia ha demostrado que, en algunas cuestiones muy esenciales de la revolución proletaria, *todos* los países pasarán inevitablemente por lo mismo que ha pasado Rusia.

Los bolcheviques empezaron su lucha victoriosa contra la república parlamentaria (de hecho) burguesa y contra los mencheviques con suma prudencia y no la prepararon, ni mucho menos, con la sencillez que se imaginan hoya menudo en Europa y América. Al comienzo del período mencionado *no* incitamos a derribar el gobierno, sino que explicamos la imposibilidad de hacerlo *sin* modificar previamente la composición y el estado de ánimo de los Soviets. No declaramos el boicot al Parlamento burgués, a la Constituyente, sino que dijimos -a partir de la Conferencia de Abril (1917) de nuestro partido lo dijimos oficialmente en nombre de éste- que una república burguesa con una Constituyente era preferible a la misma república sin Constituyente; pero que la república "obrera y campesina" soviética es mejor que cualquier república democrática burguesa, parlamentaria. Sin esta preparación prudente, minuciosa, circunspecta y prolongada no hubiésemos podido alcanzar ni mantener la victoria de Octubre de 1917.

IV. ¿En lucha contra que enemigos en el seno del movimiento obrero ha podido crecer, fortalecerse y templarse el bolchevismo?

En primer lugar, y sobre todo, en lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y se pasó para siempre al campo de la burguesía contra el proletariado. Este era, naturalmente, el enemigo principal del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo a escala mundial. El bolchevismo ha prestado y presta la mayor atención a ese enemigo. Tal aspecto de la actividad de los bolcheviques es ya bastante conocido también en el extranjero.

Distinta es la situación en lo que respecta a otro enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero. En el extranjero se sabe todavía en un grado demasiado insuficiente que el bolchevismo ha crecido, se ha formado y se ha templado en largos años de lucha contra *el revolucionarismo pequeñoburgués,* parecido al anarquismo o que toma algo de él y se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una consecuente lucha de clase del proletariado. El pequeño propietario, el pequeño patrono (tipo social que en numerosos países europeos ha alcanzado gran difusión y tiene un carácter masivo), sufre en el capitalismo una presión continua y, con gran frecuencia, un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de vida y la ruina. Para los marxistas está plenamente demostrado desde el punto de vista teórico -y la experiencia de todas las revoluciones y movimientos revolucionarios de Europa lo confirma por entero- que ese pequeño propietario, ese pequeño patrono, cae con facilidad en el revolucionarismo extremista, pero es incapaz de manifestar dominio de sí mismo, espíritu de organización, disciplina y firmeza. El pequeño burgués "enfurecido" por los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son notorias la inconstancia de este revolucionarismo, su esterilidad y la facilidad con que se transforma rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasía, incluso en un entusiasmo "furioso" por tal o cual corriente burguesa "de moda". Pero el reconocimiento teórico, abstracto, de semejantes verdades no basta en modo alguno para poner a un partido revolucionario al abrigo de viejos errores, que

aparecen siempre por motivos inesperados, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno antes no vistos, en una situación original (más o menos original).

El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos anomalías se completaban mutuamente. Y si el anarquismo ejerció en Rusia una influencia relativamente insignificante en las dos revoluciones (1905 y 1917) y durante su preparación, pese a que la población pequeñoburguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, ello se debe en parte, sin duda alguna, al bolchevismo, que luchó siempre del modo más despiadado e irreconciliable contra el oportunismo. Digo "en parte", pues lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado (en los años 70 del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinariamente esplendoroso y revelar por completo su carácter falso y su incapacidad para servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria.

Al surgir en 1903, el bolchevismo heredó la tradición de lucha implacable contra el revolucionarismo pequeñoburgués, semianarquista (o capaz de coquetear con el anarquismo), tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó, sobre todo, en nuestro país de 1900 a 1903, cuando se sentaron las bases del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo hizo suya y continuó la lucha contra el partido que expresaba con mayor fidelidad las tendencias del revolucionarismo pequeñoburgués (es decir, el partido de los "socialistas-revolucionarios") en tres puntos principales. Primero, este partido, que impugnaba el marxismo, se negaba obstinadamente a comprender (tal vez fuera más justo decir que no podía comprender) la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas antes de emprender cualquier acción política. Segundo, este partido veía un signo particular de su "revolucionarismo" o de su "izquierdismo" en el reconocimiento del terrorismo individual, de los atentados, que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros rechazábamos el terrorismo individual sólo por motivos de conveniencia; pero la gente capaz de condenar "por principio" el terror de la gran revolución francesa o, en general, el terror de un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía del mundo entero, esa gente fue ya ridiculizada y vilipendiada por Plejánov en 1900-1903, cuando éste era marxista y revolucionario. Tercero, ser "izquierdista" consistía para los "socialistas-revolucionarios" en reírse de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, al mismo tiempo que imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido, por ejemplo, en el problema agrario o en el de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy a gran escala, a escala histórica universal, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que la socialdemocracia *revolucionaria* alemana (y téngase en cuenta que Plejánov reclamaba ya en 1900-1903 la expulsión de Bernstein del partido, y que los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, denunciaron en 1913 toda la villanía, la bajeza y la traición de Legien[12]) estaba *más cerca que nadie* de ser el partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar. Ahora, en 1920, después de todas las ignominiosas bancarrotas y crisis de la época de guerra y de los primeros años posbélicos, se ve con claridad que, de todos los partidos occidentales, la socialdemocracia revolucionaria alemana es precisamente la que ha dado los mejores jefes y la que se ha repuesto, curado y fortalecido con mayor rapidez. Esto se advierte tanto en el partido de los espartaquistas[13] como en el ala izquierda, proletaria, del "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", que sostiene una lucha tenaz contra el oportunismo y la pusilanimidad de los Kautsky, los Hilferding, los Ledebour y los Crispien. Si damos ahora un vistazo general a un período histórico terminado por completo -desde la Comuna de París[14] hasta la primera República Socialista Soviética-, veremos dibujarse con contornos absolutamente definidos e indiscutibles la posición del marxismo ante el anarquismo. En resumidas cuentas, el marxismo ha demostrado estar en lo justo. Y si los anarquistas señalaban con razón el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, debe advertirse, en primer lugar, que ese carácter oportunista era fruto de una deformación, e incluso de una ocultación consciente, de las ideas de Marx sobre el Estado (en mi libro *El Estado y la revolución* he hecho notar que Bebel mantuvo en el fondo de un cajón durante 36 años, desde 1875 hasta 1911, la carta en que Engels[15] denunciaba con singular relieve, vigor, franqueza y claridad el oportunismo de las concepciones socialdemócratas en boga acerca del Estado). En segundo lugar, que la corrección de estas ideas oportunistas y el reconocimiento del Poder soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa han partido con mayor amplitud y rapidez precisamente de las tendencias más marxistas existentes en el seno de los partidos socialistas de Europa y América.

Ha habido dos casos en que la lucha del bolchevismo contra las desviaciones "izquierdistas" de su propio partido ha adquirido una magnitud singularmente grande: en 1908, en torno a la participación en un Parlamento ultrarreaccionario y en las sociedades

obreras legales regidas por las leyes más reaccionarias, y en 1918 (Paz de Brest[16]), en torno a la admisibilidad de tal o cual "compromiso".

En 1908, los bolcheviques "de izquierda" fueron expulsados de nuestro partido por su empeño en no querer comprender la necesidad de participar en un "Parlamento" ultrarreaccionario[17]. Los "izquierdistas", entre los que había muchos revolucionarios excelentes, que fueron después (y continúan siendo) honrosamente miembros del Partido Comunista, se apoyaban, sobre todo, en la feliz experiencia del boicot de 1905. Cuando el zar anunció en agosto de 1905 la convocación de un "Parlamento" consultivo[18], los bolcheviques, en contra de todos los partidos de oposición y de los mencheviques, declararon el boicot a ese Parlamento, que fue barrido, en efecto, por la revolución de octubre de 1905[19]. Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien abstenerse en general de participar en los parlamentos reaccionarios, sino porque se tuvo en cuenta con acierto la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política; después, en huelga revolucionaria y, luego, en insurrección. Además, la lucha giraba a la sazón en torno a si había que dejar en manos del zar la convocación del primer organismo representativo o si debía intentarse arrancar esa convocación de manos de las viejas autoridades. Por cuanto no había ni podía haber la seguridad de que la situación objetiva fuese análoga y de que su desarrollo se realizase en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo.

El boicot de los bolcheviques al "Parlamento" en 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, mostrando que en la combinación de las formas legales e ilegales, parlamentarias y extraparlamentarias de lucha es a veces conveniente, y hasta obligatorio, saber renunciar a las formas parlamentarias. Pero trasladar ciegamente, por simple imitación, sin espíritu crítico, esta experiencia a *otras* condiciones, a *otra* situación, es el mayor de los errores. Lo que constituyó ya un error, aunque no grande y fácilmente corregible*, fue el boicot de los bolcheviques a la Duma en 1906. Fueron errores mucho más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y años posteriores, pues, de una parte, no se podía esperar que volviera a levantarse con mucha rapidez la ola revolucionaria y se transformase en insurrección y, de otra, la situación histórica creada por la renovación de la monarquía burguesa dictaba la necesidad de conjugar el trabajo legal e ilegal. Hoy, cuando se echa una mirada retrospectiva a este período histórico, terminado por completo -cuyo enlace con los períodos posteriores se ha manifestado ya plenamente-, se comprende con singular claridad que los bolcheviques *no habrían podido* conservar (y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer) el firme núcleo del partido revolucionario del proletariado durante el período de 1908 a 1914 si no hubiesen defendido en la más dura contienda la combinación *obligatoria* de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación *obligatoria* en un Parlamento ultrarreaccionario y en diversas instituciones regidas por leyes reaccionarias (mutualidades, etc.).

En 1918 las cosas no llegaron a la escisión. Los comunistas "de izquierda"[20] constituyeron entonces sólo un grupo especial o "fracción" dentro de nuestro partido, y no por mucho tiempo. En el mismo año, los representantes más señalados del "comunismo de izquierda", los camaradas Rádek y Bujarin, por ejemplo, reconocieron públicamente su error. Les parecía que la Paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, inaceptable por principio y funesto para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas; pero precisamente de un compromiso de tal género que era *obligatorio* en aquellas circunstancias.

Cuando oigo hoy, por ejemplo, a los "socialistas-revolucionarios" atacar la táctica que seguimos al firmar la Paz de Brest, o una observación como la que me hizo el camarada Lansbury durante una conversación: "Los líderes de nuestras tradeuniones inglesas dicen que también pueden permitirse un compromiso, puesto que los bolcheviques se lo han permitido", respondo habitualmente, ante todo, con una comparación sencilla y "popular".

Figuraos que el automóvil en que viajáis es detenido por unos bandidos armados. Les dais el dinero, el pasaporte, el revólver y el automóvil. Mas, a cambio de ello, os veis libres de la agradable vecindad de los bandidos. Se trata, sin duda, de un compromiso. *Do ut des* ("te doy" mi dinero, mis armas y mi automóvil "para que me des" la posibilidad de marcharme en paz). Pero difícilmente se encontraría un hombre cuerdo que declarase semejante compromiso "inadmisible desde el punto de vista de los principios" o calificase a quien lo ha concertado de cómplice de los bandidos (aunque éstos, una vez dueños del automóvil y de las armas, puedan utilizarlos para nuevos pillajes). Nuestro compromiso con los bandidos del imperialismo alemán fue análogo a éste.

Pero cuando los mencheviques y los eseristas en Rusia, los secuaces de Scheidemann (y, en parte considerable, los kautskianos) en Alemania, Otto

* De la política y de los partidos se puede decir -con las variantes correspondientes- lo mismo que de los individuos. Inteligente no es quien no comete errores. No hay, ni puede haber, hombres que no cometan errores. Inteligente es quien comete errores que no son muy graves y sabe corregirlos bien y pronto.

Bauer y Federico Adler (sin hablar de los señores Renner y comparsa) en Austria, los Renaudel, Longuet y Cía. en Francia, los fabianos, los "independientes" y los "laboristas"[21] en Inglaterra concertaron en 1914-1918 y en 1918-1920 con los bandidos de su propia burguesa, y a veces de la burguesía "aliada", *compromisos* dirigidos *contra* el proletariado revolucionario de su país, esos señores obraron como *cómplices de los bandidos.*

La conclusión es clara: rechazar los compromisos "por principio", negar la legitimidad de todo compromiso en general, cualquiera que sea, constituye una puerilidad que hasta resulta difícil tomar en serio. El político que desee ser útil al proletariado revolucionario debe saber distinguir los casos *concretos* de compromisos que son precisamente inadmisibles, que son una manifestación de oportunismo y de *traición,* y dirigir contra *esos* compromisos *concretos* toda la fuerza de la crítica, todo el filo de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los expertísimos socialistas "utilitarios" ni a los jesuitas parlamentarios que escurran el bulto y eludan la responsabilidad por medio de disquisiciones acerca de "los compromisos en general". Los señores "líderes" de las tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y los del Partido Laborista "Independiente", pretenden eludir precisamente así la responsabilidad por *la traición que han cometido,* por haber concertado un compromiso *semejante,* que no es en realidad sino oportunismo, defección y traición de la peor especie.

Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber analizar la situación y las condiciones concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas, para disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas con objeto de participar en el reparto del botín. En política, esto dista mucho de ser siempre tan fácil como en el ejemplillo de simplicidad infantil. Pero sería sencillamente un charlatán quien pretendiera inventar para los obreros una receta que proporcionase por adelantado soluciones adecuadas en todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario jamás surgirán dificultades ni situaciones embrolladas.

Para no dejar lugar a interpretaciones falsas, intentaré esbozar, aunque sea muy brevemente, algunas tesis fundamentales al analizar los casos concretos de compromiso.

El partido que concertó con los imperialistas alemanes el compromiso consistente en firmar la Paz de Brest había venido forjando su internacionalismo de verdad desde finales de 1914. Este partido no temió proclamar la derrota de la monarquía zarista y estigmatizar "la defensa de la patria" en la guerra entre dos aves de rapiña imperialistas. Los diputados de este partido al Parlamento fueron deportados a Siberia, en vez de seguir el camino que conduce a las carteras ministeriales en un gobierno burgués. La revolución, al derribar el zarismo y proclamar la república democrática, sometió a este partido a una prueba nueva y grandiosa: no concertó ningún acuerdo con "sus" imperialistas, sino que preparó su derrocamiento y los derrocó. Este mismo partido, una vez dueño del poder político, no ha dejado piedra sobre piedra ni de la propiedad latifundista ni de la propiedad capitalista. Después de publicar y hacer añicos los tratados secretos de los imperialistas, este partido propuso la paz *a todos* los pueblos y sólo cedió ante la violencia de los bandidos de Brest cuando los imperialistas anglo-franceses frustraron la paz y los bolcheviques habían hecho todo lo humanamente posible para acelerar la revolución en Alemania y en otros países. Es cada día más claro y evidente para todos el acierto completo de semejante compromiso, contraído por ese partido en tales circunstancias.

Los mencheviques y eseristas de Rusia (como todos los jefes de la II Internacional en el mundo entero en 1914-1920) empezaron por la traición, justificando directa o indirectamente "la defensa de la patria", es decir, la defensa de *su* burguesía expoliadora. Y persistieron en la traición, coligándose con la burguesía de *su* país y luchando al lado *suyo* contra el proletariado revolucionario de su propio país. Su bloque en Rusia con Kerenski y los democonstitucionalistas[22], primero -y con Kolchak y Denikin después-, así como el bloque de sus correligionarios extranjeros con la burguesía de *sus* países respectivos, fue una deserción al campo de la burguesía contra el proletariado. *Su* compromiso con los bandidos del imperialismo consistió, desde el principio hasta el fin, en que se convirtieron en *cómplices* del bandolerismo imperialista.

V. El comunismo “de izquierda” en Alemania. Jefes, partido, clase, masa.

Los comunistas alemanes, de quienes debemos hablar ahora, no se llaman "izquierdistas", sino "oposición de principio"[23], si no me equivoco. Pero por lo que sigue se verá que presentan todos los síntomas de "la enfermedad infantil del izquierdismo".

El folleto *Una escisión en el Partido Comunista de Alemania (liga de los espartaquistas)*, que sustenta el criterio de esta oposición y ha sido editado por el "grupo local de Francfort del Meno", expone con sumo relieve, exactitud, claridad y concisión la esencia de los puntos de vista de la oposición. Algunas citas bastarán para dar a conocer al lector dicha esencia:

"El Partido Comunista es el partido de la lucha de

clases más decidida"

"Desde el punto de vista político, este período de transición" (entre el capitalismo y el socialismo) "es el período de la dictadura del proletariado…"

"...Surge una pregunta: ¿quién debe ejercer la dictadura: *el Partido Comunista, o la clase proletaria? Por principio,* ¿debe tenderse a la dictadura del Partido Comunista o a la dictadura de la clase proletaria?"

(Las palabras subrayadas lo están también en el original.)

Más adelante, el autor del folleto acusa al Comité Central del Partido Comunista de Alemania de buscar *una coalición* con *el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania;* de que *"la cuestión del reconocimiento, en principio, de todos los medios políticos"* de lucha, entre ellos del parlamentarismo, ha sido planteada por este Comité Central con el fin exclusivo de ocultar sus verdaderas y principales intenciones de coligarse con los independientes. Y el folleto continúa;

"La oposición ha elegido otro camino. Sostiene el criterio de que el problema de la hegemonía del Partido Comunista y de su dictadura es sólo una cuestión de táctica. En todo caso, la hegemonía del Partido Comunista es la forma última de toda dominación del partido. *Por principio,* ha de tenderse a la dictadura de la clase proletaria. Y todas las medidas del partido, su organización, sus formas de lucha, su estrategia y su táctica deben estar orientadas a este fin. De acuerdo con ello, hay que rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos, todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios (los cuales han caducado ya histórica y políticamente), toda política de maniobra y conciliación". "Deben ser subrayados con energía los métodos específicamente proletarios de lucha revolucionaria. Y para abarcar a los más amplios medios y sectores proletarios, que deben incorporarse a la lucha revolucionaria bajo la dirección del Partido Comunista, hay que concebir nuevas formas de organización sobre la base más amplia y con los límites más amplios. Este lugar de agrupamiento de todos los elementos revolucionarios es *la unión obrera,* basada en las organizaciones de fábrica. En ella deben unirse todos los obreros fieles a este lema: ¡Fuera de los sindicatos! Es ahí donde se forma el proletariado militante en las más vastas filas combativas. Para ser admitido basta con reconocer la lucha de clases, el sistema de los Soviets y la dictadura. Toda la educación política ulterior de las masas militantes y su orientación política en la lucha es misión del Partido Comunista, que se halla fuera de la unión obrera..."

"...Por consiguiente, hay ahora dos partidos comunistas frente a frente:

"Uno, es el partido de los jefes, que intenta organizar y dirigir la lucha revolucionaria *desde arriba,* aceptando los compromisos y el parlamentarismo para crear situaciones que permitan a esos jefes entrar en un gobierno de coalición, en cuyas manos se halle la dictadura.

"Otro, es el partido de las masas, que espera el impulso ascensional de la lucha revolucionaria *desde abajo* y conoce y aplica para esta lucha un solo método que conduce claramente al fin, rechazando todos los procedimientos parlamentarios y oportunistas; ese método único es *el derrocamiento* incondicional de *la burguesía* para implantar después la dictadura de clase del proletariado con objeto de hacer realidad el socialismo..."

"... ¡De un lado, la dictadura de los jefes, de otro, la dictadura de las masas! Esa es nuestra consigna".

Tales son las tesis más esenciales que caracterizan las concepciones de la oposición en el Partido Comunista de Alemania.

Todo bolchevique que haya participado conscientemente en el desarrollo del bolchevismo desde 1903 o lo haya observado de cerca, no podrá por menos de exclamar nada más leer estos razonamientos: "¡Cuánto tiempo hice que conocemos esa vieja morralla! ¡Qué infantilismo "izquierdista"!"

Pero examinemos más de cerca estos razonamientos. El solo hecho de plantear la cuestión de "¿dictadura del partido o dictadura de la clase?, ¿dictadura (partido) de los jefes o dictadura (partido) de las masas?" atestigua la más increíble e irremediable confusión de ideas. Hay gente que se esfuerza por *inventar* algo enteramente original y que, en su afán de sofisticar, no consigue sino caer en el ridículo. Todo el mundo sabe que las masas se dividen en clases; que contraponer las masas y las clases sólo es admisible en un sentido: si se opone una inmensa mayoría en su totalidad, sin dividirla según la posición ocupada en el régimen social de la producción, a categorías que ocupan una posición especial en ese régimen; que las clases son dirigidas de ordinario y en la mayoría de los casos (al menos en los países civilizados modernos) por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, como regla general, por grupos más o menos estables, compuestos de las personas más prestigiosas, influyentes y expertas, elegidas para los cargos de mayor responsabilidad y llamadas jefes. Todo eso es el abecé, todo eso es sencillo y claro. ¿Qué necesidad había de sustituir todo eso con un galimatías, con un nuevo volapuk [24]? De una parte, esta gente se ha hecho un lío, por lo visto, cayendo en una situación difícil, cuando la rápida sucesión de la vida legal e ilegal del partido altera las relaciones habituales, normales y simples entre los jefes, los partidos y las clases. En Alemania, como en los demás países europeos, se han acostumbrado demasiado a la legalidad, a la elección libre y regular de "los jefes" pon los congresos ordinarios de los partidos, a la comprobación cómoda de la

composición de clase de estos últimos mediante las elecciones parlamentarias, los mítines, la prensa, el estado de ánimo de los sindicatos y otras asociaciones, etc. Cuando la marcha impetuosa de la revolución y del desarrollo de la guerra civil ha hecho necesario pasar rápidamente de esta rutina a la sucesión de la legalidad y la ilegalidad y a su combinación, a procedimientos "incómodos", "no democráticos" para designar, formar o conservar los "grupos de dirigentes", la gente ha perdido la cabeza y ha empezado a inventar un monstruoso absurdo. Por lo visto, algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que han tenido la desgracia de nacer en un país pequeño, con una tradición y unas condiciones de situación legal singularmente privilegiada y singularmente estable, y que jamás han visto la sucesión de las situaciones legales e ilegales, se han embrollado y han perdido la cabeza, favoreciendo absurdos infundios.

Por otra parte, salta a la vista el uso irreflexivo e incoherente de algunas palabrejas "de moda" en nuestra época sobre "la masa" y "los jefes". La gente ha oído muchos ataques contra "los jefes" y se los ha aprendido de memoria, ha oído que se les contra ponía a "la masa", pero no ha sabido reflexionar acerca del sentido de todo eso y ver las cosas claras.

El divorcio entre "los jefes" y "la masa" se ha manifestado en todos los países, con singular claridad y relieve, al final de la guerra imperialista y después de ella. La causa fundamental de este fenómeno la explicaron muchas veces Marx y Engels de 1852 a 1892 con el ejemplo de Inglaterra. La situación monopolista de dicho país destacó de "la masa" a una "aristocracia obrera" semipequeñoburguesa y oportunista. Los jefes de esta aristocracia obrera desertaban constantemente al campo de la burguesía, que los mantenía de manera directa o indirecta. Marx se granjeó el odio, que le honra, de estos canallas por haberles tildado públicamente de traidores. El imperialismo moderno (del siglo XX) ha creado una situación privilegiada, monopolista, para unos cuantos países adelantados, y sobre este terreno ha surgido en todas partes dentro de la II Internacional ese tipo de jefes-traidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su gremio, de su grupito de aristocracia obrera. Estos partidos oportunistas se han aislado de "las masas", es decir, de los sectores más vastos de trabajadores, de su mayoría, de los obreros peor retribuidos. La victoria del proletariado revolucionario es imposible sin combatir este mal, sin arrancar la careta, poner en la picota y expulsar a los jefes oportunistas, socialtraidores. Tal es precisamente la política que ha aplicado la III Internacional.

Llegar con este motivo a contraponer, *en términos generales,* la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes es un absurdo ridículo y una necedad. Lo más divertido es que, de hecho, en lugar de los antiguos jefes que se atienen a ideas humanas comunes sobre las cosas simples, se destaca (encubriéndolo con la consigna de "¡Abajo los jefes!") a *jefes nuevos* que dicen soberanas tonterías y disparates. Tales son, en Alemania, Laufenberg, Wolffheim, Horner, Carlos Schröder, Federico Wendel y Carlos Erler[1]. Las tentativas de este último de "profundizar" en la cuestión y proclamar en general la inutilidad y "el carácter burgués" de los partidos políticos representan tales Columnas de Hércules[26] de absurdidez que le dejan a uno estupefacto. ¡Cuán cierto es que de un pequeño error puede hacerse siempre uno monstruosamente grande, si se insiste en él, si se profundiza para encontrarle justificación y se intenta "llevarlo hasta el fin"!

Negar la necesidad del partido y de la disciplina de partido: tal es *el resultado* a que ha llegado la oposición. Y eso equivale a desarmar por completo al proletariado *en provecho de la burguesía.* Equivale precisamente a la dispersión, la volubilidad y la incapacidad para dominarse, unirse y actuar de manera organizada, defectos típicamente pequeñoburgueses, que, de ser indulgente con ellos, llevan de manera inevitable a la ruina todo movimiento revolucionario del proletariado. Negar la necesidad del partido desde el punto de vista del comunismo significa saltar de la víspera de la bancarrota del capitalismo (en Alemania), no a la fase inferior o media del comunismo, sino a su fase superior. En Rusia (después de más de dos años de haber derribado a la burguesía) estamos dando aún los primeros pasos en la transición del capitalismo al socialismo o fase inferior del comunismo. Las clases siguen existiendo y existirán *durante años* en todas partes *después* de que el proletariado conquiste el poder. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos (¡pero existen, sin embargo, pequeños patronos!), ese plazo sea más corto. Suprimir las clases no significa sólo expulsar a los latifundistas y a los capitalistas -esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad-; significa también *suprimir los*

---

[1] En el *Diario Obrero Comunista*[25] (núm. 32, Hamburgo, 7 de febrero de 1920), *Carlos Erler* dice en un artículo titulado *La disolución del partido:* "La clase obrera no puede destruir el Estado burgués sin aniquilar la democracia burguesa, y no puede aniquilar la democracia burguesa sin destruir los partidos".

Las cabezas más confusas de los sindicalistas y anarquistas latinos pueden sentirse "satisfechas": algunos respetables alemanes que, por lo visto, se consideran marxistas (con sus artículos en el citado periódico, Erler y Horner demuestran con aplomo singular que se consideran marxistas serios, aunque dicen de un modo singularmente ridículo tonterías inverosímiles, revelando así no comprender el abecé del marxismo) llegan a afirmar cosas absurdas por completo. El reconocimiento del marxismo no preserva por sí solo de los errores. Los rusos saben eso muy bien, pues el marxismo ha estado "de moda" con harta frecuencia en nuestro país.

pequeños productores de mercancías. Pero a éstos *no se les puede expulsar,* no se les puede reprimir; *hay que convivir* con ellos, y sólo se puede (y se debe) transformarlos, reeducarlos, mediante una labor de organización muy larga, lenta y prudente. Estos pequeños productores cercan de elemento pequeño burgués al proletariado, lo impregnan de ese elemento, lo corrompen con él, provocan sin cesar en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de vaivenes entre la exaltación y el abatimiento. Para hacer frente a eso, para conseguir que el proletariado desempeñe acertada, eficaz y victoriosamente su función *organizadora* (que es su función *principal),* son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado. La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de personas es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado en la clase dada, sin un partido que sepa pulsar el estado de ánimo de las masas e influir en él es imposible sostener con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada que "vencer" a millones y millones de pequeños patronos, los cuales llevan con su cotidiana y prosaica labor corruptora, invisible e inaprehensible a *los mismos* resultados que necesita la burguesía y que *restauran* a ésta. Quien debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.

A la par con el problema de los jefes, el partido, la clase y la masa hay que plantear el de los sindicatos "reaccionarios". Pero antes me permitiré hacer, a modo de conclusión, algunas observaciones basadas en la experiencia de nuestro partido. En éste *ha habido siempre* ataques a "la dictadura de los jefes". La primera vez, que yo recuerde, fue en 1895, cuando el partido no existía aún formalmente, pero empezaba ya a formarse en San Petersburgo el grupo central que debía tomar en sus manos la dirección de los grupos distritales[27]. En el IX Congreso de nuestro partido (abril de 1920) hubo una pequeña oposición, que habló también contra "la dictadura de los jefes", "la oligarquía", etc. No hay, pues, nada de sorprendente, nada nuevo, nada alarmante en "la enfermedad infantil" del "comunismo de izquierda" entre los alemanes. Esta enfermedad transcurre sin peligro y, una vez pasada, el organismo incluso se fortalece. De otro lado, la rápida sucesión del trabajo legal e ilegal, que implica la necesidad de "ocultar", de sumir en una clandestinidad singular precisamente al Estado Mayor Central, a los jefes, motivó a veces en nuestro país fenómenos profundamente peligrosos. El peor de ellos fue la entrada en 1912 en el Comité Central bolchevique de un agente provocador, Malinovski. Este delató a decenas y decenas de los más excelentes y abnegados camaradas, haciendo que fueran condenados a trabajos forzados y acelerando la muerte de muchos de ellos. Si no causó mayor daño fue porque habíamos establecido una correlación adecuada entre la actividad legal y la clandestina. Para ganarse nuestra confianza, Malinovski, como miembro del Comité Central del partido y diputado a la Duma, tuvo que ayudarnos a organizar la publicación de periódicos diarios legales, que, incluso bajo el zarismo, supieron luchar contra el oportunismo de los mencheviques y propagar los principios fundamentales del bolchevismo con el necesario disimulo. Con una mano, Malinovski mandaba a presidio y a la muerte a decenas y decenas de los mejores combatientes del bolchevismo; pero con la otra se veía obligado a contribuir a la educación de decenas y decenas de miles de nuevos bolcheviques por medio de la prensa legal. Este es un hecho sobre el que deberían reflexionar como se merece los camaradas alemanes (y también los ingleses, los norteamericanos, los franceses y los italianos), que tienen planteada la tarea de aprender a efectuar una labor revolucionaria en los sindicatos reaccionarios*. En muchos países, incluso en los más adelantados, la burguesía envía y seguirá enviando, sin duda alguna, provocadores a los partidos comunistas. Uno de los medios de luchar contra este peligro consiste en saber combinar acertadamente el trabajo ilegal con el legal.

VI. ¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?

Los "izquierdistas" alemanes consideran que pueden responder con una negativa absoluta a esta pregunta. A su juicio, las soflamas y los gritos de cólera contra los sindicatos "reaccionarios" y "contrarrevolucionarios" (K. Horner se distingue por "el aplomo" y la necedad con que hace esto) bastan para "demostrar" la inutilidad e incluso la inadmisibilidad de que los revolucionarios, los comunistas, actúen en los sindicatos

* Malinovski estuvo prisionero en Alemania. Cuando regresó a Rusia, ya existente el poder bolchevique, fue inmediatamente entregado a los tribunales y fusilado por nuestros obreros. Los mencheviques nos han atacado con especial acritud por el error de haber tenido un provocador en el Comité Central de nuestro partido. Pero cuando en tiempos de Kerenski exigimos que fuera detenido y juzgado el presidente de la Duma, Rodzianko, que desde antes de la guerra sabía que Malinovski era un provocador y *no lo había comunicado* a los diputados trudoviques[28] y obreros en la Duma, ni los mencheviques ni los eseristas (que formaban parte del gobierno con Kerenski) apoyaron nuestra demanda, y Rodzianko quedó en libertad y pudo unirse a Denikin sin el menor obstáculo.

contrarrevolucionarios, en los sindicatos amarillos, socialchovinistas y conciliadores dirigidos por los Legien.

Pero por muy convencidos que estén los "izquierdistas" alemanes del carácter revolucionario de semejante táctica, ésta es, en realidad, profundamente errónea y no contiene más que frases hueras.

Para aclararlo partiré de nuestra propia experiencia, conforme al plan general del presente folleto, que tiene por objeto aplicar a Europa Occidental lo que la historia y la táctica actual del bolchevismo contienen de aplicable, importante y obligatorio en todas partes. La correlación entre jefes, partido, clase y masa y, a la vez, la actitud de la dictadura del proletariado y de su partido ante los sindicatos aparece actualmente entre nosotros en la siguiente forma concreta: la dictadura la ejerce el proletariado organizado en los Soviets y dirigido por el Partido Comunista bolchevique, que, según los datos del último Congreso (abril de 1920), cuenta con 611.000 miembros. El número de militantes ha oscilado mucho tanto antes como después de la Revolución de Octubre y ha sido considerablemente menor incluso en 1918 y 1919[29]. Tememos ampliar con exceso el partido porque los arribista s y truhanes, que sólo merecen ser fusilados, tratan infaliblemente de infiltrarse en el partido gobernante. La última vez que abrimos de par en par las puertas del partido -sólo para los obreros y los campesinos- fue en los días (invierno de 1919) en que Yudénich se encontraba a algunas verstas de Petrogrado y Denikin estaba en Oriol (a unas trescientas cincuenta verstas de Moscú), es decir, cuando la República Soviética se veía ante un peligro terrible, mortal, y los aventureros, los arribistas, los truhanes y, en general, los elementos inestables no podían contar en modo alguno con hacer una carrera ventajosa (sino más bien con la horca y las torturas) si se adherían a los comunistas[30]. El partido, que celebra congresos anuales (en el último, la representación fue de un delegado por cada mil militantes), lo dirige un Comité Central de 19 miembros, elegido por el congreso; la gestión de los asuntos corrientes la ejercen en Moscú dos organismos aún más restringidos, denominados "Buró de Organización" y "Buró Político", que se eligen en sesiones plenarias del Comité Central y cada uno de los cuales está compuesto de cinco miembros de éste. Nos hallamos, pues, ante una verdadera "oligarquía". En nuestra República, ninguna institución del Estado resuelve problemas políticos o de organización importantes, cualesquiera que sean, sin las directrices del Comité Central del partido.

En su labor, el partido se apoya directamente en *los sindicatos,* que tienen ahora, según datos del último congreso (abril de 1920), más de cuatro millones de afiliados y que en el aspecto formal son *sin partido.* De hecho, todos los organismos dirigentes de la inmensa mayoría de los sindicatos, y en primer término, como es natural, la institución central o buró sindical de toda Rusia (Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia), se componen de comunistas y aplican todas las directrices del partido. Se obtiene, en conjunto, un mecanismo proletario, no comunista en el aspecto formal, flexible y relativamente amplio, potentísimo, por medio del cual el partido está ligado de manera estrecha *a la clase* y *a las masas* y a través del cual se ejerce, bajo la dirección del partido, *la dictadura de la clase.* Por supuesto, nos hubiera sido imposible gobernar el país y ejercer la dictadura, no ya dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la más estrecha ligazón con los sindicatos, sin su fervoroso apoyo, sin su abnegadísima labor tanto en la organización económica *como en la militar.* Está claro que esta estrechísima ligazón significa, en la práctica, una labor de propaganda y agitación muy compleja y variada, reuniones oportunas y frecuentes no sólo con los dirigentes, sino, en general, con los militantes sindicales influyentes y una lucha sin cuartel contra los mencheviques, que tienen todavía cierto número de partidarios -muy pequeño, en verdad-, a los que inician en todas las malas artes de la contrarrevolución, desde la defensa ideológica de la democracia *(burguesa)* y la prédica de "la independencia" de los sindicatos (independencia... ¡respecto del poder estatal proletario!) hasta el sabotaje de la disciplina proletaria, etc., etc.

Reconocemos que el contacto con "las masas" por conducto de los sindicatos es insuficiente. En el curso de la revolución se ha creado en nuestro país, en la práctica, un organismo que procuramos por todos los medios mantener, desarrollar y ampliar: *las conferencias de obreros y campesinos sin partido.* Este organismo nos permite observar el estado de ánimo de las masas, acercarnos a ellas, responder a sus demandas, promover a cargos del Estado a sus mejores elementos, etc. Un decreto reciente sobre la transformación del Comisariado del Pueblo de Control del Estado en "Inspección Obrera y Campesina" confiere a estas conferencias sin partido el derecho de elegir miembros del Control del Estado para las funciones más diversas de revisión, etc.

Además, como es natural, toda la labor del partido se efectúa a través de los Soviets, que agrupan a las masas trabajadoras sin distinción de oficio. Los congresos distritales de los Soviets son una institución *democrática* jamás vista en las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués. Por medio de estos congresos (cuya labor procura seguir el partido con la mayor atención posible), así como por la comisión constante de los obreros más conscientes para desempeñar cargos diversos en las poblaciones rurales, el proletariado ejerce su función dirigente con respecto al campesinado, se realiza la

dictadura del proletariado urbano, la lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etc.

Tal es el mecanismo general de poder del Estado proletario examinado "desde arriba", desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Es de esperar que el lector comprenderá por qué el bolchevique ruso, que conoce este mecanismo y lo ha visto nacer de los pequeños círculos ilegales y clandestinos en el transcurso de veinticinco años, no puede por menos de hallar ridículo, pueril y absurdo todo ese palabreo sobre la dictadura "desde arriba" *o* "desde abajo", la dictadura de los jefes *o* la dictadura de las masas, etc., como lo sería una disputa acerca de qué le es más útil al hombre: la pierna izquierda o el brazo derecho.

Tampoco pueden dejar de parecernos un absurdo ridículo y pueril las disquisiciones pomposas, muy sabias y terriblemente revolucionarias de los izquierdistas alemanes, quienes afirman que los comunistas no pueden ni deben actuar en los sindicatos reaccionarios, que es permisible renunciar a semejante actividad, que es preciso abandonar los sindicatos y organizar sin falta una "unión obrera", completamente nueva y pura, inventada por comunistas muy simpáticos (y en la mayoría de los casos, probablemente, muy jóvenes), etc., etc.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas diferencias de profesión y de oficio entre los obreros, formadas en el transcurso de los siglos, y, de otra, los sindicatos, que sólo con gran lentitud, a lo largo de años y años, pueden transformarse y se transformarán en sindicatos de industria más amplios, menos corporativos (que engloben a industrias enteras y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, a través de estos sindicatos de industria, se pasará a suprimir la división del trabajo entre los individuos; a educar, instruir y formar hombres *universalmente desarrollados y universalmente* preparados, hombres que *sabrán hacerlo todo.* Hacia eso marcha, debe marchar y *llegará* el comunismo, pero sólo dentro de muchos años. Intentar hoy anticiparse en la práctica a ese resultado futuro de un comunismo llegado a la plenitud de su desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos (y debemos) emprender la edificación del socialismo no con un material humano fantástico ni especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Esto es, sin duda, muy "difícil"; pero cualquier otro modo de enfocar el problema es tan poco serio que no merece la pena hablar de ello.

Los sindicatos representaron un progreso gigantesco de la clase obrera al iniciarse el desarrollo del capitalismo, pues significaban el paso de la dispersión y la impotencia de los obreros a *los rudimentos* de su unión como clase. Cuando comenzó a extenderse la forma *superior* de unión clasista de los proletarios, *el partido revolucionario del proletariado* (que será indigno de este nombre mientras no sepa agrupar a los líderes con la clase y las masas en un todo único e indisoluble), en los sindicatos empezaron a manifestarse fatalmente *ciertos* rasgos reaccionarios, cierta estrechez gremial, cierta tendencia al apoliticismo, cierto espíritu rutinario, etc. Pero el proletariado no se ha desarrollado, ni podía desarrollarse, en ningún país por otro medio que no fueran los sindicatos y su cooperación con el partido de la clase obrera. La conquista del poder político por el proletariado representa un gigantesco paso adelante de este último como clase. Y el partido debe consagrarse más, de un modo nuevo y no sólo por los procedimientos antiguos, a educar y dirigir a los sindicatos; sin olvidar, a la vez, que éstos son y serán durante mucho tiempo una necesaria "escuela de comunismo", una escuela preparatoria de los proletarios para ejercer su dictadura, una asociación indispensable de los obreros para que la dirección de toda la economía del país pase gradualmente a manos de *la clase* obrera (y no de unas u otras profesiones), primero, y de todos los trabajadores, después.

Con la dictadura del proletariado *es inevitable cierto* "reaccionarismo" de los sindicatos en el sentido indicado. No comprender esto significa no comprender en absoluto las condiciones fundamentales de *la transición* del capitalismo al socialismo. Temer *este* "reaccionarismo", intentar *prescindir* de él, saltar por encima de él, es una inmensa tontería, pues equivale a temer el papel de la vanguardia proletaria, que consiste en instruir, ilustrar y educar a los sectores y las masas más atrasados de la clase obrera y del campesinado e incorporarlos a la vida nueva. Por otro lado, aplazar la dictadura del proletariado hasta que no quede ni un solo obrero de estrecho espíritu profesional, ni un solo obrero Con prejuicios tradeunionistas y gremiales, sería un error aún más profundo. El arte del político (y la comprensión acertada de sus tareas por el comunista) consiste precisamente en saber valorar con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado puede tomar victoriosamente el poder; en que puede, durante la toma del poder y después de ella, conseguir un apoyo suficiente de sectores bastante amplios de la clase obrera y de las masas laboriosas no proletarias; en que puede, una vez obtenido dicho apoyo, mantener, afianzar y extender su dominación, educando, instruyendo y atrayéndose a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Prosigamos. En países más adelantados que Rusia se ha hecho sentir, y debía hacerse sentir con mucha mayor fuerza, sin duda, que en el nuestro, cierto

espíritu reaccionario de los sindicatos. En Rusia, los mencheviques tenían apoyo entre los sindicatos (y, en parte, siguen teniéndolo en un número pequeñísimo de éstos) gracias precisamente a la estrechez corporativa, al egoísmo profesional y al oportunismo. En Occidente, sus mencheviques se han "atrincherado" mucho más sólidamente en los sindicatos; allí se ha destacado un sector mucho más fuerte que en nuestro país de *"aristocracia obrera" profesional, mezquina, egoísta, insensible, codiciosa, pequeñoburguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo.* Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, Henderson, Merrheim, Legien y Cía. en Europa Occidental es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político *completamente homogéneo.* Hay que sostener esta lucha de manera implacable y llevarla sin falta, como hemos hecho nosotros, hasta poner en la picota y expulsar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el poder político (y no debe intentarse tomarlo) mientras esta lucha no haya alcanzado *cierto* grado; este "cierto grado" *no es idéntico* en todos los países ni en todas las condiciones, y sólo dirigentes políticos del proletariado reflexivos, experimentados y competentes pueden determinarlo con acierto en cada país. (En Rusia nos dieron la medida del éxito en esta lucha, entre otras cosas, las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente[31], pocos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas elecciones, los mencheviques sufrieron una espantosa derrota, obteniendo 700.000 votos -1.400.000 si agregamos los de Transcaucasia- frente a 9.000.000 logrados por los bolcheviques. Véase mi artículo *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado,* en el número 7-8 de *La Internacional Comunista*[32].)

Pero la lucha contra "la aristocracia obrera" la sostenemos en nombre de las masas obreras y para ponerlas de nuestra parte; la lucha contra los jefes oportunistas y socialchovinistas la sostenemos para ganarnos a la clase obrera. Sería estúpido olvidar esta verdad elementalísima y más que evidente. Pero tal es, precisamente, la estupidez en que incurren los comunistas alemanes "de izquierda", los cuales deducen *del* carácter reaccionario y contrarrevolucionario *de los cabecillas* sindicales la conclusión de que es preciso... ¡¡salir de los sindicatos!!, ¡¡renunciar a actuar en ellos!!, ¡¡crear formas de organización obrera nuevas, *inventadas!!* Una estupidez tan imperdonable que equivale al mejor servicio que los comunistas pueden prestar a la burguesía. Porque nuestros mencheviques, como todos los líderes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, no son otra cosa que "agentes de la burguesía en el movimiento obrero" (como hemos dicho siempre refiriéndonos a los mencheviques) o, en otros términos, "lugartenientes obreros de la clase capitalista" *(labor lieutenants of the capitalist class),* según la magnífica expresión, profundamente exacta, de los discípulos de Daniel de León en los Estados Unidos. No actuar en los sindicatos reaccionarios significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u "obreros aburguesados" (véase la carta de Engels a Marx, en 1858, acerca de los obreros ingleses[33]).

Precisamente la absurda "teoría" de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios prueba del modo más patente con qué irreflexión abordan estos comunistas "de izquierda" el problema de la influencia entre "las masas" y cómo abusan de su griterío acerca de éstas. Para saber ayudar a "las masas" y conquistar su simpatía, su adhesión y su apoyo no hay que temer las dificultades, las cicaterías, las zancadillas, los insultos y las persecuciones por "los jefes" (que, siendo oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos relacionados directa o indirectamente con la burguesía y la policía) y se debe *actuar* sin falta *allá donde estén las masas.* Hay que saber hacer toda clase de sacrificios y vencer los mayores obstáculos para efectuar una propaganda y una agitación sistemáticas, tenaces, perseverantes y pacientes precisamente en las instituciones, sociedades y asociaciones, por reaccionarias que sean, donde haya masas proletarias o semiproletarias. Y los sindicatos y las cooperativas obreras (estas últimas, por lo menos, en algunos casos) son cabalmente las organizaciones donde están las masas. En Inglaterra, según datos hechos públicos por el periódico sueco *Folkets Dagblad Politiken*[34] el 10 de marzo de 1920, el total de afiliados a las tradeuniones, que a finales de 1917 era de 5.500.000, se elevó a últimos de 1918 a 6.600.000, es decir, aumentó en el 19%. Y se calcula que a fines de 1919 ascendían a 7.500.000. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania; pero algunos hechos, indiscutibles por completo y conocidos de todos, muestran un gran incremento del número de miembros de los sindicatos también en esos países.

Estos hechos prueban con entera claridad lo que confirman otros mil síntomas: el crecimiento del grado de conciencia y de los anhelos de organización precisamente entre las masas proletarias, en sus "sectores inferiores", atrasados. En Inglaterra, Francia y Alemania, millones de obreros pasan *por vez primera* de la completa desorganización a la forma de organización más elemental e inferior, más simple y accesible (para los que se hallan todavía impregnados hasta la médula de prejuicios

democráticos burgueses): los sindicatos. Y los comunistas de izquierda, revolucionarios, pero insensatos, se quedan a un lado, gritan: "¡Masa!", "¡Masa!", y *¡¡se niegan a actuar en los sindicatos!!,* ¡¡So pretexto de su "reaccionarismo"!!, inventan una "unión obrera" nuevecita, pura, exenta de todo prejuicio democrático burgués, de todo pecado gremial y de toda estrechez profesional, que será (¡será!) amplia, según dicen, y para ingresar en la cual se exige solamente (¡solamente!) ¡¡"reconocer el sistema de los Soviets y la dictadura" (véase la cita transcrita más arriba)!!

¡Es inconcebible mayor insensatez, mayor daño causado a la revolución por los revolucionarios "de izquierda"! Si hoy, en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedente sobre la burguesía de Rusia y la de la Entente[35], estableciéramos como condición para ingresar en los sindicatos "reconocer la dictadura", haríamos una tontería, malograríamos nuestra influencia entre las masas y ayudaríamos a los mencheviques. Porque la tarea de los comunistas consiste en saber *convencer* a los elementos atrasados, en saber actuar *entre* ellos y no en *aislarse* de ellos con consignas puerilmente "izquierdistas" sacadas de la cabeza.

Es indudable que los señores Gompers, Henderson, Jouhaux y Legien estarán muy reconocidos a esos revolucionarios "de izquierda", que, como los de la oposición "de principio" alemana (¡Dios nos libre de semejantes "principios"') o algunos revolucionarios de la organización norteamericana Obreros Industriales del Mundo[36], predican la salida de los sindicatos reaccionarios y la renuncia a actuar en ellos. No dudamos de que los señores "jefes" del oportunismo recurrirán a todas las artimañas de la diplomacia burguesa, a la ayuda de los gobiernos burgueses, de los curas, de la policía y de los tribunales para impedir la entrada de los comunistas en los sindicatos, para expulsarlos de ellos por todos los medios y hacer lo más desagradable posible su labor en los mismos, para ofenderles, acosarles y perseguirles. Hay que saber afrontar todo eso, estar dispuestos a todos los sacrificios, recurrir incluso -en caso de necesidad- a todas las estratagemas, astucias y procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad con tal de penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y efectuar allí , cueste lo que cueste, una labor comunista. Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna "posibilidad legal"; pero cuando el policía Zubátov organizó sus asambleas y asociaciones obreras ultrarreaccionarias con objeto de cazar a los revolucionarios y luchar contra ellos, enviamos allí a miembros de nuestro partido (recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, destacado obrero petersburgués, fusilado en 1906 por los generales zaristas), que establecieron contacto con las masas, se las ingeniaron para hacer su agitación y arrancar a los obreros de la influencia de los zubatovistas*. Está claro que actuar así resulta más difícil en los países de Europa Occidental, particularmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales y democráticos burgueses de singular arraigo. Pero se puede y se debe actuar, y de modo sistemático.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar públicamente y proponer al próximo Congreso de la Internacional Comunista que condene en general la política de no participación en los sindicatos reaccionarios (motivando de manera detallada la insensatez que representa esta no participación y el gravísimo daño que causa a la revolución proletaria) y, en particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que (de modo directo o indirecto, abierto o encubierto, total o parcial, lo mismo da) han apoyado esta política errónea" La III Internacional debe romper con la táctica de la II y no eludir ni ocultar los problemas espinosos, sino plantearlos a rajatabla. Hemos dicho cara a cara toda la verdad a los "independientes" (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); hay que decírsela del mismo modo a los comunistas "de izquierda".

VII. ¿Debe participarse en los parlamentos burgueses?

Los comunistas "de izquierda" alemanes responden a esta pregunta, con el mayor desprecio -y la mayor irreflexión-, negativamente. ¿Sus argumentos? En la cita reproducida más arriba leemos:

"... rechazar del modo más categórico todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios (los cuales han caducado ya histórica y políticamente)..."

Está dicho en un tono ridículamente presuntuoso y es una falsedad evidente. ¡"Retorno" al parlamentarismo! ¿Acaso existe ya en Alemania una república soviética? ¡Parece que no! ¿Cómo puede hablarse, entonces, de "retorno"? ¿No es eso una frase vacía?

El parlamentarismo "ha caducado históricamente". Esto es cierto desde el punto de vista de la propaganda. Pero nadie ignora que de ahí a su superación *práctica* hay una distancia inmensa. Hace ya muchos decenios que podía decirse con entera razón que el capitalismo había "caducado históricamente"; mas esto no suprime en modo alguno la necesidad de sostener una lucha muy prolongada y muy tenaz *sobre el terreno* del capitalismo. El parlamentarismo "ha caducado históricamente" desde el punto de vista *histórico*

---

* Los Gompers, los Henderson, los Jouhaux y los Legien no son sino los Zubátov de allí, que se distinguen del nuestro por su traje europeo, su porte elegante y los refinados procedimientos, aparentemente democráticos y civilizados, que emplean para aplicar su canallesca política.

universal, es decir, *la época* del parlamentarismo burgués ha terminado, *la época* de la dictadura del proletariado *ha empezado.* Esto es indiscutible. Pero en la historia universal se cuenta por décadas. Desde su punto de vista, diez o veinte años más o menos no tienen importancia, son una pequeñez imposible de apreciar incluso aproximadamente. De ahí que recurrir a la escala de la historia universal en un problema de política práctica constituya el error teórico más escandaloso.

¿Que el parlamentarismo "ha caducado políticamente"? Eso es ya otra cuestión. Si fuera cierto, la posición de los "izquierdistas" sería firme. Pero eso hay que demostrarlo con un análisis muy serio, y los "izquierdistas" ni siquiera saben abordarlo. También es malísimo, como veremos, el análisis que se hace en las *Tesis acerca del parlamentarismo,* publicadas en el número 1 del *Boletín de la Oficina Provisional de Ámsterdam de la Internacional Comunista (Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist International,* February 1920), las cuales expresan claramente las tendencias izquierdistas de los holandeses o las tendencias holandesas de los izquierdistas.

En primer lugar, los "izquierdistas" alemanes, como se sabe, consideraban ya en enero de 1919 que el parlamentarismo había "caducado políticamente", a despecho de la opinión de dirigentes políticos tan destacados como Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht[37]. Es sabido que los "izquierdistas" se equivocaron. Este hecho basta para aniquilar de golpe y de raíz la tesis de que el parlamentarismo "ha caducado políticamente". Los "izquierdistas" están claro que actuar así resulta más difícil en los países de Europa Occidental, particularmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales y democráticos burgueses de singular arraigo. Pero se puede y se debe actuar, y de modo sistemático.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar públicamente y proponer al próximo Congreso de la Internacional Comunista que condene en general la política de no participación en los sindicatos reaccionarios (motivando de manera detallada la insensatez que representa esta no participación y el gravísimo daño que causa a la revolución proletaria) y, en particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista Holandés, que (de modo directo o indirecto, abierto o encubierto, total o parcial, lo mismo da) han apoyado esta política errónea(La III Internacional debe romper con la táctica de la 1I y no eludir ni ocultar los problemas espinosos, sino plantearlos a rajatabla. Hemos dicho cara a cara toda la verdad a los "independientes" (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); hay que decírsela del mismo modo a los comunistas "de izquierda".

VII. ¿Debe participarse en los parlamentos burgueses?

Los comunistas "de izquierda" alemanés responden a esta pregunta, con el mayor desprecio -y la mayor irreflexión-, negativamente. ¿Sus argumentos? En la cita reproducida más arriba leemos:

"... rechazar del modo más categórico todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios (los cuales han caducado ya histórica y políticamente)... "

Está dicho en un tono ridículamente presuntuoso y es una falsedad evidente. ¡"Retorno" al parlamentarismo! ¿Acaso existe ya en Alemania una república soviética? ¡Parece que no! ¿Cómo puede hablarse, entonces, de "retorno"? ¿No es eso una frase vacía?

El parlamentarismo "ha caducado históricamente". Esto es cierto desde el punto de vista de la propaganda. Pero nadie ignora que de ahí a su superación *práctica* hay una distancia inmensa. Hace ya muchos decenios que podía decirse con entera razón que el capitalismo había "caducado históricamente"; mas esto no suprime en modo alguno la necesidad de sostener una lucha muy prolongada y muy tenaz *sobre el terreno* del capitalismo. El parlamentarismo "ha caducado históricamente" desde el punto de vista *histórico*

universal, es decir, *la época* del parlamentarismo burgués ha terminado, *la época* de la dictadura del proletariado *ha empezado.* Esto es indiscutible. Pero en la historia universal se cuenta por décadas. Desde su punto de vista, diez o veinte años más o menos no tienen importancia, son una pequeñez imposible de apreciar incluso aproximadamente. De ahí que recurrir a la escala de la historia universal en un problema de política práctica constituya el error teórico más escandaloso.

¿Que el parlamentarismo "ha caducado políticamente"? Eso es ya otra cuestión. Si fuera cierto, la posición de los "izquierdistas" sería firme. Pero eso hay que demostrarlo con un análisis muy serio, y los "izquierdistas" ni siquiera saben abordarlo. También es malísimo, como veremos, el análisis que se hace en las *Tesis acerca del parlamentarismo,* publicadas en el número 1 del *Boletín de la Oficina Provisional de Ámsterdam de la Internacional Comunista (Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist International,* February 1920), las cuales expresan claramente las tendencias izquierdistas de los holandeses o las tendencias holandesas de los izquierdistas.

En primer lugar, los "izquierdistas" alemanes, como se sabe, consideraban ya en enero de 1919 que el parlamentarismo había "caducado políticamente", a despecho de la opinión de dirigentes políticos tan destacados como Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht[37]. Es sabido que los "izquierdistas" se

equivocaron. Este hecho basta para aniquilar de golpe y de raíz la tesis de que el parlamentarismo "ha caducado políticamente". Los "izquierdistas" están en el deber de demostrar por qué su indiscutible error de entonces ha dejado de serlo hoy. Pero no aportan, ni pueden aportar, la menor sombra de prueba. La actitud de un partido político ante sus errores es uno de los criterios más importantes y más seguros para juzgar de la seriedad de ese partido y del cumplimiento *efectivo* de sus deberes para con su *clase* y para con *las masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente un error, poner al desnudo sus causas, analizar la situación que lo ha engendrado y discutir atentamente los medios de corregirlo: eso es lo que caracteriza a un partido serio; en eso consiste el cumplimiento de sus deberes; eso es educar e instruir *a la clase* y, después, *a las masas.* Al no cumplir ese deber ni estudiar con extraordinaria atención, minuciosidad y prudencia su error manifiesto, los "izquierdistas" de Alemania (y de Holanda) muestran precisamente que no son *el partido de la clase,* sino un círculo, que no son *el partido de las masas,* sino un grupo de intelectuales y de un reducido número de obreros que imitan los peores rasgos de los intelectualoides.

En segundo lugar, en el mismo folleto del grupo "de izquierda" de Fráncfort, del que hemos reproducido antes citas detalladas, leemos:

"... los millones de obreros que siguen todavía la política del centro" (del partido católico del "centro") "son contrarrevolucionarios. Los proletarios del campo forman las legiones de los ejércitos contrarrevolucionarios" (pág. 3 del folleto).

Todo indica que eso está dicho con una ampulosidad y una exageración excesivas. Pero el hecho fundamental aquí expuesto es indiscutible y su reconocimiento por los "izquierdistas" patentiza su error con fuerza singular. En efecto, ¡cómo se puede decir que "el parlamentarismo ha caducado políticamente", si "millones" y "legiones" *de proletarios* son todavía no sólo partidarios del parlamentarismo en general, sino incluso francamente "contrarrevolucionarios"? Es evidente que el parlamentarismo en Alemania *no* ha caducado *aún* políticamente. Es evidente que los "izquierdistas" de Alemania han tomado *su deseo,* su actitud política e ideológica, por una realidad objetiva. Este error es el más peligroso para los revolucionarios. En Rusia, donde el yugo del zarismo, salvaje y feroz en extremo, engendró durante un período muy largo y en formas variadísimas revolucionarios de todos los matices, revolucionarios de abnegación, entusiasmo, heroísmo y fuerza de voluntad asombrosos, hemos podido observar muy de cerca, estudiar con singular atención y conocer al detalle este error de los revolucionarios. Y por eso lo vemos con especial claridad en los demás. Por supuesto, el parlamentarismo "ha caducado políticamente" para los comunistas de Alemania; pero se trata precisamente de *no* creer que lo caduco *para nosotros* haya caducado *para la clase, para la masa.* Una vez más vemos aquí que los "izquierdistas" no saben razonar, no saben comportarse como el partido *de la clase,* como el partido *de las masas.* Tenéis el deber de no descender al nivel de las masas, al nivel de los sectores atrasados de la clase. Esto es indiscutible. Tenéis la obligación de decirles la amarga verdad; de decirles que sus prejuicios democráticos burgueses y parlamentarios son eso: prejuicios. Pero, al mismo tiempo, tenéis la obligación de observar *con serenidad* el estado *verdadero* de conciencia y de preparación precisamente de toda la clase (y no sólo de su vanguardia comunista), de toda *la masa* trabajadora (y no sólo de sus elementos avanzados).

Aunque no fueran "millones" y "legiones", sino una simple *minoría* bastante considerable de obreros industriales la que siguiese a los curas católicos, y de obreros agrícolas la que siguiese a los terratenientes y campesinos ricos *(Grossbauern),* podría asegurarse ya *sin vacilar* que el parlamentarismo en Alemania *no* ha caducado *todavía* políticamente; que la participación del partido del proletariado revolucionario en las elecciones parlamentarias y en la lucha desde la tribuna del Parlamento *es obligatoria precisamente* para educar a los sectores atrasados *de su clase,* precisamente para despertar e instruir a *la masa* aldeana inculta, oprimida e ignorante. Mientras no tengáis fuerza para disolver el Parlamento burgués y las instituciones reaccionarias de otro tipo, cualesquiera que sean, tenéis *la obligación* de actuar en ellas *precisamente* porque allí hay todavía obreros idiotizados por el clero y por la vida en los más perdidos rincones rurales. De lo contrario corréis el riesgo de convertiros en simples charlatanes.

En tercer lugar, los comunistas "de izquierda" nos colman de elogios a los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: ¡alabadnos menos, pero compenetraos más con la táctica de los bolcheviques, familiarizaos más con ella! Participamos en las elecciones al Parlamento burgués de Rusia, a la Asamblea Constituyente, de septiembre a noviembre de 1917. ¿Fue acertada nuestra táctica o no? Si no lo fue, hay que decirlo con claridad y demostrarlo: es indispensable para que el comunismo internacional trace una táctica justa. Si lo fue, deben sacarse de ello las conclusiones pertinentes. Está claro que no puede ni hablarse de equiparar las condiciones de Rusia a las de Europa Occidental. Pero cuando se trata de manera especial del significado que tiene la idea "el parlamentarismo ha caducado políticamente", es obligatorio tomar en consideración con exactitud nuestra experiencia, pues sin tener en cuenta la experiencia concreta, esas ideas se convierten con excesiva facilidad en frases hueras. ¿Es que nosotros,

los bolcheviques rusos, no teníamos de septiembre a noviembre de 1917 *más* derecho que todos los comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo había caducado políticamente en Rusia? Lo teníamos, claro está, pues la cuestión no estriba en si los parlamentos burgueses existen desde hace mucho tiempo o poco, sino en qué medida las grandes masas trabajadoras están *preparadas* (ideológica, política y prácticamente) para aceptar el régimen soviético y disolver el Parlamento democrático burgués (o permitir su disolución). Es un hecho histórico plenamente establecido y absolutamente indiscutible que en septiembre, octubre y noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban preparados de un modo excepcional para aceptar el régimen soviético y disolver el Parlamento burgués más democrático. Y pese a ello, los bolcheviques *no* boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes *como después* de la conquista del poder político por el proletariado. Que dichas elecciones dieron resultados políticos de extraordinario valor (y de suma utilidad para el proletariado) es un hecho que creo haber demostrado en el artículo antes mencionado, en el que analizo con todo detalle los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia.

La conclusión que de ello se deduce es absolutamente indiscutible: está demostrado que, incluso unas semanas antes de la victoria de la República Soviética, e incluso *después* de esta victoria, la participación en un Parlamento democrático burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite *demostrar* con mayor facilidad a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, *facilita* el éxito de su disolución, *facilita* "la caducidad política" del parlamentarismo burgués. No tener en cuenta esta experiencia y pretender, al mismo tiempo, pertenecer a la *Internacional* Comunista, que debe elaborar *internacionalmente* su táctica (no una táctica de carácter nacional estrecho o unilateral, sino justamente una táctica internacional), significa incurrir en el más profundo de los errores y precisamente apartarse de hecho del internacionalismo, aunque se le reconozca de palabra.

Examinemos ahora los argumentos "izquierdistas holandeses" a favor de la no participación en los parlamentos. He aquí la tesis 4ª, la más importante de las tesis "holandesas" antes mencionadas, traducida del inglés:

"Cuando el sistema capitalista de producción es destrozado y la sociedad atraviesa un período revolucionario, la acción parlamentaria pierde gradualmente su valor en comparación con la acción de las propias masas. Cuando, en estas condiciones, el Parlamento se convierte en el centro y el órgano de la contrarrevolución, y, por otra parte, la clase obrera crea los instrumentos de su poder en forma de Soviets, puede resultar incluso necesario renunciar a toda participación en la acción parlamentaria".

La primera frase es errónea a todas luces, pues la acción de las masas -por ejemplo, una gran huelga- es *siempre* más importante que la acción parlamentaria, y no sólo durante la revolución o en una situación revolucionaria. Este argumento, a todas luces infundado y falso histórica y políticamente, no hace sino mostrar con claridad singular que los autores desprecian por completo la experiencia de toda Europa (de Francia en vísperas de las revoluciones de 1848 y 1870, de Alemania entre 1878 y 1890, etc.) y de Rusia (véase más arriba) respecto a la importancia que tiene *combinar* la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión reviste la mayor trascendencia, tanto en general como en particular, porque en *todos* los países civilizados y avanzados se acerca a grandes pasos la época en que dicha combinación será cada día más obligatoria -y lo es ya en parte- para el partido del proletariado revolucionario. Será obligatoria en virtud de la maduración y la proximidad de la guerra civil del proletariado contra la burguesía, en virtud de las feroces persecuciones de los comunistas por los gobiernos republicanos y, en general, burgueses, los cuales violan por todos los medios la legalidad (bastará con citar el ejemplo de Norteamérica), etc. Los holandeses y los izquierdistas en general no comprenden en absoluto esta cuestión esencialísima.

La segunda frase es, en primer lugar, errónea desde el punto de vista histórico. Los bolcheviques hemos actuado en los parlamentos más contrarrevolucionarios y la experiencia ha demostrado que semejante participación ha sido no sólo útil, sino necesaria para el partido del proletariado revolucionario precisamente después de la primera revolución burguesa en Rusia (1905), a fin de preparar la segunda revolución burguesa (febrero de 1917) y, luego, la revolución socialista (octubre de 1917). En segundo lugar, dicha frase es de un ilogismo sorprendente. De que el Parlamento se convierta en el órgano y "el centro" de la contrarrevolución (dicho sea de pasada, jamás ha sido ni ha podido ser en realidad "el centro") y de que los obreros creen los instrumentos de su poder en forma de Soviets, se deduce que los trabajadores deben prepararse ideológica, política y técnicamente para la lucha de los Soviets contra el Parlamento, para la disolución del Parlamento por los Soviets. Pero de ahí no se desprende en modo alguno que semejante disolución sea obstaculizada, o no sea facilitada, por la presencia de una oposición soviética *dentro* del Parlamento contrarrevolucionario. Jamás hemos notado durante nuestra lucha victoriosa contra

Denikin y Kolchak que la existencia de una oposición proletaria, soviética, en la zona ocupada por ellos fuera indiferente para nuestros triunfos. Sabemos muy bien que la disolución de la Constituyente, efectuada por nosotros el 5 de enero de 1918, lejos de ser dificultada, se vio facilitada por la presencia en la Constituyente contrarrevolucionaria que disolvíamos tanto de una oposición soviética consecuente, la bolchevique, como de una oposición soviética inconsecuente, la de los eseristas de izquierda.

Los autores de la tesis se han hecho un lío completo y han olvidado la experiencia de una serie de revoluciones, si no de todas, que acredita la singular utilidad de *combinar,* en tiempos de revolución, la acción de masas fuera del Parlamento reaccionario con una oposición simpatizante de la revolución (o mejor aún, que la apoya francamente) dentro de ese Parlamento. Los holandeses y los "izquierdistas" en general razonan en este caso como doctrinarios de la revolución que jamás han participado en una verdadera revolución y reflexionado sobre la historia de las revoluciones, o que toman ingenuamente "la negación" subjetiva de cierta institución reaccionaria por su destrucción efectiva con las fuerzas mancomunadas de toda una serie de factores objetivos. El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política (y no sólo política) y de perjudicarla es llevarla hasta el absurdo con el pretexto de defenderla. Porque toda verdad, si se la hace "exorbitante" (como decía Dietzgen padre), si se la exagera y extiende más allá de los límites en los que es realmente aplicable, puede ser llevada al absurdo y, en las condiciones señaladas, se convierte de manera infalible en un absurdo. Tal es el flaco servicio que prestan los izquierdistas de Holanda y Alemania a la nueva verdad de la superioridad del Poder soviético sobre los parlamentos democráticos burgueses. Por supuesto, estaría en un error quien siguiera sosteniendo de un modo general la vieja afirmación de que abstenerse de participar en los parlamentos burgueses es inadmisible en todas las circunstancias. Me es imposible tratar de formular aquí las condiciones en que es útil el boicot, pues este folleto persigue objetivos mucho más modestos: analizar la experiencia rusa en relación con algunos problemas actuales de la táctica comunista internacional. La experiencia rusa nos brinda una aplicación feliz y acertada (1905) y otra equivocada (1906) del boicot por los bolcheviques. Al analizar el primer caso vemos: los bolcheviques consiguieron *impedir la convocación* del Parlamento reaccionario por el poder reaccionario en un momento en que la acción revolucionaria extra parlamentaria de las masas (en particular las huelgas) crecía con rapidez excepcional, en que ni un solo sector del proletariado y del campesinado podía apoyar en modo alguno el poder reaccionario, en que el proletariado revolucionario se aseguraba su influencia entre las grandes masas atrasadas por medio de la lucha huelguística y del movimiento agrario. Es evidente a todas luces que *esta* experiencia no puede aplicarse a las condiciones europeas actuales. Y es también evidente a todas luces -en virtud de los argumentos expuestos más arriba- que la defensa, incluso convencional, de la renuncia a participar en los parlamentos, hecha por los holandeses y los "izquierdistas", es profundamente errónea y nociva para la causa del proletariado revolucionario.

En Europa Occidental y en los Estados Unidos, el Parlamento se ha hecho odioso en extremo a la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. Esto es indiscutible. Y se comprende perfectamente, pues resulta difícil imaginarse mayor vileza, abyección y felonía que la conducta de la mayoría abrumadora de los diputados socialistas y socialdemócratas en el Parlamento durante la guerra y después de ella. Pero sería no sólo insensato, sino francamente criminal dejarse llevar por estos sentimientos al decidir *cómo* se debe combatir el mal reconocido por todos. Puede decirse que, en muchos países de Europa Occidental, el espíritu revolucionario es hoy una "novedad" o una "rareza", esperada demasiado tiempo, en vano y con impaciencia, debido a lo cual, quizá, se cede ante ella con tanta facilidad. Como es natural, sin un estado de ánimo revolucionario de las masas y sin condiciones que favorezcan su desarrollo, la táctica revolucionaria no se transformará en acción; pero en Rusia, una experiencia demasiado larga, dura y sangrienta nos ha convencido de que es imposible basar la táctica revolucionaria exclusivamente en el estado de ánimo revolucionario. La táctica debe ser trazada tomando en consideración con serenidad y estricta objetividad *todas* las fuerzas de clase del Estado de que se trate (y de los Estados que le rodean y de todos los Estados a escala mundial), así como la experiencia de los movimientos revolucionarios. Es facilísimo dar pruebas de "revolucionarismo" sólo con insultos al oportunismo parlamentario, sólo condenando la participación en los parlamentos; pero, precisamente por ser demasiado fácil, no es la solución de un problema difícil, dificilísimo. En los parlamentos europeos es mucho más difícil que en Rusia formar una minoría parlamentaria verdaderamente revolucionaria. Desde luego. Mas eso no es sino una expresión parcial de la verdad general de que, en la situación concreta de 1917 , original en extremo desde el punto de vista histórico, a Rusia le fue fácil *empezar* la revolución socialista, pero *continuarla* y llevarla a feliz término le será más difícil que a los países europeos. A comienzos de 1918 hube ya de indicar esta circunstancia, y la experiencia de los dos años transcurridos desde entonces ha venido a confirmar por entero la justedad de semejante consideración. En Europa Occidental no existen hoy condiciones específicas como fueron:

1) la posibilidad de conjugar la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y los campesinos; 2) la posibilidad de sacar provecho, durante cierto tiempo, de la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos más poderosos del mundo de tiburones imperialistas, que no podían coligarse contra el enemigo soviético; 3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la extensión gigantesca del país y por sus malas comunicaciones; 4) la existencia entre los campesinos de un movimiento revolucionario democrático burgués tan profundo que el partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos (los socialistas-revolucionarios, un partido profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo) y las realizó en el acto gracias a la conquista del poder político por el proletariado[38]. Esas condiciones específicas no se dan hoy en Europa Occidental, y su repetición, o la de otras análogas, no es nada fácil. Por ello, entre otras razones, a Europa Occidental le es más difícil que a nosotros *comenzar* la revolución socialista. Tratar de "eludir" esta dificultad "saltándose" el arduo problema de utilizar con fines revolucionarios los parlamentos reaccionarios es puro infantilismo. ¡Queréis crear una sociedad nueva y teméis la dificultad de formar una buena minoría parlamentaria de comunistas convencidos, abnegados y heroicos en un Parlamento reaccionario? ¿No es eso, acaso, infantilismo? Si Carlos Liebknecht en Alemania y Carlos Höglung en Suecia han sabido, incluso sin el apoyo de las masas desde abajo, dar un ejemplo de utilización realmente revolucionaria de los parlamentos reaccionarios, ¡cómo es posible que un partido revolucionario de masas que crece con rapidez no pueda, en medio de las desilusiones y la exasperación de posguerra de las masas, *forjar* una minoría comunista en los peores parlamentos? Precisamente porque las masas atrasadas de obreros y -con mayor motivo- de pequeños campesinos están mucho más imbuidas en Europa Occidental que en Rusia de prejuicios democráticos burgueses y parlamentarios, precisamente por eso, *sólo* en el seno de instituciones como los parlamentos burgueses pueden (y deben) los comunistas sostener una lucha prolongada y tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad, para denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios.

Los "izquierdistas" alemanes se quejan de los malos "jefes" de su partido y caen en la desesperación, llegando a la ridiculez de "negar" a "los jefes". Pero en circunstancias que obligan con frecuencia a mantener a estos últimos en la clandestinidad, *la formación* de "jefes" buenos, seguros, probados y prestigiosos resulta particularmente difícil, y *es imposible* vencer con éxito semejantes dificultades sin combinar la labor legal con la ilegal, *sin hacer pasar a "los jefes", entre otras pruebas, también* por la del Parlamento. La crítica -la más violenta, implacable e intransigente- no debe dirigirse contra el parlamentarismo o la acción parlamentaria, sino contra los jefes que no saben (y, tanto más, contra los que *no quieren)* utilizar las elecciones parlamentarias y la tribuna del Parlamento a la manera revolucionaria, a la manera comunista. Sólo esta crítica -unida, como es natural, a la expulsión de los jefes incapaces y a su sustitución por otros capaces- constituirá una labor revolucionaria provechosa y fecunda, que educará simultáneamente a "los jefes", para que sean dignos de la clase obrera y de las masas trabajadoras, y a las masas, para que aprendan a orientarse como es debido en la situación política y a comprender las tareas, a menudo complejas y embrolladas en extremo, que se deducen de semejante situación[*].

VIII. ¿Ningún compromiso?

En la cita del folleto de Fráncfort hemos visto la energía con que los "izquierdistas" plantean esta consigna. Es triste ver cómo hombres que, indudablemente, se consideran marxistas y quieren serlo han olvidado las verdades fundamentales del marxismo. Engels -que, como Marx, pertenece a esa rarísima categoría de escritores cada una de cuyas frases de sus obras importantes tiene una asombrosa

[*] Han sido demasiado escasas las posibilidades que he tenido de conocer el comunismo "de izquierda" en Italia. Es indudable que el camarada Bordiga y su fracción de "comunistas boícoteadores" *(Comunista abstencionista)* se equivocan al defender la no participación en el Parlamento. Pero hay un punto en el que, a mi juicio, tiene razón, por lo que puedo juzgar ateniéndome a dos números de su periódico *Il Soviet*[39] (núms. 3 y 4 del 18/1 y del 1/11 de 1920), a cuatro números de la excelente revista del camarada Serrati *Comunismo*[40] (núms. 1-4, 1/X-30/XI de 1919) ya números sueltos de periódicos burgueses italianos que he podido ver. El camarada Bordiga y su fracción tienen razón, precisamente, cuando atacan a Turati y sus partidarios, los cuales pertenecen a un partido que reconoce el Poder de los Soviets y la dictadura del proletariado, continúan siendo miembros del Parlamento y prosiguen su vieja y nociva política oportunista. Como es natural, al tolerar esto, el camarada Serrati y todo el Partido Socialista Italiano[41] incurren en un error preñado de tan grandes perjuicios y peligros como en Hungría, donde los señores Turati húngaros sabotearon desde dentro el partido y el Poder de los Soviets[42]. Esa actitud errónea, inconsecuente o timorata con respecto a los parlamentarios oportunistas, de una parte, engendra el comunismo "de izquierda" y, de otra, justifica *hasta cierto punto* su existencia. Es evidente que el camarada Serrati no tiene razón al acusar de "inconsecuencia" al diputado Turati *(Comunismo,* núm. 3), pues el inconsecuente es precisamente el Partido Socialista Italiano, que tolera en su seno a parlamentarios oportunistas como Turati y compañía.

profundidad de contenido- escribía en 1874 lo siguiente contra el Manifiesto de los treinta y tres blanquistas[43] miembros de la Comuna:

""... Somos comunistas" (decían en su manifiesto los comuneros blanquistas) "porque queremos llegar a nuestra meta sin detenernos en paradas intermedias, sin aceptar compromisos, que no hacen más que alejar el día de la victoria y prolongar la esclavitud".

"Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las paradas intermedias y los compromisos creados por la marcha del desarrollo histórico, y no por ellos, ven con claridad y persiguen sin cesar la meta final: la supresión de las clases y la creación de una sociedad en la que no habrá lugar para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción. Los treinta y tres blanquistas se figuran que son comunistas porque, desde el momento en que *su* deseo es saltarse las paradas intermedias y los compromisos, la cosa está hecha, y que si "comienza" uno de estos días -de lo cual están firmemente seguros- y el poder cae en sus manos, pasado mañana "será instaurado el comunismo". Por consiguiente, si no se puede hacer eso en el acto, no son comunistas.

"¡Que ingenuidad pueril presentar la propia impaciencia como argumento teórico!" (F. Engels. *El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna,* del periódico socialdemócrata alemán *Der Volksstaat*[44], 1874, núm. 73, incluido en la recopilación *Artículos de* 1871-1875, traducción rusa, Petrogrado, 1919, págs. 52-53).

Engels expresa en ese mismo artículo su profundo respeto por Vaillant y habla del "mérito incontestable" de éste (que fue, como Guesde, uno de los jefes más destacados del socialismo internacional antes de su traición al socialismo en agosto de 1914). Pero Engels no deja de analizar con todo detalle el error manifiesto. Está claro que a los revolucionarios muy jóvenes e inexpertos, lo mismo que a los revolucionarios pequeñoburgueses, incluso de edad muy respetable y con gran experiencia, les parece extraordinariamente "peligroso", incomprensible y erróneo "autorizar los compromisos". Y muchos sofistas (como politicastros "superexpertos" o excesivamente "experimentados") razonan del mismo modo que los jefes del oportunismo inglés mencionados por el camarada Lansbury: "Si los bolcheviques se permiten tal o cual compromiso, ¿por qué no hemos de permitirnos nosotros cualquier compromiso?" Pero los proletarios educados por repetidas huelgas (para no considerar más que esta manifestación de la lucha de clases) asimilan de ordinario magníficamente la profundísima verdad (filosófica, histórica, política y sicológica) enunciada por Engels. Todo proletario conoce huelgas, conoce "compromisos" con los odiados opresores y explotadores, después de los cuales los obreros han tenido que reintegrarse al trabajo sin haber logrado nada o accediendo a una satisfacción parcial de sus reivindicaciones. El ambiente de lucha de masas y de brusco enconamiento de los antagonismos de clase en que vive permiten a cada proletario observar la diferencia existente entre compromisos de dos tipos. De una parte, un compromiso impuesto por condiciones objetivas (pobreza de la caja de los huelguistas, que carecen de apoyo, padecen hambre y están extenuados hasta lo indecible), compromiso que en nada disminuye la abnegación revolucionaria de los obreros que lo han contraído ni su disposición a continuar la lucha. De otra parte, un compromiso de traidores que achacan a causas objetivas su vil egoísmo (¡también los esquiroles conciertan "compromisos"!), su cobardía, su deseo de ganarse la buena disposición de los capitalistas, su falta de firmeza ante las amenazas y, a veces, ante las exhortaciones, las limosnas o los halagos de los capitalistas (estos compromisos de traidores abundan especialmente en la historia del movimiento obrero inglés por parte de los jefes de las tradeuniones, aunque, en una forma o en otra, casi todos los obreros de los demás países han podido observar fenómenos análogos).

Por supuesto, se dan casos aislados difíciles y complejos en extremo en los que sólo realizando los mayores esfuerzos se logra determinar con exactitud el verdadero carácter de tal o cual "compromiso", de la misma manera que hay casos de homicidio en los que no es nada fácil decidir si éste era absolutamente justo e incluso obligatorio (por ejemplo, en caso de legítima defensa), o bien resultado de una imprudencia imperdonable o incluso de un plan perverso ejecutado con habilidad. Es indudable que en política, donde se trata a veces de relaciones muy complejas -nacionales e internacionales- entre las clases y los partidos, se registrarán numerosos casos mucho más difíciles que la cuestión de saber si un "compromiso" contraído con motivo de una huelga es legítimo o se trata de una alevosía de un esquirol, de un jefe traidor, etc. Es absurdo preparar una receta o una regla general (¡"ningún compromiso"!) para todos los casos. Hay que tener la cabeza sobre los hombros para saber orientarse en cada caso concreto. La importancia de poseer una organización de partido y jefes del mismo dignos de este nombre consiste precisamente, entre otras cosas, en llegar -mediante un trabajo largo, tenaz, múltiple y variado de todos los representantes de una clase determinada capaces de pensar[*]- a adquirir los conocimientos y la

[*] Hasta en el país más culto, toda clase, aun la más avanzada y con mayor florecimiento excepcional de todas sus fuerzas espirituales en virtud de las circunstancias del momento, cuenta -y *contará* sin falta mientras las clases subsistan y la sociedad sin clases no esté afianzada, consolidada y desarrollada por completo sobre su propia base- con representantes que *no* piensan y que son

experiencia necesarios y, además de los conocimientos y la experiencia, la perspicacia política indispensable para resolver pronto y bien los problemas políticos complejos.

Las personas ingenuas y totalmente inexpertas se figuran que basta con admitir los compromisos *en general* para que desaparezca toda línea divisoria entre el oportunismo -contra el que sostenemos y debemos sostener una lucha sin cuartel- y el marxismo revolucionario o comunismo. Pero a esas personas, si ignoran aún que *todas* las líneas divisorias en la naturaleza y en la sociedad son mutables y hasta cierto punto convencionales, se les puede ayudar sólo por medio de la instrucción, la formación, la ilustración y la experiencia política y práctica prolongadas. En los problemas prácticos de la política de cada momento particular o específico de la historia es importante saber distinguir aquellos en que se manifiestan los compromisos de la especie más inadmisible, los compromisos de traición -que encarnan un oportunismo funesto para la clase revolucionaria y consagrar todos los esfuerzos a explicar su sentido y a combatirlos. Durante la guerra imperialista de 1914-1918 entre dos grupos de países igualmente bandidescos y rapaces, el oportunismo principal y fundamental fue el que adoptó la forma de socialchovinismo, es decir, el apoyo de "la defensa de la patria", lo cual equivalía de hecho, en *aquella* guerra, a defender los intereses de rapiña de la burguesía "propia". Después de la guerra fue la defensa de la expoliadora "Sociedad de Naciones"[45], la defensa de las alianzas directas o indirectas con la burguesía del propio país contra el proletariado revolucionario y el movimiento "soviético" y la defensa de la democracia y del parlamentarismo burgueses frente al "Poder de los Soviets". Tales fueron las manifestaciones principales de estos compromisos inadmisibles y alevosos, que, en suma, han terminado en un oportunismo funesto para el proletariado revolucionario y para su causa.

"... Rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos... toda política de maniobra y conciliación",

dicen los izquierdistas de Alemania en el folleto de Fráncfort.

¡Es sorprendente que, con semejantes ideas, esos izquierdistas no condenen categóricamente el bolchevismo! ¡Los izquierdistas alemanes no pueden ignorar que toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, *está llena* de casos de maniobras, de acuerdos y compromisos con otros partidos, incluidos los partidos burgueses!

Hacer la guerra para derrocar a la burguesía internacional -una guerra cien veces más difícil, larga y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados- y renunciar de antemano a toda maniobra, a explotar los antagonismos de intereses (aunque sólo sean pasajeros) que dividen a nuestros enemigos, renunciar a acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean temporales, inestables, vacilantes, convencionales), ¿no es, acaso, algo infinitamente ridículo? ¿No viene a ser eso como si en la difícil ascensión a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta, se renunciase de antemano a hacer a veces zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio para probar otras direcciones? ¡¡Y gente tan inconsciente e inexperta (y menos mal si la causa de ello es la juventud, autorizada por la providencia para decir semejantes tonterías durante cierto tiempo) ha podido ser sostenida directa o indirectamente, franca o encubiertamente, íntegra o parcialmente, poco importa cómo, por algunos miembros del Partido Comunista Holandés!!

Después de triunfar la primera revolución socialista del proletariado, después de ser derrocada la burguesía en un país, su proletariado sigue siendo *durante mucho tiempo más débil* que la burguesía. Débese ello, simplemente, a las inmensas relaciones internacionales de ésta y, además, a la restauración, al renacimiento espontáneo y continuo del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país donde esta última ha sido derrocada. Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando *obligatoriamente* -con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad- la menor "grieta" entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países y entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en cada país. Hay que aprovechar, asimismo, las menores posibilidades de lograr un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro y convencional. Quien no haya comprendido esto, no ha comprendido ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico, contemporáneo, *en general.* Quien no haya demostrado *en la práctica,* durante un período bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad, no ha aprendido aún a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por liberar de explotadores a toda la humanidad trabajadora. Y lo dicho es aplicable por igual tanto al período *anterior* a la conquista del poder político por el proletariado como al *posterior,*

Nuestra teoría no es un dogma, sino *una guía para la acción,* decían Marx y Engels[46]. Y el gran error, el inmenso crimen de marxistas "patentados" como Carlos Kautsky, Otto Bauer y otros consiste en no haber entendido esto, en no haber sabido aplicarlo en los momentos más importantes de la revolución proletaria. "La acción política no es una acera de la

---

incapaces de pensar. Si no ocurriera así, el capitalismo dejaría de ser el capitalismo opresor de las masas.

avenida Nevski" (la acera limpia, ancha y lisa de la calle principal de San Petersburgo, absolutamente recta), decía ya N. G. Chernyshevski[47], el gran socialista ruso del período premarxista. Desde los tiempos de Chernyshevski, los revolucionarios rusos han pagado con innumerables víctimas el desconocimiento u olvido de esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa Occidental y de América fieles a la clase obrera paguen *menos cara* que los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.

Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia aprovecharon en repetidas ocasiones antes de la caída del zarismo los servicios de los liberales burgueses, es decir, concluyeron con ellos innumerables compromisos prácticos. Y en 1901 y 1902, antes incluso de que naciera el bolchevismo, la antigua Redacción de *Iskra* (de la que formábamos parte Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Mártov, Potrésov y yo) concertó (es cierto que no por mucho tiempo) una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués, sin dejar de sostener a la vez la lucha ideológica y política más implacable contra el liberalismo burgués y contra las más mínimas manifestaciones de su influencia en el seno del movimiento obrero. Los bolcheviques aplicaron siempre esa misma política. Desde 1905 defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con el campesinado contra la burguesía liberal y el zarismo, sin negarse nunca, al mismo tiempo, a apoyar a la burguesía contra el zarismo (por ejemplo, en la segunda etapa de las elecciones o en las segundas vueltas electorales) y sin interrumpir la lucha ideológica y política más intransigente contra el partido campesino revolucionario burgués, los "socialistas-revolucionarios", desenmascarándolos como demócratas pequeñoburgueses que se incluían falsamente entre los socialistas. En 1907, los bolcheviques constituyeron, por poco tiempo, un bloque político formal con los "socialistas-revolucionarios" para las elecciones a la Duma. Con los mencheviques hemos estado formalmente durante varios años, desde 1903 hasta 1912, en un partido socialdemócrata único, *sin* interrumpir *jamás* la lucha ideológica y política contra ellos como vehículos de la influencia burguesa en el seno del proletariado y como oportunistas. Durante la guerra concertamos una especie de compromiso con los "kautskianos", los mencheviques de izquierda (Mártov) y una parte de los "socialistas-revolucionarios" (Chernov, Natansón). Asistimos con ellos a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal[48] y publicamos manifiestos conjuntos, pero jamás interrumpimos ni atenuamos la lucha política e ideológica contra los "kautskianos", contra Mártov y Chernov (Natansón murió en 1919 siendo un "comunista revolucionario" populista'", muy afín a nosotros y casi solidario nuestro). En el momento mismo de la Revolución de Octubre concertamos un bloque político, no formal, pero muy importante (y muy eficaz) con el campesinado pequeñoburgués, aceptando *íntegro,* sin el menor cambio, el programa agrario *eserista,* es decir, contrajimos un compromiso indudable para demostrar a los campesinos que no queríamos aprovecharnos de su mayoría de votos, sino llegar a un acuerdo con ellos. Al mismo tiempo, propusimos a los "eseristas de izquierda"[50] (y poco después lo realizamos) un bloque político formal, con participación en el gobierno, bloque que ellos rompieron después de la Paz de Brest, llegando en julio de 1918 a la insurrección armada y, más tarde, a la lucha armada contra nosotros.

Es comprensible, por ello, que los ataques de los izquierdistas alemanes al Comité Central del Partido Comunista de Alemania por admitir la idea de un bloque con los "independientes" (con el "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", los kautskianos) nos parezcan carentes de seriedad y veamos en ellos una demostración evidente de *la posición errónea* de los "izquierdistas". En Rusia había también mencheviques de derecha (que colaboraron en el Gobierno Kerenski), equivalentes a los Scheidemann de Alemania, y mencheviques de izquierda (Mártov), que se hallaban en oposición a los mencheviques de derecha y equivalían a los kautskianos alemanes. En 1917 observamos con claridad que las masas obreras se separaban paulatinamente de los mencheviques para sumarse a los bolcheviques. En el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de dicho año, tuvimos sólo un 13 % de los votos. La mayoría perteneció a los eseristas y a los mencheviques. En el II Congreso de los Soviets (25 de octubre de 1917, según el viejo calendario) tuvimos el 51 % de los sufragios. ¿Por qué en Alemania una tendencia *igual,* completamente *análoga,* de los obreros a pasar de la derecha a la izquierda ha conducido al fortalecimiento inmediato no de los comunistas, sino, al principio, del partido intermedio de los "independientes", aunque este partido jamás haya tenido ninguna idea política independiente y ninguna política independiente y se haya limitado a vacilar entre los Scheidemann y los comunistas?

Una de las causas ha sido, sin duda, la táctica *errónea* de los comunistas alemanes, los cuales deben reconocer ese error honradamente y sin temor y aprender a corregirlo. El error ha consistido en negarse a participar en el Parlamento reaccionario, burgués, y en los sindicatos reaccionarios; el error ha consistido en múltiples manifestaciones de esa enfermedad infantil del "izquierdismo" que se ha exteriorizado ahora y que, gracias a ello, será curada mejor, más pronto y con mayor provecho para el organismo.

Es evidente que el "Partido Socialdemócrata

Independiente" alemán carece de homogeneidad: al lado de los antiguos jefes oportunistas (Kautsky, Hilferding y, por lo que se ve, en gran parte Crispien, Ledebour y otros), que han demostrado su incapacidad para comprender la significación del Poder soviético y de la dictadura del proletariado y para dirigir la lucha revolucionaria de este último, en dicho partido se ha formado y crece con rapidez singular una ala izquierda, proletaria. Cientos de miles de miembros de este partido -que tiene, al parecer, unos 750.000 afiliados- son proletarios que se alejan de Scheidemann y caminan con rapidez hacia el comunismo. Esta ala proletaria propuso ya en el Congreso de los independientes, celebrado en Leipzig en 1919, la adhesión inmediata e incondicional a la III Internacional. Temer un "compromiso" con dicha ala es sencillamente ridículo. Al contrario, para los comunistas *es obligatorio* buscar *y encontrar* una forma adecuada de compromiso con ella, que permita, por una parte, facilitar y acelerar la fusión completa y necesaria con la misma y, por otra, que no cohíba en nada a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala derecha, oportunista, de los "independientes". Es probable que no resulte fácil concebir una forma adecuada de compromiso, pero sólo un charlatán podría prometer a los obreros y a los comunistas alemanes un camino "fácil" para alcanzar la victoria.

El capitalismo dejaría de ser capitalismo si el proletariado "puro" no estuviese rodeado de una masa abigarradísima de elementos que personifican la transición del proletario al semiproletario (el que obtiene la mitad de sus medios de existencia vendiendo su fuerza de trabajo), del semiproletario al pequeño campesino (y al pequeño artesano, al obrero a domicilio y al pequeño patrono en general), del pequeño campesino al campesino medio, etc., y si en el seno mismo del proletariado no hubiera sectores de un desarrollo mayor o menor, divisiones de carácter territorial, profesional, a veces religioso, etc. De todo eso se deduce la necesidad -una necesidad imperiosa para la vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el Partido Comunista- de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos proletarios y con los diversos partidos de obreros y de pequeños patronos. El quid de la cuestión está en *saber* aplicar esta táctica para *elevar,* y no para rebajar, el nivel *general* de conciencia del proletariado, su espíritu revolucionario y su capacidad de lucha y de victoria. Es preciso advertir, entre otras cosas, que la victoria de los bolcheviques sobre los mencheviques requirió, no sólo antes de la Revolución de Octubre de 1917, *sino también después de ella,* aplicar una táctica de maniobras, acuerdos y compromisos, aunque de tal naturaleza, claro está, que facilitaban y aceleraban la victoria de los bolcheviques y consolidaban y fortalecían a éstos a costa de los mencheviques. Los demócratas pequeñoburgueses (incluidos los mencheviques) vacilan de manera inevitable entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el régimen soviético, entre el reformismo y el revolucionarismo, entre el amor a los obreros y el miedo a la dictadura del proletariado, etc. La táctica acertada de los comunistas debe consistir en *aprovechar* esas vacilaciones y no, en modo alguno, en desdeñarlas. Y para aprovecharlas hay que hacer concesiones a los elementos que se inclinan al proletariado -en los casos y en la medida exacta en que lo hagan- y, al mismo tiempo, luchar contra los que se inclinan a la burguesía. Debido a que aplicamos una táctica acertada, el menchevismo se ha ido descomponiendo y se descompone más y más en nuestro país. Dicha táctica ha ido aislando a los jefes obstinados en el oportunismo y atrayendo a nuestro campo a los mejores obreros y a los mejores elementos de la democracia pequeñoburguesa. Es un proceso largo, y las "soluciones" irreflexivas, como "ningún compromiso, ninguna maniobra", sólo pueden dificultar el crecimiento de la influencia del proletariado revolucionario y el aumento de sus fuerzas.

Por último, es un error indudable de los "izquierdistas" de Alemania su insistencia rectilínea en no reconocer el Tratado de Paz de Versalles[51]. Cuanto mayores son "el aplomo" y "la importancia", el tono "categórico" y sin apelación con que formula este punto de vista, por ejemplo, K. Horner, tanto menos inteligente resulta. No basta con renegar de las flagrantes estupideces del "bolchevismo nacional" (Laufenberg y otros), que, en las condiciones actuales de la revolución proletaria internacional, ha llegado a hablar de la formación de un bloque con la burguesía alemana para hacer la guerra a la Entente. Debe comprenderse que es errónea por completo la táctica que niega la obligación de la Alemania Soviética (si surgiese pronto una república soviética alemana) de reconocer por cierto tiempo el Tratado de Versalles y someterse a él. De esto no se deduce que los "independientes" tuvieran razón al reclamar la firma del Tratado de Versalles *en las condiciones existentes entonces,* cuando se hallaban en el gobierno los Scheidemann, cuando no había sido derribado todavía el Poder soviético en Hungría y no estaba excluida aún la posibilidad de una ayuda de la revolución soviética en Viena para apoyar a la Hungría Soviética. Entonces, los "independientes" maniobraron muy mal, pues asumieron una responsabilidad mayor o menor por los traidores tipo Scheidemann y se apartaron más o menos del punto de vista de la lucha de clases implacable (y reflexiva en grado sumo) contra los Scheidemann para situarse "al margen" y "por encima" de las clases.

Pero la situación es hoy tal que los comunistas alemanes no deben atarse las manos y prometer la renuncia obligatoria e indefectible al Tratado de

Versalles en caso de triunfar el comunismo. Eso sería una tontería. Hay que decir: los Scheidemann y los kautskianos han cometido una serie de traiciones que han dificultado (y, en parte, hecho fracasar) la alianza con la Rusia Soviética y con la Hungría Soviética. Nosotros, los comunistas, procuraremos por todos los medios *facilitar* y *preparar* esa alianza; en cuanto a la Paz de Versalles, no estamos obligados en modo alguno a rechazarla a toda costa y, además, sin demora. La posibilidad de rechazarla con eficacia depende de los éxitos del movimiento soviético no sólo en Alemania, sino también a escala internacional. Este movimiento ha sido obstaculizado por los Scheidemann y los kautskianos; nosotros lo favorecemos. Ahí está el fondo de la cuestión, la diferencia cardinal. Y si nuestros enemigos de clase, los explotadores, y sus lacayos, los Scheidemann y los kautskianos, han dejado escapar una serie de posibilidades de fortalecer el movimiento soviético alemán e internacional y la revolución soviética alemana e internacional, la culpa es de ellos. La revolución soviética en Alemania vigorizará el movimiento soviético internacional, que es el baluarte más fuerte (y el único seguro, invencible y de potencia universal) contra el Tratado de Versalles y contra el imperialismo mundial en general. Colocar sin falta en primer plano, a toda costa y en seguida, la liberación del Tratado de Versalles, *antes que el problema* de liberar del yugo imperialista a los *demás* países oprimidos por el imperialismo, es una manifestación de nacionalismo pequeñoburgués (digno de los Kautsky, los Hilferding, los Otto Bauer y Cía.), pero no de internacionalismo revolucionario. El derrocamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, incluida Alemania, es un hecho tan favorable para la revolución internacional que, en aras de él, se puede y se debe aceptar, si es necesario, *una existencia más prolongada del Tratado de Versalles.* Si Rusia ha podido resistir sola durante varios meses con provecho para la revolución la Paz de Brest, no es ningún imposible que la Alemania Soviética, aliada con la Rusia Soviética, pueda soportar por más tiempo con provecho para la revolución el Tratado de Versalles.
Los imperialistas de Francia, Inglaterra, etc., provocan a los comunistas alemanes, tendiéndoles esta trampa: "Decid que no firmaréis el Tratado de Versalles". Y los comunistas "de izquierda" caen como niños en la trampa que les han tendido, en vez de maniobrar con destreza contra un enemigo pérfido y, *en el momento actual,* más fuerte, en vez de decirle: "Ahora firmaremos el Tratado de Versalles". Atarnos las manos con antelación, declarar públicamente al enemigo, hoy mejor armado que nosotros, si vamos a luchar contra él y en qué momento, es una tontería y no tiene nada de revolucionario. Aceptar el combate cuando es ventajoso a todas luces para el enemigo, y no para nosotros, constituye un crimen. Y los políticos de la clase revolucionaria que no saben "maniobrar", que no saben concertar "acuerdos y compromisos" a fin de rehuir un combate desfavorable a ciencia cierta, no sirven para nada.

IX. El comunismo "de izquierda" en Inglaterra.

En Inglaterra no existe todavía el Partido Comunista, pero entre los obreros se advierte un movimiento comunista joven, extenso y potente, que crece con rapidez y permite albergar las más radiantes esperanzas. Hay algunos partidos y organizaciones políticas (Partido Socialista Británico[52], Partido Socialista Obrero, Sociedad Socialista del Sur de Gales, Federación Socialista Obrera[53]) que desean fundar el Partido Comunista y sostienen ya con este fin negociaciones entre sí. El periódico *Workers Dreadnought*[54] (t. VI, núm. 48, del 21-11-1920), órgano semanal de la última de las organizaciones mencionadas, dirigido por la camarada Silvia Pankhurst, ha insertado un artículo de ésta, titulado *Hacia el Partido Comunista.* En él se expone la marcha de las negociaciones entre las cuatro organizaciones citadas para constituir un Partido Comunista único sobre la base de la adhesión a la III Internacional y del reconocimiento del sistema soviético -en vez del parlamentarismo- y de la dictadura del proletariado. Resulta que uno de los principales obstáculos para fundar sin demora un Partido Comunista único es la falta de unanimidad en lo que respecta a la participación en el Parlamento y al ingreso del nuevo Partido Comunista en el viejo Partido Laborista, oportunista, socialchovinista y profesionalista, integrado de modo primordial por tradeuniones. La Federación Socialista Obrera y el Partido Socialista Obrero* se pronuncian contra la participación en las elecciones parlamentarias y en el Parlamento y contra la adhesión al Partido Laborista, discrepando en esto de todos o de la mayoría de los miembros del Partido Socialista Británico, al que consideran "ala derecha de los partidos comunistas" en Inglaterra (pág. 5, artículo mencionado de Silvia Pankhurst).
La división fundamental es, pues, la misma que en Alemania, pese a las inmensas diferencias de forma en que se manifiestan las divergencias (en Alemania esta forma se parece mucho más "a la rusa" que en Inglaterra) y de otras muchas circunstancias. Examinemos los argumentos de los "izquierdistas".
Al hablar de la participación en el Parlamento, la camarada Silvia Pankhurst alude a una carta del camarada G. Gallacher a la Redacción, publicada en el mismo número, en la cual dice en nombre del Consejo Obrero de Escocia, de Glasgow:
"Este Consejo es definidamente antiparlamentario y

* Al parecer, este partido se opone al ingreso en el Partido Laborista, pero no todos sus miembros son enemigos de participar en el Parlamento.

está respaldado por el ala izquierda de varias organizaciones políticas. Representamos en Escocia el movimiento revolucionario, que aspira a crear una organización revolucionaria en las industrias (en las diversas ramas de la producción) y un Partido Comunista, basado en comités sociales, en todo el país. Durante bastante tiempo hemos estado enemistados con los parlamentarios oficiales. No hemos considerado necesario declararles públicamente la guerra, y ellos *temen* iniciar el ataque contra nosotros.

"Pero semejante estado de cosas no puede prolongarse mucho. Nosotros triunfamos en toda la línea.

"A los miembros de filas del Partido Laborista Independiente de Escocia nos disgusta cada día más la idea del Parlamento, y casi todos los grupos locales son partidarios de los Soviets (en la transcripción inglesa se emplea el término ruso) o Soviets Obreros. Por supuesto, esto tiene gran importancia para los señores que consideran la política un medio de vida (una profesión) y recurren a todos los procedimientos para persuadir a sus miembros de que vuelvan atrás, al seno del parlamentarismo. Los camaradas revolucionarios *no deben* (la cursiva es en todas partes del autor) sostener a esta banda. Nuestra lucha será en este terreno muy difícil. Uno de sus peores rasgos consistirá en la traición de quienes ven en la ambición personal un motivo de más fuerza que su interés por la revolución. Todo apoyo al parlamentarismo significa simplemente contribuir a que el poder caiga en manos de nuestros Scheidemann y Noske británicos. Henderson, Clynes y compañía son unos reaccionarios incorregibles. El Partido Laborista Independiente oficial cae, cada día más, bajo el control de los liberales burgueses, que han hallado un refugio espiritual en el campo de los señores MacDonald, Snowden y compañía. El Partido Laborista Independiente oficial es enemigo encarnizado de la III Internacional, pero la masa la defiende. Sostener, sea como sea, a los parlamentarios oportunistas no significa otra cosa que hacer el juego a esos señores. El Partido Socialista Británico no tiene ninguna importancia... Lo que se necesita es una buena organización revolucionaria industrial y un Partido Comunista que actúe sobre bases claras, bien definidas, científicas. Si nuestros camaradas pueden ayudarnos a crear lo uno y lo otro, aceptaremos gustosos su concurso; si no pueden, ¡por Dios!, que no se mezclen en ello, si no quieren traicionar a la Revolución apoyando a los reaccionarios, que con tanto celo tratan de adquirir el "honroso" (?) (la interrogación es del autor) título de parlamentario y arden en deseos de demostrar que *son capaces de gobernar* tan bien como los mismos "amos", los políticos de clase".

Esta carta a la Redacción expresa de manera admirable, a mi parecer, el estado de ánimo y el punto de vista de los comunistas jóvenes o de los obreros de la masa que sólo comienzan a llegar al comunismo. Este estado de ánimo es grato y valioso en grado superlativo; hay que saber apreciarlo y sostenerlo, pues sin él carecería de sentido pensar en la victoria de la revolución proletaria en Inglaterra (y en cualquier otro país). Hay que cuidar y ayudar con toda solicitud a quienes saben expresar ese estado de ánimo de las masas y suscitarlo (pues muy a menudo yace oculto, inconsciente, sin despertar). Pero, al mismo tiempo, es menester decirles clara y sinceramente que ese estado de ánimo, *por sí solo,* es insuficiente para dirigir a las masas en la gran lucha revolucionaria, y que tales o cuales errores en que pueden incurrir o incurren los hombres más fieles a la causa revolucionaria pueden perjudicarla. La carta del camarada Gallacher a la Redacción muestra sin ningún género de dudas el germen de *todos* los errores que cometen los comunistas "de izquierda" alemanes y en que incurrieron los bolcheviques "de izquierda" rusos en 1908 y 1918.

El autor de la carta rebosa del más noble odio proletario a "los políticos de clase" de la burguesía (odio comprensible y cercano, por otra parte, no sólo para los proletarios, sino también para todos los trabajadores, para toda "la gente menuda", como dice una expresión alemana). Este odio de un representante de las masas oprimidas y explotadas es, a decir verdad, "el principio de toda sabiduría", la base de todo movimiento socialista y comunista y de sus éxitos. Pero el autor pierde de vista, al parecer, que la política es una ciencia y un arte que no caen del cielo ni se obtienen gratis, y que el proletariado, si quiere vencer a la burguesía, debe formar *sus* "políticos de clase", proletarios, y de talla tal que no sean inferiores a los políticos burgueses.

El autor ha comprendido de manera admirable que el instrumento que necesita el proletariado para alcanzar sus objetivos no es el Parlamento, sino sólo los Soviets obreros. Y, como es natural, quienes no hayan comprendido esto todavía son los peores reaccionarios, aunque sean el hombre más sabio, el político más experto, el socialista más sincero, el marxista más erudito, el ciudadano y padre de familia más honrado. Pero hay una cuestión que el autor no plantea ni piensa siquiera que sea necesario plantear: la de si puede conducirse a los Soviets a la victoria sobre el Parlamento sin hacer que los políticos "soviéticos" *entren* en este último, sin descomponer el parlamentarismo *desde dentro,* sin preparar desde el Parlamento mismo el éxito de los Soviets en el cumplimiento de su tarea de acabar con el Parlamento. Sin embargo, el autor expresa una idea absolutamente justa al decir que el Partido Comunista de Inglaterra debe actuar sobre bases *científicas.* La ciencia exige, en primer lugar, tomar en consideración la experiencia de los demás países,

sobre todo si esos países, también capitalistas, pasan o han pasado hace poco por una experiencia muy parecida; en segundo lugar, tener en cuenta *todas* las fuerzas, *todos* los grupos, partidos, clases y masas que actúan en el país de que se trate, y no determinar en modo alguno la política basándose sólo en los deseos, opiniones, grado de conciencia y preparación para la lucha de un solo grupo o partido.

Es cierto que los Henderson, los Clynes, los MacDonald y los Snowden son reaccionarios incurables. Es cierto también que quieren tomar el poder (aunque prefieren la coalición con la burguesía), que quieren "gobernar" de acuerdo con las rancias normas burguesas y que, una vez en el poder, se comportarán inevitablemente como los Scheidemann y los Noske. Todo eso es así. Pero de ahí no se deduce, ni mucho menos, que apoyarles signifique traicionar la revolución: lo que se deduce es que, en interés de ésta, los revolucionarios de la clase obrera deben prestar a dichos señores cierto apoyo parlamentario. Para aclarar esta idea tomaré dos documentos políticos ingleses de actualidad: 1) el discurso pronunciado por el primer ministro, Lloyd George, el 18 de marzo de 1920 (según el texto de *The Manchester Guardian*[55] del 19 del mismo mes) y 2) los razonamientos de una comunista "de izquierda", la camarada Silvia Pankhurst, en el artículo citado antes.

Lloyd George polemiza en su discurso con Asquith (que había sido invitado especialmente a la reunión, pero que se negó a asistir) y con los liberales que quieren un acercamiento al Partido Laborista y no una coalición con los conservadores. (En la carta a la Redacción firmada por el camarada Gallacher hemos visto también una alusión al paso de algunos liberales al Partido Laborista Independiente.) Lloyd George se esfuerza por demostrar que es necesaria una coalición de los liberales con los conservadores, e incluso una coalición *estrecha,* pues de otro modo puede triunfar el Partido Laborista, que Lloyd George "prefiere llamar" socialista y que aspira a "la propiedad colectiva" de los medios de producción. "En Francia esto se llamaba comunismo" -explica en un lenguaje popular el jefe de la burguesía inglesa a sus oyentes, miembros del Partido Liberal parlamentario, que, seguramente, lo ignoraban hasta entonces-; "en Alemania se llamaba socialismo; en Rusia se llama bolchevismo". Para los liberales esto es inadmisible por principio, aclara Lloyd George, pues los liberales son por principio defensores de la propiedad privada. "La civilización está en peligro", declara el orador, por lo cual deben unirse los liberales y los conservadores...

"...Reconozco que si van ustedes a las zonas agrícolas -dice Lloyd George- verán conservadas las antiguas divisiones de partido. Allí está lejos el peligro, allí no existe. Pero cuando el peligro llegue allí, será tan grande como lo es hoy en algunos distritos industriales. Cuatro quintas partes de nuestro país se dedican a la industria y al comercio; sólo escasamente una quinta parte vive de la agricultura. Esta es una de las circunstancias que tengo siempre presente cuando reflexiono sobre los peligros con que nos amenaza el porvenir. En Francia, la población es agrícola y constituye, por ello, una base sólida de determinadas opiniones, base que no cambia con mucha rapidez y que no es fácil de excitar con el movimiento revolucionario. En nuestro país la cosa es distinta. Nuestro país es menos estable que ningún otro en el mundo, y si empieza a vacilar, la catástrofe será aquí, en virtud de las razones indicadas, más fuerte que en los demás países".

El lector puede apreciar por estas citas que el señor Lloyd George no sólo es un hombre muy inteligente, sino que, además, ha aprendido mucho de los marxistas. Tampoco nosotros haríamos mal en aprender de Lloyd George.

Es interesante asimismo señalar el siguiente episodio de la discusión sostenida después del discurso de Lloyd George:

"*Mr. Wallace*: Quisiera preguntar cómo considera el primer ministro el efecto de su política en los distritos industriales en lo que respecta a los obreros fabriles, muchísimos de los cuales son hoy liberales y nos prestan un apoyo tan grande. ¿No puede preverse un resultado que provoque un aumento gigantesco de la fuerza del Partido Laborista por esos mismos obreros que nos apoyan hoy sinceramente?

"*El Primer ministro*: Tengo una opinión completamente distinta. El hecho de que los liberales luchen entre sí empuja, sin duda, a un número muy considerable de ellos, llevados por la desesperación, hacia las filas del Partido Laborista, donde hay ya bastantes liberales muy capaces que se dedican ahora a desacreditar al gobierno. El resultado es, sin duda, un movimiento importante de la opinión pública a favor del Partido Laborista. La opinión pública se inclina no hacia los liberales que están fuera del Partido Laborista, sino hacia éste, como lo muestran las elecciones parciales".

Digamos de pasada que tales juicios prueban de modo singular hasta qué punto se han embrollado y no pueden dejar de cometer irreparables desatinos los hombres más inteligentes de la burguesía. Y eso la hará perecer. Pero nuestros camaradas pueden incluso hacer tonterías (a condición, es cierto, de que no sean muy considerables y se las repare a tiempo) y, sin embargo, acabarán por triunfar.

El segundo documento político son las siguientes consideraciones de la camarada Silvia Pankhurst, comunista "de izquierda":

"... El camarada Inkpin (secretario general del Partido Socialista Británico) denomina al Partido Laborista "la organización principal del movimiento de la clase obrera". Otro camarada del Partido Socialista Británico ha expresado con mayor relieve aún la

posición de este partido en la Conferencia de la III Internacional. "Vemos en el Partido Laborista -ha dicho- a la clase obrera organizada".

"No compartimos tal opinión acerca del Partido Laborista. Este es muy importante desde el punto de vista numérico, aunque sus miembros son, en parte muy considerable, inertes y apáticos; se trata de obreros y obreras que han ingresado en las tradeuniones porque sus compañeros de taller son tradeunionistas y porque desean compartir sus ventajas.

"Pero reconocemos que la importancia numérica del Partido Laborista obedece también al hecho de que dicho partido es obra de una escuela de pensamiento cuyos límites no ha rebasado aún la mayoría de la clase obrera británica, aunque se preparan grandes cambios en la mentalidad del pueblo, el cual modificará pronto semejante situación... "

"... El Partido Laborista Británico, como las organizaciones de socialpatriotas de los demás países, llegará inevitablemente al poder por el curso natural del desarrollo social. El deber de los comunistas consiste en organizar las fuerzas que derribarán a los socialpatriotas, y en nuestro país no debemos retardar esta acción ni vacilar.

"No debemos dispersar nuestras energías aumentando las fuerzas del Partido Laborista; su advenimiento al poder es inevitable. Debemos concentrar nuestras fuerzas en la creación de un movimiento comunista que venza a ese partido. Dentro de poco, el Partido Laborista formará gobierno; la oposición revolucionaria debe estar preparada para atacarlo...

Así pues, la burguesía liberal renuncia al sistema de "los dos partidos" (de explotadores), consagrado a lo largo de la historia por una experiencia secular y provechoso en extremo para los explotadores, considerando necesario unir sus fuerzas para combatir al Partido Laborista. Una parte de los liberales, como ratas de un navío que se hunde, corren al Partido Laborista. Los comunistas de izquierda consideran inevitable el paso del poder a manos del Partido Laborista y reconocen que la mayoría de los obreros apoya hoy a dicho partido. De todo esto sacan la extraña conclusión que la camarada Silvia Pankhurst formula del siguiente modo:

"El Partido Comunista no debe contraer compromisos... Debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es mostrar el camino, sin detenerse ni desviarse de él, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista".

Al contrario: del hecho de que la mayoría de los obreros de Inglaterra siga todavía a los Kerenski o a los Scheidemann ingleses, de que no haya conocido aún la experiencia de un gobierno formado por esos hombres -experiencia que ha sido necesaria tanto en Rusia como en Alemania para que los obreros pasaran en masa al comunismo-, se deduce de modo indudable que los comunistas ingleses *deben* participar en el parlamentarismo: deben ayudar a las masas obreras, *desde dentro* del Parlamento, a ver en la práctica los resultados del gobierno de los Henderson y los Snowden; deben ayudar a los Henderson y los Snowden a vencer a la coalición de Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo significa dificultar la obra de la revolución, pues si no se produce un cambio en el modo de pensar de la mayoría de la clase obrera, la revolución será imposible. Y ese cambio se consigue con la experiencia política de las masas, nunca con la propaganda sola. La consigna de "¡Adelante, sin compromisos, sin desviarse del camino!" es errónea a todas luces, si quien habla así es una minoría de obreros, impotente a ciencia cierta, que sabe (o, por lo menos, debe saber) que dentro de poco tiempo, si Henderson y Snowden triunfan sobre Lloyd George y Churchill, la mayoría perderá la fe en sus jefes y apoyará al comunismo (o, en todo caso, adoptará una actitud de neutralidad y, en su mayor parte, de neutralidad benévola respecto a los comunistas). Es lo mismo que si diez mil soldados se lanzaran al combate contra cincuenta mil enemigos en el momento en que es necesario "detenerse", "desviarse del camino" y hasta concertar un "compromiso", con tal de esperar la llegada de un refuerzo prometido de cien mil hombres, que no pueden entrar en acción inmediatamente. Es una puerilidad propia de intelectuales y no una táctica seria de la clase revolucionaria.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando *"los de abajo" no quieren* y "los de arriba" *no pueden seguir viviendo a la antigua,* sólo entonces puede triunfar la revolución. Dicho de otro modo, esta verdad se expresa con las siguientes palabras: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para que estalle la revolución es necesario, en primer término, conseguir que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos y políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes sufran una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la

decuplicación o incluso la centuplicación del número de personas aptas para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.

En Inglaterra, y justamente el discurso de Lloyd George lo demuestra, entre otras cosas, se desarrollan a ojos vistas las dos condiciones de una revolución proletaria victoriosa. Y los errores de los comunistas de izquierda representan un peligro singular en la actualidad precisamente porque en algunos revolucionarios se observa una actitud poco perspicaz, poco atenta, poco consciente y poco reflexiva ante cada uno de estos factores. Si somos el partido *de la clase* revolucionaria, y no un grupo revolucionario; si queremos arrastrar *a las masas* (sin lo cual corremos el riesgo de no pasar de simples charlatanes), debemos: primero, ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd George y a Churchill (más exactamente: debemos obligar a los primeros a vencer a los segundos, ¡pues los primeros *temen su propia victoria!);* segundo, ayudar a la mayoría de la clase obrera a convencerse por propia experiencia de la razón que nos asiste, es decir, de la inutilidad completa de los Henderson y los Snowden, de su naturaleza pequeñoburguesa, de su perfidia y de la ineluctabilidad de su bancarrota; tercero, acercar el momento en que, *sobre la base* de la desilusión producida por los Henderson en la mayoría de los obreros, se pueda derribar de un golpe, con serias probabilidades de éxito, el gobierno de los Henderson; un gobierno que se desconcertará más aún, puesto que incluso Lloyd George, político inteligentísimo y serio, no pequeñoburgués, sino gran burgués, se desconcierta también por completo y se debilita cada día más (con toda la burguesía), ayer a causa de sus "roces" con Churchill, y hoy a causa de sus "roces" con Asquith.

Hablaré de un modo más concreto. Los comunistas ingleses deben, a mi juicio, unificar sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles y algunos extraordinariamente débiles) en un Partido Comunista único, sobre la base de los principios de la III Internacional y de la participación *obligatoria* en el Parlamento. El Partido Comunista propone a los Henderson y a los Snowden un "compromiso", un acuerdo electoral: marchemos juntos contra la coalición de Lloyd George y los conservadores, repartámonos los escaños en el Parlamento según el número de votos dados por los obreros al Partido Laborista o a los comunistas (no en las elecciones, sino en una votación especial), conservemos *la libertad más completa* de agitación, de propaganda y de acción política. Sin esta última condición es imposible, naturalmente, aceptar el bloque, pues eso sería una traición. Los comunistas ingleses deben defender y salvaguardar su más completa libertad de desenmascarar a los Henderson y los Snowden, de la misma manera que la defendieron y salvaguardaron *(durante quince años,* de 1903 a 1917) los bolcheviques rusos con respecto a los Henderson y los Snowden de Rusia, esto es, los mencheviques.

Si los Henderson y los Snowden aceptan el bloque en estas condiciones, saldremos ganando, pues lo que nos importa no es, en modo alguno, el número de puestos en el Parlamento. No es eso lo que perseguimos. En este punto seremos transigentes (mientras que los Henderson y, sobre todo, sus nuevos amigos -o sus nuevos dueños-, los liberales que han ingresado en el Partido Laborista Independiente, corren más que nada tras las actas de diputados). Habremos ganado porque llevaremos *nuestra* agitación a *las masas* en un momento en que las habrá "irritado" *el propio* Lloyd George, y ayudaremos no sólo al Partido Laborista a formar más de prisa su gobierno, sino también a las masas a comprender con mayor rapidez toda nuestra propaganda comunista, que realizaremos contra los Henderson sin ninguna limitación y sin silenciar nada.

Si los Henderson y los Snowden rechazan el bloque con nosotros en estas condiciones, ganaremos todavía más, pues habremos mostrado en el acto *a las masas* (téngase en cuenta que incluso en el seno del Partido Laborista Independiente, puramente menchevique, plenamente oportunista, *las masas* son partidarias de los Soviets) que los Henderson prefieren *su* intimidad con los capitalistas a la unión de todos los obreros. Ganaremos en el acto ante *las masas,* las cuales, sobre todo después de las explicaciones brillantísimas, acertadas y útiles en extremo (para el comunismo) dadas por Lloyd George, simpatizarán con la idea de unir a todos los obreros contra la coalición de Lloyd George con los conservadores. Ganaremos desde el primer momento, pues demostraremos a las masas que los Henderson y los Snowden temen vencer a Lloyd George, temen tomar el poder solos y aspiran a lograr *en secreto* el apoyo de Lloyd George, el cual tiende *abiertamente* la mano a los conservadores contra el Partido Laborista. Debe advertirse que en Rusia, después de la revolución del 27 de febrero de 1917 (viejo calendario), el éxito de la propaganda de los bolcheviques contra los mencheviques y los eserístas (es decir, los Henderson y los Snowden rusos) se debió precisamente a las mismas circunstancias. Dijimos a los mencheviques y a los eseristas: tomad todo el poder sin la burguesía, puesto que estáis en mayoría en los Soviets (en el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, los bolcheviques no tuvieron más que un 13% de los votos). Pero los Henderson y los Snowden rusos tenían miedo de tomar el poder sin la burguesía, y cuando ésta aplazaba las elecciones a la Asamblea Constituyente porque sabía muy bien que los

eseristas y los mencheviques lograrían la mayoría* (unos y otros formaban un bloque político muy estrecho, representaban en la práctica a *una sola* democracia pequeñoburguesa), los eseristas y los mencheviques fueron impotentes para luchar con energía y hasta el fin contra tales aplazamientos.

En caso de que los Henderson y los Snowden se negasen a formar un bloque con los comunistas, éstos saldrían ganando en el acto, pues conquistarían la simpatía de las masas, mientras que los Henderson y los Snowden se desacreditarían. Poco nos importaría entonces perder, a causa de ello, algunos puestos en el Parlamento. Presentaríamos candidatos sólo en un ínfimo número de circunscripciones absolutamente seguras, es decir, donde esto no diera la victoria a un liberal contra un laborista. Haríamos nuestra campaña electoral distribuyendo hojas a favor del comunismo e invitando a *votar por el laborista contra el burgués* en *todas* las circunscripciones en que no presentáramos candidato propio. Se equivocan los camaradas Silvia Pankhurst y Gallacher si ven en esto una traición al comunismo o una renuncia a la lucha contra los socialtraidores. Por el contrario, es indudable que con ello saldría ganando la causa de la revolución comunista.

A los comunistas ingleses les es hoy difícil muy a menudo incluso acercarse a las masas, incluso hacerse escuchar. Pero si yo me presento como comunista y, al mismo tiempo, invito a votar por Henderson contra Lloyd George, seguramente se me escuchará. Y podré explicar en un lenguaje sencillo no sólo por qué los Soviets son mejores que el Parlamento, y la dictadura del proletariado mejor que la dictadura de Churchill (cubierta con el rótulo de "democracia" burguesa), sino también que yo querría sostener a Henderson con mi voto del mismo modo que la soga sostiene al ahorcado; que el acercamiento de los Henderson a un gobierno formado por ellos probará asimismo mi razón, atraerá a las masas a mi lado y acelerará la muerte política de los Henderson y los Snowden, igual que ha sucedido con sus correligionarios en Rusia y en Alemania.

Y si se me objeta que esta táctica es demasiado "astuta" o complicada, que las masas no la comprenderán, que dispersará y disgregará nuestras fuerzas impidiendo concentrarlas en la revolución soviética, etc., responderé a mis contradictores "de izquierda": ¡no atribuyáis a las masas vuestro propio doctrinarismo! Es seguro que las masas no son en Rusia más cultas, sino, por el contrario, menos cultas que en Inglaterra. Y, sin embargo, comprendieron a los bolcheviques; y a éstos, lejos de perjudicarles, les favoreció el hecho de que *en vísperas* de la revolución soviética, en septiembre de 1917, confeccionaran listas de candidatos suyos al Parlamento burgués (a la Asamblea Constituyente) y de que *al día siguiente* de la revolución soviética, en noviembre de 1917, tomaran parte en las elecciones a esa misma Constituyente, que habrían de disolver el 5 de enero de 1918.

No puedo examinar con detenimiento la segunda divergencia entre los comunistas ingleses, consistente en si deben o no ingresar en el Partido Laborista. Son demasiado pocos los datos de que dispongo acerca de esta cuestión, sumamente compleja dada la extraordinaria originalidad del Partido Laborista británico, muy diferente, por su estructura, de los partidos políticos habituales del continente europeo. Pero es indudable, primero, que comete también inevitablemente un error quien deduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como éste: "El Partido Comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es mostrar el camino, sin detenerse ni desviarse de él, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista". Porque semejantes principios no hacen más que repetir el error de los blanquistas franceses de la Comuna, que en 1874 proclamaban "la negación" de todo compromiso y de toda etapa intermedia. Segundo, es indudable que, en este terreno, la tarea consiste, como siempre, en saber aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo *a las peculiaridades* de las relaciones entre las clases y los partidos, *a las peculiaridades* propias de cada país en el desarrollo objetivo hacia el comunismo y que es preciso saber estudiar, descubrir y adivinar.

Pero hay que hablar de esto en relación no sólo con el comunismo inglés, sino también con las conclusiones generales, que se refieren al desenvolvimiento del comunismo en todos los países capitalistas. Tal es el tema que vamos a abordar ahora.

X. Algunas conclusiones.

La revolución burguesa de 1905 en Rusia reveló un viraje extraordinariamente original de la historia universal: el movimiento huelguístico alcanzó, por primera vez en el mundo, una fuerza y amplitud inusitadas en uno de los países capitalistas más atrasados. *Sólo en el mes de enero* de 1905, el número de huelguistas rebasó en diez veces el promedio *anual* de la década precedente (1895-1904); y de enero a octubre de 1905, las huelgas aumentaron sin cesar y en proporciones colosales. En virtud de diversas condiciones históricas originales por completo, la Rusia atrasada dio al mundo el primer ejemplo no sólo de un brusco salto, en época

* Las elecciones (le noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente en Rusia, según datos que comprenden a más de 36 millones de electores, dieron un 25% de los votos a los bolcheviques, un 13% a los distintos partidos de los terratenientes y de la burguesía y el 62% a la democracia pequeñoburguesa, es decir, a los eseristas y los mencheviques junto con los pequeños grupos afines a ellos.

de revolución, de la actividad espontánea de las masas oprimidas (cosa que ocurrió en todas las grandes revoluciones), sino también de una importancia del proletariado infinitamente superior a su porcentaje entre la población; mostró por vez primera la combinación de la huelga económica y la huelga política, con la transformación de esta última en insurrección armada, así como el nacimiento de una nueva forma de lucha de masas y de organización masiva de las clases oprimidas por el capitalismo: los Soviets.

Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 condujeron al desarrollo multilateral de los Soviets en todo el país y, luego, a su victoria en la revolución proletaria, socialista. Y menos de dos años después se manifestaron el carácter internacional de los Soviets, la extensión de esta forma de lucha y de organización al movimiento obrero mundial, el destino histórico de los Soviets de ser los sepultureros, herederos y sucesores del parlamentarismo burgués, de la democracia burguesa en general.

Es más: la historia del movimiento obrero muestra hoy que éste está llamado a pasar en todos los países (y ha comenzado ya a pasar) por un período de lucha del comunismo naciente, cada día más fuerte y que avanza hacia la victoria, ante todo y sobre todo contra el "menchevismo" *propio* (en cada país), es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo y, de otra parte, como complemento, por decirlo así, contra el comunismo "de izquierda". La primera de estas luchas se ha entablado en todos los países, al parecer sin excepción alguna, como una lucha entre la II Internacional (hoy prácticamente muerta) y la III. La segunda lucha se observa en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos (donde *una parte,* al menos, de los Obreros Industriales del Mundo y de las tendencias anarcosindicalistas sostiene los errores del comunismo de izquierda, al mismo tiempo que casi todos reconocen, poco menos que de manera incondicional, el sistema soviético) y en Francia (actitud de una parte de los exsindicalistas ante el partido político y el parlamentarismo, paralelamente también al reconocimiento del sistema de los Soviets); es decir, se observa, sin duda, a escala no sólo internacional, sino universal.

Pero aunque la escuela preparatoria que conduce al movimiento obrero a la victoria sobre la burguesía sea, en el fondo, análoga en todas partes, el desarrollo de este movimiento transcurre en cada país *de un modo original.* Los grandes países capitalistas adelantados avanzan por ese camino *mucho más rápidamente* que el bolchevismo, al cual concedió la historia un plazo de quince años para prepararse, como tendencia política organizada, con vistas a conquistar la victoria. En un plazo tan breve como es un año, la III Internacional ha alcanzado ya un triunfo decisivo al derrotar a la II Internacional, la Internacional amarilla, socialchovinista, que hace unos meses era incomparablemente más fuerte que la III, parecía sólida y poderosa y gozaba del apoyo de la burguesía mundial en todas las formas, directas e indirectas, materiales (lucrativos puestos ministeriales, pasaportes, premia) e ideológicas.

El quid de la cuestión está ahora en que los comunistas de cada país tengan en cuenta con plena conciencia tanto las tareas fundamentales, de principio, de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo "izquierdista" como *las peculiaridades concretas* que esta lucha adquiere y debe adquirir sin falta en cada país, de conformidad con los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional (Irlanda, etc.), de sus colonias, de la diversidad de religiones, etc., etc. En todas partes se percibe, se amplía y crece el descontento con la II Internacional por su oportunismo y su torpeza o incapacidad para crear un organismo realmente centralizado y dirigente, que sepa orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario en su lucha por la república soviética universal. Debe comprenderse con claridad que dicho centro dirigente no puede formarse en modo alguno ateniéndose a normas tácticas de lucha estereotipadas, igualadas mecánicamente o identificadas. Mientras existan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países -y estas diferencias subsistirán incluso mucho después de instaurarse la dictadura del proletariado a escala universal-, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exigirá la supresión de la variedad ni de las peculiaridades nacionales (lo cual es, en la actualidad, un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios *fundamentales* del comunismo (Poder soviético y dictadura del proletariado) que *modifique correctamente* estos principios *en sus detalles,* que los adapte y los aplique con acierto a las diferencias nacionales y nacional-estatales. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, captar lo que hay de particular y de específico, desde el punto de vista nacional, en la manera en que cada país enfoca *concretamente* la solución de un problema internacional *común* -el triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la proclamación de la República Soviética y la instauración de la dictadura proletaria- es la tarea principal del período histórico que están viviendo todos los países adelantados (y no sólo los adelantados). Se ha hecho ya lo principal -está claro que no todo, ni mucho menos, pero sí lo principal- para ganarse a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del Poder soviético contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas y toda la

atención en el paso *siguiente,* que parece ser -y, desde cierto punto de vista, lo es, en efecto- menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: buscar las formas de *pasar* a la revolución proletaria o de *abordarla.*

La vanguardia proletaria ha sido conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia la victoria. Pero eso está aún bastante lejos de la victoria. Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado todavía una posición de apoyo directo a esta vanguardia (o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella) y no son incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de trabajadores y oprimidos por el capital lleguen a adoptar esa posición, la propaganda y la agitación son insuficientes por sí solas. Para ello es imprescindible la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy con fuerza y realce sorprendentes tanto por Rusia como por Alemania. Para que las masas incultas, en muchos casos analfabetas, de Rusia, y las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, se orientaran resueltamente hacia el comunismo, necesitaron sentir en su propia carne toda la impotencia, toda la pusilanimidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional y toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia[56], Kapp y Cía. en Alemania[57]) como única alternativa frente a la dictadura del proletariado.

La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *llevar* a las grandes masas (hoy todavía, en la mayoría de los casos, adormecidas, apáticas, rutinarias, inertes, sin despertar) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir *no sólo* su propio partido, sino también a estas masas en el transcurso de su acercamiento y de su paso a esa nueva posición. Si la primera tarea histórica (ganar para el Poder soviético y para la dictadura de la clase obrera a la vanguardia consciente del proletariado) no podía ser cumplida sin la victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea (que pasa ahora a ser inmediata y que consiste en saber llevar *a las masas* a esa nueva posición, capaz de asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución) no puede ser cumplida sin acabar con el doctrinarismo de izquierda, sin corregir por completo sus errores y desembarazarse de ellos.

Mientras se trate (y en la medida en que se trata aún ahora) de ganar para la causa del comunismo a la vanguardia del proletariado, la propaganda debe ocupar el primer lugar; incluso los círculos, con todos sus defectos, son útiles en este caso y dan resultados fecundos. Pero cuando se trata de la acción práctica de las masas, de dislocar -si se nos permite expresarnos así- a ejércitos de millones de hombres, de disponer *todas* las fuerzas de clase de una sociedad determinada *para la lucha final y decisiva,* no se logrará nada sólo con los hábitos de propagandista, con la simple repetición de las verdades del comunismo "puro". Porque en este caso no se debe contar por miles, como hace en esencia el propagandista, miembro de un grupo reducido y que no ha dirigido todavía masas, sino por millones y decenas de millones. En este caso hay que preguntarse no sólo si hemos convencido a la vanguardia de la clase revolucionaria, sino también si están dislocadas las fuerzas activas, desde el punto de vista histórico, de *todas* las clases de la sociedad dada, obligatoriamente de todas sin excepción, de tal manera que la batalla decisiva se halle por completo en sazón, de tal manera que 1) todas las fuerzas de clase que nos son adversas estén suficientemente desconcertadas, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas; que 2) todos los elementos vacilantes, versátiles, inconsistentes, intermedios, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa, que se diferencia de la burguesía, se hayan desenmascarado suficientemente ante el pueblo, se hayan cubierto suficientemente de oprobio por su bancarrota en la actividad práctica; que 3) en las masas proletarias empiece a aparecer y a extenderse con poderoso impulso el afán de apoyar las acciones revolucionarias más enérgicas, más audaces y abnegadas contra la burguesía. Entonces estará madura la revolución, entonces estará asegurada nuestra victoria, si hemos sabido tener en cuenta todas las condiciones brevemente esbozadas más arriba y hemos elegido con acierto el momento.

Las divergencias, de una parte, entre los Churchill y los Lloyd George -tipos políticos que existen en *todos* los países, con ínfimas diferencias nacionales- y, de otra, entre los Henderson y los Lloyd George no tienen la menor importancia y son insignificantes desde el punto de vista del comunismo puro, esto es, abstracto, incapaz aún de acciones políticas prácticas, de masas. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de masas, dichas diferencias son de una importancia extraordinaria. Saber tenerlas en cuenta, saber determinar el momento en que han madurado por completo los conflictos inevitables entre esos "amigos" -conflictos que debilitan y extenúan *a todos los "amigos", tomados en conjunto-* es obra, es misión del comunista que desee ser no sólo un

propagandista consciente, convencido y preparado en el aspecto ideológico, sino también un dirigente práctico de *las masas* en la revolución. Es necesario unir la fidelidad más absoluta a las ideas comunistas con el arte de admitir todos los imprescindibles compromisos prácticos, maniobras, acuerdos, zigzags, repliegues, etc., para acelerar la existencia y la caducidad del poder político de los Henderson (de los "héroes" de la II Internacional, por no citar nombres de estos representantes de la democracia pequeñoburguesa que se llaman socialistas); para acelerar su bancarrota inevitable en la práctica, que instruirá a las masas precisamente en nuestro espíritu y las orientará precisamente hacia el comunismo; para acelerar los roces, las disputas, los conflictos y el divorcio total, inevitables entre los Henderson, los Lloyd George y los Churchill (entre los mencheviques y los eseristas, los democonstitucionalistas y los monárquicos; entre los Scheidemann, la burguesía y los adeptos de Kapp, etc.), y para elegir con acierto el momento de máxima disensión entre todos esos "pilares de la sacrosanta propiedad privada", a fin de derrotarlos hasta el último y conquistar el poder político mediante una ofensiva resuelta del proletariado.

La historia en general, y la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más "astuta" de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Y esto es comprensible, pues las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión y la fantasía de decenas de miles de hombres, mientras que la revolución la hacen, en momentos de entusiasmo y de tensión especiales de todas las facultades humanas, la conciencia, la voluntad, la pasión y la fantasía de decenas de millones de hombres aguijoneados por la más enconada lucha de clases. De ahí se deducen dos conclusiones prácticas muy importantes: primera, que la clase revolucionaria, para cumplir su misión, debe saber utilizar *todas* las formas o aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social (terminando después de conquistar el poder político, a veces con gran riesgo e inmenso peligro, lo que no ha terminado antes de esa conquista); segunda, que la clase revolucionaria debe estar preparada para sustituir una forma con otra del modo más rápido e inesperado.

Todos convendrán en que sería insensata y hasta criminal la conducta de un ejército que no se dispusiera a dominar todos los tipos de armas, todos los medios y procedimientos de lucha que posea o pueda poseer el enemigo. Pero esta verdad es más aplicable todavía a la política que al arte militar. En política es menos fácil aún saber de antemano qué método de lucha será aplicable y ventajoso para nosotros en tales o cuales circunstancias futuras. Sin dominar todos los medios de lucha podremos sufrir una derrota tremenda -a veces decisiva- si cambios, independientes de nuestra voluntad, en la situación de las otras clases ponen a la orden del día una forma de acción en la que somos particularmente débiles. Si dominamos todos los medios de lucha, nuestra victoria será segura, puesto que representamos los intereses de la clase verdaderamente avanzada, verdaderamente revolucionaria, aun en el caso de que las circunstancias nos impidan hacer uso del arma más peligrosa para el enemigo, del arma capaz de asestarle golpes mortales con la mayor rapidez. Los revolucionarios sin experiencia se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, pues la burguesía engañaba y embaucaba a los obreros con frecuencia singular en este terreno (sobre todo en los períodos "pacíficos", no revolucionarios), y que los medios ilegales son revolucionarios. Mas eso no es justo. Es cierto que son oportunistas y traidores a la clase obrera los partidos y jefes que no saben o no quieren (no digáis "no puedo", sino "no quiero") emplear medios ilegales de lucha en una situación, por ejemplo, como la guerra imperialista de 1914-1918, cuando la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con un cinismo y una ferocidad jamás vistos, prohibiendo que se dijese la verdad acerca del carácter expoliador de la conflagración. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con *todas* las formas legales son malísimos revolucionarios. No es difícil ser revolucionario cuando la revolución ha estallado ya y se encuentra en su apogeo, cuando todos se adhieren a la revolución por simple entusiasmo, por estar de moda y, a veces, incluso por interés personal de hacer carrera. Al proletariado le cuesta mucho, le causa duras penalidades, le origina verdaderos tormentos "deshacerse", después de su triunfo, de esos malhadados "revolucionarios". Es muchísimo más difícil -y muchísimo más meritorio- saber ser revolucionario cuando *todavía no se dan* las condiciones necesarias para la lucha directa, franca, auténticamente de masas, auténticamente revolucionaria; saber defender los intereses de la revolución (por medio de la propaganda, la agitación y la organización) en instituciones no revolucionarias y a menudo sencillamente reaccionarias, en una situación no revolucionaria, entre unas masas incapaces de comprender en el acto la necesidad de un método revolucionario de acción. Saber percibir, encontrar y determinar con exactitud el rumbo concreto o el viraje especial de los acontecimientos *susceptibles de conducir* a las masas a la gran lucha revolucionaria, verdadera, final y decisiva, es la tarea principal del comunismo contemporáneo en Europa Occidental y en América.

Un ejemplo: Inglaterra. No podemos saber -y nadie puede determinarlo de antemano- cuándo estallará

allí la verdadera revolución proletaria y *cuál será el motivo* principal que despertará, enardecerá y lanzará a la lucha a las grandes masas, hoy aún adormecidas. Por eso, estamos en el deber de efectuar toda nuestra labor preparatoria de tal modo que tengamos herradas las cuatro patas (según la expresión favorita del difunto Plejánov cuando era marxista y revolucionario). Quizá sea una crisis parlamentaria la que "abra el paso", la que "rompa el hielo"; quizá una crisis derivada de las contradicciones coloniales e imperialistas irremediablemente complicadas, cada vez más graves y exasperadas, o quizá otras causas. No hablamos del tipo de lucha que *decidirá* la suerte de la revolución proletaria en Inglaterra (esta cuestión no suscita dudas en ningún comunista, pues para todos nosotros está firmemente decidida); hablamos del motivo que pondrá en movimiento a las masas proletarias hoy todavía adormecidas y las conducirá de lleno a la revolución. No olvidemos, por ejemplo, que en la república burguesa de Francia (en una situación que es cien veces menos revolucionaria que la actual desde el punto de vista tanto internacional como interior) ¡bastó un motivo tan "inesperado" y "fútil" como el asunto Dreyfus[58] - una de las mil hazañas deshonestas de los militaristas reaccionarios- para llevar al pueblo al borde de la guerra civil!

Los comunistas de Inglaterra deben utilizar constantemente, sin descanso ni vacilación, las elecciones parlamentarias, todas las peripecias de la política irlandesa, colonial e imperialista universal del gobierno británico y todos los demás campos, esferas y aspectos de la vida social, actuando en ellos con un espíritu nuevo, con un espíritu comunista, con el espíritu de la III Internacional, y no de la II. No dispongo de tiempo ni de espacio para describir aquí los procedimientos "rusos", "bolcheviques", de participación en las elecciones y en la lucha parlamentarias; pero puedo asegurar a los comunistas de los demás países que no se parecían en nada a las campañas parlamentarias habituales en Europa Occidental. De aquí se saca a menudo la siguiente conclusión: "Eso es así en vuestro país, en Rusia; pero en el nuestro, el parlamentarismo es diferente". La conclusión es falsa. Los comunistas, los partidarios de la III Internacional existen en todos los países precisamente para *transformar* por completo, en todos los ámbitos de la vida, la vieja labor socialista, tradeunionista, sindicalista y parlamentaria en una labor *nueva,* comunista. En nuestras elecciones hemos visto también de sobra rasgos puramente burgueses, rasgos de oportunismo, de practicismo vulgar y de fraude capitalista. Los comunistas de Europa Occidental y de América deben aprender a crear un parlamentarismo nuevo, desacostumbrado, no oportunista, sin arribismo, Es preciso que el Partido Comunista lance sus consignas; que los verdaderos proletarios, con ayuda de los pobres no organizados y oprimidos por completo, repartan y distribuyan octavillas, recorran las viviendas de los obreros, las chozas de los proletarios del campo y de los campesinos que viven en las aldeas perdidas (por ventura, en Europa hay muchas menos que en Rusia, y en Inglaterra apenas si existen); que penetren en las tabernas frecuentadas por los hombres más sencillos, se infiltren en las asociaciones, sociedades y reuniones fortuitas de la gente humilde; que hablen al pueblo con un lenguaje sencillo (y no muy parlamentario), no corran por nada del mundo tras "un puestecillo" en el Parlamento, sino que despierten en todas partes el pensamiento, lleven tras de sí a las masas, cojan la palabra a la burguesía y utilicen el mecanismo creado por ella, las elecciones convocadas por ella y sus llamamientos a todo el pueblo; que den a conocer a este último el bolchevismo como nunca habían tenido ocasión de hacerlo (bajo el dominio burgués) fuera del período electoral (sin contar, como es lógico, los momentos de grandes huelgas, cuando *ese mismo* mecanismo de agitación popular funcionaba en nuestro país con mayor intensidad aún). Hacer esto en Europa Occidental y en América es muy difícil, dificilísimo; pero puede y debe hacerse, pues es imposible de todo punto cumplir las tareas del comunismo sin trabajar. Y hay que esforzarse para resolver los problemas *prácticos,* cada vez más variados, cada vez más ligados a todos los dominios de la vida social y que van *arrebatando* cada día más *a la burguesía,* uno tras otro, distintos sectores y esferas de actividad.

En esa misma Inglaterra es necesario también organizar de un modo nuevo (no socialista, sino comunista; no reformista, sino revolucionario) la labor de propaganda, de agitación y de organización en el ejército y entre las naciones oprimidas y carentes de plenos derechos que forman parte de *"su"* Estado (Irlanda, las colonias). Porque todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y ahora, después de la guerra, que ha atormentado a los pueblos y les ha abierto rápidamente los ojos, haciéndoles ver la verdad (la verdad de que decenas de millones de hombres han muerto o han quedado mutilados sólo para decidir quiénes habrían de saquear más países: los bandidos ingleses o los bandidos alemanes); todos estos sectores de la vida social se impregnan singularmente de materias inflamables y dan origen a muchísimas causas de conflictos, de crisis y de exacerbación de la lucha de clases. No sabemos, ni podemos saber, cuál de las incontables chispas que surgen ahora por doquier en todos los países, bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá provocar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas. Por eso tenemos el deber de emprender con nuestros principios nuevos, comunistas, "la utilización" de todos los campos,

cualesquiera que sean, hasta de los más viejos, vetustos y, en apariencia, más estériles, pues, en caso contrario, no estaremos a la altura de nuestra misión, nos faltará algo, no dominaremos todos los tipos de armas, no nos prepararemos ni para vencer a la burguesía (la cual organizó todos los aspectos de la vida social -y los ha desorganizado ahora- a la manera burguesa) ni para reorganizar al estilo comunista toda la vida una vez obtenida la victoria.

Después de la revolución proletaria en Rusia y de sus victorias a escala internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también otra en todas partes. La burguesía se siente asustada por el "bolchevismo" y está irritada con él casi hasta la locura; y precisamente por eso acelera, de una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, de otra, centra la atención en reprimir por la violencia el bolchevismo, debilitando con ello su propia posición en otros muchos terrenos. Los comunistas de todos los países avanzados deben tener en cuenta estas dos circunstancias al trazar su táctica.

Los democonstitucionalistas rusos y Kerenski se pasaron de la raya cuando desencadenaron una furiosa persecución contra los bolcheviques, sobre todo a partir de abril de 1917 y, más aún, en junio y julio del mismo año. Los millones de ejemplares de los periódicos burgueses, que gritaban en todos los tonos contra los bolcheviques, ayudaron a que las masas valorasen el bolchevismo; y toda la vida social, además de la prensa, se impregnó de discusiones sobre el bolchevismo gracias al "celo" de la burguesía. Los millonarios de todos los países se comportan hoy de tal modo a escala internacional que debemos estarles agradecidos de todo corazón. Persiguen al bolchevismo con el mismo celo que lo perseguían antes Kerenski y compañía y, como éstos, se pasan también de la raya y nos *ayudan* igual que Kerenski. Cuando la burguesía francesa hace del bolchevismo el punto central de la campaña electoral, acusando de bolchevismo y denostando por ello a socialistas relativamente moderados o vacilantes; cuando la burguesía norteamericana, perdiendo por completo la cabeza, detiene a miles y miles de personas sospechosas de bolchevismo y crea un ambiente de pánico propagando por doquier noticias de conjuraciones bolcheviques; cuando la burguesía inglesa, la más "seria" del mundo, con todo su talento y experiencia, comete inverosímiles tonterías, funda riquísimas "sociedades de lucha contra el bolchevismo", crea una literatura especial sobre éste y contrata, para combatirlo, a un personal suplementario de sabios, agitadores y curas; cuando se hace todo eso, debemos inclinarnos y dar las gracias a los señores capitalistas. Trabajan para nosotros. Nos ayudan a interesar a las masas por la naturaleza y la significación del bolchevismo. Y no pueden obrar de otro modo, pues han fracasado *ya* en sus intentos de "silenciar" el bolchevismo y de estrangularlo.

Pero, al mismo tiempo, la burguesía ve en el bolchevismo casi exclusivamente uno de sus aspectos: la insurrección, la violencia, el terror; por eso procura prepararse de un modo especial para oponer resistencia y replicar en *este* terreno. Es posible que lo consiga en casos aislados, en algunos países, en tales o cuales períodos breves; hay que contar con esa posibilidad, que no tiene para nosotros nada de terrible. El comunismo "brota" de todos los aspectos de la vida social sin excepción alguna, sus gérmenes existen absolutamente en todas partes, "el contagio" (dicho sea con la comparación preferida de la burguesía y de la policía burguesa y la más "agradable" para ella) ha penetrado muy hondo en el organismo y lo ha impregnado por completo. Si se "cierra" con celo especial una de las salidas, "el contagio" encontrará otra, a veces, la más inesperada. La vida acaba por imponerse. Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta la locura; que se pase de la raya, haga tonterías, se vengue de antemano de los bolcheviques y se esfuerce por aniquilar (en la India, en Hungría, en Alemania, etc.) a centenares, a miles, a centenares de miles de bolcheviques de ayer o de mañana: al obrar así, procede como lo han hecho todas las clases condenadas por la historia a desaparecer. Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece. Y por eso podemos (y debemos) unir la máxima pasión en la gran lucha revolucionaria con la apreciación más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía. La revolución rusa fue reprimida ferozmente en 1905; los bolcheviques rusos sufrieron una derrota en julio de 1917; más de 15.000 comunistas alemanes fueron aniquilados por medio de la artera provocación y las hábiles maniobras de Scheidemann y Noske, aliados a la burguesía y a los generales monárquicos; en Finlandia y en Hungría hace estragos el terror blanco. Pero, en todos los casos y en todos los países, el comunismo se templa y crece; sus raíces son tan profundas que las persecuciones no lo debilitan, no lo extenúan, sino que lo refuerzan. Falta sólo una cosa para que marchemos hacia la victoria con más firmeza y seguridad: que los comunistas de todos los países comprendamos por doquier y hasta el fin que en nuestra táctica debemos ser *flexibles* al máximo. Lo que le falta hoy al comunismo, que se desarrolla magníficamente, sobre todo en los países adelantados, es esa conciencia y la capacidad necesaria para aplicarla en la práctica.

Podría (y debería) ser una lección útil lo ocurrido con jefes de la II Internacional tan eruditos marxistas y tan fieles al socialismo como Kautsky, Otto Bauer y otros. Comprendían muy bien la necesidad de una táctica flexible, habían aprendido y enseñaban a los demás la dialéctica de Marx (y mucho de lo que hicieron en este terreno pervivirá por los siglos de los

siglos como una valiosa adquisición de la literatura socialista); pero *al aplicar* esta dialéctica han incurrido en un error tan colosal o se han mostrado en la práctica *tan apartados* de la dialéctica, tan incapaces de tomar en consideración los vertiginosos cambios de forma y la rapidez con que las viejas formas se llenan de un nuevo contenido, que su suerte no es mucho más envidiable que la de Hyndman, Guesde y Plejánov. La causa fundamental de su bancarrota consiste en que "han fijado la mirada" en una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidando el carácter unilateral de esa forma; en que les ha dado miedo ver la brusca ruptura, inevitable por las condiciones objetivas, y han seguido repitiendo las verdades simples, aprendidas de memoria y a primera vista indiscutibles: tres son más que dos. Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética, y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas elementales. En realidad, todas las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de un nuevo contenido, por lo cual ha aparecido delante de las cifras un signo nuevo, el signo "menos". Pero nuestros sabios seguían (y siguen) tratando con tozudez de convencerse a sí mismos y convencer a los demás de que "menos tres" es más que "menos dos".

Debemos procurar que los comunistas no repitan el mismo error en sentido contrario, o, mejor dicho, que *ese mismo error,* cometido, aunque en su sentido contrario, por los comunistas "de izquierda", sea corregido y subsanado con la mayor rapidez y con el menor dolor posible para el organismo. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error: lo es también el doctrinarismo de izquierda. Por supuesto, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en la actualidad mil veces menos peligroso y grave que el de derecha (es decir, el error del socialchovinismo y del kautskismo); pero esto se debe únicamente a que el comunismo de izquierda es una tendencia novísima que apenas acaba de nacer. Sólo por eso, la enfermedad puede ser fácilmente vencida, en ciertas condiciones, y es necesario emprender su tratamiento con la máxima energía.

Las viejas formas han reventado, pues ha resultado que su nuevo contenido -antiproletario, reaccionario- ha adquirido un desarrollo exorbitante. Desde el punto de vista del desenvolvimiento del comunismo internacional, tenemos hoy un contenido tan sólido, tan fuerte y tan potente de nuestra actividad (en pro del Poder de los Soviets, en pro de la dictadura del proletariado) que puede *y debe* manifestarse en cualquier forma, tanto vieja como nueva; que puede y debe regenerar, vencer y someter a todas las formas, nuevas y antiguas, no para conciliarse con estas últimas, sino para saber convertirlas todas, las nuevas y las viejas, en una arma de la victoria completa y definitiva, decisiva e irreversible del comunismo.

Los comunistas deben consagrar todos sus esfuerzos a orientar el movimiento obrero y el desarrollo social en general por el camino más recto y rápido hacia la victoria mundial del Poder soviético y hacia la dictadura del proletariado. Es una verdad indiscutible. Pero basta con dar un pequeño paso más allá -aunque parezca dado en la misma dirección- para que esta verdad se transforme en un error. Basta con decir, como hacen los comunistas de izquierda alemanes e ingleses, que no aceptamos más que un camino, el camino recto, que no admitimos las maniobras, los acuerdos y los compromisos, para que eso sea un error que puede causar, y ha causado ya en parte y sigue causando, los más graves perjuicios al comunismo. El doctrinarismo de derecha se ha obstinado en no admitir más que las formas viejas y ha fracasado en toda la línea por no haber observado el nuevo contenido. El doctrinarismo de izquierda se obstina en rechazar en absoluto determinadas formas viejas, sin ver que el nuevo contenido se abre paso a través de todas y cada una de las formas y que nuestro deber de comunistas consiste en dominarlas todas, en aprender a completar unas con otras y a sustituir unas por otras con la máxima rapidez, en adaptar nuestra táctica a todo cambio de este género, suscitado por una clase que no sea la nuestra o por unos esfuerzos que no sean los nuestros.

La revolución universal, que ha recibido un impulso tan poderoso y ha sido acelerada con tanta intensidad por los horrores, las villanías y las abominaciones de la guerra imperialista mundial, así como por la situación sin salida que ésta ha creado; esa revolución se desarrolla en amplitud y profundidad con una rapidez tan extraordinaria, con una riqueza tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan edificante de todo doctrinarismo, que existen suficientes motivos para esperar que el movimiento comunista internacional se curará rápidamente y por completo de la enfermedad infantil del comunismo "de izquierda".

27-IV-1920.

Anexo.

En tanto que las editoriales de nuestro país -que los imperialistas del mundo entero saquearon para vengarse de la revolución proletaria y que continúan saqueando y bloqueando, a pesar de todas las promesas hechas a sus obreros- organizaban la publicación de mi folleto, se han recibido del extranjero datos complementarios. Sin aspirar, ni mucho menos, a que mi folleto sea algo más que unas notas rápidas de un publicista, abordaré brevemente algunos puntos.

I. La escisión de los comunistas alemanes.

La escisión de los comunistas en Alemania es un hecho. Los "izquierdistas" u "oposición de principio"

han constituido su "Partido Comunista Obrero", a diferencia del "Partido Comunista". En Italia, por lo visto, las cosas marchan también hacia la escisión. Digo "por lo visto", pues dispongo sólo de dos nuevos números, el 7 y el 8, del periódico izquierdista *Il Soviet,* en los cuales se discute abiertamente la posibilidad y la necesidad de la escisión y se habla asimismo de un congreso de la fracción de los "abstencionistas" (o boicoteadores, es decir, los enemigos de la participación en el Parlamento), que hasta ahora pertenece al Partido Socialista Italiano.

Existe el peligro de que el rompimiento con los "izquierdistas", antiparlamentarios (y, en parte también, antipolíticos, adversarios del partido político y de la actuación en los sindicatos), se convierta en un fenómeno internacional, a semejanza del rompimiento con los "centristas" (o kautskíanos, longuetistas, "independientes", etc.). Sea así. En fin de cuentas, la escisión es preferible a la confusión, que impide el crecimiento ideológico, teórico y revolucionario del partido y su madurez, así como su labor práctica unánime, verdaderamente organizada, que prepare de verdad la dictadura del proletariado.

Que los "izquierdistas" se pongan a prueba de una manera práctica a escala nacional e internacional, que intenten preparar (y, después, realizar) la dictadura del proletariado sin un partido rigurosamente centralizado, dotado de una disciplina férrea, sin saber dominar todas las esferas, ramas y variedades de la labor política y cultural. La experiencia práctica les enseñará con rapidez.

Pero se deben hacer todos los esfuerzos necesarios para que la escisión con los "izquierdistas" no dificulte -o dificulte lo menos posible- la fusión en un solo partido, inevitable en un futuro próximo y necesaria, de todos los participantes en el movimiento obrero que defienden sincera y honradamente el Poder soviético y la dictadura del proletariado. Los bolcheviques de Rusia tuvieron una suerte singular al disponer de quince años para combatir de modo sistemático y hasta el fin tanto a los mencheviques (es decir, los oportunistas y los "centristas") como a los "izquierdistas" mucho antes de que empezara la lucha directa de masas por la dictadura del proletariado. Ahora es forzoso hacer esta misma labor en Europa y América "a marchas forzadas". Algunos individuos, sobre todo fracasados pretendientes a jefes, pueden obstinarse durante largo tiempo en sus errores (si carecen de disciplina proletaria y de "honradez consigo mismos"); pero las masas obreras, cuando llegue el momento, se unirán con facilidad y rapidez y unirán a todos los comunistas sinceros en un solo partido, capaz de instaurar el régimen soviético y la dictadura del proletariado[*].

II. Los comunistas y los independientes en alemania.

En el folleto he expresado la opinión de que el compromiso entre los comunistas y el ala izquierda de los independientes es necesario y provechoso para el comunismo, pero que no será fácil conseguirlo. Los números de los periódicos que he recibido con posterioridad confirman ambas cosas. En el núm. 32 del periódico *Bandera Roja,* órgano del CC del Partido Comunista de Alemania *(Die Rote Fahne*[59], *Zentralorgan der Kommunistischen Partei Deutschlands, Spartakusbund,* del 26 de marzo de 1920), se publica una "declaración" de dicho CC sobre el "putsch" militar (complot, aventura) de Kapp-Lüttwitz y acerca del "gobierno socialista". Esta declaración es absolutamente justa desde el punto de vista de la premisa fundamental y desde el de la conclusión práctica. La premisa fundamental consiste en que, en el momento actual, no existe "base objetiva" para la dictadura del proletariado por cuanto "la mayoría de los obreros urbanos" apoya a los independientes. Conclusión: promesa de "oposición leal" al gobierno "socialista" (es decir, negativa a preparar su "derrocamiento violento") "si se excluye a los partidos burgueses-capitalistas".

La táctica es justa, sin duda, en lo fundamental. Pero si bien no es necesario detenerse en pequeñas inexactitudes de fórmula, es imposible, empero, silenciar que no se puede llamar "socialista" (en una declaración oficial del Partido Comunista) a un gobierno de socialtraidores; que no se puede hablar de exclusión de "los partidos burgueses-capitalistas", cuando los partidos de los Scheidemann y de los señores Kautsky y Crispien son democráticos

[*] En cuanto a la fusión ulterior de los comunistas "de izquierda", de los antiparlamentarios, con los comunistas en general señalaré, además, lo siguiente. Por lo que he podido conocer en los periódicos de los comunistas "de izquierda" y de los comunistas en general de Alemania, los primeros tienen la ventaja sobre los segundos de que saben efectuar mejor la agitación entre las masas. Algo análogo he observado repetidas veces -si bien en menores proporciones y en organizaciones locales aisladas, y no en todo el país- en la historia del Partido Bolchevique. En 1907 y 1908, por ejemplo, los bolcheviques "de izquierda" desplegaban a veces y en algunos sitios con más éxito que nosotros su labor de agitación entre las masas. Esto se explica, en parte, porque es más fácil abordar a las masas con la táctica de la "simple" negación en una situación revolucionaria o cuando están frescos aún los recuerdos de la revolución. Sin embargo, eso está lejos de ser un argumento que justifique semejante táctica. En todo caso, no ofrece la menor duda que un *Partido* Comunista que quiera ser de verdad la vanguardia, el destacamento avanzado de *la clase* revolucionaria, del proletariado, y que desee, además, aprender a dirigir a las grandes *masas* no sólo proletarias, sino también *no* proletarias, a las masas trabajadoras y explotadas, está obligado a saber organizar y hacer propaganda y agitación del modo más accesible, comprensible, claro y vivo tanto para "la callo" urbana; fabril, como para la aldea.

pequeñoburgueses; que no se puede escribir cosas como el párrafo cuarto de la declaración, que proclama:
"... Para que el comunismo siga ganando a las masas proletarias, tiene magna importancia, desde el punto de vista del desarrollo de la dictadura del proletariado, una situación en la que la libertad política pueda ser utilizada de modo ilimitado y la democracia burguesa no pueda actuar como dictadura del capital..."
Semejante situación es imposible. Los jefes pequeñoburgueses, los Henderson (Scheidemann) y los Snowden (Crispien) alemanes, no rebasan ni pueden rebasar los límites de la democracia burguesa, que, a su vez, no puede dejar de ser la dictadura del capital. Desde el punto de vista de los resultados prácticos que se había propuesto con todo acierto el CC del Partido Comunista, no debían haber sido escritas en modo alguno esas cosas, erróneas por principio y perjudiciales políticamente. Para ello habría bastado con decir (si se quiere dar muestras de cortesía parlamentaria): mientras la mayoría de los obreros urbanos siga a los independientes, nosotros, los comunistas, no podemos impedir a esos obreros que se desembaracen de sus últimas ilusiones democráticas pequeñoburguesas (es decir, también "burguesas-capitalistas") con la experiencia de "su" gobierno. Eso es suficiente para: argumentar el compromiso, que es verdaderamente necesario y debe consistir en renunciar durante cierto tiempo a las tentativas de derrocar por la violencia un gobierno que cuenta con la confianza de la mayoría de los obreros urbanos. Y en la agitación cotidiana, masiva, no vinculada al marco de la cortesía oficial, parlamentaria, podría, claro está, agregarse: dejemos que miserables como los Scheidemann y filisteos como los Kautsky y los Crispien muestren con sus actos hasta qué extremo están engañados y engañan a los obreros; su gobierno "puro" hará "con más pureza que nadie" la labor de "limpiar" los establos de Augías del socialismo, del socialdemocratismo y demás variedades de la socialtraición.
La naturaleza auténtica de los jefes actuales del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (de esos jefes de *los* cuales se dice, faltando a la verdad, que han perdido ya toda influencia, pero que, de hecho, son todavía más peligrosos para el proletariado que los socialdemócratas húngaros, que se denominaban comunistas y prometían "apoyar" la dictadura del proletariado) se ha puesto de manifiesto una y otra vez durante la korniloviada alemana, es decir, durante el "putsch" de los señores Kapp y Lüttwitz*. Una ilustración pequeña, pero elocuente, de ello nos la ofrecen el articulejo de Carlos Kautsky *Los minutos decisivos (Entscheidende Stunden),* publicado en *Freiheit (La Libertad*[60]**,** órgano de los independientes) el 30 de marzo de 1920, y el de Arturo Crispien *Acerca de la situación política* (aparecido el 14 de abril de 1920 en el periódico citado). Estos señores no saben en absoluto pensar y razonar como revolucionarios. Son llorones demócratas pequeñoburgueses, mil veces más peligrosos para el proletariado si se declaran partidarios del Poder soviético y de la dictadura proletaria, pues, en la práctica, cometerán de manera ineluctable una traición en cada momento difícil y peligroso... ¡"sinceramente" convencidos de que ayudan al proletariado! También los socialdemócratas húngaros, rebautizados de comunistas, querían "ayudar" al proletariado cuando, por cobardía y pusilanimidad, consideraron desesperada la situación del Poder soviético en Hungría y gimotearon ante los agentes de los capitalistas de la Entente y ante *sus* verdugos.

III. Turati y compañía en Italia.
Los números del periódico italiano *Il Soviet* a que he aludido confirman cuanto he dicho en el folleto acerca del error del Partido Socialista Italiano, el cual tolera en sus filas a tales miembros e incluso a semejante grupo de parlamentarios. Lo confirma más aún un testigo ajeno, el corresponsal en Roma del periódico liberal burgués *The Manchester Guardian* (Inglaterra), que en el número del 12 de marzo de 1920 publicó una interviú hecha por él a Turati.
"... El señor Turati-escribe este corresponsal- supone que el peligro revolucionario no es tan grande como para suscitar temores en Italia. Los maximalistas juegan con el fuego de las teorías soviéticas únicamente para mantener a las masas en estado de agitación y excitación. Sin embargo; estas teorías son nociones puramente legendarias, programas no maduros, inútiles para el uso práctico. Sirven sólo para mantener a las clases trabajadoras en estado de expectación. La misma gente que las emplea como cebo para deslumbrar los ojos proletarios se ve obligada a sostener una lucha cotidiana para conquistar algunas mejoras económicas, con frecuencia insignificantes, a fin de retrasar el momento en que las clases trabajadoras pierdan las ilusiones y la fe en sus mitos predilectos. De ahí ese largo período de huelgas de toda magnitud y por cualquier pretexto, incluidas las últimas huelgas de correos y de ferrocarriles, que hacen todavía más grave la situación del país, ya difícil de por sí. El país está irritado por las dificultades dimanantes de su problema adriático, se siente abrumado por su deuda exterior y por su desmesurada emisión de papel

* Dicho sea de pasada, esto lo ha explicado con extraordinaria claridad, concisión y exactitud, al estilo marxista, el magnífico periódico del Partido Comunista Austríaco *Bandera Roja* en sus números del 28 y 30 de marzo de 1920 *(Die Rote Fahne,* Wien, 1920, Nº 266 und 267; L. L.: *Etn neuer Abschnitt der deutschen 1'levolution).* (L. L.: "Una nueva etapa de la revolución alemana". *N. de la Edit.)*

moneda y, sin embargo, está muy lejos aún de comprender la necesidad de asimilar la disciplina de trabajo, única capaz de restablecer el orden y la prosperidad..."

Está claro como la luz del día que el corresponsal inglés se ha ido de la lengua y ha dicho una verdad que, probablemente, ocultan y adornan el propio Turati y sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses en Italia. Esta verdad consiste en que las ideas y la labor política de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y Cía. son tal y como los dibuja el corresponsal inglés. Eso es auténtica socialtraición. ¡Cuán elocuente es la sola defensa del orden y de la disciplina para los obreros que padecen la esclavitud asalariada, que trabajan para que se lucren los capitalistas! ¡Y qué conocidos nos son a los rusos todos esos discursos mencheviques! ¡Cuán valiosa es la confesión de que las masas están *a favor* del Poder soviético! ¡Qué estúpida y trivialmente burguesa resulta la incomprensión del papel revolucionario de las huelgas, que crecen de manera espontánea! Sí, sí, el corresponsal inglés del periódico liberal burgués ha prestado un flaco servicio a los señores Turati y Cía. y ha confirmado de modo excelente cuán justas son las demandas del camarada Bordiga y de sus amigos del periódico *Il Soviet,* los cuales exigen que el Partido Socialista Italiano, si quiere de verdad estar *a favor* de la III Internacional, expulse con oprobio de sus filas a los señores Turati y Cía. y se transforme en un Partido Comunista tanto por el nombre como por sus actos.

IV. Conclusiones erróneas de premisas justas.

Pero de su justa crítica a los señores Turati y Cía., el camarada Bordíga y sus amigos "izquierdistas" sacan la errónea conclusión de que es perjudicial en general participan en el Parlamento. Los "izquierdistas" italianos no pueden aportar ni sombra de argumentos serios en defensa de esta opinión. Simplemente desconocen (o tratan de olvidar) los modelos internacionales de verdadera utilización revolucionaria y comunista de los parlamentos burgueses, provechosa de modo indiscutible para preparar la revolución proletaria. En realidad, no se imaginan la "nueva" utilización del parlamentarismo y claman, repitiéndose hasta la saciedad, contra la utilización "vieja", no bolchevique.

En esto reside, precisamente, su error básico. No sólo en el terreno del Parlamento, sino en *todos* los campos de actividad, el comunismo *debe aportar* (y *no podrá* hacerlo sin un trabajo prolongado, persistente y tenaz) algo nuevo por principio, que rompa de manera radical con las tradiciones de la II Internacional (conservando y desarrollando, al mismo tiempo, todo lo que ha proporcionado de bueno).

Tomemos, aunque sólo sea, el trabajo periodístico. Los periódicos, folletos y hojas cumplen una labor necesaria de propaganda, agitación y organización. Ningún movimiento de masas puede pasarse en un país, por poco civilizado que sea, sin un mecanismo periodístico. Y ni los gritos contra "los jefes" ni los juramentos de proteger la pureza de las masas frente a la influencia de los jefes pueden librarnos de la necesidad de utilizar para ese trabajo a hombres procedentes de los medios intelectuales burgueses, pueden librarnos de la atmósfera y el ambiente democráticos burgueses, "de propiedad privada", en que se efectúa esa labor en el capitalismo. Incluso dos años y medio después de ser derrocada la burguesía y de conquistar el poder político el proletariado, vemos en torno nuestro esa atmósfera, ese ambiente de relaciones de propiedad privada, democráticas burguesas, que tienen carácter de masas (campesinos, artesanos).

El parlamentarismo es una forma de trabajo; el periodismo, otra. El contenido puede ser comunista en ambas, y debe serlo, si quienes actúan en una u otra esfera son verdaderos comunistas, verdaderos militantes del partido proletario, de masas. Pero en una y en otra *-y en cualquier esfera de trabajo* en el capitalismo y en la transición del capitalismo al socialismo- es imposible rehuir las dificultades y las originales tareas que debe vencer y cumplir el proletariado para utilizar en su propio provecho a gente que procede de medios burgueses, para conquistar la victoria sobre los prejuicios y la influencia de los intelectuales burgueses, para debilitar la resistencia del ambiente pequeñoburgués (y, posteriormente, para transformarlo por completo).

¿Acaso no hemos visto en todos los países, hasta la guerra de 1914-1918, extraordinaria abundancia de ejemplos de anarquistas, sindicalistas y otros elementos muy "izquierdistas" que fulminaban el parlamentarismo, se mofaban de los parlamentarios socialistas contaminados de trivialidad burguesa, fustigaban su arribismo, etc., etc., y hacían *la misma* carrera burguesa *a través* del periodismo, *a través* de la labor en los sindicatos? ¿Es que los ejemplos de los señores Jouhaux y Merrheim, si nos limitamos a Francia, no son típicos?

La puerilidad de "negar" la participación en el Parlamento consiste, precisamente, en que con ese método tan "sencillo", "fácil" y seudorrevolucionario quieren *"cumplir"* la difícil tarea de luchar contra las influencias democráticas burguesas *en el seno* del movimiento obrero y, en realidad, lo único que hacen es huir de su propia sombra, cerrar los ojos ante las dificultades y desembarazarse de ellas sólo con palabras. Es indudable que el arribismo más desvergonzado, la utilización burguesa de los escaños parlamentarios, la aclamante adulteración reformista de la labor en el Parlamento y la vulgar rutina pequeñoburguesa son rasgos peculiares habituales y predominantes, engendrados por el capitalismo en todas partes tanto fuera como dentro

del movimiento obrero. Pero el capitalismo y el ambiente burgués creado por él (y que, incluso después de derrocada la burguesía, desaparece muy despacio, pues el campesinado hace renacer sin cesar a la burguesía) engendran absolutamente en todos los ámbitos del trabajo y de la vida, en esencia, el mismo arribismo burgués, el chovinismo nacional, la trivialidad pequeñoburguesa, etc., con insignificantes variedades de forma.

Os parece, queridos boicoteadores y antiparlamentaristas, que sois "terriblemente revolucionarios"; pero, en realidad, *os habéis asustado* de las dificultades relativamente pequeñas que presenta la lucha contra las influencias burguesas en el seno del movimiento obrero, en tanto que vuestra victoria, es decir, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder político por el proletariado, hará surgir *esas mismas* dificultades en proporciones mayores, muchísimo mayores. Os habéis asustado como niños de la pequeña dificultad que se alza hoy ante vosotros, sin comprender que mañana y pasado mañana tendréis, pese a todo, que aprender -y aprender por completo- a vencer las mismas dificultades, pero en proporciones incomparablemente mayores.

Con el Poder soviético, en vuestro –y en nuestro- partido proletario tratarán de infiltrarse aún más elementos procedentes de la intelectualidad burguesa. Penetrarán también en los Soviets, en los tribunales y en el mecanismo administrativo, pues es imposible construir el comunismo con otra cosa que no sea el material humano creado por el capitalismo. Es imposible expulsar y exterminar a los intelectuales burgueses. Lo que se debe hacer es vencerlos, transformarlos, refundirlos, reeducarlos, de la misma manera que es necesario reeducar en lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por milagro, por obra y gracia del Espíritu Santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución o de un decreto, sino únicamente en una lucha masiva larga y difícil contra la influencia de las ideas pequeñoburguesas entre las masas. En el Poder soviético, esas mismas tareas que el antiparlamentario aparta ahora de un manotazo con tanto orgullo, altanería, ligereza y puerilidad, *esas mismas* tareas resurgirán *dentro* de los Soviets, en la administración soviética, entre "los defensores del Derecho"[61] al soviéticos (hemos destruido en Rusia, e hicimos bien en destruirla, la abogacía burguesa, pero renace entre nosotros al socaire de "los defensores del Derecho" "soviéticos"). Entre los ingenieros soviéticos, entre los maestros soviéticos y entre *los obreros* privilegiados (es decir, los de más alta calificación y los mejor colocados) de las fábricas soviéticas vemos renacer de manera constante absolutamente *todos* los rasgos negativos propios del parlamentarismo burgués, y sólo con una lucha reiterada, infatigable, prolongada y tenaz del espíritu de organización y la disciplina proletarios estamos venciendo -paulatinamente- este mal.

Está claro que bajo el dominio de la burguesía es muy "difícil" triunfar sobre las costumbres burguesas en el propio partido, es decir, en el partido obrero: es "difícil" expulsar del partido a los jefes-parlamentarios habituales, corrompidos sin esperanza de curación por los prejuicios burgueses; es "difícil" someter a la disciplina proletaria al número absolutamente necesario (en cierta cantidad, aunque sea muy limitada) de gente que procede de la burguesía; es "difícil" crear en el Parlamento burgués una minoría comunista digna por completo de la clase obrera; es "difícil" conseguir que los parlamentarios comunistas no se dediquen a nimiedades parlamentarias burguesas, sino que se entreguen a la labor esencialísima de propaganda, agitación y organización de las masas. Todo eso es, sin duda, "difícil"; fue difícil en Rusia y es incomparablemente más difícil en Europa Occidental y en Norteamérica, donde son mucho más fuertes la burguesía, las tradiciones democráticas burguesas, etc.

Pero todas estas "dificultades" son, en verdad, pueriles si se las compara con las tareas, absolutamente *del mismo carácter,* que deberá cumplir de manera ineluctable el proletariado para conquistar la victoria, en el transcurso de la revolución proletaria y después de tomar el poder. En comparación con *estas* tareas verdaderamente gigantescas, cuando, existiendo la dictadura del proletariado, habrá que reeducar a millones de campesinos y pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, funcionarios públicos e intelectuales burgueses, subordinándolos a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos las tradiciones y los hábitos burgueses; en comparación con estas tareas gigantescas, resulta de una facilidad pueril crear en el Parlamento burgués, bajo el dominio de la burguesía, una minoría auténticamente comunista del verdadero partido proletario.

Si los camaradas "izquierdistas" y antiparlamentarios no aprenden a vencer ahora una dificultad incluso tan pequeña, podrá decirse con seguridad que o no estarán en condiciones de realizar la dictadura del proletariado, no podrán subordinar y transformar en vasta escala a los intelectuales burgueses y las instituciones burguesas, o deberán *terminar de aprender a toda prisa* y, con esa premura, originarán un daño inmenso a la causa proletaria, cometerán más errores que de ordinario, darán muestras de una debilidad y una incapacidad más que regulares, etc., etc.

En tanto que la burguesía no sea derrocada -y, después de su derrocamiento, hasta que no

desaparezcan por completo la pequeña hacienda y la pequeña producción mercantil-, el ambiente burgués, los hábitos de propiedad privada y las tradiciones pequeñoburguesas echarán a perder la labor proletaria desde dentro y desde fuera del movimiento obrero, no sólo en una esfera de actividad, la parlamentaria, sino, de manera inevitable, en todas y cada una de las esferas de la actividad social, en todos los campos del quehacer cultural y político, sin excepción alguna. Y constituye un profundísimo error, que deberá pagarse después de modo inexcusable, el intento de desentenderse, de apartarse de *una* de las tareas "desagradables" o de las dificultades en una esfera de trabajo. Hay que aprender, y aprender hasta el fin, a dominar todos los tipos de trabajo y de actividad, sin ninguna excepción, a vencer por doquier todas las dificultades y todas las costumbres, tradiciones y hábitos burgueses. Cualquier otro planteamiento de la cuestión carece simplemente de seriedad, es pueril.
12-V-1920.

V.
En la edición rusa de este libro he expuesto con cierta inexactitud la conducta del Partido Comunista Holandés en su conjunto en el ámbito de la política revolucionaria mundial. Por eso aprovecho la ocasión para publicar la carta, que se reproduce más abajo, de nuestros camaradas holandeses acerca de este problema y, además, para corregir la expresión "tribunistas holandeses", empleada por mí en el texto ruso, sustituyéndola con las palabras "algunos miembros del Partido Comunista Holandés"[62].
N. Lenin

CARTA DE WIJNKOOP
Moscú, 30 de junio de 1920
Querido camarada Lenin:
Gracias a su amabilidad, los miembros de la delegación holandesa al II Congreso de la Internacional Comunista hemos tenido la posibilidad de leer su libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* antes de que apareciera traducido a los idiomas de Europa Occidental. En este libro subraya Vd. varias veces su desaprobación del papel que han desempeñado algunos miembros del Partido Comunista Holandés en la política internacional.
Debemos protestar, sin embargo, contra el hecho de que atribuya Vd. al Partido Comunista la responsabilidad por los actos de esos miembros. Esto es inexacto en extremo. Más aún, es injusto, pues esos miembros del Partido Comunista Holandés participan muy poco, o no participan en absoluto, en la labor cotidiana del partido; intentan también, directa o indirectamente, aplicar en el Partido Comunista las consignas oposicionistas, contra las que el Partido Comunista Holandés y todos sus organismos han sostenido y sostienen hasta hoy la lucha más enérgica.
Con un saludo fraternal (en nombre de la delegación holandesa)
D. I. Wijnkoop.

Escrito en abril-mayo de 1920. Publicado en junio de 1920 en un folleto, en Petrogrado, por la Editorial del Estado.
T. 41, págs. 1-104.

DEL PRIMER SÁBADO COMUNISTA EN LA LÍNEA FÉRREA MOSCÚ-KAZÁN AL SÁBADO COMUNISTA DE PRIMERO DE MAYO EN TODA RUSIA[63].

La distancia indicada en el título ha sido recorrida en un año. Es una distancia inmensa. Por débiles que sean todavía todos nuestros sábados comunistas, por grande que sea el cúmulo de defectos que revela cada uno de ellos en cuanto a orden, organización y disciplina, lo principal ha sido hecho. La mole ciclópea ha sido movida de su sitio, y eso es precisamente lo que importa.

No nos engañamos lo más mínimo en lo que respecta a lo poco que se ha hecho y a lo muchísimo que queda aún por hacer. Pero sólo los enemigos recalcitrantes de los trabajadores, los partidarios contumaces de la burguesía, pueden adoptar una actitud despectiva ante el sábado comunista de Primero de Mayo. Sólo los seres más despreciables, los que se han vendido en cuerpo y alma a los capitalistas, son capaces de condenar que se aproveche la gran fiesta del Primero de Mayo para tratar de aplicar en masa el trabajo comunista.

Después de ser derrocados los zares, los terratenientes y los capitalistas se empieza, por vez primera, a desbrozar el terreno para edificar de verdad el socialismo, para establecer nuevas relaciones sociales, una nueva disciplina del trabajo común y un nuevo tipo, de significación histórica universal, de toda la economía nacional (y, más tarde, de la internacional). Se trata de transformar las costumbres mismas, emporcadas y corrompidas para mucho tiempo por la maldita propiedad privada de los medios de producción, así como por todo ese ambiente de rencillas, desconfianza, hostilidad, dispersión y zancadilleo mutuo, ambiente engendrado de manera inevitable y reproducido sin cesar por la pequeña hacienda individual, por una hacienda de propietarios que intercambian "libremente" sus productos. La libertad de comercio, el librecambio, ha sido durante siglos el postulado supremo de la sabiduría económica para millones de personas, la costumbre más arraigada en centenares y centenares de millones de seres. Esta libertad es tan profundamente falaz y tan usada para encubrir el engaño, la violencia y la explotación capitalistas como las demás "libertades" proclamadas y puestas en práctica por la burguesía, del tipo de "la libertad de trabajo" (léase: libertad de morirse de hambre), etc.

Nosotros hemos roto y rompemos definitivamente con esa "libertad" del propietario de ser propietario, con esa "libertad" del capital de explotar el trabajo, con esa "libertad" que combatimos de manera implacable y abnegada.

¡Abajo las viejas relaciones sociales, las viejas relaciones económicas, la vieja "libertad" del trabajo *(sometido al capital),* las viejas leyes y las viejas costumbres!

¡Edifiquemos una nueva sociedad!

No nos han asustado las derrotas sufridas en el curso de la gran guerra revolucionaria contra el zarismo, contra la burguesía y contra los Estados imperialistas con poderío mundial.

No nos asustarán las dificultades gigantescas ni los errores inevitables al comienzo de una obra dificilísima, pues la transformación de todos los hábitos de trabajo y de las costumbres es una empresa que requiere decenios. Y nosotros nos prometemos unos a otros, firme y solemnemente, que estamos dispuestos a hacer todos los sacrificios necesarios, que resistiremos y triunfaremos en esta lucha, la más difícil de todas -en la lucha contra la fuerza de la costumbre-, que trabajaremos sin desmayo años y decenios. Trabajaremos con objeto de desarraigar esa regla maldita de "Cada uno para sí y Dios para todos", para desterrar la costumbre de ver en el trabajo sólo una carga y considerar justo únicamente el trabajo retribuido de acuerdo con ciertas normas. Trabajaremos para inculcar en la conciencia, en los hábitos y en las costumbres cotidianas de las masas la regla de "Todos para uno y uno para todos", la regla de "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades"; para ir implantando de manera paulatina, pero tenaz, la disciplina comunista y el trabajo comunista.

Hemos movido de su sitio una montaña de proporciones insólitas: la montaña de la rutina, de la ignorancia y de la obstinación en la defensa de los hábitos de "la libertad de comercio" y de "la libertad"

de compraventa de la fuerza de trabajo humana, igual que cualquiera otra mercancía. Hemos empezado a hacer vacilar y destruir los prejuicios más arraigados, las costumbres más firmes, rutinarias y seculares. Nuestros sábados comunistas han dado en un año un gigantesco paso adelante. Son todavía infinitamente débiles. Pero eso no nos asusta. Hemos visto cómo el Poder soviético, "infinitamente débil", se ha robustecido ante nuestros ojos, gracias a nuestros propios esfuerzos, y ha empezado a convertirse en una fuerza mundial infinitamente poderosa. Trabajaremos años y decenios para que se practiquen los sábados comunistas, para que se desarrollen y difundan, para que mejoren y arraiguen en las costumbres. ¡Y llegaremos al triunfo del trabajo comunista!

Publicado el 2 de mayo de 1920 en el periódico "Pervomaiski Subbótnik".
T. 41, págs. 107-109.

ARENGA A LOS SOLDADOS ROJOS QUE PARTEN PARA EL FRENTE DE POLONIA

5 de mayo de 1920.
Información periodística.

Camaradas: Sabéis que los terratenientes y los capitalistas polacos, azuzados por la Entente, nos han impuesto una nueva guerra [64]. Recordad, camaradas, que no tenemos ningún pleito con los campesinos y los obreros polacos. Reconocíamos antes, y reconoceríamos ahora, la independencia polaca y la República Popular Polaca. Propusimos la paz a Polonia, accediendo a dejar intactas sus fronteras, a pesar de que se extendían mucho más lejos que la población netamente polaca. Hicimos concesiones en todo. Que cada uno de vosotros lo recuerde en el frente. Que vuestro comportamiento con los polacos demuestre que sois soldados de la República Obrera y Campesina, que vais allá no como opresores, sino como liberadores. Ahora, cuando los señores feudales polacos, en contra de nuestras aspiraciones, han concertado una alianza con Petliura, han pasado a la ofensiva y se acercan a Kíev; cuando en la prensa extranjera corren rumores de que han tomado ya Kíev -esto es pura mentira, pues ayer mismo hablé por hilo directo con F. Kan, que se encuentra en Kíev-; ahora decimos: camaradas, hemos sabido rechazar a un enemigo más temible, hemos sabido vencer a los terratenientes y capitalistas propios. ¡Venceremos también a los terratenientes y capitalistas polacos! Todos debemos jurar aquí, prometer solemnemente que nos mantendremos en pie como un solo hombre para impedir la victoria de los señores feudales y capitalistas polacos. ¡Vivan los campesinos y los obreros de la República Polaca libre e independiente! ¡Abajo los latifundistas, terratenientes y capitalistas polacos! ¡Viva nuestro Ejército Rojo Obrero y Campesino! (*Sonoros acordes de "La Internacional" y exclamaciones de "Hurra" apagan las últimas palabras del camarada Lenin*.)

Publicado el 6 de mayo de 1920 en el núm. 96 de "Pravda" y en el núm. 96 de "Izvestia del CEC de toda Rusta".
T. 41, págs. 110-111.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA II CONFERENCIA DE TODA RUSIA DE ORGANIZADORES RESPONSABLES DEL TRABAJO EN EL CAMPO.

12 de junio de 1920.

Camaradas: Me alegra mucho poder saludar a cuantos os habéis reunido en esta conferencia para discutir los problemas del trabajo en el campo. Permitidme que al principio analice brevemente la situación internacional de la República Soviética, así como las tareas que nos plantea, y dedique después unas palabras a los quehaceres que surgen ahora en el campo y que, a mi juicio, deben tener una importancia primordial para los funcionarios del partido.

En lo que respecta a la situación internacional de la República, estáis, sin duda, muy bien informados de los hechos principales concernientes a la ofensiva polaca. En el extranjero se difunde, a este respecto, una cantidad inaudita de mentiras gracias a la llamada libertad de imprenta, la cual consiste en que todos los principales órganos de prensa han sido comprados por los capitalistas y están llenos, en el 99%, de artículos de escritorzuelos venales. Eso es lo que se llama allí libertad de imprenta, y gracias a ella no hay mentira que no sea difundida. En particular, en lo que atañe a la ofensiva polaca, se presentan las cosas como si los bolcheviques hubieran formulado a Polonia exigencias imposibles de cumplir y empezado la ofensiva, cuando todos sabéis perfectamente que incluso habíamos aceptado por entero unas fronteras que dejaban en manos de los polacos los vastos territorios que ocupaban al comenzar la ofensiva. Para nosotros, conservar la vida de nuestros soldados rojos tenía más importancia que hacer la guerra por Bielorrusia y Lituania, de las que se habían apoderado los polacos. No sólo en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo, sino también en un manifiesto especial del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, del organismo supremo de nuestra República Soviética, declaramos del modo más solemne al gobierno polaco, a ese gobierno de burgueses y terratenientes -independientemente de nuestro llamamiento a los obreros y campesinos de Polonia-, que proponíamos negociaciones de paz tomando como base la línea del frente que existía entonces, es decir, del frente que dejaba a los polacos Lituania y Bielorrusia, territorios no polacos. Estábamos seguros -y seguimos estándolo- de que los terratenientes y los capitalistas polacos no podrán conservar en su poder los territorios ajenos, y que, incluso mediante la paz más desventajosa para nosotros, ganaremos más protegiendo la vida de nuestros soldados rojos. Porque cada mes de paz nos permite decuplicar nuestras fuerzas, mientras que cualquier otro gobierno, sin exceptuar al gobierno burgués de Polonia, se descompone más y más con cada mes de paz. A pesar de que nuestras proposiciones de paz iban extraordinariamente lejos; a pesar de que algunos revolucionarios muy atolondrados, y ultrarrevolucionarios de palabra en alto grado, las calificaron hasta de tolstoianas; a pesar de que, según parece, los bolcheviques hemos demostrado en grado suficiente con nuestra actividad que nadie descubrirá en nosotros ni un ápice de tolstoísmo[65], considerábamos que; ante un problema como la guerra, tenemos el deber de demostrar que estamos dispuestos a hacer las máximas concesiones posibles. Y demostrar, sobre todo, que no pelearemos por las fronteras, a causa de las cuales se ha derramado tanta sangre; que eso, para nosotros, es un asunto muy secundario, extraordinariamente secundario.

Hacíamos concesiones que ningún otro gobierno puede hacer. Entregábamos a Polonia un territorio que conviene comparar con el que figura en un documento -publicado, me parece, ayer-, procedente del organismo supremo de los aliados de los ingleses, los franceses y otros imperialistas, en el que se señala a los polacos cuáles deben ser sus fronteras en el Este[66].

Estos señores capitalistas de Inglaterra y Francia se imaginan que son ellos quienes trazan las fronteras; pero, gracias a Dios, hay quienes las establecen sin ellos: los obreros y los campesinos han aprendido a delimitarlas por sí mismos.

Estos señores trazan las fronteras polacas, y las establecen de tal modo que se encuentran mucho más al Oeste de lo que proponíamos nosotros. Semejante acto, que parte de los aliados residentes en París,

patentiza la confabulación a que han llegado con Wrangel. Aseguran que desean la paz con la Rusia Soviética, aseguran que no apoyan ni a Polonia ni a Wrangel; pero nosotros decimos que eso es una insolente mentira, con la cual se encubren al decir que ahora no suministran armas, aunque las suministran como lo hacían varios meses atrás. Según el parte de hoy se ha capturado un valioso trofeo: un vagón cargado de ametralladoras inglesas nuevecitas; el camarada Trotski ha comunicado que, hace unos días, fueron capturados cartuchos franceses recién recibidos. ¿Qué otras pruebas necesitamos para confirmar que Polonia combate con pertrechos ingleses y franceses, con municiones inglesas y francesas, que combate con dinero inglés y francés? Si ahora declaran que la propia Polonia determinará sus fronteras en el Este, todo el mundo comprenderá que eso es un contubernio directo con Wrangel. La situación muestra claramente a todos que los latifundistas polacos y la burguesía polaca hacen la guerra por entero con la ayuda de los ingleses y los franceses. Mas estos últimos mienten con la misma insolencia con que mentían cuando aseguraban que no habían enviado a ningún Bullitt, hasta que, por fin, éste llegó a Norteamérica, hizo su declaración y publicó los documentos que había reunido aquí.

Pero estos señores, los señores mercaderes capitalistas, no pueden mudar de pelleja. Y se comprende. Sólo pueden razonar como mercaderes; y cuando nuestra diplomacia usa métodos diferentes a los que emplean los mercaderes, cuando decimos que para nosotros tiene más importancia la vida de nuestros soldados rojos que una modificación gigantesca de las fronteras, esos señores, que razonan como simples mercaderes, no pueden, claro está, comprenderlo. Cuando hace un año proponíamos a Bullitt un tratado[67] extraordinariamente ventajoso para ellos y extraordinariamente desventajoso para nosotros, un tratado que dejaba en manos de Denikin y Kolchak un territorio inmenso, lo hacíamos seguros de que, si se hubiese firmado la paz, un gobierno de guardias blancos jamás habría podido sostenerse en el poder.

Con su criterio de mercaderes, dichos señores sólo podían comprender esto como una confesión de nuestra debilidad. "Si los bolcheviques aceptan semejante paz es porque están dando las boqueadas"; y toda la prensa burguesa no cabe en sí de gozo, todos los diplomáticos se frotan las manos, y Kolchak y Denikin reciben empréstitos de millones de libras esterlinas. Cierto es que esos empréstitos no se los han concedido en oro, sino en armas a precios usurarios, con la seguridad plena de que los bolcheviques no podrían vencer de ninguna manera. Todo eso terminó en la derrota completa de Kolchak y Denikin, esfumándose sus centenares de millones de libras esterlinas. Y hoy llegan a nuestra zona, uno tras otro, trenes cargados de excelentes pertrechos ingleses y es frecuente encontrar divisiones enteras de soldados rojos rusos ataviados con excelente ropa inglesa. Es más, un camarada venido del Cáucaso me contó hace unos días que toda una división de soldados rojos viste el uniforme de los bersaglieros italianos. Lamento muchísimo no poder mostraros la fotografía de estos soldados rojos rusos vestidos de bersaglieros. Sin embargo, debo deciros que los pertrechos ingleses sirven para algo y que los soldados rojos rusos están agradecidos a los comerciantes ingleses, los cuales les han equipado y han enfocado los asuntos a la manera de los mercaderes, de esos mercaderes que los bolcheviques han batido, baten y batirán aún muchas veces. (*Aplausos*.)

Lo mismo observamos en el caso de la ofensiva polaca. Es un ejemplo de que cuando Dios (si existe, por supuesto) quiere castigar a alguien, le priva de la inteligencia. Está fuera de toda duda que al frente de la Entente figuran hombres de una inteligencia excepcional, políticos magníficos, pero esos hombres cometen una tontería tras otra. Alzan a la lucha a un país tras otro, dándonos así la posibilidad de derrotarlos por separado. Porque si lograran unirse - no olvidemos que tienen la Sociedad de Naciones y que en su campo no existe un palmo de tierra al que no llegue su poder militar-, ¿quién mejor que ellos, podría creerse, estaría en condiciones de unir con mayor facilidad a todas las fuerzas enemigas y lanzarlas contra el Poder soviético? Pero no pueden unirlas. Van al combate por separado. Sólo amenazan, se jactan y engañan. Hace medio año declararon que habían puesto en pie a catorce Estados contra el Poder soviético y que unos meses después estarían en Moscú y en Petrogrado. Pues bien, hoy he recibido de Finlandia un folleto, en el que un oficial blanco relata sus recuerdos de la ofensiva contra Petrogrado. Y antes recibí también una declaración de protesta firmada por varios miembros del Gobierno del Noroeste. Estos rusos, de tendencia democonstitucionalista, dicen que unos generales ingleses les invitaron a una reunión y, por medio de un intérprete -y, a veces, en un ruso perfecto- les propusieron constituir allí mismo, en el acto, un gobierno, por supuesto, ruso e indefectiblemente democrático, en el espíritu de la Constituyente, y firmar lo que les diesen a firmar. Y ellos, estos oficiales rusos, enemigos furibundos de los bolcheviques, estos democonstitucionalistas, se indignaron sobremanera por tan inaudita insolencia de los oficiales ingleses que les prescribían lo que debían hacer, que les mandaban con los modales de un *uriádnik*[68] (y el ruso es único en eso de mandar) sentarse a la mesa y firmar lo que les presentasen. Y luego cuentan cómo se vino abajo todo eso. Lamento que no tengamos la posibilidad de difundir con la mayor amplitud estos documentos, estas confesiones

de oficiales blancos que participaron en la ofensiva contra Petrogrado.

¿Por qué ocurre eso? Porque su Sociedad de Naciones es sólo una alianza en el papel; en realidad, es un grupo de fieras carniceras, que no hacen más que pelearse y no se fían lo más mínimo unas de otras.

De hecho, también ahora se jactan de que Letonia, Rumania y Finlandia atacarán junto con Polonia. Y en las negociaciones diplomáticas vemos con toda claridad que cuando Polonia inició la ofensiva, las potencias que sostenían negociaciones de paz con nosotros cambiaron de tono e hicieron declaraciones, a veces, de una insolencia inaudita. Razonan como mercaderes, y de un mercader no se puede esperar otra cosa. Le parece que hoy existe una posibilidad de deshacerse de la Rusia Soviética y empieza a engreírse. ¡Bueno! Hemos visto ya eso en otros Estados, más importantes, y no le hemos prestado la menor atención, pues estamos convencidos de que todas las amenazas de Finlandia, Rumania, Letonia y demás países burgueses que dependen por completo de la Entente se disipan como el humo. Polonia ha concluido un acuerdo sólo con Petliura, un general sin ejército, y este acuerdo ha originado una irritación mayor aún entre la población ucrania, ha hecho que aumente más todavía el número de elementos semiburgueses que toman posición al lado de la Rusia Soviética. Por eso ha resultado de nuevo que, en vez de una ofensiva general, han podido efectuar únicamente operaciones aisladas de Polonia sola. Y hoy vemos ya qué, si bien nuestras tropas, como es natural, han debido perder bastante tiempo para trasladarse, pues se encontraban más lejos de la frontera que los polacos; si bien hemos necesitado un plazo mayor para acercarlas, han pasado a la ofensiva y, hace unos días, nuestra caballería ha tomado Zhitómir. La última vía que enlaza Kíev con el frente polaco ha sido ya cortada en el Sur y en el Norte por nuestras tropas, a consecuencia de lo cual Kíev se ha evaporado definitivamente para los polacos. Al mismo tiempo hemos sabido que Skólski ha dimitido, que el Gobierno de Polonia vacila y se inquieta ya, declara ya que nos ofrecerá nuevas condiciones de paz. Háganlo, señores latifundistas y capitalistas, jamás nos negaremos a examinar las condiciones de paz polacas. Pero vemos que su gobierno hace la guerra a despecho de su propia burguesía; que la Narodowa Demokratcja polaca[69], que corresponde a nuestros democonstitucionalistas y octubrístas[70] -los latifundistas y burgueses contrarrevolucionarios mis rabiosos-, está en contra de la guerra, pues sabe que en una guerra de este tipo es imposible vencer y que esta guerra la hacen aventureros polacos, eseristas polacos, el partido de los socialistas polacos[71], hombres entre los cuales observamos, sobre todo, lo que vemos en los eseristas: frases revolucionarias, fanfarronería, patriotería, chovinismo, bufonadas y la más completa vacuidad. Conocemos a esos señores. Cuando ahora, después de haber ido demasiado lejos en la guerra, empiezan a cambiar de poltrona en su ministerio y anuncian que nos proponen negociaciones de paz, nosotros les diremos: Por favor, señores, prueben a hacerlo. Mas nosotros confiamos sólo en los obreros polacos y en los campesinos polacos; también nosotros hablaremos de paz, pero no con ustedes, latifundistas y burgueses polacos, sino con los obreros y campesinos de Polonia, y veremos lo que resulta de estas negociaciones.

Camaradas: Hoy, pese a los éxitos que conseguimos en el frente polaco, la situación es, sin embargo, tal que debemos poner en tensión todas nuestras fuerzas. Lo más peligroso en una guerra que comienza en unas condiciones como las de la guerra que sostenemos ahora contra Polonia, lo más peligroso es subestimar al enemigo y dormirse en los laureles con la idea de que somos más fuertes. Ese es el peligro mayor, que puede acarrear la derrota en la guerra. Y éste es el rasgo peor del carácter ruso, que se manifiesta en la inestabilidad y la indolencia. Lo importante no es sólo empezar: hay que resistir y aguantar hasta el fin, y eso es lo que los rusos no sabemos hacer. Y sólo con un largo aprendizaje, con la lucha proletaria disciplinada contra toda vacilación y todo titubeo, sólo por medio de esta firmeza se podrá movilizar a las masas trabajadoras de Rusia para que puedan desembarazarse de esta mala costumbre.

Derrotamos a Kolchak, Denikin y Yudénich, y eso está muy bien; pero no hemos sabido rematar al enemigo, hasta el punto de que hemos dejado a Wrangel en Crimea. Decíamos: "¡Bueno, ahora somos más fuertes!", y por eso se han dado toda una serie de casos de relajación y de negligencia, mientras que Wrangel recibe ayuda de Inglaterra. Todo eso se hace por mediación de los comerciantes y es imposible demostrarlo. Hace unos días ha efectuado un desembarco y tomado Melitópol. Es verdad que, según las últimas informaciones, lo hemos recuperado; pero también en este caso lo habíamos perdido de la manera más vergonzosa, precisamente porque éramos fuertes. Como Yudénich, Kolchak y Deníkin han sido derrotados, el ruso comienza a mostrar su carácter; se va a descansar, deja las cosas abandonadas y después, a causa de su negligencia, perecen decenas de miles de camaradas suyos. Este rasgo del carácter ruso -no llevar hasta el fin ningún asunto y abandonarse en cuanto no se ve espoleado por todos los medios- hay que combatirlo del modo más despiadado, pues acarrea la pérdida de decenas de miles de los mejores soldados rojos y campesinos y la prolongación de todos los tormentos del hambre. Por eso, ante la guerra que nos ha sido impuesta, aunque seamos más fuertes que los polacos, nuestra consigna debe ser

reaccionar contra toda relajación. Puesto que la guerra ha resultado inevitable, todo para la guerra, y la más mínima negligencia y la menor falta de energía deben ser castigadas de acuerdo con las leyes del tiempo de guerra. La guerra es la guerra, y en la retaguardia nadie puede, cualesquiera que sean sus ocupaciones pacíficas, substraerse a esta obligación.

La consigna debe ser: ¡Todo para la guerra! Sin eso no venceremos a la nobleza y a la burguesía polacas. Para poner fin a la guerra es indispensable quitarle de una vez para siempre esta costumbre a la última de las potencias vecinas que todavía se atreve a jugar con eso. Debemos quitarles esta costumbre de manera que recomienden a sus hijos, nietos y biznietos que no hagan eso. (*Aplausos*.) De ahí, camaradas, que la primera obligación de quienes trabajan en el campo, de los propagandistas y agitadores y de todos los camaradas que están ocupados, de la manera que sea, en un trabajo pacífico, consista, en primer término, en tener presente la consigna de "¡Todo para la guerra!" y aplicarla, cueste lo que cueste, en cada reunión, mitin y conferencia de trabajo, en todos los grupos de cualquier organismo del partido y en todos los organismos colegiados de los Soviets.

Hasta que la guerra no acabe con la victoria completa, debemos precavernos contra los errores y las tonterías que hemos cometido durante varios años. No sé cuántas tonterías tiene que hacer el ruso para desacostumbrarse de ellas. Hemos creído ya una vez que la guerra estaba terminada sin haber rematado al enemigo, y dejamos a Wrangel en Crimea. Repito, la consigna de "Todo para la guerra" debe ser el primer punto, el punto esencial, del orden del día en toda reunión, en toda conferencia, en todo organismo colegiado.

¿Hemos hecho todo, hemos hecho todos los sacrificios necesarios para acabar la guerra? Se trata de salvar la vida de una decena de miles de los mejores camaradas, que caen en el frente en las primeras filas. Se trata de salvarse del hambre, que nos amenaza únicamente porque no acabamos la guerra, cuando podemos y debemos terminarla pronto. Para eso hace falta que la disciplina y la subordinación sean aplicadas a toda costa, con un rigor implacable. La menor connivencia y la menor falta de firmeza manifestadas aquí, en la retaguardia, en cualquier trabajo pacífico equivale a la pérdida de miles de vidas y al hambre aquí mismo.

De ahí que sea necesaria una rigurosidad implacable con semejantes negligencias. Esta es la enseñanza primera y fundamental que dimana de toda la guerra civil de la Rusia Soviética; ésta es la enseñanza primera y fundamental que debe tener presente, cueste lo que cueste, todo funcionario del partido, especialmente si su tarea consiste en hacer agitación y propaganda. Debe saber que será un malísimo comunista y un traidor al Poder soviético si no aplica esta consigna con firmeza invariable y tenacidad implacable ante las más mínimas negligencias.

En estas condiciones tendremos garantizado que la victoria será rápida y estaremos a salvo por completo del hambre. Los camaradas que llegan de lugares lejanos nos informan de lo que ocurre en las regiones periféricas. He visto a camaradas venidos de Siberia, así como a los camaradas Lunacharski y Rykov, que han regresado de Ucrania y Ciscaucasia. Hablan con asombro extraordinario de las riquezas de estos territorios. En Ucrania se ceba con trigo a los cerdos; en Císcaucasia, las campesinas, al vender leche, enjuagan los recipientes con leche. De Siberia parten trenes cargados de lana, cuero y otras riquezas; en Siberia se amontonan decenas de miles de puds de sal, mientras que nuestros campesinos están extenuados y se niegan a entregar cereales a cambio de un trozo de papel, considerando que con él no pueden restablecer sus haciendas. Y aquí, en Moscú, podéis encontrar junto a las máquinas a obreros que se caen de hambre. El obstáculo principal que nos impide alimentar con mayor abundancia a los obreros para restablecer su salud quebrantada, ese obstáculo principal es la continuación de la guerra. Por haber desaprovechado la ocasión en Crimea, varias decenas de miles de personas pasarán hambre seis meses más. Las cosas no avanzan a causa de nuestra insuficiente organización y disciplina. La gente se muere aquí, mientras que en Ucrania, en Ciscaucasia y en Siberia tenemos riquezas increíbles, con las que se podría dar de comer a los obreros hambrientos y restablecer la industria.

Para restablecer la economía hace falta disciplina. La dictadura proletaria debe consistir, ante todo, en que la parte avanzada, la más consciente y más disciplinada de los obreros urbanos e industriales -los que más hambre pasan, los que han hecho sacrificios increíbles durante estos dos años-, en que esos obreros eduquen, enseñen y disciplinen a todo el proletariado restante, con frecuencia inconsciente, a toda la masa trabajadora y al campesinado. En este terreno hay que arrojar por la borda todo sentimentalismo y toda charlatanería acerca de la democracia. Dejemos esos vaniloquios para los señores eseristas y mencheviques, que han charlataneado más que suficiente de la democracia con Kolchak, Denikin y Yudénich. Que se vayan con Wrangel: él terminará de enseñarles. Pero hay que enseñar a quienes no han aprendido del todo.

Sustentamos la opinión de que los obreros, que han asumido todas las penalidades y han pagado con los más inauditos sacrificios la estabilidad y la solidez del Poder soviético, deben considerarse el destacamento de vanguardia que pondrá en pie al resto de las masas trabajadoras por medio de la instrucción y la disciplina. Porque, como sabemos, el capitalismo nos ha dejado en herencia un trabajador que se halla en un estado de embrutecimiento

completo, de ignorancia completa, y no comprende que se puede trabajar no sólo bajo el látigo del capital, sino también bajo la dirección de los obreros organizados. Sin embargo, será capaz de creerlo si se lo enseñamos en la práctica. El trabajador no aprenderá eso en los libros, pero puede aprenderlo cuando le mostremos todo eso en la práctica. Tendrá que trabajar bajo la dirección del obrero consciente o marcharse y caer bajo el yugo de Kolchak, Wrangel, etc. Por eso es imprescindible, cueste lo que cueste, establecer la disciplina más rigurosa y cumplir de manera consciente lo que prescribe la vanguardia del proletariado, lo que éste ha aprendido con su dura experiencia. La aplicación de todas las medidas orientadas a alcanzar nuestro objetivo garantizará que saldremos de la ruina y del desbarajuste originados por la guerra imperialista. El acopio de cereales proporcionó desde el 1 de agosto de 1917 treinta millones de puds, y desde agosto de 1918, ciento diez millones. Esto demuestra que empezábamos a salir de las dificultades. Desde el 1 de agosto de 1919 hasta la fecha hemos rebasado la cifra de ciento cincuenta millones. Esto demuestra que salimos de las dificultades. Pero no nos hemos ocupado aún como es debido de Ucrania, Ciscaucasia y Siberia; si lo hacemos, aseguraremos de verdad y a conciencia al obrero dos libras de pan al día.

Quisiera analizar también, camaradas, un problema que tiene importancia para vosotros, trabajadores del campo, y que he podido conocer en parte por los documentos del partido. Quiero deciros que deberéis dedicaros principalmente a la labor de instrucción, de partido, de agitación y propaganda. Uno de los defectos principales de esta labor consiste en que no sabemos organizar los asuntos del Estado, en que entre los camaradas, incluso entre los que dirigen el trabajo en este ámbito, son demasiado fuertes todavía las costumbres de la vieja clandestinidad, de los tiempos en que nos reuníamos en pequeños círculos, aquí o en el extranjero, y no podíamos siquiera pensar, imaginarnos cómo debería organizarse la actividad del Estado. Ahora debéis saberlo y recordar que hemos de dirigir a millones de seres. Cada persona revestida de autoridad que llega al campo como delegado del Comité Central debe recordar que tenemos una gigantesca máquina estatal que funciona todavía mal porque no sabemos, ni podemos, manejarla como es debido. En el campo tenemos centenares de miles de maestros que, oprimidos e intimidados por los kulaks o que fueron molidos a palos por los viejos funcionarios zaristas, no pueden, no están en condiciones de comprender los principios del Poder soviético. Contamos con un gigantesco mecanismo militar. Sin los comisarios militares no tendríamos Ejército Rojo.

Tenemos también el mecanismo de instrucción militar general obligatoria[72], que paralelamente a sus funciones militares debe efectuar una labor cultural, debe elevar el grado de conciencia de los campesinos.

Esta máquina estatal es muy mala; en ella no hay hombres verdaderamente abnegados y convencidos, auténticos comunistas, y vosotros, los que marcháis al campo como comunistas, tenéis que trabajar no aislados de esta máquina, sino, por el contrario, junto con ella. Todo agitador del partido que va al campo debe ser, al mismo tiempo, un inspector de escuelas nacionales. Pero no un inspector en el viejo sentido de la palabra, no un inspector que se inmiscuya en los asuntos educacionales -eso no se puede permitir-, sino un inspector que debe coordinar su trabajo con la labor del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, con la labor del mecanismo de instrucción militar general obligatoria, con la labor de los comisarios militares; un inspector que se considere representante del poder del Estado, representante del partido que gobierna a Rusia. Al llegar a la aldea, no debe actuar sólo como propagandista y maestro; a la par con ello, debe preocuparse de que los maestros que jamás han oído una palabra viva, o esas decenas y centenares de comisarios militares, participen en la labor del agitador del partido. Cada maestro está obligado a tener folletos de agitación; está obligado no sólo a tenerlos, sino a leérselos a los campesinos. Y debe saber que, si no lo hace, perderá su puesto. Y lo mismo en el caso de los comisarios militares: deben tener esos folletos y leérselos a los campesinos.

El Poder soviético dispone en sus instituciones de centenares de miles de funcionarios que son burgueses o semiburgueses, o están tan embrutecidos que no creen en absoluto en nuestro Poder soviético, o se sienten tan alejados de este poder que lo ven muy lejos, en Moscú, mientras que tienen muy cerca a los kulaks, a los campesinos ricos, los cuales poseen cereales, los guardan bajo candado y no les dan nada a ellos, que están hambrientos.

Al activista del partido le incumbe, en este terreno, una doble misión. Debe recordar que no es sólo un propagandista pertrechado con el arma de la palabra, que no sólo está llamado a acudir en ayuda de los sectores más oprimidos de la población (ésa es su tarea fundamental, sin eso no será un activista del partido, sin eso no podrá llamarse comunista). Además de todo eso, debe ser un representante del Poder soviético, debe establecer contacto con los maestros y coordinar su labor con la del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. No debe ser un inspector en el sentido de efectuar controles y revisiones, sino un representante del partido gobernante, del partido que gobierna ahora a toda Rusia por intermedio de una parte del proletariado. Y en calidad de tal, debe recordar que su misión es instruir, que tiene la obligación de atraer y enseñar a todos los maestros y comisarios militares para que puedan realizar el mismo trabajo que él. Ellos

desconocen este trabajo y vosotros debéis enseñárselo. Hoy están indefensos frente al campesino harto. Tenéis que ayudarles a emanciparse de esa dependencia. Debéis recordar firmemente que no sois sólo propagandistas y agitadores, sino también representantes del poder estatal. Y no debéis destruir el mecanismo existente, ni inmiscuiros en él ni embrollar su organización. Vuestro trabajo ha de estar organizado de tal modo que, como instructores propagandistas y agitadores capaces, dejéis siempre una huella, incluso después de un corto período de actividad en el campo, no sólo en los papeles de los campesinos comunistas que hayáis educado. Además de eso, debéis dejar huella en la conciencia de la gente cuyo trabajo controláis y orientáis; en la conciencia de aquellos a quienes encomendáis tareas y a quienes exigís que cada maestro y cada comisario militar trabaje sin falta con un espíritu soviético, sepa que ése es su deber y recuerde que, si no cumple con él, perderá su puesto. Debéis organizar vuestro trabajo de tal modo que todos sepan y perciban que cada agitador es un representante plenipotenciario del Poder soviético.

En estas condiciones, con un empleo acertado de las fuerzas, las decuplicaréis y lograréis que cada centenar de agitadores deje tras de sí una huella en forma de mecanismo organizador, que ya existe, pero cuyo funcionamiento es todavía imperfecto e insatisfactorio.

Y en este terreno, como en los demás, os deseo éxito. (*Prolongados aplausos*.)

Publicado los días 13 y 15 de junio de 1920 en los núms. 127 y 128 de "Pravda".
T. 41, págs. 138-150.

TESIS PARA EL II CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

1. Esbozo inicial de las tesis sobre los problemas nacional y colonial.

(*Para el II congreso de la Internacional Comunista*)

Al someter a examen de los camaradas el siguiente proyecto de tesis sobre los problemas nacional y colonial para el II Congreso de la Internacional Comunista, ruego a todos, y en particular a los que tienen un conocimiento concreto de uno u otro de estos complejísimos problemas, que den su opinión o presenten sus enmiendas, adiciones o aclaraciones concretas *en la forma más concisa (dos o tres páginas, a lo sumo),* principalmente en lo que respecta a las cuestiones siguientes:

Experiencia de Austria.
Experiencia polaco-judía y ucraniana.
Alsacia-Lorena y Bélgica.
Irlanda.
Relaciones germano-danesas. Ítalo-francesas e ítalo-eslavas.
Experiencia balcánica.
Pueblos de Oriente.
Lucha contra el panislamismo.
Relaciones en el Cáucaso.
Repúblicas de Bashkiria y Tartaria.
Kirguizistán.
Turquestán, su experiencia.
Negros en Norteamérica.
Colonias.
China-Corea-J apón.

5-VI-1920.
N. Lenin.

1. A la democracia burguesa le es propio, por su naturaleza misma, un modo abstracto o formal de plantear el problema de la igualdad en general, incluida la igualdad nacional. La democracia burguesa proclama, a título de igualdad del individuo en general, la igualdad formal o jurídica entre el propietario y el proletario, entre el explotador y el explotado, con lo que hace víctimas del mayor engaño a las clases oprimidas. La idea de la igualdad, que es de por sí un reflejo de las relaciones de la producción mercantil, es transformada por la burguesía en una arma de lucha contra la supresión de las clases, so pretexto de una pretendida igualdad absoluta de las personas. El verdadero sentido de la reivindicación de igualdad no consiste sino en exigir la supresión de las clases.

2. De acuerdo con su tarea fundamental de luchar contra la democracia burguesa y denunciar su falsedad e hipocresía, el Partido Comunista, intérprete consciente de la lucha del proletariado por derrocar el yugo de la burguesía, debe considerar también fundamental, en lo que respecta al problema nacional, no principios abstractos o formales, sino: 1) apreciar con exactitud la situación histórica concreta y, ante todo, la situación económica; 2) destacar los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados, distinguiéndolos con absoluta claridad del concepto general de intereses de toda la nación en su conjunto, que significa los intereses de la clase dominante; 3) establecer asimismo una neta diferencia entre naciones oprimidas, dependientes, carentes de igualdad de derechos, y naciones opresoras, explotadoras, soberanas, en oposición a la mentira democrática burguesa que encubre la esclavización colonial y financiera -propia de la época del capital financiero y del imperialismo- de la inmensa mayoría de la población de la Tierra por una insignificante minoría de países capitalistas adelantados y muy ricos.

3. La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto de relieve con particular claridad ante todas las naciones y ante las clases oprimidas del mundo entero la mendacidad de la fraseología democrática burguesa, demostrando en la práctica que el Tratado de Versalles, dictado por las decantadas "democracias occidentales", constituye una violencia aún más feroz e infame sobre las naciones débiles que el Tratado de Brest-Litovsk, impuesto por los junkers alemanes y el káiser. La Sociedad de Naciones, así como toda la política de posguerra de la Entente, revela con mayor evidencia y de un modo más tajante aún esta verdad, intensificando por doquier la lucha revolucionaria, tanto del proletariado de los países avanzados como de todas las masas trabajadoras de las colonias y de los países dependientes, y acelerando el desvanecimiento de las ilusiones nacionales

pequeñoburguesas sobre la posibilidad de la convivencia pacífica y la igualdad de las naciones en el capitalismo.

4. De los principios básicos expuestos más arriba se deduce que la piedra angular de toda la política de la Internacional Comunista, en lo que al problema nacional y colonial se refiere, debe consistir en acercar a los proletarios y a las masas trabajadoras de todas las naciones y de todos los países para la lucha revolucionaria conjunta por el derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía. Porque sólo un acercamiento de este tipo garantiza el triunfo sobre el capitalismo, sin el cual es imposible suprimir la opresión y la desigualdad nacionales.

5. La situación política mundial ha puesto ahora a la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los hechos de la política internacional convergen de modo inevitable en un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, que agrupa necesariamente a su alrededor, de una parte, los movimientos de los obreros de vanguardia de todos los países en pro del régimen soviético y, de otra parte, todos los movimientos de liberación nacional de las colonias y de los pueblos oprimidos, los cuales se convencen por amarga experiencia de que para ellos no existe otra salvación que la victoria del Poder de los Soviets sobre el imperialismo mundial.

6. Por lo tanto, en la actualidad no hay que limitarse a reconocer o proclamar simplemente el acercamiento entre los trabajadores de las distintas naciones, sino que es preciso aplicar una política que convierta en realidad la unión más estrecha de todos los movimientos de liberación nacional y colonial con la Rusia Soviética, haciendo que las formas de esta unión estén en consonancia con el grado de desarrollo del movimiento comunista en el seno del proletariado de cada país o del movimiento democrático burgués de liberación de los obreros y campesinos en los países atrasados o entre las naciones atrasadas.

7. La federación es la forma de transición a la unidad completa de los trabajadores de las diversas naciones. Ha revelado ya en la práctica su conveniencia tanto en las relaciones entre la República Socialista Federativa Soviética de Rusia y las otras repúblicas soviéticas (de Hungría, de Finlandia[73] y de Letonia[74], en el pasado, y de Azerbaidzhán y de Ucrania, en el presente) como dentro de la misma RSFSR, en lo referente a las naciones que antes carecían de Estado propio y de autonomía (por ejemplo, las repúblicas autónomas de Bashkiria y de Tartaria en la RSFSR, fundadas en 1919 y 1920, respectivamente).

8. En este sentido, la tarea de la Internacional Comunista consiste en seguir desarrollando estas nuevas federaciones, que surgen sobre la base del régimen soviético y del movimiento soviético, y en estudiar y comprobar su experiencia. Al reconocer la federación como forma de transición a la unidad completa, es necesario tender a estrechar cada vez más la unión federativa, teniendo presente, primero, que sin la alianza más estrecha de las repúblicas soviéticas es imposible salvaguardar su existencia, cercadas por las potencias imperialistas del mundo entero, incomparablemente más poderosas en el sentido militar; segundo, que es imprescindible una estrecha alianza económica de las repúblicas soviéticas, sin lo cual no es posible restablecer las fuerzas productivas destruidas por el imperialismo ni asegurar el bienestar de los trabajadores, y tercero, que la tendencia a crear una economía mundial única, regulada de acuerdo con un plan general por el proletariado de todas las naciones, se ha revelado ya con plena nitidez en el capitalismo y deberá desarrollarse, sin duda alguna, hasta realizarse por completo en el socialismo.

9. En el terreno de las relaciones dentro del Estado, la política nacional de la Internacional Comunista no puede circunscribirse a un simple reconocimiento formal -puramente declarativo y que, en la práctica, no obliga a nada- de la igualdad de las naciones, cosa que hacen los demócratas burgueses, ya se presenten sin rebozo como tales o se encubran con el título de socialistas, a semejanza de los socialistas de la II Internacional.

No basta con que en toda la labor de agitación y propaganda de los partidos comunistas -tanto desde la tribuna parlamentaria como fuera de ella- se denuncien implacablemente las continuas violaciones de la igualdad de las naciones y de las garantías de los derechos de las minorías nacionales en todos los Estados capitalistas, a despecho de sus constituciones "democráticas". Además de eso, es preciso: 1) explicar de manera constante que sólo el régimen soviético puede proporcionar realmente la igualdad de derechos de las naciones, uniendo primero a los proletarios, y luego a toda la masa de los trabajadores, en la lucha contra la burguesía, y 2) que todos los partidos comunistas presten una ayuda directa al movimiento revolucionario en las naciones dependientes o que no gozan de igualdad de derechos (por ejemplo, en Irlanda, entre los negros de EE.UU., etc.) y en las colonias.

Sin esta última condición, de suma importancia, la lucha contra la opresión de las naciones dependientes y de las colonias, lo mismo que el reconocimiento de su derecho a separarse y formar un Estado aparte, siguen siendo un rótulo falaz, como vemos en los partidos de la II Internacional.

10. El reconocimiento verbal del internacionalismo y su sustitución efectiva, en toda la propaganda, la agitación y la labor práctica, por el nacionalismo y el pacifismo pequeñoburgueses es el fenómeno más común no sólo entre los partidos de la II Internacional, sino también entre los que abandonaron esta organización y, con frecuencia,

incluso entre los que ahora se llaman comunistas. La lucha contra este mal, contra los prejuicios nacionales pequeñoburgueses más arraigados, pasa tanto más al primer plano cuanto mayor es la actualidad de la tarea de transformar la dictadura del proletariado, convirtiéndola de nacional (es decir, existente en un solo país e incapaz de determinar la política mundial) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado existente, por lo menos, en varios países avanzados y capaz de influir de manera decisiva en toda la política mundial). El nacionalismo pequeñoburgués llama internacionalismo al mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones (que tiene un carácter puramente verbal), manteniendo intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige: 1) que los intereses de la lucha proletaria en un país sean subordinados a los intereses de esta lucha a escala mundial; 2) que la nación que ha triunfado sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional.

Así pues, en los Estados ya completamente capitalistas, en los que actúan partidos obreros que son la verdadera vanguardia del proletariado, la tarea esencial y primordial consiste en combatir las deformaciones oportunistas y pacifistas pequeñoburguesas de la concepción y la política del internacionalismo.

11. En lo que respecta a los Estados y las naciones más atrasados, donde predominan las relaciones feudales o patriarcales y patriarcal-campesinas, es preciso tener presente, en particular:

1) la necesidad de que todos los partidos comunistas ayuden al movimiento democrático burgués de liberación en dichos países; el deber de prestar la ayuda más activa incumbe, en primer término, a los obreros del país del que la nación atrasada depende en el aspecto financiero o como colonia;

2) la necesidad de luchar contra el clero y demás elementos reaccionarios y medievales, que tienen influencia en los países atrasados;

3) la necesidad de luchar contra el panislamismo y otras corrientes semejantes, que tratan de combinar el movimiento de liberación contra el imperialismo europeo y norteamericano con el fortalecimiento de las posiciones de los kanes, de los latifundistas, de los mulahs, etc.;*

4) la necesidad de apoyar especialmente en los países atrasados el movimiento campesino contra los terratenientes, contra la gran propiedad agraria, contra toda manifestación o reminiscencia del feudalismo, y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario, estableciendo la alianza más estrecha posible entre el proletariado comunista de Europa Occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos en Oriente, en las colonias y en los países atrasados en general; es preciso, en particular, orientar todos los esfuerzos a aplicar los postulados fundamentales del régimen soviético en los países en que predominan las relaciones precapitalistas, creando "Soviets de trabajadores", etc.;

5) la necesidad de combatir con decisión la tendencia a teñir de color comunista las corrientes liberadoras democráticas burguesas en los países atrasados; la Internacional Comunista debe apoyar los movimientos nacionales democráticos burgueses en las colonias y en los países atrasados sólo a condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios -comunistas no sólo de nombre- se agrupen y eduquen en todos los países atrasados para adquirir plena conciencia de la misión especial que les incumbe: luchar contra los movimientos democráticos burgueses dentro de sus respectivas naciones; la Internacional Comunista debe concluir una alianza temporal con la democracia burguesa de las colonias y de los países atrasados, pero no fusionarse con ella, sino proteger a toda costa la independencia del movimiento proletario, incluso en sus formas más rudimentarias;

6) la necesidad de explicar y denunciar inflexiblemente ante las grandes masas trabajadoras de todos los países, y en particular de los atrasados, el engaño a que recurren de modo sistemático las potencias imperialistas, las cuales crean, bajo el aspecto de Estados independientes en el terreno político, Estados que dependen de ellos por completo en el sentido económico, financiero y militar; en la presente situación internacional, las naciones dependientes y débiles no tienen otra salvación que la unión de repúblicas soviéticas.

12. La opresión secular de las colonias y de los pueblos débiles por las potencias imperialistas ha despertado en las masas trabajadoras de los países oprimidos tanto rencor como desconfianza hacia las naciones opresoras en general, incluido también el proletariado de estas naciones. La vil traición al socialismo por la mayoría de los líderes oficiales de este proletariado durante los años de 1914 a 1919, cuando, invocando "la defensa de la patria", encubrían al estilo socialchovinísta la defensa del "derecho" de "su propia" burguesía a oprimir a las colonias y expoliar a los países dependientes en el sentido financiero, no ha podido menos de acentuar esta desconfianza, legítima en extremo. Por otra parte, cuanto más atrasado es un país, tanto más fuertes son en él la pequeña producción agrícola, el estado patriarcal y el aislamiento, que infunden de manera inevitable un vigor y una firmeza singulares a los más profundos prejuicios pequeñoburgueses, a saber: los prejuicios del egoísmo nacional y de la limitación nacional. La extinción de esos prejuicios

* En las galeradas de corrección, Lenin trazó una llave frente a los puntos 2 y 3 y escribió: "Unir 2 y 3". *(N. de la Edit.)*

es sin falta un proceso muy lento, pues sólo pueden desaparecer cuando desaparezcan el imperialismo y el capitalismo en los países avanzados y cuando cambie radicalmente toda la base de la vida económica de los países atrasados. De ahí el deber del proletariado comunista consciente de todos los países de mostrar particular cuidado y atención respecto a las supervivencias de los sentimientos nacionales en los países y en las naciones que han sufrido una opresión más prolongada; deberá asimismo hacer ciertas concesiones, a fin de lograr que desaparezcan con mayor rapidez la desconfianza y los prejuicios indicados. La victoria sobre el capitalismo no puede ser conquistada, si el proletariado, y luego todas las masas trabajadoras de todos los países y naciones del mundo entero, no demuestran una aspiración voluntaria a la alianza y a la unidad.

Publicado el 14 de julio de 1920 en el núm. 11 de la revista "La Internacional Comunista".
T. 41, págs. 161-168.

2. Esbozo inicial de las tesis sobre el problema agrario.

(*Para el II congreso de la Internacional Comunista*.)

El camarada Marchlewski ha expuesto admirablemente en su artículo[75] las causas por las que la II Internacional, hoy Internacional amarilla[76], ha sido incapaz no sólo de determinar la táctica del proletariado revolucionario en el problema agrario, sino incluso de plantear este problema como es debido. Además, el camarada Marchlewski ha sentado las bases teóricas del programa agrario comunista de la III Internacional.

Sobre estas bases se puede (y yo creo que se debe) redactar la resolución general del Congreso de la Internacional Comunista, convocado para el 15 de julio de 1920, acerca del problema agrario.

Cuanto decimos a continuación constituye el esbozo inicial de dicha resolución.

1. Sólo el proletariado urbano e industrial, dirigido por el Partido Comunista, puede librar a las masas trabajadoras rurales del yugo del capital y de la gran propiedad terrateniente, de la ruina económica y de las guerras imperialistas, inevitables una y otra vez mientras se mantenga el régimen capitalista. Las masas trabajadoras del campo no tienen otra salvación que concluir una alianza con el proletariado comunista y apoyar abnegadamente su lucha revolucionaria para derribar el yugo de los terratenientes (grandes propietarios agrarios) y de la burguesía.

Por otra parte, los obreros industriales no podrán cumplir su misión histórica universal -liberar a la humanidad de la opresión del capital y de las guerras- si se encierran en el marco de los estrechos intereses gremiales, profesionales, y se limitan, satisfechos, a preocuparse de mejorar su situación, a veces tolerable desde el punto de vista pequeñoburgués. Esto es precisamente lo que ocurre en muchos países avanzados donde existe una "aristocracia obrera", la cual constituye la base de los partidos seudosocialistas de la II Internacional y, en realidad, representa a los peores enemigos del socialismo, a quienes lo han traicionado, a los chovinistas pequeñoburgueses, a los agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero. El proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria y actúa en un espíritu auténticamente socialista sólo cuando en sus manifestaciones y sus actos procede como vanguardia de todos los trabajadores y explotados, como jefe suyo en la lucha para derribar a los explotadores. Y esto es imposible sin llevar al campo la lucha de clases, sin agrupar a las masas de trabajadores rurales en torno al Partido Comunista del proletariado urbano, sin que éste eduque a aquéllas.

2. Las masas trabajadoras y explotadas del campo que el proletariado urbano debe conducir a la lucha -o, cuando menos, ganar para su causa- están representadas en todos los países capitalistas por las clases siguientes:

Primero: el proletariado agrícola, los obreros asalariados (contratados por un año, temporeros y jornaleros), que se ganan la vida trabajando a jornal en empresas agrícolas capitalistas. Es tarea *fundamental* de los partidos comunistas de todos los países organizar a esta clase (en el terreno político, militar, sindical, cooperativo, cultural y educativo, etc.) independientemente, aparte de los demás grupos de la población rural, desplegar entre ella una intensa labor de propaganda y agitación y ganarla para la causa del Poder soviético y de la dictadura del proletariado.

Segundo: los semiproletarios o campesinos parcelarios, es decir, los que se ganan la vida, en parte, mediante el trabajo asalariado en empresas capitalistas agrícolas e industriales y, en parte, trabajando en la parcela propia o tomada en arriendo, la cual les proporciona sólo cierta cantidad de los productos necesarios para la subsistencia de sus familias. Este grupo de la población trabajadora rural es muy numeroso en todos los países capitalistas. Los representantes de la burguesía y "los socialistas" amarillos de la II Internacional velan la existencia y la situación especial de dicho grupo, engañando, en parte, de manera consciente a los obreros y, en parte, cayendo ciegamente bajo la influencia de la rutina de las concepciones vulgares y confundiendo a estos trabajadores con la masa común de "los campesinos" en general. Semejante procedimiento de embaucamiento burgués de los obreros se advierte, sobre todo, en Alemania y en Francia, así como en los EE.UU. y otros países. Cuando los partidos comunistas organicen su labor como es debido,

tendrán en dicho grupo un adepto seguro, pues la situación de estos semiproletarios es sumamente penosa y con el Poder soviético y la dictadura del proletariado sus ventajas serán inmensas e inmediatas.

Tercero: los pequeños campesinos, es decir, los pequeños labradores que poseen, como propiedad o en arriendo, una parcela de tierra tan reducida, que, cubriendo las necesidades de su familia y de su hacienda, no contratan jornaleros. Esta categoría, como tal, sale ganando, sin duda alguna, con la victoria del proletariado, el cual le garantiza en el acto y por completo: a) la supresión del pago del arriendo o de la entrega de una parte de la cosecha (por ejemplo, los *métayers* -aparceros- en Francia, en Italia, etc.) a los grandes propietarios agrarios; b) la supresión de las hipotecas; c) la supresión de las múltiples formas de opresión y dependencia respecto de los grandes propietarios agrarios (disfrute de los bosques, etc.); d) la ayuda inmediata a sus haciendas por el poder estatal proletario (la posibilidad de utilizar los aperos de labranza y parte de las instalaciones en las grandes haciendas capitalistas expropiadas por el proletariado; la transformación inmediata por el poder estatal proletario de las cooperativas y asociaciones agrícolas -que en el capitalismo servían, sobre todo, a los campesinos ricos y medios- en organizaciones destinadas a ayudar, en primer término, a los campesinos pobres, es decir, a los proletarios, semiproletarios y pequeños campesinos, etc.), y otras muchas ventajas.

A la par con ello, los partidos comunistas deben comprender claramente que en el período de transición del capitalismo al comunismo, es decir, durante la dictadura del proletariado, en este sector, por lo menos en una parte de él, son inevitables las vacilaciones: tenderá a una libertad de comercio ilimitada y a la libertad de ejercer los derechos de propiedad privada, pues este sector, siendo ya (si bien en pequeña proporción) vendedor de artículos de consumo, está corrompido por la especulación y por los hábitos de propietario. Pero si el proletariado victorioso sigue una política firme, si ajusta resueltamente las cuentas a los grandes propietarios de la tierra y a los campesinos ricos, las vacilaciones de este sector no podrán ser considerables ni cambiar el hecho de que, en general, se encontrará al lado de la revolución proletaria.

3. En su conjunto, los tres grupos señalados constituyen en todos los países capitalistas la mayoría de la población rural. Por eso, está asegurado plenamente el éxito de la revolución proletaria no sólo en la ciudad, sino también en el campo. Está muy extendida la opinión contraria, pero se mantiene únicamente, en primer lugar, porque la ciencia y la estadística burguesas emplean de manera sistemática el engaño, disimulando por todos los medios el profundo abismo que media entre las clases rurales indicadas y los explotadores, los terratenientes y los capitalistas, así como entre los semiproletarios y los pequeños campesinos, por un lado, y los campesinos ricos, por otro. En segundo lugar, se mantiene debido a la incapacidad y la falta de deseo de los "héroes" de la II Internacional amarilla y de "la aristocracia obrera" de los países avanzados, corrompida por las prebendas imperialistas, de desplegar una verdadera labor proletaria revolucionaria de propaganda, agitación y organización entre los campesinos pobres. Los oportunistas han centrado y centran toda su atención en inventar formas de conciliación teórica y práctica con la burguesía, incluidos los campesinos ricos y medios (de ellos hablaremos más adelante), y no en el derrocamiento revolucionario del gobierno burgués y de la burguesía por el proletariado. En tercer lugar, se mantiene debido a la incomprensión obstinada, que tiene ya el arraigo de un prejuicio (vinculado a todos los prejuicios democráticos burgueses y parlamentarios), de una verdad, plenamente demostrada por el marxismo en el terreno teórico y confirmada por la experiencia de la revolución proletaria en Rusia, a saber: que la población rural de las tres categorías señaladas, embrutecida, desperdigada, oprimida en extremo y condenada en todos los países más avanzados a vivir en unas condiciones semisalvajes -pero interesada desde el punto de vista económico, social y cultural en el triunfo del socialismo-, es capaz de apoyar enérgicamente al proletariado revolucionario sólo *después* de que éste conquiste el poder político, sólo *después* de que ajuste las cuentas con energía a los grandes terratenientes y a los capitalistas, sólo *después* de que los oprimidos vean *en la práctica* que tienen un jefe y un defensor organizado, poderoso y firme en grado suficiente para ayudar y dirigir, para señalar el camino acertado.

4. Por "campesinos medios" debe entenderse, en el sentido económico, a los pequeños agricultores que poseen a título de propiedad o en arriendo también pequeñas parcelas de tierra, pero tales que, en primer lugar, proporcionan bajo el capitalismo, como regla general, no sólo lo necesario para sostener pobremente a su familia y su hacienda, sino también la posibilidad de obtener cierto excedente, que puede, por lo menos en los años mejores, convertirse en capital; y que, en segundo lugar, permiten recurrir con bastante frecuencia (por ejemplo, en una hacienda de cada dos o tres) al empleo de mano de obra asalariada. Un ejemplo concreto de campesinado medio en un país capitalista avanzado lo ofrece en Alemania, según el censo de 1907, el grupo de haciendas de cinco a diez hectáreas, una tercera parte de las cuales emplean obreros asalariados*. En Francia, donde están más

* He aquí las cifras exactas: el número de haciendas de cinco a diez hectáreas era de 652.798 (de un total de

desarrollados los cultivos especiales, por ejemplo, la viticultura, que requieren mayor cantidad de mano de obra, el grupo correspondiente ha de emplear, probablemente, el trabajo asalariado en proporciones aún mayores.

El proletariado revolucionario no puede señalarse -por lo menos en un porvenir inmediato y en el período inicial de la dictadura del proletariado- la tarea de ganarse a este sector, sino que debe limitarse a neutralizarlo, es decir, a hacer que sea neutral en la lucha entre el proletariado y la burguesía. Las vacilaciones de este sector entre las dos fuerzas son inevitables, y su tendencia predominante al comienzo de la nueva época, en los países capitalistas desarrollados, será favorable a la burguesía. Porque allí prevalecen la mentalidad y el espíritu de propietarios; el interés por la especulación, por "la libertad" de comercio y de propiedad es inmediato; el antagonismo con los obreros asalariados es directo. El proletariado victorioso mejorará inmediatamente la situación de este sector al suprimir los arriendos y las hipotecas. En la mayoría de los Estados capitalistas, el poder proletario no debe en modo alguno abolir en el acto y por completo la propiedad privada; en todo caso, no sólo garantizará a los campesinos pequeños y medios la conservación de sus parcelas de tierra, sino que las aumentará en la superficie que arriendan de ordinario (supresión de los pagos de arrendamiento).

Las medidas de este género, unidas a la lucha implacable contra la burguesía, garantizan por completo el éxito de la política de neutralización. El poder estatal proletario debe pasar a la agricultura colectiva sólo con las mayores precauciones y de un modo gradual, sirviéndose del ejemplo, sin ejercer coacción alguna sobre los campesinos medios.

5. Los campesinos ricos *(Grossbauern)* son los patronos capitalistas en la agricultura, que explotan su hacienda, por lo general, contratando varios obreros asalariados; estos campesinos ricos están vinculados al "campesinado" sólo por su bajo nivel cultural, su modo de vida y su trabajo personal manual en su hacienda. Los campesinos ricos forman el más numeroso de los sectores burgueses, enemigos directos y acérrimos del proletariado revolucionario. En toda su labor en el campo, los partidos comunistas deben prestar la atención principal a luchar contra este sector, a liberar a la mayoría de la población rural trabajadora y explotada de la influencia ideológica y política de estos explotadores, etc.

Después de triunfar el proletariado en la ciudad, serán absolutamente inevitables manifestaciones de resistencia y sabotajes de todo tipo, así como acciones armadas directas de carácter contrarrevolucionario, por parte de este sector. De ahí que el proletariado revolucionario deba iniciar sin demora la preparación ideológica y orgánica de las fuerzas necesarias para desarmar por completo a este sector y, a la par con el derrocamiento de los capitalistas en la industria, asestarle, en la primera manifestación de resistencia, el golpe más decisivo, implacable y demoledor, armando para ello al proletariado rural y organizando Soviets rurales, en los cuales no hay lugar para los explotadores y debe asegurarse el predominio de los proletarios y semiproletarios.

Sin embargo, la expropiación incluso de los campesinos ricos no debe ser en modo alguno la tarea inmediata del proletariado victorioso, pues no existen aún condiciones materiales, en particular técnicas, ni sociales para colectivizar estas haciendas. En ciertos casos, probablemente excepcionales, se les confiscarán los lotes que entregan en arriendo o que son imprescindibles para los pequeños campesinos de la vecindad. A estos últimos habrá que garantizarles también el usufructo gratuito, en determinadas condiciones, de una parte de la maquinaria agrícola de los campesinos ricos, etc. Pero, como regla general, el poder estatal proletario debe dejar sus tierras a los campesinos ricos, confiscándolas sólo si oponen resistencia al poder de los trabajadores y explotados. La experiencia de la revolución proletaria en Rusia, donde la lucha contra los campesinos ricos se ha complicado y prolongado debido a una serie de condiciones especiales, ha demostrado, pese a todo, que este sector, después de recibir una buena lección al menor intento de resistencia, es capaz de cumplir lealmente las tareas que le asigna el Estado proletario e incluso, si bien con extraordinaria lentitud, empieza a sentir respeto por el poder que defiende a todo trabajador y es implacable con los ricos parasitarios.

Las condiciones especiales que han complicado y frenado en Rusia el combate del proletariado, triunfante sobre la burguesía, contra los campesinos ricos se reducen principalmente a que la revolución rusa, después de la insurrección del 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, pasó por una fase de lucha "democrática general", es decir, en el fondo, democrática burguesa, de todo el campesinado en su conjunto contra los terratenientes; luego, a la debilidad cultural y numérica del proletariado urbano; por último, a las enormes extensiones del país y al pésimo estado de sus vías de comunicación. Por cuanto en los países adelantados no existe este freno, el proletariado revolucionario de Europa y de América debe preparar con mayor energía y terminar con mayor rapidez, decisión y éxito el triunfo completo sobre la resistencia de los campesinos ricos

---

5.736.082); tenían 487.704 trabajadores asalariados de todo tipo, ascendiendo a 2.003.633 los obreros de la familia *(Famtiienangehärtge),* En Austria, según el censo de 1902, había en este grupo 383.331 haciendas, de las cuales 126.136 empleaban trabajo asalariado; 146.044 trabajadores asalariados y 1.265.969 obreros de la familia. El total de haciendas en Austria era de 2.856.349.

y arrebatarlos la menor posibilidad de oponer resistencia. Esto es absolutamente imprescindible, pues antes de conquistar este triunfo completo, definitivo, las masas de proletarios y semiproletarios rurales y de pequeños campesinos no estarán en condiciones de considerar completamente afianzado el poder estatal proletario.

6. El proletariado revolucionario debe proceder a la confiscación inmediata y absoluta de todas las tierras de los latifundistas y grandes propietarios agrarios, es decir, de quienes en los países capitalistas explotan de un modo sistemático, directamente o por medio de sus arrendatarios, a los obreros asalariados y a los pequeños campesinos (con frecuencia incluso a los campesinos medios) de los alrededores, sin tomar ellos parte alguna en el trabajo manual, y pertenecen en su mayoría a familias descendientes de los señores feudales (nobleza en Rusia, Alemania y Hungría; señores restaurados en Francia, lores en Inglaterra y antiguos esclavistas en Norteamérica) o a los magnates financieros enriquecidos de manera singular, o a híbridos de estas dos categorías de explotadores y parásitos.

En las filas de los partidos comunistas no debe tolerarse en modo alguno la propaganda o la aprobación de indemnizaciones a los grandes propietarios agrarios por las tierras expropiadas, pues en las condiciones actuales de Europa y de América eso significaría una traición al socialismo y una imposición de nuevos tributos a las masas trabajadoras y explotadas, las más perjudicadas por la guerra, que ha multiplicado el número de millonarios y aumentado sus riquezas.

En cuanto al modo de explotación de las tierras confiscadas por el proletariado victorioso a los grandes terratenientes, en Rusia ha predominado, a causa de su atraso económico, el reparto de estas tierras y su entrega en usufructo a los campesinos; sólo en casos relativamente raros, el Estado proletario ha mantenido las llamadas "haciendas soviéticas", dirigiéndolas por su cuenta y transformando a los antiguos jornaleros en obreros que trabajan por encargo del Estado y en miembros de los Soviets, que administran el Estado. En los países capitalistas avanzados, la Internacional Comunista considera justo conservar *primordialmente* las grandes empresas agropecuarias y explotarlas según el tipo de las "haciendas soviéticas" de Rusia.

Sin embargo, sería un gravísimo error exagerar esta regla o convertirla en un patrón y no admitir en ningún caso la entrega gratuita de *una parte* de la tierra de los expropiadores expropiados a los pequeños campesinos y, a veces, hasta a los campesinos medios de los términos vecinos.

En primer lugar, la objeción habitual contra eso, consistente en aducir que las grandes explotaciones agrícolas son técnicamente superiores, se reduce con frecuencia a sustituir una verdad teórica indiscutible con el oportunismo de la peor especie y con la traición a la revolución. Para asegurar el éxito de esta revolución, el proletariado no tiene derecho a detenerse ante la disminución temporal de la producción, de la misma manera que los burgueses enemigos del esclavismo en América del Norte no se detuvieron ante la reducción temporal de la producción de algodón a consecuencia de la guerra civil de 1863-1865. Para los burgueses, la producción es un fin en sí; pero a los trabajadores y explotados les importa, sobre todo, derrocar a los explotadores y asegurar condiciones que les permitan trabajar para sí mismos y no para el capitalista. La tarea primordial y fundamental del proletariado consiste en garantizar y afianzar su triunfo. Y no puede haber afianzamiento del poder proletario sin neutralizar a los campesinos medios y sin asegurarse el apoyo de una parte muy considerable de los pequeños campesinos, si no de su totalidad.

En segundo lugar, no sólo el aumento, sino incluso el mantenimiento de la gran producción agropecuaria presupone la existencia de un proletariado rural completamente desarrollado y con conciencia revolucionaria, que haya cursado una escuela sólida en el sentido profesional, político y de organización. Donde falte esta condición o no exista aún la posibilidad de confiar con provecho esta misión a obreros industriales conscientes y competentes, las tentativas de un paso prematuro a la dirección de las grandes explotaciones por el Estado no podrán sino comprometer el poder proletario. En tales casos se requerirá sumo cuidado y la mayor preparación al crear "haciendas soviéticas".

En tercer lugar, en todos los países capitalistas, hasta en los más avanzados, subsisten aún restos de explotación medieval, semifeudal, de los pequeños campesinos de los alrededores por los grandes propietarios agrarios, como, por ejemplo, de los *Instleute*[*] en Alemania, los *métayers* en Francia y los aparceros arrendatarios en los EE.UU. (no sólo negros, que son explotados en la mayoría de los casos en los Estados del Sur precisamente de este modo, sino a veces también blancos). En casos como éstos, el Estado proletario tiene el deber de entregar las tierras en usufructo gratuito a los pequeños campesinos que las llevaban antes en arriendo, pues no existe otra base económica y técnica ni hay posibilidad de crearla de la noche a la mañana.

Los aperos de las grandes haciendas deben ser confiscados sin falta y convertidos en patrimonio del Estado, con la condición expresa de que, *después* de asegurar de esos aperos a las grandes haciendas del Estado, los pequeños campesinos de los alrededores puedan utilizarlos gratis, observando las condiciones que fije el Estado proletario.

[*] Arrendatarios. *(N. de la Edit.)*

Si en los primeros momentos, nada más triunfar la revolución proletaria, es absolutamente imprescindible no sólo confiscar sin demora las haciendas de los grandes propietarios agrarios, sino incluso expulsar a éstos por completo o internarlos, como dirigentes de la contrarrevolución y opresores despiadados de toda la población rural, a medida que se afiance el poder proletario tanto en la ciudad como en el campo es obligatorio tender sin falta, de un modo sistemático, a que las fuerzas de esta clase poseedoras de gran experiencia, conocimientos y capacidad de organización sean aprovechadas (bajo un control especial de obreros comunistas segurísimos) para crear la gran agricultura socialista.

7. La victoria del socialismo sobre el capitalismo y el afianzamiento del primero podrán considerarse garantizados sólo cuando el poder estatal proletario, después de sofocar definitivamente toda resistencia de los explotadores y de asegurarse la absoluta estabilidad y la subordinación completa a su régimen, reorganice toda la industria a partir de la gran producción colectiva y de la técnica moderna (basada en la electrificación de toda la economía). Eso es lo único que permitirá a la ciudad prestar a la aldea atrasada y dispersa una ayuda técnica y social decisiva, con miras a crear la base material para acrecentar en grado inmenso la productividad del trabajo agrícola y, en general, del trabajo agropecuario, estimulando así con el ejemplo a los pequeños labradores a pasar, en su propio beneficio, a la gran agricultura colectiva y mecanizada. Esta verdad teórica incontestable, que todos los socialistas reconocen nominalmente, es deformada en la práctica por el oportunismo, que predomina tanto en la II Internacional amarilla como entre los líderes de los "independientes" alemanes e ingleses, los longuetistas franceses, etc. La deformación consiste en fijar la atención en un hermoso futuro, de color de rosa y relativamente lejano, apartándola de las tareas inmediatas derivadas del paso y el acercamiento concreto y difícil a ese futuro. En la práctica, eso se reduce a preconizar el conciliacionismo con la burguesía y "la paz social", es decir, a traicionar por entero al proletariado, el cual lucha hoy en medio de una ruina económica y una depauperación sin precedentes, creadas en todas partes por la guerra, en unas condiciones de escandaloso enriquecimiento y ensoberbecimiento de un puñado de millonarios precisamente gracias a la guerra.

Justamente en el campo, la posibilidad efectiva de una lucha victoriosa por el socialismo reclama, en primer lugar, que todos los partidos comunistas inculquen en el proletariado industrial el convencimiento de que son indispensables sacrificios de su parte y de que debe estar dispuesto a hacer esos sacrificios en aras del derrocamiento de la burguesía y de la consolidación del poder proletario. Porque la dictadura del proletariado significa tanto la capacidad de éste para organizar y llevar tras de sí a todas las masas trabajadoras y explotadas como la capacidad de la vanguardia para hacer los mayores sacrificios y demostrar el mayor heroísmo a fin de lograr este objetivo. En segundo lugar, para lograr el éxito se requiere que las masas trabajadoras y más explotadas del campo obtengan del triunfo de los obreros mejoras inmediatas y sensibles en su situación a expensas de los explotadores, pues sin ello el proletariado industrial no tendrá asegurado el apoyo del campo y, en particular, no podrá asegurar de otra manera el abastecimiento de víveres a las ciudades.

8. La inmensa dificultad que implica organizar y educar para la lucha revolucionaria a las masas trabajadoras campesinas -colocadas por el capitalismo en condiciones de singular opresión, dispersión y, a menudo, dependencia semírnadieval- impone a los partidos comunistas el deber de prestar una atención especial a la lucha huelguística en el campo, apoyar intensamente y fomentar por todos los medios las huelgas de masas entre los proletarios y semiproletarios agrícolas. La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, confirmada y ampliada ahora por la experiencia de Alemania y de otros países avanzados, demuestra que sólo la creciente lucha huelguística de las masas (a la cual, en ciertas condiciones, pueden y deben ser incorporados en las localidades rurales también los pequeños campesinos) es capaz de sacar al campo de su letargo, despertar entre las masas explotadas del agro la conciencia de clase y el convencimiento de que deben organizarse como clase y revelar ante ellas, de un modo patente y práctico, la importancia de su alianza con los obreros de la ciudad.

El Congreso de la Internacional Comunista estigmatiza como traidores y felones a los socialistas -existentes, por desgracia, no sólo en la II Internacional amarilla, sino también en los tres partidos más importantes de Europa que se han retirado de ella- que son capaces no sólo de permanecer indiferentes ante la lucha huelguística en el campo, sino incluso de manifestarse contra ella (como ha hecho C. Kautsky), alegando que entraña el peligro de disminuir la producción de artículos de consumo. Todo programa y toda declaración, por muy solemnes que sean, carecen de valor si no se demuestra con hechos, en la práctica, que los comunistas y los dirigentes obreros saben colocar por encima de todo el desarrollo y el triunfo de la revolución proletaria y saben hacer en su nombre los más grandes sacrificios, pues de otro modo no hay salida ni salvación del hambre, de la ruina y de nuevas guerras imperialistas.

Es preciso, en particular, señalar que los líderes del viejo socialismo y los representantes de "la aristocracia obrera" -que hoy hacen a menudo concesiones verbales al comunismo e incluso se colocan nominalmente a su lado con tal de conservar

su prestigio entre las masas obreras, que se radicalizan con rapidez- deben probar su lealtad a la causa del proletariado y su capacidad de desempeñar cargos de responsabilidad precisamente en actividades en las que el desarrollo de la conciencia y de la lucha revolucionarias es más acentuado; en las que la resistencia de los terratenientes y de la burguesía (campesinos ricos, kulaks) es más encarnizada; en las que la diferencia entre el socialista conciliador y el comunista revolucionario se manifiesta con la mayor evidencia.

9. Los partidos comunistas deben hacer todos los esfuerzos necesarios para empezar con la mayor rapidez posible a crear en el campo Soviets de diputados, en primer término, de obreros asalariados y semiproletarios. Los Soviets podrán cumplir su cometido y afianzarse en grado suficiente para someter a su influencia (y luego incorporar a su seno) a los pequeños campesinos sólo en el caso de que estén vinculados a la lucha huelguística de masas y a la clase más oprimida. Pero si no está desarrollada aún la lucha huelguística y es débil la capacidad de organización del proletariado rural -debido al peso de la opresión de los terratenientes y campesinos ricos y a la falta de apoyo por parte de los obreros industriales y de sus sindicatos-, la formación de Soviets de diputados en el campo requerirá una larga preparación: habrá que crear células comunistas, aunque sean pequeñas, desplegar una intensa agitación exponiendo las reivindicaciones del comunismo de la manera más popular posible y explicándolas con el ejemplo de las manifestaciones más flagrantes de explotación y opresión, organizar visitas sistemáticas de los obreros industriales a las aldeas, etc.

Publicado el 20 de julio de 1920 en el núm. 12 de la revista "La Internacional Comunista".
T. 41, págs. 169-182.

3. Tesis sobre las tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista.

1. El momento actual en el desarrollo del movimiento comunista internacional se distingue por el hecho de que, en todos los países capitalistas, los mejores representantes del proletariado revolucionario han comprendido plenamente los principios fundamentales de la Internacional Comunista -la dictadura del proletariado y el Poder soviético- y se han puesto al lado de la Internacional Comunista con un entusiasmo sin límites. Un paso todavía más importante y trascendental es la circunstancia de que las más amplias masas del proletariado urbano y la parte avanzada de los obreros agrícolas expresen por doquier, de modo categórico, su solidaridad absoluta con estos principios fundamentales.

Por otro lado, se han revelado dos errores o debilidades del movimiento comunista internacional, que crece con inusitada rapidez. El primer error, muy grave y que representa un inmenso peligro directo para el éxito de la causa de la emancipación del proletariado, consiste en que algunos viejos líderes y algunos viejos partidos de la II Internacional -en parte cediendo de modo semiinconsciente a los deseos y a la presión de las masas y en parte engañándolas de manera consciente para seguir desempeñando el papel de agentes y auxiliares de la burguesía dentro del movimiento obrero- proclaman su adhesión condicional e incluso incondicional a la III Internacional, permaneciendo de hecho, en toda su labor de partido y en toda su actividad política, al nivel de la II Internacional. Tal estado de cosas es inadmisible por completo, pues lleva directamente a la corrupción de las masas y mina el prestigio de la III Internacional, amenazando con la repetición de traiciones como la de los socialdemócratas húngaros[77] que adoptaron de la noche a la mañana el título de comunistas. El segundo error, mucho menos considerable y que es más bien una enfermedad de crecimiento del movimiento, consiste en la tendencia al "izquierdismo", que conduce a una apreciación equivocada del papel y las tareas del partido con relación a la clase y a las masas y de la obligación de los comunistas revolucionarios de actuar en los parlamentos burgueses y en los sindicatos reaccionarios.

Es deber de los comunistas no silenciar las debilidades de su movimiento, sino criticarlas abiertamente para desembarazarse de ellas lo antes posible y de la manera más radical. A este fin es necesario, primero, determinar de un modo más concreto, en particular sobre la base de la experiencia práctica ya adquirida, el contenido de los conceptos "dictadura del proletari.ado" y "Poder soviético"; segundo, indicar en qué puede y debe consistir en todos los países la labor preparatoria inmediata y sistemática para aplicar estas consignas, y tercero, señalar los caminos y métodos para corregir las deficiencias de nuestro movimiento.

I. Esencia de la dictadura del proletariado y del poder soviético.

2. La victoria del socialismo (como primera fase del comunismo) sobre el capitalismo exige que el proletariado, en su calidad de única clase verdaderamente revolucionaria, cumpla las tres tareas siguientes. Primera: derrocar a los explotadores y, ante todo, a la burguesía, como principal representante económico y político de aquéllos; derrotarlos en toda la línea; sofocar su resistencia; hacer imposibles sus intentos de restaurar el yugo del capital y la esclavitud asalariada. Segunda: atraer y llevar tras la vanguardia revolucionaria del proletariado, tras su Partido Comunista, no sólo a todo el proletariado o a la inmensa y aplastante

mayoría del mismo, sino a todas las masas de trabajadores y explotados por el capital; instruirlos, organizarlos, educarlos y disciplinarlos en el curso de una lucha irreductible, audaz, firme y despiadada contra los explotadores; arrancar de la dependencia de la burguesía a esta mayoría abrumadora de la población en todos los países capitalistas e infundirle, a través de la experiencia práctica, confianza en el papel dirigente del proletariado y de su vanguardia revolucionaria. Tercera: neutralizar o hacer inocuas las inevitables vacilaciones entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el Poder soviético, por parte de la clase de los pequeños propietarios en la agricultura, la industria y el comercio -todavía bastante numerosa en casi todos los países avanzados, pero que constituye una minoría de la población- y por parte del sector de intelectuales, empleados, etc., que corresponde a dicha clase.

Las dos primeras tareas son independientes y cada una de ellas requiere sus propios métodos, especiales, de acción con respecto a los explotadores y a los explotados. La tercera tarea dimana de las dos primeras, exigiendo sólo una combinación inteligente, oportuna y flexible de los métodos de la primera y la segunda, en dependencia de las circunstancias concretas de cada caso particular en que se den vacilaciones.

3. Dada la situación concreta que han creado en el mundo entero -y sobre todo en los países capitalistas más avanzados y potentes, más cultos y libres- el militarismo y el imperialismo, el estrangulamiento de las colonias y de los países débiles, la matanza imperialista mundial y la "paz" de Versalles, toda admisión de la idea del sometimiento pacífico de los capitalistas a la voluntad de la mayoría de los explotados y del tránsito pacífico y reformista al socialismo, además de ser una estupidez pequeñoburguesa en extremo, equivale a engañar con todo descaro a los obreros, embellecer la esclavitud asalariada capitalista y ocultar la verdad. Esta verdad consiste en que la burguesía más instruida y democrática no repara ya en recurrir al fraude y al crimen, cualesquiera que sean, y en descargar sus golpes contra millones de obreros y campesinos para salvar la propiedad privada de los medios de producción. Las únicas medidas que pueden asegurar el sometimiento efectivo de toda la clase explotadora son el derrocamiento violento de la burguesía, la confiscación de su propiedad y la destrucción de todo el mecanismo estatal burgués de abajo arriba -parlamentario, judicial, militar, burocrático, administrativo, municipal, etc.-, llegándose incluso a desterrar o internar a los explotadores más peligrosos y contumaces y a vigilarlos con el mayor rigor para contrarrestar las inevitables tentativas de ofrecer resistencia y de restaurar la esclavitud capitalista.

Por otra parte, es un embellecimiento idéntico del capitalismo y de la democracia burguesa y un engaño igual a los obreros admitir la idea -como hacen habitualmente los viejos partidos y los viejos líderes de la II Internacional- de que la mayoría de los trabajadores y explotados puede forjarse una clara conciencia socialista, unas convicciones y un carácter firmemente socialistas bajo la esclavitud capitalista, bajo el yugo de la burguesía, que reviste formas infinitamente variadas, tanto más sutiles y, al mismo tiempo, crueles y despiadadas cuanto más civilizado es el país capitalista de que se trate. En realidad, sólo después de que la vanguardia del proletariado, apoyada por toda esta clase, la única revolucionaria, o por la mayoría de ella, derroque a los explotadores, sofoque su resistencia, emancipe a los explotados de su esclavitud y mejore en el acto sus condiciones de vida a expensas de los capitalistas expropiados; sólo después de esto, y en el curso mismo de una enconada lucha de clases, serán factibles la instrucción, educación y organización de las grandes masas de trabajadores y explotados en torno al proletariado, bajo su influencia y su dirección; sólo entonces será posible liberarlas del egoísmo, la dispersión, los vicios y la debilidad que dimanan de la propiedad privada y convertirlas en una unión libre de trabajadores libres.

4. Para triunfar sobre el capitalismo se requiere una justa correlación entre el Partido Comunista dirigente y la clase revolucionaria, el proletariado, de un lado, y las masas, es decir, todo el conjunto de trabajadores y explotados, de otro. Sólo el Partido Comunista, si es en realidad la vanguardia de la clase revolucionaria, si agrupa en sus filas a todos los mejores representantes de dicha clase, si se compone de comunistas plenamente conscientes y fieles, instruidos y templados por la experiencia de una tesonera lucha revolucionaria; si este partido ha sabido vincularse de manera indisoluble a toda la vida de su clase y, a través de ella, a todas las masas de explotados e inculcar a esta clase y a estas masas plena confianza; sólo este partido es capaz de dirigir al proletariado en la lucha más implacable y decisiva, en la lucha final contra todas las fuerzas del capitalismo. Por otro lado, sólo bajo la dirección de un partido así podrá el proletariado desplegar toda la potencia de su embate revolucionario, reduciendo a la nada la inevitable apatía y, en parte, la resistencia de una pequeña minoría corrompida por el capitalismo: la aristocracia obrera, los viejos líderes tradeunionistas y cooperativistas, etc.: sólo así podrá el proletariado desplegar toda su fuerza, incomparablemente mayor que su porcentaje en la totalidad de la población en virtud de la propia estructura económica de la sociedad capitalista. Por último, sólo cuando las masas, es decir, el conjunto de trabajadores y explotados, se han liberado realmente de la opresión de la burguesía y de la máquina estatal burguesa y han obtenido la

posibilidad de organizarse en sus Soviets con toda libertad (respecto de los explotadores); sólo entonces, decenas de millones de hombres oprimidos por el capitalismo pueden desarrollar por vez primera en la historia toda su iniciativa y toda su energía. Sólo cuando los Soviets se convierten en una máquina estatal única es posible que en la labor del gobierno participe real y verdaderamente toda la masa de explotados, que con la democracia burguesa más civilizada y más libre ha estado siempre, de hecho, excluida de esa participación en el noventa y nueve por ciento de los casos. Sólo en los Soviets comienzan las masas de explotados a aprender de un modo efectivo, no con métodos librescos, sino por medio de su propia experiencia práctica, a edificar el socialismo, a crear una nueva disciplina social y una unión libre de trabajadores libres.

II. ¿En que debe consistir la preparación inmediata y general para la dictadura del proletariado?

5. El momento actual en el desarrollo del movimiento comunista internacional se caracteriza por el hecho de que en la inmensa mayoría de los países capitalistas no ha terminado -muy a menudo ni siquiera ha comenzado aún de manera sistemática- la preparación del proletariado para el ejercicio de su dictadura. De esto no se deduce que la revolución proletaria sea imposible en el futuro más próximo; es plenamente posible, pues toda la situación económica y política está saturada en extremo de material inflamable y de motivos para un súbito estallido del incendio. Existe también otra condición para la revolución, además del grado de preparación del proletariado, a saber: el estado general de crisis en todos los partidos gobernantes y en todos los partidos burgueses. Pero de lo dicho se deduce que la tarea del momento para los partidos comunistas consiste ahora, no en acelerar la revolución, sino en acrecentar la preparación del proletariado. Por otra parte, los casos de la historia de numerosos partidos socialistas que hemos señalado antes obligan a prestar atención para que "el reconocimiento" de la dictadura del proletariado no pueda ser sólo verbal.

Por eso, la tarea principal de los partidos comunistas, desde el punto de vista del movimiento proletario internacional, consiste hoy en cohesionar las fuerzas comunistas dispersas, en formar en cada país un Partido Comunista único (o fortalecer y renovar el partido ya existente), a fin de decuplicar la labor de preparación del proletariado para conquistar el poder del Estado y, además, para conquistarlo precisamente en forma de dictadura del proletariado. La labor socialista habitual de los grupos y partidos que reconocen la dictadura del proletariado está todavía lejos de haber experimentado en grado suficiente la transformación y renovación radicales imprescindibles para que esta labor pueda ser calificada de comunista y corresponda a las tareas que surgen en vísperas de la dictadura del proletariado.

6. La conquista del poder político por el proletariado no implica el cese de su lucha de clase contra la burguesía, sino que, por el contrario, hace esta lucha singularmente amplia, enconada e implacable. Todos los grupos, partidos y dirigentes del movimiento obrero que sustentan total o parcialmente el punto de vista del reformismo, del "centrismo", etc., en virtud de la extrema exacerbación de la lucha se colocan infaliblemente, bien al lado de la burguesía, bien entre los vacilantes, o bien (y esto es lo más peligroso) se suman a los amigos inseguros del proletariado triunfante. Por eso, la preparación de la dictadura del proletariado hace necesario no sólo intensificar la lucha contra las tendencias reformistas y "centristas", sino también modificar el carácter de la lucha. La lucha no puede limitarse a dilucidar lo equivocado de estas tendencias, sino que debe desenmascarar de manera inflexible y despiadada a todo dirigente del movimiento obrero que siga estas tendencias, pues, de otro modo, el proletariado no podrá saber con quién irá a la lucha más resuelta contra la burguesía. Esta lucha es de tal naturaleza que en cualquier momento puede sustituir -y sustituye, como lo ha demostrado ya la experiencia- el arma de la crítica con la crítica de las armas[78]. Toda inconsecuencia o debilidad en el desenmascaramiento de quienes actúan como reformistas o "centristas" significa aumentar directamente el peligro de que el poder del proletariado sea derrocado por la burguesía, la cual aprovechará mañana para la contrarrevolución lo que gentes miopes consideran hoy sólo "divergencias teóricas".

7. En particular, es imposible circunscribirse a la habitual negación por principio de toda colaboración del proletariado con la burguesía, de todo "colaboracionismo". En las condiciones de la dictadura del proletariado, que nunca podrá suprimir de golpe y por completo la propiedad privada, la simple defensa de la "libertad" y de la "igualdad", subsistiendo la propiedad privada de los medios de producción, se transforma en una "colaboración" con la burguesía, en una "colaboración" que socava directamente el poder de la clase obrera. Porque la dictadura del proletariado significa que el Estado consagra y protege con toda su máquina "la no libertad" de los explotadores para seguir oprimiendo y explotando, y "la no igualdad" entre los poseedores (es decir, individuos que se han apropiado personalmente de determinados medios de producción, creados por el trabajo social) y los desposeídos. Lo que hasta la victoria del proletariado sólo parece una divergencia teórica acerca de la "democracia", mañana, después de la victoria, se transformará de modo inevitable en un problema que

se resuelve por la fuerza de las armas. Por consiguiente, sin una modificación radical de todo el carácter de la lucha contra los "centristas" y los "defensores de la democracia" es imposible incluso la preparación previa de las masas para el ejercicio de la dictadura del proletariado.

8. La dictadura del proletariado es la forma más enérgica y revolucionaria de la lucha de clase del proletariado contra la burguesía. Esta lucha puede tener éxito sólo cuando la vanguardia más revolucionaria del proletariado lleva tras de sí a la inmensa mayoría del mismo. Por eso, para preparar la dictadura del proletariado no basta con explicar el carácter burgués de todo reformismo, de toda defensa de una democracia en la que se mantenga la propiedad privada de los medios de producción; ni con denunciar las manifestaciones de tendencias que significan, de hecho, defender a la burguesía dentro del movimiento obrero. Además de eso, es imprescindible sustituir a los viejos líderes por comunistas en las organizaciones proletarias de todo tipo, no sólo políticas, sino también sindicales, cooperativas, culturales, etc. Cuanto más largo, completo y firme haya sido el dominio de la democracia burguesa en un país, tanto más habrá conseguido la burguesía promover a puestos de dirección a líderes educados por ella, impregnados de sus ideas y prejuicios y, con frecuencia, sobornados directa o indirectamente por ella. Es necesario desplazar de todos sus puestos, con una audacia cien veces mayor que hasta ahora, a esos representantes de la aristocracia obrera u obreros aburguesados y sustituirlos incluso por los obreros más inexpertos, con tal de que estén ligados a las masas de explotados y gocen de su confianza en la lucha contra los explotadores. La dictadura del proletariado requiere que estos obreros sin experiencia sean designados para los puestos más responsables del Estado, pues, de lo contrario, el gobierno obrero será impotente y no contará con el apoyo de las masas.

9. La dictadura del proletariado es el más pleno ejercicio de la dirección de todos los trabajadores y explotados -a los que la clase capitalista oprimía, vejaba, aplastaba, intimidaba, desunía y engañaba- por la única clase a la que el desarrollo histórico del capitalismo ha preparado para esta función dirigente. De ahí que la preparación de la dictadura del proletariado deba ser iniciada en todas partes y sin más dilaciones empleando, entre otros, el procedimiento siguiente.

En todas las organizaciones, sindicatos y asociaciones sin excepción, sobre todo en las proletarias, pero también en las de la masa no proletaria de trabajadores y explotados (en las políticas, sindicales, militares, cooperativas, culturales, deportivas, etc., etc.), deben crearse grupos o células de comunistas. Estos grupos o células serán preferentemente organizaciones legales, pero deberán ser también secretas en todos los casos en que se suponga que la burguesía abriga el propósito de prohibirlas y de detener o desterrar a sus miembros. Estas células, estrechamente ligadas entre sí y con los organismos centrales del partido, intercambiarán experiencias, realizarán una labor de agitación, propaganda y organización y se adaptarán sin falta a todas las esferas de la vida social, a todas las categorías y sectores de las masas trabajadoras; y a través de esta labor polifacética, deberán educarse a sí mismas y educar al partido, a la clase y a las masas con toda regularidad.

Tiene la mayor importancia establecer en la práctica la necesaria diferenciación entre los métodos de trabajo, por un lado, con "los líderes" o "los representantes responsables", a cada paso corrompidos sin remedio por los prejuicios pequeñoburgueses e imperialistas (estos "líderes" deben ser desenmascarados y expulsados sin piedad del movimiento obrero), y, por otro lado, con las masas, que, sobre todo después de la matanza imperialista, se inclinan en gran parte a escuchar y admitir la doctrina que proclama la necesidad de la dirección del proletariado como única salida de la esclavitud capitalista. En lo que se refiere a las masas, es preciso aprender a abordarlas del modo más paciente y cauteloso, a fin de poder comprender las peculiaridades y los rasgos originales de la sicología de cada sector, profesión, etc.

10. Merece extraordinaria atención y solicitud del partido, sobre todo, uno de los grupos o células de comunistas: la minoría parlamentaria, es decir, el grupo de miembros del partido que son diputados a los organismos representativos burgueses (ante todo el nacional, y también los locales, municipales, etc.). De un lado, precisamente esta tribuna tiene una importancia singular para los sectores más amplios de la masa trabajadora atrasada o impregnada de prejuicios pequeñoburgueses. Por eso, los comunistas deberán realizar sin falta desde esta tribuna una labor de propaganda, de agitación, de organización y de explicación a las masas de por qué fue legítima en Rusia (y lo será en su día en cualquier país) la disolución del Parlamento burgués por el Congreso Nacional de los Soviets[79]. De otro lado, todo el desarrollo histórico de la democracia burguesa ha convertido la tribuna parlamentaria, en primer término en los países avanzados, en el campo principal, o uno de los principales, de increíbles rufianerías, de engaños financieros y políticos al pueblo, de arribismo e hipocresía y de opresión de los trabajadores. Por eso está plenamente justificado el odio ardiente de los mejores representantes del proletariado revolucionario a los parlamentos. Por eso es necesario que los partidos comunistas y todos los partidos adheridos a la III Internacional -especialmente cuando hayan surgido no mediante la ruptura con los viejos partidos y una prolongada y

tenaz lucha contra ellos, sino mediante el paso (a menudo nominal) de los viejos partidos a la nueva posición- mantengan una actitud de extraordinaria severidad respecto a sus minorías parlamentarias: que las subordinen por completo a su control y a las indicaciones del CC del partido; que lleven a ellas primordialmente obreros revolucionarios; que en la prensa y en las asambleas del partido se analicen con la mayor atención los discursos de los parlamentarios desde el punto de vista de su contenido comunista; que los diputados participen en la labor de agitación entre las masas; que sean expulsados de estas minorías quienes sigan las tendencias de la II Internacional, etc.

11. Una de las causas principales que dificultan el movimiento obrero revolucionario en los países capitalistas desarrollados consiste en que, gracias a las posesiones coloniales y a los superbeneficios del capital financiero, etc., el capital ha conseguido allí destacar a un sector relativamente más amplio y estable de una pequeña minoría de la aristocracia obrera. Esta goza de mejores condiciones de salario y es la que más imbuida está de un espíritu de estrechez gremial y de prejuicios pequeñoburgueses e imperialistas. Es el verdadero "puntal" social de la II Internacional, de los reformistas y "centristas", y en estos momentos constituye, tal vez, el principal apoyo social de la burguesía. Es imposible una preparación, ni siquiera preliminar, del proletariado para derrocar a la burguesía sin sostener una lucha inmediata, sistemática, amplia y abierta contra este sector, que, sin duda -como ha demostrado ya plenamente la experiencia-, proporcionará no pocos elementos para la guardia blanca burguesa después de la victoria del proletariado. Todos los partidos adheridos a la III Internacional deben poner en práctica, cueste lo que cueste, las siguientes consignas: "¡Calar más hondo entre las masas!", "¡Establecer lazos más estrechos con las masas!" Y deberán entender por masas todo el conjunto de trabajadores y explotados por el capital, en particular los menos organizados e instruidos, los más oprimidos y los más reacios a organizarse.

El proletariado se hace revolucionario sólo en la medida en que no se enclaustra en estrechos marcos gremiales, en la medida en que actúa, en todas las manifestaciones y en todos los campos de la vida social, como jefe de todas las masas trabajadoras y explotadas. El proletariado no podrá ejercer su dictadura si no está dispuesto ni es capaz de hacer los mayores sacrificios en aras de la victoria sobre la burguesía. En este sentido tiene una importancia de principios y práctica la experiencia de Rusia, donde el proletariado no habría podido hacer efectiva su dictadura, no habría podido granjearse el respeto general y la confianza de todas las masas trabajadoras si no hubiese hecho más sacrificios que nadie y si no hubiese pasado más hambre que todos los demás sectores de estas masas en los períodos más difíciles del asalto, de la guerra y del bloqueo impuesto por la burguesía mundial.

Es singularmente necesario, en particular, que el Partido Comunista y todo el proletariado avanzado presten un apoyo múltiple y abnegado al movimiento huelguístico amplio, espontáneo y masivo, el único que bajo el yugo del capital puede de verdad despertar, poner en pie, instruir y organizar a las masas e infundirles plena confianza en el papel dirigente del proletariado revolucionario. Sin esta preparación es imposible la dictadura del proletariado, y, desde luego, los elementos capaces de pronunciarse en público contra las huelgas, como Kautsky en Alemania y Turati en Italia, no tienen cabida en los partidos adheridos a la III Internacional. Con tanta mayor razón puede decirse lo mismo, por supuesto, de los líderes tradeunionístas y parlamentarios que traicionan con frecuencia a los obreros, utilizando la experiencia de las huelgas para inculcarles el reformismo y no las convicciones revolucionarias (por ejemplo, en Inglaterra y en Francia durante los últimos años).

12. En todos los países, incluso los más libres, "legalistas" y "pacíficos" en el sentido de una menor exacerbación de la lucha de clases, ha llegado, sin duda, el período en que es absolutamente necesario para todo Partido Comunista combinar de modo sistemático la labor legal y la clandestina, la organización legal y la clandestina. Porque en los países más cultos y libres, en los países de régimen democrático burgués más "estable", los gobiernos recurren ya sistemáticamente, pese a sus falsas e hipócritas declaraciones, a confeccionar listas secretas de comunistas; cometen infinitas violaciones de su propia Constitución para apoyar de manera embozada o secreta a los guardias blancos y asesinar comunistas en todos los países; preparan con sigilo la detención de comunistas; introducen provocadores en las filas comunistas, etc., etc. Sólo el filisteísmo más reaccionario, por bellas que sean las frases "democráticas" y pacifistas con que se encubra, puede negar este hecho o la conclusión obligada que de él se desprende: la creación inmediata de organizaciones clandestinas por todos los partidos comunistas legales, a fin de desplegar una labor ilegal constante y de prepararse como es debido para el momento en que comiencen las persecuciones por la burguesía. La labor clandestina es necesaria, sobre todo, en el ejército, la marina y la policía, porque, después de la gran matanza imperialista, todos los gobiernos del mundo temen a los ejércitos nacionales, compuestos de campesinos y obreros, y recurren en secreto a toda clase de procedimientos para formar unidades militares especialmente seleccionadas entre elementos de la burguesía y dotadas ex profeso del armamento más moderno.

Por otra parte, en todos los casos sin excepción es

necesario no limitarse a la labor clandestina, sino desplegar asimismo el trabajo legal, remontando para ello todas las dificultades y creando órganos de prensa legales y organizaciones legales con los títulos más diversos, que, en caso de necesidad, deben cambiar con frecuencia. Así proceden los partidos comunistas clandestinos en Finlandia, en Hungría y parcialmente en Alemania, Polonia, Letonia, etc. Así deben proceder los Obreros Industriales del Mundo (I.W.W.) en Norteamérica; así deberán proceder todos los actuales partidos comunistas legales, si los fiscales tienen a bien incoar procesos alegando resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista, etc.

La absoluta necesidad de principio de conjugar la actividad ilegal y la legal está determinada no sólo por todo el conjunto de peculiaridades del período que vivimos, del período de vísperas de la dictadura del proletariado, sino también por la necesidad de demostrar a la burguesía que no hay ni puede haber esfera o sector del trabajo que no conquisten los comunistas. Esa necesidad obedece, sobre todo, a que todavía hay por doquier amplios sectores del proletariado, y aún más de la masa trabajadora y explotada no proletaria, que siguen teniendo fe en la legalidad democrática burguesa. Hacerles perder esa fe es para nosotros la tarea más importante.

13. En particular, el estado de la prensa obrera en los países capitalistas más avanzados muestra con singular claridad tanto el carácter engañoso de la libertad y de la igualdad bajo la democracia burguesa, como la necesidad de una combinación sistemática del trabajo legal e ilegal. Lo mismo en la Alemania vencida que en la Norteamérica vencedora son puestas en juego toda la fuerza de la máquina del Estado burgués y todas las supercherías de sus reyes financieros para arrebatar a los obreros sus periódicos: persecuciones judiciales, detenciones de redactores (o su asesinato por mercenarios), prohibición del franqueo concertado, suspensión del suministro de papel, etc., etc. Además, el material informativo que necesita un diario está en manos de las agencias telegráficas burguesas, y los anuncios, sin los cuales no cubre gastos un gran periódico, se hallan a la "libre" disposición de los capitalistas. En suma, la burguesía arrebata al proletariado revolucionario su prensa mediante el engaño y la presión del capital y del Estado burgués.

Para luchar contra esto, los partidos comunistas deben crear un nuevo tipo de prensa periódica con miras a su difusión masiva entre los obreros: primero, publicaciones legales que, sin llamarse comunistas y sin decir que pertenecen al partido, aprendan a utilizar las menores posibilidades legales, como los bolcheviques en tiempos del zar después de 1905; segundo, hojas clandestinas, editadas aunque sólo sea en cantidad muy reducida y con irregularidad, pero reproducidas por los obreros en multitud de imprentas (clandestinamente o, si el movimiento crece, mediante la ocupación revolucionaria de los talleres tipográficos) y que proporcionen al proletariado una información revolucionaria, libre, y consignas revolucionarias.

Es imposible prepararse para la dictadura del proletariado sin una lucha revolucionaria que movilice a las masas en defensa de la libertad de la prensa comunista.

III. Rectificación de la línea y, parcialmente, de la composición de los partidos adheridos o que deseen adherirse a la Internacional Comunista.

14. El grado de preparación del proletariado de los países más importantes, desde el punto de vista de la economía y la política mundiales, para ejercer su dictadura se caracteriza con la mayor objetividad y exactitud por el hecho de que los partidos más influyentes de la II Internacional -el Partido Socialista Francés[80], el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el Partido Laborista Independiente de Inglaterra y el Partido Socialista de América[81]- han abandonado esta Internacional amarilla y han acordado adherirse (los tres primeros de manera condicional y el último incondicionalmente) a la III Internacional. Esto demuestra que ha comenzado a pasarse a nuestro lado no sólo la vanguardia, sino también la mayoría del proletariado revolucionario, convencida por todo el curso de los acontecimientos. Lo principal ahora es saber coronar este tránsito y consolidar firmemente, en el terreno de la organización, los resultados obtenidos para poder avanzar en toda la línea sin las menores vacilaciones.

15. Toda la actividad de los mencionados partidos (a los que debe agregarse el Partido Socialista Suizo[82], si son exactos los despachos telegráficos que dan cuenta de su acuerdo de adherirse a la III Internacional) demuestra -y cualquier publicación periódica de esos partidos lo confirma con claridad- que no es aún comunista y que, a menudo, está en contradicción directa con los principios fundamentales de la III Internacional, a saber: con el reconocimiento de la dictadura del proletariado y del Poder soviético en lugar de la democracia burguesa.

Por eso, el II Congreso de la Internacional Comunista debe acordar que no estima posible admitir en el acto a estos partidos; que corrobora la respuesta dada por el Comité Ejecutivo de la III Internacional a los "independientes" alemanes; que reitera su disposición a mantener conversaciones con cualquier partido que abandone la II Internacional y desee acercarse a la III; que concede voz consultiva a los delegados de tales partidos en todos sus congresos y conferencias, y que presenta las siguientes condiciones para la unificación completa de estos partidos (y otros semejantes) con la Internacional Comunista:

1. Publicar todos los acuerdos de todos los congresos

de la Internacional Comunista y de su Comité Ejecutivo en todos los periódicos y revistas del partido;
2. Discutir dichos acuerdos en reuniones especiales de todas las secciones u organizaciones locales del partido;
3. Convocar, después de esta discusión, un congreso extraordinario del partido para hacer el balance y para
4. depurar el partido de los elementos que sigan actuando en el espíritu de la II Internacional.
5. Hacer que todas las publicaciones periódicas del partido pasen a manos de redacciones formadas exclusivamente por comunistas.

El II Congreso de la III Internacional debe facultar a su Comité Ejecutivo para dar ingreso formalmente en la III Internacional a los mencionados partidos y a otros semejantes, después de comprobar que todas estas condiciones han sido cumplidas y que el carácter de la actividad del partido es comunista.

16. En cuanto a cuál ha de ser la conducta de los comunistas que hoy constituyen la minoría en los puestos de responsabilidad de dichos partidos y de otros semejantes, el II Congreso de la Internacional Comunista debe acordar que, en vista del aumento evidente de las simpatías más sinceras por el comunismo entre los obreros afiliados a dichos partidos, no es de desear que los comunistas se den de baja en los mismos, mientras puedan efectuar en su seno una labor en el espíritu del reconocimiento de la dictadura del proletariado y del Poder soviético y mientras sea posible criticar en dichos partidos a los oportunistas y centristas que siguen aún militando en ellos.

A la vez, el II Congreso de la III Internacional debe pronunciarse a favor de que, en Inglaterra, los grupos y organizaciones comunistas o simpatizantes con el comunismo ingresen en el Partido Laborista *(Labour Party),* a pesar de que pertenece a la II Internacional. Porque mientras este partido reconozca a las organizaciones que lo integran la actual libertad de crítica y la libertad de propaganda, de agitación y de actividad organizativa en pro de la dictadura del proletariado y del Poder soviético; mientras este partido conserve su carácter de agrupación de todas las organizaciones sindicales de la clase obrera, los comunistas deben sin falta dar todos los pasos necesarios y aceptar ciertos compromisos para poder influir en las más amplias masas obreras, desenmascarar a sus líderes oportunistas desde una tribuna más alta y a la vista de las masas y acelerar el paso del poder político de manos de los representantes directos de la burguesía a manos de "los lugartenientes obreros de la clase capitalista", a fin de curar a las masas con la mayor rapidez de las últimas ilusiones a este respecto.

17. Con relación al Partido Socialista Italiano, el II Congreso de la III Internacional estima acertada, en lo fundamental, la crítica a este partido y las propuestas prácticas expuestas al Consejo Nacional del mismo, en nombre de la Sección de Turín[83], en la revista *L'Ordine Nuovo*[84] del 8 de mayo de 1920, que corresponden por entero a todos los principios fundamentales de la III Internacional.

Por eso, el II Congreso de la III Internacional ruega al Partido Socialista Italiano que convoque un congreso extraordinario para examinar estas propuestas y todas las decisiones de los dos congresos de la Internacional Comunista, a fin de rectificar la línea del partido y depurarlo, sobre todo su minoría parlamentaria, de elementos no comunistas.

18. El II Congreso de la III Internacional considera erróneas las opiniones relativas a la actitud del partido ante la clase y ante las masas y a la no obligatoriedad de que los partidos comunistas participen en los parlamentos burgueses y en los sindicatos ultrarreaccionarios, opiniones que han sido refutadas con todo detalle en resoluciones especiales del presente congreso y que defendían, sobre todo, el Partido Comunista Obrero de Alemania y, parcialmente, el Partido Comunista de Suiza[85], la revista *Kommunismus,* de Viena, órgano del Secretariado Europeo Oriental de la Internacional Comunista, el Secretariado de Ámsterdam, hoy disuelto, algunos camaradas holandeses y ciertas organizaciones comunistas de Inglaterra, como, por ejemplo, la Federación Socialista Obrera, etc., así como los Obreros Industriales del Mundo, de Norteamérica, y el Comité de Delegados de Fábrica *(Shop Stewards Committee),* de Inglaterra[86], etc.

No obstante, el II Congreso de la III Internacional considera posible y deseable la adhesión inmediata a la Internacional Comunista de aquellas de las citadas organizaciones que no lo hayan hecho aún de manera oficial, pues en este caso, sobre todo en lo que atañe a los Obreros Industriales del Mundo en Norteamérica y en Australia, lo mismo que a los Delegados de Fábrica en Inglaterra, se trata de un movimiento profundamente proletario y masivo, que, de hecho, sustenta en lo fundamental los principios cardinales de la Internacional Comunista. En estas organizaciones, las opiniones erróneas respecto a la participación en los parlamentos burgueses se explican no tanto por el papel que desempeñan los elementos procedentes de la burguesía -que introducen sus ideas, de esencia pequeñoburguesa, como son a menudo las ideas de los anarquistas-, sino por la inexperiencia política de proletarios plenamente revolucionarios y ligados a las masas.

Por eso, el II Congreso de la III Internacional ruega a todas las organizaciones y grupos comunistas de los países anglosajones que, aun en el caso de que no se efectúe la adhesión inmediata de los Obreros Industriales del Mundo y de los Delegados de Fábrica a la III Internacional, apliquen una política

consistente en: mantener las relaciones más amistosas con estas organizaciones, acercarse a ellas y a las masas que simpatizan con ellas, explicarles amistosamente, desde el punto de vista de la experiencia de todas las revoluciones y, en particular, de las tres revoluciones rusas del siglo XX, lo erróneo de las opiniones mencionadas más arriba y no renunciar a hacer nuevos intentos para fundirse con dichas organizaciones en un Partido Comunista único.

19. A este respecto, el congreso llama la atención de todos los camaradas, en primer lugar de los países latinos y anglosajones, sobre el hecho de que, después de la guerra, entre los anarquistas se está produciendo en el mundo entero una profunda diferenciación ideológica en cuanto a la actitud ante la dictadura del proletariado y el Poder soviético. Además, precisamente entre los elementos proletarios que se han visto impulsados con frecuencia hacia el anarquismo por un odio completamente legítimo al oportunismo y al reformismo de los partidos de la II Internacional, se observa, en particular, una comprensión justa de estos principios, tanto más extendida cuanto más de cerca conocen la experiencia de Rusia, Finlandia, Hungría, Letonia, Polonia y Alemania.

Por ello, el congreso estima que todos los camaradas tienen el deber de apoyar al máximo el paso del anarquismo a la III Internacional de todos los elementos proletarios ligados a las masas. El congreso señala que el éxito de la actividad de los partidos verdaderamente comunistas debe medirse, entre otras cosas, por el grado en que consigan ganarse a todos los elementos anarquistas no intelectuales, no pequeñoburgueses, sino proletarios, ligados a las masas.

4 de julio de 1920.

Publicadas el 20 de julio de 1920 en el núm. 12 de la revista "La Internacional Comunista".
T. 41, págs. 183-201.

4. Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista.

El I Congreso (de Constitución) de la Internacional Comunista[87] no fijó condiciones exactas para el ingreso de los diferentes partidos en la III Internacional. Cuando fue convocado el I Congreso, en la mayoría de los países sólo existían *tendencias* y *grupos* comunistas.

El II Congreso Mundial de la Internacional Comunista se reúne en otras condiciones. Hoy, en la mayoría de los países no sólo existen ya corrientes y tendencias comunistas, sino también *partidos* y *organizaciones* comunistas.

En la actualidad se dirigen con frecuencia creciente a la Internacional Comunista partidos y grupos que hasta hace poco pertenecían a la II Internacional y que ahora desean ingresar en la III Internacional, pero que de hecho no son comunistas. La II Internacional está definitivamente deshecha. Los partidos y grupos intermedios del "centro", ante la bancarrota completa de la II Internacional, tratan de unirse a la Internacional Comunista, más fuerte cada día, con la esperanza, sin embargo, de conservar una "autonomía" que les permita aplicar la anterior política oportunista o "centrista". La Internacional Comunista se está poniendo, hasta cierto punto, de moda.

El deseo de algunos grupos dirigentes del "centro" de ingresar ahora en la III Internacional es una confirmación indirecta de que la Internacional Comunista se ha granjeado las simpatías de la inmensa mayoría de los obreros conscientes del mundo entero y se convierte en una fuerza cada día mayor.

En determinadas circunstancias, la Internacional Comunista puede verse amenazada por el peligro de debilitarse a causa de la presencia en su seno de grupos vacilantes e indecisos que no se han desembarazado aún de la ideología de la II Internacional.

Además, en algunos partidos importantes (Italia, Suecia), en los que la mayoría sustenta el punto de vista del comunismo, sigue existiendo hasta ahora una considerable ala reformista y socialpacifista, que sólo espera el momento oportuno para volver a levantar cabeza, iniciar el sabotaje activo de la revolución proletaria y ayudar así a la burguesía y a la II Internacional.

Ningún comunista debe olvidar las enseñanzas de la República Soviética Húngara. La unificación de los comunistas húngaros con los reformistas ha costado cara al proletariado húngaro.

En vista de esto, el II Congreso Mundial estima necesario establecer condiciones completamente exactas para el ingreso de nuevos partidos, así como señalar las obligaciones que incumben a los partidos que han sido admitidos ya en la Internacional Comunista.

El II Congreso de la Internacional Comunista acuerda que las condiciones de ingreso en la misma son las siguientes:

* * *

1. La propaganda y la agitación cotidianas deben tener un verdadero carácter comunista. Todos los órganos de prensa que se hallen en manos del partido deben ser redactados por comunistas seguros, que hayan demostrado su fidelidad a la causa de la revolución proletaria. Sobre la dictadura del proletariado no hay que hablar simplemente, como si se tratase de una fórmula usual y aprendida de memoria; es preciso propagarla de tal manera que su necesidad se desprenda para cada obrero, obrera, soldado y campesino de los hechos de la vida, sistemáticamente señalados por nuestra prensa día

tras día. En las páginas de los periódicos, en las concentraciones populares, en los sindicatos, en las cooperativas, donde quiera que tengan acceso los partidarios de la III Internacional, es necesario estigmatizar de manera constante e implacable no sólo a la burguesía, sino también a sus auxiliares, a los reformistas de todos los matices.

2. Cada organización que desee pertenecer a la Internacional Comunista está obligada a *separar* de manera regular y sistemática de todos los puestos de responsabilidad en el movimiento obrero (organizaciones del partido, redacciones, sindicatos, minorías parlamentarias, cooperativas, municipios, etc.) a los reformistas y partidarios del "centro" y sustituirlos por comunistas seguros, sin desconcertarse porque a veces haya que remplazar de momento a dirigentes "expertos" por obreros de filas.

3. En todos los países en que los comunistas, a consecuencia del estado de sitio o de las leyes de excepción, no puedan realizar su labor legalmente, es necesario en absoluto combinar el trabajo legal y el clandestino. La lucha de clases en casi todos los países de Europa y América entra en la fase de la guerra civil. En tales condiciones, los comunistas no pueden tener confianza en la legalidad burguesa. Están obligados a crear *en todas partes* un mecanismo clandestino paralelo, que en el momento decisivo pueda ayudar al partido a cumplir con su deber ante la revolución.

4. Son necesarias una propaganda y una agitación persistentes y sistemáticas entre las tropas y la formación de células comunistas en cada unidad militar. Los comunistas deberán realizar esta labor en la mayoría de los casos ilegalmente, pero renunciar a hacerlo equivaldría a traicionar el deber revolucionario y sería incompatible con la pertenencia a la III Internacional.

5. Es imprescindible una agitación sistemática y regular en el campo. La clase obrera no puede consolidar su victoria sin contar, por lo menos, con una parte de los braceros agrícolas y de los campesinos pobres y sin neutralizar con su política a una parte del resto de los campesinos. La labor de los comunistas en el campo adquiere en la época actual una importancia de primer orden. Es necesario efectuarla, principalmente, a través de *los obreros* comunistas revolucionarios que tengan contacto con el campo. Renunciar a esta labor o dejarla en manos de semirreformistas poco seguros es lo mismo que renunciar a la revolución proletaria.

6. Cada partido que desee pertenecer a la III Internacional tiene la obligación de denunciar no sólo el socíalpatriotismo descarado, sino también la falsedad y la hipocresía del socíalpacifismo: demostrar sistemáticamente a los obreros que, sin el derrocamiento revolucionario del capitalismo, los tribunales internacionales de arbitraje, las conversaciones sobre la reducción de los armamentos y la reorganización "democrática" de la Sociedad de Naciones, cualesquiera que sean, no salvarán a la humanidad de nuevas guerras imperialistas.

7. Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista están obligados a reconocer la necesidad de un rompimiento total y absoluto con el reformismo y con la política del "centro" y a propagar esta ruptura en los medios más amplios del partido. Sin esto es imposible una política comunista consecuente.

La Internacional Comunista exige de manera incondicional y terminante efectuar este rompimiento en el plazo más corto posible. La Internacional Comunista no puede consentir que reformistas redomados, como, por ejemplo, Turati, Modigliani y otros, tengan derecho a considerarse miembros de la III Internacional. Esto llevaría a que la III Internacional se pareciese mucho a la fenecida II Internacional.

8. En el problema de las colonias y de las naciones oprimidas es necesaria una línea singularmente precisa y clara de los partidos de los países cuya burguesía posee dichas colonias y oprime a otras naciones. Cada partido que desee pertenecer a la III Internacional tiene el deber de denunciar sin piedad los subterfugios de "sus" imperialistas en las colonias, apoyar de hecho, y no de palabra, todo movimiento de liberación en las colonias, exigir que sus propios imperialistas salgan de estas colonias, inculcar en el corazón de los obreros de su país un espíritu de verdadera fraternidad para con los trabajadores de las colonias y naciones oprimidas y realizar una agitación sistemática entre sus tropas contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9. Cada partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista tiene la obligación de efectuar una labor comunista sistemática y tenaz dentro de los sindicatos, de las cooperativas y de otras organizaciones obreras de masas. Es necesario formar en el seno de los sindicatos células comunistas, que mediante un trabajo prolongado y tesonero deben conquistar dichas organizaciones para la causa del comunismo. Estas células tienen la obligación de desenmascarar en toda su labor cotidiana la traición de los socialpatriotas y las vacilaciones del "centro". Estas células comunistas deben estar subordinadas por completo al conjunto del partido.

10. Los partidos que pertenezcan a la Internacional Comunista tienen el deber de sostener una lucha tenaz contra la "Internacional" de Ámsterdam de sindicatos amarillos[88]. Deben propagar insistentemente entre los obreros organizados en los sindicatos la necesidad de romper con la Internacional amarilla de Ámsterdam. Deben apoyar por todos los medios la naciente organización internacional de sindicatos rojos[89], adheridos a la Internacional Comunista.

11. Los partidos que deseen pertenecer a la III Internacional tienen el deber de revisar la composición de sus minorías parlamentarias, separar de ellas a los elementos inseguros, subordinar estas minorías de hecho, y no de palabra, a los comités centrales de los partidos y exigir de cada parlamentario comunista que subordine toda su labor a los intereses de una verdadera propaganda y agitación revolucionarias.
12. Del mismo modo, la prensa periódica y no periódica y todas las editoriales deben estar subordinadas por entero al Comité Central del partido, independientemente de que este último en su conjunto sea en un momento dado legal o clandestino; es inadmisible que las editoriales, abusando de su autonomía, apliquen una política no ajustada por entero a los intereses del partido.
13. Los partidos que pertenezcan a la Internacional Comunista deben estructurarse de acuerdo con el principio del *centralismo* democrático. En la época actual de exacerbada guerra civil, el Partido Comunista sólo podrá cumplir con su deber si está organizado del modo más centralizado, si rige dentro de él una disciplina férrea, rayana en la disciplina militar, y si el centro del partido es un organismo autorizado, prestigioso y con amplias atribuciones y que goce de la confianza general de los miembros del partido.
14. Los partidos comunistas de los países en que los comunistas actúan legalmente deben efectuar depuraciones (revisiones) periódicas de los efectivos de sus organizaciones, a fin de depurar de manera sistemática el partido de los elementos pequeñoburgueses que se introducen inevitablemente en sus filas.
15. Cada partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista tiene la obligación de prestar apoyo incondicional a cada república soviética en su lucha contra las fuerzas contrarrevolucionarias. Los partidos comunistas deben efectuar una propaganda constante para que los obreros se nieguen a transportar pertrechos bélicos a los enemigos de las repúblicas soviéticas, realizar una propaganda legal o ilegal entre las tropas enviadas a estrangular a las repúblicas obreras, etc.
16. Los partidos que hasta ahora mantengan los viejos programas socialdemócratas tienen el deber de revisarlos en el plazo más breve posible y redactar, con arreglo a las condiciones específicas de su país, un nuevo programa comunista en el espíritu de los acuerdos de la Internacional Comunista. Como regla general, los programas de cada partido perteneciente a la Internacional Comunista deben ser ratificados por el Congreso ordinario de la Internacional Comunista o por su Comité Ejecutivo. En caso de que el programa de tal o cual partido no sea ratificado por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, dicho partido tendrá derecho a apelar al Congreso de la Internacional Comunista.
17. Todas las decisiones de los congresos de la Internacional Comunista, así como los acuerdos de su Comité Ejecutivo, son obligatorios para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista. La Internacional Comunista, que actúa en medio de la más enconada guerra civil, debe estar estructurada de una manera mucho más centralizada que la II Internacional. Por supuesto, la Internacional Comunista y su Comité Ejecutivo deberán tener en cuenta en toda su labor la diversidad de condiciones en que se ven obligados a luchar y actuar los distintos partidos, y adoptar decisiones obligatorias para todos sólo en los problemas en que sean posibles tales decisiones.
18. En relación con cuanto queda dicho, todos los partidos que deseen ingresar en la Internacional Comunista deberán cambiar su denominación. Cada partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista deberá denominarse: Partido *Comunista* de tal país (Sección de la III Internacional Comunista). El problema del nombre no es sólo formal, sino que tiene gran importancia política. La Internacional Comunista ha declarado una lucha sin cuartel a todo el mundo burgués y a todos los partidos socialdemócratas amarillos. Es preciso que para cada trabajador de filas esté clara por completo la diferencia que existe entre los partidos comunistas y los viejos partidos oficiales "socialdemócratas" o "socialistas", que han traicionado la bandera de la clase obrera.
19. Después de terminado el II Congreso Mundial de la Internacional Comunista, todos los partidos que deseen pertenecer a ella deberán celebrar, en el plazo más corto posible, un congreso extraordinario de cada partido para ratificar en él oficialmente, en nombre de todo el partido, las obligaciones arriba expuestas.

Publicadas el 20 de julio de 1920 en el núm. 12 de la revista "La Internacional Comunista".
T, 41, págs... 204-211.

5. Punto veinte de las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista[90].

Los partidos que deseen ingresar en la III Internacional, pero que hasta ahora no hayan modificado radicalmente su táctica anterior, deben preocuparse, antes de ingresar en ella, de que en su Comité Central y en todos los principales organismos centrales del partido figuren no menos de 2/3 de camaradas que se hayan manifestado públicamente y sin equívocos en pro del ingreso en la III Internacional antes ya del II Congreso de la Internacional Comunista. Las excepciones pueden ser admisibles con la conformidad del Comité Ejecutivo de la III Internacional. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene el derecho de hacer

también excepciones con los representantes del "centro" mencionados en el § 7.

Publicado el 28 de septiembre de 1920 en el núm. 13 de la revista "La Internacional Comunista".
T. 41, pág. 212.

II CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

19 de julio-7 de agosto de 1920.

1. Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista, 19 de julio.

(*Clamorosa ovación. Todos se ponen en pie y aplauden. El orador intenta hablar, pero siguen los aplausos y las exclamaciones en todas las lenguas. La ovación dura largo rato.*)

Camaradas: Las tesis sobre los problemas relativos a las tareas fundamentales de la Internacional Comunista* han sido publicadas en todos los idiomas y no representan algo sustancialmente nuevo (en particular para los camaradas rusos), ya que en grado considerable hacen extensivos a una serie de países occidentales, a Europa Occidental, ciertos rasgos básicos de nuestra experiencia revolucionaria y las enseñanzas de nuestro movimiento revolucionario. Por eso, en mi informe me detendré con algo más de detalle, aunque brevemente, en la primera parte del tema que me ha sido asignado: la situación internacional.

Las relaciones económicas del imperialismo constituyen la base de la situación internacional hoy existente. A lo largo de todo el siglo XX se ha definido por completo esta nueva fase del capitalismo, su fase superior y última. Todos vosotros sabéis, claro está, que el rasgo más característico y esencial del imperialismo consiste en que el capital ha alcanzado proporciones inmensas. La libre competencia ha sido sustituida por un monopolio gigantesco. Un número insignificante de capitalistas ha podido, a veces, concentrar en sus manos ramas industriales enteras, las cuales han pasado a las alianzas, carteles, consorcios y trusts, con frecuencia de carácter internacional. De este modo, los monopolistas se han apoderado de ramas enteras de la industria en el aspecto financiero, en el aspecto del derecho de propiedad y, en parte, en el aspecto de la producción, no sólo en algunos países, sino en el mundo entero. Sobre esta base se ha desarrollado el dominio, antes desconocido, de un número insignificante de los mayores bancos, reyes financieros y magnates de las finanzas, que, en la práctica, han transformado incluso las repúblicas más libres en monarquías financieras. Antes de la guerra, esto era reconocido públicamente por escritores que no tienen nada de revolucionarios, como, por ejemplo, Lysis en Francia.

Este dominio de un puñado de capitalistas alcanzó su pleno desarrollo cuando todo el globo terráqueo quedó repartido no sólo en el sentido de conquista de las distintas fuentes de materias primas y de medios de producción por los capitalistas más fuertes, sino también en el sentido de haber terminado el reparto preliminar de las colonias. Hace unos cuarenta años, la población de las colonias sometidas por seis potencias capitalistas apenas pasaba de doscientos cincuenta millones de seres. En vísperas de la guerra de 1914, en las colonias había ya cerca de seiscientos millones de habitantes, y si agregamos países como Persia, Turquía y China, que entonces eran ya semicolonias, resultará, en cifras redondas, una población de mil millones, que era oprimida mediante la dependencia colonial por los países más ricos, más civilizados y más libres. Y vosotros sabéis que, además de la dependencia jurídica directa de carácter estatal, la dependencia colonial presupone toda una serie de relaciones de dependencia financiera y económica, presupone toda una serie de guerras, que no eran consideradas como tales porque consistían, a menudo, en que las tropas imperialistas europeas y norteamericanas, pertrechadas con las más perfectas armas de exterminio, reprimían a los habitantes inermes e indefensos de las colonias.

De este reparto de toda la tierra, de este dominio del monopolio capitalista, de este poder omnímodo de un insignificante puñado de los mayores bancos -dos, tres, cuatro o, a lo sumo, cinco por Estado- nació, de modo ineluctable, la primera guerra imperialista de 1914-1918. Esa guerra se hizo para repartir de nuevo el mundo entero. Se hizo para determinar cuál de los dos grupos insignificantes de los mayores Estados -el inglés o el alemán- recibiría la posibilidad y el derecho de saquear, oprimir y explotar toda la Tierra. Como sabéis, la guerra decidió la cuestión en favor del grupo inglés. Y como resultado de esa guerra, nos

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

encontramos ante una exacerbación incomparablemente mayor de todas las contradicciones capitalistas. La guerra lanzó de golpe a unos doscientos cincuenta millones de habitantes de la Tierra a una situación equivalente a la de las colonias. Lanzó a esa situación a Rusia, en la que deben contarse cerca de ciento treinta millones, a Austria-Hungría, Alemania y Bulgaria, que suman en total no menos de ciento veinte millones. Doscientos cincuenta millones de habitantes de países que, en parte, figuran entre los más avanzados, entre los más cultos e instruidos, como Alemania, y que en el aspecto técnico se encuentran, igual que ella, al nivel del progreso contemporáneo. Por medio del Tratado de Versalles, la guerra impuso a esos países condiciones tales que pueblos avanzados se vieron reducidos a la dependencia colonial, a la miseria, el hambre, la ruina y la falta de derechos, pues en virtud del tratado están maniatados para muchas generaciones y puestos en condiciones que no ha conocido ningún pueblo civilizado. He aquí el cuadro que ofrece el mundo: nada más acabada la guerra, no menos de *mil doscientos cincuenta millones* de seres son víctimas de la opresión colonial, víctimas de la explotación del capitalismo feroz, que se jactaba de su amor a la paz y que tenía cierto derecho a jactarse de ello hace cincuenta años, cuando la Tierra no estaba repartida todavía, cuando el monopolio no dominaba aún, cuando el capitalismo podía desarrollarse de modo relativamente pacífico, sin conflictos bélicos colosales.

En la actualidad, después de esa época "pacífica", asistimos a una monstruosa exacerbación de la opresión, vemos el retorno a una opresión colonial y militar mucho peor que la anterior. El Tratado de Versalles ha colocado a Alemania, y a toda una serie de Estados vencidos, en una situación que hace materialmente imposible su existencia económica, en una situación de plena carencia de derechos y de humillación.

¿Qué número de naciones se ha aprovechado de ello? Para responder a esta pregunta debemos recordar que la población de los Estados Unidos de América -los únicos que han ganado en la guerra de modo pleno y se han transformado por completo, de un país con gran cantidad de deudas, en un país al que todos le deben- no pasa de cien millones de almas. El Japón, que ha ganado muchísimo al permanecer al margen del conflicto europeo-norteamericano y apoderarse del inmenso continente asiático, tiene cincuenta millones de habitantes. Inglaterra, que después de esos países ha ganado más que nadie, cuenta con una población de cincuenta millones. Y si agregamos los Estados neutrales, cuya población es muy pequeña y que se han enriquecido durante la conflagración, obtendremos, en cifras redondas, doscientos cincuenta millones.

Así tenéis, pues, trazado en líneas generales, el cuadro del mundo después de la guerra imperialista. Colonias oprimidas con una población de mil doscientos cincuenta millones de seres: países que son despedazados vivos, como Persia, Turquía y China; países que, derrotados, han sido reducidos a la situación de colonias. No más de doscientos cincuenta millones en países que han mantenido su vieja situación, pero que han caído, todos ellos, bajo la dependencia económica de Norteamérica y que durante toda la guerra dependieron en el aspecto militar, pues la contienda abarcó al mundo entero y no permitió ni a un solo Estado permanecer neutral de verdad. Y, por último, no más de doscientos cincuenta millones de habitantes en países en los que, por supuesto, se han aprovechado del reparto de la Tierra únicamente las altas esferas, únicamente los capitalistas. En total, cerca de mil setecientos cincuenta millones de personas que forman toda la población del globo. Quisiera recordaros este cuadro del mundo porque todas las contradicciones fundamentales del capitalismo, del imperialismo, que conducen a la revolución; todas las contradicciones fundamentales en el movimiento obrero, que condujeron a la lucha más encarnizada con la II Internacional, y de lo cual ha hablado el camarada presidente, todo eso está vinculado al reparto de la población de la Tierra.

Es claro que las cifras citadas ilustran en rasgos generales, fundamentales, el cuadro económico del mundo. Y es natural, camaradas, que sobre la base de ese reparto de la población de toda la Tierra haya aumentado en muchas veces la explotación del capital financiero, de los monopolios capitalistas.

No sólo las colonias y los países vencidos se ven reducidos a un estado de dependencia; en el interior mismo de cada país victorioso se han desarrollado las contradicciones más agudas, se han agravado todas las contradicciones capitalistas. Lo mostraré brevemente con algunos ejemplos.

Tomad la deuda pública. Sabemos que las deudas de los principales Estados europeos han aumentado, de 1914 a 1920, no menos de *siete* veces. Citaré una fuente económica más, que adquiere una importancia muy grande: es Keynes, diplomático inglés y autor del libro *Las consecuencias económicas de la paz.* Por encargo de su gobierno, Keynes participó en las negociaciones de paz de Versalles, las siguió sobre el terreno con un criterio puramente burgués, estudió el asunto paso a paso, en detalle, y, como economista, tomó parte en las conferencias. Ha llegado a conclusiones que son más tajantes, más evidentes y más edificantes que cualquiera otra de un revolucionario comunista, pues las hace un burgués auténtico, un enemigo implacable del bolchevismo, del cual traza, como filisteo inglés, un cuadro monstruoso, bestial y feroz. Keynes ha llegado a la conclusión de que, con el Tratado de Versalles, Europa y el mundo entero van a la bancarrota.

Keynes ha dimitido, ha arrojado su libro a la cara del gobierno y ha dicho: Hacen una locura. Os citaré sus cifras que, en conjunto, se reducen a lo siguiente:
¿Qué relaciones de deudores y acreedores se han establecido entre las principales potencias? Convierto las libras esterlinas en rublos oro, al cambio de diez rublos oro por libra esterlina, y he aquí lo que resulta: los Estados Unidos tienen un activo de diecinueve mil millones; su pasivo es nulo. Hasta la guerra eran deudores de Inglaterra. En el último Congreso del Partido Comunista de Alemania, el 14 de abril de 1920, el camarada Levi señalaba con razón en su informe que sólo quedan dos potencias que actúan hoy índependientes en el mundo: Inglaterra y Norteamérica. Pero sólo Norteamérica sigue siendo independiente en absoluto desde el punto de vista financiero. Antes de la guerra era deudora; hoy es sólo acreedora. Todas las demás potencias del mundo han contraído deudas. Inglaterra se ve reducida a la siguiente situación: activo, diecisiete mil millones; pasivo, ocho mil millones; es ya mitad deudora. Además, en su activo figuran cerca de seis mil millones que le debe Rusia. En esa deuda se incluyen los stocks militares que Rusia compró durante la guerra. No hace mucho, cuando Krasin, en su calidad de representante del Gobierno soviético de Rusia, tuvo ocasión de conversar con Lloyd George sobre los convenios relativos a las deudas, explicó claramente a los científicos y a los políticos dirigentes del gobierno inglés que se equivocaban de medio a medio si pensaban cobrar estas deudas. Y el diplomático inglés Keynes les había ya revelado este error.
Por supuesto, la cuestión no depende sólo del hecho, y ni siquiera del hecho, de que el gobierno revolucionario ruso no desee pagar las deudas. Ningún gobierno se avendría a liquidarlas, por la sencilla razón de que estas deudas no representan más que los intereses usurarios de lo que ha sido ya pagado una veintena de veces, y este mismo burgués Keynes, que no siente ninguna simpatía por el movimiento revolucionario ruso, dice: "Está claro que estas deudas no pueden ser tenidas en cuenta".
Por lo que se refiere a Francia, Keynes aduce cifras como éstas: su activo es de tres mil millones y medio, su pasivo, ¡de diez mil millones y medio! Y éste es el país del cual decían los franceses mismos que era el usurero de todo el mundo, porque sus "ahorros" eran colosales y el saqueo colonial y financiero, que le había proporcionado un capital gigantesco, le permitía otorgar préstamos de miles y miles de millones, en particular a Rusia. Francia obtenía de estos préstamos beneficios fabulosos. Y a pesar de ello, a pesar de la victoria, Francia se ha convertido en deudora.
Una fuente burguesa norteamericana, citada por el camarada Braun, comunista, en su libro *¿Quién debe pagar las deudas de guerra?* (Leipzig, 1920), define de la manera siguiente la relación que existe entre las deudas y el patrimonio nacional: en los países victoriosos, en Inglaterra y Francia, las deudas representan más del 50% del patrimonio nacional. En lo que atañe a Italia, este porcentaje es de 60 a 70 y, en cuanto a Rusia, de 90; pero, como sabéis, estas deudas no nos inquietan, pues poco antes de que apareciese el libro de Keynes, habíamos seguido su excelente consejo: habíamos anulado todas nuestras deudas. (*Clamorosos aplausos*.)
Keynes no hace más que revelar, en este caso, su habitual rareza de filisteo: al aconsejar la anulación de todas las deudas, declara que, por supuesto, Francia sólo saldrá ganando; que, desde luego, Inglaterra no perderá gran cosa, pues, de todos modos, no se podría sacar nada de Rusia; Norteamérica perderá mucho, pero Keynes cuenta con ¡"la generosidad" norteamericana! En este terreno no compartimos las concepciones de Keynes ni de los demás pacifistas pequeñoburgueses. Creemos que para conseguir la anulación de las deudas tendrán que esperar otra cosa y trabajar en una dirección un tanto diferente, y no en la de contar con "la generosidad" de los señores capitalistas.
De estas cifras, muy concisas, se infiere que la guerra imperialista ha creado también para los países victoriosos una situación imposible. Así lo indica igualmente la enorme desproporción entre los salarios y la subida de los precios. El 8 de marzo de este año, el Consejo Supremo de Economía, institución encargada de defender el orden burgués del mundo entero contra la creciente revolución, adoptó una resolución que terminaba con un llamamiento al orden, a la laboriosidad y al ahorro, a condición, claro está, de que los obreros sigan siendo esclavos del capital. Este Consejo Supremo de Economía, órgano de la Entente, órgano de los capitalistas de todo el mundo, hizo el siguiente balance.
En los Estados Unidos de América, los precios de los productos alimenticios han subido en un promedio del 120 %, mientras que los salarios han aumentado sólo en el 100%. En Inglaterra, los productos alimenticios han subido en el 170 %; los salarios, en el 130 %. En Francia, los precios de los víveres han aumentado en el 300%; los salarios, en el 200%. En el Japón, los precios han subido en el 130%; los salarios, en el 60% (confronto las cifras indicadas por el camarada Braun en su folleto y las del Consejo Supremo de Economía publicadas por el *Times*[92] el 10 de marzo de 1920).
Está claro que, en semejante situación, son inevitables el crecimiento de la indignación de los obreros, el desarrollo de las ideas y del estado de ánimo revolucionarios y el aumento de las huelgas espontáneas de masas. Porque la situación de los obreros se hace insoportable. Estos se convencen por propia experiencia de que los capitalistas se han

enriquecido inmensamente con la guerra, cuyos gastos y deudas hacen recaer sobre las espaldas de los obreros. Recientemente, un telegrama nos comunicaba que Norteamérica quiere repatriar a Rusia a quinientos comunistas más para desembarazarse de estos "peligrosos agitadores".

Pero aunque Norteamérica nos enviase no quinientos, sino quinientos mil "agitadores" rusos, norteamericanos, japoneses o franceses, las cosas no cambiarían, pues subsistiría la desproporción de los precios, contra la que no pueden hacer nada. Y no pueden hacer nada porque la propiedad privada se protege allí rigurosamente, porque para ellos es "sagrada". No debe olvidarse que la propiedad privada de los explotadores ha sido abolida sólo en Rusia. Los capitalistas no pueden hacer nada contra esa desproporción de los precios, y los obreros no pueden vivir con los antiguos salarios. Contra esta calamidad no sirve ningún viejo método; ni las huelgas aisladas, ni la lucha parlamentaria ni la votación pueden hacer nada, porque "la propiedad privada es sagrada", y los capitalistas han acumulado tales deudas que el mundo entero está avasallado por un puñado de personas. Por otra parte, las condiciones de existencia de los obreros se hacen más y más insoportables. No hay más salida que abolir "la propiedad privada" de los explotadores.

En su folleto *Inglaterra y la revolución mundial,* del cual nuestro *Noticiero del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros*[93] de febrero de 1920 ha publicado valiosos extractos, el camarada Lapinski indica que en Inglaterra los precios del carbón de exportación han sido el doble más elevados que los previstos por los medios industriales oficiales.

En Lancashire se ha llegado a un alza del valor de las acciones de un 400%. Los beneficios de los bancos constituyen del 40 al 50%, como mínimo; además se debe señalar que, cuando se trata de determinar sus beneficios, todos los banqueros saben encubrir la parte leonina no llamándola beneficios, sino disimulándola bajo la forma de primas, bonificaciones, etc. Así pues, también en este caso, los hechos económicos indiscutibles muestran que la riqueza de un puñado ínfimo de personas ha crecido de manera increíble, que un lujo inaudito rebasa todos los límites, mientras que la miseria de la clase obrera se agrava sin cesar. Por otra parte, hay que señalar, en particular, una circunstancia que el camarada Levi ha subrayado con extraordinaria claridad en su informe: la modificación del valor del dinero. A consecuencia de las deudas, de la emisión de papel moneda, etc., el dinero se ha desvalorizado en todas partes. La misma fuente burguesa que he citado ya, es decir, la declaración del Consejo Supremo de Economía del 8 de marzo de 1920, estima que, en Inglaterra, la depreciación de la moneda con relación al dólar es aproximadamente de un tercio; en Francia y en Italia, de dos tercios, y en Alemania, llega al 96 %.

Este hecho muestra que el "mecanismo" de la economía capitalista mundial se está descomponiendo por entero. Es imposible continuar las relaciones comerciales de las que dependen, bajo el régimen capitalista, la obtención de materias primas y la venta de los productos manufacturados; no pueden continuar precisamente porque toda una serie de países se hallan sometidos a uno solo a causa de la depreciación monetaria. Ninguno de los países ricos puede vivir ni comerciar, porque no puede vender sus productos ni recibir materias primas.

Resulta, pues, que Norteamérica misma, el país más rico, al que están sometidos todos los demás países, no puede comprar ni vender. Y ese mismo Keynes, que ha conocido todos los recovecos y peripecias de las negociaciones de Versalles, se ve obligado a reconocer esta imposibilidad, pese a su firme decisión de defender el capitalismo y a despecho de todo su odio al bolchevismo. Dicho sea de paso, no creo que ningún llamamiento comunista, o, en general, revolucionario, pueda compararse, por su vigor, con las páginas en que Keynes pinta a Wilson y "el wilsonismo" en acción. Wilson fue el ídolo de los pequeños burgueses y de los pacifistas tipo Keynes y de ciertos "héroes" de la II Internacional (e incluso de la Internacional "II y media"[94]) que han exaltado sus "14 puntos"[95] y escrito hasta libros "sabios" acerca de "las raíces" de la política wilsoniana, esperando que Wilson salvaría "la paz social", reconciliaría a los explotadores con los explotados y efectuaría reformas sociales. Keynes ha mostrado con toda evidencia que Wilson ha resultado ser un tonto y que todas esas ilusiones se han esfumado al primer contacto con la política práctica, mercantilista y traficante del capital, encarnada por los señores Clemenceau y Lloyd George. Las masas obreras ven ahora con claridad creciente por la experiencia de su propia vida, y los sabios pedantes podrían verlo con la sola lectura del libro de Keynes, que "las raíces" de la política de Wilson estribaban sólo en la necedad clerical, la fraseología pequeñoburguesa y la total incomprensión de la lucha de clases.

De todo eso dimanan de modo completamente inevitable y natural dos condiciones, dos situaciones fundamentales. De una parte, la miseria y la ruina de las masas se han acrecentado de manera inaudita, principalmente en lo que concierne a mil doscientos cincuenta millones de seres humanos, o sea, al 70% de la población del globo. Se trata de las colonias y los países dependientes, cuya población está privada de todo derecho jurídico, de países colocados "bajo el mandato" de los bandidos de las finanzas. Y, además, la esclavitud de los países vencidos ha sido refrendada por el Tratado de Versalles y los acuerdos secretos relativos a Rusia, que, a decir verdad, tienen a veces tanto valor como los papeluchos en que se ha

escrito que debemos tantos y cuantos miles de millones. Presenciamos en la historia mundial el primer caso de confirmación jurídica de la expoliación, la esclavitud, la dependencia, la miseria y el hambre de mil doscientos cincuenta millones de seres humanos.

De otra parte, en cada país que se ha convertido en acreedor, la situación de los obreros se ha hecho insoportable. La guerra ha agravado al máximo todas las contradicciones capitalistas, y en ello está el origen de esa profunda efervescencia revolucionaria, que se acrecienta, porque durante la guerra los hombres se hallaban bajo el régimen de la disciplina militar, eran lanzados a la muerte o amenazados de una represión militar inmediata. Las condiciones impuestas por la guerra no dejaban ver la realidad económica. Los escritores, los poetas, los curas y toda la prensa no hacían más que glorificar la guerra. Ahora, cuando la guerra ha terminado, han comenzado los desenmascaramientos. Se ha desenmascarado el imperialismo alemán con su Paz de Brest-Litovsk. Está desenmascarada la Paz de Versalles, que debía ser la victoria del imperialismo y ha resultado ser su derrota. El ejemplo de Keynes muestra, entre otras cosas, que decenas y centenares de miles de pequeños burgueses, de intelectuales o simplemente de personas un tanto desarrolladas y cultas de Europa y EE.UU. se han visto obligados a emprender la misma senda que él, que ha presentado su dimisión y arrojado a la cara de su gobierno el libro que lo desenmascara. Keynes ha mostrado lo que ocurre y ocurrirá en la conciencia de miles y centenares de miles de personas cuando comprendan que todos los discursos sobre "la guerra por la libertad", etc., han sido puro engaño y que, a consecuencia de la guerra, se ha enriquecido sólo una ínfima minoría, mientras que los demás se han arruinado y han quedado sojuzgados. Porque el burgués Keynes declara que los ingleses, para proteger su vida y para salvar la economía inglesa, deben conseguir ¡que entre Alemania y Rusia se reanuden las relaciones comerciales libres! Pero ¿cómo conseguirlo? ¡Anulando todas las deudas, como propone él! Esta es una idea que no pertenece sólo al científico economista Keynes. Millones de personas llegan y llegarán a esta idea. Y millones de personas oyen declarar a los economistas burgueses que la única salida consiste en anular las deudas; que, por consiguiente, "¡malditos sean los bolcheviques!" (que las han anulado) y "¡¡hagamos un llamamiento a "la generosidad" de Norteamérica!! Creo que se debería enviar en nombre del Congreso de la Internacional Comunista un mensaje de gratitud a estos economistas que hacen agitación en favor del bolchevismo.

Si, de una parte, la situación económica de las masas se ha hecho insoportable; si, de otra parte, en el seno de la ínfima minoría de los omnipotentes países vencedores se ha iniciado y se acelera la descomposición que ilustra Keynes, presenciamos en realidad cómo maduran las dos condiciones de la revolución mundial.

Tenemos ahora ante nuestra vista un cuadro algo más completo del mundo. Sabemos lo que significa esta dependencia de un puñado de ricachones, a la que están sujetos mil doscientos cincuenta millones de seres colocados en condiciones de existencia inaguantables. De otro lado, cuando se ofreció a los pueblos el Pacto de la Sociedad de Naciones, en virtud del cual ésta declara que ha puesto fin a las guerras y que en adelante no permitirá a nadie quebrantar la paz; cuando este pacto -última esperanza de las masas trabajadoras del mundo entero- entró en vigor, eso fue para nosotros la victoria más grande. Cuando no había entrado aún en vigor, decían: Es imposible no imponer condiciones especiales a un país como Alemania; cuando haya un tratado, ya verán que todo marchará bien. Pero cuando este pacto se publicó, ¡los furibundos enemigos del bolchevismo tuvieron que renegar de él! Tan pronto como el pacto empezó a entrar en vigor, resultó que el grupito de países más ricos, este "cuarteto de gente gorda" -Clemenceau, Lloyd George, Orlando y Wilson- ¡quedó encargado de arreglar las nuevas relaciones! ¡Y cuando pusieron en marcha la máquina del pacto, ésta llevó a la ruina total!

Lo hemos visto en las guerras contra Rusia. Débil, arruinada y abatida, Rusia, el país más atrasado, lucha contra todas las naciones, contra la alianza de Estados ricos y poderosos que dominan al mundo, y sale vencedora de esta lucha. No podíamos oponer fuerzas un tanto equivalentes, y, sin embargo, salimos vencedores. ¿Por qué? Porque no había ni sombra de unidad entre ellos, porque cada potencia actuaba contra otra. Francia quería que Rusia le pagase las deudas y se convirtiese en una fuerza temible contra Alemania; Inglaterra deseaba el reparto de Rusia, intentaba apoderarse del petróleo de Bakú y firmar un tratado con los países limítrofes de Rusia. Entre los documentos oficiales ingleses figura un libro en el que se enumeran con extraordinaria escrupulosidad todos los Estados (se cuentan 14) que, hace medio año, en diciembre de 1919, prometían tomar Moscú y Petrogrado. Inglaterra basaba su política en estos Estados y les daba a préstamo millones y millones. Pero hoy han fracasado todos estos cálculos y se han perdido todos los empréstitos.

Tal es la situación que ha creado la Sociedad de Naciones. Cada día de existencia de este pacto constituye la mejor agitación en favor del bolchevismo. Porque los partidarios más poderosos del "orden" capitalista nos muestran que, en cada cuestión, se ponen la zancadilla unos a otros. Por el reparto de Turquía, Persia, Mesopotamia y China se entablan querellas feroces entre el Japón, la Gran

Bretaña, Norteamérica y Francia. La prensa burguesa de estos países está llena de los más violentos ataques y de las invectivas más acerbas contra sus "colegas" porque les quitan el botín ante sus propias narices. Somos testigos del total desacuerdo que reina en las alturas entre este puñado ínfimo de países más ricos. Es imposible que mil doscientos cincuenta millones de seres, que representan el 70% de la población de la Tierra, vivan en las condiciones de avasallamiento que quiere imponerles el capitalismo "avanzado" y civilizado. En cuanto al puñado ínfimo de potencias riquísimas, Inglaterra, Norteamérica y el Japón (este último tuvo la posibilidad de saquear a los países de Oriente, los países de Asia, pero no puede poseer ninguna fuerza independiente, ni financiera ni militar, sin la ayuda de otro país), estos dos o tres países no están en condiciones de organizar las relaciones económicas y orientan su política a hacer fracasar la de sus asociados y "partenaires" de la Sociedad de Naciones. De aquí se deriva la crisis mundial. Y estas raíces económicas de la crisis son la causa principal de que la Internacional Comunista consiga brillantes éxitos.

Camaradas: Vamos a abordar ahora el problema de la crisis revolucionaria como base de nuestra acción revolucionaria. Y en este terreno necesitamos señalar, ante todo, dos errores extendidos. De un lado, los economistas burgueses presentan esta crisis como una simple "molestia", según la elegante expresión de los ingleses. De otro lado, los revolucionarios procuran demostrar a veces que la crisis no tiene absolutamente salida.

Esto es un error. Situaciones absolutamente sin salida no existen. La burguesía se comporta como una fiera insolentada que ha perdido la cabeza y comete una tontería tras otra, empeorando la situación y acelerando su muerte. Todo eso es así. Pero no se puede "demostrar" que no hay absolutamente ninguna posibilidad de que adormezca a cierta minoría de explotados con determinadas concesiones, de que aplaste cierto movimiento o sublevación de una parte de oprimidos y explotados. Intentar "demostrar" con antelación la falta "absoluta" de salida sería vana pedantería o juego de conceptos y palabras. En esta cuestión, y en otras parecidas, la verdadera "demostración" puede ser únicamente la práctica. El régimen burgués está pasando en todo el mundo por una grandísima crisis revolucionaria. Ahora hay que "demostrar" con la práctica de los partidos revolucionarios que éstos tienen suficiente grado de conciencia, organización, ligazón con las masas explotadas, decisión y habilidad a fin de aprovechar esta crisis para el éxito, para la victoria de la revolución.

Para preparar esa "demostración" nos hemos reunido precisa y principalmente en el presente Congreso de la Internacional Comunista.

Como ejemplo del grado en que domina aún el oportunismo entre los partidos que desean adherirse a la III Internacional, del grado en que la labor de ciertos partidos está lejos todavía de preparar a la clase revolucionaria para aprovechar la crisis revolucionaria, citaré a Ramsay MacDonald, jefe del Partido Laborista Independiente inglés. En su libro *El Parlamento y la Revolución,* dedicado precisamente a los problemas cardinales en que también nosotros nos ocupamos ahora, MacDonald describe el estado de cosas, poco más o menos, en el espíritu de los pacifistas burgueses. Reconoce que hay crisis revolucionaria, que aumentan los sentimientos revolucionarios, que las masas obreras simpatizan con el Poder soviético y la dictadura del proletariado (advertid que se trata de Inglaterra) y que la dictadura del proletariado es mejor que la actual dictadura de la burguesía inglesa.

Pero MacDonald no deja de ser un pacifista y conciliador burgués hasta la médula, un pequeño burgués que sueña con un gobierno situado al margen de las clases. Reconoce la lucha de clases sólo como "un hecho descriptivo", igual que todos los embusteros, sofistas y pedantes de la burguesía. Silencia la experiencia de Kerenski, los mencheviques y los eseristas en Rusia, la experiencia análoga de Hungría, Alemania, etc., sobre la formación de un gobierno "democrático" y, en apariencia, fuera de las clases. MacDonald adormece a su partido y a los obreros que tienen la desgracia de tomar a este burgués por un socialista, de tomar a este filisteo por un líder, con las siguientes palabras: "Sabemos que esto (o sea, la crisis revolucionaria, la efervescencia revolucionaria) pasará, se calmará". La guerra originó inevitablemente la crisis, pero después de la guerra, aunque no sea de golpe, "todo se calmará".

Así escribe un hombre que es el jefe de un partido que desea adherirse a la III Internacional. En ello vemos una denuncia de excepcional franqueza, y tanto más valiosa, de lo que se observa con no menos frecuencia en las altas esferas del Partido Socialista Francés y del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania: no sólo no saber, sino también no querer aprovechar la crisis revolucionaria en sentido revolucionario o, dicho de otro modo, no saber y no querer efectuar una verdadera preparación revolucionaria del partido y de la clase para la dictadura del proletariado.

Ese es el mal fundamental de numerosísimos partidos que hoy se apartan de la II Internacional. Y precisamente por eso, en las tesis que he propuesto al presente congreso analizo con el mayor detenimiento la definición más concreta y exacta posible de las tareas que implica *la preparación* para la dictadura del proletariado.

Aduciré un ejemplo más. Recientemente se ha publicado un nuevo libro contra el bolchevismo.

Ahora aparecen en Europa y EE.UU. muchísimos libros de ese género, y cuantos más libros se publican contra el bolchevismo, tanto mayores son la fuerza y la rapidez con que crecen en las masas las simpatías por él. Me refiero al libro de Otto Bauer *¿Bolchevismo o socialdemocracia?* En él se muestra de modo evidente a los alemanes qué es el menchevismo, cuyo ignominioso papel en la revolución rusa ha sido comprendido suficientemente por los obreros de todos los países. Otto Bauer ha escrito un panfleto menchevique hasta la médula, pese a haber ocultado sus simpatías por el menchevismo. Mas en Europa y EE.UU. es preciso difundir ahora nociones más exactas de lo que es el menchevismo, pues éste es un concepto genérico para todas las tendencias pretendidamente socialistas, socialdemócratas, etc., hostiles al bolchevismo. A nosotros, los rusos, nos aburriría escribir para Europa acerca de qué es el menchevismo. Otto Bauer lo ha mostrado de hecho en su libro, y agradecemos por anticipado a los editores burgueses y oportunistas que lo publiquen y traduzcan a diferentes idiomas. El libro de Bauer será un complemento útil, aunque original, para los manuales de comunismo. Tomad cualquier párrafo, cualquier razonamiento de Otto Bauer y demostrad dónde está en él el menchevismo, dónde las raíces de las concepciones que llevan al proceder de los traidores al socialismo, de los amigos de Kerenski, Scheidemann, etc.: tal será el problema que se podrá proponer con provecho y éxito en los "exámenes" para comprobar si el comunismo ha sido asimilado. Si uno no puede resolver este problema, no será aún comunista y valdrá más que no ingrese en el Partido Comunista. (*Aplausos*.)

Otto Bauer ha expresado magníficamente toda la esencia de las opiniones del oportunismo internacional en una frase, por la que -si pudiéramos mandar libremente en Viena- deberíamos erigirle un monumento en vida. El empleo de la violencia en la lucha de clases de las democracias contemporáneas -ha dicho O. Bauer- sería "violencia sobre los factores sociales de la fuerza".

Quizá os parezca esto extraño e incomprensible. Es un modelo del grado a que han llevado el marxismo, del grado de banalidad y defensa de los explotadores a que *se puede* llevar la teoría más revolucionaria. Hace falta la variante alemana de filisteísmo para obtener la "teoría" de que "los factores sociales de la fuerza" son el número, la organización, el lugar en el proceso de la producción y distribución, la actividad y la instrucción. Si un bracero en el campo y un obrero en la ciudad ejercen violencia revolucionaria sobre el terrateniente y el capitalista, eso no es en modo alguno dictadura del proletariado, no es ni mucho menos violencia sobre los explotadores y opresores del pueblo. Nada de eso. Es "violencia sobre los factores sociales de la fuerza".

Quizá el ejemplo que he puesto haya resultado algo humorístico. Pero la naturaleza del oportunismo contemporáneo es tal que su lucha contra el bolchevismo se convierte en humorismo. Para Europa y Norteamérica es de lo más útil y apremiante incorporar a la clase obrera, a cuánto hay de pensante en ella, a la lucha del menchevismo internacional (de los MacDonald, los O. Bauer y Cía.) contra el bolchevismo.

Aquí debemos preguntarnos: ¿cómo se explica la solidez de semejantes tendencias en Europa y por qué ese oportunismo es más vigoroso en Europa Occidental que en nuestro país? Pues porque los países adelantados han creado y siguen creando su cultura con la posibilidad de vivir a expensas de mil millones de seres oprimidos. Porque los capitalistas de estos países reciben mucho por encima de lo que podrían recibir como ganancia por la expoliación de los obreros de su país.

Antes de la guerra se consideraba que tres países riquísimos -Inglaterra, Francia y Alemania- tenían unos ingresos de ocho mil a diez mil millones de francos anuales, sin contar otros ingresos, sólo gracias a la exportación de capital al extranjero.

Es claro que de esta respetable suma se pueden echar quinientos millones, por lo menos, como migajas a los dirigentes obreros, a la aristocracia obrera, como sobornos de todo género. Y todo se reduce precisamente al soborno, que se hace por mil vías distintas: elevando la cultura en los mayores centros, creando establecimientos de enseñanza e instituyendo miles de cargos para dirigentes de cooperativas, líderes tradeunionistas y parlamentarios. Pero eso se hace por doquier donde existen relaciones capitalistas civilizadas contemporáneas. Y esos miles de millones de superganancias son la base económica en que descansa el oportunismo en el movimiento obrero. En EE.UU., Inglaterra y Francia se observa una obstinación mucho más tenaz de los líderes oportunistas, de las altas esferas de la clase obrera, de la aristocracia de los obreros: oponen una resistencia mucho mayor al movimiento comunista. Y por eso debemos estar preparados para el hecho de que la curación de esta enfermedad de los partidos obreros europeos y americanos resulte más difícil que en nuestro país. Sabemos que desde la fundación de la III Internacional se han obtenido éxitos grandiosos en el tratamiento de esta enfermedad, pero aún no hemos llegado a extirparla definitivamente: está todavía muy lejos de haber terminado la obra de depurar en todo el mundo los partidos obreros, los partidos revolucionarios del proletariado, de la influencia burguesa y de los oportunistas en su propio medio.

No me detendré a examinar las formas concretas en que debemos realizar eso. De ello se habla en mis tesis, que han sido publicadas. Aquí me incumbe señalar las profundas raíces económicas de este

fenómeno. Esta enfermedad se ha prolongado y su tratamiento se ha dilatado más de lo que pudieran esperar los optimistas. Nuestro enemigo principal es el oportunismo. El oportunismo en las altas esferas del movimiento obrero no es socialismo proletario, sino burgués. Se ha demostrado en la práctica que los políticos del movimiento obrero pertenecientes a la tendencia oportunista son mejores defensores de la burguesía que los propios burgueses. La burguesía no podría mantenerse si ellos no dirigieran a los obreros. Así lo demuestran no sólo la historia del régimen de Kerenski en Rusia, sino también la república democrática en Alemania, con su gobierno socialdemócrata al frente y la actitud de Alberto Thomas ante su gobierno burgués. Lo demuestra la experiencia análoga de Inglaterra y de los Estados Unidos. Ahí está nuestro enemigo principal, y debemos vencerlo. Tenemos que salir del congreso con la firme decisión de llevar hasta el fin esa lucha en todos los partidos. Tal es la tarea principal.

En comparación con esta tarea, la corrección de los errores de la tendencia "izquierdista" en el comunismo será una obra fácil. En toda una serie de países se observa el antiparlamentarismo, no tanto aportado por gente salida de la pequeña burguesía como apoyado por algunos destacamentos avanzados del proletariado a causa del odio que tienen al viejo parlamentarismo, de un odio lógico, justo y necesario a la conducta de los miembros de los parlamentos en Inglaterra, Francia, Italia y todos los países. Hay que proporcionar directrices de la Internacional Comunista, hay que dar a conocer mejor, más a fondo, a los camaradas la experiencia rusa, el alcance del verdadero partido político proletario. Nuestra labor consistirá en cumplir esta tarea. Y la lucha contra estos errores del movimiento proletario, contra estos defectos, será mil veces más fácil que la lucha contra la burguesía que, encubriéndose con el manto de reformistas, penetra en los viejos partidos de la II Internacional y orienta toda su labor no en un espíritu proletario, sino en un espíritu burgués.

Camaradas: Para concluir, me detendré a examinar otro aspecto de la cuestión. El camarada presidente ha dicho aquí que esta asamblea merece el calificativo de Congreso Mundial. Creo que tiene razón, sobre todo porque se encuentran aquí no pocos representantes del movimiento revolucionario de las colonias y de los países atrasados. Esto no es más que un modesto comienzo, pero lo importante es que se ha dado ya el primer paso. La unión de los proletarios revolucionarios de los países capitalistas, de los países avanzados, con las masas revolucionarias de los países que carecen o casi carecen de proletariado, con las masas oprimidas de las colonias, de los países de Oriente, se está produciendo en este congreso. La consolidación de esta unión depende de nosotros, y yo estoy seguro de que lo conseguiremos. El imperialismo mundial debe caer cuando el empuje revolucionario de los obreros explotados y oprimidos de cada país, venciendo la resistencia de los elementos pequeñoburgueses y la influencia de la insignificante élite constituida por la aristocracia obrera, se funda con el embate revolucionario de centenares de millones de seres que hasta ahora habían permanecido al margen de la historia y eran considerados sólo objeto de ésta.

La guerra imperialista ayudó a la revolución. La burguesía sacó soldados de las colonias, de los países atrasados, del estado de abandono en que se encontraban, para hacerlos participar en esa guerra imperialista. La burguesía inglesa inculcaba en los soldados de la India la idea de que los campesinos hindúes debían defender a la Gran Bretaña de Alemania; la burguesía francesa inculcaba en los soldados de las colonias francesas la idea de que los negros debían defender a Francia. Y les enseñaron a manejar las armas. Este aprendizaje es extraordinariamente útil, y por ello podríamos expresar a la burguesía nuestra profunda gratitud en nombre de todos los obreros y campesinos rusos y, en particular, en nombre de todo el Ejército Rojo ruso. La guerra imperialista ha hecho que los pueblos dependientes se incorporen a la historia universal. Y una de nuestras principales tareas consiste hoy en pensar en cómo colocar la primera piedra de la organización del movimiento soviético en los países *no* capitalistas. Los Soviets son allí posibles; no serán Soviets obreros, sino Soviets campesinos o Soviets de los trabajadores.

Habrá que realizar un gran trabajo, los errores serán inevitables y se tropezará con muchos obstáculos en ese camino. La tarea fundamental del II Congreso consiste en elaborar o trazar los principios de carácter práctico, a fin de que la labor efectuada hasta ahora en forma no organizada entre centenares de millones de personas transcurra en forma organizada, cohesionada y sistemática.

Ha pasado poco más de un año desde que se celebró el I Congreso de la Internacional Comunista y aparecemos ya como vencedores de la II Internacional. Las ideas soviéticas se difunden ahora no sólo entre los obreros de los países civilizados y las conocen y comprenden no sólo ellos. Los obreros de todos los países se ríen de esos sabihondos -muchos de los cuales se llaman socialistas- que con aire doctoral o casi doctoral se lanzan a disquisiciones sobre "el sistema" soviético, como les gusta expresarse a los sistemáticos alemanes, o sobre "la idea" soviética, término empleado por los socialistas "gremiales" ingleses[96]. Tales disquisiciones acerca del "sistema" soviético o de "la idea" soviética suelen enturbiar a menudo los ojos y la conciencia de los obreros. Pero los obreros desechan esa basura pedantesca y empuñan el arma proporcionada por los Soviets. También en los países de Oriente se va comprendiendo el papel y la

importancia de los Soviets.
El movimiento soviético se ha iniciado en todo el Oriente, en toda Asia, entre los pueblos de todas las colonias.
La tesis de que los explotados deben rebelarse contra los explotadores y crear sus Soviets no es demasiado complicada. Después de nuestra experiencia, después de dos años y medio de República Soviética en Rusia, después del I Congreso de la III Internacional, la comprensión de esa tesis está al alcance de centenares de millones de seres oprimidos por los explotadores en el mundo entero. Y si ahora, en Rusia, nos vemos obligados con frecuencia a hacer concesiones y a dar tiempo al tiempo, pues somos más débiles que los imperialistas internacionales, sabemos, en cambio, que mil doscientos cincuenta millones de habitantes del globo constituyen esa masa cuyos intereses defendemos. De momento tropezamos con los obstáculos, los prejuicios y la ignorancia, que hora tras hora van siendo relegados al pasado. Pero cuanto más tiempo transcurre, más nos vamos convirtiendo en los representantes y defensores efectivos de ese 70% de la población de la Tierra, de esa masa de trabajadores y explotados. Podemos decir con orgullo que en el I Congreso éramos, en el fondo, sólo unos propagandistas, que nos limitábamos a lanzar al proletariado del mundo entero unas ideas fundamentales, un llamamiento a la lucha, y preguntábamos: ¿dónde están los hombres capaces de seguir ese camino? Ahora tenemos en todas partes un proletariado de vanguardia. En todas partes hay un ejército proletario, aunque a veces esté mal organizado y exija una reorganización, y si nuestros camaradas internacionales nos ayudan ahora a organizar un ejército único, no habrá fallas que nos impidan realizar nuestra obra. Esa obra es la revolución proletaria mundial, es la creación de la República Soviética universal. (*Prolongados aplausos*.)

Publicado el 24 de julio de 1920 en el núm. 162 de "Pravda".
T. 41, págs. 215-235.

2. Discurso acerca del papel del Partido Comunista, 23 de julio.

Camaradas: Quisiera hacer algunas observaciones que guardan relación con discursos de los camaradas Tanner y McLaine. Tanner dice que está a favor de la dictadura del proletariado, pero la concibe de un modo algo distinto a como la concebimos nosotros. Dice que, en realidad, nosotros entendemos por dictadura del proletariado la dictadura de su minoría organizada y consciente.
Y en efecto, en la época del capitalismo, cuando las masas obreras son sometidas a una incesante explotación y no pueden desarrollar sus dotes humanas, lo más peculiar de los partidos políticos obreros es justamente que sólo pueden abarcar a una minoría de su clase. El partido político puede agrupar sólo a una minoría de la clase, puesto que los obreros verdaderamente conscientes en toda sociedad capitalista no constituyen sino la minoría de todos los obreros. Por eso nos vemos precisados a reconocer que sólo esta minoría consciente puede dirigir a las grandes masas obreras y llevarlas tras de sí. Y si el camarada Tanner dice que es enemigo del partido, pero, al mismo tiempo, está a favor de que la minoría de los obreros mejor organizados y más revolucionarios señale el camino a todo el proletariado, yo digo que, en realidad, no existe diferencia entre nosotros. ¿Qué representa una minoría organizada? Si esta minoría es realmente consciente, si sabe llevar tras de sí a las masas, si es capaz de dar respuesta a cada una de las cuestiones planteadas a la orden del día, entonces esa minoría es, en esencia, el partido. Y si camaradas como Tanner, a los que tenemos en cuenta de manera especial, por tratarse de representantes del movimiento de masas -cosa que difícilmente se puede decir de los representantes del Partido Socialista Británico-; si tales camaradas están a favor de que exista una minoría que luche decididamente por la dictadura del proletariado y que eduque en este sentido a las masas obreras, esa minoría no es, en esencia, otra cosa que el partido. El camarada Tanner dice que esta minoría debe organizar y llevar tras de sí a todas las masas obreras. Si el camarada Tanner y otros camaradas del grupo de Delegados de Fábrica *(Shop Stewards)* y de la organización Obreros Industriales del Mundo (IWW) reconocen esto -y cada día, en las conversaciones con ellos, vemos que, en efecto, lo reconocen-; si aprueban una situación en la que la minoría comunista consciente de la clase obrera lleva tras de sí al proletariado, deben convenir también en que el sentido de todas nuestras relaciones es precisamente ése. Y entonces, la única diferencia existente entre nosotros consistirá en que ellos eluden la palabra "partido", pues tienen una especie de prevención contra el partido político. Conciben el partido político como algo parecido a los partidos de Gompers y de Henderson[97], partidos de politicastros parlamentarios, traidores a la clase obrera. Y si conciben el parlamentarismo precisamente como el inglés y el norteamericano de nuestros días, también nosotros somos enemigos de ese parlamentarismo y de esos partidos políticos. Necesitamos partidos nuevos, unos partidos distintos. Necesitamos partidos que estén en contacto efectivo y permanente con las masas y sepan dirigirlas.
Paso a la tercera cuestión que desearía tratar en relación con el discurso del camarada McLaine. Este propugna que el Partido Comunista Inglés se adhiera al Partido Laborista. Me he manifestado ya a este respecto en mis tesis sobre el ingreso en la III

Internacional*. En mi folleto, esta cuestión queda pendiente[98]. Sin embargo, después de hablar con muchos camaradas, he llegado al convencimiento de que la decisión de continuar en el Partido Laborista es la única táctica acertada. Pero interviene el camarada Tanner y afirma: No seáis demasiado dogmáticos. Esta expresión es totalmente inoportuna. El camarada Ramsay dice: Dejad que nosotros mismos, los comunistas ingleses, resolvamos esta cuestión. ¿Qué sería la Internacional si una pequeña fracción cualquiera dijese: Algunos de nosotros estamos a favor de esto y otros están en contra; dejad que resolvamos nosotros mismos? ¿Para *qué* harían falta entonces la Internacional, el congreso y toda esta discusión? El camarada McLaine ha hablado únicamente del papel del partido político. Pero esto atañe también a los sindicatos y al parlamentarismo. Es exacto por completo que la mayor parte de los mejores revolucionarios se oponen a la adhesión al Partido Laborista, por cuanto están en contra del parlamentarismo como medio de lucha. Por eso, quizá sea lo mejor transferir este asunto a una comisión. Esta comisión deberá examinar y estudiar el asunto, que será resuelto sin falta en el presente congreso de la Internacional Comunista. No podemos estar de acuerdo con que esta cuestión afecte sólo a los comunistas ingleses. Debemos decir, en general, qué táctica es la certera.

Analizaré ahora algunos argumentos del camarada McLaine respecto al problema del Partido Laborista inglés. Es preciso decir abiertamente: el Partido Comunista puede ingresar en el Partido Laborista sólo a condición de que conserve plena libertad de crítica y pueda aplicar su propia política. Eso es lo más importante. Cuando el camarada Serrati habla, a este propósito, de colaboración de clases, yo afirmo: Esto no es colaboración de clases. Si los camaradas italianos consienten la presencia en su partido de oportunistas como Turati y Cía., es decir, de elementos burgueses, eso sí que es, en efecto, colaboración de clases. Pero en el caso que nos ocupa, en relación con el Partido Laborista inglés, se trata sólo de la colaboración de la minoría avanzada de los obreros ingleses con su mayoría aplastante. Son miembros del Partido Laborista todos los afiliados a los sindicatos. Es una estructura muy original, que no encontramos en ningún otro país. Esta organización abarca a cuatro millones de obreros de los seis o siete millones de afiliados a los sindicatos. No se les pregunta cuáles son sus convicciones políticas. Que me demuestre el camarada Serrati que se nos impide utilizar allí el derecho de crítica. Cuando lo demostréis, sólo entonces demostraréis que el camarada McLaine se equivoca. El Partido Socialista Británico puede decir con toda libertad que Henderson es un traidor y, sin embargo, seguir en el Partido Laborista. También aquí se hace efectiva la colaboración de la vanguardia de la clase obrera con los obreros atrasados, con la retaguardia. Esta colaboración tiene una importancia tan grande para todo el movimiento que insistimos categóricamente en que los comunistas ingleses sean el eslabón de enlace entre el partido, es decir, entre la minoría de la clase obrera, y toda la masa restante de los obreros. Si la minoría no sabe dirigir a las masas y vincularse estrechamente a ellas, no es un partido y, en general, no tiene ningún valor, aunque se denomine partido o Comité Nacional de Consejos de Delegados de Fábrica. Por lo que yo conozco, los consejos de delegados de fábrica en Inglaterra tienen su Comité Nacional, su dirección central, y eso es ya un paso para la constitución de un partido. Por consiguiente, si no se desmiente que el Partido Laborista inglés está compuesto de proletarios, eso será una colaboración de la vanguardia de la clase obrera con los obreros atrasados, y si esta colaboración no se hace efectiva de modo sistemático, entonces el Partido Comunista no tendrá ningún valor y no podrá ni hablarse de dictadura del proletariado. Y si nuestros camaradas italianos carecen de argumentos más convincentes, tendremos que resolver aquí más tarde el problema de manera definitiva, tomando como base lo que sabemos, y llegaremos a la conclusión de que la adhesión al Partido Laborista es una táctica atinada.

Los camaradas Tanner y Ramsay nos dicen que la mayoría de los comunistas ingleses no se mostrará de acuerdo con la adhesión, pero ¿debemos estar de acuerdo sin falta con la mayoría? De ningún modo. Si la mayoría no ha comprendido aún qué táctica es justa, tal vez se pueda esperar. Incluso la existencia paralela de ambos partidos durante cierto tiempo sería mejor que la negativa a responder qué táctica es acertada. Por supuesto, partiendo de la experiencia de todos los miembros del congreso, y sobre la base de los argumentos esgrimidos aquí, no insistiréis en que acordemos aquí mismo la creación inmediata en todos los países de un Partido Comunista único. Eso es imposible. Pero sí podemos expresar abiertamente nuestra opinión y trazar directrices. El problema planteado por la delegación inglesa debemos estudiarlo en una comisión especial y, después de esto, decir: La táctica acertada es el ingreso en el Partido Laborista. Si la mayoría está en contra de eso, deberemos organizar aparte a la minoría. Esto tendrá un significado educativo. Si las masas obreras inglesas tienen aún fe en la táctica anterior, comprobaremos nuestras conclusiones en el próximo congreso. Pero no podemos decir que esta cuestión afecte sólo a Inglaterra: eso sería imitar las peores costumbres de la II Internacional. Debemos expresar públicamente nuestra opinión. Si los comunistas ingleses no llegan a un acuerdo y no se crea un partido de masas, la escisión será inevitable de uno u

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

otro modo.

Publicado el 5 de agosto de 1920 en el núm. 5 del "Boletín del II Congreso de la Internacional Comunista".
T. 41, págs. 236-240.

3. Informe de la comisión para los problemas nacional y colonial, 26 de julio[99].

Camaradas: Me limitaré a una breve introducción, después de lo cual el camarada Maring, que ha sido secretario de nuestra comisión, presentará un detallado informe sobre las modificaciones que hemos introducido en las tesis. A continuación hará uso de la palabra el camarada Roy, que ha formulado algunas tesis adicionales. La comisión ha aprobado por unanimidad tanto las tesis originales[*], con las correspondientes modificaciones, como las tesis adicionales. Así pues, hemos conseguido una absoluta unidad de criterio en todos los problemas de importancia. Ahora haré algunas breves observaciones.

Primero. ¿Cuál es la idea más importante, la idea fundamental de nuestras tesis? Es la distinción entre naciones oprimidas y naciones opresoras. Nosotros subrayamos esta distinción, en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa. Para el proletariado y para la Internacional Comunista tiene particular importancia en la época del imperialismo observar los hechos económicos concretos y tomar como base, al resolver los problemas coloniales y nacionales, no tesis abstractas, sino fenómenos de la realidad concreta.

El rasgo distintivo del imperialismo consiste en que actualmente, como podemos ver, el mundo se halla dividido, por un lado, en un gran número de naciones oprimidas y, por otro, en un número insignificante de naciones opresoras, que disponen de riquezas colosales y de una poderosa fuerza militar. La inmensa mayoría de la población del globo, más de mil millones de seres -seguramente mil doscientos cincuenta millones si consideramos que aquélla es de mil setecientos cincuenta millones-, es decir, alrededor del 70% de la población de la Tierra, corresponde a las naciones oprimidas, las cuales se encuentran sometidas a una dependencia colonial directa, o son semicolonias (como, por ejemplo, Persia, Turquía y China), o, después de haber sido derrotadas por el ejército de una gran potencia imperialista, han sido obligadas por los tratados de paz a depender en gran medida de dicha potencia. Esta idea de la diferenciación, de la división de las naciones en opresoras y oprimidas informa todas las tesis; no sólo las primeras, las que aparecieron con mi firma y fueron publicadas originariamente, sino también las tesis del camarada Roy. Estas últimas han sido escritas teniendo en cuenta, sobre todo, la situación de la India y de otros grandes pueblos de Asia oprimidos por Inglaterra, y en esto reside la magna importancia que tienen para nosotros.

La segunda idea que orienta nuestras tesis es que, en la actual situación del mundo, después de la guerra imperialista, las relaciones entre los pueblos, así como todo el sistema mundial de Estados, vienen determinados por la lucha de un pequeño grupo de naciones imperialistas contra el movimiento soviético y contra los Estados soviéticos, a cuya cabeza figura la Rusia Soviética. Si no tenemos en cuenta este hecho, no podremos plantear correctamente ningún problema nacional o colonial, aunque se trate del rincón más apartado del mundo. Sólo partiendo de este punto de vista, los partidos comunistas podrán plantear y resolver acertadamente los problemas políticos tanto en los países civilizados como en los países atrasados.

Tercero. Quisiera destacar de manera especial la cuestión del movimiento democrático burgués en los países atrasados. Precisamente esta cuestión ha suscitado algunas divergencias. Nuestra discusión ha girado en torno a si es o no acertado, desde el punto de vista de los principios y de la teoría, afirmar que la Internacional Comunista y los partidos comunistas deben apoyar el movimiento democrático burgués en los países atrasados. Después de la discusión hemos llegado a la conclusión unánime de que debe hablarse de movimiento nacional-revolucionario, en vez de movimiento "democrático burgués". No cabe la menor duda de que todo movimiento nacional sólo puede ser un movimiento democrático burgués, pues la masa fundamental de la población en los países atrasados la constituyen los campesinos, que representan las relaciones capitalistas burguesas. Sería utópico suponer que los partidos proletarios, si es que pueden formarse en general en esos países atrasados, sean capaces de aplicar en ellos una táctica y una política comunistas sin mantener determinadas relaciones con el movimiento campesino y sin apoyarlo en la práctica. Ahora bien, en este punto se hizo la objeción de que si hablásemos de movimiento democrático burgués, se borraría toda diferencia entre el movimiento reformista y el movimiento revolucionario. Sin embargo, en los últimos tiempos, esta diferencia se ha manifestado con plena claridad en las colonias y en los países atrasados, ya que la burguesía imperialista trata por todos los medios de que el movimiento reformista se desarrolle también entre los pueblos oprimidos. Entre la burguesía de los países explotadores y la de las colonias se ha producido cierto acercamiento, debido a lo cual muy a menudo -y quizá incluso en la mayoría de los casos-, la burguesía de los países oprimidos, pese a prestar su apoyo a los movimientos nacionales, lucha al mismo tiempo de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir, al lado de ella, contra todos los

[*] Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

movimientos revolucionarios y las clases revolucionarias. En la comisión, este hecho ha sido demostrado de manera irrefutable, por lo que hemos estimado que lo único justo era tomar en consideración dicha diferencia y sustituir casi en todos los lugares la expresión "democrático burgués" por "nacional-revolucionario". El sentido de este cambio consiste en que nosotros, como comunistas, debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias sólo en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios, sólo en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organizar en un espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de explotados. Si no se dan esas condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista, a la que pertenecen también los "héroes" de la II Internacional. En las colonias existen ya partidos reformistas, y sus representantes se denominan a veces socialdemócratas y socialistas. La diferencia mencionada ha quedado establecida en todas las tesis, y gracias a ello, nuestro punto de vista aparece formulado, a mi juicio, de un modo mucho más preciso.

Quisiera hacer una observación más, relativa a los Soviets campesinos. La labor práctica de los comunistas rusos en las antiguas colonias del zarismo, en países tan atrasados como Turquestán, etc., nos ha planteado el problema de cómo aplicar la táctica y la política comunistas en las condiciones precapitalistas, pues el rasgo distintivo más importante de estos países es el dominio en ellos de las relaciones precapitalistas, por lo cual allí no cabe hablar siquiera de un movimiento puramente proletario. En tales países casi no hay proletariado industrial. No obstante, también en ellos hemos asumido y debemos asumir el papel de dirigentes. Nuestro trabajo nos ha mostrado que en esos países hay que vencer dificultades inmensas, pero los resultados prácticos nos han enseñado asimismo que, pese a dichas dificultades, hasta en los países que casi carecen de proletariado se puede también despertar en las masas el deseo de tener ideas políticas propias y de desplegar su propia actividad política. Esta tarea presentaba para nosotros más dificultades que para los camaradas de Europa Occidental, pues el proletariado de Rusia está abrumado por el trabajo de organización del Estado. Se comprende perfectamente que los campesinos, colocados en una dependencia semifeudal, puedan asimilar muy bien la idea de la organización soviética y sean capaces de ponerla en práctica. Es evidente asimismo que las masas oprimidas -explotadas no sólo por el capital mercantil, sino también por los señores feudales y por un Estado que se asienta sobre bases feudales- pueden aplicar asimismo esta arma, este tipo de organización, en las condiciones en que se encuentran. La idea de la organización soviética es sencilla y capaz de ser aplicada no sólo a las relaciones proletarias, sino también a las relaciones campesinas feudales y semifeudales. Nuestra experiencia en este aspecto no es aún muy grande; pero los debates en la comisión -en los que han participado varios representantes de países coloniales- nos han demostrado de un modo absolutamente irrefutable que en las tesis de la Internacional Comunista debe indicarse que los Soviets campesinos, los Soviets de los explotados, son un instrumento válido no sólo para los países capitalistas, sino también para los países con relaciones precapitalistas, y que es un deber indeclinable de los partidos comunistas y de quienes están dispuestos a organizarlos propagar la idea de los Soviets campesinos, de los Soviets de trabajadores, en todas partes, tanto en los países atrasados como en las colonias. Y dondequiera que las condiciones lo permitan, deberán intentar sin pérdida de tiempo organizar Soviets del pueblo trabajador.

Ante nosotros surge aquí la posibilidad de realizar un trabajo práctico de gran interés e importancia. Nuestra experiencia general en este terreno no es aún muy grande, pero poco a poco iremos reuniendo datos. Es indiscutible que el proletariado de los países avanzados puede y debe ayudar a las masas trabajadoras atrasadas, y que el desarrollo de los países atrasados podrá salir de su etapa actual cuando el proletariado victorioso de las repúblicas soviéticas tienda la mano a esas masas y pueda prestarles apoyo.

Este problema suscitó en la comisión debates bastante vivos, y no sólo en torno a las tesis que llevan mi firma, sino más aún en torno a las del camarada Roy, que él defenderá aquí y en las cuales se han introducido por unanimidad algunas enmiendas.

La cuestión ha sido planteada en los siguientes términos: ¿podemos considerar justa la afirmación de que la fase capitalista de desarrollo de la economía nacional es inevitable para los pueblos atrasados que se encuentran en proceso de liberación y entre los cuales ahora, después de la guerra, se observa un movimiento en dirección al progreso? Nuestra respuesta ha sido negativa. Si el proletariado revolucionario victorioso realiza entre esos pueblos una propaganda sistemática y los gobiernos soviéticos les ayudan con todos los medios a su alcance, es erróneo suponer que la fase capitalista de desarrollo sea inevitable para los pueblos atrasados. En todas las colonias y en todos los países atrasados no debemos limitarnos a formar cuadros propios de luchadores y organizaciones propias de partido, no debemos limitarnos a realizar una propaganda inmediata en pro de la creación de Soviets campesinos, tratando de adaptarlos a las condiciones

precapitalistas. Además de eso, la Internacional Comunista habrá de formular, dándole una base teórica, la tesis de que los países atrasados, con la ayuda del proletariado de las naciones adelantadas, pueden pasar al régimen soviético -y, a través de determinadas etapas de desarrollo, al comunismo- soslayando en su desenvolvimiento la fase capitalista.

Es imposible señalar de antemano los medios que serán necesarios para que esto ocurra. La experiencia práctica nos los irá sugiriendo. Pero es un hecho firmemente establecido que la idea de los Soviets es afín a todas las masas trabajadoras de los pueblos más lejanos; que estas organizaciones, los Soviets, deben ser adaptadas a las condiciones de un régimen social precapitalista, y que los partidos comunistas deben comenzar inmediatamente a trabajar en este sentido en el mundo entero.

Quisiera señalar, además, la importancia de que los partidos comunistas realicen su labor revolucionaria no sólo en su propio país, sino también en las colonias, y sobre todo entre las tropas que utilizan las naciones explotadoras para mantener sometidos a los pueblos de sus colonias.

El camarada Quelch, del Partido Socialista Británico, se refirió a este problema en nuestra comisión. Dijo que el obrero de filas inglés consideraría una traición ayudar a los pueblos sojuzgados cuando se sublevan contra el dominio inglés. Es verdad que la aristocracia obrera de Inglaterra y Norteamérica, imbuida de un espíritu jingoísta[100] y chovinista, representa un grandísimo peligro para el socialismo y presta un vigoroso apoyo a la II Internacional. Aquí nos hallamos ante una tremenda traición de los líderes y obreros afiliados a esa Internacional burguesa. En la II Internacional también se discutió el problema colonial. El Manifiesto de Basilea[101] se refirió a él en términos inequívocos. Los partidos de la II Internacional prometieron actuar revolucionariamente, pero no vemos por su parte ninguna verdadera labor revolucionaria ni ningún apoyo a los levantamientos de los pueblos explotados y dependientes contra las naciones opresoras. Como tampoco lo vemos, a mi parecer, entre la mayoría de los partidos que han abandonado la II Internacional y desean ingresar en la III. Debemos decirlo en voz alta, para que todos se enteren. Esto no puede ser refutado, y ya veremos si se hace algún intento de refutarlo.

Todas estas consideraciones han servido de base a nuestras resoluciones, que son, sin duda, demasiado largas; pero confío en que, pese a todo, resultarán útiles y contribuirán a desarrollar y organizar una labor verdaderamente revolucionaria en los problemas nacional y colonial, que es, en el fondo, nuestro objetivo principal.

Publicado el 7 de agosto de 1920 en el núm. 6 del "Boletín del II Congreso de la Internacional Comunista".
T. 41, págs. 241-247.

IX CONFERENCIA DE TODA RUSIA DEL PC(b)R.

22-25 de septiembre de 1920.

Informe político del CC del PC(b) de Rusia, 22 de septiembre.

Información periodística.

La guerra con Polonia, mejor dicho, la campaña de julio y agosto, ha cambiado de raíz la situación política internacional.

La agresión de los polacos a nuestro país fue precedida de un episodio característico de las relaciones internacionales que existían entonces. Cuando en enero propusimos la paz a Polonia, una paz extraordinariamente ventajosa para ella y muy desventajosa para nosotros, los diplomáticos de todos los países lo interpretaron a su manera: "Los bolcheviques hacen concesiones exorbitantes; eso significa que son exorbitantemente débiles". Vióse confirmada una vez más la verdad de que la diplomacia burguesa no puede comprender los métodos de nuestra nueva diplomacia de declaraciones públicas y francas. Por eso, nuestras propuestas suscitaron únicamente una explosión de chovinismo rabioso en Polonia, Francia y demás países y empujaron a Polonia a agredirnos. Al principio, Polonia tomó Kíev; después, nuestras tropas, con un contragolpe, se acercaron a Varsovia; luego se produjo un viraje, y nosotros retrocedimos más de cien verstas*.

Sin embargo, la situación creada como resultado de ello -grave, sin duda- no es en modo alguno pura pérdida para nosotros. Hemos frustrado sin piedad los cálculos de los diplomáticos acerca de nuestra debilidad y demostrado que Polonia no puede vencernos, en tanto que nosotros no hemos estado ni estamos lejos de la victoria sobre Polonia. Además, incluso ahora, tenemos un centenar de verstas de territorio conquistado. Y por último, nuestro avance hacia Varsovia ha ejercido un influjo tan poderoso en Europa Occidental y en toda la situación mundial que ha alterado por completo la correlación de las fuerzas políticas contendientes interiores y exteriores.

El acercamiento de nuestras tropas a Varsovia ha demostrado de manera indiscutible que en algún sitio próximo a ella se encuentra el centro de todo el sistema del imperialismo mundial basado en el Tratado de Versalles. Polonia, último baluarte contra los bolcheviques, que se halla por entero en manos de la Entente, es un factor tan poderoso de dicho sistema que, cuando el Ejército Rojo ha puesto en peligro este baluarte, se ha tambaleado todo el sistema. La República Soviética ha pasado a ser un factor de importancia primordial en la política internacional.

En la nueva situación ha repercutido, sobre todo, un hecho de extraordinaria importancia: la burguesía de los países que viven bajo el yugo de la Entente -y que representan el 70% de la población de la Tierra- está más bien a nuestro lado. También antes vimos que los pequeños Estados que lo pasan mal bajo la tutela de la Entente (Estonia, Georgia, etc.), y que cuelgan a sus bolcheviques, concluyen la paz con nosotros en contra de la voluntad de dicho bloque. Este hecho se ha manifestado ahora con fuerza singular en todos los confines del mundo. Al acercarse nuestras tropas a Varsovia, toda Alemania empezó a agitarse. Se creó la misma situación que pudimos observar en nuestro país en 1905, cuando los ultrarreaccionarios de las centurias negras[102] despertaron y llamaron a la vida política a vastos sectores del campesinado, a los más atrasados, que un día se pronunciaban contra los bolcheviques y al día siguiente exigían toda la tierra de los latifundistas. En Alemania hemos visto asimismo un bloque antinatural semejante de los ultrarreaccionarios con los bolcheviques. Ha surgido un tipo extraño de ultrarreaccionario-revolucionario, parecido a ese atrasado joven aldeano de Prusia Oriental que, como he leído hace unos días en un periódico alemán no bolchevique, dice que será preciso restaurar a Guillermo II porque no hay orden, pero que se debe seguir a los bolcheviques.

Otra consecuencia de nuestro acercamiento a Varsovia es el poderoso influjo que ha ejercido en el movimiento revolucionario de Europa, sobre todo de Inglaterra. Aunque no hemos sabido llegar hasta el proletariado industrial de Polonia (y ésa es una de las causas principales de nuestra derrota), que está al otro lado del Vístula y en Varsovia, hemos llegado hasta el proletariado inglés y elevado su movimiento

---

* *Versta:* medida itineraria en la vieja Rusia equivalente a 1,06 kilómetros. *(N. de la Edit.)*

a una altura sin precedente, a un nivel de la revolución completamente nuevo. Cuando el gobierno inglés nos presentó un ultimátum, resultó que debía preguntar primero sobre ello a los obreros ingleses. Y estos obreros, cuyos líderes son en sus nueve décimas partes mencheviques contumaces, respondieron organizando el Comité de Acción[103].

La prensa inglesa se alarmó y proclamó a gritos que eso era "dualidad de poderes". Y tenía razón. Inglaterra se encontró en la misma fase de las relaciones políticas que existió en Rusia después de la revolución de febrero de 1917, cuando los Soviets se vieron obligados a controlar cada paso del gobierno burgués. El Comité de Acción es una agrupación de todos los obreros, sin distinción de partido, análoga a nuestro Comité Ejecutivo Central de toda Rusia de los tiempos en que mangoneaban en él Gots, Dan y otros; una agrupación que compite con el gobierno y en la cual los mencheviques no tienen más remedio que actuar a medias como bolcheviques. Y de la misma manera que nuestros mencheviques, en fin de cuentas, se hicieron un lío y ayudaron a que las masas se sumaran a nosotros, los mencheviques del Comité de Acción se ven obligados, por la marcha incontenible de los acontecimientos, a desbrozar para las masas obreras inglesas el camino de la revolución bolchevique. Los mencheviques ingleses, según testimonian personas competentes, se sienten ya gobierno y se disponen a ocupar el puesto del gobierno burgués en un futuro no lejano. Eso representará un nuevo grado en el proceso general de la revolución proletaria inglesa.

Estos magnos progresos en el movimiento obrero inglés ejercen una influencia poderosa en el movimiento obrero mundial y, en primer término, en el movimiento obrero de Francia.

Tales son los resultados que nuestra última campaña polaca ha tenido en la política internacional y en las relaciones que cristalizan en Europa Occidental.

Ahora tenemos planteado el problema de la guerra y la paz con Polonia. Queremos evitar la campaña de invierno, dura para nosotros, y proponemos otra vez a Polonia una paz ventajosa para ella y desventajosa para nosotros. Pero es posible que los diplomáticos burgueses, siguiendo la vieja costumbre, consideren de nuevo nuestra declaración pública como un signo de debilidad. Es lo más probable que hayan decidido ya la campaña de invierno. Y en tal caso, debemos esclarecer las condiciones en que nos veremos obligados a entrar, posiblemente, en el nuevo período de la guerra.

Nuestra derrota ha originado ciertos cambios en Europa Occidental y ha unido contra nosotros a elementos heterogéneos que nos son hostiles. Pero en repetidas ocasiones hemos visto contra nosotros agrupaciones y estados de ánimo más poderosos, que, sin embargo, no resolvieron la cuestión.

Tenemos enfrente un bloque formado por Polonia, Francia y Wrangel, en quien Francia cifra sus esperanzas. Sin embargo, este bloque padece de una vieja enfermedad: la inconciliabilidad de sus elementos, el miedo de la pequeña burguesía de Polonia a la Rusia ultrarreaccionaria y a su representante típico: Wrangel. La Polonia pequeñoburguesa, patriótica, el Partido Socialista Polaco y el Partido Popular (el partido de los campesinos acomodados) quieren la paz. Los representantes de estos partidos dijeron en Minsk: "Sabemos que Varsovia y Polonia no han sido salvadas por la Entente -no podía salvarnos-, sino por el entusiasmo patriótico". Estas lecciones no se olvidan. Los polacos ven con claridad que saldrán de la guerra completamente arruinados en el aspecto financiero. Porque la guerra se paga, y Francia reconoce "la sacrosanta propiedad privada". Los representantes de los partidos pequeñoburgueses saben que Polonia estaba en vísperas de crisis antes ya de la guerra y que ésta aumenta la ruina, por lo cual prefieren la paz. Y nosotros queremos aprovechar esta oportunidad, proponiendo la paz a Polonia.

Se ha manifestado también un nuevo factor de extraordinaria importancia: el cambio de la composición social del ejército polaco. Hemos vencido a Kolchak y Denikin sólo después de haber cambiado la composición social de sus ejércitos, cuando sus firmes cuadros fundamentales se diluyeron en la masa campesina movilizada. Este proceso tiene lugar ahora en el ejército polaco: el gobierno se ve obligado a movilizar quintas de campesinos y obreros de mayor edad, que han hecho una guerra más encarnizada, la guerra imperialista. Este ejército no está compuesto ya de adolescentes fáciles de "moldear", sino de adultos a los que es imposible obligar a aprender lo que se quiera. Polonia ha rebasado ya el límite tras el que tenía asegurada, al principio, la victoria máxima y, después, la derrota máxima.

Si nos vemos obligados a sostener una campaña de invierno, venceremos, sin duda alguna, pese a la extenuación y el cansancio. Garantía de ello es también nuestra situación económica, que ha mejorado considerablemente. Hemos adquirido, en comparación con el pasado, una firme base económica. En 1917-1918 recogimos una cosecha de cereales de treinta millones de puds[*]; en 1918-1919, ciento diez millones; en 1919-1920, doscientos sesenta millones; pero el año próximo contamos con recoger cerca de cuatrocientos millones de puds. Estas cifras no son ya las mismas con que hubimos de combatir en los años de hambre. No miraremos ya con tanto horror los policromos pedazos de papel, que vuelan por miles de millones y que ahora descubren claramente que son trozos, jirones de la

[*] *Pud:* unidad de peso rusa, equivalente a 16,38 kg. *(N. de la Edit.)*

vieja vestimenta burguesa.
Tenemos más de cien millones de puds de petróleo. La cuenca del Donets nos proporciona ya cada mes de veinte a treinta millones de puds de carbón. Ha mejorado notablemente la situación en lo que respecta a la leña, mientras que el año pasado tuvimos que arreglárnoslas sólo con leña, sin petróleo y sin carbón.
Todo eso nos da derecho a decir que, si cohesionamos las fuerzas y las ponemos en tensión, la victoria será nuestra.

Publicado el 29 de septiembre de 1920, en el núm. 216 de "Pravda" y en el núm. 216 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".
T. 41, págs. 281-285.

TAREAS DE LAS ORGANIZACIONES JUVENILES.

(*Discurso pronunciado en el m Congreso de la unión de Juventudes Comunistas de Rusia el 2 de octubre de 1920.*)
(*Lenin es acogido por el Congreso con una clamorosa ovación*).
Camaradas: Quisiera departir hoy con vosotros sobre las tareas fundamentales de la Unión de Juventudes Comunistas y, con este motivo, de lo que deben ser las organizaciones juveniles en la República Socialista en general.
Este problema merece tanto más nuestra atención por cuanto puede decirse, en cierto sentido, que es precisamente la juventud la que deberá cumplir la verdadera tarea de crear la sociedad comunista. Porque es evidente que la generación de militantes educada en la sociedad capitalista puede, en el mejor de los casos, cumplir la tarea de destruir los cimientos del viejo modo de vida capitalista, basado en la explotación. Lo más que podrá hacer es organizar un régimen social que ayude al proletariado y a las clases trabajadoras a sostenerse en el poder y a crear una sólida base, sobre la que podrá edificar únicamente la generación que empieza a trabajar ya en condiciones nuevas, en una situación en la que no existen relaciones de explotación entre los hombres.
Pues bien, al abordar desde este punto de vista la cuestión de las tareas de la juventud, debo decir que estas tareas de la juventud en general, y de las Uniones de Juventudes Comunistas y demás organizaciones en particular, podrían definirse con una sola palabra: aprender.
Está claro que esto no es más que "una palabra". Y esta palabra no responde a las preguntas principales y más esenciales: ¿qué aprender y cómo aprender? Y lo esencial en este problema es que, con la transformación de la vieja sociedad capitalista, la enseñanza, la educación y la instrucción de las nuevas generaciones, llamadas a crear la sociedad comunista, no pueden seguir siendo lo que eran antes. La enseñanza, la educación y la instrucción de la juventud deben partir de los materiales que nos ha legado la vieja sociedad. Podremos edificar el comunismo únicamente con la suma de conocimientos, organizaciones e instituciones, con el acervo de medios y fuerzas humanas que hemos heredado de la vieja sociedad. Sólo transformando de manera radical la enseñanza, la organización y la educación de la juventud conseguiremos que los esfuerzos de la joven generación den como resultado la creación de una sociedad que no se parezca a la antigua, es decir, de la sociedad comunista. Por ello, debemos examinar detenidamente qué hemos de enseñar a la juventud y cómo ha de aprender ésta si quiere merecer de verdad el nombre de Juventud Comunista y cómo es necesario prepararla para que sea capaz de terminar y coronar la obra iniciada por nosotros.
Debo decir que la primera respuesta -y, al parecer, la más natural- es que la Unión de Juventudes, y en general toda la juventud que quiera pasar al comunismo, tiene que aprender el comunismo.
Pero esta respuesta, "aprender el comunismo", es demasiado general. ¿Qué necesitamos para aprender el comunismo? ¿Qué necesitamos escoger, entre la suma de conocimientos generales, para conocer el comunismo? En este terreno nos amenaza una serie de peligros, que surgen a cada paso en cuanto se plantea mal la tarea de aprender el comunismo o se la entiende de una manera demasiado unilateral.
Por supuesto, a primera vista parece que aprender el comunismo significa asimilar el conjunto de conocimientos que se exponen en los manuales, folletos y obras comunistas. Pero eso sería definir de un modo demasiado burdo e insuficiente el estudio del comunismo. Si el estudio del comunismo consistiera sólo en asimilar lo que dicen los trabajos, libros y folletos comunistas, esto nos proporcionaría con excesiva facilidad escolásticos o fanfarrones comunistas, lo que muchas veces nos causaría daño y perjuicio, porque esta gente, después de haber leído mucho y aprendido lo que se expone en los libros y folletos comunistas, sería incapaz de coordinar todos esos conocimientos y obrar como exige realmente el comunismo.
Uno de los mayores males y calamidades que nos ha dejado en herencia la vieja sociedad capitalista es el completo divorcio entre el libro y la vida práctica,

pues teníamos libros en los que todo estaba expuesto en forma perfecta, y la mayor parte de las veces esos libros no eran sino una repugnante e hipócrita mentira, que nos pintaba un cuadro falso de la sociedad capitalista.

Por eso, sería una gran equivocación limitarse a asimilar simplemente lo que dicen los libros del comunismo. Nuestros discursos y artículos de ahora no son una simple repetición de lo que se ha dicho antes respecto al comunismo, pues están ligados a nuestro trabajo cotidiano en todos los terrenos. Sin trabajo, sin lucha, el conocimiento libresco del comunismo, adquirido en folletos y obras comunistas, no tiene absolutamente ningún valor, por cuanto no haría más que continuar el antiguo divorcio entre la teoría y la práctica, ese divorcio que constituía el más repugnante rasgo de la vieja sociedad burguesa.

Sería más peligroso todavía que pretendiéramos aprender sólo las consignas comunistas. Si no comprendiéramos a tiempo este peligro y no hiciéramos toda clase de esfuerzos por evitarlo, la existencia de medio millón o de un millón de jóvenes de ambos sexos, que después de semejante estudio del comunismo se llamasen comunistas, no haría sino un gran perjuicio a la causa del comunismo.

Se nos plantea, pues, la cuestión de cómo hemos de coordinar todo esto para aprender el comunismo. ¿Qué debemos tomar de la vieja escuela, de la vieja ciencia? La vieja escuela declaraba que quería crear hombres instruidos en todos los dominios y que enseñaba las ciencias en general. Sabemos que eso era pura mentira, pues toda la sociedad se basaba y sostenía en la división de los hombres en clases, en explotadores y oprimidos. Como es natural, toda la vieja escuela, saturada de espíritu de clase, sólo daba conocimientos a los hijos de la burguesía. Cada una de sus palabras estaba amañada para favorecer los intereses de la burguesía. Estas escuelas, más que educar a los jóvenes obreros y campesinos, los amaestraban en provecho de esa misma burguesía. Trataban de preparar servidores útiles, capaces de proporcionar beneficios a la burguesía, sin turbar, al mismo tiempo, su ociosidad y sosiego. Por eso, al condenar la vieja escuela, nos hemos propuesto tomar de ella únicamente lo que nos es necesario para lograr una verdadera educación comunista.

Y ahora voy a tratar de los reproches, de las censuras, que se hacen corrientemente a la vieja escuela y que conducen muchas veces a interpretaciones falsas por entero. Se dice que la vieja escuela era una escuela libresca, una escuela de adiestramiento autoritario, una escuela de enseñanza memorista. Esto es cierto, pero hay que saber distinguir lo que tenía de malo y de útil para nosotros la vieja escuela, hay que saber elegir de ella lo indispensable para el comunismo.

La vieja escuela era libresca, obligaba a almacenar una masa de conocimientos inútiles, superfluos, muertos, que atiborraban la cabeza y transformaban a la generación joven en funcionarios cortados todos por el mismo patrón. Pero cometeríais un craso error si intentaseis deducir de eso que se puede ser comunista sin haber asimilado los conocimientos acumulados por la humanidad. Sería equivocado pensar que basta con aprenderse las consignas comunistas, las conclusiones de la ciencia comunista, sin asimilar la suma de conocimientos de los que es consecuencia el propio comunismo. El marxismo es un ejemplo de cómo apareció el comunismo de la suma de los conocimientos adquiridos por la humanidad.

Habréis leído y oído que la teoría comunista, la ciencia comunista, creada principalmente por Marx, que esta doctrina del marxismo ha dejado de ser obra de un solo socialista, bien es verdad que genial, del siglo XIX para transformarse en la doctrina de millones y decenas de millones de proletarios del mundo entero, que la aplican en su lucha contra el capitalismo. Y si preguntáis por qué ha podido la doctrina de Marx conquistar millones y decenas de millones de corazones en la clase más revolucionaria, se os dará una sola respuesta: porque Marx se apoyaba en la sólida base de los conocimientos humanos adquiridos bajo el capitalismo. Al estudiar las leyes que rigen la evolución de la sociedad humana, Marx comprendió la ineluctabilidad del desarrollo del capitalismo, que conduce al comunismo, y, cosa principal, lo demostró sólo tomando como base el estudio más exacto, más detallado y más profundo de esta sociedad capitalista, asimilando plenamente todo lo que la ciencia había dado hasta entonces. Marx analizó de un modo crítico, sin desdeñar un solo punto, todo lo que había creado la sociedad humana. Analizó todo lo que había creado el pensamiento humano, lo sometió a crítica, lo comprobó en el movimiento obrero y sacó de ello las conclusiones que los hombres encerrados en el marco burgués o atenazados por los prejuicios burgueses no podían sacar.

Esto hay que tenerlo en cuenta cuando hablamos, por ejemplo, de la cultura proletaria[104]. Sin comprender con claridad que esta cultura proletaria sólo puede crearse conociendo con precisión la cultura que ha creado la humanidad en todo su desarrollo y transformándola, sin comprender eso, no podremos cumplir dicha tarea. La cultura proletaria no surge de la nada, no es una invención de los que se llaman especialistas en cultura proletaria. Eso es pura necedad. La cultura proletaria tiene que ser el desarrollo lógico del acervo de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, de la sociedad terrateniente, de la sociedad burocrática. Todos esos caminos y senderos han conducido y conducen a la cultura proletaria, del mismo modo que la economía política, transformada por Marx, nos ha mostrado a dónde

debe llegar la sociedad humana, nos ha indicado el paso a la lucha de clases, al comienzo de la revolución proletaria.

Cuando oímos con frecuencia, tanto a algunos representantes de la juventud como a ciertos defensores de los nuevos métodos de enseñanza, atacar la vieja escuela diciendo que era memorista, les respondemos que es preciso tomar de esa vieja escuela todo lo que tenía de bueno. No hay que imitarla sobrecargando la memoria de los jóvenes con una cantidad desmesurada de conocimientos, inútiles en sus nueve décimas partes y desvirtuados en la décima parte restante; pero eso no significa que podamos contentarnos con conclusiones comunistas y limitarnos a aprender de memoria consignas comunistas. De ese modo no se puede edificar el comunismo. Sólo se puede llegar a ser comunista cuando se enriquece la memoria con todo el tesoro de conocimientos acumulado por la humanidad.

No queremos una enseñanza memorista, pero necesitamos desarrollar y perfeccionar la memoria de cada estudiante dándole hechos esenciales, porque el comunismo sería una vacuidad, quedaría reducido a una fachada vacía, y el comunista no sería más que un fanfarrón si no reelaborase en su conciencia todos los conocimientos adquiridos. Debéis no sólo asimilar esos conocimientos, sino asimilarlos con espíritu crítico para no atiborrar vuestro cerebro con un fárrago inútil, para enriquecerlo con el conocimiento de todos los hechos sin los cuales no es posible ser un hombre culto en la época en que vivimos. El comunista que se vanagloriase de su comunismo simplemente por haber recibido unas conclusiones ya establecidas, sin haber realizado un trabajo muy serio, muy difícil y muy grande, sin haber analizado los hechos, frente a los que está obligado a adoptar una actitud crítica, sería un comunista muy lamentable. Semejante actitud superficial sería funestísima. Si yo sé que sé poco, me esforzaré por saber más; pero si un hombre dice que es comunista y que no tiene necesidad de conocimientos sólidos, jamás saldrá de él nada que se parezca a un comunista.

La vieja escuela forjaba los dóciles criados que necesitaban los capitalistas; hacía de los hombres de ciencia personas obligadas a escribir y hablar al gusto de los capitalistas. Eso quiere decir que debemos quitarla de en medio. Pero si debemos suprimirla, destruirla, ¿se deduce de ahí que no debamos tomar de ella todo lo que ha acumulado la humanidad y es necesario para el hombre? ¿Se desprende de esto que no debamos saber distinguir lo que necesitaba el capitalismo y lo que necesita el comunismo?

En lugar del adiestramiento autoritario que se practicaba en la sociedad burguesa contra la voluntad de la mayoría, nosotros colocamos la disciplina consciente de los obreros y campesinos, que unen a su odio contra la vieja sociedad el querer, el saber y el estar dispuestos a unir y organizar las fuerzas para esta lucha, a fin de crear, con millones y centenares de millones de voluntades dispersas, fraccionadas y desperdigadas por la inmensa extensión de nuestro país, una voluntad única, por cuanto sin ella seremos inevitablemente vencidos. Sin esta cohesión, sin esta disciplina consciente de los obreros y de los campesinos, nuestra causa está condenada a fracasar. Sin ello no podremos derrotar a los capitalistas y terratenientes del mundo entero. No llegaremos siquiera a colocar los cimientos de la nueva sociedad comunista, y no digamos construirla. De la misma manera, a pesar de condenar la vieja escuela, a pesar de alimentar contra ella un odio absolutamente legítimo y necesario, a pesar de apreciar el deseo de destruirla, debemos comprender que la vieja escuela libresca, la vieja enseñanza memorista y el viejo adiestramiento autoritario deben ser sustituidos con el arte de asimilar toda la suma de conocimientos humanos. Y asimilarlos de tal modo que vuestro comunismo no sea algo aprendido de memoria, sino algo pensado por vosotros mismos, como una conclusión que se impone necesariamente desde el punto de vista de la instrucción moderna.

Así es como hay que plantear las tareas fundamentales cuando se habla de aprender el comunismo.

Para explicaros esto y abordar, al mismo tiempo, la cuestión de cómo estudiar, tomaré un ejemplo práctico. Todos sabéis que ahora, inmediatamente después de los problemas militares, de los problemas de la defensa de la República, surge ante nosotros el problema económico. Sabemos que es imposible edificar la sociedad comunista sin restaurar la industria y la agricultura, y no como eran antes, claro está. Hay que restaurarlas sobre una base moderna, conforme a la última palabra de la ciencia. Vosotros sabéis que esa base es la electricidad; que sólo el día en que todo el país, todas las ramas de la industria y de la agricultura estén electrificados, el día en que cumpláis esta tarea, sólo entonces, podréis edificar para vosotros mismos la sociedad comunista que no podrá edificar la generación vieja. Se alza ante vosotros la tarea de hacer renacer la economía de todo el país, de reorganizar y restaurar la agricultura y la industria sobre una base técnica moderna, fundada en la ciencia y en la técnica modernas, en la electricidad. Comprenderéis perfectamente que la electrificación no puede ser obra de ignorantes y que para ello hace falta algo más que nociones rudimentarias. No basta con comprender lo que es la electricidad; hay que saber cómo aplicarla técnicamente a la industria, a la agricultura y a cada una de sus ramas. Todo eso tenemos que aprenderlo nosotros mismos y debemos enseñárselo a toda la nueva generación trabajadora. Esa es la tarea que tiene planteada cada comunista consciente, todo joven que se considere comunista y comprenda con

claridad que, al ingresar en la Unión de Juventudes Comunistas, ha contraído el compromiso de ayudar al partido a edificar el comunismo y de ayudar a toda la joven generación a crear la sociedad comunista. Debe comprender que sólo sobre la base de la instrucción moderna podrá crear esta sociedad, y que si carece de esa instrucción, el comunismo no será más que un deseo.
La tarea de la generación precedente consistía en derribar a la burguesía. Las tareas esenciales eran entonces criticar a la burguesía, fomentar en las masas el sentimiento de odio contra ella, desarrollar la conciencia de clase y la habilidad para agrupar sus propias fuerzas. La nueva generación tiene ante sí una tarea más compleja. No basta con que debáis unir todas vuestras fuerzas para apoyar el poder obrero y campesino contra la invasión de los capitalistas. Eso tenéis que hacerlo. Lo habéis comprendido admirablemente, lo ve con claridad todo comunista. Pero eso es insuficiente. Sois vosotros quienes debéis edificar la sociedad comunista. La primera mitad del trabajo está ya, en muchos sentidos, terminada. El antiguo régimen ha sido destruido, como debía serlo; no es más que un montón de ruinas, que es a lo que debía quedar reducido. El terreno se encuentra ya desbrozado y, sobre este terreno, la nueva generación comunista debe edificar la sociedad comunista. Vuestra tarea es edificar, y sólo podréis cumplirla poseyendo todos los conocimientos modernos, sabiendo transformar el comunismo, en lugar de fórmulas hechas, consejos, recetas, prescripciones y programas aprendidos de memoria, en algo vivo que coordine vuestra labor inmediata, sabiendo convertir el comunismo en guía de vuestra labor práctica.
Esta es vuestra misión: por ella debéis regiros al instruir, educar y elevar a toda la generación joven. Debéis ser los primeros constructores de la sociedad comunista entre los millones de constructores que deben ser cada muchacho y cada muchacha. Si no incorporáis a esta edificación del comunismo a toda la masa de la juventud obrera y campesina, no construiréis la sociedad comunista.
Esto me lleva, como es natural, a la cuestión de cómo debemos enseñar el comunismo y en qué debe consistir la peculiaridad de nuestros métodos.
Me detendré, en primer término, en el problema de la moral comunista.
Tenéis que hacer comunistas de vosotros mismos. La tarea de la Unión de Juventudes consiste en realizar su actividad práctica de modo que le permita, al aprender, al organizarse, al agruparse, al luchar, convertir en comunistas a sus miembros y a todos los que la reconocen como guía. Toda la educación, toda la instrucción y toda la enseñanza de la juventud contemporánea deben inculcarle la moral comunista.
Pero ¿existe una moral comunista? ¿Existe una moralidad comunista? Es evidente que sí. Se pretende muchas veces que nosotros no tenemos una moral propia, y la burguesía nos acusa muy a menudo de que nosotros, los comunistas, negamos toda moral. Esto no es más que una maniobra para suplantar los conceptos y engañar a los obreros y los campesinos.
¿En qué sentido negamos nosotros la moral, la moralidad?
La negamos en el sentido en que la ha predicado la burguesía, deduciéndola de mandamientos divinos. A este respecto decimos, como es natural, que no creemos en Dios, y sabemos muy bien que el clero, los terratenientes y la burguesía hablaban en nombre de Dios para defender sus intereses de explotadores. O bien, en lugar de deducir esta moral de los dictados de la moralidad, de los mandamientos divinos, la deducían de frases idealistas o semiidealistas que, en definitiva, se parecían siempre mucho a los mandamientos de Dios.
Nosotros negamos toda moralidad de esa índole tomada de concepciones al margen de la sociedad humana, al margen de las clases. Decimos que eso es engañar, embaucar a los obreros y campesinos y embotar su conciencia en provecho de los terratenientes y capitalistas.
Decimos que nuestra moralidad está subordinada por completo a los intereses de la lucha de clase del proletariado. Nuestra moralidad dimana de los intereses de la lucha de clase del proletariado.
La vieja sociedad se basaba en la opresión de todos los obreros y campesinos por los terratenientes y los capitalistas. Necesitábamos destruirla, necesitábamos derribar a esos opresores, mas para ello había que crear la unión. Y no era Dios quien podía crearla.
Esta unión no podía venir más que de las fábricas, de un proletariado instruido, despertado de su viejo letargo. Sólo cuando se constituyó esta clase, comenzó el movimiento de masas que ha conducido a lo que vemos hoy: al triunfo de la revolución proletaria en uno de los países más débiles, que se defiende desde hace tres años frente a los embates de la burguesía del mundo entero. Y vemos cómo crece la revolución proletaria en todo el orbe. Ahora decimos, basándonos en la experiencia, que sólo el proletariado ha podido crear una fuerza tan cohesionada, que es seguida por la clase campesina dispersa y fragmentada y que ha sido capaz de resistir todas las embestidas de los explotadores. Sólo esta clase puede ayudar a las masas trabajadoras a unirse, a cohesionarse, a hacer triunfar y afianzar definitivamente la sociedad comunista, a edificarla por completo.
Por eso decimos que, para nosotros, la moralidad tomada al margen de la sociedad humana no existe, es un engaño. Para nosotros, la moral está subordinada a los intereses de la lucha de clase del proletariado.
Ahora bien, ¿en qué consiste esta lucha de clases? En derrocar al zar, en derrocar a los capitalistas, en

aniquilar a la clase capitalista.

¿Y qué son las clases, en general? Es lo que permite a una parte de la sociedad apropiarse del trabajo de la otra. Si una parte de la sociedad se apropia de toda la tierra, tenemos la clase de los latifundistas y la clase de los campesinos. Si una parte de la sociedad posee las fábricas, las acciones y los capitales, mientras que la otra trabaja en esas fábricas, tenemos la clase de los capitalistas y la clase de los proletarios.

No ha sido difícil desembarazarse del zar: han bastado para ello unos cuantos días. No ha sido muy difícil echar a los latifundistas: hemos podido hacerlo en algunos meses. Tampoco es muy difícil echar a los capitalistas. Pero suprimir las clases es incomparablemente más difícil; subsiste aún la división en obreros y campesinos. Si un campesino instalado en una parcela de tierra se apropia del trigo sobrante, es decir, del trigo que no necesitan ni él ni su ganado, mientras que los demás carecen de pan, se convierta ya en un explotador. Cuanto más trigo retiene, tanto más gana, y nada le importa que los demás pasen hambre: "Cuanta más hambre tengan, tanto más caro venderé mi trigo". Es preciso que todos trabajen de acuerdo con un plan común en una tierra común, en fábricas comunes y conforme a un orden común. ¿Es fácil hacerlo? Vosotros mismos veis que en este terreno no es posible lograr soluciones con la misma facilidad que cuando echamos al zar, a los terratenientes y a los capitalistas. Para ello es necesario que el proletariado transforme, reeduque a una parte de los campesinos y atraiga a su lado a los campesinos trabajadores, a fin de romper la resistencia de fas campesinos ricos, que se lucran con la miseria de los demás. Por consiguiente, la tarea de la lucha del proletariado no ha terminado aún con el derrocamiento del zar y la expulsión de los latifundistas y los capitalistas; llevarla a término es, precisamente, la misión del régimen que denominamos dictadura del proletariado.

La lucha de clases continúa, sólo ha cambiado sus formas. Es la lucha de clase del proletariado para impedir el regreso de los antiguos explotadores, para agrupar en una estrecha unión a la masa campesina dispersa e ignorante. La lucha de clases continúa, y nuestra misión es subordinar todos los intereses a esta lucha. Por oso subordinamos a esa misión nuestra moralidad comunista. Decimos: es moralidad lo que sirve para destruir la antigua sociedad explotadora y para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado, creador de la nueva sociedad comunista.

Es moralidad comunista la que sirve para esta lucha, la que une a los trabajadores contra toda explotación y contra toda pequeña propiedad, pues la pequeña propiedad pone en manos de un individuo lo que ha sido creado por el trabajo de toda la sociedad.

En nuestro país, la tierra es considerada propiedad común. Pero ¿qué ocurrirá si tomo una parte de esa propiedad común, si cultivo en ella el doble de trigo del que necesito, si especulo con el sobrante de la cosecha, si calculo que cuanto más hambrientos haya, tanto más caro me pagarán? ¿Obraré como comunista? No, obraré como explotador, como propietario. Contra eso tenemos que luchar. Si las cosas continúan así, volveremos al pasado, caeremos de nuevo bajo el poder de los capitalistas y de la burguesía, como ha ocurrido más de una vez en las revoluciones anteriores. Y para evitar que se restaure el poder de los capitalistas y de la burguesía, es preciso prohibir el mercantilismo, es preciso impedir que unos individuos se enriquezcan a costa de los demás, es preciso que los trabajadores se unan estrechamente al proletariado y constituyan la sociedad comunista. En esto consiste, precisamente, la peculiaridad principal de la tarea más importante de la Unión de Juventudes Comunistas y de su organización.

La vieja sociedad estaba basada en el principio siguiente: o saqueas a tu prójimo o te saquea él, o trabajas para otro u otro trabaja para ti, o eres esclavista o eres esclavo. Y es comprensible que los hombres educados en semejante sociedad asimilen con la leche materna, por así decirlo, la sicología, la costumbre, la idea de que no hay más que amo o esclavo, o pequeño propietario, pequeño empleado, pequeño funcionario, intelectual, en una palabra, hombres que se preocupan exclusivamente de tener lo suyo sin pensar en los demás.

Si yo exploto mi parcela de tierra, poco me importan los demás; si alguien tiene hambre, tanto mejor, venderé mi trigo más caro. Si tengo mi puestecito de médico, de ingeniero, de maestro o de empleado, ¿qué me importan los demás? Si me arrastro ante los poderosos y soy complaciente con ellos, quizá conserve mi puesto y, a lo mejor, pueda hacer carrera y llegar a burgués. Semejante sicología y estado de ánimo no pueden existir en un comunista. Cuando los obreros y campesinos demostraron que somos capaces de defendernos y de crear una nueva sociedad con nuestras propias fuerzas, en ese mismo momento comenzó la nueva educación comunista, la educación en la lucha contra los explotadores, la educación en la alianza con el proletariado contra los egoístas y los pequeños propietarios, contra la sicología y las costumbres que dicen: "Yo busco mi propio beneficio y lo demás me tiene sin cuidado".

Tal es la respuesta a la pregunta de cómo debe aprender el comunismo la joven generación.

Esta generación podrá aprender el comunismo únicamente si liga cada paso de su instrucción, de su educación y de su formación a la lucha incesante de los proletarios y de los trabajadores contra la vieja sociedad basada en la explotación. Cuando se nos habla de moralidad, decimos: Para un comunista, toda la moralidad reside en esta disciplina solidaria y

unánime y en esta lucha consciente de las masas contra los explotadores. No creemos en la moralidad eterna y denunciamos el embuste de todas las fábulas acerca de la moralidad. La moralidad sirve para que la sociedad humana se eleve a mayor altura, para que se desembarace de la explotación del trabajo.

Para conseguir eso necesitamos de la joven generación, que ha comenzado a convertirse en hombres conscientes en medio de una lucha disciplinada y encarnizada contra la burguesía. En esta lucha, la juventud forjará verdaderos comunistas; a esta lucha debe vincular y subordinar en todo momento su instrucción, su educación y su formación. La educación de la juventud comunista no debe consistir en ofrecerle discursos placenteros de todo género y reglas de moralidad. No, la educación no consiste en eso. Cuando un hombre ha visto a su padre y a su madre vivir bajo el yugo de los terratenientes y capitalistas, cuando ha participado él mismo en los sufrimientos de quienes iniciaron la lucha contra los explotadores, cuando ha visto los sacrificios que cuesta la continuación de esta lucha para defender lo conquistado y cuán furiosos enemigos son los terratenientes y los capitalistas, ese hombre, en ese ambiente, se forja como comunista. La base de la moralidad comunista está en la lucha por afianzar y culminar el comunismo. Esa es la base de la educación, la instrucción y la enseñanza comunistas. Tal es la respuesta a la pregunta de cómo hay que aprender el comunismo.

No creeríamos en la enseñanza, la educación y la instrucción si éstas fuesen encerradas en la escuela y separadas de la agitada vida. Mientras los obreros y los campesinos estén oprimidos por los terratenientes y los capitalistas, mientras las escuelas sigan en manos de los terratenientes y de los capitalistas, la joven generación permanecerá ciega e ignorante. Pero nuestra escuela debe proporcionar a los jóvenes los rudimentos de la ciencia, el arte de forjarse por sí mismos una mentalidad comunista, debe hacer de ellos hombres cultos. Durante el tiempo que los jóvenes pasan en la escuela, ésta debe hacer de ellos participantes en la lucha por liberarse de los explotadores. La Unión de Juventudes Comunistas sólo será digna de este nombre, de ser la unión de la joven generación comunista, si vincula cada paso de su instrucción, educación y formación a la participación en la lucha común de todos los trabajadores contra los explotadores. Porque sabéis perfectamente que mientras Rusia sea la única república obrera, y en el resto del mundo subsista el antiguo régimen burgués, seremos más débiles que ellos; que nos amenazan a cada momento nuevos ataques, y que sólo aprendiendo a mantener entre nosotros la cohesión y la unanimidad triunfaremos en la lucha ulterior y, una vez fortalecidos, nos haremos verdaderamente invencibles. Por tanto, ser comunista significa organizar y unir a toda la generación joven, dar ejemplo de educación y disciplina en esta lucha. Entonces podréis emprender y llevar a término la edificación de la sociedad comunista.

Para que lo comprendáis con mayor claridad, pondré un ejemplo. Nosotros nos llamamos comunistas. ¿Qué es un comunista? "Comunista" viene de la palabra latina "communis", que significa común. La sociedad comunista significa que todo es común: la tierra, las fábricas, el trabajo. Eso es el comunismo.

¿Puede ser común el trabajo si los hombres explotan cada uno su propia parcela? El trabajo común no se crea de la noche a la mañana. Eso es imposible. No cae del cielo. Hay que lograrlo tras largos esfuerzos y sufrimientos, hay que crearlo. Y se crea en el curso de la lucha. No se trata aquí de un libro viejo, en el que nadie creería. Se trata de la propia experiencia de la vida. Cuando Kolchak y Denikin avanzaban desde Siberia y el Sur, los campesinos estaban a su lado. El bolchevismo no les gustaba, ya que los bolcheviques les quitaban el trigo a precio de tasa. Pero después de haber sufrido en Siberia y en Ucrania el poder de Kolchak y de Denikin, los campesinos comprobaron que sólo podían elegir entre dos caminos: unirse a los capitalistas, que les someterían a la esclavitud de los terratenientes, o seguir a los obreros, que, si bien es cierto que no prometen el oro y el moro y exigen una disciplina férrea y una firmeza indomable en la dura lucha, los libertan de la esclavitud de los capitalistas y latifundistas. Cuando hasta los campesinos más ignorantes comprendieron y sintieron esto por experiencia propia en la dura escuela de la vida que habían cursado, se hicieron partidarios conscientes del comunismo. Esta misma experiencia debe tomar como base de toda su actividad la Unión de Juventudes Comunistas.

He respondido a las preguntas de qué debemos aprender y qué debemos tomar de la vieja escuela y de la vieja ciencia. Trataré de contestar también a la pregunta de cómo debemos aprender esto: sólo ligando indisolublemente cada paso en la actividad de la escuela, cada paso en la educación, la instrucción y la formación a la lucha de todos los trabajadores contra los explotadores.

Con algunos ejemplos, extraídos de la experiencia de trabajo de algunas organizaciones juveniles, os mostraré gráficamente cómo debe hacerse la educación del comunismo. Todo el mundo habla de liquidar el analfabetismo. Como sabéis, en un país de analfabetos es imposible edificar la sociedad comunista. No basta con que el Poder de los Soviets dé una orden, o con que el partido lance una consigna, o con que determinado contingente de los mejores militantes se consagre a esta tarea. Es preciso que la joven generación ponga ella misma manos a la obra. El comunismo consiste en que los jóvenes, los muchachos y las muchachas pertenecientes a la Unión de Juventudes, se digan: Eso es misión nuestra, nos uniremos y marcharemos

a los pueblos para liquidar el analfabetismo, para que nuestra joven generación no tenga analfabetos. Nosotros aspiramos a que la juventud en formación consagre a esta obra su iniciativa. Vosotros sabéis que es imposible transformar rápidamente la Rusia ignorante y analfabeta en una Rusia instruida; pero si la Unión de Juventudes pone en ello su empeño, si toda la juventud trabaja para el bienestar de todos, esta Unión, que agrupa a 400.000 muchachos y muchachas, tendrá derecho a llamarse Unión de Juventudes Comunistas. Otra de sus misiones es, al asimilar tales o cuales conocimientos, ayudar a los jóvenes que no pueden desembarazarse por sí mismos de las tinieblas de la ignorancia. Ser miembro de la Unión de Juventudes Comunistas significa poner su trabajo y sus energías al servicio de la causa común. En esto consiste la educación comunista. Sólo efectuando esa labor se convierte en verdadero comunista un muchacho o una muchacha. Sólo serán comunistas si logran resultados prácticos en esta labor.

Tomad, por ejemplo, el trabajo en las huertas suburbanas. ¿Acaso no es una obra útil? Es una de las tareas que incumben a la Unión de Juventudes Comunistas. El pueblo pasa hambre, en las fábricas y empresas hay hambre. Para librarnos de ella hay que desarrollar la horticultura, pero los campos siguen cultivándose a la antigua. Es preciso que los elementos más conscientes pongan manos a la obra, y entonces veréis crecer el número de huertas, aumentar su superficie y mejorar el rendimiento. En este trabajo debe participar activamente la Unión de Juventudes Comunistas. Cada una de sus organizaciones o células debe considerarlo asunto suyo.

La Unión de Juventudes Comunistas debe ser el grupo de choque que aporte su ayuda y manifieste su iniciativa en todos los ámbitos. La Unión debe ser tal que cualquier obrero vea en sus militantes a personas cuya doctrina quizá le sea incomprensible, en cuyas ideas no crea tal vez inmediatamente, pero cuyo trabajo real y cuya actuación le muestren que son ellos, precisamente, quienes le indican el camino certero.

Si la Unión de Juventudes Comunistas no sabe organizar así su labor en todos los terrenos, significará que se desvía hacia el antiguo camino burgués. Necesitamos vincular nuestra educación a la lucha de los trabajadores contra los explotadores para ayudar a los primeros a cumplir las tareas que se derivan de la doctrina comunista.

Los miembros de las Juventudes Comunistas deben consagrar todas sus horas de ocio a mejorar el cultivo de las huertas, o a organizar en una fábrica o empresa la instrucción de la juventud, etc. Queremos transformar la Rusia pobre y miserable en un país rico. Y es necesario que la Unión de Juventudes Comunistas una su formación, su instrucción y su educación al trabajo de los obreros y de los campesinos, que no se encierre en sus escuelas ni se limite a leer libros y folletos comunistas. Sólo trabajando con los obreros y los campesinos se puede llegar a ser un verdadero comunista. Y es preciso que todo el mundo vea que cualquiera de los miembros de las Juventudes Comunistas es instruido y, al mismo tiempo, sabe trabajar. Cuando todo el mundo vea que hemos expulsado de la antigua escuela el viejo adiestramiento autoritario, sustituyéndolo con una disciplina consciente; que todos nuestros jóvenes participan en los sábados comunistas y que utilizan los huertos suburbanos para ayudar a la población, el pueblo empezará a considerar el trabajo de otro modo que antes.

Es tarea de la Unión de Juventudes Comunistas organizar en su aldea o en su barrio la ayuda en una obra como, por ejemplo -tomo un pequeño ejemplo-, asegurar la limpieza o la distribución de víveres. ¿Cómo se hacían estas cosas en la vieja sociedad capitalista? Cada cual trabajaba sólo para sí, nadie se ocupaba de si había ancianos o enfermos, o de si todos los quehaceres de la casa recaían sobre una mujer, que se encontraba por ello esclavizada y oprimida. ¿Quién tiene el deber de luchar contra todo eso? Las organizaciones juveniles, que deben decir: nosotros transformaremos esto, organizaremos destacamentos de jóvenes que ayudarán en los trabajos de limpieza o en la distribución de víveres recorriendo sistemáticamente las casas, que actuarán de una forma organizada en bien de toda la sociedad, repartiendo con acierto las fuerzas y demostrando que el trabajo debe ser un trabajo organizado.

La generación que tiene ahora cerca de cincuenta años no puede pensar en ver la sociedad comunista. Habrá muerto antes. Pero la generación que tiene hoy quince años verá la sociedad comunista y será ella la que la construya. Y debe saber que la edificación de esta sociedad es la misión de su vida. En la vieja sociedad, el trabajo se hacía por familias aisladas y nadie lo unía, a excepción de los terratenientes y los capitalistas, que oprimían a las masas del pueblo. Nosotros debemos organizar todos los trabajos, por sucios o duros que sean, de suerte que cada obrero y cada campesino se diga: yo soy una parte del gran ejército del trabajo libre y sabré organizar mi vida sin latifundistas ni capitalistas, sabré establecer el régimen comunista. Es preciso que la Unión de Juventudes Comunistas eduque a todos, desde la edad temprana, en el trabajo consciente y disciplinado. Así es como podremos esperar que sean cumplidas las tareas hoy planteadas. Debemos tener en cuenta que harán falta no menos de diez años para electrificar el país, para que nuestra tierra arruinada pueda tener a su servicio las últimas conquistas de la técnica. Pues bien, la generación que tiene hoy quince años y que dentro de diez o veinte años vivirá en la sociedad comunista, debe organizar su

instrucción de manera que cada día, en cada aldea o ciudad, la juventud cumpla prácticamente una tarea de trabajo colectivo, por minúscula y simple que sea. A medida que se realice esto en cada pueblo, a medida que se desenvuelva la emulación comunista, a medida que la juventud demuestre que sabe unir su trabajo, a medida que ocurra eso, quedará asegurado el éxito de la edificación comunista. Sólo enfocando cada uno de sus actos desde el punto de vista de este éxito, sólo preguntándose si hemos hecho todo lo necesario para llegar a ser trabajadores unidos y conscientes, logrará la Unión de Juventudes Comunistas agrupar al medio millón de sus miembros en el ejército único del trabajo y granjearse el respeto general. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado los días 5, 6 *y* 7 *de octubre de 1920 en los núms,* 221, 222 *y* 223 *de "Pravda".*
T. 41, *págs. 298-318.*

CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL PROBLEMA DE LA DICTADURA.

(Comentario)

La dictadura del proletariado es el problema cardinal del movimiento obrero contemporáneo en todos los países capitalistas sin excepción. Para esclarecerlo por completo hay que conocer su historia. A escala internacional, la historia de la doctrina de la dictadura revolucionaria en general, y de la dictadura del proletariado en particular, coincide con la historia del socialismo revolucionario y, especialmente, con la del marxismo. Además -y esto, por supuesto, es lo fundamental-, la historia de todas las revoluciones de la clase oprimida y explotada contra los explotadores constituye el material y la fuente más importantes de nuestros conocimientos acerca de la dictadura. Quien no ha comprendido la necesidad de la dictadura de toda clase revolucionaria para asegurar su victoria, no ha comprendido nada de la historia de las revoluciones o no quiere saber nada de eso.

A escala de Rusia tiene una importancia singular, si hablamos de la teoría, el Programa del POSDR[105] preparado en 1902 y 1903 por la Redacción de *Zariá*[106] y de *Iskra o,* más exactamente, confeccionado por J. Plejánov y redactado, modificado y aprobado por esta Redacción. El problema de la dictadura del proletariado está planteado en dicho programa con claridad y precisión, está planteado justamente en conexión con la lucha contra Bernstein, contra el oportunismo. Pero lo que tiene mayor importancia es, por supuesto, la experiencia de la revolución, o sea, en Rusia, la experiencia de 1905.

Los tres meses últimos de aquel año -octubre, noviembre y diciembre- fueron un período de admirable lucha revolucionaria, enérgica, amplia y masiva; un período de unión de los dos métodos más poderosos de esta lucha: la huelga política de masas y la insurrección armada. (Digamos entre paréntesis que ya en *mayo* de 1905, el congreso bolchevique, el "Tercer Congreso del POSDR", reconoció que "la tarea de organizar al proletariado para la lucha directa contra la autocracia por medio de la insurrección armada es una de las tareas principales e inaplazables del partido" y encomendó a todas las organizaciones del mismo "explicar el papel de las huelgas políticas de masas, que pueden tener gran importancia al comienzo y en el curso mismo de la insurrección"[107].)

Por vez primera en la historia universal, la lucha revolucionaria alcanzó tal desarrollo y tal fuerza que la insurrección armada estuvo unida a la huelga de masas, arma específicamente proletaria. Es claro que esta experiencia tiene significación universal para *todas* las revoluciones proletarias. Y los bolcheviques estudiamos con el mayor empeño y atención esta experiencia, tanto en su aspecto político como en el económico. Recordaré el análisis de los datos mensuales sobre las huelgas económicas y políticas de 1905, sobre las formas de ligazón de unas y otras y el nivel de desarrollo que alcanzó entonces, por vez primera en el mundo, la lucha huelguística. Este análisis lo hice en la revista *Prosveschenie*[108] en 1910 ó 1911 y lo repetí, en breves resúmenes, en las publicaciones bolcheviques de aquella época en el extranjero[109].

Las huelgas masivas y las insurrecciones armadas plantearon por sí solas a la orden del día el problema del poder revolucionario y de la dictadura, pues estos métodos de lucha engendraban ineluctablemente -al principio a escala local- la eliminación de las viejas autoridades, la toma del poder por el proletariado y las clases revolucionarias, la expulsión de los terratenientes, a veces la ocupación de las fábricas, etc., etc. La lucha revolucionaria de masas del período mencionado dio vida a organizaciones antes desconocidas en la historia universal, como *los Soviets de diputados obreros* y, tras ellos, los Soviets de diputados soldados, los comités campesinos, etc. Resultó que los problemas fundamentales (el Poder soviético y la dictadura del proletariado) que atraen hoy la atención de los obreros conscientes en el mundo entero fueron planteados de una manera práctica a fines de 1905. Figuras tan destacadas del proletariado revolucionario y del marxismo no falsificado como Rosa Luxemburgo apreciaron en el acto la importancia de esta experiencia práctica e hicieron un análisis crítico de ella en asambleas y en la prensa. En cambio, la inmensa mayoría de los representantes oficiales de los partidos

socialdemócratas y socialistas oficiales, incluidos los reformistas y hombres del tipo de los futuros "kautskíanos", "longuetistas", adeptos de Hillquit en Norteamérica, etc., revelaron una incapacidad completa para comprender la importancia de esta experiencia y cumplir con su deber de *revolucionarios,* es decir, iniciar el estudio y la propaganda de las enseñanzas de esta experiencia.

En Rusia, tanto los bolcheviques como los mencheviques empezaron a hacer el balance de dicha experiencia nada más ser derrotada la insurrección armada de diciembre de 1905. Esta labor se vio acelerada, en particular, por la celebración en Estocolmo, en abril de 1906, del llamado Congreso de Unificación del POSDR, en el que estuvieron representados y unificados formalmente los mencheviques y los bolcheviques. Las dos fracciones prepararon el congreso con extraordinaria energía. Publicaron con antelación, a comienzos de 1906, sus respectivos proyectos de resoluciones respecto a todos los problemas más importantes. Estos proyectos, reproducidos en mi folleto *Informe acerca del Congreso de Unificación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (carta a los obreros de San Petersburgo),* Moscú, 1906 (110 páginas, casi la mitad de las cuales las ocupan los textos de los proyectos de resoluciones de ambas fracciones y los de las resoluciones aprobadas definitivamente por el congreso), son los documentos más importantes que permiten conocer cómo se planteaba entonces la cuestión.

Las discusiones en torno a la significación de los Soviets se vinculaban ya en aquellos tiempos al problema de la dictadura. Los bolcheviques plantearon este problema *antes* aún de la revolución de octubre de 1905 (véase mi folleto *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática,* Ginebra, julio de 1905, reproducido en la recopilación *En doce años*[*]. Los mencheviques adoptaron una actitud negativa ante esta consigna de "dictadura". Los bolcheviques subrayaban que los Soviets de diputados obreros *"eran de hecho gérmenes del nuevo poder revolucionario":* así decía literalmente el proyecto de resolución bolchevique (pág. 92 del *Informe).* Los mencheviques reconocían la significación de los Soviets, eran partidarios de "contribuir a su formación", etc., pero no los consideraban gérmenes del poder revolucionario, no hablaban en general del "nuevo poder revolucionario" de este tipo o de otro semejante y rechazaban categóricamente la consigna de dictadura.

No es difícil ver que *todas* las discrepancias actuales con los mencheviques existen ya, en embrión, en este planteamiento del problema. Tampoco es difícil ver que los mencheviques (los rusos y los no rusos, como los kautskianos, los longuetistas, etc.) se manifestaron y se manifiestan en el planteamiento de este problema como reformistas u oportunistas, que reconocen de palabra la revolución proletaria y *niegan de hecho lo más esencial y fundamental en el concepto de revolución.*

Antes ya de la revolución de 1905, en el folleto mencionado, *Dos tácticas,* analicé el argumento de los mencheviques, los cuales me acusaban de que "había trastrocado de una manera imperceptible los conceptos de revolución y dictadura" *(En doce años,* pág. 459[*]). Yo demostré en detalle que precisamente con esta acusación los mencheviques revelaban su oportunismo, su verdadera naturaleza política como portavoces de la burguesía liberal y vehículos de su influencia en el seno del proletariado. Cuando la revolución se convierte en una fuerza indiscutible, sus enemigos empiezan a "reconocer la revolución", decía yo, aduciendo (en el verano de 1905) el ejemplo de los liberales rusos, que seguían siendo monárquicos constitucionalistas. Ahora, en 1920, se podría agregar que, tanto en Alemania como en Italia, los burgueses liberales -o, por lo menos, los más instruidos y hábiles de entre ellos- están dispuestos a "reconocer la revolución". Pero los liberales y mencheviques rusos de ayer y los liberales alemanes e italianos de hoy, los turatianos y kautskianos, revelan su *reformismo,* su inutilidad completa como revolucionarios, precisamente "reconociendo" la revolución y negándose, al mismo tiempo, a reconocer *la dictadura* de una clase determinada (o de determinadas clases).

Porque cuando la revolución se ha convertido ya en una fuerza indiscutible y la "reconocen" hasta los liberales, cuando las clases gobernantes no sólo ven, sino que sienten el poderío invencible de las masas oprimidas, *todo el problema* se reduce -tanto para los teóricos como para los dirigentes prácticos de la política- a hacer *una definición clasista exacta de la revolución.* Y sin el concepto de "dictadura" *es imposible* hacer esa definición clasista exacta. Sin preparar la dictadura es imposible ser revolucionario *de hecho.* Esta verdad no la comprendían en 1905 los mencheviques ni la comprenden en 1920 los socialistas italianos, alemanes, franceses, etc., que temen las rigurosas "condiciones" de la Internacional Comunista; esta verdad la temen los hombres capaces de reconocer *de palabra* la dictadura, pero incapaces de *prepararla de hecho.* Y por eso no será inoportuno reproducir aquí detalladamente la explicación de las opiniones de Marx que publiqué yo en julio de 1905 contra los mencheviques rusos, pero que se refiere también a los mencheviques euroccidentales de 1920 (sustituyo los títulos de los periódicos, etc., con la simple indicación de si se trata de mencheviques o de bolcheviques):

"Mehring relata en las notas dedicadas a la edición -

[*] Véase la presente edición, t. 3. *(N. de la Edit.)*

[*] Véase la presente edición, t. 3. *(N. de la Edit.)*

publicada por él- de los artículos de Marx, insertos en la *Nueva Gaceta del Rin*[110] en 1848, que las publicaciones burguesas hacían, entre otras cosas, a dicho periódico el reproche de que exigía, al parecer, "la instauración inmediata de la dictadura como único medio para poner en práctica la democracia" *(Marx Nachlass*[*], t. III, pág. 53). Desde el punto de vista burgués vulgar, el concepto de dictadura y el concepto de democracia se excluyen el uno al otro. No comprendiendo la teoría de la lucha de clases, acostumbrado a ver en la arena política únicamente los pequeños enredos de los diversos círculos y tertulias de la burguesía, el burgués entiende por dictadura la anulación de todas las libertades y garantías democráticas, entiende por dictadura toda arbitrariedad, todo abuso de poder en interés personal del dictador. En el fondo, precisamente este punto de vista burgués vulgar se trasluce también en nuestros mencheviques, que explican el apasionamiento de los bolcheviques por la consigna de "dictadura" diciendo que Lenin "desea apasionadamente probar suerte" *(Iskra,* núm. 103, pág. 3, col. 2). Para aclarar a los mencheviques el concepto de dictadura de una clase, a diferencia de dictadura de un individuo, y las tareas de la dictadura democrática, a diferencia de las de la dictadura socialista, será útil que nos detengamos a examinar las ideas de la *Nueva Gaceta del Rin.*

"Toda estructura provisional del Estado después de una revolución -escribía la *Nueva Gaceta del Rin* el 14 de septiembre de 1848-, exige una dictadura, y una dictadura enérgica. Nosotros hemos reprochado desde el principio a Camphausen (presidente del Consejo de Ministros después del 18 de marzo de *1848)* el que no obrara de manera dictatorial, el que no destruyera y barriera en seguida los restos de las viejas instituciones. Y mientras el señor Camphausen se entregaba a sus ilusiones constitucionales, el partido vencido (es decir, el partido de la reacción) consolidaba sus posiciones en la burocracia y en el ejército y hasta comenzaba a atreverse en distintos lugares a la lucha al descubierto"[111].

"Estas palabras -dice con razón Mehring- resumen en unas cuantas tesis la idea, expuesta con prolijidad en largos artículos de la *Nueva Gaceta del Rin* sobre el Gobierno Camphausen. ¿Y qué nos dicen estas palabras de Marx? Nos dicen que el gobierno provisional revolucionario *debe* actuar de manera dictatorial (tesis que los mencheviques en modo alguno han podido comprender por su temor a la consigna de dictadura); que una tarea de esta dictadura es destruir los restos de las viejas instituciones (precisamente lo que se indica con claridad en la resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia sobre la lucha frente a la contrarrevolución y se omite en la resolución de los mencheviques, como hemos señalado más arriba). En tercer y último lugar, de estas palabras se desprende que Marx fustigaba a los demócratas burgueses por sus "ilusiones constitucionales" en una época de revolución y de guerra civil declarada. El sentido de estas palabras está clarísimo en el artículo de la *Nueva Gaceta del Rin* del 6 de junio de 1848.

"La Asamblea Nacional Constituyente -escribía Marx- debe ser, ante todo, una asamblea activa, activa a lo revolucionario. Pero la Asamblea de Fráncfort[112] se entrega a ejercicios escolares de parlamentarismo y deja al gobierno que obre. Supongamos que este sabio concilio llegue, tras maduro debate, a componer el mejor orden del día y la mejor de las Constituciones. ¿Para qué servirán el mejor orden del día y la mejor de las Constituciones si, mientras tanto, los gobiernos alemanes han puesto ya la bayoneta a la orden del día?"[113]

"He aquí el sentido de la consigna de dictadura...

"Los grandes problemas de la vida de los pueblos se resuelven solamente por la fuerza. Las propias clases reaccionarias son generalmente las primeras en recurrir a la violencia, a la guerra civil, "ponen la bayoneta a la orden del día", como lo ha hecho la autocracia rusa y continúa haciéndolo, sistemática y constantemente por todas partes, desde el 9 de enero[114]. Y una vez creada esta situación, una vez que la bayoneta encabeza realmente el orden político del día, una vez que la insurrección ha resultado imprescindible e inaplazable, las ilusiones constitucionales y los ejercicios escolares de parlamentarismo no sirven más que para encubrir la traición de la burguesía a la revolución, para encubrir el hecho de que la burguesía "vuelve la espalda" a la revolución. La clase verdaderamente revolucionaria debe lanzar en este preciso caso la consigna de dictadura"[*].

Así razonaban los bolcheviques acerca de la dictadura antes de la revolución de octubre de 1905.

Después de la experiencia de esta revolución hube de analizar circunstanciadamente el problema de la dictadura en el folleto *La victoria de los democonstitucionalistas y las tareas del partido obrero,* San Petersburgo, 1906 (el folleto está fechado el 28 de marzo de 1906). Citaré de él todas las consideraciones más esenciales, haciendo la salvedad de que sustituyo una serie de nombres propios con la simple indicación de si se trata de mencheviques o de democonstitucionalistas. Hablando en general, el folleto está enfilado contra estos últimos y, en parte, contra los liberales sin partido, contra los semidemoconstitucionalistas y los semímencheviques. Pero, en el fondo, todo lo que se dice respecto a la dictadura atañe cabalmente a los mencheviques, que en esta cuestión caían a cada paso en brazos de los democonstitucionalistas.

[*] *Del legado literario de Marx. (N. de la Edit.)*

[*] Véase la presente edición, t. 3. *(N. de la Edit.)*

"En el mismo momento en que cesaban los disparos en Moscú, en que la dictadura policíaco-militar celebraba sus frenéticas orgías y las ejecuciones y torturas en masa se extendían por toda Rusia, en la prensa de los democonstitucionalistas se publicaban discursos contra la violencia desde la izquierda, contra los comités de huelga de los partidos revolucionarios. Los profesores democonstitucionalistas, que traficaban con la ciencia a cuenta de los Dubásov, llegaban al extremo de traducir el término "dictadura" con las palabras "vigilancia reforzada". "Los hombres de ciencia" incluso adulteraron su latín de liceo para rebajar la lucha revolucionaria. La dictadura significa - entérense de una vez para siempre, señores democonstitucionalistas- un poder ilimitado, que se apoya en la fuerza y no en la ley. Durante una guerra civil, todo poder triunfante sólo puede ser una dictadura. Mas el quid de la cuestión está en que hay dictadura de la minoría sobre la mayoría, de un puñado de policías sobre el pueblo, y dictadura de la gigantesca mayoría del pueblo sobre un puñado de opresores, saqueadores y usurpadores del poder popular. Con su adulteración vulgar del concepto científico de "dictadura", con sus alaridos contra la violencia desde la izquierda en una época de desenfreno de la violencia más ilegal y más vil desde la derecha, los señores democonstitucionalistas mostraron claramente cuál es la posición de los "conciliadores" en la enconada lucha revolucionaria. El "conciliador" se esconde cobardemente cuando se intensifica la lucha. Cuando vence el pueblo revolucionario (el 17 de octubre)[116], el "conciliador" sale de su madriguera, se acicala jactanciosamente, charlatanea por doquier y grita hasta el frenesí: ha sido una "simpática" huelga política. Cuando triunfa la contrarrevolución, el "conciliador" cubre de sermones y amonestaciones hipócritas a los vencidos. La huelga victoriosa fue "simpática". Las huelgas derrotadas fueron criminales, salvajes, insensatas y anárquicas. La insurrección derrotada fue locura, desenfreno de la espontaneidad, barbarie y absurdo. En una palabra, la conciencia política y la inteligencia política del "conciliador" consisten en arrastrarse ante quien es ahora más fuerte, en enredarse entre las piernas de los contendientes, en estorbar ora a una, ora a otra parte, en debilitar la lucha y embotar la conciencia revolucionaria del pueblo, que pelea a vida o muerte por la libertad".

Prosigamos. Será extraordinariamente oportuno reproducir las explicaciones sobre el problema de la dictadura dirigida contra el señor R. Blank. Este R. Blank expuso en 1906 en un periódico formalmente sin partido, pero en esencia menchevique[116], los puntos de vista de los mencheviques, elogiándolos porque "tratan de llevar el movimiento socialdemócrata ruso al camino por el que avanza la socialdemocracia internacional, con el gran Partido Socialdemócrata de Alemania a la cabeza".

Dicho en otros términos, el señor Blank, lo mismo que los democonstitucionalistas, contraponía a los bolcheviques, como revolucionarios insensatos, no marxistas, rebeldes, etc., los mencheviques "sensatos", haciendo pasar por menchevique también al Partido Socialdemócrata Alemán. Es el método habitual de la corriente internacional de los social-liberales, pacifistas y demás, que elogian en todos los países a los reformistas, oportunistas, kautskíanos y longuetistas como socialistas "sensatos", en oposición a "la locura" de los bolcheviques.

He aquí cómo respondí al señor R. Blank en el folleto, ya citado, de 1906:

"El señor Blank compara dos períodos de la revolución rusa: el primero abarca, aproximadamente, los meses de octubre a diciembre de 1905. Es el período del torbellino revolucionario. El segundo es el período actual, que nosotros, naturalmente, tenemos derecho a llamar período de las victorias democonstitucionalistas en las elecciones a la Duma o, quizá, si osamos adelantarnos a los acontecimientos, período de la Duma democonstitucionalista.

"Refiriéndose a este período, el señor Blank dice que ha llegado de nuevo el momento del pensamiento y la razón y es posible volver a la actividad consciente, planificada y sistemática. El primer período, al contrario, es caracterizado por el señor Blank como un período de divergencia de la teoría y la práctica. Desaparecieron todos los principios e ideas socialdemócratas, se dio al olvido la táctica predicada siempre por los fundadores de la socialdemocracia rusa y hasta fueron arrancados de raíz los puntales mismos de la cosmovisión socialdemócrata.

"Esta afirmación fundamental del señor Blank tiene un carácter puramente fáctico. Toda la teoría del marxismo se divorció de "la práctica" del período de torbellino revolucionario.

"¿Es así? ¿Cuál es "el puntal" primero y principal de la teoría marxista? El hecho de que, en la sociedad actual, el proletariado es la única clase revolucionaria hasta el fin y, por ello, de vanguardia en toda revolución. Se pregunta: ¿no arrancó de raíz el torbellino revolucionario este "puntal" de la cosmovisión socialdemócrata? Al revés: el torbellino lo confirmó del modo más brillante. Precisamente el proletariado fue *el luchador* principal, y casi único al comienzo, de aquel período. Poco menos que por vez primera en la historia universal, una revolución burguesa se distinguió por el uso a grandísima escala, no vista siquiera en los países capitalistas más desarrollados, de una arma de lucha puramente proletaria: la huelga política de masas. El proletariado se lanzó a una lucha directamente revolucionaria en unos momentos en los que los señores Struve y los señores Blank llamaban a ir a la Duma de Bulyguin y los profesores

democonstitucionalistas exhortaban a los estudiantes a estudiar. El proletariado, con su arma de lucha proletaria, conquistó para Rusia toda esa, con permiso sea dicho, "Constitución" que desde entonces no han hecho más que estropear, recortar y amputar. El proletariado aplicó en octubre de 1905 el método táctico de lucha de que habló *medio año antes* la resolución del III Congreso *bolchevique* del POSDR, la cual prestó gran atención a la importancia de conjugar la huelga política de masas con la insurrección. Y todo el período de "torbellino revolucionario", todo el último trimestre de 1905, se caracteriza justamente por esta conjugación. Así pues, nuestro ideólogo de la pequeña burguesía ha falseado la realidad del modo más desvergonzado e indignante. No ha aducido ni un solo hecho que pruebe la divergencia de la teoría marxista y de la experiencia práctica del "torbellino revolucionario"; ha intentado velar el rasgo fundamental de este torbellino, que ha confirmado con la mayor brillantez "todos los principios e ideas socialdemócratas", "todos los puntales de la cosmovisión socialdemócrata".

"¿Cuál es, sin embargo, la causa verdadera que ha llevado al señor Blank a esta opinión, monstruosamente errónea, de que durante el período de "torbellino" desaparecieron todos los principios e ideas marxistas? El análisis de esta circunstancia es muy interesante, pues pone al desnudo ante nosotros, una y otra vez, la auténtica naturaleza del filisteísmo en política.

"¿En qué consistió la diferencia principal entre el período de "torbellino revolucionario" y el período actual, "democonstitucionalista", desde el punto de vista de los distintos procedimientos de actividad política, desde el punto de vista de los distintos métodos de creatividad histórica del pueblo? Ante todo, y principalmente, en que durante el período de "torbellino" se utilizaron algunos métodos especiales de esta creatividad, ajenos a otros períodos de la vida política. He aquí los más esenciales de estos métodos: 1) *"toma" de la libertad política por el pueblo:* su realización sin derechos ni leyes de ningún género y sin ninguna limitación (libertad de reunión, por lo menos en las universidades; libertad de prensa, de asociación, de celebración de congresos, etc.); 2) creación de nuevos órganos de *poder revolucionario:* los Soviets de diputados obreros, soldados, ferroviarios y campesinos, las nuevas autoridades rurales y urbanas, etc., etc. Estos órganos fueron creados exclusivamente por los sectores *revolucionarios* de la población; fueron creados, al margen de todas las leyes y normas, completamente por vía revolucionaria, como un producto de la original creatividad popular, como una manifestación de la iniciativa del pueblo, que se había desembarazado o estaba desembarazándose de las viejas trabas policíacas. Fueron, por último, precisamente órganos *de poder,* pese a todo su carácter embrionario, espontáneo, informe e impreciso en la composición y en el funcionamiento. Actuaron como poder al incautarse, pongamos por caso, de las imprentas (San Petersburgo), al detener a los jefes de la policía que impedían al pueblo revolucionario ejercer sus derechos (ejemplos de ello se dieron también en San Petersburgo, donde el órgano correspondiente del nuevo poder fue el más débil, en tanto que el viejo poder fue el más fuerte). Actuaron como poder llamando a todo el pueblo a no dar dinero al viejo gobierno. Confiscaron el dinero de este último (los comités de huelga de los ferroviarios en el Sur) y lo invirtieron en atender a las necesidades del gobierno nuevo, popular. Sí, fueron, indudablemente, gérmenes del gobierno nuevo, popular, o, si así lo quieren, revolucionario. Por su carácter socio político fue, en embrión, la dictadura de los elementos revolucionarios del pueblo. ¿Se sorprenden ustedes, señor Blank y señor Kizevétter?, ¿no ven aquí "la vigilancia reforzada", que equivale para el burgués a la dictadura? Les hemos dicho ya que no tienen la menor noción del concepto científico de dictadura. Se lo aclararemos ahora, pero antes señalaremos el *tercer* "método" de acción en la época de "torbellino revolucionario": *el empleo de la violencia por el pueblo contra los opresores del pueblo.*

"Los órganos de poder que hemos descrito fueron, en germen, una dictadura, pues este poder no reconocía *ningún* otro poder, *ninguna* ley y *ninguna* norma, partiera de quien partiera. El poder ilimitado, al margen de la ley y que se apoya en la fuerza, en el sentido más directo de la palabra, es precisamente una dictadura. Pero la fuerza en que se apoyaba y trataba de apoyarse este nuevo poder no era la fuerza de la bayoneta usurpada por un puñado de militares, no era la fuerza de "la comisaría de policía", no era la fuerza del dinero, no era la fuerza de ninguna de las instituciones anteriores ya formadas. Nada de eso. Los nuevos órganos del nuevo poder no tenían ni armas, ni dinero ni viejas instituciones. Su fuerza -¿pueden ustedes imaginárselo, señor Blank y señor Kizevétter?- no tenía nada de común con los viejos instrumentos de la fuerza, no tenía nada de común con "la vigilancia reforzada", si no se sobrentiende la vigilancia reforzada del pueblo frente a su opresión por la policía y otros órganos del viejo poder.

"¿En qué se asentaba esa fuerza? Se asentaba en las masas populares. He ahí la diferencia *fundamental* entre este nuevo poder y todos los órganos anteriores del viejo poder. Aquéllos eran órganos de poder de la minoría sobre el pueblo, sobre la masa de obreros y campesinos. Estos eran órganos de poder del pueblo, de los obreros y los campesinos, sobre la minoría, sobre un puñado de opresores policíacos, sobre un puñado de nobles y funcionarios privilegiados. ¡Tal es la diferencia que existe entre la dictadura *sobre* el

pueblo y la dictadura *del pueblo* revolucionario, recuérdenlo bien, señor Blank y señor Kizevétter! El viejo poder, como dictadura de la minoría, podía mantenerse exclusivamente por medio de artimañas policíacas, exclusivamente alejando y apartando a las masas populares de la participación en el poder y del control sobre el poder. El viejo poder desconfiaba sistemáticamente de las masas, temía la luz y se mantenía gracias al engaño. El nuevo poder, como dictadura de la inmensa mayoría, podía sostenerse y se sostuvo exclusivamente con el concurso de la confianza de masas gigantescas, gracias exclusivamente a que incorporaba a toda la masa a la participación en el poder de la manera más libre, más amplia y más enérgica. Nada oculto, nada secreto, ningún reglamento, ningún formalismo. ¿Eres un trabajador? ¿Quieres luchar por liberar a Rusia de un puñado de opresores policíacos? Entonces eres camarada nuestro. Elige a tu diputado, ahora mismo, inmediatamente; elígelo como consideres oportuno: lo recibiremos con agrado y alegría como miembro con plenos derechos de nuestro Soviet de diputados obreros, de nuestro Comité Campesino, de nuestro Soviet de diputados soldados, etc., etc. Es un poder abierto para todos, que lo hace todo a la vista de las masas y es accesible a las masas; que parte directamente de las masas, que es un órgano directo e inmediato de las masas populares y de su voluntad. Tal era el nuevo poder, o, más exactamente, sus gérmenes, pues la victoria del viejo poder pisoteó muy temprano los vástagos de la planta joven.

"Quizá pregunten ustedes, señor Blank o señor Kizevétter: ¿Qué tiene que ver eso con "la dictadura", qué tiene que ver con "la violencia"?; ¿acaso una masa inmensa necesita de la violencia contra un puñado?, ¿es que decenas y centenares de millones pueden ser dictadores sobre mil o diez mil?

"Estas preguntas suelen hacerlas personas que oyen por vez primera usar el término "dictadura" en una acepción nueva para ellos. Están acostumbradas a ver únicamente el poder policíaco y únicamente la dictadura policíaca. Les parece extraño que pueda existir un poder sin ninguna policía, que pueda haber una dictadura no policíaca. ¿Dicen ustedes que millones no necesitan de la violencia contra miles? Se equivocan, y se equivocan porque no enfocan el fenómeno en su desarrollo. Olvidan que el nuevo poder no cae del cielo, sino que nace, surge al lado del viejo poder, en contra de él y en lucha contra él. Sin la violencia contra los opresores, que tienen en sus manos instrumentos y órganos de poder, es imposible liberar al pueblo de los opresores.

"He aquí, señor Blank y señor Kizevétter, un pequeño ejemplo muy sencillo para que puedan asimilar esta profunda sabiduría, inaccesible a la inteligencia democonstitucionalista y "vertiginosa" para el pensamiento democonstitucionalista. Imagínense ustedes que Avrámov lisia y tortura a Spiridónova. Supongamos que Spiridónova tiene a su lado decenas y centenares de hombres inermes, y Avrámov, un puñado de cosacos. ¿Qué haría el pueblo si Spiridónova fuese torturada no en una mazmorra? Emplearía la violencia contra Avrámov y su séquito. Sacrificaría, quizá, a varios luchadores, muertos a tiros por Avrámov, pero, pese a todo, desarmaría por la fuerza a Avrámov y a los cosacos; es muy probable que dejara en el sitio a varios de estos, dicho sea con perdón, hombres y que encerrase en alguna cárcel a los restantes para impedirles que siguieran cometiendo canalladas y entregarlos a la justicia del pueblo.

"¿Ven ustedes, señor Blank y señor Kizevétter? Cuando Avrámov y los cosacos torturan a Spiridónova, eso es una dictadura policíaco-militar sobre el pueblo. Cuando el pueblo revolucionario (capaz de luchar contra los opresores, y no sólo de sermonear, aleccionar, lamentar, reprobar, quejarse y gimotear; no mediocre al estilo pequeñoburgués, sino revolucionario) emplea la violencia contra Avrámov y los Avrámov, eso es una dictadura del pueblo revolucionario. Es *una dictadura,* pues es el poder del pueblo sobre los Avrámov, un poder no limitado por ninguna ley (el pequeño burgués estaría en contra, posiblemente, de arrancar por la fuerza a Spiridónova de las manos de Avrámov, diciendo: ¡eso no se ajusta a "la ley"!, ¿tenemos alguna "ley" que permita matar a Avrámov?, ¿no han creado algunos ideólogos de la pequeña burguesía la teoría de la no resistencia al mal por medio de la violencia?). El concepto científico de dictadura no significa otra cosa que un poder no limitado por nada, no restringido por ninguna ley, absolutamente por ninguna regla, y que se apoya de manera directa en la violencia. El concepto de "dictadura" *no significa otra cosa que eso,* recuérdenlo bien, señores democonstitucionalistas.

"Prosigamos. En el ejemplo que hemos puesto, vemos la dictadura precisamente *del pueblo,* pues el pueblo, la masa de la población, no organizada, reunida "casualmente" en un lugar dado, entra ella misma, y de manera directa, en escena, juzga y castiga ella misma, ejerce el poder y crea el nuevo derecho revolucionario. Por último, es la dictadura precisamente del pueblo *revolucionario.* ¿Por qué sólo del revolucionario y no de todo el pueblo? Porque en todo el pueblo, que sufre sin cesar y del modo más cruel las hazañas de los Avrámov, hay hombres oprimidos físicamente, intimidados, y hombres oprimidos moralmente, para citar un ejemplo, por la teoría de la no resistencia al mal por medio de la violencia o simplemente oprimidos no por la teoría, sino por los prejuicios, la costumbre y la rutina; hombres indiferentes, los que llamamos filisteos, pequeños burgueses, que son los más capaces de apartarse de la lucha enconada, de pasar de largo e incluso de esconderse (¡no vaya a ser que

en la pelea salga malparado!). Por eso, la dictadura no la ejerce todo el pueblo, sino sólo el pueblo revolucionario, el cual, sin embargo, no teme en absoluto a todo el pueblo, revela a todo el pueblo la causa de sus actos y todos sus detalles, atrae gustoso a *todo* el pueblo a participar tanto en la administración del Estado como en el poder y en la organización del propio Estado.

"Así pues, el sencillo ejemplo que hemos puesto contiene *todos los elementos* del concepto científico de "dictadura del pueblo revolucionario" y también del concepto de "dictadura policíaco-militar". De este sencillo ejemplo, comprensible hasta para el sabio profesor democonstitucionalista, podemos pasar a fenómenos más complejos de la vida social.

"La revolución, en el sentido estricto, directo, de esta palabra, es justamente un período de la vida popular en el que la cólera acumulada durante siglos por las hazañas de los Avrámov sale a la superficie en *acciones,* y no en palabras, en acciones *de millones de seres de las masas populares,* y no de individuos aislados. El pueblo despierta y se alza para liberarse de los Avrámov. El pueblo desembaraza de los Avrámov a las innumerables Spiridónovas de la vida rusa, emplea la violencia contra los Avrámov y toma el poder sobre los Avrámov. Esto no ocurre, claro está, de una manera tan sencilla ni tan "de golpe" como en el ejemplo que hemos simplificado para el señor profesor Kizevétter; esta lucha del pueblo contra los Avrámov, esta lucha en el sentido estricto y directo, este sacudimiento del yugo de los Avrámov por el pueblo dura meses y años de "torbellino revolucionario". Este sacudimiento del yugo de los Avrámov por el pueblo es precisamente el contenido real de lo que se llama gran revolución rusa. Este sacudimiento, si es enfocado desde el punto de vista de los métodos de la creación histórica, reviste las formas que acabamos de describir al hablar del torbellino revolucionario, a saber: toma por el pueblo de la libertad política, es decir, de una libertad cuya realización obstaculizaban los Avrámov; creación por el pueblo de un poder nuevo, revolucionario, del poder sobre los Avrámov, del poder sobre los opresores de viejo tipo policíaco; empleo de la violencia por el pueblo contra los Avrámov para eliminar, desarmar y reducir a la impotencia a estos perros salvajes, a todos los Avrámov, los Durnovó, los Dubásov, los Min y sus semejantes.

"¿Está bien que el pueblo emplee métodos de lucha tan ilegales, desordenados, irregulares y no sistemáticos como la toma de la libertad, la creación de un poder nuevo, revolucionario, no reconocido formalmente por nadie, y la violencia contra los opresores del pueblo? Sí, está muy bien. Eso es la manifestación suprema de la lucha popular por la libertad. Es la gran hora en que los sueños de los mejores hombres de Rusia acerca de la libertad se convierten en *un hecho,* en un hecho de las propias masas populares, y no de héroes solitarios. Eso está tan bien como la liberación de Spiridónova de Avrámov por la muchedumbre (en nuestro ejemplo), como el desarme violento de Avrámov y su reducción a la impotencia.

"Pero aquí llegamos cabalmente al punto central de los pensamientos y temores ocultos de los democonstituoionalistas. El democonstitucionalista es el ideólogo de la pequeña burguesía precisamente porque traslada a la política, a la liberación de todo el pueblo y a la revolución el punto de vista del filisteo que en nuestro ejemplo (las torturas de Spiridónova por Avrámov) trataría de contener a la muchedumbre, aconsejaría no transgredir la ley y no apresurarse a liberar a las víctimas de manos del verdugo que actúa en nombre del poder legítimo. Está claro que, en nuestro ejemplo, semejante filisteo sería francamente un monstruo desde el punto de vista moral; pero aplicada a toda la vida social, la monstruosidad moral del pequeño burgués no es en modo alguno, repetimos, una cualidad personal, sino una cualidad social, condicionada, quizá, por los prejuicios de la ciencia jurídica burguesa y filistea, profundamente arraigados en la mente.

"¿Por qué el señor Blank considera que no es necesario siquiera demostrar que en el período de "torbellino" fueron dados al olvido todos los principios marxistas? Porque él adultera el marxismo y lo convierte en brentanismo[117], estimando que no son marxistas "principios" como la toma de la libertad, la creación de un poder revolucionario y el uso de la violencia por el pueblo. Semejante opinión se trasluce en todo el artículo del señor Blank, y no sólo del señor Blank, sino de todos los democonstitucionalistas, de todos los escritores del campo liberal y radical -hasta los bernsteinianos[118] de *Bez Zaglavia*[119], los señores Prokopóvich, Kuskova y *tutti quanti*[*]-, que elogian hoy a Plejánov por su amor a los democonstitucionalistas.

"Veamos cómo ha surgido esta opinión y por qué debió surgir.

"Ha surgido de modo directo de la concepción bernsteiníana o, más ampliamente, oportunista de la socialdemocracia de Europa Occidental. Los errores de esta concepción, que denunciaron de manera sistemática y en toda su amplitud "los ortodoxos" en Occidente[120], se trasladan ahora a Rusia "a la chita callando", aderezados con otra salsa y con otro motivo. Los bernsteinianos aceptaron y aceptan el marxismo, *a excepción* de su aspecto francamente revolucionario. No consideran la acción parlamentaria como un medio de lucha, útil sobre todo en determinados períodos históricos, sino como la forma principal y casi exclusiva de lucha, que hace innecesarias "la violencia", "la toma" y "la

[*] Todos cuantos son. *(N. de la Edit.)*

dictadura". Y es esta adulteración vulgar y pequeñoburguesa del marxismo la que trasladan ahora a Rusia los señores Blank y demás alabadores liberales de Plejánov. Se han habituado tanto a esta adulteración que no consideran siquiera necesario demostrar el olvido de los principios y las ideas marxistas en el período de torbellino revolucionario.

"¿Por qué ha debido surgir esta opinión? Porque corresponde con la mayor profundidad a la situación de clase y a los intereses de la pequeña burguesía. El ideólogo de la sociedad burguesa "purificada" admite *todos* los métodos de lucha de la socialdemocracia, *excepto precisamente los que utiliza el pueblo revolucionario en la época de "torbellino"* y que la socialdemocracia revolucionaria aprueba y ayuda a utilizar. Los intereses de la burguesía requieren la participación del proletariado en la lucha contra la autocracia; pero sólo una participación que no se transforme en supremacía del proletariado y del campesinado, sólo una participación que no elimine los órganos de poder completamente anticuados, autocráticos, feudales y policíacos. La burguesía quiere conservar estos órganos, mas sometiéndolos a su control inmediato: los necesita *contra el proletariado,* cuya lucha proletaria se vería excesivamente aliviada con el aniquilamiento completo de dichos órganos. De ahí que los intereses de la burguesía como clase exijan tanto la monarquía como la Cámara Alta, exijan que no se tolere la dictadura del pueblo revolucionario. Lucha contra la autocracia, dice la burguesía al proletariado, pero no toques los viejos órganos de poder: los necesito. Lucha "parlamentariamente", o sea, dentro de los límites que te prescribiré de acuerdo con la monarquía; lucha por medio de organizaciones, pero no de organizaciones como los comités de huelga generales, los Soviets de diputados obreros, soldados, etc., sino por medio de organizaciones que reconoce, limita y hace inofensivas con respecto al capital la ley que he promulgado de acuerdo con la monarquía.

"Esto permite comprender por qué la burguesía habla con desdén, desprecio, rabia y odio del período de "torbellino" y con admiración, encanto -e infinito amor pequeñoburgués... a la reacción- del período de constitucionalismo protegido por Dubásov. Es la misma cualidad constante e invariable de los democonstitucionalistas: el deseo de apoyarse en el pueblo y el temor a la iniciativa revolucionaria de éste.

"Se comprende también por qué la burguesía teme más que al fuego la repetición del "torbellino", por qué desdeña y vela los elementos de nueva crisis revolucionaria, por qué sustenta y difunde entre el pueblo ilusiones constitucionales.

"Ahora hemos aclarado plenamente por qué el señor Blank y sus semejantes declaran que en el período de "torbellino" se dieron al olvido todos los principios e ideas marxistas. El señor Blank, como todos los filisteos, reconoce el marxismo, pero *descontando* su aspecto revolucionario; reconoce los métodos socialdemócratas de lucha, pero *descontando* los métodos más revolucionarios y directamente revolucionarios.

"La actitud del señor Blank ante el período de "torbellino" es peculiar en grado sumo como ilustración de la incomprensión burguesa de los movimientos proletarios, del temor burgués a la lucha enconada y decisiva, del odio burgués a todas las manifestaciones del método brusco de resolver los problemas socio-históricos, del método revolucionario (en el sentido directo de la palabra) que destruye las viejas instituciones. El señor Blank se ha traicionado a sí mismo, ha delatado de golpe toda su estrechez burguesa. Ha oído y leído que los socialdemócratas cometieron "errores" en el período de "torbellino" y se ha apresurado a deducir y declarar con aplomo, categórica y gratuitamente, que fueron dados al olvido todos "los principios" del marxismo (¡de los que él no tiene la menor idea!). Señalaremos con motivo de estos "errores": ¿Ha habido algún período en el desarrollo del movimiento obrero, en el desarrollo de la socialdemocracia, en el que no se hayan cometido unos u otros errores?, ¿en el que no se hayan observado tales o cuales desviaciones a la derecha o a la izquierda? ¿Es que la historia del período parlamentario de la lucha socialdemócrata alemana -¡del período que a todos los burgueses mediocres del mundo entero les parece un límite insuperable!- no está llena de errores semejantes? Si el señor Blank no fuera un ignorante completo en los problemas del socialismo, recordaría con facilidad a Mülberger, a Dühring, la cuestión de la *Dampfersubvention*[121], a "los jóvenes"[122], la bernsteiniada y muchas, muchas cosas más. Pero para el señor Blank lo importante no es estudiar el verdadero curso del desarrollo de la socialdemocracia; lo único que necesita es minimizar la magnitud proletaria de la lucha para exaltar la mezquindad burguesa de su Partido Demócrata Constitucionalista.

"En efecto, si abordamos la cuestión desde el punto de vista de las desviaciones de la socialdemocracia de su camino habitual, "normal", veremos que el período de "torbellino revolucionario" muestra también en este terreno una cohesión y una integridad ideológica de la socialdemocracia *mayores,* y no menores, que en el período precedente. La táctica de la época de "torbellino" no alejó, sino que acercó a ambas alas de la socialdemocracia. Las discrepancias anteriores fueron sustituidas con la unidad de criterio respecto a la insurrección armada. Los socialdemócratas de ambas fracciones actuaron en los Soviets de diputados obreros, originales órganos del poder revolucionario en germen, incorporaron a los soldados y los campesinos a estos Soviets y

publicaron manifiestos revolucionarios juntamente con los partidos revolucionarios pequeñoburgueses. Las disputas de la época prerrevolucionaria fueron remplazadas por la solidaridad en las cuestiones prácticas. El ascenso de la ola revolucionaria relegó las discrepancias, obligó a reconocer la táctica de combate, suprimió la cuestión de la Duma, planteó a la orden del día el problema de la insurrección y acercó en la labor más inmediata a la socialdemocracia y la democracia burguesa revolucionaria. En *Séverni Golas*[123], los mencheviques llamaron, junto con los bolcheviques, a la huelga y la insurrección, exhortaron a los obreros a no cesar la lucha hasta que el poder no estuviera en sus manos. La situación revolucionaria sugería las consignas más prácticas. Las discusiones giraban sólo en torno a detalles en la apreciación de los acontecimientos: *Nachalo*[124], por ejemplo, consideraba que los Soviets de diputados obreros eran órganos de las administraciones autónomas revolucionarias; *Nóvaya Zhizn*[125] veía en ellos órganos embrionarios del poder revolucionario, que unían al proletariado y a la democracia revolucionaria. *Nachalo* se inclinaba hacia la dictadura del proletariado. *Nóvaya Zhizn* sustentaba el punto de vista de la dictadura democrática del proletariado y del campesinado. Pero ¿acaso cualquier período en el desarrollo de cualquier partido socialista europeo no nos muestra tales discrepancias y otras semejantes en la socialdemocracia?

"No, la tergiversación de las cosas por el señor Blank, su indignante falsificación de la historia del día de ayer, se explica única y exclusivamente por el hecho de que nos encontramos ante un modelo de autosuficiente vulgaridad burguesa, al que los períodos de "torbellino revolucionario" le parecen una locura ("se olvidan todos los principios", "casi desaparecen el propio pensamiento y la simple razón") y los períodos de aplastamiento de la revolución y de "progreso" pequeñoburgués (protegido por los Dubásov) le parecen una época de actividad racional, consciente y sistemática. Esta apreciación comparativa de los dos períodos (el período de "torbellino" y el período democonstitucionalista) es el leitmotiv de todo el artículo del señor Blank. Cuando la historia de la humanidad avanza con la velocidad de una locomotora, eso es "torbellino", "torrente", "desaparición" de todos "los principios e ideas". Cuando la historia avanza a paso de tortuga, eso es la propia razón y el propio sistema. Cuando las masas populares empiezan ellas mismas -con todo su primitivismo virginal, con su decisión simple y tosca- a crear la historia y llevar a la práctica de manera directa e inmediata "los principios y las teorías", el burgués siente miedo y vocifera que "la razón retrocede a un segundo plano" (¿no será al revés, ¡oh, héroes del filisteísmo!?; ¿no avanza en la historia, precisamente en tales momentos, la razón de las masas, y no la razón de algunos individuos aislados?; ¿no se convierte precisamente entonces la razón de las masas en una fuerza viva, eficaz, y no de gabinete?). Cuando el movimiento directo de las masas es reprimido por medio de fusilamientos, ejecuciones, apaleamientos, desempleo y hambre; cuando salen de las rendijas las chinches de la ciencia profesoral, mantenida con el dinero de los Dubásov, y empiezan a dirigir los asuntos *por* el pueblo *en nombre de las masas,* vendiendo y traicionando sus intereses a unos puñados de privilegiados, entonces, a los caballeros del filisteísmo les parece que ha llegado la época de progreso sosegado y tranquilo, que "ha llegado el momento del pensamiento y la razón". El burgués es siempre y en todas partes fiel a sí mismo: ya tomen *Poliárnaya Zvezdá*[126] o *Nasha Zhizn,* ya lean a Struve o a Blank, encontrarán en todas partes lo mismo, encontrarán en todas partes esta apreciación estrecha, pedantesco-profesoral y burocrático-cadavérica, de los períodos revolucionarios y reformistas. Los primeros son períodos de locura, *tolle Jahre,* de desaparición del pensamiento y la razón. Los segundos, períodos de actividad "consciente y sistemática".

"No interpreten torcidamente mis palabras. No digan que me refiero a las preferencias de los señores Blank por unos u otros períodos. No se trata en modo alguno de preferencias: la sucesión de los períodos históricos no depende de nuestras preferencias subjetivas. Se trata de que los señores Blank *falsean la verdad* con todo descaro *al analizar las propiedades* de tal o cual período (independientemente por completo de nuestras preferencias o de nuestras simpatías). Se trata de que precisamente los períodos revolucionarios se distinguen por una mayor amplitud, una mayor riqueza, una mayor conciencia, un mayor método, una mayor sistematización, una mayor audacia y brillantez de la creatividad histórica que en los períodos de progreso pequeñoburgués, democonstitucionalista y reformista. ¡Pero los señores Blank presentan las cosas al revés! Hacen pasar la indigencia por riqueza de creación histórica. Ven en la inactividad de las masas oprimidas o abatidas un triunfo de "la sistematización" en la actividad de los funcionarios y los burgueses. Hablan a gritos de la desaparición del pensamiento y la razón cuando, en vez del tijereteo de proyectos de ley por cualquier chupatintas o *penny-a-liners* liberales (escritorzuelos que viven cobrando a tanto la línea), llega un período de actividad política directa "del vulgo", que destruye simplemente, de manera directa e inmediata, los órganos de opresión del pueblo, toma el poder y se adueña de lo que se consideraba perteneciente a los opresores del pueblo; en una

palabra, cuando se despiertan precisamente el pensamiento y la razón de millones de seres oprimidos, cuando se despiertan no sólo para leer librejos, sino para realizar una obra viva, una obra humana, para la creación histórica".

Tales fueron las discusiones en torno a la dictadura, en 1905 y 1906, en Rusia.

Los señores Dittmann, Kautsky, Crispien e Hilferding en Alemania, los Longuet y Cía. en Francia, los Turati y sus amigos en Italia, los MacDonald y Snowden en Inglaterra y sus semejantes juzgan de la dictadura, en esencia, exactamente igual que lo hacían el señor R. Blank y los democonstitucionalistas en 1905 en Rusia. No comprenden la dictadura, no saben prepararla, son incapaces de entenderla y realizarla.

20-X-1920.

Publicado el 9 *de noviembre de 1920 en el núm.* 14 *de la revista "La Internacional Comunista".*
T. 41, *págs. 369-391.*

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CONFERENCIA DE TODA RUSIA DE LOS ORGANISMOS DE EDUCACIÓN POLÍTICA DE LAS SECCIONES PROVINCIALES Y DISTRITALES DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

3 de noviembre de 1920.

Camaradas: Permitidme que os dé a conocer algunas ideas que, en parte, han sido tratadas en el Comité Central del Partido Comunista y en el Consejo de Comisarios del Pueblo con motivo de la organización del Comprinedpol* y, en parte, me ha sugerido el proyecto presentado al Consejo de Comisarios del Pueblo. Ese proyecto se aprobó ayer, en principio, como base de discusión y luego se debatirá aún en detalle.

En cuanto a mí, me permitiré señalar únicamente que al comienzo estaba en contra por completo de cambiar la denominación de vuestra entidad. A mi juicio, la tarea del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública es ayudar a la gente a que estudie y enseñe a otros. En lo que llevo de experiencia soviética estoy acostumbrado a acoger distintas denominaciones como bromas de chiquillos, pues cada una de ellas es algo así como una broma. Ahora se ha aprobado ya una nueva denominación: Comprinedpol.

Puesto que es ya cuestión decidida, tomad mis palabras sólo como una observación particular. Si las cosas no se limitan al cambio de rótulo, podremos congratularnos de ello.

Si logramos incorporar nuevos trabajadores a la labor cultural y educativa, ya no se tratará sólo de una nueva denominación y entonces será posible resignarse con la debilidad "soviética" de poner etiquetas a cada obra nueva y a cada institución nueva. Si tenemos éxito, lograremos algo más de lo que hemos alcanzado hasta ahora.

Lo principal que debe obligar a nuestros camaradas a participar con nosotros en la labor mancomunada cultural y educativa es el vínculo de la instrucción con nuestra política. La denominación puede prever algo si hay necesidad de ello, pues no podemos sustentar en toda nuestra labor educativa el viejo punto de vista de la instrucción apolítica, no podemos desligar esa labor de la política.

Esa idea dominaba y sigue dominando en la sociedad burguesa. Calificar la instrucción de "apolítica" o "impolítica" es una hipocresía de la burguesía; no es otra cosa que engañar a las masas, humilladas en el 99% por el dominio de la Iglesia, por la propiedad privada, etc. La burguesía, que domina en todos los países aún burgueses, se dedica precisamente a engañar a las masas de esa manera.

Y cuanto más importancia tiene allí el mecanismo del Estado tanto menos libre es del capital y su política.

La conexión del mecanismo político con la instrucción es sólida en extremo en todos los Estados burgueses, aunque la sociedad burguesa no pueda reconocerlo francamente. Entretanto, esa sociedad moldea ideológicamente a las masas por medio de la Iglesia y de toda la institución de la propiedad privada.

Nuestra tarea fundamental consiste, entre otras cosas, en oponer nuestra verdad a "la verdad" burguesa y obligar a que sea reconocida.

El paso de la sociedad burguesa a la política del proletariado es muy difícil, tanto más que la burguesía nos calumnia sin cesar con toda su máquina de propaganda y agitación. Procura encubrir al máximo una misión aún más importante de la dictadura del proletariado -su tarea educativa-, de particular importancia en Rusia, donde el proletariado representa la minoría de la población. Y, sin embargo, dicha tarea debe plantearse en primer plano, en este caso, pues tenemos que preparar a las masas para edificar el socialismo. No podría ni hablarse de dictadura del proletariado si éste no hubiese adquirido un alto grado de conciencia, gran disciplina y gran fidelidad a la lucha contra la burguesía, o sea, la suma de tareas que es preciso plantear para la victoria completa del proletariado sobre su enemigo secular.

No sustentamos el punto de vista utópico de que las masas trabajadoras están preparadas para la sociedad socialista. Sabemos por los datos exactos de toda la historia del socialismo obrero que eso no es así, que la preparación para el socialismo sólo la

---

* Comité Principal de Educación Política de la República. *(N. de la Edit.)*

proporcionan la gran industria, la lucha huelguística y la organización política. Mas para conquistar la victoria, para llevar a cabo la revolución socialista, el proletariado debe ser capaz de actuar solidariamente, de derrocar a los explotadores. Y ahora vemos que ha adquirido todas las dotes necesarias y las ha convertido en hechos cuando ha conquistado el poder.

Para los trabajadores de la enseñanza, y para el Partido Comunista como vanguardia en la lucha, la tarea fundamental debe consistir en ayudar a educar e instruir a las masas trabajadoras, a fin de superar las viejas costumbres y hábitos que hemos heredado del antiguo régimen, los hábitos y costumbres de propietarios, que impregnan por entero el grueso de las masas. Esta tarea fundamental de toda la revolución socialista jamás debe perderse de vista al examinar las cuestiones particulares que tanta atención han requerido del CC del partido y del Consejo de Comisarios del Pueblo. Cómo estructurar el Comprinedpol, cómo unirlo con las diversas instituciones y cómo ligarlo no sólo al centro, sino también a las instituciones locales son preguntas a las que nos responderán los camaradas más competentes en esta materia, que tienen ya gran experiencia y la han estudiado especialmente. Yo sólo quisiera recalcar los elementos fundamentales del aspecto de principios de la cuestión. Tenemos que plantear el problema abiertamente, reconociendo sin tapujos, pese a toda la vieja mendacidad, que la enseñanza no puede estar desligada de la política.

Vivimos un momento histórico de la lucha contra la burguesía mundial, que es muchísimo más fuerte que nosotros. En un momento como éste, debemos defender la obra de edificación revolucionaria y luchar contra la burguesía también en el terreno militar, y más aún en el ideológico, mediante la educación, para que las costumbres, los hábitos y las convicciones que la clase obrera ha adquirido durante numerosos decenios de lucha por la libertad política; para que toda la suma de estas costumbres, hábitos e ideas sirva de instrumento de educación de todos los trabajadores. Y la tarea de decidir cómo educar concretamente recae sobre el proletariado. Es preciso inculcar la conciencia de que no se puede, de que es inadmisible permanecer al margen de la lucha del proletariado, la cual abarca hoy, cada día más, a todos los países capitalistas sin excepción; de que es inadmisible estar al margen de toda la política internacional. La unión de todos los países capitalistas poderosos del mundo contra la Rusia Soviética es la verdadera base de la actual política internacional. Y debe reconocerse que de eso depende el destino de centenares de millones de trabajadores de los países capitalistas. Porque en nuestros días no hay un rincón en la Tierra que no esté sometido a un puñado de países capitalistas. Así pues, la situación toma tal sesgo que plantea una disyuntiva: o permanecer al margen de la lucha actual y demostrar con ello una inconsciencia absoluta -como esa gente ignorante que se ha quedado al margen de la revolución y la guerra y no ve todo el engaño de que la burguesía hace víctima a las masas, no ve cómo la burguesía deja adrede a esas masas en la ignorancia-, o incorporarse a la lucha por la dictadura del proletariado.

Hablamos con toda franqueza de esta lucha del proletariado, y cada persona debe formar o a este lado de la barricada, a nuestro lado, o al otro lado. Todo intento de no formar en uno u otro bando acaba en un fracaso y un escándalo.

Al observar los infinitos vestigios de la kerenskiada, los vestigios de los eseristas y de la socialdemocracia, que se han manifestado personificados en los Yudénich, los Kolchak, los Petliura, los Majnó y otros, hemos visto tal diversidad de formas y matices de la contrarrevolución en distintos lugares de Rusia que podemos decir que estamos ya mucho más forjados que nadie; y cuando miramos a Europa Occidental, vemos que allí se repite lo mismo que ocurrió en nuestro país, se repite nuestra historia. Casi por doquier, al lado de la burguesía se observan elementos de kerenskiada, que en toda una serie de Estados, especialmente en Alemania, tienen la supremacía. En todas partes se observa lo mismo: la imposibilidad de mantener una posición intermedia, cualquiera que sea, y una clara toma de conciencia: o dictadura blanca (para ella se prepara la burguesía en todos los países de Europa Occidental, armándose contra nosotros) o dictadura del proletariado. Hemos experimentado eso con tal agudeza y profundidad que no necesito hablar en detalle de los comunistas rusos. De ahí se infiere una sola deducción, que debe ser la base de todos los razonamientos y proyectos relacionados con el Comprinedpol. En primer término, en la labor de este organismo debe reconocerse públicamente la primacía de la política del Partido Comunista. No conocemos otra forma, y ni un solo país ha concebido todavía ninguna otra. El partido puede corresponder más o menos a los intereses de su clase, experimentar unos u otros cambios o enmiendas; pero no conocemos aún otra forma mejor. Y toda la lucha en la Rusia Soviética, que ha resistido durante tres años el embate del imperialismo mundial, está vinculada al hecho de que el partido se plantea conscientemente la tarea de ayudar al proletariado a desempeñar su papel de educador, organizador y dirigente, un papel sin el cual es imposible la disgregación del capitalismo. Las masas trabajadoras, las masas de campesinos y obreros, deben vencerlas viejas costumbres de los intelectuales y reeducarse para edificar el comunismo: sin eso es imposible emprender la labor constructiva. Toda nuestra experiencia prueba que esta labor es demasiado seria, y por eso debemos

tener presente la necesidad de reconocer el papel preponderante del partido, y no podemos perderlo de vista al discutir la actividad y el trabajo de organización. Habrá que hablar aún mucho de cómo llevar a cabo eso; habrá que hablar de ello tanto en el Comité Central del partido como en el Consejo de Comisarios del Pueblo. El decreto aprobado ayer sirve de base en lo que respecta al Comprinedpol, pero no ha recorrido aún todo su camino en el Consejo de Comisarios del Pueblo. Dentro de unos días se promulgará, y veréis que en su redacción definitiva no contiene una declaración concreta sobre la relación con el partido.

Pero debemos saber y recordar que toda la constitución jurídica y efectiva de la República Soviética se basa en que el partido lo corrige, designa y organiza todo de acuerdo con un solo principio, a fin de que los elementos comunistas ligados al proletariado puedan inculcar su espíritu a este proletariado, someterlo a su influencia y librarlo del engaño burgués, que desde hace tanto procuramos desterrar. El Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública ha sostenido una prolongada lucha, pues la organización del magisterio ha combatido durante mucho tiempo la revolución socialista. En este medio del magisterio han arraigado de manera singular los prejuicios burgueses. En este medio se ha librado una larga lucha tanto en forma de sabotaje directo como de prejuicios burgueses, que se mantienen pertinazmente, y nos vemos obligados a conquistar con lentitud, paso a paso, una posición comunista. Ante el Comprinedpol, dedicado a la enseñanza extraescolar, a cumplir la tarea de enseñar y educar a las masas, se plantea con singular relieve la tarea de combinar la dirección del partido y someter a su influencia, inculcar su espíritu e inflamar con el fuego de su iniciativa ese inmenso mecanismo, ese ejército de medio millón de maestros que están ahora al servicio del obrero. Los trabajadores de la enseñanza, los maestros, se educaron en el espíritu de los prejuicios y las costumbres burgueses, en un espíritu de hostilidad al proletariado, del cual estuvieron desligados por completo. Ahora debemos forjar un nuevo ejército de maestros, de personal pedagógico, que ha de estar compenetrado con el partido, con las ideas del partido; que ha de estar impregnado del espíritu del partido; que debe ganarse a las masas obreras, impregnarlas del espíritu comunista e interesarlas por lo que hacen los comunistas.

Por cuanto es necesario romper con los viejos hábitos, costumbres e ideas, al Comprinedpol y sus funcionarios les incumbe una importantísima tarea, que debe ser tenida en cuenta en primer lugar. En efecto, ante nosotros surge el dilema de cómo vincular el magisterio, de viejo temple en su mayoría, a los miembros del partido, a los comunistas. Se trata de un problema difícil en extremo, sobre el que es preciso meditar mucho, muchísimo.

Veamos cómo debe vincularse en el aspecto de organización a personas tan distintas. Para nosotros, en principio, no puede caber duda de que debe existir la supremacía del Partido Comunista. Así pues, el fin de la cultura política, de la educación política, consiste en forjar verdaderos comunistas capaces de superar la falsedad y los prejuicios y de ayudar a las masas trabajadoras a vencer el viejo régimen y construir el Estado sin capitalistas, sin terratenientes, sin explotadores. ¿Y cómo se puede hacer eso? Eso se puede hacer únicamente asimilando todo el cúmulo de conocimientos que los maestros han heredado de la burguesía. Sin eso serían imposibles todas las conquistas técnicas del comunismo y sería vano todo sueño con ello. Así surge la cuestión de cómo vincular a esos trabajadores, que no están acostumbrados a laborar en conexión con la política ni, en particular, con la política útil para nosotros, es decir, con la política que necesita el comunismo. Como he dicho ya, esta tarea es muy difícil. Hemos estudiado esta cuestión también en el Comité Central. Al hacerlo, hemos procurado tomar en consideración las enseñanzas que brinda la experiencia, y estimamos que, en este sentido, tendrá gran importancia una asamblea como la de hoy, en la que estoy hablando, una conferencia como la vuestra. Cada comité del partido ha de considerar ahora de otro modo a cada propagandista, en el que antes veía a un miembro de un círculo determinado, de una organización determinada. Todos ellos pertenecen al partido gobernante, al partido que dirige todo el Estado y la lucha universal de la Rusia Soviética contra el régimen burgués. Son representantes de la clase que lucha y del partido que domina, y debe dominar, en la grandiosa máquina del Estado. Muchísimos comunistas que han cursado magníficamente la escuela del trabajo clandestino, probados y formados en la lucha, no quieren ni pueden comprender toda la importancia de ese viraje, de esa transición, en virtud de los cuales se convierten de agitadores y propagandistas en dirigentes de agitadores, en dirigentes de una gigantesca organización política. No es tan importante que se les dé al mismo tiempo la denominación correspondiente, quizá no muy afortunada, como la de director de escuelas populares; lo que importa es que sepan dirigir a la masa de maestros.

Es preciso decir que los centenares de miles de maestros del país forman el mecanismo que debe impulsar el trabajo, despertar el pensamiento y combatir los prejuicios que existen todavía entre las masas. La herencia de la cultura capitalista y sus defectos impregnan a la masa de maestros, la cual, con esos defectos, no puede ser comunista. Sin embargo, ello no es óbice para que se incorpore a esos maestros a las filas de los trabajadores de la

educación política, pues poseen conocimientos sin los cuales no podremos lograr nuestro objetivo.

Debemos poner al servicio de la educación comunista a centenares de miles de personas necesarias. Esta tarea se ha cumplido en el frente, en nuestro Ejército Rojo, en el que se admitió a decenas de miles de componentes del viejo ejército. Se fundieron con el Ejército Rojo en un largo proceso, en un proceso de reeducación, cosa que, en definitiva, han demostrado con sus victorias. Y en nuestra labor cultural y educativa debemos seguir este ejemplo. Cierto que esta labor es menos vistosa, pero tiene aún más importancia. Nos es imprescindible cada agitador y cada propagandista, que cumple su tarea cuando trabaja con un espíritu estrictamente de partido; pero no se limita al partido, sino que recuerda que su misión consiste en lo siguiente: dirigir a centenares de miles de maestros, despertar su interés, vencer los viejos prejuicios burgueses, incorporarlos a nuestra obra, hacer que tomen conciencia de la inconmensurabilidad de nuestra labor. Y sólo pasando a esta labor, podremos llevar al camino certero a esa masa, que el capitalismo abrumaba y apartaba de nosotros.

Tales son los objetivos que debe señalarse, y no perder de vista, cada agitador y propagandista que trabaje fuera del ámbito escolar. Al cumplir esas tareas se tropieza con multitud de dificultades prácticas, y vosotros debéis ayudar al comunismo y ser representantes y dirigentes no sólo de círculos del partido, sino de todo el poder del Estado, que se encuentra en manos de la clase obrera.

Nuestra tarea consiste en vencer toda la resistencia de los capitalistas, no sólo la militar y la política, sino también la ideológica, que es la más profunda y poderosa. La tarea de nuestros trabajadores de la enseñanza estriba en realizar esa transformación de las masas. Su interés y su anhelo de aprender y saber qué es el comunismo -interés y anhelo que observamos- son la garantía de que venceremos también en este terreno, aunque quizá no tan pronto como en el frente, quizá con mayores dificultades y, a veces, con derrotas; pero, en fin de cuentas, los vencedores seremos nosotros.

Como resumen, quisiera analizar otra cuestión: es posible que la denominación de Comité Principal de Educación Política no se entienda debidamente. Por cuanto en esta denominación figura la palabra "política", la política es en ella lo más importante.

Ahora bien, ¿cómo entender la política? De entenderla en el viejo sentido, se puede incurrir en un error grande y grave. Política es la lucha entre las clases, política son las relaciones del proletariado, que combate por su emancipación contra la burguesía mundial. Pero en nuestra lucha se destacan dos aspectos de la cuestión: por un lado, la tarea de destruir la herencia del régimen burgués, de frustrar las tentativas -repetidas por toda la burguesía- de aniquilar el Poder soviético. Hasta la fecha, esta tarea es la que más ha ocupado nuestra atención, impidiéndonos pasar a otra: a la tarea de construir. Según la concepción burguesa, la política parecía desligada de la economía. La burguesía decía: trabajad, campesinos, para que podáis subsistir; trabajad, obreros, para que recibáis en el mercado cuanto necesitáis para vivir; la política económica la hacen vuestros amos. Sin embargo, eso no es así: la política debe ser obra del pueblo, obra del proletariado. Y debemos recalcar, a este respecto, que en nuestra labor dedicamos las nueve décimas partes del tiempo a luchar contra la burguesía. Las victorias sobre Wrangel -acerca de las cuales leímos ayer y leeréis hoy y, probablemente, mañana- prueban que toca a su fin una fase de la lucha, que hemos conquistado la paz con toda una serie de países occidentales. Y cada victoria conquistada en el frente militar nos proporciona más libertad para la lucha interior, para la política de edificación del Estado. Todo paso que nos aproxima a la victoria sobre los guardias blancos, traslada paulatinamente el centro de gravedad de la lucha a la política económica. La propaganda de viejo tipo describe lo que es el comunismo y ofrece ejemplos de ello. Pero esta vieja propaganda no sirve para nada, pues hace falta demostrar en la práctica cómo hay que edificar el socialismo. Toda la propaganda debe basarse en la experiencia política de desarrollo económico. Esta es nuestra tarea principal, y si a alguien se le ocurriera comprenderlo en el viejo sentido de la palabra, sería un atrasado y no podría hacer propaganda para las masas de campesinos y obreros. Nuestra política principal debe ser ahora el desarrollo económico del Estado para recoger más puds de trigo, extraer más puds de hulla, decidir cómo emplear mejor estos puds de trigo y de hulla a fin de que no haya hambrientos. En eso consiste nuestra política. Y en eso debe basarse toda la agitación y toda la propaganda. Es preciso que haya menos palabras, pues con palabras no satisfaréis a los trabajadores. En cuanto la guerra nos permita desplazar el centro de gravedad de la lucha contra la burguesía, de la lucha contra Wrangel, contra los guardias blancos, abordaremos la política económica. Y en ello desempeñarán un papel inmenso, cada día mayor, la agitación y la propaganda.

Cada agitador debe ser un dirigente del Estado, un dirigente de todos los campesinos y de todos los obreros en la edificación económica. Debe decir que para ser comunista es preciso conocer, es preciso leer un folleto determinado, un libro determinado. Así mejoraremos la economía y la haremos más sólida, más social; así aumentaremos la producción, mejoraremos el problema del trigo, distribuiremos de manera más justa los productos obtenidos, acrecentaremos la extracción de hulla y restableceremos la industria sin capitalismo y sin

espíritu capitalista.

¿En qué consiste el comunismo? Toda su propaganda debe hacerse de tal modo que se reduzca a dirigir prácticamente la organización del Estado. Las masas obreras han de comprender el comunismo como una obra propia. Esta obra se viene haciendo mal, con miles de errores. No lo ocultamos, pero los propios obreros y campesinos, con nuestra ayuda, con nuestra débil y pequeña contribución, deben formar y enderezar nuestro mecanismo. Para nosotros, eso ha dejado ya de ser un programa, una teoría y una tarea: es obra de la edificación real de hoy. Y si nuestros enemigos nos han infligido en nuestra guerra las derrotas más crueles, en cambio, hemos aprendido con esas derrotas y alcanzado la victoria completa. También ahora debemos extraer conocimientos de cada derrota, debemos recordar que es preciso enseñar a los obreros y campesinos con el ejemplo del trabajo realizado. Debemos señalar lo que hemos hecho mal para evitarlo en lo sucesivo.

Con el ejemplo de esa edificación, repitiéndolo muchas veces, conseguiremos transformar los malos jefes comunistas en verdaderos constructores, sobre todo de la economía del país. Lograremos cuanto necesitamos; venceremos todos los obstáculos heredados del viejo régimen y que no pueden ser superados de golpe; hay que reeducar a las masas, y sólo pueden reeducarlas la agitación y la propaganda; hay que ligar a las masas, en primer lugar a la organización de la vida económica general. Eso debe ser lo más importante y fundamental en la labor de cada agitador y propagandista; y cuando lo aprenda, estará garantizado el éxito de su trabajo. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado en el "Boletín de la Conferencia de toda Rusia de los organismos de educación política (1-8 de noviembre de 1920)", Moscú.
T. 41, págs. 398-408.

TESIS ACERCA DE LA PROPAGANDA EN EL TERRENO DE LA PRODUCCIÓN.

(Borrador).

1. En la actualidad, con motivo de las victorias militares de la RSFSR y de su situación internacional en general, la propaganda en el terreno de la producción deberá ser colocada de nuevo en primer plano, intensificada y fortalecida desde el punto de vista de organización.

2. Los periódicos principales, en primer lugar *Izvestia* y *Pravda,* deben: (a) disminuir el espacio destinado a la política y ampliar la sección de propaganda de la producción; (b) influir en toda la labor del partido y de las instituciones de los Soviets en el sentido de destinar más fuerzas a la propaganda en este terreno; (c) esforzarse por organizar sistemáticamente la propaganda de la producción a escala de todo el Estado, preparar vastas medidas para desarrollarla y mejorarla y, en particular, para controlar sus éxitos reales y efectivos.

3. De la misma manera debe ser sistematizada, ampliada y desarrollada la promoción -del seno de las masas obreras y campesinas- de administradores, organizadores e inventores capaces.

4. La propaganda en el terreno de la producción debe ser unificada en toda la RSFSR bajo la dirección de un solo organismo, a fin de economizar fuerzas y dar una orientación más acertada a la labor. Al mismo tiempo, es absolutamente imprescindible la más amplia autonomía tanto local como profesional. Recompensa sistemática y bien organizada (premios en especie, etc.) de todo éxito considerable; organización de un control de los éxitos imparcial y competente.

5. El organismo dirigente único de la propaganda en el terreno de la producción debe ser la Redacción de un periódico popular de masas, con una tirada que oscile entre quinientos mil y un millón de ejemplares. Ese periódico debe ser *Biednotá*[128].

La división de los periódicos de este tipo en industriales y agrícolas resulta perjudicial, pues es tarea del socialismo acercar y unir la industria y la agricultura. En la práctica, el papel dirigente del proletariado industrial tanto en la ciudad como en el campo -y, en particular, en la urbanización de la agricultura y en la electrificación de todo el país- exige precisamente un periódico único dedicado a los problemas de la producción (y una dirección única de la propaganda en este terreno) para los obreros y los campesinos.

6. El Consejo de Dirección debe constar de cinco personas, en representación de los siguientes organismos: 1) Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia; 2) Consejo Superior de Economía Nacional; 3) Comisariado del Pueblo de Agricultura; 4) Comité Principal de Educación Política de la República; 5) CC del PC de Rusia (o redactor-jefe). El Consejo y el periódico deben estar anexos al Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia. (¿Quizá agregando un representante de la Dirección General de Educación Profesional?)

7. El periódico dedicado a las cuestiones de la producción debe ser popular (en el sentido de que sea comprensible para millones), pero no caer de ninguna manera en la populachería. No descender al nivel del lector poco desarrollado, sino elevar constantemente el nivel de éste (con una gradación muy prudente). Dedicar poco espacio, no más de 1/4 aproximadamente, a la política. Consagrar la atención principal a las siguientes cuestiones: plan económico único, frente del trabajo, propaganda en el terreno de la producción, formación de los obreros y campesinos como dirigentes, control de la aplicación efectiva de las leyes y medidas de las instituciones y haciendas de los Soviets, amplio y acertado intercambio de opiniones con los lectores.

8. Las informaciones y artículos publicados o recibidos en el periódico, así como otros, deben reeditarse sistemática y periódicamente en forma de folletos y hojas para facilitárselos con carácter obligatorio a las bibliotecas y, además, a todas las fábricas y empresas de la rama de producción correspondiente (los folletos y hojas deben sistematizar las informaciones y artículos por ramas de la producción). A la par con los libros de texto y los resúmenes sobre la técnica extranjera, estas informaciones y artículos deben servir para difundir la enseñanza técnico-profesional *y politécnica.*

En particular, debe ser objeto de atención especial una distribución más acertada del periódico, así como

de los folletos y hojas dedicados a la producción, entre *todas* las bibliotecas de la RSFSR.

9. Es preciso incorporar a la propaganda en el terreno de la producción (vinculada a la liquidación del analfabetismo), de manera organizada y sistemática, a los ingenieros, agrónomos y maestros de escuela, así como a los empleados de los Soviets que tengan cierta calificación.

Organizar conferencias, charlas, informes, etc. Implantar el trabajo obligatorio para todos los que puedan dar a conocer a la población la electrificación, la taylorización[129], etc.

10. Utilizar las películas de modo más amplio y sistemático en la propaganda de la producción. Laborar conjuntamente con el Departamento de Cine. Discos soviéticos. Organizar exposiciones de diagramas y cartogramas en los clubs, isbas de lectura, calles, etc. Pegar carteles y pancartas cerca de las fábricas, talleres, escuelas técnicas, etc.

11. Organizar, juntamente con el Comisariado del Pueblo de Trabajo y otras instituciones, la inspección de la producción. Coordinar su labor con la propaganda en el terreno de la producción, así como las actividades de los instructores, de los trenes y barcos de propaganda, etc.

12. Destacar a las empresas ejemplares y hacer una amplia publicidad de ellas. Organizar en talleres, barriadas o células especiales, etc., a los obreros que tengan experiencia de trabajo industrial en el extranjero. Utilizarlos para enseñar a los obreros atrasados, para difundir la enseñanza técnico-profesional y politécnica, etc.

18-XI-1920.

N. Lenin.

Publicadas por vez primera en 1928, en el tomo XXV de las ediciones 2a y 3a de las "Obras" de V. I. Lenin.

T. 42, págs. 14-16.

VIII CONGRESO DE LOS SOVIETS DE TODA RUSIA[130].

22-29 de diciembre de 1920.

1. Informe sobre las concesiones, pronunciado ante el grupo del PC(b)R en el VIII Congreso de los soviets, 21 de diciembre.

Camaradas: Creo que habéis adoptado una decisión completamente acertada al preferir hablar de las concesiones primero en el grupo. A juzgar por las noticias de que disponemos, el problema de las concesiones ha suscitado en todas partes -no sólo en los medios del partido y entre las masas obreras, sino también entre vastas masas del campesinado- un desasosiego bastante grande e incluso inquietud. Todos los camaradas han señalado que, después del decreto de 23 de noviembre de este año[131], era lo más frecuente que en la mayoría de las reuniones, consagradas a asuntos diversos, se hicieran preguntas y se enviaran notas acerca de las concesiones. El tono general tanto de estas notas como de las conversaciones traslucía el siguiente temor: hemos derrocado a nuestros capitalistas y ahora queremos dejar que vengan los del extranjero. Creo que estos recelos, este gran interés por las concesiones -que los camaradas del partido no han sido los únicos, ni mucho menos, en manifestar- es un signo favorable, demostrativo de que, en el transcurso de tres años de una lucha infinitamente dura, el poder obrero y campesino se ha fortalecido tanto y la experiencia respecto a los capitalistas se ha afianzado hasta tal punto que las grandes masas consideran el poder obrero y campesino lo bastante firme como para pasarse sin las concesiones, y que ellas mismas están aleccionadas en grado suficiente para no aceptar, sin una necesidad extrema, transacciones con los capitalistas. Este tipo de fiscalización desde abajo, este tipo de recelos de las masas, éste tipo de inquietud de los medios situados fuera del partido son un testimonio de la extrema atención que se presta a nuestras relaciones con los capitalistas. A mi parecer, desde este punto de vista es indudable que debemos aprobar ésos recelos como un indicio del estado de ánimo de las grandes masas.

Sin embargo, creo que llegaremos a la conclusión de que en el problema de las concesiones es imposible guiarse únicamente por el instinto revolucionario. Al analizar todos los aspectos de la cuestión, nos convenceremos de que la política que hemos adoptado, consistente en ofrecer concesiones, es justa. Puedo decir brevemente que el tema principal de mi informe -o, para ser más exactos, de la repetición de la plática sostenida hace muy poco en Moscú con varios centenares de militantes responsables[132], pues no he preparado el informe y no puedo presentarlo-, que el tema principal de esta plática consiste en demostrar dos tesis: primera, que toda guerra es la continuación de la política de tiempos de paz, pero por otros medios; segunda, que las concesiones que otorgamos, que nos vemos obligados a otorgar, son la continuación de la guerra en otra forma diferente, por medios diferentes. Para demostrar estas dos tesis, o más bien sólo la segunda, pues la primera no necesita demostraciones especiales, empezaré por el aspecto político de la cuestión. Analizaré las relaciones existentes entre las potencias imperialistas contemporáneas, esenciales para comprender toda la política exterior actual, para comprender por qué hemos adoptado esta política.

El norteamericano Vanderlip dirigió al Consejo de Comisarios del Pueblo una carta, en la que decía: "Nosotros, republicanos, que pertenecemos al partido de los republicanos de EE.UU., al partido del gran capital financiero, ligado a los recuerdos de la Guerra de Secesión, no estamos actualmente en el poder". Escribía esto antes de las elecciones de noviembre: "Venceremos en las elecciones en noviembre (ya han vencido), y en marzo el Presidente será nuestro. Nuestra política no repetirá las tonterías que mezclaron a Norteamérica en los asuntos europeos, nos ocuparemos de nuestros propios intereses. Nuestros intereses norteamericanos nos llevan a un choque con el Japón, haremos la guerra al Japón. Quizá les interese saber que en 1923 nuestra flota será más fuerte que la inglesa. Para pelear necesitamos ser dueños del petróleo, sin el cual no podemos sostener una guerra moderna. No basta con ser dueños del petróleo: es necesario, además, adoptar medidas para que el enemigo carezca de él. El Japón se halla, a este respecto, en malas condiciones. Muy cerca de Kamchatka hay una

ensenada (he olvidado su nombre) con fuentes de petróleo, y nosotros queremos que los japoneses no tengan ese petróleo. Si nos venden este terreno, yo garantizo que nuestro pueblo dará muestras de tal entusiasmo que reconoceremos sin demora su gobierno de ustedes. Si no lo venden, y nos lo entregan sólo a título de concesión, no puedo decir que nos negaremos a examinar semejante proyecto. Pero no puedo prometer que el entusiasmo sea tal que garantice el reconocimiento del Gobierno soviético".

La carta de Vanderlip exponía con toda franqueza, con un cinismo inaudito, el criterio de un imperialista que ve claramente la inminencia de la guerra contra el Japón y plantea de manera pública y directa la siguiente cuestión: hagan este negocio con nosotros y obtendrán ciertas ventajas. La cuestión se planteaba así: el Extremo Oriente, Kamchatka y un trozo de Siberia se encuentran hoy, de hecho, en posesión del Japón, por cuanto sus fuerzas militares mandan allí y por cuanto, como sabéis, las circunstancias nos han obligado a crear un Estado "tapón", que tiene la forma de una República del Extremo Oriente[133]. Además, conocemos muy bien las increíbles calamidades que el imperialismo nipón hace sufrir a los campesinos siberianos y la inaudita cantidad de ferocidades que han cometido los japoneses en Siberia. Los camaradas de Siberia lo saben: sus recientes publicaciones han hablado de ello con todo detalle. Sin embargo, no podemos guerrear con el Japón y debemos hacer cuanto podamos para intentar no sólo alejar la guerra contra el Japón, sino también, a ser posible, pasarnos sin ella, pues, por razones comprensibles, es hoy superior a nuestras fuerzas. Al mismo tiempo, al privarnos de la ligazón con el comercio mundial a través del Océano Pacífico, el Japón nos causa un daño descomunal. En estas condiciones, cuando nos hallamos ante un creciente conflicto entre Norteamérica y el Japón, ante una colisión que se agranda -pues desde hace muchos decenios se sostiene una lucha tenacísima entre el Japón y Norteamérica por el Pacífico y por la posesión de sus costas, y toda la historia diplomática, económica y comercial concerniente al Océano Pacífico y a sus costas está llena de indicios completamente precisos de que este conflicto creciente hace inevitable la guerra entre ambos países-; en estas condiciones, nosotros seguimos en la misma situación en que nos encontramos durante tres años: la República Socialista está cercada por países imperialistas, infinitamente más fuertes que nosotros en el sentido militar, que ponen en juego todos los medios de agitación y propaganda para exacerbar el odio a la República de los Soviets y que no desaprovecharán la menor oportunidad para la intervención armada, como se expresan ellos, es decir, para asfixiar el Poder soviético.

Si, teniendo esto presente, repasamos en líneas generales, desde el punto de vista de la situación internacional de la República Soviética, los tres años últimos, estará claro que hemos podido mantenernos y vencer a la alianza, increíblemente poderosa, de los países de la Entente -alianza apoyada por nuestros guardias blancos- gracias sólo a la absoluta falta de unidad entre dichos países. Hemos podido vencer hasta ahora gracias sólo a las profundísimas discordias que separaban a las potencias imperialistas y merced también a que estas discordias no eran disensiones fortuitas en el seno de los partidos, sino una profundísima e inextirpable discordancia de los intereses económicos entre los países imperialistas que, situados en el terreno de la propiedad privada de la tierra y del capital, no pueden dejar de aplicar esta política de expoliación, que ha malogrado las tentativas de unir sus fuerzas contra el Poder soviético. Si tomamos el Japón, que tenía en sus manos casi toda Siberia y podía, por supuesto, ayudar a Kolchak en cualquier momento, la causa principal de que no lo hiciera consiste en que sus intereses divergen radicalmente de los de Norteamérica y en que no quería sacar las castañas del fuego para el capital norteamericano. Como es natural, conociendo esta debilidad sólo podíamos aplicar una política: la que se señala como objetivo aprovechar esta discordia entre Norteamérica y el Japón para fortalecernos y retardar la posibilidad de un acuerdo entre esos dos países contra nosotros. Y tenemos ya un ejemplo de que ese acuerdo es posible: los diarios norteamericanos han publicado el texto del acuerdo concertado entre todos los países que han prometido ayuda a Kolchak[134].

Es cierto que este acuerdo ha fracasado, pero nada prueba que no intenten restablecerlo a la primera oportunidad. Y cuanto más profundo y amenazante sea el desarrollo del movimiento comunista, tanto más reiteradas serán las tentativas de estrangulara nuestra República. Y de ahí nuestra política: aprovechar la discordia de las potencias imperialistas para dificultar el acuerdo o, si es posible, hacerlo irrealizable de momento. Esa ha sido, en el curso de tres años, la línea fundamental de nuestra política, *que* suscitó la necesidad de firmar la Paz de Brest-Litovsk y de concluir con Bullitt un acuerdo, desventajoso en extremo para nosotros, sobre la paz y el armisticio. Hoy, esta línea de conducta nos ordena aferrarnos con ambas manos a una proposición como la de las concesiones. A Norteamérica le otorgamos ahora Kamchatka, que, en esencia, no es nuestra, pues las tropas niponas se encuentran allí. En este momento no estamos en condiciones de pelear con el Japón. Otorgamos a Norteamérica, para que lo utilice en el sentido económico, un territorio en el que no tenemos en absoluto fuerzas ni militares ni navales y adonde no podemos enviarlas. Al hacer eso aprovechamos al imperialismo norteamericano contra el nipón y contra

la burguesía japonesa, la más próxima a nosotros, que hasta el presente retiene en sus manos la República del Extremo Oriente.

Así pues, durante las negociaciones acerca de las concesiones, nuestros principales intereses eran políticos. Y los acontecimientos de los últimos tiempos han mostrado del modo más evidente que con sólo hablar de estas concesiones hemos salido ganando. No las hemos otorgado todavía ni podremos otorgarlas hasta que el Presidente norteamericano no entre en funciones, lo cual ocurrirá no antes del mes de marzo. Además, conservamos la posibilidad, cuando se elabore en detalle el tratado, de renunciar a su firma.

Por lo tanto, desde el punto de vista económico, esta cuestión es completamente secundaria, y toda su esencia reside en el interés político. Y que hemos salido ganando lo demuestran todas las informaciones de prensa que recibimos. El propio Vanderlip insistió en que, por el momento, el proyecto de las concesiones debía mantenerse en secreto: hasta que triunfase el partido republicano. Y nosotros aceptamos no publicar ni su carta ni todo el proyecto preliminar. Pero ha resultado que es imposible ocultar durante mucho tiempo un secreto de esa índole. Y en cuanto Vanderlip regresó a Norteamérica, empezaron en el acto las revelaciones de todo género. Antes de las elecciones, el candidato a la Presidencia en los EE.UU., que ahora ha triunfado ya, era Harding. Este Harding desmintió en los periódicos que sostuviera relaciones con el Poder soviético por conducto de Vanderlip. Un mentís muy categórico, casi del siguiente género: no conozco a Vanderlip y no admito ninguna relación con el Poder soviético. Pero se comprende perfectamente a qué se debía dicho mentís. En vísperas de las elecciones en la Norteamérica burguesa, aparecer como partidario de un acuerdo con el Poder soviético hubiera significado para Harding perder, quizá, varios cientos de miles de votos; por eso se apresuró a hacer público que no conocía a ningún Vanderlip. Pero en cuanto se acabaron las elecciones, empezamos a recibir de Norteamérica informaciones de un carácter completamente distinto. Vanderlip recomienda en todos los tonos, en una serie de artículos de prensa, la firma de un acuerdo con el Poder soviético, e incluso ha escrito en un periódico que él compara a Lenin con Washington. Ha resultado, pues, que en los países burgueses tenemos propagandistas de un acuerdo con nosotros, y los hemos obtenido no en la persona del embajador soviético ni entre unos periodistas, sino entre los representantes de los explotadores de la peor especie, uno de los cuales es Vanderlip.

Cuando en una reunión de funcionarios responsables tuve ocasión de exponer lo que cuento ahora, un camarada que había regresado de Norteamérica -donde trabajó en las fábricas de Vanderlip- nos expresó su horror y dijo que en parte alguna había conocido una explotación semejante a la que había visto en las fábricas de Vanderlip. Y ahí tenéis: ese tiburón del capitalismo es hoy un propagandista de las relaciones comerciales con la Rusia Soviética. Aunque no hubiésemos obtenido nada más que el presunto acuerdo sobre las concesiones, se podría decir, sin embargo, que habíamos salido ganando. Disponemos de varias informaciones -secretas, claro está- acerca de que los países capitalistas no han renunciado a sus propósitos de reanudar en la primavera la guerra contra la Rusia Soviética. Poseemos numerosas noticias respecto a las medidas preparatorias que adoptan ciertas potencias capitalistas y a la labor preparatoria, digámoslo así, que los guardias blancos efectúan en todos los países. Por eso, nuestro interés principal es conseguir el restablecimiento de las relaciones comerciales, y para ello hace falta que cierta parte por lo menos, de los capitalistas esté de nuestro lado.

En Inglaterra se lucha desde hace tiempo. Hemos ganado ya por el hecho de haber conseguido que entre los representantes de la más feroz explotación capitalista haya personas que propugnan una política de restablecimiento de las relaciones comerciales con Rusia. El tratado con Inglaterra, el convenio comercial con este país no se ha firmado aún. Krasin sostiene ahora en Londres negociaciones activas a este respecto. El gobierno inglés nos ha presentado su proyecto y nosotros hemos entregado nuestro contraproyecto; sin embargo, vemos que el gobierno inglés demora el acuerdo, que allí trabaja tesoneramente el partido reaccionario militar, que triunfaba hasta ahora y pone obstáculos a la conclusión de acuerdos comerciales. Nuestro interés inmediato y nuestro primer deber consisten en apoyar cuanto pueda fortalecer los partidos y los grupos que aspiran a firmar con nosotros ese tratado. En la persona de Vanderlip hemos obtenido un adepto de este tipo. Y eso no es sólo una casualidad, no puede explicarse únicamente por el excepcional espíritu emprendedor de Vanderlip o por sus vastísimos conocimientos de Siberia. Ahí existen causas más profundas, ligadas al desarrollo de los intereses del imperialismo británico, que posee una cantidad increíble de colonias. La discordia entre el imperialismo norteamericano y el inglés es aquí profunda, y nuestro primer deber consiste en apoyarnos en eso.

He dicho ya que Vanderlip es un gran conocedor de Siberia. Cuando nuestras conversaciones tocaban a su fin, el camarada Chicherin indicó que convenía recibir a Vanderlip porque eso ejercería un influjo excelente en su actividad ulterior en Europa Occidental. Y aunque la perspectiva de conversar con este tiburón capitalista no fuera, por supuesto, de las más agradables, después de que, en virtud de mis funciones, hube de departir muy cortésmente hasta

con el difunto Mirbach, no podía asustarme, claro está, la conversación con Vanderlip. Es interesante que cuando intercambiamos con Vanderlip toda clase de cumplidos y él empezó a decir, bromeando, que los norteamericanos son gente práctica en extremo y no creen a nadie hasta que no lo ven con sus propios ojos, yo le respondía también medio en broma: "Ahora verá lo bien que se está en la Rusia Soviética e implantará esto también en Norteamérica". Me replicó, no en inglés, sino en ruso: "Puede ser", "¿Cómo, usted conoce también el ruso?". Vanderlip me dijo: "Recorrí cinco mil verstas por Siberia muchos años atrás, y Siberia me interesó muchísima". Este jocoso intercambio de cortesías con Vanderlip terminó en que al despedirse me dijo: "Sí, es preciso reconocer que míster Lenin no tiene cuernos, y me veré obligado a decirlo a todos mis amigos de EE.UU.". Desde luego, esto no sería una bagatela divertida si no recibiésemos más informaciones de la prensa europea proclamando que el Poder soviético es un monstruo y que es imposible mantener relaciones con él. Hemos tenido la posibilidad de arrojar a esta charca una piedra, personificada por Vanderlip, partidario del restablecimiento de las relaciones comerciales con nosotros.

¿Ha habido, aunque sólo sea, una información procedente del Japón que no hable de la extraordinaria efervescencia que reina en los medios comerciales nipones? La opinión pública japonesa dice que jamás renunciará a sus intereses y que se opone a las concesiones con el Poder soviético. En resumidas cuentas, la hostilidad entre el Japón y Norteamérica se ha agravado en proporciones gigantescas y, con ello, hemos obtenido un indudable debilitamiento de la embestida del Japón y de Norteamérica contra nosotros.

En la reunión de Moscú de funcionarios responsables en que informé dé este hecho se hizo, durante la discusión, la siguiente pregunta: "Resulta -como escribía un camarada- que arrastramos a una guerra al Japón y a Norteamérica, pero serán los obreros y los campesinos quienes la harán. Y aunque se trate de potencias imperialistas, ¿acaso nosotros, socialistas, somos los llamados a empujar a la guerra a dos potencias y hacer verter la sangre de los obreros?" Yo respondí que si, efectivamente, arrastrásemos a la guerra a los obreros y los campesinos, eso sería un crimen. Pero nuestra política y nuestra propaganda no están orientadas en modo alguno a arrastrar a los pueblos a la guerra, sino a acabar con ella. Y la experiencia ha mostrado en grado suficiente que sólo la revolución socialista permite acabar con las guerras eternas. Así pues, nuestra política no consiste en incitar a la guerra. No hemos hecho nada que pueda justificar una guerra, directa o indirectamente, entre el Japón y Norteamérica. Toda nuestra propaganda y todos los artículos de nuestros periódicos están llenos de explicaciones orientadas a esclarecer la verdad de que la guerra entre Norteamérica y el Japón será tan imperialista como la del grupo inglés contra el grupo alemán en 1914; que los socialistas no deberán pensar en la defensa de la patria, sino en el derrocamiento del poder de los capitalistas, en la revolución de los obreros. Pero si nosotros, que hacemos cuanto está al alcance de nuestras fuerzas para acelerar esta revolución, nos encontramos en la situación de una república socialista débil, a la que atacan los bandidos imperialistas, ¿será justa nuestra política de aprovechar las disensiones entre ellos para impedir que se unan contra nosotros? Esta política es, evidentemente, justa. La hemos aplicado durante cuatro años. Y la manifestación principal de esta política ha sido el Tratado de Brest-Litovsk. Mientras el imperialismo alemán oponía resistencia, nosotros, aprovechando las contradicciones de los imperialistas entre sí, pudimos mantenernos incluso cuando el Ejército Rojo no estaba aún creado.

Tal es la situación en que ha tomado forma nuestra política de concesiones respecto a Kamchatka. Este género de concesión es bastante excepcional. Más adelante diré cómo se presentan los demás elementos de la concesión. Ahora me limitaré al aspecto político de la cuestión. Quiero señalar que las relaciones entre el Japón y Norteamérica explican por qué nos es ventajoso ofrecer concesiones o atraer con ellas. La concesión implica uno u otro restablecimiento de los acuerdos de paz, el restablecimiento de las relaciones comerciales, la posibilidad para nosotros de comprar directamente y en gran cantidad las máquinas que necesitamos. Y tenemos que orientar todos nuestros esfuerzos a conseguir esto, que no se ha hecho todavía.

El camarada que plantea el problema del restablecimiento de las relaciones comerciales con Inglaterra pregunta por qué se demora la firma del acuerdo con dicho país. Respondo: porque el gobierno inglés vacila. La mayoría de la burguesía comercial e industrial de Inglaterra se pronuncia a favor de restablecer las relaciones y ve con claridad que dar pasos en apoyo de la guerra significa correr un riesgo extraordinario y acelerar la revolución. Recordaréis que, durante nuestra campaña de Varsovia, el gobierno inglés nos amenazó con un ultimátum y dijo que daría a la marina de guerra la orden de avanzar sobre Petrogrado. Recordaréis que toda Inglaterra se cubrió de Comités de Acción y que los jefes mencheviques de la clase obrera inglesa declararon que estaban en contra de la guerra e impedirían su desencadenamiento. Por otro lado, la parte reaccionaria de la burguesía inglesa y la camarilla militar de la Corte se pronuncian a favor de que continúe la guerra. Es indudable que debe atribuirse a su influencia la demora en la firma del acuerdo comercial. No hablaré de ciertas peripecias

de estas relaciones comerciales con Inglaterra, de este tratado sobre las relaciones comerciales con dicho país, pues eso me llevaría muy lejos. En los últimos tiempos hemos tenido que examinar muy a fondo este peliagudo problema en el Comité Central del partido. Hemos vuelto a él con extraordinaria frecuencia, orientando claramente nuestra política a ceder al máximo. Nuestro objetivo hoy es conseguir un acuerdo comercial con Inglaterra a fin de iniciar el intercambio más justo de mercancías y tener la posibilidad de comprar con la mayor rapidez las máquinas indispensables para nuestro vasto plan de restablecimiento de la economía nacional. Cuanto antes lo hagamos, tanto más posibilidades tendremos de independizarnos económicamente de los países capitalistas. Precisamente ahora, cuando se han roto los dientes en la campaña militar contra Rusia, no pueden pensar en reanudar sin demora la guerra. Tenemos que aprovechar la ocasión y dirigir todos nuestros esfuerzos a conseguir, aun a costa de las máximas concesiones, el establecimiento de relaciones comerciales, pues no creemos ni un segundo en los vínculos comerciales sólidos con las potencias imperialistas: eso será una tregua momentánea. La experiencia de la historia de las revoluciones y de los grandes conflictos nos enseña que las guerras, que una serie de guerras, son inevitables. En cuanto a la existencia de la República Soviética al lado de los países capitalistas -la República Soviética rodeada de países capitalistas-, es una cosa tan inadmisible para los capitalistas que aprovecharán cualquier ocasión a fin de reanudar la guerra. Los pueblos están hoy cansados de la guerra imperialista y amenazan con rebelarse si prosigue la contienda; pero no está excluido que, al cabo de unos años, los capitalistas estén en condiciones de desatarla de nuevo. Por eso debemos orientar todos nuestros esfuerzos a aprovechar la oportunidad, por cuanto ésta se presenta, y concluir tratados comerciales. Puedo decir aquí lo siguiente (os ruego que no toméis nota de ello). Creo que, al fin y al cabo, triunfaremos con nuestra firme posición de que la Internacional Comunista no es una institución gubernamental. Tanto más que la burguesía de Inglaterra debe comprender cuán absurda es la tentativa de alzarse contra la III Internacional. Esta se fundó en marzo de 1919. En julio de 1920 se celebró el II Congreso y, después de él, en todos los países se hicieron públicas las condiciones de Moscú[135]. Está en marcha una lucha abierta en pro de la adhesión a la Internacional Comunista. En todas partes hay cimientos de organización del Partido Comunista. En tales condiciones es inadmisible el intento de presentarnos como ultimátum una seria demanda: esfuércense por acabar con la Internacional Comunista. Pero el hecho de que los capitalistas insistan en eso muestra dónde les aprieta el zapato y qué les desagrada en nuestra política. Conocíamos ya, sin necesidad de esto, qué les desagrada en nuestra política. Otro problema del que se puede hablar en una reunión de partido, y que inquieta a Inglaterra, es el de Oriente. Inglaterra quiere que nos comprometamos a no emprender nada contra sus intereses en Oriente. Estamos dispuestos a aceptar de buen grado semejante compromiso. Por ejemplo, el Congreso de los Pueblos de Oriente[136], congreso comunista, se celebró en Bakú, en la República independiente de Azerbaidzhán, y no en la RSFSR. El gobierno inglés no logrará probar que emprendemos algo contra los intereses de Inglaterra. Como no conocen bien nuestra Constitución, confunden a veces la República de Azerbaidzhán con la República Soviética de Rusia. En este terreno, nuestras leyes son precisas y concretas, y no cuesta trabajo refutar las falsas interpretaciones de los ministros ingleses. Sin embargo, persisten las discrepancias respecto a este tema, y Krasin y los ministros siguen dando vueltas alrededor de estos dos puntos espinosos.

En julio, cuando el desastre total de Polonia era inminente y el Ejército Rojo amenazaba con derrotarla en toda la línea, Inglaterra propuso el texto íntegro de un acuerdo que decía: deben ustedes declarar firmemente que no harán propaganda oficial ni emprenderán nada contra los intereses de Inglaterra en Oriente. Esto será concretado por una conferencia política ulterior, mas ahora concluimos un acuerdo comercial. ¿Quieren ustedes firmar? Nosotros respondimos: queremos. Hoy decimos también que estamos dispuestos a firmar semejante acuerdo. Una conferencia política determinará con mayor precisión los intereses de Inglaterra en Oriente. También nosotros tenemos ciertos intereses allí y, cuando sea necesario, los expondremos en detalle. Inglaterra no puede decir claramente que renuncia a su proposición de julio. Por eso da largas al asunto y oculta a su propio pueblo la verdad respecto a las negociaciones. Estas se hallan en una situación indefinida y no podemos garantizar que se firme un acuerdo. La fortísima influencia de la Corte y del ejército en Inglaterra actúa contra este acuerdo. Pero ahora estamos dispuestos a hacer las máximas concesiones y creemos que nos interesa conseguir un tratado comercial, a fin de comprar cuanto antes algunas cosas imprescindibles para restablecer el transporte, es decir, locomotoras, para levantar la industria y efectuar la electrificación. Esto es lo más importante para nosotros. Si lo conseguimos, en unos cuantos años nos fortaleceremos hasta tal punto que, aun en el peor de los casos, si dentro de algunos años se produce una intervención militar, ésta fracasará porque seremos más fuertes que ahora. Nuestra política en el Comité Central sigue la línea de hacer las máximas concesiones a Inglaterra. Y si esos señores piensan cazarnos con cualquier promesa, declaramos que nuestro gobierno no hará la menor

propaganda oficial y que no nos proponemos lesionar ningún interés de Inglaterra en Oriente. Si esperan sacar tajada de ello, que lo intenten; nosotros no saldremos perjudicados por eso.

He llegado al problema de las relaciones entre Inglaterra y Francia. Están embrolladas. Por una parte, Inglaterra y Francia son miembros de la Sociedad de Naciones y tienen el deber de actuar conjuntamente; pero, por otra parte, al producirse cualquier agravamiento de la situación, no proceden así. Este hecho se puso de manifiesto claramente cuando el camarada Kámenev estuvo en Londres y celebró negociaciones junto con Krasin. Francia era partidaria de apoyar a Polonia y a Wrangel, pero el gobierno inglés declaró: "No iremos con Francia". Las concesiones son más aceptables para Inglaterra que para Francia, la cual sueña todavía con cobrar las deudas, mientras que en Inglaterra los capitalistas un tanto prácticos han dejado de pensar en ello. Desde este punto de vista nos es ventajoso aprovechar la disensión entre Inglaterra y Francia, y por eso hay que insistir en el ofrecimiento político de las concesiones a Inglaterra. Tenemos ahora un proyecto de convenio acerca de las concesiones forestales en el Extremo Norte. Las condiciones en que nos encontramos son tales que, en virtud de la falta de unidad política entre Inglaterra y Francia, no debemos renunciar siquiera a cierto riesgo con tal de impedir una alianza militar de ambos países contra nosotros. La nueva guerra que Inglaterra y Francia sostendrán contra nosotros nos acarreará calamidades gigantescas (aun en el caso de que la acabemos victoriosamente, como la hemos terminado ahora con Wrangel), entorpecerá nuestro desarrollo económico y empeorará la situación de los obreros y campesinos. Por eso debemos aceptar todo lo que sea susceptible de causarnos menos daños. Y está claro que los daños derivados de las concesiones no son nada en comparación con los que podrían ocasionarnos la dilación de nuestro desarrollo económico y la muerte de miles de obreros y campesinos, si no logramos contrarrestar la alianza de los imperialistas. Y uno de los medios para hacer frente a su alianza son las negociaciones con Inglaterra acerca de las concesiones. Tal es el aspecto político de la cuestión.

Analicemos, finalmente, el último aspecto del problema: la actitud de Inglaterra y de toda la Entente ante Alemania. Alemania es el país más avanzado, a excepción de Norteamérica. En lo que concierne al desarrollo de la electricidad, está incluso por encima de ella desde el punto de vista técnico. Y este país, encadenado por el Tratado de Versalles, se halla en condiciones imposibles de existencia. En esta situación, Alemania, como es natural, se ve empujada a aliarse con Rusia. Cuando las tropas rusas se acercaban a Varsovia, toda Alemania estaba en efervescencia. La alianza con Rusia de este país, que está ahogado, pero que tiene la posibilidad de poner en marcha inmensas fuerzas productivas; este estado de cosas, condujo en Alemania a la confusión política: los ultrarreaccionarios alemanes siguieron a los espartaquistas[137] en sus simpatías por los bolcheviques rusos. Y eso es perfectamente comprensible, pues dimana de causas económicas y constituye la base de toda la situación económica y de nuestra política exterior.

Mientras estemos solos y el mundo capitalista sea fuerte, nuestra política exterior consiste, de un lado, en que debemos aprovechar las discrepancias (desde luego, lo más agradable sería vencer a todas las potencias imperialistas, pero durante bastante tiempo no estaremos en condiciones de hacerlo). Nuestra vida depende, por una parte, de la divergencia radical que se observa entre las potencias imperialistas y, por otra parte, de que la victoria de la Entente y el Tratado de Versalles han reducido a condiciones de existencia imposibles a la inmensa mayoría de la nación alemana. La Paz de Versalles ha creado tal situación que Alemania no puede soñar con una tregua, con no ser saqueada, con no verse privada de sus medios de existencia, con no ver a su población condenada al hambre y la extinción. Y es natural que, para ella, el único medio de salvarse consista sólo en concluir una alianza con la Rusia Soviética, hacia la cual dirige sus miradas. Ellos marchan furiosos contra la Rusia Soviética, aborrecen a los bolcheviques y fusilan a sus comunistas, como lo hacen verdaderos guardias blancos. El gobierno burgués alemán odia frenéticamente a los bolcheviques, pero los intereses de la situación internacional le empujan, en contra de su propio deseo, a una paz con la Rusia Soviética. Este es, camaradas, el segundo pilar de nuestra política internacional, exterior: demostrar a los pueblos, conscientes de la opresión burguesa, que su única salvación es la República Soviética. Y como la República Soviética ha resistido durante tres años la embestida de los imperialistas, eso significa que en el mundo existe un país, un solo país, que rechaza con éxito este yugo del imperialismo. Admitamos que es un país de "bandoleros", de "saqueadores", de "bandidos", de bolcheviques, etc. Admitámoslo. Pero, de todos modos, sin este país es imposible mejorar la situación económica.

En tal situación, el problema de las concesiones adquiere otro aspecto más. Este folleto que tengo en la mano es el decreto del 23 de noviembre acerca de las concesiones. Será entregado a todos los delegados al congreso y nos proponemos publicarlo en el extranjero en varias lenguas[138]. Nuestro fin es hacer sin demora cuanto podamos para interesar en las concesiones a la población del mayor número posible de países: precisamente de los más oprimidos. La disparidad de intereses entre el Japón y Norteamérica es muy grande. No pueden repartirse China, diversas

islas, etc. La divergencia de intereses entre Alemania y la Entente es de otra índole. Alemania no puede existir a causa de las condiciones que le ha creado la Entente. El pueblo perece allí porque la Entente requisa los motores y el ganado. Tal situación empuja a Alemania a acercarse a la Rusia Soviética. Desconozco los pormenores del acuerdo entre Alemania y la Entente; pero, en todo caso, es sabido que en él se prohíben las relaciones comerciales directas entre Alemania y la Rusia Soviética. Y si hemos concluido un contrato sobre la adquisición de locomotoras alemanas, lo hemos hecho de tal modo que nuestro contratante no sea Alemania, sino Suecia. Es poco probable que Alemania pueda normalizar las relaciones comerciales con nosotros antes de abril de 1921. Pero nuestros pasos hacia las relaciones comerciales con Alemania son más rápidos que con la Entente. Las condiciones de existencia obligan al pueblo de Alemania en su conjunto, sin excluir a los ultrarreaccionarios y a los capitalistas alemanes, a buscar relaciones con la Rusia Soviética. Alemania está ya ligada a nosotros por algunas relaciones comerciales. Y puede ligarse más aún, pues le ofrecemos una concesión de víveres. Por consiguiente, está claro que debemos presentar las concesiones como un procedimiento económico, independientemente incluso del grado en que consigamos llevar a la práctica este proyecto. El interés por las concesiones es tan evidente que, aun en el caso de que no lográsemos otorgar una sola de ellas; aun en el caso de que no se realizase ninguno de nuestros tratados (lo cual es todavía plenamente posible); aun así, saldríamos ganando de todas maneras; aun así, debemos aplicar esta política porque de este modo, dificultaremos la campaña de los países imperialistas contra nosotros.

Independientemente de eso, debemos dirigirnos a todos los pueblos oprimidos indicándoles -y esto dimana del Tratado de Versalles- que un puñado de países ahoga a otros pueblos, los cuales piden nuestra ayuda de manera franca o encubierta, de modo consciente o inconsciente, pero se acostumbran a comprender la necesidad económica de una alianza con la Rusia Soviética contra el imperialismo internacional. Por eso, las concesiones de víveres rebasan los límites de las viejas concesiones burguesas y no se parecen ya a las antiguas concesiones capitalistas. Siguen siendo capitalistas por cuanto decimos a los capitalistas alemanes: traigan tantos o cuantos tractores, y nosotros les cederemos una excelente tierra virgen y trigo. Atraemos al capital con la perspectiva de un inmenso beneficio. En este sentido, la concesión sigue siendo una mera empresa capitalista; pero adquiere una importancia infinitamente mayor, porque Alemania, Austria y los otros países no pueden subsistir como nación; porque necesitan la ayuda alimenticia y porque, independientemente de que el capitalista gane un 100 ó un 200 %, todo el pueblo ve, pese a los prejuicios contra el bolchevismo, que los bolcheviques establecen relaciones internacionales diferentes por completo que permiten a todas las naciones oprimidas sacudirse el yugo imperialista. Por eso, nuestro éxito de los tres años últimos en el ámbito de la política exterior será mayor aún durante el año próximo. Nuestra política agrupa alrededor de la República Soviética a los países capitalistas que ahoga el imperialismo. Por eso, este ofrecimiento de concesiones es importante no sólo desde el punto de vista capitalista; por eso es una mano tendida no sólo a los capitalistas alemanes -"Suminístrennos centenares de tractores y cobren, si quieren, el 300 % de cada rublo"-, sino también a los pueblos oprimidos; es una alianza de las masas oprimidas, que constituye uno de los factores de la futura revolución proletaria. Las dudas y los temores existentes aún en los países avanzados -los cuales dicen que Rusia ha podido arriesgarse a una revolución socialista porque es grande y posee sus propios medios de existencia, mientras que nosotros, los países industriales de Europa, no podremos emprenderla porque carecemos de aliados-, esas dudas y esos temores son infundados. Nosotros decimos: "Tienen ustedes ya un aliado: la Rusia Soviética". Y puesto que haremos realidad la concesión, ésta será la unión que afianzará la alianza contra el imperialismo mundial. No se puede perder de vista esta tesis, pues justifica nuestra política de concesiones y señala la necesidad de concertarlas.

Ahora, algunas reflexiones de carácter meramente económico. Paso a las consideraciones económicas. Os leeré algunas disposiciones de la ley, aunque espero que los camaradas aquí presentes conocen esta ley del 23 de noviembre. Sin embargo, la recordaré brevemente. La ley dice que los concesionarios serán recompensados con una parte de los productos; que, en caso de perfeccionamientos técnicos especiales, estamos dispuestos a otorgar ventajas comerciales, y que los plazos de las concesiones serán más o menos prolongados, de conformidad con el volumen y el carácter de los gastos. Garantizamos que los bienes invertidos en la empresa no serán ni confiscados ni requisados.

Está claro que, de otro modo, el capital privado y el propietario privado no pueden entrar en relaciones con nosotros. Pero aquí se ha suprimido la cuestión de los tribunales, que fue abordada al principio en el proyecto de tratado. Después vimos que eso era desventajoso para nosotros. Por consiguiente, el poder judicial en nuestro territorio queda en nuestras manos. En caso de conflicto, serán nuestros jueces quienes decidirán. Eso no será una requisa, sino el ejercicio de los legítimos derechos jurídicos de nuestras instituciones judiciales.

El punto quinto trata del código de leyes del trabajo. Con Vanderlip se previó, según el proyecto inicial

del tratado, no hacer extensivo este código a las localidades habitadas por tribus subdesarrolladas -no sabríamos decir cuáles- en las que es imposible aplicarlo. La exclusión consistirá en que, en vez del código de leyes del trabajo, se concluirá un contrato especial de garantías a los obreros.

En el último punto garantizamos al concesionario la inadmisibilidad de un cambio unilateral. Sin eso, claro está, el otorgamiento de concesiones sería imposible. Ha quedado pendiente la definición del cambio no unilateral. Eso dependerá del texto del tratado relativo a cada concesión. Existe la posibilidad de arbitraje a cargo de algunas potencias neutrales. Este punto puede dar motivo a un desacuerdo y deja cierta libertad para determinar las propias condiciones de la concesión. Conviene señalar, por ejemplo, que los jefes mencheviques de los obreros son considerados gente segura en el mundo capitalista. Forman parte de los gobiernos burgueses, a los cuales les resulta demasiado difícil recusar mediadores o árbitros como los mencheviques o los socialtraidores de los países europeos. Ahora bien, nuestra experiencia ha demostrado que, en caso de conflictos más o menos serios, estos señores mencheviques norteamericanos y europeos se comportan igual que los mencheviques rusos, es decir, no saben cómo comportarse y se ven obligados a ceder ante la presión de las masas revolucionarias, sin dejar de ser enemigos de la revolución. Es un problema pendiente de solución, que nosotros no resolvemos de antemano.

Por las condiciones que acabo de leeros, podéis ver que las relaciones económicas entre los concesionarios capitalistas y la República Socialista están lejos de ser firmes y estables. Es comprensible que el capitalista, que mantiene la propiedad privada y las relaciones de explotación, no puede dejar de ser un cuerpo extraño en la República Socialista. Y de ahí se infiere lo que constituye uno de los elementos principales de mi informe: que la concesión es la continuación de la guerra, pero en una forma diferente. Ahora trataré esta cuestión en detalle, pero antes quiero exponer los tres tipos u objetos principales de concesiones.

En dicho folleto hemos enumerado los principales objetos de las concesiones, y los camaradas del Consejo Superior de Economía Nacional, que han facilitado los datos para el folleto y lo han redactado, han adjuntado a él mapas que muestran con claridad estos objetos de las concesiones. En los mapas se ve que estos objetos se dividen en tres tipos principales: primero, las concesiones forestales en el Extremo Norte; segundo, las concesiones relacionadas con la producción de víveres, y tercero, las concesiones mineras en Siberia.

Es evidente el interés económico que tienen para nosotros las concesiones forestales del Extremo Norte de la Rusia Europea, donde existen decenas y centenares de millones de deciatinas de bosques, que no podemos explotar en absoluto por faltar vías de comunicación y medios de producción, así como por no tener la posibilidad de transportar víveres para los obreros del lugar, y donde, sin embargo, un Estado poseedor de una flota poderosa puede acopiar debidamente madera y exportarla en cantidades gigantescas.

Si queremos el intercambio de mercancías con el extranjero -y ése es nuestro deseo- y comprendemos su necesidad, nuestro interés principal debe consistir en obtener cuanto antes de los países capitalistas los medíos de producción (locomotoras, máquinas y aparatos eléctricos) sin los cuales no podremos restablecer nuestra industria de un modo más o menos serio -y, a veces, no podremos en absoluto restablecerla- por carecer de recursos para proporcionar a nuestras fábricas las máquinas necesarias. Hay que seducir al capitalismo con ganancias especiales. Percibirá beneficios suplementarios -¡que los perciba!-; nosotros recibiremos lo esencial, que nos permitirá afianzarnos definitivamente y vencerlo en el sentido económico. Para recibir las mejores máquinas, etc., debemos pagar. ¿Con qué pagar? Poseemos algunos millones de las reservas de oro que nos han quedado. Veréis que el plan especial de electrificación de Rusia[139], calculado para decenas de años, unido a los trabajos complementarios de restablecimiento de la industria, originará gastos calculados, aproximadamente, en 17.000 millones de rublos oro. La electrificación absorberá, por sí sola, más de mil millones de rublos oro. No podemos cubrir esa suma -y es preciso cubrirla- con nuestras reservas de oro. Para nosotros es indeseable en extremo, e incluso peligroso, exportar productos alimenticios, pues no estamos abastecidos por entero de ellos para nuestra industria. Y en este caso no hay objetivo más conveniente para nosotros, desde el punto de vista económico, que los bosques del Extremo Norte, que poseemos en cantidades increíbles. Se pudren allí, se echan a perder, porque no podemos explotarlos económicamente. Sin embargo, la madera tiene un valor gigantesco en el mercado internacional. En este sentido, el Extremo Norte es ventajoso para nosotros también desde el punto de vista político, pues se trata de una región remota. Esta concesión nos es cómoda tanto política como económicamente, y debemos centrar en ella nuestra máxima atención. Miliutin comunicó en la conferencia de Moscú, de que os he hablado[140], que las negociaciones con Inglaterra respecto a esta concesión en la Rusia Europea Septentrional avanzan. Allí hay varias decenas de millones de deciatinas de bosques. Si otorgamos a los concesionarios tres o cinco millones de deciatinas dispuestas en forma escaqueada, asegurándonos el aprovechamiento de las empresas modernizadas, así como la posibilidad de aprender y de que nuestros

técnicos participen en ellas, saldremos ganando en muchos aspectos y dificultaremos, a las potencias capitalistas que accedan a negociar con nosotros, la realización de acciones militares contra nosotros. Porque la guerra lo rompe todo, y, en caso de guerra, los edificios, las instalaciones y las vías de comunicación quedarán en nuestras manos. Y no se verán facilitadas las actividades de nuevos posibles Kolchak, Denikin, etc., contra nosotros.

El segundo tipo de concesiones es el relacionado con la producción de víveres. A excepción de Siberia Occidental, donde existe una inmensa superficie de tierras de primera calidad -inaccesibles para nosotros por estar situadas lejos de las vías de comunicación-, en la sola Rusia Europea y en la cuenca del río Ural se cuentan (según datos obtenidos en cumplimiento de una indicación de nuestro Comisariado de Agricultura) no menos de tres millones de deciatínas que no podremos cultivar. Estas tierras fueron abandonadas por los cosacos como resultado del fin victorioso de la guerra civil, cuando se fueron de stanitsas enteras. Hay allí terrenos excelentes que es preciso roturar, pero que, debido a la falta de ganado y al debilitamiento de las fuerzas productivas, no podremos cultivar.

En los sovjóses de la región del Don hay cerca de 800.000 deciatinas que no podemos poner en cultivo y cuya labranza requiere una inmensa cantidad de ganado o destacamentos enteros de tractores, que nos vemos imposibilitados de poner en marcha. En cambio, ciertos países capitalistas, entre ellos los que tienen una extrema necesidad de productos alimenticios -Austria, Alemania, Bohemia-, podrían ponerlos en marcha y obtener un trigo magnífico durante la campaña estival. Ignoramos hasta qué punto lograremos realizar esto. Ahora funcionan en el país dos fábricas de tractores: en Moscú y Petrogrado; pero las dificultades les impiden suministrar gran número de tractores. Podríamos aliviar la situación comprándolos en mayores cantidades. Los tractores son el medio más importante para romper radicalmente con la vieja agricultura y ampliar las tierras de labranza. Con estas concesiones podemos mostrar a numerosos países que somos capaces de desarrollar la economía mundial en pro porciones gigantescas.

Aun en el caso de que nuestra propaganda y nuestra proposición no se viesen coronadas por el éxito, aun en el caso de que nuestra oferta no fuese aceptada, no dejaría de tener una utilidad tanto política como socialista. Lo que ocurre en el mundo capitalista no es sólo una dilapidación de las riquezas: es también una locura y un crimen, pues en ciertos países se observa un excedente de productos alimenticios que no puede ser vendido a causa de las revoluciones monetarias, porque el dinero ha perdido su valor en numerosos países vencidos. Se pudren cantidades colosales de víveres, mientras que decenas de millones de personas mueren literalmente de hambre en países como Alemania. Estos absurdos, este crimen del capitalismo se hacen evidentes para todos los países capitalistas y para los pequeños países que rodean a Rusia. Y en tal situación, la República de los Soviets dice: "Poseemos centenares de miles de hectáreas de tierras excelentes que pueden ser roturadas con tractores; ustedes tienen tractores, tienen gasolina y mecánicos especializados. Y nosotros proponemos a todos los pueblos, incluidos los de los países capitalistas, que conviertan en piedra angular de su actividad restablecer la economía nacional y salvar del hambre a los pueblos". Si los capitalistas no lo comprenden, eso será una prueba de la podredumbre, la locura y la criminalidad del régimen capitalista. Eso no sólo tendrá importancia propagandística, sino que será también un llamamiento comunista a la revolución, pues muestra con una evidencia, más arraigada cada día en la conciencia de todos los pueblos, que el capitalismo se desmorona y es incapaz de satisfacer las necesidades. Una ínfima minoría de países imperialistas se enriquece, mientras que muchos otros países se encuentran literalmente al borde del abismo. La economía mundial exige ser reorganizada. Y la República Soviética presenta este plan de reorganización, esta propuesta completamente práctica, incontestable y factible: "Os morís de hambre bajo el capitalismo, a despecho de las riquezas monstruosas de la técnica; tenemos la posibilidad, uniendo vuestra técnica a nuestras materias primas, de resolver la crisis, pero los capitalistas son un obstáculo. Les proponemos hacer esto, pero lo frenan y lo frustran". Este es el segundo tipo de concesiones: del abastecimiento o de los tractores.

El tercer tipo lo constituyen las concesiones mineras. Están enumeradas en el mapa de Siberia, en el cual se indica con todo detalle cada localidad de que se trata en la concesión. Las riquezas mineras de Siberia son absolutamente infinitas, pero incluso en el mejor de los casos, aunque nos acompañase un éxito completo, seríamos incapaces de explotar en varios años una centésima parte de las mismas. Se encuentran en tales condiciones que hacen indispensable el empleo de las mejores máquinas. Allí hay productos como el mineral de cobre, que, debido a su escasez, es imprescindible por completo para los países capitalistas, para la industria eléctrica. Existe la posibilidad de restablecer la economía mundial y elevar la técnica universal si se entablan con nosotros las debidas relaciones.

Por supuesto, estas concesiones son difíciles de realizar, es decir, presentan mayores dificultades que las concesiones forestales o las relacionadas con la producción de víveres. En estas últimas se trata de trabajos temporales efectuados por tractores. Las concesiones forestales tampoco son muy difíciles,

tanto más que constituyen un objeto inaccesible para nosotros. Pero las concesiones mineras se hallan, en parte, a corta distancia del ferrocarril y, en parte, en lugares muy poblados. En este caso, el peligro es serio; tendremos que sopesar con más cuidado si conviene otorgarlas o no y pondremos ciertas condiciones, pues no hay duda alguna de que las concesiones son una nueva guerra. Los capitalistas vienen a nuestro país para sostener una nueva guerra; la existencia misma de los capitalistas es ya una guerra contra el mundo socialista circundante. En el Estado socialista, las empresas capitalistas desde el punto de vista económico representan una guerra por la libertad de comercio y contra la política de contingentación; una guerra en defensa de la propiedad privada y contra la república que ha abolido esta propiedad. Y sobre esta base económica se desarrollan las relaciones más diversas (como, por ejemplo, la guerra entre la "Sújarevka"[141] y nuestras instituciones). Se nos puede decir: Clausuran ustedes la "Sújarevka" y abren una nueva serie de mercados negros semejantes, permitiendo que vengan capitalistas. No cerramos los ojos ante eso y decimos que si hemos vencido hasta ahora, si hemos vencido cuando nuestros enemigos pusieron en juego todos los medios para sabotear nuestras empresas; cuando este sabotaje se efectuaba desde dentro y desde fuera, ¿será posible que no podamos seguir de cerca la situación y vencer en ciertos sectores cuando contemos con determinadas condiciones y relaciones? Tenemos experiencia práctica de lucha contra el espionaje militar y contra el sabotaje capitalista. Hemos luchado cuando ellos se ocultaban en nuestras propias instituciones; ¿será posible que no podamos meterlos en cintura cuando dejemos venir a nuestro país a los capitalistas de conformidad con listas concretas y en condiciones determinadas? Por supuesto, sabemos que infringirán estas condiciones y combatiremos esas infracciones. Pero, camaradas, las concesiones con bases capitalistas son la guerra. Mientras no derroquemos el capital en los demás países, mientras sea mucho más fuerte que nosotros, podrá en cualquier momento lanzar contra nosotros sus fuerzas, hacernos la guerra de nuevo. Por eso debemos ser más fuertes, y para ello hay que desarrollar la gran industria y levantar el transporte. Al hacer esto nos arriesgamos: surgen de nuevo las relaciones de guerra y la lucha; y si sabotean nuestra política, combatiremos contra ellos. Sería un grave error pensar que el tratado de paz acerca de las concesiones es un tratado de paz con los capitalistas. Es un tratado concerniente a la guerra; pero es un tratado menos peligroso para nosotros, menos duro también para los obreros y los campesinos, menos duro que en la época en que se lanzaba contra nosotros los mejores tanques y cañones. Y por eso debemos emplear todos los procedimientos para, a costa de transacciones económicas, desarrollar nuestras fuerzas económicas y facilitar el restablecimiento de nuestra economía. Es evidente que los capitalistas no cumplirán los convenios, dicen los camaradas que temen las concesiones. Se comprende de por sí que no podemos abrigar la menor esperanza de que los capitalistas respeten los convenios. Eso será una guerra, y el último argumento que queda en general como tal en las relaciones de la República Socialista es la guerra.

Esta guerra nos amenaza hoy en cualquier momento. Sostenemos negociaciones de paz con Polonia, y tenemos todas las probabilidades de que la paz sea firmada o, por lo menos, para ser más exactos, contamos con la inmensa mayoría de probabilidades para la conclusión de esta paz. Pero es indudable que los Sávinkov y los capitalistas franceses actúan para frustrar este tratado. Los capitalistas pueden desencadenar la guerra de un momento a otro, y la empezarían de buena gana ahora mismo si no estuviesen aleccionados por una experiencia de tres años. Las concesiones representan cierto riesgo; las concesiones son una pérdida; las concesiones son la continuación de la guerra. Todo eso es indudable, pero esta guerra es más ventajosa para nosotros. Cuando hayamos recibido cierto mínimo de medios de producción, de locomotoras y máquinas, dejaremos de ser, desde el punto de vista económico, lo que éramos hasta ahora, y entonces los países imperialistas serán menos peligrosos todavía para nosotros.

Se nos ha dicho que los concesionarios crearán condiciones excepcionales para sus obreros, que traerán para ellos la mejor ropa, el mejor calzado y los mejores productos alimenticios. Tal será entonces su propaganda entre nuestros obreros, que deben sufrir privaciones y que las sufrirán aún durante largo tiempo. Habrá la República Socialista, en la que los obreros sufrirán calamidades, y, al lado, una isla capitalista, en la que los obreros vivirán magníficamente. Estos temores se manifiestan muy a menudo en nuestras reuniones del partido. Está claro que semejante peligro subsiste y muestra que las concesiones son la continuación de la guerra, y no la paz. Pero si, a pesar de sufrir privaciones mucho mayores, hemos visto al mismo tiempo venir a nuestro país a los obreros de los países capitalistas, aun sabiendo que las condiciones económicas que les esperan en Rusia son mucho peores, ¿es que no vamos a saber defendernos de esa propaganda con nuestra contrapropaganda? ¿Es que no sabremos demostrar a los obreros que el capitalismo puede, por supuesto, crear condiciones mejores para ciertos grupos de sus obreros, pero que con eso no se mejoran las condiciones del resto de los obreros? En fin, ¿por qué en todos los contactos con la Europa y la Norteamérica burguesas hemos salido ganando siempre nosotros, y no ellos? ¿Por qué temen ellos hasta ahora enviar delegaciones a nuestro país,

mientras que nosotros no tememos hacerlo? Hasta el presente, de las delegaciones que han enviado a nuestro país hemos logrado siempre ganar para nuestra causa a una parte, aunque fuera pequeña, a pesar de que dichas delegaciones estaban compuestas principalmente de elementos mencheviques y venían a nuestro país por cierto tiempo. ¿Y vamos a temer que no sabremos esclarecer la verdad a los obreros? Obraríamos muy mal si abrigásemos ese temor, si pusiésemos esas consideraciones por encima del interés directo que tiene la mayor importancia en las concesiones.

La situación de nuestros campesinos y obreros sigue siendo penosa. Hay que mejorarla. En este terreno no puede haber ninguna duda entre nosotros. Creo que coincidiremos en que la política de otorgar concesiones es también una política de continuación de la guerra. Pero nuestra tarea consiste en mantener la existencia de la República Socialista, solitaria y cercada de enemigos capitalistas; proteger la república, infinitamente más débil que los enemigos capitalistas que la rodean; conjurar así la posibilidad de que los enemigos se alíen unos con otros para luchar contra nosotros; impedir su política, y no permitirles que conquisten la victoria. Nuestra tarea consiste en asegurar a Rusia los instrumentos y los medios indispensables para restablecer la economía, porque, cuando los consigamos, pisaremos tan firme que ningún enemigo capitalista nos asustará. Tal es el punto de vista que nos ha guiado en nuestra política respecto a las concesiones y que he expuesto aquí.

Publicado a fines de diciembre de 1920 en un folleto: V. Lenin; "Sobre las concesiones (Informe pronunciado ante el grupo del PC(b)R en el VIII Congreso de los Soviets)". Moscú, Editorial del Estado.
T. 42, págs. 91-117.

2. Informe del CEC de toda Rusia y del CCP sobre la política exterior e interior, 22 de diciembre.

(*Exclamaciones*: "¡Viva el camarada Lenin!" *Atronadores aplausos. Clamorosa ovación.*) Camaradas: Debo presentar un informe sobre la política exterior e interior del gobierno. Entiendo que mi informe no tiene por objeto enumerar los proyectos de ley y las medidas, ni siquiera los más trascendentales, del poder obrero y campesino. Creo que tampoco os interesaría, ni tendría importancia sustancial, que refiriese los acontecimientos ocurridos durante este tiempo. A mi juicio, debo tratar de sintetizar las enseñanzas principales que hemos recibido este año, no menos abundante en bruscos virajes políticos que los años anteriores de la revolución, y deducir de esa síntesis las más urgentes tareas políticas y económicas que tenemos planteadas; las tareas en las que más confía ahora el Poder soviético, a las que concede la mayor importancia y de cuyo cumplimiento espera grandes éxitos en nuestra edificación económica, tanto mediante sus proyectos de ley, sometidos a vuestro examen y aprobación, como mediante todo el conjunto de medidas suyas. Por eso, permitidme que me limite a hacer unas breves observaciones respecto a la situación internacional de la República y los principales resultados del año pasado en el ámbito de la política exterior.

Todos sabéis, por supuesto, que los grandes terratenientes y capitalistas polacos nos impusieron la guerra, presionados e instigados por los países capitalistas de Europa Occidental, y no sólo de Europa Occidental. Sabéis que en abril del año en curso propusimos la paz al gobierno polaco en condiciones incomparablemente más ventajosas para él que las de ahora, y sólo por necesidad extrema, tras el fracaso completo de nuestras negociaciones de armisticio con Polonia, nos vimos obligados a ir a una guerra que, pese a la durísima derrota sufrida por nuestras tropas en las cercanías de Varsovia a causa de su indudable extenuación por la contienda, ha terminado, no obstante, con una paz más ventajosa para nosotros que la que propusimos a Polonia en abril. La paz preliminar con Polonia ha sido suscrita, y ahora se sostienen negociaciones para la firma de una paz definitiva. No se nos oculta el peligro que representa la presión ejercida por algunos países capitalistas más obstinados y por ciertos medios contrarrevolucionarios rusos para impedir que estas negociaciones culminen en la firma de la paz. Pero debemos decir que la política de la Entente, dirigida a la intervención militar y a la derrota militar del Poder soviético, fracasa cada día más, y ganamos para nuestra política de paz a un número creciente de Estados que mantienen, sin duda, una posición hostil al Poder soviético. El número de Estados signatarios del tratado de paz aumenta, y es muy probable que dentro de poco se firme el Tratado de Paz definitivo con Polonia, con lo cual se asestará un nuevo y durísimo golpe a la alianza de las fuerzas capitalistas que intentan arrancarnos el poder por medio de la guerra.

Camaradas: Vosotros sabéis también, por supuesto, que nuestros reveses temporales en la guerra contra Polonia y la gravedad de nuestra situación en ciertos momentos de la contienda se debieron a que teníamos que combatir a Wrangel, el cual había sido reconocido oficialmente por una potencia imperialista[142] y recibía una colosal ayuda material, militar y de otra índole. Y para terminar cuanto antes la guerra, tuvimos que concentrar con rapidez las tropas, a fin de asestar a Wrangel el golpe decisivo. Vosotros sabéis, desde luego, el heroísmo sin par que reveló el Ejército Rojo al vencer obstáculos y fortificaciones que hasta los especialistas y las autoridades en materia militar consideraban

inexpugnables. Una de las páginas más brillantes de la historia del Ejército Rojo es la victoria completa, decisiva y notablemente rápida conquistada sobre Wrangel. De este modo, la guerra que nos fue impuesta por los guardias blancos y los imperialistas ha sido liquidada.

Ahora podemos emprender con mucha mayor confianza y firmeza el desarrollo económico, tan entrañable, necesario y sugestivo para nosotros desde hace tiempo, seguros de que los amos capitalistas no lograrán frustrar esta labor con tanta facilidad como antes. Pero, desde luego, debemos estar alerta. No podemos decir en modo alguno que estemos ya garantizados contra una nueva guerra. Y esta falta de garantía no depende en absoluto de que no tengamos todavía tratados de paz oficiales. Sabemos perfectamente que los restos del ejército de Wrangel no han sido aniquilados, sino que están ocultos no muy lejos y se hallan bajo la tutela y protección de las potencias capitalistas, que les ayudan a reponerse; que las organizaciones de los guardias blancos rusos laboran intensamente con el propósito de formar de nuevo tales o cuales unidades militares y, junto con los efectivos de Wrangel, prepararlas para un nuevo ataque contra Rusia en un momento propicio.

De ahí que, en todo caso, debamos estar preparados en el aspecto militar. Sin confiar en los golpes que hemos asestado ya al imperialismo, debemos conservar a toda costa nuestro Ejército Rojo en plena disposición de combate y aumentar su capacidad combativa. Esto no lo impedirá, por supuesto, el licenciamiento de una parte del ejército y su pronta desmovilización. Esperamos que la inmensa experiencia adquirida durante la guerra por el Ejército Rojo y sus dirigentes nos ayudará a mejorar ahora sus cualidades. Y lograremos, aun reduciendo los efectivos del ejército, conservar un núcleo fundamental del mismo que no representará una carga excesiva para la República desde el punto de vista de su sostenimiento. Por otra parte, con esta reducción del ejército sabremos asegurar mejor que antes la posibilidad, si es necesario, de poner en pie y movilizar una fuerza militar todavía mayor.

Estamos convencidos de que todos los Estados vecinos, que han perdido ya mucho por el solo hecho de haber apoyado los complots de los guardias blancos contra nosotros, han aprovechado en grado suficiente la lección irrefutable de la experiencia y apreciado como es debido nuestro espíritu conciliador, que todos interpretaban como debilidad nuestra. Tres años de experiencia han debido convencerles de que, cuando damos pruebas del más firme espíritu pacífico, al mismo tiempo estamos preparados en el sentido militar. Y todo intento de guerra contra nosotros significará, para los Estados que se enzarcen en este conflicto, agravar las condiciones que habrían podido tener sin la guerra y antes de la guerra, en comparación con las que obtendrán como resultado de ella y después de ella. Esto ha quedado demostrado con relación a varios Estados. Y esto es una conquista nuestra, a la que no renunciaremos y que no olvidará ninguna de las potencias que nos rodean o que están en contacto político con Rusia. Gracias a ello mejoran sin cesar nuestras relaciones con los Estados vecinos. Vosotros sabéis que se ha firmado definitivamente la paz con diversos Estados sitos en las fronteras occidentales de Rusia, que antes formaban parte del antiguo Imperio ruso y que han recibido del Poder soviético el reconocimiento incondicional de su independencia y su soberanía, de acuerdo con los principios fundamentales de nuestra política. La paz asentada en estas bases tiene todas las probabilidades de ser más sólida de lo que desearían los capitalistas y algunos Estados euroccidentales.

En lo que concierne al gobierno letón, debo decir que en cierto momento nos amenazaba, al parecer, un empeoramiento de las relaciones, rayano incluso con la posible ruptura de las relaciones diplomáticas. Pero justamente el último informe de nuestro representante en Letonia muestra que se ha producido ya un cambio de política y han sido eliminados muchos de los malentendidos y motivos legítimos de descontento. Abrigamos la esperanza, bastante fundada, de que en breve tendremos estrechas relaciones económicas con Letonia, la cual, cuando se establezca el intercambio de mercancías con Europa Occidental, nos será, sin duda, más útil aún que Estonia y otros Estados limítrofes con la RSFSR.

He de señalar también, camaradas, que nuestra política ha conquistado durante este año importantes éxitos en Oriente. Debemos aplaudir la formación y el afianzamiento de las repúblicas soviéticas de Bujará, Azerbaidzhán y Armenia, que, además de restablecer su independencia plena, han puesto el poder en manos de los obreros y campesinos. Estas repúblicas demuestran y confirman que las ideas y los principios del Poder soviético son comprensibles y factibles sin demora no sólo en los países desarrollados en el aspecto industrial, no sólo con el proletariado como punto de apoyo social, sino también con una base como el campesinado. La idea de los Soviets campesinos ha triunfado. El poder de los campesinos está asegurado; en sus manos se encuentran la tierra y los medios de producción. Las relaciones de amistad de las repúblicas soviéticas campesinas con la República Socialista de Rusia han sido refrendadas ya por los resultados prácticos de nuestra política.

Podemos congratularnos también de la próxima firma del tratado con Persia[143]. Las relaciones de amistad con ella están aseguradas por la coincidencia de intereses vitales de todos los pueblos que sufren la opresión del imperialismo.

Debemos señalar asimismo que nuestras relaciones

amistosas con Afganistán, y en grado mayor aún con Turquía, se perfeccionan y afianzan más y más. En lo que respecta a Turquía, los países de la Entente han hecho cuanto podían para imposibilitar las relaciones más o menos normales entre ella y los países de Europa Occidental. Esta circunstancia, unida al afianzamiento del Poder soviético, asegura en grado creciente que, pese a la resistencia y las intrigas de la burguesía, pese a seguir existiendo países burgueses alrededor de Rusia, la alianza y las relaciones amistosas de Rusia con los pueblos oprimidos de Oriente se fortalecen. Porque un hecho importantísimo en toda la política es la violencia imperialista contra los pueblos que no tuvieron la suerte de figurar entre los vencedores, y esta política mundial del imperialismo suscita el acercamiento, la alianza y la amistad de todos los pueblos oprimidos. El éxito que hemos alcanzado en este terreno también en Occidente con respecto a los Estados más europeizados muestra que los fundamentos actuales de nuestra política exterior son acertados y que el mejoramiento de nuestra situación internacional tiene una base firme. Estamos seguros de que, si seguimos aplicando la política de paz y haciendo las concesiones que hacemos (y debemos hacerlas para eludir la guerra), pese a todas las intrigas y maquinaciones de los imperialistas -los cuales, como es natural, pueden siempre enemistar con nosotros a uno u otro Estado-; a pesar de todo eso, la línea principal de nuestra política y los intereses básicos dimanantes de la esencia misma de la política imperialista se imponen y obligan de modo creciente a la RSFSR a establecer relaciones más estrechas con un número cada día mayor de Estados vecinos. Y ello es garantía de que podremos dedicarnos a fondo al desarrollo económico, de que podremos trabajar con tranquilidad, firmeza y seguridad durante un período más prolongado.

Debo decir también que en la actualidad sostenemos negociaciones con Inglaterra para firmar un acuerdo comercial. Lamentablemente, estas negociaciones se demoran mucho más de lo que quisiéramos, pero no tenemos la menor culpa de ello. Ya en julio, cuando las tropas soviéticas alcanzaban el éxito máximo, el gobierno inglés nos propuso oficialmente un texto de convenio que aseguraba la posibilidad de establecer relaciones comerciales. Respondimos con nuestro pleno acuerdo; pero, desde entonces, la lucha de tendencias en el seno del gobierno inglés y del Estado inglés ha frenado este asunto. Vemos las vacilaciones del gobierno inglés, las amenazas de romper por completo las relaciones con nosotros y enviar sin demora la flota contra Petrogrado. Hemos observado eso, pero hemos visto también que, en respuesta a esa amenaza, toda Inglaterra se cubría de Comités de Acción. Hemos visto que los adeptos más radicales de la tendencia oportunista y sus jefes, presionados por los obreros, tenían que emprender este camino, el camino de una política completamente "inconstitucional", que ellos mismos habían condenado la víspera. Ha resultado que la fuerza de la presión y la conciencia de las masas trabajadoras, a despecho de todos los prejuicios mencheviques que dominan incluso hoy en el movimiento sindical inglés, se ha abierto paso hasta tal punto que ha roto el filo de la política belicosa de los imperialistas. Y ahora, prosiguiendo la política de paz, nos apoyamos en el proyecto de julio propuesto por el gobierno inglés. Estamos dispuestos a firmar en el acto un convenio comercial. Y si este convenio no ha sido firmado hasta ahora, la culpa es exclusivamente de las tendencias y corrientes que se manifiestan en los medios gobernantes ingleses, los cuales intentan frustrar el acuerdo comercial y quieren -a despecho de la voluntad no sólo de la mayoría de los obreros, sino también de la mayoría de la burguesía inglesa- tener una vez más las manos libres para agredir a la Rusia Soviética. Eso es cosa suya.

Cuanto más dure esta política en ciertos medios influyentes de Inglaterra, en los medios del capital financiero y de los imperialistas, tanto más agravará la situación financiera, tanto más retrasará el semiacuerdo, hoy indispensable, entre la Inglaterra burguesa y la República Soviética y tanto más hará comprender a los imperialistas que después deberán aceptar no un semiacuerdo, sino un acuerdo completo.

Camaradas: Debo decir que este convenio comercial con Inglaterra plantea un problema principal de nuestra política económica: el de las concesiones. Entre las leyes más importantes promulgadas por el Poder soviético en el período del que rendimos cuenta figura la Ley de las Concesiones, del 23 de noviembre de este año. Todos conocéis, sin duda, el texto de esta ley. Todos sabéis que hemos publicado ahora documentos y datos complementarios, capaces de facilitar a todos los miembros del Congreso de los Soviets la información más amplia respecto a este asunto. Hemos publicado un folleto que contiene el texto de este decreto y la lista de las concesiones principales, es decir: las concesiones alimenticias, forestales y mineras. Hemos adoptado medidas para que el texto del decreto promulgado llegue lo antes posible a los Estados de Europa Occidental, y esperamos que nuestra política de concesiones sea fructífera también desde el punto de vista práctico. No se nos ocultan en absoluto los peligros que encierra esta política en la República Socialista Soviética, país débil y atrasado. Mientras nuestra República Soviética siga siendo una región periférica limítrofe con todo el mundo capitalista, sería una fantasía y una utopía completamente ridículas soñar con nuestra total independencia económica y con la desaparición de estos o aquellos peligros. Por supuesto, mientras existan contradicciones tan

radicales, subsistirán también los peligros, de los que es imposible escapar. Lo que debemos hacer es mantenernos firmes para superarlos, saber discernir los peligros de mayor importancia de los de menor importancia y preferir los menos importantes a los que lo son más.

Hace poco se nos ha informado que en el Congreso de los Soviets del distrito de Arzamás (provincia de Nizhni Nóvgorod), un campesino sin partido dijo acerca de las concesiones: "Camaradas: Os delegamos al Congreso de toda Rusia y declaramos que nosotros, los campesinos, estamos dispuestos a soportar tres años más el hambre, el frío y las prestaciones personales, pero no vendáis nuestra madrecita Rusia a los concesionarios". Me congratulo con gran alegría de este estado de ánimo, que está muy difundido. A mi parecer, lo significativo para nosotros es precisamente que en la masa de los trabajadores sin partido, tanto obreros como campesinos, ha madurado en tres años una experiencia política y económica que permite y exige valorar más que nada la liberación del yugo capitalista; que impele a triplicar nuestra vigilancia y a acoger con suma desconfianza cada paso que acarree nuevos peligros posibles de restauración del capitalismo. Es indudable que prestamos oído muy atento a las declaraciones de ese tipo. Pero debemos decir que no se trata de vender Rusia a los capitalistas, sino de las concesiones. Además, cada tratado acerca de las concesiones está condicionado por un plazo fijo y por un convenio concreto; está respaldado por garantías de todo género, que han sido meditadas cuidadosamente, que serán analizadas y discutidas con vosotros más de una vez en este congreso y en todas las conferencias sucesivas. Estos acuerdos provisionales no se parecen a una venta, no tienen nada que ver con la venta de Rusia; pero representan cierta cesión económica con los capitalistas, a fin de obtener así la posibilidad de adquirir cuanto antes las máquinas y las locomotoras necesarias, sin las cuales no podemos restablecer nuestra economía. No tenemos derecho a menospreciar nada que pueda contribuir, por poco que sea, a mejorar la situación de los obreros y campesinos.

Es preciso hacer lo más posible para restablecer con rapidez nuestras relaciones comerciales. Estas negociaciones prosiguen hoy en un marco semilegal. Hacemos pedidos de locomotoras y máquinas en cantidades que están lejos de ser suficientes, pero hemos empezado a pedirlas. Si sostenemos las negociaciones legalmente, desarrollaremos estas posibilidades en proporciones gigantescas. Con la ayuda de la industria conseguiremos muchas cosas y, por añadidura, en un plazo más corto; pero, aun en el caso de un gran éxito, este plazo se mide por años, por varios años. No debe olvidarse que si hoy hemos conquistado una victoria militar, si hemos obtenido la paz, la historia nos enseña, por otra parte, que ni un solo problema importante, ni una sola revolución se resolvió de otro modo que no fuera una serie de guerras. Esta lección no la olvidaremos. Ahora hemos quitado a un nutrido grupo de grandes potencias las ganas de hacernos la guerra, pero no podemos garantizar que sea por mucho tiempo. Debemos prever que, al menor cambio de la situación, los rapaces imperialistas se lanzarán de nuevo sobre nosotros. Hay que estar preparados contra eso. De ahí que sea necesario, ante todo, restablecer la economía y darle una base firme. Pero es imposible hacer eso pronto sin utillaje, sin máquinas importadas de los países capitalistas. Y no debemos lamentar que los capitalistas obtengan a costa nuestra una ganancia suplementaria: lo esencial es conseguir ese restablecimiento. Es preciso que los obreros y los campesinos estén tan animados como esos campesinos sin partido, que han declarado no temer ningún sacrificio ni privaciones. Conscientes del peligro de una intervención capitalista, no enfocan las concesiones con un criterio sentimental, sino que ven en ellas la continuación de la guerra, en la que la lucha implacable se desplaza a otro terreno; ven la posibilidad de nuevos intentos de la burguesía de restaurar el viejo capitalismo. Eso es magnífico, eso nos garantiza que la vigilancia y la defensa de nuestros intereses serán obra no sólo de los órganos del Poder soviético, sino también de cada obrero y de cada campesino. Y en este caso, estamos seguros de que sabremos organizar la defensa de nuestros intereses sobre una base tal que, incluso si cumplen los convenios acerca de las concesiones, no podrá ni hablarse de la vuelta del poder de los capitalistas. Y lograremos reducir al mínimo este peligro, lograremos que sea menor que el peligro de guerra, que dificulte la reanudación de la contienda y nos facilite la posibilidad de restaurar y desarrollar nuestra economía en un plazo más corto, en menor número de años (se trata de bastantes años).

Camaradas: Las tareas económicas, el frente económico vuelve a ser ahora, una y otra vez, el más importante y fundamental para nosotros. Al examinar los documentos legislativos de que debo informaros me he convencido de que la inmensa mayoría de las medidas y disposiciones tanto del Consejo de Comisarios del Pueblo como del Consejo de Defensa[144] son ahora medidas parciales, de detalle, a menudo minúsculas por entero, vinculadas a esta gestión económica. Vosotros, por supuesto, no esperáis que os enumere estas medidas. Sería sumamente aburrido y carecería de todo interés. Sólo quisiera recordar que no es la primera vez, ni mucho menos, que sacamos a primer plano el frente del trabajo. Recordemos la resolución que adoptó el CEC de toda Rusia el 29 de abril de 1918[145]. Era un período en el que la Paz de Brest, que se nos impuso, partió a Rusia en el aspecto económico y el tratado,

exorbitantemente rapaz, nos colocó en condiciones duras en extremo. Entonces se entrevió la posibilidad de contar con una tregua que nos facilitara condiciones para restablecer la actividad económica pacífica. Y sin pérdida de tiempo -aunque ahora sabemos que la tregua fue muy breve- el CEC de toda Rusia, en la resolución del 29 de abril, centró toda la atención en este desarrollo económico. Esta resolución, que no ha sido anulada y sigue siendo ley para nosotros, nos ofrece perspectivas acertadas para enjuiciar cómo hemos abordado estas tareas y a qué debemos prestar ahora mayor atención en nuestro trabajo con objeto de llevarlo hasta el fin.

Al analizar esta resolución se ve con claridad que muchos de los problemas que debemos afrontar ahora fueron planteados con plena precisión y firmeza, y con suficiente energía, ya en abril de 1918. Al recordarlo decimos: la repetición es el alma de la enseñanza. Y no nos inmuta tener que repetir ahora estas verdades fundamentales del desarrollo económico. Las repetiremos aún muchas veces, pero mirad qué diferencia hay entre la proclamación de principios abstractos hecha en 1918 y la labor económica iniciada ya en la práctica. Y pese a las gigantescas dificultades y a la constante interrupción de nuestros trabajos, nos aproximamos cada día más, y de manera más concreta, al planteamiento práctico de las tareas económicas. Nos repetiremos muchas, muchísimas veces. En la edificación es imposible pasarse sin una inmensidad de repeticiones, sin cierto retorno, sin comprobaciones, sin algunas enmiendas, sin nuevos procedimientos, sin poner en tensión las fuerzas para convencer a los atrasados y a los no preparados.

El meollo del momento político consiste hoy en que vivimos precisamente un período crucial, de transición, cierto zigzag; un período en el que estamos pasando de la guerra al fomento de la economía. Esto lo hemos tenido también otras veces, pero no en proporciones tan amplias. Ello debe recordarnos una y otra vez cuáles son las tareas políticas generales del Poder soviético y en qué consiste lo peculiar de esta transición. La dictadura del proletariado ha tenido éxito porque ha sabido unir la coerción y la persuasión. La dictadura del proletariado no teme la coerción ni la manifestación brusca, enérgica e implacable de la coerción estatal. Porque la clase avanzada, la que fue más oprimida por el capitalismo, tiene derecho a ejercer esa coerción, pues la ejerce en nombre de los intereses de todos los trabajadores y explotados; porque posee medios de coerción y persuasión que no ha tenido ninguna de las clases anteriores, a pesar de que disponían de posibilidades materiales incomparablemente mayores que nosotros para la propaganda y la agitación.

Si nos preguntamos qué resultados ha tenido nuestra experiencia de tres años (pues es difícil resumir la experiencia de un año en algunos puntos cardinales); si nos preguntamos qué es, en última instancia, lo que explica nuestras victorias sobre un enemigo mucho más fuerte que nosotros, habremos de responder: El hecho de que en la organización del Ejército Rojo se plasmaron magníficamente la consecuencia y la firmeza de la dirección proletaria en la alianza de los obreros y los campesinos trabajadores contra todos los explotadores. ¿Cómo ha podido ocurrir eso? ¿Por qué lo ha aceptado de tan buen grado una masa gigantesca de campesinos? Porque, aun siendo en su gran mayoría sin partido, estaba convencida de que su única salvación consistía en apoyar el Poder soviético. Y se convenció de eso, claro es, no por los libros ni por la propaganda, sino por la experiencia. La convenció la experiencia de la guerra civil, en particular, la alianza de nuestros mencheviques y eseristas, que es más afín a ciertos rasgos fundamentales de la pequeña hacienda campesina. La experiencia de la alianza de estos partidos de pequeños propietarios con los terratenientes y los capitalistas, así como la experiencia de Kolchak y Denikin, convencieron a la masa campesina de que no son posibles términos medios, de que la rectilínea política soviética es justa, de que la férrea dirección del proletariado es el único medio que salva al campesino de la explotación y la violencia. Y sólo porque hemos podido convencer de eso al campesino, sólo por eso, nuestra política de coerción, basada en ese convencimiento sólido y absoluto, ha tenido un éxito tan gigantesco.

Ahora debemos recordar que, al pasar al frente del trabajo, tenemos planteada la misma tarea en otra situación, a escala más amplia; pero es la misma tarea que afrontamos cuando hicimos la guerra a los guardias blancos, cuando vimos un entusiasmo y una tensión de fuerzas de las masas obreras y campesinas que no ha habido, ni podía haber, en otros Estados en guerra alguna. En efecto, los campesinos sin partido, a semejanza del campesino de Arzamás cuyas palabras he citado hace poco, se convencieron por la observación y el conocimiento de la vida de que los explotadores son un enemigo despiadado y es imprescindible un poder implacable para aplastarlos. Y movimos a una masa del pueblo mayor que nunca a adoptar una actitud consciente ante la guerra y a prestarle una ayuda activa. Los obreros comunistas y sin partido y los campesinos sin partido (en su inmensa mayoría, los campesinos no tienen filiación política) jamás habían prestado, en ningún régimen político, ni la décima parte de un "apoyo tan general a una guerra ni demostrado tal comprensión de ella como con el Poder soviético. En eso radica la base de que, en fin de cuentas, hayamos vencido a un enemigo fuerte. Con ello queda probado uno de los postulados más profundos del marxismo, que es, a la vez, uno de los más sencillos y comprensibles. Cuanto mayores son la envergadura y la amplitud de

las acciones históricas, tanto más personas participan en ellas, y viceversa, cuanto más profunda es la transformación que deseamos hacer, tanto más se debe elevar el interés por ella y la actitud consciente ante ella, tanto más se debe convencer de esa necesidad a nuevos y nuevos millones y decenas de millones. En fin de cuentas, nuestra revolución ha dejado muy atrás a todas las demás porque, mediante el Poder soviético, ha incorporado activamente a la organización del Estado a decenas de millones de seres que antes no estaban interesados en esa labor.

Enfoquemos ahora desde este lado el problema de las nuevas tareas que han surgido ante nosotros, que han llegado a vuestro conocimiento durante este tiempo en decenas y centenares de disposiciones del Poder soviético, que han constituido las nueve décimas partes de la labor del Consejo de Trabajo y Defensa (de esto hablaremos después) y, probablemente, más de la mitad de la del Consejo de Comisarios del Pueblo; enfoquemos las tareas económicas: preparar un plan económico único y reorganizar las propias bases de la economía de Rusia, las propias bases de la pequeña hacienda campesina. Estas tareas requieren que se incorpore a todos los miembros de los sindicatos a una obra completamente nueva, que les era ajena bajo el capitalismo. Preguntad ahora si radica ahí la condición de la rápida victoria absoluta, que se creó durante la guerra y que consiste en incorporar a las masas al trabajo. ¿Están convencidos los miembros de los sindicatos y la mayoría de los sin partido de que son necesarios nuestros nuevos métodos y nuestras grandes tareas de fomento de la economía? ¿Están convencidos de todo eso igual que lo estuvieron de darlo todo para la guerra, de sacrificarlo todo en aras de la victoria en el frente de la guerra? Si planteamos así la cuestión, deberéis responder: Indudablemente, no. No están convencidos de ello, ni mucho menos, en el grado necesario.

La guerra fue una cosa comprensible y habitual a lo largo de siglos y milenios. Los viejos actos de violencia y ferocidad de los latifundistas eran tan evidentes que resultaba fácil convencer, incluso a los campesinos de las regiones periféricas más cerealistas (los menos relacionados con la industria), incluso a esos campesinos, de que hacíamos la guerra en defensa de los intereses de los trabajadores y, de esa manera, despertar un entusiasmo casi general. Será más difícil lograr que las masas campesinas y los afiliados a los sindicatos comprendan estas tareas ahora, comprendan que no se puede vivir como antes, que, por mucho que haya arraigado la explotación capitalista durante decenios, debe ser vencida. Es preciso conseguir que todos comprendan que Rusia nos pertenece; que nosotros, las masas obreras y campesinas, y sólo nosotros, podemos transformar las viejas condiciones económicas de existencia y convertir en realidad el gran plan económico con nuestra actividad y nuestra severa disciplina de trabajo. Sin eso no hay salvación. Nos rezagamos y nos rezagaremos de las potencias capitalistas, y seremos vencidos, si no logramos restablecer nuestra economía. Por eso no debemos limitarnos a repetir las viejas verdades que acabo de recordaros, las viejas verdades referentes a la importancia de las tareas de organización, la disciplina laboral y el papel inconmensurable de los sindicatos, completamente excepcional en este aspecto -pues no existe otra organización que agrupe a las grandes masas-; no debemos limitarnos a repetir estas viejas verdades, sino comprender muy a fondo que ha comenzado la transición de las tareas bélicas a las tareas económicas.

Hemos tenido pleno éxito en el terreno militar, y ahora debemos preparar el mismo éxito para tareas más difíciles, que requieren entusiasmo y abnegación de la inmensa mayoría de los obreros y campesinos. Es preciso convencer de las nuevas tareas a centenares de millones de seres que han vivido de generación en generación en la esclavitud y la opresión, viendo reprimida toda iniciativa; a millones de obreros que militan en los sindicatos, pero que carecen aún de conciencia política y no están acostumbrados a sentirse dueños. Es necesario organizarlos, y no para que opongan resistencia al poder, sino para que apoyen y desarrollen las medidas de su poder obrero, para que las apliquen hasta el fin. Esta transición, que va acompañada de dificultades, no es una tarea nueva desde el punto de vista de la simple fórmula. Pero es nueva por cuanto la tarea económica se plantea ahora, por vez primera, a escala masiva y debemos comprender y recordar que la guerra en el frente económico será más difícil y más larga. Para vencer en este frente es preciso conseguir que el mayor número de obreros y campesinos sean activos, leales y tengan iniciativa. Y eso se puede conseguir -prueba de ello es la experiencia de desarrollo económico que hemos adquirido- porque las calamidades, el frío, el hambre y las privaciones de todo género, debidas a la escasez de fuerzas productivas, calan muy hondo en la conciencia de las masas. Ahora debemos centrar la atención en trasladar toda la agitación y toda la propaganda de los intereses políticos y militares a la vía del desarrollo económico. Lo hemos proclamado multitud de veces, pero aún son pocas. Y creo que, entre las tareas que ha cumplido este año el Poder soviético, destacan, sobre todo, la creación de la Oficina Central de Propaganda de la Producción, adjunta al Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia[146], su unión a la labor del Comité Principal de Educación Política de la República[147], la fundación de más periódicos estructurados según el plan de producción, no sólo trasladando la atención a la propaganda en el terreno de la producción, sino organizando dicha propaganda a escala de todo el

Estado.

La necesidad de organizar la propaganda a escala de todo el Estado dimana de las peculiaridades del momento político. Esta necesidad -ineludible por igual para la clase obrera, para los sindicatos y para los campesinos- es la más ingente de nuestra máquina del Estado, que hemos utilizado con ese fin en grado muy insuficiente. Sabemos cómo se debe dirigir la industria y despertar el interés de las masas; tenemos mil veces más conocimientos librescos de eso que aplicación práctica de los mismos. Debemos lograr que todos los afiliados a los sindicatos estén interesados en la producción y recuerden que la Rusia Soviética estará en condiciones de vencer sólo si se aumenta la producción, si se eleva el rendimiento del trabajo. Y sólo de esa manera reducirá en diez años las espantosas condiciones en que se encuentra ahora, el hambre y el frío que padece en la actualidad. Si no comprendemos esta tarea, podremos perecer todos, pues la debilidad de nuestro mecanismo nos obligará a retroceder, ya que los capitalistas pueden reanudar la guerra en cualquier momento, tras un breve descanso, y nosotros no estaremos entonces en condiciones de proseguirla. No estaremos en condiciones de revelar el empuje de los millones de personas que forman nuestras masas y seremos derrotados en esa última guerra. El problema está planteado precisamente así: hasta ahora, el destino de todas las revoluciones, de todas las revoluciones más grandiosas, lo decidió una larga serie de guerras. Nuestra revolución es también una gran revolución de ésas. Hemos terminado un período de guerras y debemos prepararnos para el segundo; no sabemos cuándo empezará, pero es necesario proceder de tal manera que, cuando empiece, podamos estar a la altura debida. De ahí que no debamos renunciar a las medidas coercitivas, y no sólo porque conservemos la dictadura del proletariado, que han comprendido ya las masas campesinas y los obreros sin partido, que saben cuánto atañe a nuestra dictadura del proletariado, y no la temen, no les asusta, ven en ella un apoyo y una fortaleza, o sea, lo que pueden oponer a los terratenientes y capitalistas y sin lo cual es imposible vencer.

Esta conciencia y este convencimiento, que se han hecho ya carne de la carne y sangre de la sangre de las masas campesinas con respecto a las tareas militares y políticas, deben ser transferidos a las tareas económicas. Es posible que esta transición no se logre de golpe. Quizá no transcurra sin ciertas vacilaciones y recidivas del viejo relajamiento y de la ideología pequeñoburguesa. Es preciso emprender este trabajo con mayor energía y tenacidad, teniendo presente que convenceremos a los campesinos sin partido y a los militantes poco conscientes de los sindicatos, pues nos asiste la razón, pues es imposible negar que sin restablecer la vida económica no venceremos a nuestros enemigos en el segundo período de guerras.

Esforcémonos, pues, para que millones y millones de personas adopten una actitud más consciente ante la guerra en el frente económico. En eso consiste la tarea de la Oficina Central de Propaganda de la Producción y del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia; en eso consiste la tarea de todos los funcionarios del partido y de todos y cada uno de los mecanismos del Poder soviético; en eso estriba la tarea de toda nuestra propaganda, con la que hemos alcanzado nuestros éxitos mundiales, pues nuestra propaganda siempre ha dicho y dice la verdad en el mundo entero a los obreros y los campesinos, mientras que toda otra propaganda les miente. Tenemos que orientar ahora nuestra propaganda a algo mucho más difícil: a lo que atañe al trabajo cotidiano de los obreros en el taller, por difíciles que sean las condiciones de ese trabajo y por vivos que estén los recuerdos del régimen capitalista de ayer, que inspiraba la desconfianza de los obreros y campesinos respecto al poder. Es preciso convencer a los obreros y campesinos de que, sin una nueva conjugación de fuerzas, sin nuevas formas de agrupación estatal y sin nuevas formas ligadas a esta coerción, no saldremos de la ciénaga, del abismo de ruina económica a cuyo borde nos encontramos, y del cual hemos empezado ya a salir.

Camaradas: Paso a exponer algunos datos concernientes a nuestra política económica y nuestras tareas económicas, que, a mi parecer, caracterizan el momento político actual y toda la transición que tenemos a la vista. Debo mencionar, ante todo, nuestro proyecto agrario, el proyecto de ley del Consejo de Comisarios del Pueblo acerca del reforzamiento y desarrollo de la producción agrícola y de la ayuda a la hacienda campesina, que se publicó el 14 de diciembre del año en curso y de cuyas bases fueron informados antes aún todos los funcionarios locales por medio de un radiograma especial que daba a conocer la propia esencia del mismo.

Es preciso organizar en el acto las cosas de tal modo que este proyecto de ley -basándose en la experiencia local (y en ella se basa), en el plano local lo han sentido ya- sea discutido con la mayor minuciosidad en el congreso, así como entre los representantes de los comités ejecutivos locales y de sus secciones. Ahora no se encontrará, quizá, un solo camarada que dude de la necesidad de aplicar medidas especiales y singularmente enérgicas de ayuda no sólo en el sentido de estimular, sino también de coercer, a fin de elevar la producción agrícola.

Éramos y seguimos siendo un país de pequeños campesinos, y el paso al comunismo nos será mucho más difícil que en cualesquiera otras condiciones. Requerirá una participación de los propios campesinos diez veces mayor que en la guerra. Esta

pudo y debió exigir una parte de la población masculina adulta. Pero nuestro país, campesino y extenuado también ahora, debe movilizar a toda la población masculina y femenina de obreros y campesinos. No es difícil convencernos a nosotros, los comunistas, y a los funcionarios de las secciones de agricultura de que es necesario el trabajo general obligatorio para el Estado. Espero que, a este respecto, no habrá ni asomo de discrepancias de principios al discutir el proyecto de ley del 14 de diciembre sometido a vuestro examen. Debemos comprender otra dificultad: la de convencer a los campesinos sin partido. Los campesinos no son socialistas. Y confeccionar nuestros planes socialistas como si lo fueran, significa hacer castillos en el aire; significa no comprender nuestras tareas, no haber aprendido en tres años a conmensurar nuestros programas y llevar a la práctica nuestras iniciativas de conformidad con la mísera, y a veces indigente, realidad en que nos hallamos. En este terreno es preciso formarse una idea clara de las tareas que tenemos planteadas. Primera: unir a los funcionarios comunistas de las secciones de agricultura, sintetizar su experiencia, captar lo que se ha hecho a escala local e incluirlo en los proyectos de ley que se formularán en el centro en nombre de las instituciones estatales, en nombre del Congreso de los Soviets de toda Rusia. Confiamos en que lo haremos entre todos. Pero éste es sólo el primer paso. El segundo consiste en convencer a los campesinos sin partido, precisamente a los sin partido, porque son masas. Y también porque sólo aumentando en estas masas -que son de por sí activas y tienen iniciativa- el convencimiento de que es preciso poner manos a la obra, podremos hacer lo que estamos en condiciones de hacer. La hacienda campesina no puede seguir como antes. Si pudimos salir del primer período de guerras, del segundo no saldremos con la misma facilidad, por lo cual debemos dedicar a este aspecto una atención singular.

Es preciso que cada campesino sin partido comprenda esa verdad indudable, y estamos seguros de que la comprenderá. No ha vivido en vano estos seis años de sufrimientos y calamidades. No se parece al mujik de anteguerra. Ha sufrido mucho, ha reflexionado mucho y ha soportado tantas penalidades políticas y económicas que le han hecho olvidar mucho de lo viejo. Creo que comprende ya por sí mismo que es imposible vivir como antes, que se debe vivir de otra manera, y debemos encauzar con urgencia todos nuestros medios de propaganda, todas las posibilidades de nuestro Estado, toda nuestra instrucción y todos nuestros recursos y fuerzas del partido a convencer al campesino sin partido. Y sólo entonces habremos dotado de una verdadera base a nuestro proyecto de ley agraria, que confío aprobaréis por unanimidad; lo aprobaréis, claro está, con las debidas enmiendas y adiciones. Será firme, como lo es nuestra política, sólo cuando convenzamos a la mayoría de los campesinos y la incorporemos a esta obra. Porque -como ha dicho con razón el camarada Kuráev en un artículo basado en la experiencia de la República de Tartaria- los campesinos trabajadores pobres y medios son amigos del Poder soviético, mientras que los holgazanes son enemigos suyos. Esa es la auténtica verdad, que no tiene nada de socialista, pero que es tan indiscutible y evidente que en cualquier asamblea rural, en cualquier reunión de campesinos sin partido, calará en la conciencia de la inmensa mayoría de la población campesina trabajadora y se convertirá en convicción suya.

Camaradas: Ahora que hemos pasado del período de guerras al desarrollo de la economía, quisiera recalcaros, sobre todo, lo siguiente. En un país de pequeños campesinos, nuestra tarea principal y primordial es saber pasar a la coerción estatal para elevar la hacienda campesina, empezando por las medidas más necesarias e impostergables, al alcance por completo del campesino y plenamente comprensibles para él. Y podremos conseguirlo sólo cuando sepamos convencer a más millones de personas aún no preparadas para eso. A este fin debemos poner en juego todas las fuerzas y preocuparnos de que el mecanismo coercitivo, reanimado y vigorizado, tenga base y sea desplegado para dar mayor amplitud a la persuasión y entonces terminaremos victoriosos esta campaña militar. Ahora empieza una campaña militar contra los vestigios de rutina, ignorancia y desconfianza entre las masas campesinas. En este terreno es imposible vencer con las viejas medidas. Pero venceremos con las medidas de propaganda, agitación e influencia organizada que hemos aprendido. Y lograremos que no sólo se promulguen decretos, se funden instituciones y se tramiten papeles -no basta con que vuelen las órdenes-, sino también que para la primavera todo esté mejor sembrado que antes, se obtenga cierta mejoría en la hacienda del pequeño campesino, aunque sea la más elemental -cuanto más prudente, tanto mejor-, pero, cueste lo que cueste, a escala masiva. Si comprendemos bien nuestra tarea y dedicamos toda nuestra atención al campesino sin partido, si centramos en ello todo nuestro arte y toda la experiencia adquirida durante tres años, venceremos. Sin esa victoria, sin el mejoramiento efectivo de la hacienda del pequeño campesino en masa, no tendremos salvación: sin esa base será imposible todo fomento de la economía, y los planes, por grandiosos que sean, no significarán nada. Que los camaradas no olviden esto y se lo inculquen a los campesinos; que digan a los campesinos sin partido como los de Arzamás, cuyo número asciende a diez o quince millones, que no se puede pasar hambre y frío sin cesar, pues nos derrocarían en el siguiente período de guerras. Es un problema de importancia

estatal, de importancia para nuestro Estado. Quien manifiesta en ello la menor debilidad, el menor relajamiento, comete el mayor de los crímenes contra el poder obrero y campesino, ayuda al terrateniente y al capitalista. Y el terrateniente y el capitalista guardan cerca su ejército, lo tienen preparado para lanzarse sobre nosotros en cuanto noten que nos debilitamos. El único medio de que disponemos para fortalecernos es acrecentar nuestro punto de apoyo principal -la agricultura y la industria urbana-, y eso puede hacerse únicamente convenciendo de ello a los campesinos sin partido y movilizando todas las fuerzas para ayudarles, para prestarles ayuda de verdad.

Reconocemos que somos deudores del campesino. Le tomamos el trigo a cambio de papel moneda, se lo tomamos prestado; debemos devolverle la deuda, y se la devolveremos una vez restablecida la industria. Mas, para restablecerla, son necesarios excedentes de producción agrícola. Por eso, nuestro proyecto de ley agraria no sólo significa que necesitamos alcanzar fines prácticos, sino, además, que alrededor suyo se agrupan, como en torno de un foco, centenares de disposiciones y proyectos de ley del Poder soviético.

Trataré ahora de cómo se está sentando en nuestro país la base del desarrollo industrial para empezar a restablecer las fuerzas económicas de Rusia. También en este punto, de entre el montón de informes que habéis recibido o recibiréis dentro de unos días de todos los comisariados, debo llamar vuestra atención, ante todo, sobre un pasaje del informe de nuestro Comisariado del Pueblo de Abastecimiento. Cada comisariado os facilitará en días próximos montones de datos de balance que, en conjunto, abruman por su copiosidad; mas para conseguir un éxito, por modesto que sea, hay que destacar de entre ellos lo más esencial, lo que es fundamental para aplicar todo nuestro plan económico, para restablecer nuestra economía nacional y nuestra industria. Y una de esas bases es el estado de nuestros acopios de víveres. En este librito que os han repartido -el balance de tres años del Comisariado del Pueblo de Abastecimiento- hay un cuadro, del que sólo leeré las cifras totales, y aun así redondeándolas, porque leer guarismos, y sobre todo escucharlos, es muy difícil. Son los resultados de los acopios por años. Del 1 de agosto de 1916 al 1 de agosto de 1917 se acopiaron trescientos veinte millones de puds; el siguiente año, cincuenta millones de puds; luego, cien y doscientos millones de puds. Estas cifras -trescientos veinte, cincuenta, cien y doscientos- nos proporcionan la base de la historia económica del Poder soviético, de la labor del Poder soviético en el terreno económico, la preparación de los cimientos que, una vez colocados, nos permitirán empezar como es debido nuestra labor constructiva. Trescientos veinte millones de puds antes de la revolución es el mínimo aproximado sin el cual es imposible construir. Con cincuenta millones de puds en el primer año de la revolución padecimos hambre, frío y miseria en grado sumo; el segundo año tuvimos cien millones de puds; el tercer año, doscientos millones. Una duplicación anual. Según datos que me facilitó ayer Svíderski, el 15 de diciembre contábamos con ciento cincuenta y cinco millones de puds. Levantamos cabeza por vez primera con una tensión extraordinaria y dificultades inauditas, teniendo que asegurar a menudo el abastecimiento sin Siberia, el Cáucaso y el Sur. Ahora, cuando disponemos ya de más de ciento cincuenta millones de puds, podemos decir sin temor a exagerar que, a despecho de las inmensas dificultades, hemos cumplido, pese a todo, esta tarea. Dispondremos de un fondo de unos trescientos millones, quizá más, y sin un fondo como ése es imposible restablecer la industria del país, es imposible pensar en revivificar el transporte, es imposible incluso abordar las grandes tareas de la electrificación de Rusia. No se puede concebir un país socialista, como Estado del poder obrero y campesino, que sea incapaz de recoger, con los esfuerzos mancomunados de los obreros y los campesinos, un fondo de víveres que garantice el sustento de los obreros ocupados en la industria, que permita enviar a decenas y centenares de miles de obreros adonde lo necesite el Poder soviético. Sin eso, todo se reducirá a palabras. La verdadera base de la economía es el fondo de víveres. Y en este terreno se ha obtenido un éxito inmenso. Partiendo de estos éxitos, teniendo ese fondo, podemos empezar a restablecer la economía nacional. Sabemos que esos éxitos se han conquistado a costa de enormes privaciones, hambre y escasez de forrajes en el campo, que pueden agravarse. Sabemos que la sequía de este año ha aumentado de manera inaudita las calamidades y privaciones de los campesinos. Por eso ponemos en primer lugar las medidas de ayuda formuladas en el proyecto de ley que he mencionado. Consideramos que este fondo de víveres es el fondo de restablecimiento de la industria, el fondo de ayuda a los campesinos. Sin este fondo, el poder estatal no será nada. Sin este fondo, la política socialista no pasará de ser un deseo.

Debemos recordar que a la propaganda de la producción, que hemos decidido desplegar firmemente, se agrega un modo de influencia de otro género: los premios en especie. Uno de los decretos y disposiciones más importantes del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Consejo de Defensa es la ley acerca de los premios en especie. No logramos promulgarla en seguida, ni mucho menos. Si echáis una mirada al pasado, veréis que desde abril se suceden, formando una larga cadena, las resoluciones y disposiciones, y que la ley aludida se promulgó únicamente cuando, gracias a los ingentes esfuerzos de nuestro transporte, logramos crear un fondo de

medio millón de puds de víveres. Medio millón de puds es una cifra muy modesta. Los partes que, sin duda, habréis leído ayer en *Izvestia* muestran que de esos quinientos mil puds se han consumido ya ciento setenta mil. Como veis, es un fondo deplorable y está muy lejos de ser suficiente; pero, a pesar de todo, hemos emprendido la senda por la que seguiremos avanzando. Esto es una prueba de que pasaremos a los nuevos métodos de trabajo no sólo por medio de la persuasión. No basta con decir a los campesinos y a los obreros: reforzad la disciplina laboral. Además de eso, hay que ayudarles, hay que recompensar a los que, tras pasar calamidades inmensas, siguen revelando heroísmo en el frente de trabajo. Hemos creado un fondo, pero está muy lejos aún de utilizarse satisfactoriamente: en el Consejo de Comisarios del Pueblo tenemos multitud de indicaciones de que, en la práctica, el premio en especie significa a menudo una simple adición al salario. En este terreno queda todavía mucho por hacer. Y además de las conferencias y de los proyectos complementarios en el centro, debe realizarse la labor más importante: trabajar en el plano local y entre las grandes masas. No es difícil comprender que el Estado no sólo trata de convencer, sino que recompensa a los buenos trabajadores creándoles mejores condiciones de vida. Para comprender eso no hace falta ser socialista, y, puestos en este terreno, nos granjeamos de antemano la simpatía de las masas obreras y campesinas sin partido. Lo único que necesitamos es difundir con mayor amplitud esta idea y organizar esta labor de un modo más práctico a escala local.

Si pasamos ahora a los combustibles, en las tesis del camarada Rykov veréis cifras que muestran la mejoría alcanzada en lo que respecta no sólo a la leña, sino también al petróleo. Ahora, con el extraordinario entusiasmo que manifiestan obreros en la República de Azerbaidzhán, con las relaciones de amistad que se han establecido entre nosotros y con los dirigentes expertos que ha proporcionado el Consejo de Economía Nacional, el problema del petróleo marcha bien, y empezamos a valernos por nosotros mismos también en lo que respecta a los combustibles. La extracción de hulla del Donets, gracias a la labor de la comisión plenipotenciaria que se envió a aquella región bajo la presidencia del camarada Trotski, y en la que se acordó mandar a trabajar allá a altos funcionarios expertos, se ha elevado de veinticinco a cincuenta millones de puds mensuales. Ahora se ha enviado allí al camarada Piatakov para dirigir.

Así pues, en lo que atañe a los combustibles, hemos adoptado algunas medidas para alcanzar éxitos. La cuenca del Donets, una de las bases más importantes, está ya a nuestra disposición. Podemos encontrar en las actas del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Consejo de Defensa acuerdos relativos a esta región. En ellos se estipula enviar a lugares concretos prestigiosas comisiones superiores, que agrupan a representantes del poder central y funcionarios locales. Necesitamos conseguir que mejore el trabajo en el plano local, y me parece que estas comisiones lo conseguirán. Veréis los resultados de la labor de estas comisiones, que organizaremos también en lo sucesivo. Necesitamos ejercer cierta presión en la rama principal de nuestra industria: los combustibles.

Debo decir que el método hidráulico de obtención de la turba es uno de nuestros mayores éxitos en el ámbito de los combustibles. La turba es un combustible abundantísimo en nuestro país, pero no hemos podido aprovecharlo por haber tenido que trabajar hasta ahora en condiciones insoportables. Y este nuevo método nos ayudará a salir del hambre de combustible, uno de los peligros que nos amenazan en nuestro frente económico. Si seguimos dirigiendo a la antigua la economía, si no restablecemos la industria y el transporte, no podremos salir de este atolladero durante muchos años. Los funcionarios de nuestro Comité de la Turba han ayudado a dos ingenieros rusos a llevar hasta el fin su invento, y éstos han logrado que el nuevo método esté a punto de coronarse. Nos encontramos, pues, en vísperas de una gran revolución que nos proporcionará un gran punto de apoyo en el sentido económico. No debe olvidarse que disponemos de inconmensurables riquezas de turba. Pero no estamos en condiciones de aprovecharlas porque no podemos enviar a la gente a ese durísimo trabajo. El régimen capitalista podía enviar hombres a trabajos forzados. Con el Estado capitalista, la gente iba a trabajar a esos sitios impulsada por el hambre; pero con el Estado socialista no podemos enviarla a esos durísimos trabajos, y voluntariamente no irá nadie. El régimen capitalista lo hacía todo para las altas esferas, pero no se preocupaba de los sectores inferiores.

Es preciso utilizar por doquier más máquinas, pasar a la mecanización con la mayor amplitud posible. La extracción de turba por el método hidráulico, que con tanto éxito ha impulsado el CSEN, brinda la posibilidad de obtener combustible en cantidad inmensa y hace innecesario emplear a obreros instruidos, pues con ese método pueden trabajar también obreros no instruidos. Hemos fabricado esas máquinas y, por mi parte, yo aconsejaría a los camaradas delegados al congreso que viesen el documental cinematográfico dedicado a los trabajos de extracción de turba, que se ha proyectado en Moscú y que puede proyectarse para ellos. Dará una idea concreta de dónde radica una de las bases de la victoria conquistada sobre el hambre de combustibles. Hemos fabricado máquinas que se usan con el nuevo método, pero las hemos fabricado mal. Los viajes al extranjero en comisión de servicio relacionados con el comercio exterior, que empieza a organizarse, con las relaciones comerciales

existentes, aunque sean semilegales, nos ayudarán a recibir magníficamente fabricadas esas mismas máquinas proyectadas por nuestros inventores. Y todos nuestros triunfos económicos se medirán por el número de esas máquinas y por el éxito del Comité Principal de la Turba y del CSEN en este campo, pues sin conquistar la victoria sobre el hambre de combustibles es imposible vencer en el frente económico. Con ello están relacionados también los éxitos más vitales en el restablecimiento del transporte.

Habéis visto ya, entre otras cosas, por las tesis de los camaradas Emshánov y Trotski, que en este dominio se trata de un verdadero plan, concebido para muchos años. La Orden Nº 1.042 estaba calculada para cinco años[148], y en un lustro podemos restablecer nuestro transporte, podemos disminuir el número de locomotoras averiadas, y quisiera remarcar, quizá como lo más difícil, la indicación hecha en la tesis 9 de que ya hemos acortado ese plazo.

Y bien, cuando se publican grandes planes, calculados para muchos años, surgen a menudo escépticos que dicen: ¡Cómo podemos calcular para muchos años; quiera Dios que podamos hacer lo que se requiere ahora! Camaradas: Debemos saber conjugar lo uno y lo otro; no se puede trabajar sin un plan calculado para un período prolongado y para un éxito serio. Que eso es así de hecho, lo prueba la mejoría indudable del funcionamiento del transporte. Llamo vuestra atención sobre el pasaje de la tesis 9 en que se dice que se había fijado un plazo de cinco años para restablecer el transporte, pero que se ha reducido ya, pues trabajamos por encima de la norma. Este plazo se calcula ahora en tres años y medio. Así hay que trabajar también en las demás ramas de la economía. Y en eso consiste cada día más la tarea práctica, real, del Consejo de Trabajo y Defensa. Siguiendo los experimentos de la ciencia y de la práctica, en el plano local debe aspirarse constantemente a cumplir el plan antes del plazo estipulado. De este modo, las masas verán que la experiencia puede reducir el largo período que nos separa del restablecimiento completo de la industria. Eso depende de nosotros. Mejoremos la economía en cada taller, en cada depósito de locomotoras, en cada rama, y entonces reduciremos el plazo. Ya lo estamos reduciendo. No temáis los planes calculados para largos años: sin ellos es imposible restablecer la economía. ¡Hagamos esfuerzos para que se cumplan a escala local!

Es preciso cumplir los planes económicos de acuerdo con un programa determinado, así como destacar y estimular el rebasamiento de este programa: las masas deben no sólo saber, sino también sentir que la reducción del período de hambre, frío y miseria depende por completo de que cumplan con la mayor rapidez nuestros planes económicos. Todos los planes de las distintas ramas de la producción deben estar rigurosamente coordinados, vinculados, y formar juntos el plan económico único que tanto necesitamos.

En relación con ello tenemos planteada la necesidad de agrupar los Comisariados del Pueblo de ramas de la economía en un centro económico único. Hemos llegado a esta tarea y sometido a vuestro examen el acuerdo del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Consejo de Trabajo y Defensa de reorganizar esta última institución.

Examinaréis este proyecto y confío en que será aprobado por unanimidad con las enmiendas necesarias. Es muy modesto por su contenido, pero tiene gran importancia porque necesitamos un organismo que conozca mejor su situación y una toda la labor económica, que pasa a primer plano.

En las publicaciones precedentes al congreso, el camarada Gúsev llegó a esa misma tarea en un folleto que, dicho sea de paso, es menos acertado que su otro anterior[149]. En este folleto se presentaba un plan desmesurado de creación del Consejo de Trabajo y Defensa, trasladando a él a numerosos funcionarios destacados, entre los que encontramos los nombres de Trotski y Rykov. Yo diría que debemos tener menos fantasía de ese tipo. No podemos desprendernos de un mecanismo creado a lo largo de tres años. Conocemos sus inmensos defectos, de los cuales hablaremos detenidamente en este congreso. Esta cuestión figura en el orden del día como una de las principales. Me refiero al mejoramiento del mecanismo de los Soviets. Pero debemos obrar ahora con prudencia, modificando nuestro mecanismo en la medida que sea necesario, tomando como base la experiencia práctica. El camarada Gúsev se mofa del proyecto presentado por nosotros y dice que proponemos agregar el Comisariado del Pueblo de Agricultura al Consejo de Trabajo y Defensa. Cierto, eso es lo que proponemos. En el proyecto asignamos un lugar muy modesto al Consejo de Trabajo y Defensa: el de Comisión de Trabajo y Defensa adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo. Hasta ahora veníamos trabajando en el Consejo de Trabajo y Defensa sin regla alguna. Los límites de las atribuciones del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Consejo de Trabajo y Defensa estaban mal determinados. A veces los rebasábamos y procedíamos como institución legislativa, pero esto no originó ningún conflicto. Tales casos los resolvíamos pasándolos sin demora al Consejo de Comisarios del Pueblo. Cuando se patentizó la necesidad de hacer del Consejo de Trabajo y Defensa un organismo que aglutinase más la política económica, se nos planteó el problema de cómo definir estas relaciones en el orden legislativo. Tenemos ante nosotros dos planes: primero, delimitar las atribuciones del Consejo de Comisarios del Pueblo y las del Consejo de Trabajo y Defensa. Pero eso requiere tener ocupadas muchas fuerzas

codificadoras y gastar montañas de papel, pese a lo cual no tendríamos la garantía de que evitaríamos los errores.

Seguiremos otro camino. El Consejo de Trabajo y Defensa era considerado algo casi igual al Consejo de Comisarios del Pueblo. Renunciemos a esa idea. Que sea una comisión adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo. Con ello eliminaremos multitud de roces y ganaremos la proximidad de la realización efectiva. Si algún miembro del Consejo de Comisarios del Pueblo está descontento, que presente su queja a este, pues se le puede convocar en unas cuantas horas. Con ello eliminaremos los roces entre ambas instituciones y haremos del Consejo de Trabajo y Defensa un organismo que funcione con rapidez. Esta tarea no es fácil. Está ligada a la confección efectiva de un plan económico único. La tarea para la cual hemos trabajado algo, a pesar de todo, y que se ha venido preparando durante dos años, consiste en lograr unificar los Comisariados del Pueblo de ramas de la economía. Por eso llamo vuestra atención sobro este proyecto de ley acerca del Consejo de Trabajo y Defensa; espero que lo aprobaréis con las adiciones necesarias, y entonces la unificación de los Comisariados del Pueblo de ramas de la economía marchará con mayor facilidad, rapidez, firmeza y energía.

Me detendré en el último punto, el de la electrificación, que figura en el orden del día del congreso como un punto especial y acerca del cual oiréis un informe. Creo que estamos asistiendo aquí a un viraje muy grande que, en todo caso, atestigua el comienzo de grandes éxitos del Poder soviético. A la tribuna de los congresos de toda Rusia subirán en lo sucesivo no sólo políticos y administradores públicos, sino también ingenieros y agrónomos. Es el comienzo de la época más feliz, en la que habrá menos política cada día, se hablará de política con menos frecuencia y prolijidad y hablarán más los ingenieros y los agrónomos. Para pasar de verdad al fomento de la economía debe empezarse por establecer esta costumbre en el Congreso de los Soviets de toda Rusia y seguirla, de arriba abajo, en todos los Soviets y organizaciones, en todos los periódicos, en todos los órganos de propaganda y agitación, en todas las instituciones.

En lo que respecta a la política, la hemos aprendido, sin duda; en esta materia no se nos mete en un aprieto, tenemos base. Pero en economía estamos mal. Desde hoy, la mejor política será hacer menos política. Promoved más a los ingenieros y agrónomos, aprended de ellos, comprobad su trabajo, no convirtáis los congresos y conferencias en organismos dedicados a mitinear, sino en organismos que controlen los éxitos económicos, en organismos en los que podamos aprender de verdad a desarrollar la economía.

Oiréis el informe de la Comisión Estatal para la Electrificación, fundada el 7 de febrero de 1920 por acuerdo del CEC de toda Rusia. El 21 de febrero, el Presídium del CSEN firmó la disposición definitiva respecto a la composición de esta comisión. Y, en primer lugar, muchos de los mejores especialistas y funcionarios del CSEN (más de cien) se entregaron por entero a esta obra, a la que se incorporaron las mejores fuerzas del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación y del Comisariado del Pueblo de Agricultura. En este tomito, que se os repartirá a todos hoy o mañana, tenemos a la vista los resultados de la labor efectuada por la Comisión Estatal para la Electrificación de Rusia. Confío en que el tomito no os asustará y en que no me será difícil convenceros de su singular importancia. A mi modo de ver, es nuestro segundo programa del partido. Tenemos nuestro programa del partido, excelentemente explicado por los camaradas Preobrazhenski y Bujarín en un librito menos voluminoso, pero valioso en grado sumo. Es un programa político, una enumeración de nuestras tareas, una explicación de las relaciones entre las clases y las masas. Pero debemos recordar asimismo que es hora ya de emprender en realidad este camino y medir sus resultados prácticos. El programa de nuestro partido no puede seguir siendo sólo programa del partido. Debe convertirse en el programa de nuestro desarrollo económico, pues de lo contrario tampoco servirá como programa del partido. Debe completarse con un segundo programa del partido, con un plan de trabajos orientados a reconstruir toda la economía nacional y ponerla al nivel de la técnica moderna. Sin el plan de electrificación no podremos pasar a la edificación efectiva. Al hablar del restablecimiento de la agricultura, la industria y el transporte, de su conexión armónica, hemos de referirnos por fuerza a un amplio plan económico. Debemos llegar a aprobar un plan determinado; por supuesto, será un plan aprobado sólo como primera aproximación. Este programa del partido no será tan inmutable como nuestro verdadero programa, que puede ser modificado únicamente en los congresos del partido. No; este programa se mejorará, elaborará, perfeccionará y retocará cada día en cada taller y en cada subdistrito. Lo necesitamos en calidad de primer esbozo, que se alzará ante toda Rusia como un gran plan económico, calculado para diez años por lo menos, y que mostrará la manera de asentar a Rusia sobre la verdadera base económica necesaria para el comunismo. Si peleamos y vencimos en el frente de la guerra, ¿cuál fue uno de los poderosos incentivos que decuplicaron nuestras fuerzas y nuestra energía? La conciencia del peligro. Todos preguntábamos: ¿Pueden volver a Rusia los terratenientes y los capitalistas? Y respondíamos: Sí, pueden. Por eso centuplicamos nuestras fuerzas, las pusimos en tensión y vencimos.

Tomad el frente económico y preguntad: desde el

punto de vista económico, ¿puede el capitalismo volver a Rusia? Hemos combatido la "Sújarevka". Hace unos días, en vísperas de la apertura del Congreso de los Soviets de toda Rusia, el Soviet de diputados obreros y soldados rojos de Moscú ha clausurado esta desagradable institución. (*Aplausos*.) La "Sújarevka" ha sido cerrada, mas no es ésta la de temer. Se ha clausurado la "Sújarevka" que estaba en la Plaza Sújarevskaya, eso no era difícil. Pero lo que sí es de temer es la "Sújarevka" que vive en el alma y la conducta de cada pequeño propietario. Hay que cerrar esa "Sújarevka", que es la base del capitalismo. Mientras exista, los capitalistas podrán volver a Rusia y hacerse más fuertes que nosotros. Esto hay que comprenderlo bien. Debe ser el incentivo principal en nuestra labor y la condición, la medida de nuestros éxitos reales. Mientras vivamos en un país de pequeños campesinos, en Rusia existirá una base económica más sólida para el capitalismo que para el comunismo. No debe olvidarse esto. Cuantos observen atentamente la vida del campo, en comparación con la de la ciudad, saben que no hemos extirpado las raíces del capitalismo ni hemos socavado los cimientos, la base, al enemigo interior. Este último se aferra a la pequeña hacienda y sólo hay un medio para acabar con él: pasar la economía del país, incluida la agricultura, a una nueva base técnica, a la base técnica de la gran producción moderna. Esa base no es otra que la electricidad.

El comunismo es el Poder soviético más la electrificación de todo el país. De otro modo, seguiremos siendo un país de pequeños campesinos, y es preciso que lo comprendamos claramente. Somos más débiles que el capitalismo tanto a escala mundial como dentro del país. Esto lo sabemos todos. Hemos tomado conciencia de ello y haremos que la economía, basada en la pequeña hacienda campesina, pase a basarse en la gran industria. Sólo cuando el país esté electrificado, cuando la industria, la agricultura y el transporte se asienten en la base técnica de la gran industria moderna, sólo entonces venceremos definitivamente.

Hemos preparado ya un plan previo de electrificación del país, en el que han trabajado doscientos de nuestros mejores científicos y técnicos. Se ha ultimado un plan que nos ofrece un cálculo material y financiero para un largo período, para no menos de diez años. Este plan indica cuántos millones de barriles de cemento y cuántos millones de ladrillos necesitamos para efectuar la electrificación. En el aspecto financiero, las tareas de la electrificación requerirán, según el cálculo, de mil millones a mil doscientos millones de rublos oro. Sabéis que con nuestras reservas de oro no podemos cubrir, ni muchísimo menos, esa cifra. Es también pequeño nuestro fondo de víveres. Por eso debemos cubrir esos gastos con las concesiones, de cuyo plan os he hablado. Veréis el cálculo de cómo se planifica, sobre esta base, el restablecimiento de nuestra industria y de nuestro transporte.

No hace mucho he asistido a una fiesta campesina en un apartado lugar de la provincia de Moscú, en el distrito de Volokolamsk, donde los campesinos tienen alumbrado eléctrico. Se celebró un mitin en la calle. Un campesino salió y pronunció un discurso, en el que aprobó este nuevo acontecimiento de la vida campesina. Dijo: Nosotros, los campesinos, vivíamos en la oscuridad y ahora nos han dado luz, "una luz innatural que alumbrará nuestra oscuridad labriega". Yo no me extrañé de esas palabras. Por supuesto, para la masa campesina sin partido, la luz eléctrica es "innatural"; mas para nosotros, lo innatural es que los campesinos y los obreros hayan podido vivir siglos y milenios en esa oscuridad, en la miseria, oprimidos por los terratenientes y los capitalistas. De esa oscuridad no se sale tan pronto. Pero, en el momento actual, necesitamos conseguir que cada central eléctrica construida por nosotros se transforme realmente en un puntal de la instrucción; que se dedique, digámoslo así, a la enseñanza eléctrica de las masas. Es preciso que todos sepan por qué estas pequeñas centrales, que suman ya decenas, están relacionadas con el restablecimiento de la industria. Tenemos un plan de electrificación, pero su cumplimiento está calculado para varios años. Debemos cumplirlo cueste lo que cueste y reducir el plazo necesario para ello. Con este plan debe ocurrir lo mismo que ocurrió con uno de nuestros primeros planes económicos, el de restablecimiento del transporte -la Orden Nº 1.042-, el cual estaba calculado para cinco años, pero ha quedado ya reducido a tres años y medio porque se cumple por encima de la norma. Para cumplir el plan de electrificación y efectuar transformaciones que extirpen las raíces del retorno al capitalismo necesitaremos, quizá, diez o veinte años. Y este plazo será un ejemplo, sin precedente en el mundo, de rapidez en el desarrollo social. Debemos cumplir a toda costa este plan y acortar el plazo de su cumplimiento.

Abordamos por vez primera la labor económica de manera que, además de los planes sueltos, que se hacían en algunas ramas, por ejemplo, en el transporte, y se extendían después a otras ramas de la industria, obtenemos también un plan generalizado que abarca varios años. Es una labor difícil, calculada para la victoria del comunismo.

Pero es preciso saber y recordar que no se puede realizar la electrificación teniendo analfabetos. No basta con que nuestra comisión se esfuerce por poner término al analfabetismo. Ha hecho mucho en comparación con lo que había, pero poco con relación a lo que necesitamos. Además de saber leer y escribir, es preciso que los trabajadores sean cultos, conscientes e instruidos; es preciso que la mayoría de los campesinos tenga una noción concreta de las

tareas a cumplir. Este programa del partido debe convertirse en el libro fundamental, que habrá de entrar en todas las escuelas. En él encontraréis, además del plan general de electrificación, planes especiales escritos para cada región de Rusia. Y cada camarada que vaya a su localidad poseerá un estudio concreto de cómo efectuar la electrificación en su distrito, pasando de la oscuridad a la existencia normal. Y, camaradas, se puede y se debe comparar, elaborar y comprobar en el plano local las tesis que se os han dado, esforzándose por conseguir que en cada escuela y en cada círculo de estudios se responda a la pregunta de qué es el comunismo no sólo con lo que está escrito en el programa del partido, sino también diciendo cómo salir de la oscuridad.

Los mejores funcionarios, especialistas en cuestiones económicas, han cumplido la tarea que se les había encomendado de confeccionar el plan de electrificación de Rusia y de restablecimiento de su economía. Ahora debe lograrse que los obreros y los campesinos sepan cuán magna y difícil es la tarea, cómo abordarla y cómo poner manos a la obra.

Debemos conseguir que cada fábrica y cada central eléctrica se conviertan en un foco de instrucción, y si Rusia se cubre de una densa red de centrales eléctricas y potentes instalaciones técnicas, nuestro desarrollo económico comunista será un modelo para las futuras Europa y Asia socialistas. (*Clamorosos y prolongados aplausos*).

Publicado en 1921 en el libro "Octavo Congreso de los Soviets de diputados obreros, campesinos, soldados rojos y cosacos de toda Rusia, Actas taquigráficas".
T. 42, págs. 128-161.

SOBRE LOS SINDICATOS, EL MOMENTO ACTUAL Y LOS ERRORES DEL CAMARADA TROTSKI[150].

Discurso pronunciado en la reunión conjunta de los militantes del PC(b) de Rusia delegados al VIII Congreso de los soviets y miembros del consejo central de los sindicatos de toda Rusia y del consejo de los sindicatos de Moscú.
30 de diciembre de 1920.

Camaradas: Debo, ante todo, pedir excusas por infringir el reglamento, pues para participar en la discusión tendría que haber escuchado, como es natural, el informe, el coinforme y los debates. Por desgracia, me siento tan mal de salud que no he podido hacerlo. Pero ayer tuve la posibilidad de leer los documentos impresos fundamentales y preparar mis observaciones. Por supuesto, la infracción del reglamento a que me he referido implicará para vosotros ciertos inconvenientes: es posible que me repita al no saber lo que han dicho otros y no responda a lo que sería necesario responder. Mas no he podido proceder de otro modo.

El documento principal en que me baso es el folleto del camarada Trotski *El papel y las tareas de los sindicatos.* Al cotejar este folleto con las tesis que presentó en el Comité Central y leerlo con atención, me asombra la cantidad de errores teóricos y de flagrantes inexactitudes que contiene. ¿Cómo ha sido posible que, al iniciar una gran discusión en el partido sobre este problema, se haya preparado una cosa tan desafortunada en vez de proporcionar la cosa más meditada? Señalaré de modo sucinto los puntos fundamentales que contienen, a mi entender, las inexactitudes teóricas primarias y esenciales.

Los sindicatos no son sólo históricamente necesarios: son también una organización del proletariado industrial históricamente inevitable, que en las condiciones de la dictadura del proletariado abarca a éste casi en su totalidad. Esta es la idea más fundamental, pero el camarada Trotski la olvida a cada paso, no parte de ella, no la valora. El propio tema propuesto por él, *El papel y las tareas de los sindicatos,* es infinitamente amplio.

De lo dicho se deduce ya que el papel de los sindicatos es esencial en extremo en toda la realización de la dictadura del proletariado. Pero ¿cuál es ese papel? Pasando a la discusión de este tema, uno de los problemas teóricos más fundamentales, llego a la conclusión de que este papel es extraordinariamente peculiar. De una parte, al abarcar, al incluir en las filas de la organización a la totalidad de los obreros industriales, los sindicatos son una organización de la clase dirigente, dominante, gobernante; de la clase que ejerce la dictadura, de la clase que aplica la coerción estatal. Pero no es una organización estatal, no es una organización coercitiva; es una organización educadora, una organización que atrae e instruye; es una escuela, escuela de gobierno, escuela de administración, escuela de comunismo. Es una escuela de tipo completamente excepcional, pues no se trata de maestros y alumnos, sino de cierta combinación original en extremo de lo que ha quedado del capitalismo, y debía quedar sin falta, y de lo que promueven de su seno los destacamentos revolucionarios avanzados, por decirlo así, la vanguardia revolucionaria del proletariado. Pues bien, hablar del papel de los sindicatos sin tener en cuenta estas verdades significa llegar ineluctablemente a una serie de inexactitudes.

Por el lugar que ocupan en el sistema de la dictadura del proletariado, los sindicatos están situados, si cabe expresarse así, entre el partido y el poder del Estado. Durante la transición al socialismo es inevitable la dictadura del proletariado, pero esta dictadura no la ejerce la organización que comprende a la totalidad de los obreros industriales. ¿Por qué? Lo podemos leer en las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista acerca del papel del partido político en general. No analizaré aquí esta cuestión con detenimiento. La cosa es que el partido concentra en sus filas, por así decirlo, a la vanguardia proletaria y esta vanguardia ejerce la dictadura del proletariado. Y sin contar con una base como los sindicatos es imposible ejercer la dictadura, es imposible cumplir las funciones estatales. Pero estas funciones deben ser cumplidas a través de una serie de instituciones especiales de un tipo nuevo, a saber: a través del mecanismo de los Soviets. ¿En qué consiste la

peculiaridad de esta situación en cuanto a las conclusiones prácticas? En que los sindicatos crean *el vínculo* de la vanguardia con las masas: con su labor cotidiana, los sindicatos convencen a las masas, a las masas de la única clase capaz de conducirnos del capitalismo al comunismo. Esto, por un lado. Por otro, los sindicatos son "una fuente" de poder estatal. Eso son los sindicatos en el período de transición del capitalismo al comunismo. En general, es imposible efectuar esta transición sin que ejerza su hegemonía la única clase educada por el capitalismo para la gran producción y la única que está desligada de los intereses del pequeño propietario. Pero la dictadura del proletariado no se puede realizar a través de la organización que agrupa a la totalidad del mismo. Porque el proletariado está aún tan fraccionado, tan menospreciado, tan corrompido en algunos sitios (por el imperialismo, precisamente, en ciertos países), no sólo en Rusia, uno de los países capitalistas más atrasados, sino en todos los demás países capitalistas, que la organización integral del proletariado no puede ejercer directamente la dictadura de éste. La dictadura sólo puede ejercerla la vanguardia, que concentra en sus filas la energía revolucionaria de la clase. Tenemos, pues, algo así como una serie de ruedas dentadas. Tal es el mecanismo de la base misma de la dictadura del proletariado, de la propia esencia de la transición del capitalismo al comunismo. De aquí se deduce ya que cuando el camarada Trotski, al referirse en la primera tesis a "la confusión ideológica", habla de una crisis especialmente y precisamente de los sindicatos, hay en el fondo algo que es erróneo desde el punto de vista de los principios. Sólo podrá hablarse de crisis después de analizar el momento político. Quien tiene "confusión ideológica" es precisamente Trotski; porque en el problema fundamental del papel de los sindicatos durante la transición del capitalismo al comunismo, es él, y no otro, quien ha perdido de vista, quien no ha tenido en cuenta que existe un complejo sistema de varias ruedas dentadas y que no puede haber un sistema simple, pues es imposible ejercer la dictadura del proletariado a través de la organización que abarca a la totalidad de éste. Es imposible realizar la dictadura sin varias "correas de transmisión", que van de la vanguardia a las masas de la clase avanzada y de ésta a las masas trabajadoras. En Rusia, las masas trabajadoras son campesinas; en otros países no existen tales masas, pero hasta en los más adelantados hay una masa no proletaria o no puramente proletaria. De esto dimana ya, efectivamente, una confusión ideológica. Pero en vano inculpa Trotski de ella a otros.

Cuando analizo el papel de los sindicatos en la producción, veo el error cardinal de Trotski: habla siempre de este problema "en principio", habla del "principio general". En todas sus tesis arranca del punto de vista del "principio general". Aunque sólo sea por eso, el planteamiento es profundamente erróneo. Esto sin decir ya que el IX Congreso del partido habló bastante, más que bastante, del papel de los sindicatos en la producción. Y sin decir que el propio Trotski cita en sus mismas tesis unas manifestaciones absolutamente claras de Lozovski y Tomski, de los cuales se sirve para hacerles desempeñar el papel de "chico de los golpes", como se dice en alemán, o de objeto en que puede ejercitar sus dotes polémicas. No hay discrepancias de principio, y para ello se ha elegido con poca fortuna a Tomski y Lozovski, que han escrito cosas citadas por el propio Trotski. En ellas no encontraremos nada serio en orden a discrepancias de principio, por mucho que nos afanemos en buscarlas. En general, el error gigantesco, el error básico, consiste en que el camarada Trotski arrastra al partido y al Poder soviético hacia atrás, planteando ahora la cuestión "en el terreno de los principios". Por fortuna, hemos pasado de los principios a la labor práctica, eficiente. En el Smolny[151] hablamos de los principios, y, sin duda, más de la cuenta. Ahora, tres años después, existen decretos sobre todos los puntos del problema de la producción, sobre toda una serie de elementos integrantes de este problema; pero los decretos son una cosa tan malhadada que, después de firmarlos, nosotros mismos los echamos al olvido y los incumplimos. Y después se inventan divagaciones acerca de los principios, se inventan discrepancias de principio. Más adelante recordaré un decreto que se refiere al papel de los sindicatos en la producción, un decreto que todos hemos olvidado, incluso yo, y de lo cual debo arrepentirnos.

Las divergencias verdaderas, que existen, no se refieren en modo alguno a cuestiones sobre los principios generales, excepción hecha de las que he enumerado. Yo estaba en el deber de señalar mis "discrepancias" con el camarada Trotski, que acabo de enumerar, pues al elegir un tema tan amplio como *El papel y las tareas de los sindicatos,* el camarada Trotski ha incurrido, a mi juicio, en una serie de errores relacionados con la propia esencia del problema de la dictadura del proletariado. Pero, dejando esto a un lado, cabe preguntar: ¿a qué se debe realmente que no consigamos el trabajo armonioso que tanto necesitamos? Se debe a la divergencia en cuanto a los métodos *de abordar* a las masas, de ganarse a las masas, *de vincularse* a ellas. En eso reside todo el fondo de la cuestión. Y en eso reside precisamente la peculiaridad de los sindicatos como instituciones creadas bajo el capitalismo, inevitables durante la transición del capitalismo al comunismo y puestas en tela de juicio en lo futuro. Ese futuro, en el que los sindicatos serán puestos en tela de juicio, está lejos; nuestros nietos hablarán de ello. Pero de lo que se trata hoy es de cómo abordar a las masas, de cómo ganárselas, de cómo vincularse a ellas, de cómo poner a punto las complicadas correas

de transmisión del trabajo (del trabajo de realización de la dictadura del proletariado). Observad que cuando hablo de las complicadas correas de transmisión del trabajo no pienso en la máquina de los Soviets. Lo que deba decirse respecto a la complejidad de las correas de transmisión en este terreno es capítulo aparte. Por ahora sólo hablo en abstracto y desde el punto de vista de los principios de las relaciones entre las clases en la sociedad capitalista; en ella hay proletariado, hay masas trabajadoras no proletarias, hay pequeña burguesía y hay burguesía. Desde este punto de vista, aun en el caso de que no hubiese burocracia en el mecanismo del Poder soviético, tenemos ya una extraordinaria complejidad de las correas de transmisión en virtud de lo que ha sido creado por el capitalismo. Y en esto hay que pensar, ante todo, cuando se pregunta en qué consiste la dificultad de "la tarea" de los sindicatos. La verdadera divergencia, repito, no consiste en modo alguno en lo que cree el camarada Trotski, sino en el problema de cómo ganarse a las masas, de cómo abordarlas, de cómo vincularse a ellas. Debo decir que si estudiáramos detallada y minuciosamente, aunque fuera en pequeñas proporciones, nuestra propia práctica, nuestra experiencia, evitaríamos cientos de "discrepancias" y errores de principio superfluos, de los que está lleno este folleto del camarada Trotski. Por ejemplo, en este folleto hay tesis enteras consagradas a la polémica con "el tradeunionismo soviético". ¡Por si hubiera pocos, se ha inventado un nuevo espantajo! ¿Y quién lo ha inventado? El camarada Riazánov. Conozco al camarada Riazánov desde hace veinte años y pico. Vosotros lo conocéis menos que yo en cuanto al tiempo, pero no menos en lo que respecta a sus actividades. Sabéis muy bien que entre sus lados fuertes, que los tiene, no figura el saber calibrar las consignas. ¿Vamos, pues, a presentar en las tesis como "tradeunionismo soviético" lo que en cierta ocasión dijo, no muy a propósito, el camarada Riazánov? ¿Es serio eso? De ser así, entonces tendremos "tradeunionismo soviético", "anticoncertación soviética de la paz" y no sé cuantas cosas más. No hay ni un solo punto sobre el que no se pueda inventar un "ismo" soviético. (*Riazánov*: "Antibrestismo soviético".) Sí, completamente exacto, "antibrestismo soviético"*.

Y entretanto, incurriendo en esa falta de seriedad, el camarada Trotski comete en el acto un error. Resulta, según él, que la defensa de los intereses materiales y espirituales de la clase obrera no es misión de los sindicatos en un Estado obrero. Eso es un error. El camarada Trotski habla dé "Estado obrero". Permítaseme decir que esto es una abstracción. Se comprende que en 1917 hablásemos del Estado obrero; pero ahora se comete un error manifiesto cuando se nos dice: "¿Para qué defender, y frente a quién defender, a la clase obrera si no hay burguesía y el Estado es obrero?" No del todo obrero: ahí está el quid de la cuestión. En esto consiste cabalmente uno de los errores fundamentales del camarada Trotski. Ahora que hemos pasado de los principios generales al examen práctico y a los decretos se nos quiere arrastrar hacia atrás, apartándonos de la labor práctica y eficiente. Eso es inadmisible. En nuestro país, el Estado no es, en realidad, obrero, sino obrero y campesino. Esto en primer término. Y de esto dimanan muchas cosas. (Bujarin: ¿Qué Estado? ¿Obrero y campesino?) Y aunque el camarada Bujarin grite desde atrás:" ¿Qué Estado? ¿Obrero y campesino?", no le responderé. Quien lo desee, puede recordar el Congreso de los Soviets que acaba de celebrarse y en él encontrará la respuesta.

Pero hay más. En el programa de nuestro partido -documento que conoce muy bien el autor de *El abecé del comunismo*- vemos ya que nuestro Estado es obrero *con una deformación burocrática.* Y hemos tenido que colgarle -¿cómo decirlo?- esta lamentable etiqueta, o cosa así. Ahí tenéis la realidad del período de transición. Pues bien, dado este género de Estado, que ha cristalizado en la práctica, ¿los sindicatos no tienen nada que defender?, ¿se puede prescindir de ellos para defender los intereses materiales y espirituales del proletariado organizado en su totalidad? Esto es falso por completo desde el punto de vista teórico. Esto nos llevaría al terreno de la abstracción o del ideal que alcanzaremos dentro de quince o veinte años, aunque yo no estoy seguro de que lo alcancemos precisamente en ese plazo. Tenemos ante nosotros una realidad, que conocemos bien si no perdemos la cabeza, si no nos dejamos llevar por disquisiciones de intelectuales, o por razonamientos abstractos, o por algo que a veces parece "teoría", pero que, en la práctica, es un error, una falsa apreciación de las peculiaridades del período de transición. Nuestro Estado de hoy es tal que el proletariado organizado en su totalidad debe defenderse, y nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para defender a los obreros frente a su Estado y para que los obreros defiendan nuestro Estado. Una y otra defensa se efectúa a través de una combinación original de nuestras medidas estatales y de nuestro acuerdo, del "enlazamiento" con nuestros sindicatos.

De este enlazamiento hablaré más adelante. Pero esta palabra muestra ya de por sí que inventar aquí un enemigo personificado por "el tradeunionismo soviético" equivale a cometer un error. Porque el concepto de "enlazamiento" significa que existen cosas *diferentes* que todavía *es preciso* enlazar; el concepto de "enlazamiento" incluye que es necesario saber utilizar las medidas del poder estatal para defender *de* este poder estatal los intereses materiales y espirituales del proletariado organizado en su

* Alusión a la firma de la Paz de Brest-Litovski. *(N. de la Edit.)*

totalidad. Pero cuando en lugar de enlazamiento tengamos *unión* y *fusión,* nos reuniremos en un congreso para hacer un examen positivo de la experiencia práctica, y no de "discrepancias" de principios o de razonamientos teóricos abstractos. También es desafortunado el intento de descubrir discrepancias de principios con el camarada Tomski y el camarada Lozovski, a quienes el camarada Trotski presenta como "burócratas" sindicales (más adelante diré en cuál de las dos partes contrincantes hay tendencias burocráticas). Sabemos muy bien que si el camarada Riazánov tiene, a veces, la pequeña debilidad de inventar sin falta una consigna, casi de principios, el camarada Tomski no agrega este defecto a los muchos de que adolece. Por eso creo que entablar un combate de principios con el camarada Tomski (como hace el camarada Trotski) es pasarse de la raya. Eso, en verdad, me asombra. Hubo un tiempo en que todos nosotros dimos muchos traspiés en lo referente a discrepancias fraccionales, teóricas y de todo otro género (aunque, claro está, hicimos también algo útil), y parece que desde entonces nos hemos superado. Y es hora ya de pasar de la invención y exageración de discrepancias de principios a la labor práctica. Jamás he oído que en Tomski predomine el teórico, que Tomski pretenda ostentar el título de teórico; quizá esto sea un defecto suyo, eso es ya otra cuestión. Pero Tomski, compenetrado como está con el movimiento sindical y dada su situación, tiene que reflejar consciente o inconscientemente -eso es ya otra cosa, yo no digo que lo haga siempre conscientemente- este complicado período de transición. Y si a las masas les duele algo y ellas mismas no saben lo que les duele, y él no sabe lo que les duele (*aplausos, risas*); si entonces él vocifera, yo afirmo que eso es un mérito y no un defecto. Estoy completamente seguro de que en Tomski se pueden encontrar muchos errores teóricos parciales. Y todos nosotros, si nos sentamos en torno a una mesa y escribimos inmediatamente una resolución o unas tesis, todos corregiremos, o tal vez no corrijamos, pues el trabajo de producción es más interesante que la corrección de discrepancias teóricas minúsculas.

Paso ahora a "la democracia en la producción"; esto, por decirlo así, es para Bujarin. Sabemos muy bien que cada persona tiene sus pequeñas debilidades, que hasta los grandes hombres adolecen de pequeñas flaquezas, incluido Bujarin. Si aparece un término artificioso, Bujarin no puede dejar de pronunciarse en el acto a favor de él. En la sesión plenaria del Comité Central celebrada el 7 de diciembre, Bujarin escribió casi con voluptuosidad una resolución acerca de la democracia en la producción. Y cuanto más pienso en esta "democracia en la producción", con mayor claridad veo la falsedad teórica, veo que ha faltado reflexión. Ahí no hay más que un lío. Y ante este ejemplo es preciso decir una vez más, por lo menos en una reunión del partido: "Camarada N. I. Bujarin, menos florituras verbales; será mejor para usted, para la teoría y para la República". (*Aplausos*.) La producción es necesaria siempre. La democracia es una categoría exclusivamente de la esfera política. No se puede estar en contra de que se emplee esta palabra en un discurso o en un artículo. El artículo toma y expresa con claridad una correlación, y eso basta. Pero cuando convertís esto en una tesis, cuando queréis hacer de esto una consigna que agrupe a "conformes" y disconformes, cuando se dice, como lo hace Trotski, que el partido deberá "elegir entre dos tendencias", eso suena ya como algo extraño por completo. He de referirme de manera especial a si el partido deberá "elegir", y de quién es la culpa de que se le haya colocado en la tesitura de tener que "elegir". Puesto que las cosas han salido así, debemos decir: "En todo caso, elegid menos consignas teóricamente falsas y que no originan más que confusión, como la de "democracia en la producción"". Ni Trotski ni Bujarin han meditado con la suficiente claridad teórica este término y se han hecho un lío. "La democracia en la producción" sugiere pensamientos que no caben de ningún modo en el conjunto de ideas que movían a ambos. Querían subrayar, fijar más la atención en la producción. Subrayar en un artículo o en un discurso es una cosa, pero cuando eso se convierte en tesis y cuando el partido debe elegir, yo digo: elegid contra eso, pues eso es un embrollo. La producción es necesaria siempre; la democracia, no siempre. La democracia en la producción engendra una serie de ideas falsas de raíz. Hace muy poco se propugnaba la dirección unipersonal. No se puede hacer un amasijo, creando el peligro de que la gente se embrolle: unas veces democracia, otras dirección unipersonal y otras dictadura. No hay que renunciar en modo alguno a la dictadura. Oigo que Bujarin brama detrás de mí: "Completamente exacto". (*Risas. Aplausos*.)

Prosigamos. Desde septiembre venimos hablando de pasar del sistema de trabajo de choque al igualitarismo; hablamos de esto en la resolución de la conferencia general del partido, aprobada por el Comité Central[152]. El problema es difícil. Porque, de una forma o de otra, hay que combinar el igualitarismo y el sistema de trabajo de choque, aunque estos dos conceptos se excluyen mutuamente. Sin embargo, hemos estudiado un poco el marxismo, hemos aprendido cómo y cuándo se puede y se debe unir los contrarios, y, lo que es principal: en nuestra revolución, en tres años y medio, hemos unido los contrarios prácticamente y en múltiples ocasiones.

Es evidente la necesidad de abordar el problema con mucha prudencia y reflexión, pues ya en las lamentables sesiones plenarias del CC*, en las que se

* Se alude a las reuniones plenarias del CC celebradas en noviembre y diciembre de 1920. Véanse los textos de sus resoluciones en los números 255 y 281 de *Pravda,* del 13

formaron el grupo de los siete, el de los ocho y el famoso "grupo de tope"[153] del camarada Bujarin, hablamos de estas cuestiones de principios y determinamos ya que no es fácil pasar del sistema de trabajo de choque al igualitarismo. Y para cumplir este acuerdo de la Conferencia de Septiembre debemos trabajar un poco. Porque se pueden combinar estos conceptos opuestos de manera que resulte una cacofonía, y se pueden combinar también de manera que resulte una sinfonía. El sistema de trabajo de choque significa dar preferencia a una producción, de entre todas las necesarias, en virtud de su mayor urgencia. ¿En qué debe consistir la preferencia? ¿Qué proporciones debe alcanzar? Es una cuestión difícil, y debo decir que para resolverla no basta con el celo en el cumplimiento de las tareas, no basta tampoco con el heroísmo personal de quien tal vez reúna muchas cualidades excelentes, pero que vale más en el puesto que le corresponde; hay que saber enfocar este problema tan original. Pues bien, si se plantea la cuestión del sistema de trabajo de choque y del igualitarismo, lo primero que debe hacerse es abordarla con reflexión, y eso es precisamente lo que no se observa en el trabajo del camarada Trotski; cuanto más rehace sus tesis iniciales, tantos más postulados falsos hay en ellas. He aquí lo que leemos en sus últimas tesis:

"... En la esfera del *consumo,* es decir, de las condiciones de existencia personal de los trabajadores, es preciso aplicar la línea del igualitarismo. En la esfera de *la producción,* el principio del sistema de trabajo de choque seguirá siendo para nosotros, aún durante mucho tiempo, el decisivo…" (tesis 41, pág. 31 del folleto de Trotski).

Esto es una completa confusión teórica. Esto es absolutamente erróneo. El sistema de trabajo de choque implica una preferencia, pero la preferencia sin consumo no es nada. Si la preferencia que se tiene conmigo consiste en que voy a recibir un octavo de libra de pan, no necesito para nada esa preferencia. La preferencia en el sistema de trabajo de choque es también preferencia en el consumo. Sin esto, el sistema de trabajo de choque será un sueño, una quimera; pero nosotros, pese a todo, somos materialistas. Y los obreros también son materialistas. Si se habla de sistema de trabajo de choque, hay que dar pan, ropa y carne. Sólo así comprendíamos y seguimos comprendiendo estos problemas al discutirlos cientos de veces, con motivos concretos, en el Consejo de Defensa, cuando un dirigente se afana por que le den botas para la gente, diciendo: "Mi fábrica es de choque", y otro replica: "Las botas me corresponden a mí, porque, de lo contrario, no resistirán los obreros de choque de tu fábrica y fracasará tu trabajo".

Resulta, pues, que la cuestión del igualitarismo y del sistema de trabajo de choque se plantea en las tesis de un modo completamente falso. Además, representa un retroceso con respecto a lo que prácticamente ha sido ya comprobado y logrado. Eso es inadmisible, y siguiendo ese camino no se conseguirá nada bueno.

Otra cuestión: la del "enlazamiento". Lo más acertado en estos momentos sería no hablar de "enlazamiento". La palabra es de plata, y el silencio, de oro. ¿Por qué? Porque del enlazamiento nos hemos ocupado ya en la práctica; no existe ni un Consejo Económico provincial de importancia, ni una gran sección del Consejo Superior de Economía Nacional, del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, etc., donde no se haya procedido *prácticamente* al enlazamiento. Pero ¿son buenos del todo los resultados? Ahí está precisamente la dificultad. Estudiad *la experiencia práctica* de cómo se ha efectuado el enlazamiento y de qué se ha conseguido con ello. Son tantos los decretos por los que se ha implantado el enlazamiento en una u otra institución que es imposible enumerarlos. Pero no hemos sabido aún estudiar de un modo práctico lo que ha resultado de eso, lo que ha proporcionado el enlazamiento en tal o cual rama de la industria cuando este o aquel miembro de un sindicato provincial ha pasado a ocupar un determinado puesto en el Consejo Económico provincial; a qué ha conducido eso, cuántos meses ha tardado en llevar a cabo este enlazamiento, etc.; no hemos sabido aún estudiar con eficacia nuestra propia experiencia práctica. Hemos sabido inventar una discrepancia de principios sobre el enlazamiento y, además, cometer un error -en eso somos maestros-, pero somos incapaces de estudiar nuestra propia experiencia y comprobarla. Y cuando celebremos congresos de los Soviets en los que, además de secciones para el estudio de las zonas agrícolas desde el punto de vista de una u otra aplicación de la ley de mejoramiento de la agricultura, haya secciones para el estudio del enlazamiento, para el estudio de los resultados del enlazamiento en la industria harinera de la provincia de Sarátov, o en la metalúrgica de Petrogrado, o en la industria hullera en la cuenca del Donets, etc.; cuando estas secciones, después de reunir gran cantidad de datos y documentos, declaren: "Hemos estudiado esto y lo de más allá", entonces diré: "¡Sí, hemos empezado a hacer algo práctico, hemos salido de la infancia!" Sin embargo, ¿qué puede haber más lamentable y más erróneo que, después de haber invertido tres años en aplicar el enlazamiento, se nos presenten unas "tesis" en las que se inventan discrepancias de principios sobre él? Hemos emprendido el camino del enlazamiento y no dudo de que lo hemos emprendido con acierto, pero no hemos estudiado todavía como es debido los resultados de nuestra experiencia. Por eso, la única táctica

---

de noviembre y 14 de diciembre de 1920, respectivamente, y la información del número 26 de *Izvestia del CC del PCR,* del 20 de diciembre de dicho año.

inteligente respecto al problema del enlazamiento es la de callar.

Hay que estudiar la experiencia práctica. He firmado decretos y disposiciones que contienen indicaciones sobre enlazamientos prácticos, y la práctica es cien veces más importante que toda teoría. Por eso, cuando se dice: "Hablemos de "enlazamiento"", yo respondo: "Estudiemos lo que hemos hecho". Es indudable que hemos cometido muchos errores. Es posible también que gran parte de nuestros decretos deban ser modificados. Estoy de acuerdo con ello y no siento la menor predilección por los decretos. Pero entonces presentad propuestas prácticas: hay que rehacer esto o lo otro. Eso será un planteamiento positivo de la cuestión. Eso no será una labor improductiva. Eso no llevará a la proyectomanía burocrática. Cuando leo en el folleto de Trotski el apartado VI, *Conclusiones prácticas,* veo que estas conclusiones prácticas adolecen precisamente de ese defecto. Porque en ellas se dice que deben formar parte del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia y del Presídium del Consejo Superior de Economía Nacional de una tercera parte a la mitad de los miembros comunes de ambas instituciones, y de los organismos colegiados, de la mitad a los dos tercios, etc. ¿Por qué? Simplemente, "a ojo". Es natural que en nuestros decretos se establezcan con frecuencia semejantes proporciones precisamente "a ojo"; pero ¿por qué es inevitable que se haga eso en los decretos? No soy defensor de todos los decretos y no pretendo presentarlos mejores de lo que son en realidad. En ellos hay a cada paso magnitudes convencionales como mitad, tercera parte de los miembros que integran una y otra institución, etc., magnitudes tomadas a ojo. Cuando en un decreto se dice tal cosa, eso significa: probad a hacerlo así y luego sopesaremos los resultados de vuestra "prueba". Después analizaremos lo que haya salido. Cuando lo hayamos analizado, podremos progresar. Estamos aplicando el enlazamiento y lo aplicaremos cada vez mejor, pues somos cada día más prácticos y expertos.

Pero me parece que he comenzado a dedicarme a "la propaganda en el terreno de la producción". ¡Es inevitable! Cuando se habla del papel de los sindicatos en la producción no hay más remedio que tocar este problema.

Paso a este punto, a la propaganda en el terreno de la producción. Es también una cuestión práctica, que planteamos con un criterio práctico. Se han creado ya instituciones del Estado para la propaganda en el terreno de la producción. Ignoro si son buenas o malas, hay que probarlas; y no hace falta en modo alguno escribir "tesis" sobre esta cuestión.

Hablando en conjunto del papel de los sindicatos en la producción, en lo que se refiere a la democracia no hace falta otra cosa que el espíritu democrático corriente. Los artificios como "la democracia en la producción" son falsos y nada resultará de ellos. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, la propaganda en el terreno de la producción. Se han creado ya las instituciones. Las tesis de Trotski hablan de la propaganda en el terreno de la producción. En vano, porque las "tesis" sobre el particular son ya una cosa anticuada. Todavía no sabemos si la institución es buena o mala. Experimentaremos en la práctica y entonces hablaremos. Estudiemos y preguntemos. Supongamos que en el congreso se forman diez secciones compuestas de diez miembros cada una: "¿Te has ocupado de la propaganda en el terreno de la producción? ¿Cómo? ¿Cuáles son los resultados?" Después de estudiar esto, recompensaremos a quienes hayan logrado mayores éxitos y desecharemos la experiencia desafortunada. Contamos ya con experiencia práctica; escasa, pequeña, pero la tenemos; y de ella se nos quiere hacer volver atrás, a las "tesis de principios". Más que "tradeunionismo", eso es un movimiento "reaccionario".

En tercer lugar, el sistema de premios. Ahí tenéis el papel y la tarea de los sindicatos en la producción: la concesión de premios *en especie.* Se ha empezado. La cosa está en marcha. Se han destinado para esto quinientos mil puds de trigo y se han distribuido ya ciento setenta mil. No sé si se han distribuido bien, con acierto. "En el Consejo de Comisarios del Pueblo se ha dicho: no se hace bien la distribución, en lugar de premios resulta un plus sobre el salario. Así lo han señalado tanto los dirigentes sindicales como los del Comisariado del Pueblo de Trabajo. Hemos designado una comisión para estudiar el asunto, mas todavía no lo ha estudiado. Se han distribuido ciento setenta mil puds de trigo, pero hay que hacer la distribución de tal manera que se recompense a quienes hayan revelado heroísmo, eficiencia, talento y celo como trabajadores en la esfera de la economía; en una palabra, a quienes hayan revelado las cualidades que Trotski ensalza. Ahora bien, no se trata de cantar loas en unas tesis, sino de dar pan y carne. ¿No será mejor, por ejemplo, privar de carne a una categoría determinada de obreros y distribuirla en forma de premios a otros, a los obreros "de choque"? No renunciamos a este sistema de trabajo de choque. Lo necesitamos y estudiaremos minuciosamente la experiencia práctica de nuestra aplicación de este sistema.

En cuarto lugar, los tribunales disciplinarios. El papel de los sindicatos en la producción, "la democracia en la producción", lo diremos sin ánimo de zaherirle al camarada Bujarin, son puras bagatelas si no existen tribunales disciplinarios. Pero en vuestras tesis eso no se ve. Así pues, en el terreno de los principios, en el terreno teórico y en el terreno práctico se desprende una sola conclusión a propósito de las tesis de Trotski y de la posición de Bujarin: ¡Dios nos libre

de ellas!

Llego más aún a esta conclusión cuando me digo: no planteáis el problema de un modo marxista. Y no se trata sólo de que las tesis contengan una serie de errores teóricos. El enfoque de "el papel y las tareas de los sindicatos" no es marxista, pues no se puede abordar un tema tan amplio sin meditar en las peculiaridades del momento actual en su aspecto político. Porque no en vano hemos escrito junto con el camarada Bujarin, en la resolución del IX Congreso del PCR acerca de los sindicatos, que la política es la expresión más concentrada de la economía.

Al analizar el momento político actual podríamos decir que estamos viviendo un período de transición en un período de transición. Toda la dictadura del proletariado es un período de transición; pero ahora tenemos, por decirlo así, todo un cúmulo de nuevos períodos de transición. Desmovilización del ejército, terminación de la guerra, posibilidad de una tregua pacífica mucho más larga que antes, posibilidad de pasar con mayor firmeza del frente de la guerra al frente del trabajo. Sólo por esto, tan sólo por esto, se modifica ya la actitud de la clase proletaria ante la clase campesina. ¿Cómo se modifica? Esto hay que examinarlo con la mayor atención, pero en vuestras tesis no lo hacéis. Y mientras no lo examinemos, hay que saber esperar. El pueblo está más que cansado, toda una serie de reservas que deberían consumir algunas industrias de choque han sido ya consumidas, la actitud del proletariado ante los campesinos se modifica. El cansancio de la guerra es colosal, las necesidades han aumentado, pero la producción no se ha incrementado o se ha incrementado en cantidad insuficiente. Por otra parte, en mi informe al VIII Congreso de los Soviets he señalado ya que hemos aplicado con acierto y éxito la coerción cuando hemos sabido basarla en una labor previa de persuasión. Debo decir que Trotski y Bujarin no han tenido en cuenta en absoluto esta importantísima consideración.

¿Hemos sabido basar todas las nuevas tareas de la producción en una labor de persuasión suficientemente amplia y seria? No, apenas si hemos comenzado a hacerlo. No hemos sabido todavía incorporar a las masas. ¿Y pueden las masas pasar de la noche a la mañana a cumplir estas nuevas tareas? No pueden, porque la cuestión, supongamos, de si hay que acabar con el terrateniente Wrangel y de si es preciso regatear sacrificios para ello, una cuestión así no requiere ya una propaganda especial. Pero en lo que atañe al papel de los sindicatos en la producción -si se tiene en cuenta no la cuestión "de principios", no las divagaciones acerca del "tradeunionismo soviético" y demás nimiedades, sino el aspecto práctico-, no hemos hecho más que empezar a estudiar el problema, no hemos hecho más que crear la institución encargada de llevar a cabo la propaganda en el terreno de la producción y todavía no tenemos experiencia. Hemos establecido los premios en especie, pero carecemos aún de experiencia. Hemos creado los tribunales disciplinarios, pero desconocemos aún los resultados. Y sin embargo, desde el punto de vista político, lo más importante es la preparación precisamente de las masas. ¿Está preparada la cuestión, ha sido estudiada, meditada y sopesada desde este punto de vista? Ni mucho menos. Y en eso consiste el error político cardinal, profundísimo y peligroso; porque en esta cuestión, más que en ninguna otra, hay que actuar siguiendo la regla que dice: "Mide siete veces antes de cortar", pero se han puesto a cortar sin haber medido ni una sola vez. Dicen que "el partido debe elegir entre dos tendencias", mas no han medido aún ni una sola vez y han inventado la falsa consigna de "la democracia en la producción".

Es preciso comprender el significado de esta consigna, sobre todo en un momento político en el que el burocratismo aparece ante las masas con toda evidencia y hemos planteado a la orden del día este problema. El camarada Trotski dice en las tesis que, en cuanto a la cuestión de la democracia obrera, al congreso "sólo le queda consignar unánimemente". Eso es falso. No basta con consignar: consignar significa refrendar lo que está bien sopesado y medido, mientras que la cuestión de la democracia en la producción está muy lejos aún de haber sido sopesada a fondo, no ha sido experimentada, no ha sido comprobada. Pensad en cómo pueden interpretar las masas la consigna de "democracia en la producción".

"Nosotros, hombres medios, hombres de la masa, decimos que es preciso renovar, que es preciso corregir, que es preciso echar a los burócratas, y tú tratas de desorientarnos diciendo que nos dediquemos a la producción, que pongamos de relieve la democracia en los éxitos de la producción; pero nosotros no queremos producir con este personal burocrático de las administraciones, de las direcciones generales, etc., sino con otro personal". No habéis dejado que las masas hablen, asimilen y piensen; no habéis dejado que el partido adquiera nueva experiencia, y sentís ya prisa, exageráis la nota y creáis fórmulas que son falsas teóricamente. ¿Y cuánto más no acentuarán este error ejecutores demasiado celosos? Un dirigente político responde no sólo de cómo dirige, sino también de lo que hacen los dirigidos por él. Esto lo ignora a veces, y con frecuencia no lo quiere, pero la responsabilidad recae sobre él.

Paso ahora a tratar de las sesiones plenarias de noviembre (día 9) y diciembre (día 7) del Comité Central, que expresaron ya todos esos errores no como postulados lógicos, como premisas, como razonamientos teóricos, sino en la acción. En el Comité Central resultó un lío y un revoltijo; es la

primera vez que ocurre en la historia de nuestro partido durante la revolución, y eso es peligroso. El quid de la cuestión estriba en que se produjo una división, en que surgió el grupo "de tope" de Bujarin, Preobrazhenski y Serebriakov, el grupo que más daño ha causado y más ha embrollado las cosas.
Recordad la historia de la Glavpolitput[154] y del Cectrán[155]. En la resolución del IX Congreso del PCR, en abril de 1920, se decía que se creaba la Glavpolitput como institución "temporal" y que era necesario pasar a normalizar la situación *"en el plazo más corto posible"*. En septiembre leéis: "Pasemos a una situación normal"*. En noviembre (día 9), el CC se reúne en sesión plenaria, y Trotski lleva a él sus tesis, sus consideraciones acerca del tradeunionismo. Por excelentes que fueran algunas de sus frases respecto a la propaganda en el terreno de la producción, era preciso decir que todo aquello no venía al caso, no tenía sentido práctico, representaba un paso atrás y no era posible ocuparse de ello en el CC en aquel momento. Bujarin dijo: "Eso está muy bien". Puede que estuviera muy bien, pero eso no era una respuesta. Después de encarnizados debates se aprobó por diez votos contra cuatro una resolución, en la que se decía en forma correcta y camaraderil que el propio Cectrán "había planteado ya a la orden del día" la necesidad de "reforzar y desarrollar los métodos de la democracia proletaria dentro del sindicato". Se decía que el Cectrán debía "participar activamente en la labor general del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia, formando parte de él con los mismos derechos que las demás organizaciones sindicales".
¿Cuál era la idea fundamental de esta resolución del CC? Está clara: "Camaradas del Cectrán: Cumplid los acuerdos del congreso y del CC del partido no de un modo formal, sino a toda ley, para ayudar con vuestro trabajo a todos los sindicatos, para que no quede ni rastro de burocratismo, de preferencias, de presunción, como la manifestada por quienes dicen: Somos mejores que vosotros, tenemos más que vosotros y recibimos más ayuda".
Después de esto pasamos a la labor práctica. Se constituye la comisión y se publica la lista de sus componentes. Trotski sale de ella, la sabotea, no quiere trabajar en ella. ¿Por qué? Un solo motivo: que Lutovínov suele jugar a la oposición. Es cierto que Osinski también. A decir verdad, es un juego desagradable. Pero ¿acaso eso es un motivo? Osinski organizó magníficamente la campaña de semillas. Había que trabajar con él, a pesar de su "campaña oposicionista", y el método de hacer fracasar la comisión es burocrático, no soviético, no socialista, equivocado y políticamente perjudicial. En un momento en que es preciso establecer una clara delimitación entre los elementos sanos y los elementos malsanos de "la oposición" ese método es triplemente desatinado y políticamente nocivo. Cuando Osinski despliega. "la campaña oposicionista", yo le digo: "Es una campaña perjudicial"; pero cuando desarrolla la campaña de semillas, es una maravilla. Jamás negaré que Lutovínov comete un error con su "campaña oposicionista", como Ischenko y Shliápnikov, mas eso no es motivo para sabotear la comisión.
Ahora bien, ¿qué significaba esta comisión? Significaba pasar de las divagaciones propias de intelectuales acerca de discrepancias insustanciales a una labor práctica. Propaganda en el terreno de la producción, premios, tribunales disciplinarios: de eso se debía hablar y en eso tenía que ocuparse la comisión. Pero entonces, el camarada Bujarin, jefe del "grupo de tope", con Preobrazhenski y Serebriakov, viendo la peligrosa división surgida en el CC, se puso a crear un tope, un amortiguador tal que no encuentro una expresión parlamentaria para calificarlo. Si yo supiera dibujar caricaturas como lo sabe hacer el camarada Bujarin, presentaría al camarada Bujarin con un balde de petróleo, echando este petróleo al fuego, y pondría este pie: "Petróleo de tope". El camarada Bujarin quiso crear algo; no hay duda de que su deseo era lo más sincero y "amortiguador" que cabe. Pero no resultó un tope: lo que resultó fue que no tuvo en cuenta el momento político y, además, incurrió en errores teóricos,
¿Había necesidad de llevar todos esos pleitos a una amplia discusión? ¿De dedicarse a semejante inactividad y desperdiciar varias semanas, tan preciosas para nosotros en vísperas de un congreso del partido? Durante ese tiempo habríamos podido preparar y estudiar el problema de los premios, de los tribunales disciplinarios y del enlazamiento. Habríamos resuelto estos problemas con un sentido práctico en la comisión del CC. Si el camarada Bujarin quería crear un tope y no deseaba encontrarse en la situación de la persona que se ha equivocado de puerta, tendría que haber dicho e insistido en que el camarada Trotski no abandonase la comisión. Si hubiese dicho y hecho eso, habríamos emprendido un camino positivo y habríamos puesto en claro en esta comisión cómo es en realidad la dirección unipersonal, cómo es la democracia, cómo son los designados para los cargos, etc.
Prosigamos. En diciembre (sesión plenaria del día 7) era ya patente el choque con los dirigentes del Sindicato del Transporte Marítimo y Fluvial, que

* Véase *Izvestia del CC del PCR,* núm. 26, pág. 2, resolución de la sesión plenaria de septiembre del CC, punto 3: "El CC considera, además, que en la actualidad ha mejorado considerablemente la grave situación de los sindicatos del transporte que motivó la creación de la Glavpolitput y de la Politvod[156], resortes temporales para mantener y organizar el trabajo. Por eso, ahora se puede y se debe iniciar la labor tendente a incluir estas organizaciones en el sindicato como organismos que se adaptan al mecanismo sindical y se diluyen en él".

vino a agravar el conflicto, y como resultado de lo cual en el Comité Central se reunieron ocho votos contra nuestros siete. El camarada Bujarin escribió apresuradamente la parte "teórica" de la resolución del Pleno de Diciembre, tratando de "conciliar" y de poner en acción "el tope"; pero, como es natural, después del fracaso de la comisión no podía resultar nada de esto.

¿En qué consistió el error de la Glavpolitput y del Cectrán? No consistió, ni mucho menos, en haber aplicado la coerción; al contrario: en eso reside su mérito. Su error consistió en que no supieron pasar a tiempo y sin conflictos, como había exigido el IX Congreso del PCR, a una actividad sindical normal; en que no supieron adaptarse debidamente a los sindicatos, en que no supieron ayudarles, entablando con ellos relaciones en pie de igualdad. Hay una valiosa experiencia de los tiempos de guerra: heroísmo, celo en el cumplimiento de las tareas, etc. Y hay un aspecto malo en la experiencia de los peores elementos militares: el burocratismo y la presunción. Las tesis de Trotski, en contra de su conciencia y de su voluntad, vinieron a respaldar el aspecto peor, y no el mejor, de la experiencia militar. Debe recordarse que un dirigente político no responde sólo de su política, sino también de lo que hagan quienes son dirigidos por él.

Lo último que quería deciros, y que ayer debí haberme reprochado por mentecato, es que no presté atención a las tesis del camarada Rudzutak. Rudzutak tiene el defecto de que no sabe hablar en voz alta, de manera impresionante y con belleza. Es fácil no darse cuenta, no prestar atención a lo que dice. Ayer, imposibilitado de asistir a la reunión, repasé mis papeles y encontré entre ellos una hoja editada con motivo de la V Conferencia Sindical de toda Rusia, celebrada del 2 al 6 de noviembre de 1920. Esta hoja se titula: *Las tareas de los sindicatos en la producción.* Os la leeré íntegra" no es muy larga:

A la V Conferencia sindical de toda Rusia.
Las tareas de los sindicatos en la producción.
(Tesis del informe del camarada Rudzutak)

1. Inmediatamente después de la Revolución de Octubre, los sindicatos resultaron ser *casi los únicos* organismos que, a la par con la aplicación del *control* obrero, podían y debían asumir la tarea de organizar y *dirigir la producción.* En el primer período de existencia del Poder soviético, el mecanismo estatal de dirección de la economía nacional no funcionaba aún como era debido, y el sabotaje de los dueños de las empresas y del personal técnico superior planteó con apremio ante la clase obrera las tareas de conservar la industria y restablecer el funcionamiento normal de todo el mecanismo económico del país.

2. En el período subsiguiente de la labor del Consejo Superior de Economía Nacional, cuando una parte considerable de esta labor se reducía a liquidar las empresas privadas y a organizar su dirección por el Estado, *los sindicatos realizaron este trabajo a la par y juntamente con los organismos estatales* de dirección económica.

La debilidad de los organismos del Estado no sólo explicaba, sino que, además, justificaba semejante *paralelismo;* desde el punto de vista histórico, ese paralelismo estaba justificado por haberse establecido un contacto pleno entre los sindicatos y los organismos de dirección de la economía.

3. La dirección de los organismos económicos del Estado, el dominio gradual por ellos del mecanismo de producción y administración y la coordinación de las distintas partes de este mecanismo hicieron que *se trasladase a dichos organismos el centro de gravedad de la labor de dirección de la industria* y de confección del programa de producción. Debido a ello, la labor de los sindicatos en la organización de la producción se redujo a *participar en la formación de organismos colegiados* de las direcciones generales, departamentos centrales y administraciones de las fábricas.

4. En la actualidad hemos vuelto a abordar de lleno el problema de establecer la más estrecha ligazón entre los organismos económicos de la República Soviética y los sindicatos, cuando es necesario a toda costa utilizar racionalmente cada unidad de trabajo, atraer a toda la masa de productores a una participación consciente en el proceso de producción; cuando el mecanismo estatal de dirección económica, al crecer y complicarse paulatinamente, se ha trasformado en una máquina burocrática enorme, desproporcionada en comparación con la propia producción, e impulsa de manera inevitable a los sindicatos a participar directamente en la organización de la producción no sólo mediante la representación personal en los organismos económicos, sino como tal entidad en su conjunto.

5. Mientras que el Consejo Superior de Economía Nacional enfoca la fijación del programa general de producción partiendo de *los elementos materiales de producción existentes* (materias primas, combustible, estado de la maquinaria, etc.), los sindicatos deben enfocar este problema *desde el punto de vista de la organización del trabajo* para cumplir las tareas de la producción y utilizar éste de modo racional. Por eso, *el programa general de producción, por partes y en su conjunto, debe ser confeccionado con la participación ineludible de los sindicatos,* a fin de combinar del modo más racional el aprovechamiento de los recursos materiales de la producción y del trabajo.

6. La implantación de una verdadera disciplina de trabajo y la lucha eficaz contra los casos de deserción del trabajo, etc., sólo son concebibles con *la participación consciente* de todos los productores en el cumplimiento de estas tareas. Esto no lo logran *los métodos burocráticos ni las órdenes desde arriba;* es

preciso que cada trabajador comprenda la necesidad y la conveniencia de las tareas que cumple en la producción; es preciso que cada productor no sólo participe en el cumplimiento de las tareas señaladas desde arriba, sino que tome parte conscientemente en la corrección de todas las deficiencias, técnicas y de organización, en el ámbito de la producción.

Las tareas de los sindicatos en este terreno son inmensas. Deben enseñar *a sus miembros en cada taller* y en cada fábrica *a descubrir y tener en cuenta todos los defectos en el aprovechamiento de la mano de obra, derivados de una utilización desacertada* de los medios técnicos o de una labor administrativa insatisfactoria. *La suma de la experiencia de las distintas* empresas y de la producción debe ser aprovechada para combatir enérgicamente el papeleo, la negligencia y el burocratismo.

7. Para subrayar su importancia de manera especial, estas tareas de producción deben ocupar un lugar concreto, desde el punto de vista de organización, en la labor cotidiana concreta. *Las secciones económicas* que se están organizando adjuntas a los sindicatos en cumplimiento del acuerdo del III Congreso de toda Rusia, al desplegar su labor, deben esclarecer y determinar paulatinamente el carácter de toda la actividad sindical. Por ejemplo, en las condiciones sociales actuales, en las que toda la producción tiende a satisfacer las necesidades de los propios trabajadores, *las tarifas de salarios y los premios deben guardar la más estrecha conexión y dependencia respecto del grado de cumplimiento del plan de producción.* Los premios en especie y el pago de una parte del salario en especie deben convertirse gradualmente en *un sistema de abastecimiento de los obreros* en dependencia del nivel alcanzado por la productividad del trabajo.

S. Este enfoque del trabajo de los sindicatos debe, por una parte, poner fin a la existencia de *organismos paralelos (secciones políticas, etc.}* y, por otra, restablecer la estrecha ligazón de las masas con los organismos de dirección económica.

9. Después del III Congreso, los sindicatos no han conseguido aplicar en grado considerable su programa en lo que respecta a su participación en la edificación de la economía nacional, debido, por una parte, a *las condiciones del tiempo de guerra* y, por otra, a su *debilidad orgánica* y a su apartamiento de la labor dirigente y práctica de los organismos económicos.

10. Por eso, los sindicatos deben señalarse las siguientes tareas prácticas inmediatas: a) participar con la mayor actividad en la solución de los problemas de la producción y de la dirección; b) participar de manera directa, junto con los correspondientes organismos económicos, *en la creación* de organismos de dirección *competentes;* c) registrar minuciosamente los distintos *tipos de dirección* y la influencia que ejercen en la producción; d) participar obligatoriamente en la elaboración y el establecimiento de *los planes* económicos y de los programas de producción; e) *organizar el trabajo* de conformidad con el grado de urgencia de las tareas económicas; f) desarrollar una amplia organización de *la agitación y la propaganda* en el terreno de la producción.

11. Es necesario que las secciones económicas anejas a *los sindicatos* y a las organizaciones sindicales se transformen de verdad en poderosos y rápidos resortes de la participación sistemática de los sindicatos en la organización de la producción.

12. Para planificar el aprovisionamiento material de los obreros, los sindicatos deben trasladar su *influencia a los organismos distribuidores del Comisariado del Pueblo de Abastecimiento,* tanto locales como central, haciendo realidad la participación práctica y eficiente y *el control* en todos los organismos distribuidores y prestando especial atención a la actividad de *las comisiones de abastecimiento obrero* centrales y provinciales.

13. En vista de que el llamado "sistema de trabajo de choque" ha adquirido el carácter más desordenado -a consecuencia de las aspiraciones estrechas de las distintas direcciones generales, departamentos centrales, etc.-, los sindicatos deben defender en todas partes la aplicación efectiva de dicho sistema en la economía y la revisión del sistema vigente de determinación del trabajo de choque de conformidad con la importancia de la producción respectiva y con los recursos materiales existentes en el país.

14. Es necesario concentrar especialmente la atención en el llamado grupo modelo de empresas, haciendo que sean verdaderamente modelo mediante la creación de una dirección competente, la disciplina de trabajo y la labor de la organización sindical.

15. En la organización del trabajo, además de establecer un sistema armónico de tarifas de salarios y de revisar a fondo las normas de rendimiento, es preciso que los sindicatos tomen firmemente en sus manos la lucha contra los distintos *tipos de deserción del trabajo* (ausencias injustificadas, falta de puntualidad, etc.). Los tribunales disciplinarios, a los que no se ha prestado hasta ahora la debida atención, deben ser transformados en un medio eficaz de lucha contra la infracción de la disciplina laboral proletaria.

16. El cumplimiento de las tareas enumeradas, así como la concepción de un plan práctico de propaganda en el terreno de la producción y de diversas medidas orientadas a mejorar la situación económica de los obreros, deben recaer sobre las secciones económicas. Es necesario, por ello, encomendar a la Sección Económica del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia que convoque en breve una *Conferencia de secciones económicas de toda Rusia* para examinar las cuestiones prácticas de la organización de la economía en conexión con la labor de los organismos económicos del Estado.

Espero que comprenderéis ahora por qué he tenido que hacerme reproches. Esto sí es una plataforma; es cien veces mejor que lo que ha escrito el camarada Trotski después de haberlo pensado muchas veces y que lo que ha escrito el camarada Bujarin (resolución de la sesión plenaria del 7 de diciembre) sin haber pensado nada. Todos nosotros, los miembros del Comité Central que no hemos trabajado durante muchos años en el movimiento sindical, deberíamos aprender del camarada Rudzutak, y el camarada Trotski y el camarada Bujarin también tendrían que aprender de él. Los sindicatos han aprobado esta plataforma.

Todos nosotros hemos olvidado los tribunales disciplinarios, pero "la democracia en la producción" sin premios en especie y sin tribunales disciplinarios es pura charlatanería.

Comparo las tesis de Rudzutak con las tesis que Trotski presentó en el Comité Central. Al final de la quinta tesis leo:

"... es necesario proceder ahora mismo a la reorganización de los sindicatos, es decir, ante todo, a la selección del personal dirigente precisamente desde este punto de vista... "

¡Ahí tenéis el verdadero burocratismo! ¡Trotski y Krestinski seleccionarán "el personal dirigente" de los sindicatos!

Una vez más: ahí tenéis la explicación del error del Cectrán. Su error no consiste en haber hecho presión; en eso estriba su mérito. Su error consiste en no haber sabido enfocar las tareas generales de todos los sindicatos, en no haber sabido pasar él mismo y ayudar a todos los sindicatos a pasar a una aplicación más acertada, rápida y eficaz de los tribunales disciplinarios de honor. Cuando leí lo que se dice en las tesis del camarada Rudzutak acerca de los tribunales disciplinarios, pensé: seguro que hay ya un decreto sobre esto. Y, en efecto, hay un decreto. Es el *"Reglamento* de los tribunales disciplinarios obreros de honor", promulgado el 14 de noviembre de 1919 *(Recopilación de Leyes,* Nº 537).

En estos tribunales corresponde a los sindicatos un papel de la mayor importancia. No sé si estos tribunales son buenos, ni si es eficaz su funcionamiento ni si actúan en todos los casos. Si estudiáramos nuestra propia experiencia práctica, eso sería un millón de veces más útil que todo lo que han escrito los camaradas Trotski y Bujarin.

Termino. Como resumen de cuanto se refiere a esta cuestión, debo decir que llevar estas discrepancias a una amplia discusión en el partido y a un congreso del partido es un error gravísimo. Es un error desde el punto de vista político. En la comisión, y sólo en la comisión, habríamos discutido de una manera práctica y habríamos avanzado; pero ahora marchamos hacia atrás, y durante varias semanas marcharemos hacia atrás, hacia tesis teóricas abstractas, en vez de abordar la tarea con un criterio práctico. Por lo que a mí se refiere, estoy harto hasta más no poder y me apartaría con gran placer de todo eso, independientemente de mi estado de salud; estoy dispuesto a irme a donde sea.

Conclusiones: en las tesis de Trotski y Bujarin hay toda una serie de errores teóricos. Una serie de inexactitudes de principio. Políticamente, todo el enfoque de la cuestión equivale a una falta absoluta de tacto. Las "tesis" del camarada Trotski son una cosa perjudicial en el sentido político. Su política, en suma, es una política de excitación burocrática de los sindicatos. Y estoy seguro de que el Congreso de nuestro partido condenará y rechazará esta política. (*Clamorosos y prolongados aplausos*.)

Publicado en un folleto en 1921, en Petrogrado.
T. 42, págs. 202-226.

UNA VEZ MÁS ACERCA DE LOS SINDICATOS, EL MOMENTO ACTUAL Y LOS ERRORES DE LOS CAMARADAS TROTSKI Y BUJARIN.

Se han avivado la discusión en el partido y la lucha fraccional precursoras del congreso, es decir, en vísperas y con motivo de las próximas elecciones de delegados al X Congreso del PCR. La primera intervención fraccional, a saber, la intervención del camarada Trotski en nombre de "toda una serie de dirigentes responsables" con "un folleto-plataforma" *(El papel y las tareas de los sindicatos,* prólogo fechado el 25 de diciembre de 1920), ha sido seguida de una brusca intervención (el lector verá más adelante que la brusquedad está justificada) de la organización de Petrogrado del PCR (el *Mensaje al partido,* publicado el 6 de enero de 1921 en *Petrográdskaya Pravda*[157] y luego, el 13 de enero de 1921, en el órgano central del partido, en *Pravda,* de Moscú). Después se ha manifestado contra la organización de Petrogrado el Comité de Moscú (en *Pravda* de la misma fecha). Con posterioridad ha aparecido, editada por el Buró del grupo comunista del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia, el acta taquigráfica de la discusión del 30 de diciembre de 1920 en una grande e importantísima reunión del partido, a saber, de los militantes del PCR delegados al VIII Congreso de los Soviets. Dicha acta taquigráfica se titula *Acerca del papel de los sindicatos en la producción* (prólogo fechado el 6 de enero de 1921). Claro que eso dista mucho de ser todo el material de la polémica. Pero casi en todos los lugares se están celebrando ya reuniones de partido para examinar los problemas en discusión. El 30 de diciembre de 1920* hube de hablar en unas condiciones que "infringían el reglamento", como dije entonces, es decir, en unas condiciones que me impidieron participar en los debates y escuchar a los oradores que me habían precedido en el uso de la palabra y a los que me sucedieron. Procuraré ahora restablecer el orden infringido y exponer mi opinión de manera más "ordenada".

El peligro de las acciones fraccionales para el partido.

¿Es el folleto del camarada Trotski *El papel y las tareas de los sindicatos* una intervención fraccional? ¿Hay en una intervención de esa índole, independientemente de su contenido, algo peligroso para el partido? Los más aficionados a silenciar esta cuestión (además del camarada Trotski, por supuesto) son los miembros del Comité de Moscú, que ven fraccionismo en los petrogradenses, y el camarada Bujarin, el cual, sin embargo, se consideró obligado a declarar en un discurso, el 30 de diciembre de 1920, en nombre de la "fracción de tope":

"... cuando el tren tiene cierta inclinación al descarrilamiento, los topes no son ya una cosa tan mala" (pág. 45 del acta de la discusión del 30 de diciembre de 1920).

Existe, pues, cierta inclinación al descarrilamiento. Y bien, ¿son concebibles miembros conscientes del partido que no sientan preocupación por saber dónde precisamente, en qué precisamente y cómo precisamente ha comenzado esa inclinación?

El folleto de Trotski empieza con la declaración de que: "es fruto de un trabajo colectivo"; de que en su redacción ha participado "toda una serie de dirigentes responsables, sobre todo sindicales (miembros del Presídium del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia, del CC del Sindicato de Metalúrgicos, del Cectrán, y otros)"; de que es "un folleto-plataforma". Y al final de la tesis Nº 4 leemos que "el próximo congreso del partido tendrá que *elegir* (la cursiva es de Trotski) entre dos tendencias en el movimiento sindical".

Si eso no es la formación de una fracción por un miembro del Comité Central, si eso no es "cierta inclinación al descarrilamiento", que el camarada Bujarin o cualquiera de sus correligionarios prueben a explicar al partido: ¿¿qué otro sentido tienen las palabras "fracción" e "inclinación al descarrilamiento" del partido?? ¿¿Puede imaginarse una ceguera más monstruosa que esta ceguera de quienes desean "hacer de tope" y *cierran los ojos* ante *semejante* "inclinación al descarrilamiento"??

Imaginaos: después de dos sesiones plenarias del CC

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

(9 de noviembre y 7 de diciembre), dedicadas a discutir acaloradamente, con inaudita minuciosidad y durante largo tiempo el esbozo inicial de las tesis del camarada Trotski y toda la política del partido en los sindicatos que él propugna, un miembro *de los* 19 del CC se queda *solo,* forma un grupo fuera del CC y presenta "el trabajo" "Colectivo" de ese grupo como una "plataforma", ¡¡proponiendo al congreso del partido que "elija entre *dos* tendencias"!! No hablo ya de que esta proclamación por el camarada Trotski precisamente de dos tendencias y sólo de dos tendencias el 25 de diciembre de 1920, a pesar de que Bujarin había hablado ya como "parachoquista" el 9 de noviembre, denuncia patentemente el verdadero papel del grupo de Bujarin como cómplice del fraccionismo peor y más nocivo. Esto de pasada. Pero yo pregunto a cualquier miembro del partido: ¿No asombra por su vertiginosidad semejante presión y embestida en lo que respecta a "la elección" entre dos tendencias en el movimiento sindical? ¿Es que no hay motivo para quedarse perplejo ante el hecho de que a los tres años de dictadura del proletariado pueda encontrarse en el partido un miembro, aunque sólo sea, capaz de "embestir" *de esa manera,* planteando la cuestión de las dos tendencias en el movimiento sindical?

Pero hay más. Ved los ataques fraccionales con que está adornado ese folleto. En la primera tesis leemos una temible "amenaza" a "algunos dirigentes del movimiento sindical" que han sido arrojados "atrás, a las posiciones tradeunionistas, eliminadas con firmeza por el partido hace mucho" (por lo visto, sólo un miembro de los 19 del CC representa al partido). En la tesis 8 se censura enfáticamente "el conservadurismo sindical en la capa dirigente de funcionarios sindicales" (¡advertid que se trata de un afán verdaderamente burocrático de centrar la atención en "la capa dirigente"!). En la tesis 11 se hace al principio la... ¿cómo decirlo con mayor delicadeza?... "insinuación", sorprendentemente circunspecta, demostrativa y eficiente, de que "la mayoría de los dirigentes sindicales" "reconocen de manera formal, *es decir, de palabra",* los acuerdos del IX Congreso del PC de Rusia.

¡Esos son los jueces competentes que fallan que *la mayoría* (!!) de los dirigentes sindicales reconocen *de palabra* los acuerdos del partido!

En la tesis 12 se dice:

"... numerosos dirigentes sindicales se pronuncian de manera cada día más enérgica e intransigente contra las perspectivas de enlazamiento... Entre esos dirigentes sindicales encontramos a los camaradas Tomski y Lozovski. Es más. Al rechazar las nuevas tareas y los nuevos métodos, muchos dirigentes sindicales fomentan en sus medios un espíritu de estrechez corporativa, de antipatía a los nuevos funcionarios destinados a la esfera dada de la economía y, de este modo, mantienen de hecho las supervivencias gremiales entre los obreros organizados en sindicatos".

Que el lector vuelva a leer atentamente estas consideraciones y medite bien sobre ellas. La riqueza de "perlas" es pasmosa. Primero, ¡valorad esta intervención desde el punto de vista de su fraccionismo! Figuraos lo que diría y cómo intervendría Trotski si Tomski publicase una plataforma acusando a Trotski y a "numerosos" dirigentes militares de que fomentan el espíritu del burocratismo, apoyan las supervivencias del salvajismo, etc. ¿Cuál es "el papel" de Bujarin, Preobrazhenski, Serebriakov y otros, que no ven -no advierten, no advierten en absoluto- brusquedad y fraccionismo *en eso,* no ven cuánto más fraccional es eso que la intervención de los petrogradenses?

Segundo. Ahondad en este enfoque de la cuestión: muchos dirigentes sindicales "fomentan en sus medios un espíritu"... El enfoque es totalmente burocrático. Habéis de saber que todo consiste en el "espíritu" que fomentan "en sus medios" Tomski y Lozovski, y en modo alguno en el nivel de desarrollo ni en las condiciones de vida de las masas, de millones de seres.

Tercero. El camarada Trotski ha expresado sin querer *la esencia* de toda la discusión, tan cuidadosamente eludida y velada tanto por él como por los "parachoquistas" Bujarin y Cía.

¿Es que la esencia de toda la discusión y el origen de la lucha consisten en que numerosos dirigentes sindicales rechazan las nuevas tareas y los nuevos métodos, fomentando en sus medios el espíritu de antipatía a los nuevos funcionarios?

¿O en que las masas de obreros organizados en sindicatos protestan con razón y expresan ineluctablemente su disposición a echar a los nuevos dirigentes que no quieren corregir los extremismos de burocratismo innecesarios y perniciosos?

¿Es que la esencia de la discusión consiste en que alguien no quiere comprender "las nuevas tareas y los nuevos métodos"?

¿O en que alguien encubre desafortunadamente la defensa de algunos extremismos de burocratismo, innecesarios y perniciosos, con palabras acerca de las nuevas tareas y los nuevos métodos?

Que el lector recuerde esta *esencia* de toda la discusión.

La democracia formal y la conveniencia revolucionaria.

"La democracia obrera no conoce fetiches", escribe el camarada Trotski en sus tesis, "fruto de un trabajo colectivo". "Sólo conoce la conveniencia revolucionaria" (tesis 23).

Con estas tesis del camarada Trotski ha ocurrido algo desagradable. Todo lo que tienen de acertado, además de no ser nuevo, se vuelve *contra* Trotski. Y lo que tienen de nuevo es completamente

desacertado.

He anotado los postulados acertados del camarada Trotski. Se vuelven contra él no sólo en la cuestión tratada en la tesis 23 (acerca de la Glavpolitput*), sino también en otras.

Desde el punto de vista de la democracia formal, Trotski *tenía derecho* a presentar una plataforma fraccional incluso contra todo el Comité Central. Esto es indiscutible. Es indiscutible también que el Comité Central confirmó ese derecho formal con su acuerdo del 24 de diciembre de 1920 sobre la libertad de discusión. Bujarin-tope reconoce a Trotski ese derecho formal, pero no se lo reconoce a la organización de Petrogrado, probablemente porque Bujarin llegó a hablar el 30 de diciembre de 1920 hasta de "la consigna sagrada de la democracia obrera" (pág. 45 del acta taquigráfica)...

Pero ¿y la conveniencia revolucionaria?

¿¿Habrá siquiera un hombre serio, no cegado por el fraccional amor propio de la fracción del Cectrán o "de tope", que en plena posesión de sus facultades mentales crea *conveniente desde el punto de vista revolucionario semejante* intervención acerca del movimiento sindical de un dirigente *tan* prestigioso como Trotski??

¿¿Se podrá negar que incluso si Trotski hubiese señalado "las nuevas tareas y los nuevos "métodos" con un acierto tan grande como el desacierto con que las ha señalado de hecho (de lo cual hablaremos más adelante), que incluso sólo con semejante enfoque de la cuestión Trotski se habría causado daño a sí mismo y lo habría causado al partido, al movimiento sindical, a la educación de los millones de afiliados de los sindicatos y a la República??

Es probable que el bueno de Bujarin y su grupo se llamen a sí mismos "topes" porque hayan decidido firmemente *no pensar* en los deberes que ese título impone.

El peligro político de las escisiones en el movimiento sindical.

Todo el mundo sabe que las grandes discrepancias surgen a veces de las divergencias más pequeñas, incluso insignificantes al principio. Todo el mundo sabe que una herida minúscula, o hasta un arañazo, que cada cual recibe por decenas a lo largo de su vida, puede transformarse en una enfermedad peligrosísima, e incluso absolutamente mortal, *si* la herida empieza a emponzoñarse, si comienza una infección de la sangre. Así ocurre en todos los conflictos, aun en los puramente personales. Así sucede también en política.

Cualquier discrepancia, incluso la más insignificante, puede llegar a ser peligrosa desde el punto de vista político si surge la posibilidad de que se agrande hasta la escisión; hasta una escisión precisamente de tal índole que pueda hacer tambalearse y destruir todo el edificio político, que pueda conducir -expresándonos con la metáfora del camarada Bujarin- al descarrilamiento del tren.

Es claro que en un país que está viviendo la dictadura del proletariado, la escisión del proletariado o la escisión entre el partido proletario y la masa proletaria es ya no sólo peligrosa, sino peligrosísima, especialmente si el proletariado constituye en dicho país una pequeña minoría de la población. Y las escisiones en el movimiento sindical (que, como procuré remarcar con todas mis fuerzas en el discurso del 30 de diciembre de 1920, es un movimiento del proletariado organizado en sindicatos casi en su totalidad*) implican escisiones precisamente en la masa del proletariado.

Por eso, cuando "empezó el barullo" en la V Conferencia Sindical de toda Rusia del 2 al 6 de noviembre de 1920 (y empezó precisamente en ella); cuando nada más terminar esta conferencia... no, me equivoco, *durante* esta conferencia, el camarada Tomski vino excitadísimo al Buró Político y, con el pleno apoyo del equilibradísimo camarada Rudzutak, comenzó a contar que el camarada Trotski había hablado en ella de "sacudir" los sindicatos y que él, Tomski, había polemizado contra esto; cuando ocurrió eso, decidí para mí, en el acto y de manera definitiva, que la esencia de la discusión estaba cabalmente en la política (es decir, en la política del partido respecto a los sindicatos) y que el camarada Trotski, con su política de "sacudimiento", no llevaba ninguna razón en esta discusión con el camarada Tomski. Porque la política de "sacudimiento"; *incluso si se justificara en parte* con "las nuevas tareas y los nuevos métodos" (tesis 12 de Trotski), es completamente inadmisible en el momento actual y en la situación presente, pues implica un peligro de escisión.

Al camarada Trotski le parece ahora que atribuirle la política de "sacudir desde arriba" "es la más pura caricatura" (L. Trotski. *Respuesta a los camaradas de Petrogrado*, publicada en *Pravda,* núm. 9, del 15 de enero de 1921). Mas la palabreja "sacudimiento" se ha hecho verdaderamente proverbial, y no sólo en el sentido de que, al ser pronunciada por el camarada Trotski en la V Conferencia Sindical de toda Rusia, "ha volado" ya, por así decir, tanto en el partido como en los sindicatos. No. Por desgracia, sigue siendo acertada hasta ahora en un sentido mucho más profundo. A saber: esa sola palabra expresa, en la forma más breve, *todo el espíritu, toda la tendencia* del folleto-plataforma *El papel y las tareas de los sindicatos.* Todo este folleto-plataforma del camarada Trotski está impregnado, desde el principio hasta el fin, precisamente del espíritu de la política de "sacudir desde arriba". Baste recordar la acusación

* Véase la nota 154 del presente volumen. *(N. de la Edit.)*

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

hecha al camarada Tomski o a "numerosos dirigentes sindicales" de que ¡"fomentan en sus medios el espíritu de antipatía a los nuevos funcionarios"!

Pero si en la V Conferencia Sindical de toda Rusia (2-6 de noviembre de 1920) sólo empezaba aún a crearse una atmósfera que amenazaba con escisiones, a principios de diciembre de 1920 fue ya un hecho la escisión del Cectrán.

Este acontecimiento es fundamental, principal, cardinal para valorar la esencia política de nuestras discusiones; y en vano creen los camaradas Trotski y Bujarin que el silencio ayudará, por poco que sea, en este caso. En este caso, el silencio no hace de "tope", sino que enardece, pues el problema no sólo está planteado a la orden del día por la vida, sino que lo ha subrayado el camarada Trotski en su folleto-plataforma. Porque precisamente este folleto plantea repetidas veces la cuestión en los pasajes que he citado, sobre todo en la tesis 12, de en qué consiste la esencia: ¿en que "numerosos dirigentes sindicales fomentan en sus medios el espíritu de antipatía a los nuevos funcionarios"?, ¿o en que "la antipatía" de *las masas* es legítima en virtud de ciertos extremismos de burocratismo, innecesarios y perniciosos, por ejemplo, en el Cectrán?

El camarada Zinóviev planteó abiertamente esta cuestión, y con todo fundamento, en su primer discurso del 30 de diciembre de 1920 al decir que habían llevado a la escisión "los inmoderados adeptos del camarada Trotski". ¿Quizá por eso censuró el camarada Bujarin el discurso del camarada Zinóviev, calificándolo de "charlatanería"? Pero cualquier miembro del partido que lea el acta taquigráfica de la discusión del 30 de diciembre de 1920 podrá convencerse ahora de lo injusto de ese reproche y verá que precisamente el camarada Zinóviev cita hechos exactos y se apoya en hechos exactos, mientras que precisamente en los discursos de Trotski y Bujarin predomina la "verbosidad" intelectual sin ningún hecho.

Cuando el camarada Zinóviev dijo: "El Cectrán tiene los pies de barro, se ha dividido ya en tres partes", el camarada Sosnovski le interrumpió, diciendo:

"Y usted lo estimuló". (Acta taquigráfica, pág. 15.)

Esta acusación es seria. Si se demostrara, está claro que los culpables de *estimular 1a escisión,* aunque sólo sea de un sindicato, no podrían estar ni en el Comité Central, ni en el PCR ni en los sindicatos de nuestra República. Por fortuna, esa seria acusación ha sido hecha en forma no sería por un camarada que, lamentablemente, ha dado ya en más de una ocasión ejemplos de sus "aficiones" polémicas nada serias. El camarada Sosnovski, incluso en sus excelentes artículos, por ejemplo, sobre la propaganda en el terreno de la producción, ha sabido a veces poner "un poco de hiel", que ha pesado mucho más que todos los lados positivos de la propia propaganda de la producción. Hay naturalezas tan felices (como la de Bujarin, por ejemplo) que, incluso en lo más encarnizado de la lucha, de lo que menos son capaces es de emponzoñar sus ataques; hay otras naturalezas, no muy dichosas, que emponzoñan sus ataques con excesiva frecuencia. Al camarada Sosnovski le sería útil vigilarse en este sentido e incluso pedir a sus amigos que lo vigilen.

Pero -podrá decirse- la acusación, a pesar de todo, ha sido hecha. Aunque en forma poco seria, desacertada y evidentemente "fraccional". Mas es preferible decir la verdad con desacierto que silenciarla si la cuestión es grave.

La cuestión, indudablemente, es grave, pues en eso consiste, repito, más de lo que se piensa, *la esencia* de toda la discusión. Y disponemos, por fortuna, de datos suficientemente objetivos y suficientemente convincentes para responder *a fondo* a la cuestión que ha planteado el camarada Sosnovski.

Primero. En la misma página del acta taquigráfica leemos la declaración del camarada Zinóviev, que no sólo respondió al camarada Sosnovski: "¡No es cierto!", sino que citó datos fidedignos acerca de los hechos decisivos. El camarada Zinóviev dijo que el camarada Trotski trató de hacer (añadiré por mi parte: dejándose llevar; evidentemente, por la pasión fraccional) una acusación distinta por completo de la que hizo el camarada Sosnovski, inculpando al camarada Zinóviev de que él, Zinóviev, contribuyó a la escisión o provocó la escisión *con su discurso en la Conferencia de Septiembre del PCR.* (Señalaré, entre paréntesis, que la acusación es inconsistente ya por el hecho de que el discurso de Zínóviev en septiembre había sido aprobado, en esencia, por el Comité Central y por el partido, y nadie ha protestado nunca formalmente contra él.)

Y el camarada Zinóviev respondió que el camarada Rudzutak había demostrado en una reunión del CC, con las actas en la mano, que "este problema (el problema de algunos extremismos de burocratismo, innecesarios y nocivos, en el Cectrán) había sido examinado en Siberia, en el Volga, en el Norte y en el Sur *mucho antes* de que yo (o sea, Zinóviev) pronunciara discurso alguno y mucho antes de la conferencia del partido".

Es ésta una declaración completamente clara, exacta y basada en hechos. La hizo el camarada Zinóviev en su primer discurso, pronunciado ante miles de miembros del PCR con cargos de la mayor responsabilidad, *sin que* el camarada Trotski, que habló *dos veces después* de ese discurso de Zinóviev, ni el camarada Bujarin, que *también* habló *después* de ese discurso de Zinóviev, pudieran rebatir los hechos señalados por Zinóviev.

Segundo. *La resolución del Pleno del CC del PCR sobre el conflicto entre los comunistas del transporte marítimo y fluvial y el grupo comunista de la conferencia del Cectrán,* aprobada el 7 de diciembre de 1920 y recogida en esa misma aeta taquigráfica, es

una refutación todavía más exacta y oficial de la acusación hecha por el camarada Sosnovski, La parte de la resolución dedicada al Cectrán dice:

"Con motivo del conflicto entre el Cectrán y los trabajadores del transporte marítimo y fluvial, el CC acuerda: 1) Crear en el Cectrán unificado la sección de trabajadores del transporte marítimo y fluvial. 2) Convocar en febrero un congreso de ferroviarios y trabajadores del transporte marítimo y fluvial, en el que se elegirá normalmente el nuevo Cectrán. 3) Hasta entonces, dejar que siga en funciones el viejo Cectrán. 4) Suprimir inmediatamente la Glavpolitvod y la Glavpolitput[*], transfiriendo todos sus efectivos y medios a la organización sindical sobre la base de la democracia normal".

El lector verá por esta resolución que, lejos de condenarse al Sindicato del Transporte Marítimo y Fluvial, sé reconoce, por el contrario, que *tiene razón* en todo lo esencial. Sin embargo, *no* votó a favor de esa resolución *ni uno* de los miembros del CC (excepto Kámenev) que firmaron la plataforma común del 14 de enero de 1921 *(Acerca del papel y las tareas de los sindicatos.* Proyecto de resolución del X Congreso del PCR, presentado al CC por un grupo de miembros del mismo y de miembros de la comisión sindical. Lo firman: Lozovski, como miembro de la comisión sindical, pero no del CC; los demás firmantes son: Tomski, Kalinin, Rudzutak, Zinóviev, Stalin, Lenin, Kámenev, Petrovski y Artiom Serguéiev).

Dicha resolución fue aprobada *en contra* de los mencionados miembros del CC, es decir, en contra de nuestro grupo. Porque nosotros hubiéramos votado en contra de que siguiera temporalmente en funciones el viejo Cectrán. Y la inevitabilidad de la victoria de nuestro grupo obligó a Trotski a votar en pro de la resolución de Bujarin, pues, de lo contrario, habría sido aprobada nuestra resolución. El camarada Rykov, que en noviembre estaba *al lado* de Trotski, participó en diciembre en la labor de la comisión sindical para ventilar el conflicto entre el Sindicato del Transporte Marítimo y Fluvial y el Cectrán y se convenció de que tenía razón el primero.

Resultado: la mayoría de diciembre (7 de diciembre) del CC estuvo compuesta por los camaradas Trotski, Bujarin, Preobrazhenski, Serebriakov, etc., es decir, por miembros del CC que no despertarán en nadie sospechas de parcialidad *contra* el Cectrán. Y esta mayoría, por la esencia de su resolución, no censuró al Sindicato del Transporte Marítimo y Fluvial, sino al Cectrán, negándose sólo a sustituirlo inmediatamente. Por tanto, queda demostrada la insolvencia de la acusación de Sosnovski.

Para no dejar nada sin aclarar habremos de tratar un punto más. ¿En qué consistían, pues, "algunos extremismos de burocratismo, innecesarios y nocivos", a los que he aludido varias veces? ¿No habría y no habrá falta de fundamento o exageración en *esta* acusación?

De nuevo dio la respuesta el camarada Zinóviev en su primer discurso del 30 de diciembre de 1920, y una respuesta que no deja nada que desear en cuanto a exactitud. El camarada Zinóviev leyó un extracto de la orden impresa del camarada Zof para el transporte marítimo y fluvial (del 3 de mayo de 1920), en la que se declara: "desaparece la proliferación de los comités"[158]. El camarada Zinóviev calificó acertadamente eso de error cardinal. Eso sí que es un modelo de extremismo, innecesario y nocivo, de burocratismo y "designacionismo". El camarada Zinóviev hizo en el acto la salvedad de que entre los designados hay "camaradas mucho menos probados y con mucha menos experiencia" que el camarada Zof. En el CC he oído decir que Zof es un valiosísimo funcionario, y mis observaciones en el Consejo de Defensa confirman plenamente esta opinión. Nadie piensa ni minar la autoridad de semejantes camaradas ni convertirlos en "chivos expiatorios" (como sospechó el camarada Trotski en su informe, pág. 25, sin tener para ello ni asomo de fundamento). La autoridad de los "designados" no la minan quienes corrigen los errores que ellos cometen, sino quienes quisieran defenderlos incluso cuando incurren en errores.

Vemos, pues, que el peligro de escisiones en el movimiento sindical no es imaginario, sino real. Vemos también del modo más palmario en qué consistió precisamente la esencia, no exagerada, de las discrepancias: en la lucha por que algunos extremismos de burocratismo, innecesarios y nocivos, y de "designacionismo" no sean defendidos ni justificados, sino corregidos. Sólo eso.

Acerca de las discrepancias de principios.

Pero si existen discrepancias cardinales y profundas de principios -podrán decirnos-, ¿es que no justifican incluso las intervenciones más bruscas y fraccionales? Si hay que decir algo nuevo e incomprensible, ¿no justifica eso, a veces, hasta la escisión?

La justifica, naturalmente, si las discrepancias son, en efecto, profundas en extremo y si la dirección equivocada de la política del partido o de la clase obrera no se puede corregir de otra manera.

Mas el quid está, precisamente, en que tales discrepancias no existen. El camarada Trotski se esforzó por señalarlas, pero no pudo. Y si *antes* de aparecer su folleto (25 de diciembre) se podía -y se debía- hablar convencional y conciliadoramente ("no se puede enfocar así la cuestión, incluso en el caso de que haya tareas nuevas incomprendidas, de que haya discrepancias"), *después* de haber aparecido ha habido que decir: en lo que tiene de nuevo, el camarada Trotski no lleva razón en esencia.

[*] Véanse las notas 154 y 156 del presente volumen. *(N. de la Edit.)*

Esto puede verse con la mayor claridad al comparar las tesis del camarada Trotski con las de Rudzutak, aprobadas por la V Conferencia Sindical de toda Rusia (2-6 de noviembre). Las cité en mi discurso del 30 de diciembre y en *Pravda* del 21 de enero*. Estas tesis son más acertadas y completas que las de Trotski. Lo que diferencia las tesis de Trotski de las de Rudzutak es erróneo en Trotski.

Analicemos, para empezar, la decantada "democracia en la producción", que el camarada Bujarin se apresuró a incluir en la resolución del CC del 7 de diciembre. Está claro que sería ridículo tomarla con este término torpe y artificial ("florituras"), propio de intelectuales, si se hubiera empleado en un discurso o en un artículo. ¡Pero es que Trotski y Bujarin se han colocado ellos mismos en la ridícula posición de *insistir en las tesis* precisamente en este término, que diferencia sus "plataformas" de las tesis de Rudzutak aprobadas por los sindicatos!

Ese término es desacertado desde el punto de vista teórico. Toda democracia, como toda superestructura política en general (ineluctable mientras no se culmine la supresión de las clases, mientras no se cree la sociedad sin clases), sirve, en última instancia, a la producción y está determinada, en última instancia, por las relaciones de producción de la sociedad dada. Por eso, separar "la democracia en la producción" de cualquiera otra democracia no dice nada. Es un embrollo y una vacuidad. Eso, primero.

Segundo. Ved cómo explica el propio Bujarin ese término en la resolución, escrita por él, de la sesión plenaria del CC del 7 de diciembre. "por eso -escribió Bujarin allí-, los métodos de la democracia obrera deben ser los métodos de la democracia en la producción. Esto significa"... (¡Fijaos en "esto significa"! Bujarin empieza su alocución a las masas con un término tan enrevesado que hace falta *explicarlo especialmente;* a mi juicio, desde el punto de vista de la democracia, eso *no es democrático;* hay que escribir para las masas sin emplear términos nuevos que requieran una explicación especial; desde el punto de vista de "la producción", eso es perjudicial, pues obliga a perder tiempo en vano para explicar un término innecesario); "esto significa que todas las elecciones, la presentación de candidatos, el apoyo a éstos, etc., deben efectuarse desde el punto de vista no sólo de la firmeza política, sino también de las aptitudes administrativas, de la antigüedad en la administración, de las dotes de organizador y de la preocupación, comprobada en la práctica, por los intereses materiales y espirituales de las masas trabajadoras".

Este razonamiento es evidentemente forzado y erróneo. Democracia no significa sólo "elecciones, presentación de candidatos, apoyo a éstos, etc." Eso, por un lado. Y, por otro, no todas las elecciones deben efectuarse desde el punto de vista de la firmeza política y de las aptitudes administrativas. Es preciso también, a despecho de Trotski, tener en una organización de millones cierto porcentaje de intercesores, burócratas (durante muchos años no podremos pasarnos sin buenos burócratas). Pero no hablamos de democracia "intercesora" o "burocrática".

Tercero. Es erróneo mirar únicamente a los elegidos, a los organizadores, administradores, etc., pues, a pesar de todo, son una minoría de hombres destacados. Hay que mirar a los hombres sencillos, a la masa. En las tesis de Rudzutak eso está expresado no sólo con mayor sencillez y claridad, sino también más acertadamente desde el punto de vista teórico (tesis 6):

"... es preciso que cada trabajador comprenda la necesidad y la conveniencia de las tareas que cumple en la producción; es preciso que cada productor no sólo participe en el cumplimiento de las tareas señaladas desde arriba, sino que tome parte conscientemente en la corrección de todas las deficiencias, técnicas y de organización, en el ámbito de la producción".

Cuarto. "La democracia en la producción" es un término que puede dar lugar a falsas interpretaciones. Puede ser entendido como negación de la dictadura y de la dirección unipersonal. Puede ser interpretado en el sentido de aplazar la democracia corriente o de eludirla. Ambas interpretaciones son perjudiciales, y para no incurrir en ellas será inevitable hacer largos comentarios especiales.

La sencilla exposición de las mismas ideas en las tesis de Rudzutak es más acertada y esquiva todos esos inconvenientes. Y Trotski, en su artículo *La democracia en la producción,* publicado en *Pravda* el 11 de enero, lejos de refutar la existencia de esos desaciertos e inconvenientes (elude toda esta cuestión, no compara sus tesis con las de Rudzutak), por el contrario, confirma de manera indirecta la inconveniencia y el desacierto de su término precisamente al establecer un paralelo entre él y "la democracia militar". Por fortuna, jamás hemos entablado, que yo recuerde, discusiones fraccionales a causa de este término.

Más desafortunado aún es el término de Trotski "atmósfera de producción". Zinóviev Se rió de él con razón. Trotski se enfadó mucho y objetó: "En nuestro país ha habido atmósfera militar... Ahora debe crearse en la masa obrera, en sus entrañas, y no sólo en la superficie, una atmósfera de producción, es decir, la misma tensión, el mismo interés práctico y la misma atención por la producción que los que existieron por el frente..." De eso precisamente se trata, de que hay que hablar "a la masa obrera, a sus entrañas" como se habla en las tesis de Rudzutak, y no empleando palabras como "atmósfera de producción", que suscitarán perplejidad o una

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

sonrisa. En el fondo, al emplear las palabras "atmósfera de producción", el camarada Trotski expresa la misma idea que el concepto de propaganda en el terreno de la producción. Pero precisamente para la masa obrera, para sus entrañas, hay que hacer esta propaganda de modo que se eviten semejantes expresiones. Esta expresión es un modelo de cómo *no* se debe hacer la propaganda de la producción entre las masas.

Política y economía. Dialéctica y eclecticismo.

Es extraño que tengamos que plantear de nuevo esta cuestión tan elemental, tan rudimentaria. Por desgracia, Trotski y Bujarin nos obligan a hacerlo. Ambos me acusan de que "la sustituyo" con otra o la enfoco "políticamente", mientras que ellos la enfocan "económicamente". Bujarin incluso ha introducido eso en sus tesis y ha intentado "elevarse por encima" de ambos disputantes, como diciendo: yo junto lo uno y lo otro.

La inexactitud teórica es flagrante. La política es la expresión concentrada de la economía, repetí en mi discurso, pues había oído ya antes este reproche, absurdo y absolutamente inadmisible en labios de un marxista, por mi enfoque "político". La política no puede dejar de tener supremacía sobre la economía. Pensar de otro modo significa olvidar el abecé del marxismo.

¿Quizá sea errónea mi valoración política? Decidlo y demostradlo. Pero decir (o admitir incluso indirectamente la idea) que el enfoque político es equivalente al enfoque "económico", que se puede tomar "lo uno y lo otro", significa olvidar el abecé del marxismo.

Digámoslo con otras palabras. El enfoque político significa: si se adopta una actitud equivocada ante los sindicatos, eso hundirá el Poder soviético, la dictadura del proletariado. (La disidencia entre el partido y los sindicatos, en el caso de que el partido no tuviese razón, daría sin duda al traste con el Poder soviético en un país campesino como Rusia.) Se puede (y se debe) comprobar a fondo este razonamiento" es decir" analizar, calar hondo y decidir si semejante enfoque es justo o injusto. En cambio, decir: "aprecio" su enfoque político, *"pero"* es sólo político, y lo que necesitamos es un enfoque *"también* económico", equivale a decir: "aprecio" su razonamiento de que, al dar tal paso, se romperá usted la crisma, *pero* sopese asimismo la circunstancia de que es mejor estar ahíto y vestido que hambriento y desnudo.

Bujarin ha caído teóricamente en *el eclecticismo* al predicar la unión del enfoque político y del económico.

Trotski y Bujarin presentan las cosas como si ellos se preocuparan del aumento de la producción y nosotros sólo de la democracia formal. Eso es falso, pues la cuestión se plantea (y, a lo marxista, *puede* plantearse) *únicamente* así: sin un acertado enfoque político del problema, la clase dada no mantendrá su dominación *y, por consiguiente,* tampoco podrá cumplir *su tarea en la producción.*

Más concretamente. Zinóviev dice: "Cometéis un error político al llevar a escisiones en los sindicatos. Del aumento de la producción hablé y escribí ya en enero de 1920 citando como ejemplo la edificación de una casa de baños". Trotski le responde: "¡Valiente cosa (pág. 29), escribir un folleto con el ejemplo de la edificación de una casa de baños!; pero no dice "una palabra", "ni una sola palabra" (pág. 22), de qué deben hacer los sindicatos".

No es cierto. El ejemplo de la casa de baños vale, y perdonad por el juego de palabras, diez "atmósferas de producción" con varias "democracias en la producción" por añadidura. El ejemplo de la casa de baños dice con claridad y sencillez, precisamente para las masas, para "sus entrañas", qué deben hacer los sindicatos, en tanto que "las atmósferas de producción" y "las democracias en la producción" son partículas de polvo que ciegan los ojos de las masas obreras y dificultan su comprensión de los problemas.

El camarada Trotski me reprochó también que "Lenin no ha dicho ni una palabra" (pág. 66) del "papel que desempeñan y deben desempeñar las palancas denominadas aparato de los sindicatos".

Perdón, camarada Trotski: al leer íntegramente las tesis de Rudzutak y adherirme a ellas, hablé de eso *más y de manera más completa) acertada, sencilla y clara* que todas las tesis de usted y que todo su informe o coinforme y su discurso de resumen. Porque, repito, los premios en especie y los tribunales disciplinarios de honor tienen cien veces más importancia para dominar la economía, para dirigir la industria y elevar el papel de los sindicatos en la producción que las palabras, totalmente abstractas (y, por ello, hueras), sobre "la democracia en la producción", "el enlazamiento", etc.

Con el pretexto de presentar el punto de vista "de la producción" (Trotski) o de superar la unilateralidad del enfoque político y unir este enfoque con el económico (Bujarin), se nos ha dado:

1) el olvido del marxismo, expresado en la definición ecléctica, teóricamente falsa, de la relación de la política con la economía;

2) la defensa o el encubrimiento del error político expresado en la política de sacudir los sindicatos, error que impregna de cabo a rabo *todo* el folleto-plataforma de Trotski. Y este error, si no se reconoce y corrige, *lleva* a la caída de la dictadura del proletariado;

3) un paso atrás en la esfera de las cuestiones puramente de producción, económicas, de las cuestiones relativas a cómo aumentar la producción; precisamente un paso atrás respecto a las *eficientes* tesis de Rudzutak, que señalan tareas concretas,

prácticas, vitales y actuales (impulsad la propaganda en el terreno de la producción, aprended a distribuir bien los premios en especie y a aplicar con mayor acierto la coerción en forma de tribunales disciplinarios de honor); un paso atrás hacia *tesis* generales, abstractas, "vacías", falsas teóricamente y formuladas a lo intelectual, *olvidando* lo más eficaz y práctico.

Tal es, en efecto, la relación existente entre Zinóviev y yo, por un lado, y Trotski y Bujarin, por otro, en cuanto a la cuestión de la política y la economía.

Por eso no pude leer sin sonreír la objeción que me hizo el camarada Trotski el 30 de diciembre: "El camarada Lenin ha dicho en el VIII Congreso de los Soviets, en su discurso de resumen de la discusión sobre el informe acerca de nuestra situación, que necesitamos menos política y más economía, y en cuanto a los sindicatos ha planteado en primer plano el aspecto político de la cuestión" (pág. 65). Estas palabras le parecieron al camarada Trotski "extraordinariamente certeras". En realidad, expresan el más espantoso embrollo de conceptos, "una confusión ideológica" verdaderamente infinita. En efecto, yo siempre he expresado, expreso y expresaré el deseo de que nos dediquemos menos a la política y más a la economía. Pero no es difícil comprender que para cumplir estos deseos es preciso que no haya peligros políticos *ni errores políticos.* Los errores políticos que ha cometido el camarada Trotski, y que ha profundizado y acrecentado el camarada Bujarin, *distraen* a nuestro partido de las tareas económicas, de la labor "de producción"; *nos obligan, lamentablemente, a perder tiempo* en corregir esos errores, en discutir con la desviación sindicalista (que conduce a la caída de la dictadura del proletariado); a discutir contra el enfoque equivocado del movimiento sindical (que lleva a la caída del Poder soviético), a discutir en torno a "tesis" generales, en vez de entablar una discusión eficiente, práctica, "económica" acerca de quién ha dado mejor y con mayor acierto los premios en especie, ha organizado los tribunales y ha llevado a cabo el enlazamiento sobre la base de las tesis de Rudzutak aprobadas del 2 al 6 de noviembre por la V Conferencia Sindical de toda Rusia: los molineros de Sarátov, o los mineros de la cuenca del Donets, o los metalúrgicos de Petrogrado, etc.

Tomad la utilidad de "la amplia discusión". En este terreno veremos también que los errores políticos distraen de las tareas económicas. Yo estaba en contra de la llamada "amplia" discusión y consideraba y considero un error, un error político, del camarada Trotski su sabotaje de la comisión sindical, en la que se debería haber sostenido una discusión eficaz. Considero un error político del grupo de tope encabezado por Bujarin que no haya comprendido las tareas del tope (también aquí han sustituido la dialéctica con el eclecticismo); precisamente desde el punto de vista de "tope" debían haberse pronunciado con energía frenética contra la discusión amplia, y en pro de llevar la discusión a la comisión sindical. Ved lo que ha resultado.

El 30 de diciembre, el camarada Bujarin llegó a decir: "Hemos proclamado la nueva consigna sagrada de la democracia obrera, que consiste en que todos los problemas no deben ser discutidos en organismos colegiados estrechos, en pequeñas reuniones, en cualquier corporación propia, sino llevados todos a reuniones amplias. Y yo afirmo que, al traer el problema del papel de los sindicatos a una reunión tan concurrida como la de hoy, no damos un paso atrás, sino adelante" (pág. 45). ¡Y este hombre acusó a Zinóviev de charlatanería y de exageración de la democracia! ¡Eso sí que es verdadera charlatanería y "metedura de pata", incomprensión total de que la democracia formal debe estar subordinada a la conveniencia revolucionaria!

Trotski no plantea la cuestión nada mejor. Acusa: "Lenin quiere suprimir, frustrar a toda costa la discusión sobre la esencia del problema" (pág. 65). Manifiesta: "He dicho claramente en el CC por qué me negué a formar parte de la comisión: mientras no se me permita, igual que a los demás camaradas, plantear estas cuestiones en todo su volumen en la prensa del partido, mientras no se haga eso, no espero utilidad alguna del examen furtivo de estas cuestiones y, por consiguiente, de la labor en la comisión" (pág. 69).

¿Resultado? No ha transcurrido todavía un mes desde que Trotski empezara el 25 de diciembre "la amplia discusión" y apenas se encontrará uno de cada cien funcionarios responsables del partido que no esté harto de esta discusión y no reconozca su inutilidad (si no algo peor). Porque Trotski ha quitado tiempo al partido con una discusión sobre palabras, sobre unas tesis malas, y ha tildado de examen "furtivo" precisamente el examen *práctico,* económico, en la comisión, la cual se habría señalado la tarea de estudiar y comprobar la experiencia práctica para, aprendiendo de esta experiencia, *avanzar* en la verdadera labor de "producción", *y no retroceder* de la obra viva al escolasticismo muerto de todas esas "atmósferas de producción".

Tomad el decantado "enlazamiento". El 30 de diciembre aconsejé que no se hablara de él, pues *no hemos estudiado* nuestra propia experiencia práctica, y, sin esta condición, las discusiones acerca del enlazamiento degeneran inevitablemente en charlatanería, en vana desviación de las fuerzas del partido *de* la labor económica. Califiqué de proyectomanía burocrática las tesis de Trotski sobre este punto, que proponían incluir en los consejos económicos de una tercera parte a la mitad y de la mitad a dos terceras partes de representantes de los

sindicatos[*].

Bujarin se enfadó mucho conmigo por eso y, según veo en la página 49 del acta, intentó demostrarme prolija y detalladamente "que cuando los hombres se reúnen y hablan de algo, no se deben fingir sordomudos" (¡así está impreso textualmente en la página mencionada!). También se enfadó Trotski, quien exclamó:

"Ruego a cada uno de vosotros que toméis nota de que el camarada Lenin ha calificado eso de burocratismo en tal fecha; pero yo me atrevo a predecir que, dentro de unos meses, eso será tomado en consideración y como guía, que en el Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia, en el Consejo Superior de Economía Nacional, en el CC de los metalúrgicos y en la sección del metal, etc., habrá de una tercera parte a la mitad de miembros comunes..." (pág. 68).

Después de leer eso, pedí al camarada Miliutin (vicepresidente del Consejo Superior de Economía Nacional) que me enviase los informes *impresos* acerca del enlazamiento. Pensé: empezaré a *estudiar,* aunque sea poco a poco, *nuestra experiencia práctica,* pues resulta insoportablemente aburrido dedicarse a "la parlería general del partido" (expresión de Bujarin, pág. 47, que se hará probablemente no menos proverbial que el famoso "sacudimiento") sin más ni más, sin materiales, sin hechos, inventando discrepancias, definiciones y "democracias en la producción".

El camarada Miliutin me envió varios libros, entre ellos el *Informe del Consejo Superior de Economía Nacional al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia* (Moscú, 1920, el prólogo está fechado el 19 de diciembre de 1920). En la página 14 de este libro se inserta un cuadro demostrativo del grado de participación de los obreros en los organismos administrativos. Reproduzco este cuadro (abarca sólo una parte de los Consejos Económicos provinciales y de las empresas):

De ellos

Organismos administrativos	Número total	Obreros	%	Especialistas	%	Empleados y otros	%
Presídium del CSEN y de los Consejos Económicos provinciales.	187	107	57,2	22	11,8	58	31,0
Organismos colegiados de las direcciones generales, secciones, centros y comités principales.	140	72	51,4	31	22,2	37	26,4
Direcciones fabriles colegiadas y unipersonales	1.143	726	63,5	398	38,8	19	1,7
Total	1.470	905	61,6	451	30,7	114	7,7

Así pues, la participación de los obreros representa ya, por término medio, el 61,6 %, es decir, ¡más cerca de las dos terceras partes que de la mitad! *Queda ya demostrado* el carácter de proyectomanía burocrática de lo que ha escrito el camarada Trotski en sus tesis acerca de esta cuestión. Hablar, discutir y escribir plataformas "de un tercio a la mitad" o "de la mitad a las dos terceras partes" es la más huera "parlería general del partido", es distraer fuerzas, medios, atención y tiempo de la labor *de producción,* es pura politiquería sin contenido serio. Pero en la comisión, en la que se habrían hallado personas con experiencia, en la que no se habría accedido a escribir tesis sin estudiar los hechos, hubiera sido posible comprobar provechosamente la experiencia. Por ejemplo, haciendo una encuesta entre varias decenas (de entre miles de "miembros comunes"), confrontando sus impresiones y deducciones con los datos estadísticos objetivos y tratando de lograr indicaciones eficientes y prácticas para el futuro: si es preciso, con tales resultados de la experiencia, seguir avanzando sin demora en la misma dirección o cambiar algo, y cómo precisamente, la dirección, los métodos, el enfoque; o si, en interés de la causa, hay que detenerse, comprobar una y otra vez la experiencia, quizá rehacer algo, etc., etc.

Un verdadero "administrador", camaradas (¡permitidme a mí también que me dedique un poco a "la propaganda en el terreno de la producción"!), sabe que los capitalistas y los organizadores de los trusts, incluso en los países más adelantados, se dedicaron durante muchos años, a veces durante diez y más años, a estudiar y comprobar su experiencia práctica (y la ajena), enmendando, rehaciendo lo empezado, volviendo atrás y corrigiendo multitud de veces para lograr un sistema de dirección plenamente adecuado a la obra emprendida, la debida selección de administradores superiores y subalternos, etc. Así ha ocurrido bajo el capitalismo, que en todo el mundo civilizado se ha apoyado para su labor administrativa en *la experiencia y las costumbres de siglos.* Y nosotros estamos construyendo sobre un terreno nuevo, que requiere el trabajo de reeducación más prolongado, tenaz y paciente para transformar las costumbres que nos ha dejado en herencia el capitalismo y que sólo pueden transformarse muy paulatinamente. Abordar esta cuestión como lo hace Trotski es equivocado de raíz. En el discurso del 30 de diciembre exclamó: "¿Tienen, acaso, nuestros obreros y los funcionarios del partido y de los sindicatos instrucción en el terreno de la producción? ¿Sí o no? Yo respondo que no" (pág. 29). Enfocar así semejante cuestión es ridículo. Es lo mismo que preguntar: ¿Hay en esta unidad militar suficiente

[*] Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

cantidad de botas de fieltro? ¿Sí o no?
Dentro de diez años también tendremos que decir, sin duda alguna, que no todos los funcionarios del partido y de los sindicatos poseen suficiente instrucción en el terreno de la producción. De la misma manera que dentro de diez años tampoco poseerán suficiente preparación militar todos los funcionarios del partido, de los sindicatos y del departamento militar. Pero en nuestro país se ha dado *comienzo* a la instrucción en el terreno de la producción con el hecho de que casi mil obreros, miembros y delegados de los sindicatos, participan en la dirección y dirigen empresas, comités principales y otros organismos administrativos superiores. El principio fundamental de "la instrucción en el terreno de la producción", de la instrucción de *nosotros mismos,* antiguos luchadores clandestinos y periodistas profesionales, consiste en que nosotros mismos estudiemos y enseñemos a otros a estudiar con la mayor atención y detalle nuestra propia experiencia práctica, de acuerdo con la regla que dice: "mide siete veces antes de cortar". La regla fundamental, cardinal e indefectible de "la instrucción en el terreno de la producción" estriba en comprobar con insistencia, lentitud, prudencia, eficiencia y sentido práctico cuanto han hecho esos mil obreros; en corregir aún con mayor prudencia y sentido práctico su labor y avanzar sólo cuando esté plenamente demostrada la utilidad del método dado, del sistema de dirección dado, de la proporción dada, de la selección de personal dada, etc. Y es precisamente esa regla la que infringe el camarada Trotski con todas sus tesis, con todo su enfoque del problema. Precisamente todas las tesis, todo el folleto-plataforma del camarada Trotski son de tal naturaleza que, con sus errores, han desviado la atención y las fuerzas del partido del trabajo útil "de producción" hacia controversias vacías, sin contenido.

Dialéctica y eclecticismo. "Escuela" y "aparato".
Entre las numerosas cualidades valiosísimas del camarada Bujarin figura su capacidad para la teoría y su interés por tratar de descubrir las raíces teóricas de todo problema. Es una cualidad muy valiosa, pues es imposible explicarse por completo ningún error, incluidos los errores políticos, sin descubrir sus raíces teóricas en quien los comete, partiendo de premisas concretas y admitidas, de una manera consciente.
De conformidad con este afán suyo de profundizar teóricamente en los problemas, el camarada Bujarin, a partir de la discusión del 30 de diciembre, si no antes, lleva la controversia precisamente a ese terreno. El 30 de diciembre dijo:
"Considero absolutamente necesario -en eso consiste la esencia teórica de lo que se denomina aquí "fracción de tope" o su ideología-, y me parece indiscutible por completo, que no se puede dar de lado ni este aspecto político ni este aspecto económico..." (pág. 47).
La esencia teórica del error en que incurre en este caso el camarada Bujarin consiste en que sustituye la relación dialéctica entre la política y la economía (que nos enseña el marxismo) con el eclecticismo. "Lo uno y lo otro", "de un lado, de otro lado": tal es la posición teórica de Bujarin. Y eso es eclecticismo. La dialéctica exige que las correlaciones sean tenidas en cuenta en todos los aspectos en su desarrollo concreto, y no que se arranque un trocito de un sitio y un trocito de otro. Lo he mostrado ya con el ejemplo de la política y la economía.
En el ejemplo del "tope" eso es también indudable. El tope es útil y necesario si el tren del partido va cuesta abajo hacia el descarrilamiento. Eso es indiscutible. Bujarin ha planteado la tarea del "tope" de una manera ecléctica, tomando un trozo de Zinóviev y otro trozo de Trotski. Como partidario del "tope", Bujarin debería haber determinado por sí solo dónde, cuándo y en qué se equivocaba el uno o el otro, los unos o los otros, si el error era teórico, o de falta de tacto político, o de fraccionismo en una intervención, o de exageración, etc., y lanzarse *con todas sus fuerzas* contra *cada* error de ese género. Bujarin no ha comprendido esta tarea suya de "tope". El siguiente hecho es una prueba evidente de ello.
El grupo comunista del Buró de Petrogrado del Cectrán (Comité Central del Sindicato del Transporte Ferroviario, Marítimo y Fluvial) -organización que simpatiza con Trotski y declara francamente que, a su juicio, "las posiciones de los camaradas Trotski y Bujarin en la cuestión fundamental, en la del papel de los sindicatos en la producción, son variedades del mismo punto de vista"- ha editado en Petrogrado un folleto con el coinforme que el camarada Bujarin ha pronunciado allí el 3 de enero de 1921 (N. Bujarin. *Acerca de las tareas de los sindicatos,* Petrogrado, 1921). En este coinforme leemos:
"Al principio, el camarada Trotski formuló que era necesario cambiar la composición de la dirección de los sindicatos, seleccionar a camaradas adecuados, etc., y antes aún sostuvo incluso el punto de vista de "sacudir" los sindicatos, al que ha renunciado ahora, por lo que es completamente absurdo presentar el "sacudimiento" como un argumento contra el camarada Trotski" (pág. 5).
No me detendré a analizar las numerosas inexactitudes fácticas que contiene esta exposición. (Trotski utilizó la palabreja "sacudir" en la V Conferencia Sindical de toda Rusia, celebrada del 2 al 6 de noviembre. Habló de "la selección de personal dirigente" en el § 5 de sus tesis, presentadas al CC el 8 de noviembre y publicadas, dicho sea de pasada, por un partidario de Trotski en forma de hoja suelta. Todo el folleto de Trotski *El papel y las tareas de los sindicatos,* del 25 de diciembre, está impregnado por

completo de la misma mentalidad y del mismo espíritu que he señalado antes. No se sabe en absoluto dónde y en qué se ha expresado "la renuncia".) Mi tema es ahora otro. Si "el tope" es ecléctico, pasa por alto unos errores y menciona otros; silencia los errores cometidos el 30 de diciembre de 1920 en Moscú, ante miles de activistas del PCR llegados de toda Rusia, y habla de los errores cometidos en Petrogrado el 3 de enero de 1921. Si "el tope" es dialéctico, arremete con todas sus fuerzas contra cada error que observa en ambas partes o en todas las partes. Y eso es precisamente lo que no hace Bujarin. Ni siquiera intenta analizar el folleto de Trotski desde el punto de vista de la política de sacudimiento. *Simplemente, no habla de ella.* No es de extrañar que semejante cumplimiento de su papel de tope haga reír a todos.

Prosigamos. En el mismo discurso de Bujarin en Petrogrado leemos en la página 7:

"El error del camarada Trotski consiste en que no defiende en grado suficiente el aspecto de escuela de comunismo".

En la discusión del 30 de diciembre, Bujarin razonó así:

"El camarada Zínóviev ha dicho que los sindicatos son escuela de comunismo, y Trotski ha afirmado que son un aparato técnico-administrativo de dirección de la producción. No veo bases lógicas de ningún género que demuestren que no es justo ni lo primero ni lo segundo: son justos ambos enunciados y la unión de estos dos enunciados"(pág. 48).

La misma idea encontramos en la 6" tesis de Bujarin y su "grupo" o "fracción": "...de un lado, son (los sindicatos) escuela de comunismo... de otro lado -por cierto, en grado creciente-, son parte integrante del aparato administrativo y del aparato del poder estatal en general..." *(Pravda,* 16 de enero).

El error teórico fundamental del camarada Bujarin radica precisamente en que sustituye la dialéctica del marxismo con el eclecticismo (extendido de modo singular entre los autores de diversos sistemas filosóficos "de moda" y reaccionarios).

El camarada Bujarin habla de bases "lógicas". Todo su razonamiento prueba que -quizá inconscientemente- sustenta en este terreno el punto de vista de la lógica formal o escolástica, y no el de la lógica dialéctica o marxista. Para aclararlo empezaré con el simplísimo ejemplo que puso el propio camarada Bujarin. En la discusión del 30 de diciembre dijo:

"Camaradas: Las discusiones que sostenemos aquí producen en muchos de vosotros una impresión del siguiente carácter, aproximadamente: llegan dos individuos y se preguntan el uno al otro qué es el vaso que está encima de la tribuna. Uno dice: "Es un cilindro de cristal, y maldito sea quien afirme que eso no es así". El segundo dice: "El vaso es un recipiente que sirve para beber, y maldito sea quien afirme que eso no es así" (pág. 46).

Cómo ve el lector, Bujarin quiso con este ejemplo explicarme de manera popular el daño que causa la unilateralidad. Acepto la aclaración agradecido y, para demostrar con hechos mi gratitud, le respondo con una explicación popular de lo que es el eclecticismo, a diferencia de la dialéctica.

El vaso es, indiscutiblemente, un cilindro de cristal y un recipiente que sirve para beber. Pero no sólo tiene estas dos propiedades, o cualidades, o aspectos, sino una cantidad infinita de otras propiedades, cualidades, aspectos y relaciones mutuas y "mediaciones" con todo el mundo restante. El vaso es un objeto pesado que puede emplearse como instrumento arrojadizo. Puede servir de pisapapeles o de alojamiento para una mariposa capturada; puede tener valor como objeto tallado o dibujado con arte, independientemente por completo de que sirva para beber, de que esté hecho de cristal, de que su forma sea cilíndrica o no lo sea del todo, y así por el estilo.

Prosigamos. Si ahora necesito un vaso como recipiente que sirve para beber, no me importa en absoluto saber si su forma es totalmente cilíndrica y si está hecho, en efecto, de cristal; pero, en cambio, me importa que el fondo no esté agrietado, que no corte los labios al utilizarlo, etc. Si no lo necesito para beber, sino para lo que sirve cualquier cilindro de cristal, entonces me sirve también un vaso con el fondo agrietado o incluso sin fondo, etc.

La lógica formal a que se limitan en las escuelas (y deben limitarse -con modificaciones- en los grados inferiores de la escuela) toma las definiciones formales, guiándose por lo que es más habitual o por lo que salta a la vista más a menudo y se limita a eso. Si, al proceder así, se toman dos o más definiciones distintas y se unen de manera completamente casual (cilindro de cristal y recipiente que sirve para beber), tendremos una definición ecléctica, que indica diversos aspectos del objeto y nada más.

La lógica dialéctica exige que vayamos más lejos. Para conocer de verdad el objeto hay que abarcar y estudiar todos sus aspectos, todos sus vínculos y "mediaciones". Jamás lo conseguiremos por completo, pero la exigencia de la multilateralidad nos prevendrá contra los errores y el anquilosamiento. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, la lógica dialéctica requiere que el objeto sea tomado en su desarrollo, en su "automovimiento" (como dice Hegel a veces), en su cambio. Con relación al vaso, esto no se ve claro en el acto, pero el vaso tampoco es inmutable: cambia, en particular, su destino, su uso, su *nexo* con el mundo circundante. En tercer lugar, toda la práctica del género humano debe entrar en "la definición" completa del objeto como criterio de la verdad y como determinante práctico del vínculo del objeto con lo que necesita el hombre. En cuarto lugar, la lógica dialéctica enseña que "la verdad abstracta no existe, la verdad es siempre

concreta", como le gustaba decir, después de Hegel, al difunto Plejánov. (Entre paréntesis, creo oportuno señalar para los jóvenes miembros del partido que *no se puede* ser un comunista consciente, *de verdad,* sin estudiar -precisamente *estudiar*- todo lo que escribió Plejánov sobre filosofía, pues es lo mejor de toda la literatura internacional del marxismo*.)

Con esto, como es natural, no he agotado el concepto de la lógica dialéctica. Mas, por ahora, basta con lo dicho. Podemos pasar del vaso a los sindicatos y a la plataforma de Trotski.

"De un lado, escuela; de otro, aparato", dice y escribe Bujarin en sus tesis. El error de Trotski consiste en que "no defiende en grado suficiente el aspecto de escuela"... Zinóviev se queda corto en cuanto al "aspecto" de aparato.

¿Por qué este razonamiento de Bujarin es eclecticismo inerte y vacío? Porque Bujarin no hace el menor intento de analizar por sí mismo, desde su punto de vista, ni la historia íntegra de la presente discusión (el marxismo, *o sea,* la lógica dialéctica, lo exige absolutamente) ni todo el enfoque de la cuestión, todo su planteamiento -o, si queréis, toda la orientación del planteamiento- en el momento actual, en las actuales circunstancias concretas. ¡Bujarin no revela la menor intención de hacerlo! Lo aborda sin el menor estudio concreto, con puras abstracciones, y toma un trocito de Zinóviev y otro de Trotski. Y eso es precisamente eclecticismo.

Pondré un ejemplo para que la explicación sea más clara. No conozco absolutamente nada de los insurgentes y los revolucionarios del Sur de China (excepto dos o tres artículos de Sun Yat-sen y algunos libros y artículos de periódicos que leí hace muchos años). Puesto que allí se producen insurrecciones, es probable que haya también discusiones entre el chino Nº 1, el cual dice que la insurrección es producto de la lucha de clases más enconada que ha abarcado a toda la nación, y el chino Nº 2, el cual afirma que la insurrección es un arte. Sin saber nada más, puedo escribir tesis como las de Bujarin: "de un lado... de otro lado". Uno no ha tenido en cuenta en grado suficiente "el aspecto" de arte; el otro, "el aspecto de enconamiento", etc. Eso será eclecticismo inerte y vacío, pues no hay estudio *concreto* de la discusión *dada,* de la cuestión dada, de su enfoque dado, etc.

Los sindicatos son, de un lado, escuela; de otro, aparato; del tercer lado, una organización de los trabajadores; del cuarto lado, una organización casi exclusivamente de obreros industriales; del quinto lado, una organización por industrias*, etc., etc. En Bujarin no hay ni pizca de argumentación, ni pizca de análisis propio, para demostrar por qué deben tomarse los dos primeros "lados" de la cuestión u objeto, y no el tercero, el cuarto, el quinto, etc. Por eso, las tesis del grupo de Bujarin son pura vacuidad ecléctica. Bujarin plantea mal, de una manera equivocada de raíz, eclécticamente, el problema de la correlación existente entre "escuela" y "aparato".

Para plantear justamente este problema es preciso pasar de las abstracciones hueras a la discusión concreta, es decir, a la discusión actual. Tomad esta discusión como queráis, como surgió en la V Conferencia Sindical de toda Rusia o como la planteó y *orientó* el propio Trotski en su folleto-plataforma el 25 de diciembre, y veréis que *todo* el enfoque de Trotski y toda su orientación son falsos. No ha comprendido que los sindicatos deben y pueden ser enfocados como escuela cuando se enuncia el tema del "tradeunionismo soviético", y cuando se habla en general de propaganda en el terreno de la producción, y cuando se plantea *como* lo hace Trotski el problema del "enlazamiento", de la participación de los sindicatos en la dirección de la producción. Y en este último problema, tal y como se plantea en todo el folleto-plataforma de Trotski, la falsedad reside en no comprender que los sindicatos son *escuela de dirección técnico-administrativa de la producción.* En esta discusión, en la forma en que Trotski ha planteado el problema, los sindicatos no son "de un lado, escuela; de otro, algo distinto"; *de todos los lados, los sindicatos son escuela,* escuela de unidad, escuela de solidaridad, escuela de defensa de sus intereses escuela de administración, escuela de gobierno. En vez de comprender y corregir este error cardinal del camarada Trotski, el camarada Bujarin ha hecho una enmienda pequeña y ridícula: "de un lado, de otro lado".

Abordemos de manera más concreta la cuestión. Veamos qué son los sindicatos actuales como "aparato" de dirección de la producción. Hemos visto que, según datos incompletos, alrededor de 900 obreros -miembros y delegados de los sindicatos- dirigen la producción. Decuplicad este número, centuplicadlo, si queréis; admitamos incluso, para haceros una concesión y explicaros vuestro error cardinal, un "avance" increíblemente rápido dentro

* A propósito, no se puede por menos de desear, primero, que la edición de las obras de Plejánov que está viendo la luz ahora incluya todos los artículos de filosofía en un volumen o volúmenes especiales con detalladísimo índice, etc., pues deben figurar entre los manuales obligatorios de comunismo. Segundo, el Estado obrero, a mi juicio, debe exigir a los profesores de filosofía que conozcan la exposición que hizo Plejánov de la filosofía marxista y sepan transmitir esos conocimientos a los estudiantes. Pero esto es ya apartarse de "la propaganda" para caer en los métodos de "ordeno y mando".

* Dicho sea de pasada, Trotski incurre también en este caso en un error. Cree que sindicato de industria significa sindicato que debe dominar la producción. Esto es falso. Sindicato de industria significa que organiza a los obreros por industrias, cosa inevitable dado el nivel actual (tanto en Rusia como en el mundo entero) de la técnica y la cultura.

de poco tiempo; aun así, resultará que los obreros *que administran* directamente representan una parte insignificante de la masa general de seis millones de afiliados a los sindicatos. Y eso muestra con mayor claridad aún que fijar toda la atención en "la capa dirigente", como hace Trotski, hablar del papel de los sindicatos en la producción y de la dirección de la producción, sin tener en cuenta que el 98 1/2 % *aprenden* (6.000.000-90.000=5.910.000=98 1/2 % de la suma) *y deberán aprender durante largo tiempo,* significa cometer un error cardinal. Los sindicatos no son escuela *y* administración, sino *escuela de administración.*

Al discutir con Zinóviev el 30 de diciembre y acusarle, de manera completamente infundada e injusta, de que niega "el designacionismo", es decir, el derecho y la obligación del CC de designar, al camarada Trotski se le escapó sin querer una contraposición peculiar en extremo:

"... Zinóviev -dijo- enfoca de una manera demasiado propagandística toda cuestión práctica y eficiente, olvidándose de que no se trata sólo de material para la agitación, sino de una cuestión que debe ser resuelta por vía administrativa" (pág. 27).

Ahora explicaré con detalle cuál *podría* ser el enfoque administrativo de esta cuestión. Pero el error cardinal del camarada Trotski consiste precisamente en que ha enfocado *las cuestiones* (mejor dicho, se ha lanzado sobre ellas), planteadas por él mismo en su folleto-plataforma, como un *administrador,* en tanto que podía y debía haberlas abordado *sólo como propagandista.*

En efecto. ¿Qué tiene de bueno Trotski? Es buena y útil, sin duda alguna, *la propaganda en el terreno de la producción,* no en sus tesis, sino en sus *discursos* (sobre todo cuando olvida su desafortunada polémica con el ala pretendidamente "conservadora" de los dirigentes sindicales). Con una labor "administrativa" práctica en la comisión sindical, con sus intervenciones orales y escritas como participante y funcionario de la Oficina de Propaganda de la Producción, el camarada Trotski reportaría indudablemente (e indudablemente reportará) no poco provecho a la causa. El error está en las "tesis-plataforma". En ellas resalta, como hilo de engarce, el enfoque que un administrador hace de "la crisis" en la organización sindical, de "las dos tendencias" en los sindicatos, de la interpretación del Programa del PCR, del "tradeunionismo soviético", de "la instrucción en el terreno de la producción" y del "enlazamiento". Acabo de citar todos los temas principales de "la plataforma" de Trotski; y el enfoque acertado precisamente de estos temas en el momento actual, con el material de que dispone Trotski, sólo puede ser propagandístico.

El Estado es la esfera de la coerción. Sería una locura renunciar a la coerción, sobre todo en la época de la dictadura del proletariado. La "administración" y el enfoque de administrador son, en este caso, imprescindibles. El partido es la vanguardia del proletariado, vanguardia que ejerce directamente el poder; el partido es el dirigente. El medio específico de influencia, el medio de depuración y temple de la vanguardia, es la expulsión del partido, y no la coerción. Los sindicatos son una fuente de poder estatal, una escuela de comunismo, una escuela de administración. En este terreno, lo específico y principal *no* es la administración, *sino "la ligazón" "entre* la administración central" (y la local también, naturalmente) "del Estado, la economía nacional y *las grandes masas* trabajadoras" (como se dice en el programa de nuestro partido, § 5 de la parte económica, dedicada a los sindicatos).

En todo el folleto-plataforma de Trotski sobresale el planteamiento equivocado de este problema, la incomprensión de esa correlación.

Imaginaos que Trotski concibiese el decantado "enlazamiento" en conexión con los demás temas de su plataforma, enfocando toda la cuestión desde otro lado. Imaginaos que su folleto estuviese dedicado íntegramente a investigar con detalle, por ejemplo, noventa de novecientos casos de "enlazamiento", de desempeño simultáneo de cargos de dirección de la industria en el Consejo Superior de Economía Nacional y de cargos electivos en representación de los sindicatos, casos de simultaneidad de cargos ocupados por afiliados a los sindicatos y funcionarios permanentes del movimiento sindical. Imaginaos que estos noventa casos fuesen analizados a la par con los datos de una investigación estadística selectiva, a la par con los informes y resúmenes de revisores e instructores de la Rabkrín* y de los respectivos Comisariados del Pueblo; es decir, analizados según los datos de las instituciones administradoras, analizados desde el punto de vista de los resúmenes y resultados del trabajo, de los éxitos de la producción, etc. Semejante enfoque de la cuestión sería un enfoque administrativo acertado y justificaría plenamente la línea de "sacudir", o sea, de fijar la atención en qué personas deben ser destituidas, trasladadas o designadas y en qué exigencias deben presentarse ahora mismo a "la capa dirigente". Si Bujarin dijo en su discurso de Petrogrado del 3 de enero, editado por los "cectranistas", que Trotski sustentaba antes el punto de vista de "sacudir" los sindicatos y ahora ha renunciado a él, incurre también en un eclecticismo risible en la práctica y absolutamente inadmisible en la teoría para un marxista. Bujarín toma la cuestión en abstracto, no sabiendo (o no queriendo) enfocarla de una manera concreta. Mientras nosotros, el CC del partido y todo el partido, administremos, es decir, gobernemos el Estado, jamás renunciaremos ni podremos renunciar a "sacudir", o sea, a destituir, trasladar, designar,

* Inspección Obrera y Campesina. *(N. de la Edit.)*

despedir, etc. Pero en el folleto-plataforma de Trotski no se toma ni mucho menos el material debido, no se plantea en modo alguno "una cuestión práctica y útil". La cuestión que discutieron Zinóviev y Trotski, que discutimos Bujarin y yo, que discute todo el partido, no es "una cuestión práctica y útil", sino la cuestión de las *"tendencias* en el movimiento sindical" (final de la tesis 4 de Trotski).

Es, en el fondo, una cuestión política. Corregir el error de Trotski con pequeñas enmiendas y adiciones eclécticas, como quiere Bujarin (henchido, por supuesto, de los más humanos sentimientos e intenciones), es, por la esencia misma del asunto -del "asunto" dado, concreto-, imposible.

La solución en este caso sólo puede ser una y nada más que una.

Resolver acertadamente la cuestión política de "las tendencias en el movimiento sindical", de la correlación de las clases, de la correlación de la política y la economía, de los papeles específicos del Estado, del partido y de los sindicatos como "escuela" y aparato, etc. Eso, primero.

Segundo. Sobre la base de una solución política acertada, llevar a cabo -mejor dicho, efectuar cada día- una propaganda prolongada, sistemática, tenaz, paciente, polifacética y reiterada en el terreno de la producción; efectuarla a escala de todo el Estado, en nombre y bajo la dirección de una entidad estatal.

Tercero. No confundir "las cuestiones prácticas y útiles" con las polémicas en torno a las tendencias, las cuales (las polémicas) son patrimonio lógico de "la parlería general del partido" y de las discusiones amplias, sino plantearlas con sentido práctico, en comisiones prácticas, interrogando a testigos, estudiando informes, resúmenes y estadísticas; sobre la base de todo esto -sólo sobre la base de todo esto, sólo con tales condiciones-, "sacudir" únicamente por decisión del correspondiente organismo del Estado o del partido, o de ambos organismos.

Pero a Trotski y Bujarin les ha resultado una mezcolanza de errores políticos en el enfoque, de ruptura de la conexión transmisora y de las correas de transmisión en medio, así como de acometida o embestida infructuosa, marchando en vano y de vacío, contra "la administración". La raíz "teórica" del error -puesto que Bujarin ha planteado con su "vaso" la cuestión de la raíz teórica- es clara. El error teórico en este caso, gnoseológico -de Bujarin consiste en que ha suplantado la dialéctica con el eclecticismo. Al plantear el problema eclécticamente, Bujarin se ha embrollado por completo y ha llegado a caer en el sindicalismo. El error de Trotski está en la unilateralidad, el apasionamiento, la exageración y la tozudez. La plataforma de Trotski consiste en que el vaso es un recipiente que sirve para beber, pero ha resultado que el vaso en cuestión no tiene fondo.

Conclusión.

Sólo me queda referirme brevemente a algunos puntos, cuyo silenciamiento podría dar lugar a falsas interpretaciones.

En la tesis 6 de su "plataforma", el camarada Trotski ha reproducido el § 5 de la parte económica del Programa del PCR, que trata de los sindicatos. Dos páginas más adelante, en la tesis 8, el camarada Trotski declara:

"... Al perder su vieja base de existencia, la lucha de clases económica, los sindicatos"... -(esto es falso, es una exageración precipitada: los sindicatos han perdido una base como la lucha *de clases* económica, pero están muy lejos aún de haber perdido y, por desgracia, no podrán perder todavía durante muchos años una base como "la lucha económica" *no de clases,* en el sentido de lucha contra las deformaciones burocráticas del mecanismo de los Soviets, en el sentido de defensa de los intereses materiales y espirituales de las masas trabajadoras por vías y con medios que no están al alcance de este aparato, etc.)...- "los sindicatos, en virtud de una serie de condiciones, no han tenido tiempo de agrupar en sus filas las fuerzas necesarias ni de elaborar los métodos indispensables para poder cumplir la nueva tarea que les ha planteado la revolución proletaria y que formula nuestro programa: *organizar la producción"* (la cursiva es de Trotski, pág. 9, tesis 8).

Esta es otra exageración precipitada, que encierra el germen de un gran error. El programa no contiene esa fórmula ni señala a los sindicatos la tarea de "organizar la producción". Sigamos paso a paso cada idea, cada postulado del programa de nuestro partido en el orden en que figuran en él:

(1) "El aparato organizador" (no cualquiera) "de la industria socializada debe apoyarse en primer término" (y no exclusivamente) "en los sindicatos", (2) "Los sindicatos deben desembarazarse cada día más de la estrechez gremial" (¿cómo desembarazarse?: bajo la dirección del partido y en el curso de la influencia educativa, y de cualquier otro género, del proletariado sobre la masa trabajadora no proletaria) "y transformarse en grandes agrupaciones de producción que abarquen a la mayoría y, paulatinamente, a todos los trabajadores de la rama correspondiente de la producción..."

Esta es la primera parte del apartado que se dedica a los sindicatos en el programa del partido. Como veis, esta parte señala en el acto unas "condiciones" muy *"rigurosas"* y que requieren una labor muy prolongada en lo sucesivo. Y a continuación dice lo siguiente:

"...Siendo ya, de acuerdo con las leyes de la República Soviética y con la práctica establecida, participantes..." (la palabra, como veis, es muy prudente: sólo participantes) "... en todos los organismos locales y centrales de administración de la industria, los sindicatos deben llegar a concentrar de hecho en sus manos toda la dirección de la

economía nacional como un todo único económico..." (advertid: deben llegar a concentrar de hecho la dirección, no de ramas de la industria ni de la industria en su totalidad, sino de la economía nacional y, además, como un todo único económico: esta condición, como condición económica, podrá considerarse cumplida de verdad no antes de que los pequeños productores, tanto en la industria como en la agricultura, representen menos de la mitad de la población y de la economía nacional)... "Asegurando de este modo"... (precisamente "de este modo", que hace realidad paulatinamente todas las condiciones antes mencionadas)... "la ligazón indestructible entre la administración central del Estado, la economía nacional y las grandes masas trabajadoras, los sindicatos deberán incorporar con la mayor amplitud a las últimas"... (es decir, a las masas, o sea, a la mayoría de la población)... "a la gestión económica directa. La participación de los sindicatos en la gestión económica y la incorporación por ellos de las grandes masas a esta gestión es al mismo tiempo, el medio principal de lucha contra la burocratización del aparato económico del Poder soviético y permite establecer un control verdaderamente popular de los resultados de la producción".

Así pues, en la última frase vemos de nuevo unas palabras muy prudentes: "participación en la gestión económica"; vemos de nuevo la indicación de incorporar a las grandes masas como medio principal (pero no único) de lucha contra el burocratismo; y, finalmente, una indicación prudentísima: *"permite"* establecer *"un control popular",* es decir, obrero y campesino y no sólo proletario, ni mucho menos.

Resumir todo eso como si el programa de nuestro partido "formulase" a los sindicatos la tarea de "organizar la producción" es, evidentemente, erróneo. Y si se insiste en este error y se le incluye en unas tesis-plataforma, lo único que puede resultar de ello es una desviación anticomunista, sindicalista.

A propósito. El camarada Trotski dice en sus tesis que "durante el último período no nos hemos acercado al objetivo señalado en el programa, sino que nos hemos alejado de él" (pág. 7, tesis 6). Semejante afirmación carece de fundamento y, a mi juicio, es errónea. No se puede demostrar, como ha pretendido Trotski en las discusiones, diciendo que los sindicatos "mismos" reconocen el hecho. Para el partido, esto no es la última instancia. Y, en general, se puede demostrar sólo estudiando objetivamente y con la mayor seriedad gran cantidad de hechos. Esto, en primer lugar. Y, en segundo lugar, aun en el caso de que se demostrara eso, seguiría en pie la cuestión: ¿por qué nos hemos alejado? ¿Porque "muchos dirigentes sindicales" "rechazan las nuevas tareas y métodos", como piensa Trotski, o porque "nosotros" "no hemos tenido tiempo de agrupar en nuestras filas las fuerzas necesarias ni de elaborar los métodos indispensables para" cortar y corregir algunos extremismos de burocratísmo, innecesarios y nocivos?

Será oportuno, a este respecto, referirse al reproche que nos hizo el camarada Bujarin el 30 de diciembre (y que Trotski repitió ayer, 24 de enero, durante nuestra discusión en el grupo comunista del II Congreso de Mineros[160]), a saber: el reproche de "haber renunciado a la línea que señaló el IX Congreso del partido" (pág. 46 del acta de la discusión del 30 de diciembre). Según él, Lenin propugnó en el IX Congreso la militarización del trabajo y se burló de las invocaciones a la democracia, y ahora "se retracta" de ello. En su discurso de resumen del 30 de diciembre, el camarada Trotski aderezó ese reproche, valga la expresión, con una pimienta especial: "Lenin tiene en cuenta el hecho de que en los sindicatos se está produciendo... un agrupamiento de camaradas con espíritu oposicionista" (pág. 65); Lenin enfoca "desde el punto de vista diplomático" (pág. 69); "zigzags dentro de los grupos del partido" (pág. 70), etc. Semejante exposición del asunto por el camarada Trotski es, naturalmente, muy halagüeña para él y peor que nada halagüeña para mí. Pero veamos los hechos.

En la misma discusión del 30 de diciembre, Trotski y Krestinski establecieron el hecho de que "el camarada Preobrazhenski planteó ya en julio (de 1920) en el CC que debíamos pasar a raíles nuevos en lo que concierne a la vida interna de nuestras organizaciones obreras" (pág. 25). En agosto, el camarada Zinóviev escribió el proyecto de carta, y el CC aprobó *la carta del* CC acerca de la lucha contra el burocratismo y la ampliación de la democracia. En septiembre, la cuestión fue discutida en la Conferencia del partido y el CC ratificó el acuerdo de ésta. En diciembre, la lucha contra el burocratismo se planteó en el VIII Congreso de los Soviets. Por consiguiente, todo el CC, todo el partido y toda la República obrera y campesina han reconocido la necesidad de poner sobre el tapete el problema del burocratismo y de la lucha contra él. ¿Dimana de ahí una "retractación" del IX Congreso del partido? No. En eso no hay retractación alguna. Los acuerdos sobre la militarización del trabajo, etc., son indiscutibles y no tengo la menor necesidad de retractarme de mis burlas acerca de las invocaciones a la democracia por parte de quienes combatían esos acuerdos. De ahí se deduce únicamente que ampliaremos la democracia en las organizaciones obreras, sin hacer de ella, ni mucho menos, un fetiche; que dedicaremos suma atención a la lucha contra el burocratismo; que corregiremos con singular meticulosidad todo extremismo innecesario y nocivo de burocratismo, quienquiera que lo señale.

Haré una observación más, la última, acerca de la pequeña cuestión del sistema de trabajo de choque y del igualitarismo. En la discusión del 30 de

diciembre dije que la fórmula de la tesis 41 del camarada Trotski sobre este punto era falsa teóricamente, pues resultaba igualitarismo en el consumo y trabajo de choque en la producción. El sistema de trabajo de choque implica una preferencia, respondí yo, pero la preferencia sin consumo no es nada. El camarada Trotski me reprocha eso y me acusa de ser "extraordinariamente olvidadizo" y de "aterrorizar" (págs. 67 y 68), y me maravillo aún de que no me acuse de zigzags, de diplomacia, etc. El, Trotski, ha hecho "concesiones" a favor de mi línea igualitaria, y yo, en cambio, ataco a Trotski.

En realidad, el lector que se interesa por los asuntos del partido dispone de documentos exactos de éste: la resolución de noviembre del Pleno del CC, punto 4, y las tesis-plataforma de Trotski, tesis 41. Por muy "olvidadizo" que yo sea y por muy buena memoria que tenga el camarada Trotski, es un hecho que la tesis 41 contiene un error teórico que no figura en la resolución del CC del 9 de noviembre. Esta resolución dice: "Al reconocer la necesidad de conservar el principio del trabajo de choque en la aplicación del plan económico, el CC, completamente solidario con la resolución de la última Conferencia de toda Rusia (o sea, la de septiembre), considera necesario pasar paulatinamente, pero con firmeza, al igualitarismo en la situación de los distintos grupos de obreros y de los sindicatos respectivos, fortaleciendo sin cesar la organización de todos los sindicatos". Está claro que eso va dirigido contra el Cectrán y que es imposible interpretar de otra manera el sentido exacto de dicha resolución. El sistema de trabajo de choque no se anula. Subsiste la preferencia concedida (en el cumplimiento del plan económico) a la empresa, el sindicato, el trust y el departamento de choque; pero, al mismo tiempo, "la línea igualitaria", que no defendió "el camarada Lenin", *sino que aprobaron la Conferencia del partido y el CC, es decir, todo el partido,* exige con claridad: *pasar* al igualitarismo de manera paulatina, pero con firmeza. Que el Cectrán no ha cumplido esta resolución de noviembre del CC se ve por el acuerdo de diciembre del CC (adoptado a instancias de Trotski y Bujarin), en el que se recuerdan de nuevo "los principios de la democracia normal". El error teórico de la tesis 41 consiste en que en ella se dice: en la esfera del consumo, igualitarismo; en la esfera de la producción, sistema de trabajo de choque. Esto es absurdo desde el punto de vista económico, pues implica un divorcio entre el consumo y la producción. Yo no dije ni pude decir nada semejante. Si una fábrica es innecesaria, debe cerrarse. Hay que cerrar todas las fábricas que no sean absolutamente necesarias. Y entre las absolutamente necesarias, hay que dar preferencia a las que sean de choque. Por ejemplo, hay que dar preferencia al transporte. Eso es indiscutible. Pero que esa preferencia no sea excesiva, y como el Cectrán la tuvo en exceso, la directriz *del partido* (y no de Lenin) es: *pasar paulatinamente,* pero con firmeza, al igualitarismo. Si después de la sesión plenaria de noviembre, que adoptó un acuerdo exacto y teóricamente acertado, Trotski publica un folleto fraccional acerca de "las dos tendencias" y en la tesis 41 propone su fórmula, que es errónea desde el punto de vista económico, que se culpe a sí mismo.

* * *

Hoy, 25 de enero, se cumple justamente un mes de la intervención fraccional del camarada Trotski. Ahora se ve ya con extraordinaria claridad que el partido fue apartado con esa intervención -inconveniente por la forma y errónea por el contenido- de la labor eficiente práctica, económica, de producción; fue apartado para corregir errores políticos y teóricos. Pero no en vano dice un viejo refrán: "no hay mal que por bien no venga".

Según rumores, se han dicho cosas monstruosas de las discrepancias en el seno del CC. Alrededor de la oposición se han cobijado (y se cobijan, sin duda alguna) mencheviques y eseristas, que hinchan los rumores, proponen fórmulas inauditamente ruines e inventan patrañas con el fin de, sin reparar en medios, denigrar, dar una interpretación abyecta, exacerbar los conflictos y echar a perder la labor del partido. Es el método político de la burguesía, incluidos los demócratas pequeñoburgueses, los mencheviques y eseristas, que se consumen de rabia furiosa contra los bolcheviques y no pueden dejar de consumirse por causas harto comprensibles. Todo miembro consciente del partido conoce este método político de la burguesía y sabe lo que vale.

Las discrepancias en el seno del CC nos han obligado a recurrir al partido. La discusión ha mostrado con toda claridad la esencia y la medida de esas discrepancias. Se ha puesto fin a los rumores y a las calumnias. El partido aprende y se templa en la lucha contra la nueva enfermedad (nueva en el sentido de que nos habíamos olvidado de ella después de la Revolución de Octubre), contra el fraccionismo. En el fondo, se trata de una vieja dolencia, cuyas recidivas serán, probablemente, inevitables durante varios años, pero cuya curación puede y debe ser ahora mucho más rápida y fácil.

El partido aprende a no exagerar las discrepancias. Será oportuno repetir aquí las acertadas observaciones que hizo el camarada Trotski refiriéndose al camarada Tomski: "En la polémica más enconada con el camarada Tomski he dicho siempre que, para mí, está completamente claro que en los sindicatos sólo pueden ser dirigentes nuestros personas con la experiencia y el prestigio que posee el camarada Tomski. Eso lo dije en el grupo de la V Conferencia Sindical y lo he repetido hace unos días en el Teatro de Zimín. La lucha ideológica en el partido no significa repulsión recíproca, sino influencia mutua" (pág. 34 del acta de la discusión

del 30 de diciembre). Por supuesto, el partido aplicará también al camarada Trotski este acertado razonamiento.

Durante la discusión, la desviación sindicalista se ha manifestado, sobre todo, en el camarada Shliápnikov y en su grupo, la llamada "oposición obrera". Como se trata de una desviación evidente que se aleja del partido, del comunismo, habrá que tenerla en cuenta especialmente, habrá que hablar de ella especialmente, habrá que dedicar singular atención a propagar y explicar el carácter erróneo de esas concepciones y el peligro que representa ese error. El camarada Bujarin, que ha llegado al extremo de pronunciar la frase sindicalista de "candidaturas obligatorias" (de los sindicatos o los organismos administrativos), se defiende hoy en *Pravda* con muy poca fortuna y evidente desacierto. ¡Dice que habla del papel del partido en otros puntos! ¡No faltaría más! De lo contrario, eso sería abandonar el partido. De lo contrario, eso dejaría de ser sólo *un error* que requiere corrección y admite fácil corrección. Si se habla de "candidaturas obligatorias" y no se añade a renglón seguido que son obligatorias *no* para el partido, eso será una desviación sindicalista, eso será incompatible con el comunismo, será incompatible con el Programa del PCR. Si se añade: "obligatorias *no* para el partido", eso será engañar a las masas obreras sin partido con el fantasma de cierto aumento de sus derechos, mientras que, de hecho, no se operará el menor cambio en comparación con lo que tenemos hoy. Cuanto más defienda el camarada Bujarin su desviación del comunismo, desviación evidentemente errónea en teoría y engañosa en política, tanto más deplorables serán los frutos de su obstinación. Pero no se conseguirá defender lo indefendible. El partido no está en contra de toda ampliación de los derechos de los obreros sin partido, pero basta con reflexionar un poco para comprender por qué camino se puede ir y qué camino no se puede seguir en ese caso.

Durante la discusión en el grupo comunista del II Congreso de Mineros de toda Rusia, la plataforma de Shliápnikov fracasó, a pesar de haberla defendido el camarada Kiseliov, que goza de singular prestigio en este sindicato: nuestra plataforma reunió 137 votos; la de Shliápnikov, 62, y la de Trotski, 8. La desviación sindicalista debe ser curada y será curada.

En un mes, tanto Petrogrado como Moscú y una serie de ciudades de provincias han probado ya que el partido ha respondido a la discusión y ha rechazado por inmensa mayoría la línea errónea del camarada Trotski. Si en "las altas esferas" y en "la periferia", en los comités y en las instituciones, ha habido, sin duda, vacilaciones, la masa de miembros de base del partido, la masa obrera del partido, se ha pronunciado por mayoría, por una mayoría precisamente aplastante, contra esa línea errónea.

El camarada Kámenev me ha comunicado que en la discusión sostenida el 23 de enero en el distrito de Zamoskvorechie, de la ciudad de Moscú, el camarada Trotski ha declarado que retira su plataforma y se une con el grupo de Bujarin sobre la base de una nueva plataforma. Lamento no haber oído, ni el 23 ni el 24 de enero, una sola palabra de eso al camarada Trotski, que ha hablado contra mí en el grupo comunista del Congreso de Mineros. Ignoro si han vuelto a cambiar los propósitos y las plataformas del camarada Trotski o si la cosa se explica de alguna otra manera. Pero, en todo caso, la declaración del camarada Trotski del 23 de enero prueba que el partido, sin haber tenido tiempo siquiera de movilizar todas sus fuerzas, habiendo llegado a expresar únicamente las opiniones de Petrogrado, de Moscú y de la minoría de las capitales de provincia, a pesar de todo, ha corregido en el acto, con firmeza, energía, rapidez e inflexibilidad el error del camarada Trotski.

Los enemigos del partido han cantado victoria en vano. No han podido ni podrán aprovechar las discrepancias, a veces inevitables en el seno del partido, en perjuicio de éste y de la dictadura del proletariado en Rusia.

25 de enero de 1921.

Publicado los días 25 y 26 de enero de 1921, en un folleto editado por la Sección de Prensa del Soviet de diputados obreros, campesinos y soldados rojos de Moscú.
T. 42, págs. 264-304.

LA LABOR DEL COMISARIADO DEL PUEBLO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

En el número 25 de *Pravda,* correspondiente al 5 de febrero, se han publicado las *"Directrices* del CC del PCR a los comunistas que trabajan en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública (con motivo de la reorganización del Comisariado)".

Lamentablemente, en el primer punto se ha repetido tres veces una errata que tergiversa el sentido: en vez de enseñanza "politécnica", se ha escrito ¡¡política!!

Quisiera llamar la atención de los camaradas acerca de estas directrices y suscitar un intercambio de opiniones sobre algunos puntos de singular importancia.

En diciembre de 1920 se celebró una conferencia del partido dedicada a los problemas de la instrucción pública. Duró cinco días y participaron en ella 134 delegados con voz y voto y 29 sólo con voz. Se ha informado de esta conferencia en el *Suplemento del Boletín del VIII Congreso de los Soviets, dedicado a la conferencia del partido sobre los problemas de la instrucción pública* (edición del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, 10 de enero de 1921). Las resoluciones de la conferencia, la información sobre ella y todos los artículos publicados en el citado *Suplemento del Boletín* -excepto el artículo de introducción del camarada Lunacharski y el del camarada Grinkó- muestran que el problema de la enseñanza politécnica ha sido planteado erróneamente, revelan el defecto contra el que las directrices del CC llamaban a centrar "la atención principal" al Comisario del Pueblo y al Colegio, a saber: "la afición" a las consideraciones generales y a las consignas abstractas.

El problema de la enseñanza politécnica ha sido resuelto, en lo fundamental, por el programa de nuestro partido, en los §§ 1 y 8 del apartado dedicado a la instrucción pública. Las directrices del CC se remiten precisamente a estos puntos del programa. El § 1 habla de *la enseñanza politécnica* hasta los 17 años, y el § 8, de "desarrollar ampliamente la enseñanza profesional para las personas mayores de 17 años *en ligazón con los conocimientos politécnicos generales".*

Así pues, el programa del partido plantea la cuestión con toda claridad. Las consideraciones acerca de "la enseñanza *politécnica o monotécnica"* (¡en la pág. 4 del citado *Suplemento del Boletín* encontramos precisamente, en toda su monstruosa absurdidad, estas palabras entrecomilladas y subrayadas por mí!) son erróneas por completo, intolerables en absoluto en un comunista, y muestran el desconocimiento del programa y la más huera "afición" a las consignas abstractas. Si nos vemos obligados a reducir *temporalmente* de 17 a 15 años la edad (para pasar de la enseñanza politécnica general a la enseñanza politécnica profesional), *"el partido debe considerar"* esta reducción "exclusivamente" (punto 1 de las directrices del CC) como una necesidad práctica, como una medida temporal originada *"por la miseria y la ruina del país".*

Las consideraciones generales con esfuerzos tendentes a "justificar" semejante reducción de la edad son pura estupidez. ¡Basta ya de jugar a las consideraciones generales y a las supuestas teorizaciones! Hay que trasladar el centro de gravedad del trabajo al "registro y control de la experiencia *práctica",* al *"aprovechamiento* sistemático *de las enseñanzas* de esta experiencia".

Por pocas que sean las personas inteligentes, competentes y con experiencia pedagógica *práctica* que tengamos, es indudable, pese a todo, que tenemos algunas. Padecemos de la incapacidad de encontrarlas, de colocarlas en puestos de dirección adecuados y de *estudiar,* junto con ellas, la experiencia práctica de organización soviética. Eso es precisamente lo que no se vio en la conferencia del partido celebrada en diciembre de 1920, y si no se vio en una conferencia de 163 -¡de ciento sesenta y tres!- dirigentes de la instrucción pública, está fuera de toda duda que debe existir un defecto general, cardinal, en la organización de esta labor, un defecto que ha hecho necesarias unas directrices especiales del CC del partido,

En el Comisariado de Instrucción Pública hay dos camaradas -y sólo dos- con tareas de una naturaleza excepcional. Son el Comisario del Pueblo, camarada Lunacharski, que ejerce la dirección general, y el Vicecomisario, camarada Pokrovski, que dirige, primero, como Vicecomisario del Pueblo y, segundo,

como consejero (y dirigente) obligatorio en problemas científicos y en cuestiones del marxismo en general. Todo el partido, que conoce bien al camarada Lunacharski y al camarada Pokrovski, no duda, como es natural, de que ambos son, en este aspecto, algo así como "especialistas" dentro del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Para todos los demás trabajadores del comisariado no puede existir semejante *"especialización".* Su "especialidad" debe consistir en saber poner orden en la incorporación a la obra de pedagogos especialistas, en organizar debidamente su trabajo y en aplicar de manera sistemática las enseñanzas de la experiencia práctica. De eso hablan las directrices del CC en el § 2 y en el § 3 y en el § 5.

La conferencia de funcionarios del partido debió escuchar informes de especialistas, de pedagogos con diez años de experiencia práctica, que podrían habernos dicho a todos qué se ha hecho y qué se hace en un terreno determinado, por ejemplo, en la enseñanza profesional; de qué manera cumple esta tarea la organización soviética; qué se ha logrado de bueno y cuáles son los ejemplos de eso bueno (tales ejemplos existen, probablemente, aunque en número muy pequeño); cuáles han sido las manifestaciones concretas de los defectos principales y cómo pueden corregirse.

En la conferencia de funcionarios del partido *no* se ha tenido en cuenta esa experiencia *práctica,* no han expuesto su opinión los pedagogos que han aplicado esa experiencia de tal o cual manera; pero se han hecho esfuerzos desafortunados' de "consideraciones generales" y de valoración de "consignas abstractas". Es necesario que todo el partido y todo el personal del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública' tomen conciencia de este defecto y traten de corregirlo conjuntamente. Es preciso que los trabajadores locales intercambien experiencias en este terreno y ayuden al partido a destacar las provincias, los distritos rurales o urbanos, o establecimientos docentes ejemplares, o pedagogos modelo, que hayan conseguido buenos resultados a escala relativamente reducida, local o especial. Basándonos en estos logros, comprobados ya en la práctica, debemos avanzar y -después de la debida verificación- ampliar esa experiencia local a toda Rusia, promoviendo a los pedagogos de talento, o simplemente capaces, a cargos de mayor responsabilidad, con un campo de acción más amplio, etc.

Los éxitos de la labor de un comunista que trabaja en el ámbito (y en las instituciones) de la instrucción pública deben ser medidos, en primer término, por el acierto con que organiza la incorporación de especialistas, por sus aptitudes para encontrarlos y utilizarlos, por su habilidad para asegurar la colaboración del pedagogo especialista y del dirigente comunista y para comprobar qué *se hace* y en qué medida; por su capacidad de avanzar, aunque sea muy lentamente, en proporciones archimodestas, mas siempre sobre una base *práctica,* sobre la base de la experiencia *práctica.* Pero no conseguiremos nada si en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública siguen existiendo una abundancia de pretendientes a la "dirección comunista" y un vacío en el terreno práctico, escasez o ausencia total de especialistas prácticos, incapacidad de promoverlos, escucharlos y tomar en consideración su experiencia. El dirigente comunista tiene un solo medio de demostrar su derecho a dirigir: *encontrar* entre los pedagogos con experiencia *muchos* auxiliares, cada día más, que colaboren con él; *saber ayudarles* a trabajar, *promoverlos,* mostrar *su* experiencia y tenerla presente.

En *este* sentido, nuestro lema indefectible debe ser: *menos* "dirección" y más labor práctica; es decir, menos consideraciones generales y más hechos, más hechos comprobados que demuestren en qué terreno avanzamos, en qué condiciones y hasta qué punto, o si nos hemos estancado o retrocedemos. El verdadero dirigente comunista es el que corrige los programas de estudio elaborados por pedagogos prácticos, prepara un buen libro de texto, logra una mejoría aunque sea insignificante, pero *realizable en la práctica,* en el contenido de la labor y en las condiciones de trabajo de *diez, cien o mil* especialistas en pedagogía. En cambio, no vale para nada el comunista que *habla* de "dirección" *y no sabe* incorporar especialistas a la labor práctica, no sabe conseguir que tengan éxito en *su* trabajo práctico y utilizar la experiencia práctica de cientos y cientos de maestros.

Para convencerse de que toda la labor del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública adolece, principalmente, del defecto señalado basta con hojear un folleto muy bien escrito: *El Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública.* 1917 *–octubre- 1920. Breve informe.* Así lo reconoce el camarada Lunacharski al hablar en el prefacio (pág. 5) de "la falta evidente de espíritu práctico". Pero será necesario aún trabajar tenazmente, y no poco, para que comprendan esto todos los comunistas del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública y para que logren llevar a la práctica de manera efectiva estas verdades comprendidas. El folleto mencionado demuestra que conocemos poco los hechos, demasiado poco; no sabemos reunirlos; no sabemos medir cuántos problemas podemos plantear con la esperanza de resolverlos (teniendo en cuenta nuestro nivel cultural, nuestras costumbres y nuestros medios de comunicación); no sabemos reunir enseñanzas de la experiencia práctica y resumirlas. Nos dedicamos a vanas "consideraciones generales y consignas abstractas", pero no sabemos utilizar a los maestros competentes, en general, y a los ingenieros y agrónomos competentes para la enseñanza técnica,

en particular; no sabemos utilizar para la enseñanza politécnica las fábricas, los sovjóses, las empresas medianamente bien organizadas y las centrales eléctricas.

A pesar de estos defectos, es indudable que la República de los Soviets avanza en el ámbito de la instrucción pública. "De abajo", es decir, de la masa de trabajadores que el capitalismo apartaba de la instrucción -abiertamente, por la violencia, y también por medio de la hipocresía y del engaño- surge un poderoso movimiento ascensional hacia la luz y el saber. Podemos sentirnos orgullosos de que ayudamos a este ascenso y lo servimos. Pero sería un verdadero crimen cerrar los ojos ante los defectos de nuestro trabajo, ante el hecho de que no hemos aprendido todavía a *organizar* bien el mecanismo estatal de educación.

Tomemos también otro problema, la distribución de periódicos y libros, al que está dedicado el último punto, el punto 7, de las directrices del CC.

El 3 de noviembre de 1920 se promulgó el decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo *Sobre la centralización de las bibliotecas* (art. 439 de la *Recopilación de Leyes,* 1920, Nº 87), por el que se creaba *una red única de bibliotecas de lo RSFSR.*

He aquí algunos datos sobre esta cuestión que he conseguido recibir del camarada Malkin, de la Distribuidora Central de Prensa[161], y del camarada Modéstov, de la Sección de Bibliotecas del Departamento de Instrucción Pública de Moscú. En 38 provincias, con 305 distritos rurales, el número de bibliotecas en la Rusia Soviética central (sin Siberia ni Ciscaucasia) era:

Bibliotecas centrales	342
Bibliotecas de distritos urbanos	521
Bibliotecas de subdistritos	4.474
Bibliotecas ambulantes	1.661
Isbas de lectura	14.739
Otras (“rurales, infantiles, de consulta, de diversas instituciones y organizaciones”)	12.203
Total	33.940

El camarada Modéstov supone, basándose en su experiencia, que alrededor de 3/4 de estas bibliotecas existen realmente, mientras que las demás sólo figuran en el papel. En la provincia de Moscú, según datos de la Distribuidora Central de Prensa, hay 1.223 bibliotecas, y según datos del camarada Modéstov, 1.018; de ellas, 204 en la ciudad y 814 en la provincia, sin contar las bibliotecas de los sindicatos (alrededor de 16, probablemente) y las del ejército (unas 125).

Por lo que se puede juzgar comparando los datos de las distintas provincias, la exactitud de estas cifras no es muy grande: ¡esperemos que no resulte en realidad inferior al 75 %! En la provincia de Viatka, por ejemplo, hay 1.703 isbas de lectura; en la de Vladímir, 37; en la de Petrogrado, 98; en la de Ivánovo-Voznesensk, 75, y así sucesivamente. De las "otras" bibliotecas hay 36 en la provincia de Petrogrado, 378 en la de Vorónezh, 525 en la de Ufá, 31 en la de Pskov, etc.

Según parece, estas cifras muestran precisamente que la sed de conocimientos de las masas de obreros y campesinos es inmensa, que el anhelo de instrucción y de creación de bibliotecas es poderoso, "popular" en el verdadero sentido de la palabra. Pero estamos todavía lejos, muy lejos, de saber organizar, ordenar, dar forma y satisfacer adecuadamente este anhelo popular. Habrá que trabajar aún muchísimo y tenazmente para crear una verdadera *red única* de bibliotecas.

¿Cómo distribuimos los periódicos y los libros? Según datos de la Distribuidora Central de Prensa, en 1920 se difundieron 401 millones de ejemplares de periódicos y 14 millones de libros (en 11 meses). He aquí los datos relativos a la difusión de tres periódicos (12-1-1921), establecida por la sección de prensa periódica de la Comisión Central de Distribución y Control[162] (en *miles* de ejemplares):

	Izvestia	*Pravda*	*Biednotá*
Agencias de la Distribuidora Central de Prensa	191	139	183
Oficina militar para los despachos divisionarios de literatura	50	40	85
Organizaciones ferroviarias, secciones ferroviarias de la Distribuidora Central centros de agitación y propaganda	30	25	16
Instituciones y organizaciones de la ciudad de Moscú	65	35	8
Comisariado Militar de la ciudad de Moscú	8	7	6
Colecciones para los trenes de viajeros	1	1	1
Pegadura en las calles y colecciones	5	3	1
Total	350	250	300

Sorprende el pequeñísimo número de ejemplares que se destina a pegar en las calles, es decir, a las masas más amplias. Sorprende el gran número que se envía a las "instituciones" de la capital, etc.: por lo visto, para que los malversen o los utilicen burocráticamente los "bursov"* tanto militares como civiles.

Veamos unas cuantas cifras más de los informes de las subsecciones locales de la Distribuidora Central de Prensa. Durante el mes de septiembre de 1920, la agencia provincial de Vorónezh de la Distribuidora Central de Prensa recibió periódicos 12 veces (es decir, de los 30 días del mes, 18 no llegaron periódicos). Los periódicos recibidos fueron

* "Burócratas soviéticos". *(N. de la Edit.)*

distribuidos como sigue: *Izvestia,* a las agencias de la Distribuidora Central de Prensa: distritales rurales, 4.986 ejemplares (4.020; 4.310)*; distritales urbanas, 7.216 (5.860; 10.064); subdistritales, 3.370 (3.200; 4.285); organizaciones del partido, 447 (569; 3.880); instituciones de los Soviets, 1.765 (1.641; 509). ¡Obsérvese que las instituciones de los Soviets recibieron casi el triple de ejemplares de *Pravda* que las organizaciones del partido! Vienen luego: sección de agitación y educación del Comisariado Militar, 5.532 (5.793; 12.332); centros de agitación y propaganda, 352 (400; 593); isbas de lectura, *cero.* A los suscriptores, 7.167 (3.080; 764). Por consiguiente, los "suscriptores", es decir, de hecho, naturalmente, los "bursov" nadan en la abundancia. Para pegadura, 460 (508; 500). Total, 32.517 (25.104; 37.237).

Durante noviembre de 1920, la provincia de Ufá recibió periódicos 25 días, es decir, no llegaron sólo cinco días. Su distribución fue: organizaciones del partido, 113 (1.572; 153); instituciones de los Soviets, 2.763 (1.296; 1.267); sección de agitación y educación del Comisariado Militar, 687 (470; 6.500); comités ejecutivos de los Soviets subdistritales, 903 (308; 3.511); isbas de lectura, 36 (8 -*¡Pravda 8* ejemplares!-; 2.538); suscriptores, *cero;* "organizaciones distritales diversas", 1.044 (219; 991). Total, 5.841 (4.069; 15.429).

Por último, el informe de la agencia subdistrital de Pustóshenskoe, distrito de Súdogda (provincia de Vladímir), correspondiente a diciembre de 1920. Organizaciones del partido, 1 (1; 2); instituciones de los Soviets, 2 (1; 3); sección de agitación y educación del Comisariado Militar, 2 (1; 2); comités ejecutivos de los Soviets subdistritales, 2 (1; 3); oficinas de Correos y Telégrafos, 1 (1; 1); comité fabril del poblado de Urshelski, 1 (1; 2); sección distrital de previsión social, 1 (O; 3). Total, 10 (6; 16).

¿Qué balance ofrecen esos datos incompletos? El mismo, a mi juicio, que el programa de nuestro partido ha expresado con las siguientes palabras: "en el momento actual... se dan únicamente los primeros pasos hacia la transición del capitalismo al comunismo".

El capitalismo convirtió los periódicos en empresas capitalistas, en instrumento de lucro, información y entretenimiento para los ricos; en instrumento de engaño y embaucamiento de las masas trabajadoras. Hemos roto los instrumentos de lucro y engaño. *Hemos empezado* a convertir los periódicos en un instrumento que educa a las masas y les enseña a vivir y organizar su economía *sin* terratenientes y *sin* capitalistas. Pero acabamos de empezar. En tres años y pico no hemos hecho mucho. Y hay que hacer mucho más, hay que recorrer aún un larguísimo camino. Menos estrépito político, menos divagaciones generales y consignas abstractas con que se deleitan los comunistas inexpertos y que no comprenden sus tareas; más propaganda en el terreno de la producción y, sobre todo, mayor aprovechamiento de la experiencia práctica, un aprovechamiento fecundo, inteligente y adaptado al nivel de desarrollo de las masas.

En lo que se refiere a la distribución de periódicos (carezco de datos en cuanto a los libros; es probable que la situación en este dominio sea peor aún), hemos suprimido las suscripciones. Es un paso adelante del capitalismo al comunismo. Pero al capitalismo no se le puede matar de golpe. Renace en forma de "bursov", de burocracia soviética, que se apodera de los periódicos con distintos pretextos. Es imposible contar de cuántos periódicos se apodera, pero son muchos, evidentemente. Hay que trabajar de manera tenaz y sistemática para "dar con la badila en los nudillos" a la burocracia y no dejarle que se apodere de los periódicos y los libros, reducir la parte que le corresponde y disminuir constantemente el propio número de "bursov". No podemos, por desgracia, reducir de golpe este número a la décima o la centésima parte. Seríamos unos charlatanes si prometiéramos eso con nuestro actual nivel cultural; pero podemos y debemos reducirlo de modo constante e inflexible. El comunista que no lo haga será comunista sólo de palabra.

Hay que esforzarse una y otra vez por conseguir que los periódicos y los libros sean distribuidos gratis, como regla, *sólo* a las bibliotecas y salas de lectura, a su *red,* que atiende debidamente a todo el país, a toda la masa de obreros, soldados y campesinos. El pueblo se sentirá entonces atraído por la cultura, la luz y los conocimientos con fuerza, rapidez y éxito cien veces mayores. La obra cultural avanzará entonces con botas de siete leguas.

Un pequeño cálculo a título de ejemplo: 350.000 de *Izvestia* y 250.000 de *Pravda* para toda Rusia. Somos pobres. No hay papel. Los obreros pasan hambre y frío, están desnudos y descalzos. Las máquinas se han desgastado. Los edificios se vienen abajo. Imaginémonos que tenemos en todo el país, para 10.000 subdistritos y pico, 50.000 bibliotecas y salas de lectura, pero no en el papel, sino de verdad. No menos de tres por subdistrito y una sin falta por cada fábrica y unidad militar. Imaginémonos que hemos aprendido no sólo a dar "el primer paso del capitalismo al comunismo", sino también el segundo y el tercero. Imaginémonos que hemos aprendido a distribuir acertadamente tres ejemplares de los periódicos a cada biblioteca y sala de lectura, de ellos dos, por ejemplo, para "pegarlos" (suponiendo que hemos dado el cuarto paso del capitalismo al comunismo, yo admito, me atrevo a admitir, que en lugar de la bárbara "pegadura", que estropea el periódico, lo fijamos con clavos de madera -¡de hierro no hay, pues incluso en "el cuarto paso"

* La primera cifra que figura entre paréntesis se refiere a *Pravda;* la segunda, a *Biednotá,*

tendremos escasez de hierro!- a una tabla lisa para que sea cómodo leer y se conserve el periódico). Así pues, dos ejemplares a las 50.000 bibliotecas y salas de lectura para "pegarlos" y un ejemplar de reserva. Imaginémonos, además, que hemos aprendido a dar el periódico en vano, a los "bursov", en cantidad *moderada,* por ejemplo, no más de algunos miles de ejemplares para los "dignatarios" mimados de toda la República Soviética.

Con tan audaces hipótesis, 160.000 ejemplares, admitamos incluso 175.000, bastarán para todo el país cinco veces mejor que ahora. Todos tendrán la posibilidad de informarse a través de los periódicos (mediante la debida organización de bibliotecas ambulantes, que con tanto éxito ha defendido, a mi juicio, la camarada F. Dóbler en *Pravda* hace unos días). Trescientos cincuenta mil ejemplares de dos periódicos. Hoy, 600.000 ejemplares malversados por los "bursov", hurtados en vano para "liar cigarrillos", etc., simplemente en virtud de las costumbres capitalistas. Economizaríamos 250.000 ejemplares. Dicho de otro modo: a pesar de nuestra pobreza, economizaríamos 125.000 ejemplares de cada uno de *los dos* periódicos diarios. Y en cada uno de esos periódicos podría proporcionarse al pueblo diariamente un serio y valioso material literario, las obras literarias mejores y clásicas, manuales de enseñanza general, manuales de agricultura y de temas industriales. Si los burgueses franceses aprendieron ya antes de la guerra a amasar dinero con la publicación de novelas para el pueblo que no costaban 3,50 francos, como los libros para los señores, sino 10 céntimos (es decir, 35 veces más barato, 4 kopeks según la cotización de anteguerra), como un periódico proletario, ¿por qué no podemos aprender nosotros -en el segundo paso del capitalismo al comunismo- a proceder de la misma manera? ¿Por qué no aprender, procediendo de la misma manera, a conseguir que el pueblo reciba al año -incluso con la pobreza actual- dos ejemplares para cada una de las 50.000 bibliotecas y salas de lectura, todos los manuales necesarios y todas las necesarias obras clásicas de la literatura universal y de la ciencia y la técnica modernas? Aprenderemos.

7 de febrero de 1921.

Publicado el 9 de febrero de 1921 en el núm. 28 de "Pravda".
T. 42, págs. 322-332.

SOBRE EL PLAN ECONÓMICO ÚNICO.

Los artículos y conversaciones dedicados a este tema producen una impresión deprimente. Echad una ojeada a los artículos de L. Kritsman publicados en *Ekonomícheskaya Zhizn*[163] (1, 14 de diciembre de 1920; II, 23 de diciembre; III, 9 de febrero; IV, 16 de febrero; V, 20 de febrero). Son verbosidad de lo más vana. Infraliteratura. No querer tomar en consideración ni estudiar las cosas útiles que se han creado en este dominio. Reflexiones -¡en cinco largos artículos!- acerca de cómo emprender el estudio, en vez de estudiar los datos y los hechos.

Tomad las tesis de Miliutin *(Ekanomícheskaya, Zhizn,* 19 de febrero) y las de Larin *(Ekonomícheskaya Zhizn, 20* de febrero) y prestad oído a los discursos de camaradas "que desempeñan cargos de responsabilidad". Los mismos defectos cardinales que vemos en Kritsman. Escolasticismo de lo más tedioso, rayano en la charlatanería acerca de la ley de la concatenación, etc.; escolasticismo ora literario, ora burocrático, pero sin obra viva.

Peor aún. Altiva y burocrática falta de atención a la obra viva ya hecha y que es necesario proseguir. Una y otra vez, la más vana "producción de tesis" o la invención de consignas y proyectos, en lugar de conocer detenida y minuciosamente nuestra propia experiencia práctica.

El único trabajo serio respecto al plan económico único es el *Plan de electrificación de la RSFSR,* el informe de la GOELRO (Comisión Estatal para la Electrificación de Rusia) al VIII Congreso de los Soviets, editado en diciembre de 1920 y repartido en el VIII Congreso. En este libro está expuesto un plan económico único, redactado, claro está, sólo como primera aproximación por las mejores fuerzas científicas de nuestra República cumpliendo un encargo de sus organismos superiores. Y la lucha contra la ignorante presunción de los dignatarios, contra la presunción intelectual de los literatos comunistas hemos de comenzarla por el asunto más modesto, por la simple narración de la historia de este libro, de su contenido y su importancia.

Del 2 al 7 de febrero de 1920, o sea, hace más de un año, se celebró la sesión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia que aprobó la resolución concerniente a la electrificación. En ella leemos: "... A la par con las tareas más inmediatas, apremiantes, inaplazables. Y de primer orden para organizar el transporte, suprimir las crisis de combustibles y alimentos, combatir las epidemias y organizar ejércitos disciplinados de trabajo, a la Rusia Soviética se le ofrece por primera vez la posibilidad de empezar a crear la economía de manera más planificada, elaborar científicamente y poner en práctica de modo consecuente un plan estatal de toda la economía nacional. Teniendo en cuenta la importancia primordial de la electrificación... valorando la importancia de la electrificación para la industria, la agricultura, el transporte... etc., etc., el CEC de toda Rusia acuerda: encargar al CSEN, junto con el Comisariado del Pueblo de Agricultura, que preparen el proyecto de construcción de la red de centrales eléctricas..."

Parece que está claro. "Elaborar científicamente un plan estatal de toda la economía nacional": ¿es posible no comprender estas palabras, esta resolución de nuestro poder supremo? Si los literatos y dignatarios, que se jactan de su comunismo ante "los especialistas", no conocen esa resolución, no puedo sino recordarles que el desconocimiento de nuestras propias leyes no es un argumento.

Cumpliendo los acuerdos del CEC de toda Rusia, el Presídium del CSEN ratificó el 21 de febrero de 1920 la Comisión de Electrificación, que se formó adjunta a la Sección de Electricidad; y luego, el Consejo de Defensa aprobó el Reglamento de la GOELRO, cuya composición se encargó determinar y aprobar el CSEN de acuerdo con el Comisariado del Pueblo de Agricultura. La GOELRO publicó ya el 24 de abril de 1920 el núm. 1 de su *Boletín*[164], que contenía un detalladísimo programa de trabajos, una lista de las personas de responsabilidad, científicos, ingenieros, agrónomos y estadísticos que integran diversas subcomisiones, dirigen el trabajo en su zona respectiva y han asumido distintas tareas, señaladas con exactitud. La sola enumeración de estas tareas y de las personas que las han asumido ocupa diez páginas en el núm. 1 del *Boletín.* Todas las mejores fuerzas que estaban a la vista del CSEN y del

Comisariado del Pueblo de Agricultura, así como del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, fueron incorporadas al trabajo.

Fruto de la labor efectuada por la GOELRO ha sido la obra científica antes mencionada, voluminosa y excelente. Han colaborado en ella más de 180 especialistas. La enumeración de los trabajos aportados por ellos a la GOELRO pasa de 200. En primer lugar, tenemos una lista de estos trabajos (primera parte del mencionado volumen, que abarca más de 200 páginas): a) la electrificación y el plan de la economía del Estado; luego, b) abastecimiento de combustible (con un detallado "presupuesto de combustibles" de la RSFSR *dentro de los límites del próximo decenio,* teniendo en cuenta el número necesario de obreros); c) energía hidráulica; d) agricultura; e) transporte, y f) industria.

El plan está calculado para un decenio, aproximadamente, y en él se indica el número de obreros y la potencia (en miles de HP). Por supuesto, este plan es sólo aproximado, inicial, está trazado en líneas generales, con errores; es un plan "redactado sólo como primera aproximación", pero es un verdadero plan científico. Tenemos cálculos exactos de especialistas relativos a todas las cuestiones fundamentales. Tenemos sus cálculos referentes a todas las ramas industriales. Tenemos -ahí va un pequeño ejemplo- el cálculo de las proporciones de la producción de cuero y de calzado a razón de dos pares por habitante (trescientos millones de pares), etc. En suma, tenemos el balance material y financiero (en rublos oro) de la electrificación (unos trescientos setenta millones de jornadas de trabajo, tantos barriles de cemento, tantos ladrillos, puds de hierro, cobre, etc., tanta potencia de los turbogeneradores, etc.), El balance prevé un aumento del 80% ("según cálculos muy inexactos") de la industria transformadora, y del 80 al 100% de la extractiva en el transcurso de diez años. El déficit del balance de oro (+11.000.000.000 -17.000.000.000, en total, un déficit de unos seis mil millones) "podrá ser cubierto por medio de concesiones y operaciones de crédito".

Se indica el lugar de emplazamiento de veinte centrales eléctricas a vapor y de diez hidroeléctricas zonales de la primera serie, con una detallada descripción de la importancia económica de cada una de ellas.

Tras la lista general tenemos en el mismo volumen, con numeración aparte de las páginas, trabajos referentes a cada zona: Septentrional, Central industrial (estos dos trabajos, singularmente buenos, exactos y detallados, están basados en un abundantísimo material científico) y Meridional; zonas del Volga, de los Urales, del Cáucaso (el Cáucaso está tomado en su conjunto, presuponiéndose un acuerdo económico entre las distintas repúblicas), de Siberia Occidental y de Turquestán. Tenemos el cálculo para cada zona de las centrales eléctricas no sólo de la primera serie; luego tenemos el llamado "Programa *A* de la GOELRO", o sea, el plan de aprovechamiento más racional y económico de las centrales eléctricas *existentes.* Aduciré otro pequeño ejemplo: respecto a la Zona Septentrional (de Petrogrado) se ha calculado que la unión de las centrales petrogradenses podría proporcionar una economía, determinada del siguiente modo. Cerca de la mitad del fluido que generen dichas centrales podría ser enviado a los lugares nórdicos de flotación de madera. Múrmansk, Arjánguelsk y otros (pág. 69 del informe relativo a la Zona Septentrional). El aumento de la tala de árboles y de la flotación de madera para el extranjero podría darnos, en tales condiciones, *"hasta quinientos millones de rublos anuales en divisas ya en los próximos años".*

"La ganancia anual obtenida de la madera del Norte puede alcanzar en los próximos años la magnitud de nuestras reservas de oro" (ídem., pág. 70), ¡si sabemos, claro está, pasar de las palabras sobre el plan al estudio y *aplicación* del plan confeccionado realmente por científicos!

Debemos decir, además, que, respecto a una serie de cuestiones (por supuesto, no todas, ni muchísimo menos), tenemos el principio de un programa basado en el calendario, es decir, no sólo el plan en general, sino el cálculo para cada año, de 1921 a 1930: cuántas centrales se pueden poner en funcionamiento y en qué medida ampliar las existentes (de nuevo con la susodicha condición, no tan fácil de observar en virtud de nuestras costumbres literario-intelectuales y dignatario-burocráticas).

Para apreciar toda la inmensidad y todo el valor del trabajo realizado por la GOELRO, echemos un vistazo a Alemania. Allí efectuó una labor análoga un solo hombre: el científico Ballod. Compuso un plan científico de reorganización socialista de toda la economía de Alemania[165]. En la Alemania capitalista, este plan quedó en el aire, no pasó de ser infraliteratura, el trabajo de un hombre aislado. Nosotros hemos señalado una tarea estatal, hemos movilizado a centenares de especialistas y obtenido en diez meses (claro que no en dos, como estipulamos al principio) un plan económico único, compuesto científicamente. Tenemos pleno derecho a enorgullecernos de esta labor; sólo queda por *entender cómo* debe ser aprovechada, y precisamente contra *esa* incomprensión tenemos que batallar ahora.

En la resolución del VIII Congreso de los Soviets se dice: "... El congreso... *aprueba la labor del CSEN,* etc., sobre todo de la GOELRO, *para confeccionar el plan de electrificación de Rusia...* estima este plan *como el primer paso de la gran empresa económica,* encarga al CEC de toda Rusia, etc., *que terminen de confeccionar dicho plan y lo aprueben,* sin falta, en

el plazo más breve... Encarga que adopten todas las medidas necesarias para que se haga *la más vasta propaganda* de este plan... Debe hacerse obligatorio el estudio de este plan *en todos los establecimientos de enseñanza, sin excepción alguna, de la República",* etc.

Nada peculiariza de modo tan fehaciente la existencia de dolencias burocráticas e intelectuales en nuestra administración, sobre todo en la administración superior, como la actitud que se observa en Moscú ante esta resolución, las tentativas de "interpretarla" a tontas y a locas e incluso de retractarse de ella. Los literatos no propagan el plan compuesto, sino que escriben tesis y reflexiones vanas acerca de ¡cómo enfocar la confección del plan! Los dignatarios acentúan con un espíritu puramente burocrático la necesidad de "ratificar" el plan, entendiendo por ello no el planteamiento de tareas concretas (construir tal o cual cosa en tal fecha, comprar tal o cual cosa en el extranjero, etc.), sino algo completamente confuso, como ¡la confección de un *nuevo* plan! Resulta uña monstruosa incomprensión del asunto; se oyen discursos, en los que se dice: Primero restableceremos lo viejo, al menos en parte, antes de construir nada nuevo; la electrificación parece electroficción; por qué no se habla de gasificación; en la GOELRO los especialistas son burgueses, y hay pocos comunistas; la GOELRO debe promover a personal experto y no al de la Comisión General del Plan, etc.

El peligro radica precisamente en esa diferencia de opiniones, pues muestra que no se sabe trabajar y que la presunción intelectual y burocrática prevalece sobre la obra verdadera. Las burlas mezquinas a cuenta de lo fantástico del plan, las preguntas respecto a la gasificación y otras revelan la fatuidad de la ignorancia. ¿No es vergonzoso, acaso, corregir a la ligera y sin conocimiento de causa el trabajo de centenares de los mejores especialistas, desentenderse del asunto con bromitas de banal gusto y presumir del derecho de "no aprobar"?

¡Hay que aprender a valorar la ciencia, rechazar la presunción "comunista" de diletantes y burócratas; hay que aprender a trabajar de manera sistemática, aprovechando la propia experiencia, la propia práctica!

Está claro que "los planes" son, por su esencia misma, algo de lo que se puede hablar y discutir infinitamente. Pero no se divague ni discuta en general sobre "los principios" (de la estructura del plan) cuando lo que debe hacerse es estudiar un plan concreto, el único plan científico, y corregirlo tomando como base las indicaciones de la experiencia *práctica* y un estudio más detallado. Por supuesto, el derecho de "ratificar" y "no ratificar" es siempre atribución del dignatario y los dignatarios.

Si se entiende este derecho de una manera razonable y se interpretan también razonablemente las resoluciones del VIII Congreso respecto a la ratificación del plan aprobado por él y entregado a la propaganda más amplia, deberá entenderse por "ratificación" una serie de encargos y órdenes: comprar tal cosa, en tal fecha y en tal lugar; empezar a construir tal cosa; reunir y transportar tales materiales, etc. Pero si se la entiende de una manera burocrática, "ratificación" significará capricho de los dignatarios, papeleo, juego a las comisiones comprobadoras, en una palabra, asesinato puramente burocrático de la obra viva.

Enfoquemos este asunto desde otro punto de vista más. Es preciso ligar especialmente el plan científico de electrificación a los planes prácticos corrientes y a su cumplimiento efectivo. Sin duda, esto es indiscutible por completo. Pero ¿cómo ligarlos de modo concreto? Para saberlo es necesario que los economistas, literatos y estadísticos no charlataneen del plan en general, sino que estudien detenidamente el cumplimiento de nuestros planes, nuestros errores en esta labor práctica y el medio de corregirlos. Sin un estudio así estaremos ciegos. Pero con un estudio así -a condición de que estudiemos la experiencia práctica- nos quedará, a la par con él, una cuestión muy pequeña de técnica administrativa. Tenemos a montones comisiones de planificación. Para unificarlas tomemos dos personas de la institución encomendada a Iván Ivánovich, y a una de la encomendada a Pal Pálich, o viceversa. Unifiquémoslas con la subcomisión de la Comisión General del Plan. Está claro que esto es precisamente técnica administrativa y nada más. Es incluso ridículo hablar de probar así y asá para elegir lo mejor.

El quid de la cuestión está en que no sabemos plantear el problema y sustituimos el trabajo vivo con la proyectomanía intelectual y burocrática. Hemos tenido y tenemos planes corrientes de suministro de alimentos y combustibles. Hemos cometido un error evidente en los unos y en los otros. A este respecto no puede haber dos opiniones. Un economista sensato, en vez de redactar tesis sin importancia, estudiará los hechos, las cifras y los datos, analizará nuestra propia experiencia práctica y dirá: el error está en esto y se ha de corregir así o asá. Un administrador sensato, basándose en semejante estudio, propondrá o realizará él mismo un desplazamiento de personal, una modificación de la rendición de cuentas, una restructuración del mecanismo, etc. En nuestro país no se ve ni uno ni otro enfoque práctico y útil del plan económico único.

El mal está precisamente en que se plantea de una manera equivocada el problema de la actitud del comunista respecto a los especialistas, del administrador respecto a los científicos y literatos. En el problema del plan económico único, lo mismo que

en cualquier otro problema, hay aspectos -y siempre pueden surgir tales aspectos nuevos- que requieren ser resueltos sólo por comunistas o que exigen enfoque sólo administrativo. Esto es indiscutible. Pero es pura abstracción. Y ahora, este problema lo enfocan de una manera errónea en nuestro país precisamente los literatos comunistas y los administradores comunistas: ni unos ni otros han sabido comprender que, en estos casos, hay que aprender más de los especialistas y científicos burgueses y jugar menos a la administración burocrática. No hay, ni puede haber, ningún otro plan económico único que el confeccionado ya por la GOELRO. Hay que completarlo, desarrollarlo, corregirlo y llevarlo a la práctica sobre la base de las indicaciones de la experiencia práctica, estudiada atentamente. La opinión inversa es sólo "una presunción seudorradical, mas, en realidad, ignorante", hablando con palabras del programa del partido[166]. No menos presunción ignorante significa la idea de que en la RSFSR es posible otra comisión general del plan que no sea la GOELRO, con lo cual, naturalmente, no se refuta la posible utilidad de introducir enmiendas parciales, prácticas, en su composición. Sólo sobre esta base, sólo continuando lo iniciado, se puede construir algo serio, en el sentido de mejorar el plan general de nuestra economía nacional; de lo contrario, eso será jugar a la administración burocrática o, dicho con mayor sencillez, despotismo. La tarea de los comunistas dentro de la GOELRO estriba en mandar menos, mejor dicho, en no mandar nada, sino en tratar a los especialistas de la ciencia y la técnica ("en la mayoría de los casos están impregnados inevitablemente de la concepción del mundo y las costumbres burguesas", como se dice en el Programa del PC de Rusia) con extraordinario cuidado y habilidad, en aprender de ellos y ayudarles a ampliar su horizonte, partiendo de las conquistas y los datos de la ciencia respectiva y teniendo presente que un ingeniero *no* vendrá al comunismo *de la misma manera* que han venido el propagandista o el literato que trabajaron en la clandestinidad, *sino a través de los datos de su ciencia;* que el agrónomo, el silvicultor, etc., vendrán al comunismo cada uno *a su manera.* El comunista que no haya demostrado que sabe unir y dirigir modestamente el trabajo de los especialistas, calando hondo en los asuntos y estudiándolos con todo detalle, es a menudo perjudicial. Tenemos muchos comunistas de esta índole, y yo daría varias docenas de ellos por un especialista burgués competente y que estudie a conciencia su materia.

Los comunistas que no forman parte de la GOELRO pueden contribuir a crear y aplicar el plan económico único de dos maneras. Si son economistas, estadísticos o literatos, deben estudiar primero nuestra propia experiencia práctica, y sólo después, basándose en un estudio detallado de los hechos respectivos, recomendar cómo corregir los errores y mejorar el trabajo. El estudio es cosa de los que saben. Y en este terreno, por cuanto en nuestro país no se trata, desde hace ya mucho, de principios generales, sino precisamente de la experiencia práctica, "el especialista de la ciencia y la técnica" que conoce su materia, aunque sea burgués, tiene también diez veces más valor para nosotros que el comunista presuntuoso, dispuesto en cualquier momento del día y de la noche a escribir "tesis", lanzar "consignas" y presentar meras abstracciones. Más conocimiento de los hechos y menos controversias con pretensión de sostener principios comunistas.

Por otro lado, si un comunista es administrador, su primer deber consiste en no dejarse llevar por la afición a mandar, en saber primero tener en cuenta lo que la ciencia ha estudiado ya, en preguntar primero si los hechos están comprobados, en lograr primero que se estudie (en los informes, en la prensa, en las reuniones, etc.), que se estudie en qué precisamente hemos incurrido en error, y sólo sobre esta base corregir lo que se está haciendo. Menos métodos de Tit Títich[167] ("Puedo ratificar y puedo no ratificar") y más estudio de nuestros errores prácticos.

Se ha observado hace ya mucho que los defectos de las personas están relacionados, las más de las veces, con sus virtudes. Tales son los errores de muchos comunistas dirigentes. A lo largo de decenios realizamos una gran obra, predicamos el derrocamiento de la burguesía, enseñamos a desconfiar de los especialistas burgueses, los desenmascaramos, les quitamos el poder y vencimos su resistencia. Esta es una gran obra, de significación histórica universal. Pero basta con exagerar un poco para que se confirme la verdad de que de lo grande a lo ridículo no hay más que un paso. Nosotros hemos convencido a Rusia, la hemos conquistado de manos de los explotadores para los trabajadores y hemos sometido a los explotadores. Ahora debemos aprender a gobernarla. Para eso es necesario aprender a ser modestos y respetar el trabajo útil de "los especialistas de la ciencia y la técnica"; para eso es preciso aprender a analizar con sentido eficiente y atención nuestros numerosos errores *prácticos* y corregirlos paso a paso, pero de manera consecuente. Menos presunción intelectual y burocrática, más estudio de lo que la experiencia práctica nos proporciona en el centro y en el plano local y de lo que la ciencia nos ha proporcionado ya.

21 de febrero de 1921.

Publicado el 22 de febrero de 1921 en el núm. 39 de "Pravda".
T. 42, págs. 339-347.

EL DÍA INTERNACIONAL DE LA OBRERA.

Lo principal y fundamental en el bolchevismo y en la Revolución de Octubre en Rusia consiste precisamente en incorporar a la política a los que sufrían mayor opresión bajo el capitalismo. Los capitalistas los oprimían, los engañaban y los saqueaban con monarquía y con repúblicas democráticas burguesas. Esta opresión, este engaño, este saqueo del trabajo del pueblo por los capitalistas eran inevitables mientras existía la propiedad privada de la tierra y de las fábricas.

La esencia del bolchevismo, la esencia del Poder soviético radica en concentrar la plenitud del poder del Estado en manos de las masas trabajadoras y explotadas, desenmascarando la mentira y la hipocresía de la democracia burguesa y aboliendo la propiedad privada de la tierra y de las fábricas. Estas masas se hacen cargo de la política, es decir, asumen la tarea de edificar una nueva sociedad. La obra es difícil; las masas han sido embrutecidas y oprimidas por el capitalismo, pero no hay ni puede haber otra salida de la esclavitud asalariada, de la esclavitud capitalista.

Y es imposible incorporar a las masas a la política sin incorporar a las mujeres. Porque, en el capitalismo, la mitad femenina del género humano está doblemente oprimida. La obrera y la campesina son oprimidas por el capital y, además, incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, no gozan de plenos derechos, pues la ley les niega la igualdad con el hombre. Esto, en primer lugar; y en segundo lugar -lo que es principal-, permanecen en "la esclavitud casera", son "esclavas del hogar", viven agobiadas por la labor más mezquina, más ingrata, más dura y más embrutecedora: la de la cocina y, en general, la de la economía doméstica familiar individual.

La revolución bolchevique, soviética, corta las raíces de la opresión y de la desigualdad de la mujer tan profundamente como jamás osó cortarlas un solo partido ni una sola revolución en el mundo. En nuestro país, en la Rusia Soviética, no han quedado ni rastros de la desigualdad de la mujer y del hombre ante la ley. El Poder soviético ha suprimido por completo una desigualdad sobremanera repulsiva, vil e hipócrita en el derecho matrimonial y familiar: la desigualdad en lo que respecta a los hijos.

Esto es sólo el primer paso hacia la emancipación de la mujer. Pero ninguna república burguesa, ni siquiera la más democrática, se atrevió jamás a dar incluso este primer paso. No se atrevió por temor a "la sacrosanta propiedad privada".

El segundo paso, el principal, ha sido la abolición de la propiedad privada de la tierra y de las fábricas. Así, y sólo así, se abre el camino para la emancipación completa y efectiva de la mujer, para su liberación de "la esclavitud casera" mediante el paso de la pequeña economía doméstica individual a la grande y socializada.

La transición es difícil, pues se trata de transformar las "normas" más arraigadas, rutinarias, anquilosadas y osificadas (a decir verdad, son bochorno y salvajismo, y no "normas"). Esta transición ha comenzado, la obra está en marcha, hemos entrado en el nuevo camino.

Y en el Día Internacional de la Obrera, en innumerables reuniones de trabajadoras de todos los países del mundo resonarán saludos a la Rusia Soviética, que ha emprendido una obra difícil y trabajosa hasta lo indecible, pero grande, de trascendencia universal y verdaderamente liberadora. Resonarán llamamientos optimistas, exhortando a no desfallecer ante la reacción burguesa, brutal y a menudo feroz. Cuanto más "libre" o "democrático" es un país burgués tanto más brutalidades y ferocidades comete la banda capitalista contra la revolución de los obreros; ejemplo de ello es la república democrática de los Estados Unidos de Norteamérica. Pero él obrero ha despertado ya en masa. La guerra imperialista ha despertado definitivamente a las masas durmientes, soñolientas y rutinarias tanto en América como en Europa y en la atrasada Asia.

Se ha roto el hielo en todos los confines del mundo. Avanza de manera incontenible la liberación de los pueblos del yugo del imperialismo, la emancipación de los obreros y de las obreras del yugo del capital. La han impulsado decenas y cientos de millones de obreros y obreras, de campesinos y campesinas. Y por eso, la causa de la emancipación del trabajo del

yugo del capital triunfará en el mundo entero.
4-III-1921.

Publicado el 8 de marzo de 1921 en el Suplemento al núm. 51 de "Pravda".
T. 42, págs. 368-370.

NOTAS.

1 Lenin escribió el libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* en vísperas del II Congreso de la Internacional Comunista. El trabajo principal lo efectuó en abril de 1920 (el manuscrito quedó terminado el 27 de dicho mes); el *Anexo* lo escribió el 12 de mayo, cuando se estaban corrigiendo ya las galeradas. Lenin controló personalmente los plazos de composición e impresión del libro, a fin de que su aparición coincidiera con el comienzo del II Congreso de la Comintern. El libro vio la luz el 12 de junio de 1920 y casi al mismo tiempo, en julio, se editó en la Rusia Soviética en francés e inglés. La obra *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* -cuyas tesis y conclusiones principales sirvieron de base a los acuerdos del II Congreso de la Comintern- fue distribuida entre los delegados al congreso. Este libro ha alcanzado gran difusión, habiéndose editado en numerosos países.

2 *Iskra* ("La Chispa"): primer periódico marxista clandestino para toda Rusia, fundado por Lenin en diciembre de 1900. Se publicó en el extranjero, siendo enviado ilegalmente a Rusia. Desempeñó un magno papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en los preparativos para unificar en un partido marxista revolucionario las organizaciones socialdemócratas dispersas.

Después de la escisión del partido en bolcheviques y mencheviques, producida en el II Congreso del POSDR (1903), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (a partir del número 52) y empezó a denominarse "nueva" *Iskra* para diferenciarse de la "vieja" *Iskra*, la leninista. La nueva *Iskra* dejó de ser un combativo órgano del marxismo revolucionario: los mencheviques transformaron el periódico en un órgano de lucha contra el marxismo y contra el partido, en una tribuna del oportunismo.

3 Lenin alude a los mencheviques y eseristas (socialistas-revolucionarios).

Mencheviques: adeptos de una corriente oportunista p ruso), en tanto que los oportunistas quedaron en minoría ("menshinstvó"). Ese es el origen de las denominaciones de "bolcheviques" (mayoritarios) y "mencheviques" (minoritarios).

Durante la revolución de 1905-1907 los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía de la clase obrera en la revolución y contra la alianza de la clase obrera con el campesinado, exigiendo que se concertase un acuerdo con la burguesía liberal. En los años de reacción (1907-1910) que siguieron a la derrota de la revolución, la mayoría de los mencheviques se hicieron liquidadores. Al triunfar la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los mencheviques y los eseristas (socialistas-revolucionarios) formaron parte del Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la creciente revolución socialista.

A raíz de la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético.

Socialistas-revolucionarios (*eseristas*, s. r.): partido de demócratas pequeñoburgueses formado a fines de 1901 y comienzos de 1902 mediante la unificación de diversos grupos y círculos populistas. En los años de la primera guerra mundial, la mayoría de los eseristas sustentó posiciones socialchovinistas. Al triunfar la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los eseristas, junto con los mencheviques y los democonstitucionalistas (demócratas-constitucionalistas), fueron el apoyo principal del Gobierno Provisional burgués, del que formaron parte los líderes de dicho partido. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas lucharon activamente contra el Poder soviético.

4 Lenin se refiere al ametrallamiento, el 4 (17) de abril de 1912, de los obreros inermes en los placeres auríferos del Lena (Siberia). La noticia del sangriento drama del Lena conmovió a la clase obrera de Rusia. Por todo el país se extendió una ola de manifestaciones callejeras, mítines y huelgas de protesta.

5 *Duma de Estado*: institución representativa que el gobierno zarista se vio obligado a convocar como resultado de los acontecimientos revolucionarios de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un organismo legislativo; pero, en la práctica, carecía de todo poder efectivo. Las elecciones a la Duma no eran ni directas, ni iguales, ni generales. Los derechos electorales de las clases trabajadoras y de las naciones no rusas que poblaban Rusia hallábanse fuertemente restringidos, y una parte considerable de los obreros y campesinos carecían de todo derecho electoral. La I Duma de Estado (abril-julio de 1906) y la II (febrero-junio de 1907\

fueron disueltas por el gobierno zarista. El 3 de junio de 1907, el gobierno dio un golpe de Estado y promulgó una nueva ley electoral que restringió más aún los derechos de los obreros, de los campesinos y de la pequeña burguesía urbana y aseguró el dominio pleno del bloque reaccionario de los latifundistas y los grandes capitalistas tanto en la III Duma de Estado (1907-1912) como en la IV (1912-1917).

6 En la sesión de la Duma del 26 de julio (8 de agosto) de 1914, en la que los representantes de todos los grupos burgueses y terratenientes aprobaron la entrada de la Rusia zarista en la guerra imperialista, la minoría bolchevique expresó su enérgica protesta, se negó a votar los créditos de guerra e hizo propaganda revolucionaria entre las masas. En noviembre de 1914, los diputados bolcheviques fueron detenidos, juzgados y confinados a perpetuidad en Siberia Oriental. Los valientes discursos de los miembros de la minoría bolchevique durante la vista de la causa, en los que denunciaron a la autocracia, desempeñaron un importante papel en la propaganda antimilitarista y en la radicalización de las masas trabajadoras.

7 *Longuetismo*: corriente centrista en el Partido Socialista Francés, encabezada por Juan Longuet. Durante la primera guerra mundial (1914-1918), los longuetistas aplicaron una política de conciliación con los socialchovinistas, rechazaron la lucha revolucionaria y propugnaron "la defensa de la patria" en la guerra imperialista. Lenin los calificó de nacionalistas pequeñoburgueses. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los longuetistas se declararon de palabra partidarios de la dictadura del proletariado, pero, de hecho, siguieron siendo enemigos suyos. En diciembre de 1920, junto con los reformistas manifiestos, abandonaron el partido y se adhirieron a la llamada Internacional II y 1/2.

8 *Partido Laborista Independiente de Inglaterra* (Independent Labour Party, ILP): organización reformista fundada en 1893, a cuyo frente figuraban Reir Hardie y Ramsay MacDonald. Desde que surgió, el ILP adoptó una posición reformista burguesa, prestando atención principal a la forma parlamentaria de lucha y a las componendas parlamentarias con el Partido Liberal. Al estallar la primera guerra mundial, el ILP publicó un manifiesto antibélico, pero poco después adoptó una posición socialchovinista. En 1920, el ILP abandonó la II Internacional y se adhirió a la llamada Internacional II y 1/2.

9 *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. Tomó esta denominación del nombre del caudillo romano Fabio Máximo, llamado Cunctátor, "el Contemporizador" (s. III a. n. e.), por su táctica expectante, que consistía en eludir los combates decisivos en la guerra contra Aníbal. Formaban parte de la Sociedad Fabiana, principalmente, intelectuales burgueses: hombres de ciencia, escritores y políticos (como los esposos Sidney y Beatriz Webb, Ramsay MacDonald, Bernardo Shaw y otros). Los fabianos negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, afirmando que la transición del capitalismo al socialismo sólo sería posible por medio de reformas y de transformaciones paulatinas de la sociedad. En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista.

10 *Ministerialismo* ("socialismo ministerial" o "millerandismo"); táctica oportunista de participación de los socialistas en gobiernos burgueses reaccionarios. Este término surgió en 1899, cuando el socialista francés Millerand colaboró en el gobierno burgués presidido por Waldeck-Rousseau.

11 *Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania*: partido centrista fundado en abril de 1917, en el Congreso de Constitución celebrado en Gotha. Los "independientes" propugnaban la "unidad" con los socialchovinistas y llegaron a abjurar de la lucha de clases. Al fundarse la Internacional Comunista (1919), los "independientes" abandonaron la II Internacional. En octubre de 1920, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania se escindió en su Congreso de Halle; en diciembre del mismo año, una parte considerable de sus militantes se unificó con el Partido Comunista de Alemania. Los elementos derechistas se agruparon en otro partido, que adoptó la vieja denominación de Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania y existió hasta 1922.

12 Se alude, por lo visto, al artículo de Lenin *Lo que no se debe imitar del movimiento obrero alemán*, publicado en abril de 1914 en la revista bolchevique *Prosveschenie* ("La Ilustración"). En él se denunciaba la pérfida conducta del socialdemócrata alemán Carlos Legien, que durante su viaje a Norteamérica en 1912 pronunció en el Congreso de los EE.UU. un discurso de saludo a los medios oficiales y a los partidos burgueses.

13 *Espartaquistas*: miembros de una organización revolucionaria de socialdemócratas de izquierda alemanes, fundada a comienzos de la primera guerra mundial por Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Clara Zetkin y otros. Los espartaquistas hicieron propaganda revolucionaria entre las masas, organizaron acciones antibélicas masivas, dirigieron huelgas y denunciaron el carácter imperialista de la guerra mundial, así como la traición de los líderes oportunistas de la socialdemocracia.

En abril de 1917 ingresaron en el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de orientación centrista, conservando en él su independencia orgánica. En noviembre de 1918, durante la revolución en Alemania, los espartaquistas formaron la Liga Espartaco y, después de publicar su programa el 14 de diciembre, rompieron con los "independientes". En el Congreso de Constitución, celebrado del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919, los espartaquistas fundaron el Partido Comunista de Alemania.

14 *Comuna de París*: gobierno revolucionario de la clase obrera, creado por la revolución proletaria en

París en 1871. Primera experiencia de dictadura del proletariado conocida en la historia. La Comuna de París existió 72 días: desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

15 Lenin alude a la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.

16 *Paz de Brest*: Tratado de Paz firmado el 3 de marzo de 1918, en Brest-Litovsk, entre la Rusia Soviética y las potencias de la Cuádruple Alianza (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía) en condiciones extraordinariamente duras para la primera. En torno a la firma de la Paz de Brest se entabló una lucha tenaz contra Trotski y el grupo antipartido de los "comunistas de izquierda" (véase la nota 20). Gracias únicamente a los ingentes esfuerzos de Lenin se firmó el Tratado de Paz con Alemania. La Paz de Brest fue un brillante ejemplo de sabiduría y flexibilidad de la táctica leninista, de capacidad para trazar, en una situación complicada en extremo, la única política justa; fue un sensato compromiso político.

El Tratado de Brest-Litovsk proporcionó al Estado soviético una tregua, le permitió desmovilizar el viejo ejército en descomposición y crear otro nuevo, el Ejército Rojo, desplegar la edificación del socialismo y acumular fuerzas para hacer frente a la contrarrevolución interior y a los intervencionistas extranjeros. Al triunfar la revolución de noviembre de 1918 en Alemania, que derrocó el régimen monárquico, el CEC de toda Rusia anuló el 13 de noviembre el expoliador Tratado de Brest-Litovsk.

17 Se trata de los *otzovistas* y *ultimatistas*. La lucha contra ellos, entablada en 1908, condujo a que el líder de los otzovistas, A. Bogdánov, fuese expulsado de las filas bolcheviques en 1909. Encubriéndose con una fraseología revolucionaria, los otzovistas (de la palabra rusa "otozvat", revocar, retirar) exigían que los diputados socialdemócratas fuesen retirados de la III Duma de Estado y cesase la labor en las organizaciones legales (sindicatos, cooperativas, etc.). El *ultimatismo* era una variedad del otzovismo. Los ultimatistas, que no comprendían la necesidad de efectuar una labor sistemática y tenaz con los diputados socialdemócratas para hacer de ellos parlamentarios revolucionarios consecuentes, proponían presentar un ultimátum a la minoría socialdemócrata de la Duma, exigiendo su subordinación incondicional a los acuerdos del CC del partido, y, si no lo cumplía, retirar de la Duma a los diputados socialdemócratas. En junio de 1909 se reunió la Redacción ampliada del periódico bolchevique *Proletari* ("El Proletario"), la cual señaló en una resolución que "el bolchevismo, como corriente concreta en el POSDR, no tiene nada de común con el otzovismo y el ultimatismo" y exhortó a los bolcheviques a "sostener la lucha más enérgica contra estas desviaciones del camino del marxismo revolucionario".

18 Lenin se refiere a la *Duma de Bulyguin*, organismo consultivo cuya convocación proyectaba el gobierno zarista en agosto de 1905. Recibió esta denominación por haber encargado el zar a A. Bulyguin, a la sazón ministro del Interior, confeccionar el proyecto de ley correspondiente. Según este proyecto, la Duma no estaba facultada para promulgar leyes, y se concedía el derecho de sufragio únicamente a los grandes terratenientes, los capitalistas y un pequeño número de campesinos ricos.

Las elecciones a la Duma de Bulyguin no llegaron a celebrarse la Duma fue barrida por el creciente movimiento revolucionario y por la huelga política de octubre de 1905.

19 Se trata de la huelga general política de octubre de 1905 en toda Rusia durante la primera revolución rusa. El número de huelguistas pasó de dos millones. La huelga transcurrió bajo las consignas de derrocamiento de la autocracia, boicot activo a la Duma de Bulyguin, convocación de la Asamblea Constituyente y proclamación de la república democrática. Esta huelga reveló la fuerza y el poderío del movimiento obrero e impulsó el desarrollo de la lucha revolucionaria en el campo, en el ejército y en la marina.

20 "*Comunistas de izquierda*": grupo antipartido que surgió a comienzos de 1918 con motivo de la firma del Tratado de Paz (Paz de Brest) con Alemania. Encubriéndose con una fraseología izquierdista acerca de la guerra revolucionaria, los "comunistas de izquierda" defendieron una política aventurera tendiente a arrastrar a la República Soviética, todavía sin ejército, a la guerra contra la Alemania imperialista y colocaron al Poder soviético ante una amenaza mortal. Lenin y sus correligionarios tuvieron que sostener una lucha tenaz en el CC contra Trotski y los "comunistas de izquierda" para lograr que se aprobase la resolución sobre la firma del Tratado de Paz con Alemania, salvando así de la muerte a la joven República Soviética.

21 "*Laboristas*": miembros del Partido Laborista de Inglaterra (Labour Party), fundado en 1900 como una agrupación de sindicatos y organizaciones y grupos socialistas para llevar representantes obreros al Parlamento ("Comité de Representación Obrera"). En 1906, el comité adoptó el nombre de Partido Laborista. Los afiliados a las tradeuniones se consideran automáticamente miembros del Partido Laborista, a condición de que abonen a éste las cuotas correspondientes.

El Partido Laborista, que en su origen fue un partido obrero por su composición (más tarde se adhirieron a él numerosos elementos pequeño burgueses), es, por su ideología y su táctica, una organización oportunista. Desde el momento en que se constituyó, sus líderes aplican una política de colaboración de clases con la burguesía.

Durante la primera guerra mundial (1914-1918), los dirigentes del Partido Laborista (A. Henderson y otros) adoptaron una posición socialchovinista y colaboraron en el gobierno del rey. Con su respaldo activo fueron promulgadas diversas leyes enfiladas contra los obreros (sobre la militarización del país, etc.). Los líderes laboristas han formado gobierno en repetidas ocasiones.

22 *Democonstitucionalistas*, *demócratas-constitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de

la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905. Durante la primera guerra mundial apoyaron activamente la política exterior anexionista del gobierno zarista. En el período de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 trataron de salvar la monarquía. Los democonstitucionalistas, que ocupaban una posición dirigente en el Gobierno Provisional burgués, aplicaron una política antipopular y contrarrevolucionaria. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre fueron enemigos inconciliables del Poder soviético, participando en todos los levantamientos armados contrarrevolucionarios y en las campañas de los intervencionistas.

23 "*Oposición de principio*": grupo de comunistas "de izquierda" alemanes que defendían concepciones anarcosindicalistas. El II Congreso del Partido Comunista de Alemania, celebrado en octubre de 1919 en Heidelberg, expulsó del partido a la oposición. Esta última fundó, en abril de 1920, el llamado Partido Comunista Obrero de Alemania (PCOA). En noviembre del mismo año, con objeto de facilitar la unificación de todas las fuerzas comunistas de Alemania e ir al encuentro de los mejores elementos proletarios del PCOA, la oposición fue admitida provisionalmente en la Internacional Comunista (IC) en calidad de miembro simpatizante. Sin embargo, el Comité Ejecutivo de la IC consideraba como única sección con plenos derechos al Partido Comunista Unificado de Alemania. Al ser admitido en la IC el Partido Comunista Obrero de Alemania, se puso a sus representantes la siguiente condición: fusionarse con el Partido Comunista Unificado de Alemania y apoyar todas sus acciones. Pero los dirigentes del PCOA no cumplieron las indicaciones del CE de la IC. El III Congreso de la Internacional Comunista (junio-julio de 1921), movido por el deseo de ganarse a los obreros que seguían aún al PCOA, acordó conceder a éste un plazo de dos meses para que convocara un congreso y resolviese el problema de la fusión. Los dirigentes del PCOA no cumplieron el acuerdo del III Congreso, debido a lo cual dicho partido quedó al margen de la Internacional Comunista. Con posterioridad, el PCOA degeneró en un grupito sectario insignificante y carente de todo apoyo entre la clase obrera.

24 *Volapuk*: lengua artificial creada en 1880 por Juan Schleyer.

25 *Diario Obrero Comunista* ("Kommunistische Arbeiterzeitung"): órgano del grupo anarcosindicalista de "comunistas de izquierda" alemanes. Se publicó en Hamburgo desde 1919 hasta 1927. El nombre de Carlos Erler, mencionado por Lenin, es el seudónimo literario de Enrique Laufenberg.

26 La expresión "*llegar hasta las Columnas de Hércules*" significa llegar al límite extremo, exagerar algo de manera extraordinaria. Según la mitología de la antigua Grecia, dichas columnas fueron levantadas por Hércules y constituían el fin del mundo, después del cual no había camino alguno.

27 Se trata de la *Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera*, organizada por Lenin en el otoño de 1895. Agrupó a cerca de veinte círculos marxistas de San Petersburgo, figurando al frente de ella un grupo central. La dirección inmediata se hallaba en manos de cinco miembros del grupo, encabezados por Lenin.

La organización estaba dividida en grupos distritales, que los obreros conscientes, avanzados (I. Babushkin, V. Shelgunov y otros), enlazaban con las fábricas y empresas. La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo, era, según expresión de Lenin, el embrión del partido revolucionario, que se apoyaba en el movimiento obrero y dirigía la lucha de clase del proletariado.

28 *Trudoviques*: grupo de demócratas pequeñoburgueses en las Dumas de Estado, compuesto de campesinos e intelectuales de orientación populista.

29 Durante el período comprendido entre la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 y el año de 1919, inclusive, el número de militantes del partido se modificó del modo siguiente: cuando se celebró la VII Conferencia (Conferencia de Abril de 1917) del POSD (bolchevique) de Rusia, el partido tenía 80.000 miembros; al celebrarse el VI Congreso (julio-agosto de 1917), alrededor de 240.000; al comenzar el VII Congreso del PC(b) de Rusia (marzo de 1918), no menos de 300.000, y en vísperas del VIII Congreso (marzo de 1919), 313.766.

30 Lenin alude a la *Semana del Partido*, campaña de reclutamiento de nuevos militantes efectuada en sus organizaciones, por acuerdo del VIII Congreso del PC(b) de Rusia, de agosto a noviembre de 1919, en un período de intensa lucha del pueblo soviético frente a la intervención militar extranjera y la contrarrevolución interior. Como resultado de la Semana del Partido, sólo en 38 provincias de la parte europea de la RSFSR ingresaron en el PC(b) de Rusia más de 200.000 hombres y mujeres, más de la mitad de los cuales eran obreros. En los frentes se concedió el ingreso en el partido a cerca del 25% de los efectivos del ejército y de la marina. Lenin dijo que los obreros y los campesinos venidos al partido en un momento tan grave "son los cuadros mejores y más seguros de dirigentes del proletariado revolucionario y de la parte no explotadora del campesinado".

31 Las elecciones a la Asamblea Constituyente se celebraron, después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre, en la fecha que había sido señalada antes: el 12 (25) de noviembre de 1917. Se efectuaron de acuerdo con las listas confeccionadas antes de la Revolución Socialista de Octubre, y con el Reglamento aprobado por el Gobierno Provisional, en momentos en que una parte considerable del pueblo no podía comprender aún el significado de la revolución socialista. De ello se aprovecharon los eseristas de derecha para conquistar la mayoría en las provincias y regiones alejadas de la capital y de los centros industriales.

El Gobierno soviético convocó la Asamblea Constituyente, que se reunió en Petrogrado el 5 (18) de enero de 1918. La mayoría contrarrevolucionaria de dicha Asamblea rechazó la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado, propuesta por el CEC de toda Rusia*, y se negó a ratificar los decretos del II Congreso de los Soviets acerca de la paz, la tierra, y el paso del poder a los Soviets. En vista de ello fue disuelta por decreto del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia el 6 (19) de enero de 1918.

32 *La Internacional Comunista*: revista, órgano del Comité Ejecutivo de la Comintern; se publicó desde 1919 hasta 1943 en ruso, alemán, francés, inglés, español y chino.

33 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 7 de octubre de 1858.

34 *Folkets Dagblad Politiken* ("Diario Político Popular"): periódico de los socialdemócratas de izquierda suecos, que en 1917 formaron el Partido Socialdemócrata de Izquierda de Suecia; empezó a publicarse en abril de 1916, en Estocolmo. En 1921, dicho partido ingresó en la Comintern y adoptó el nombre de Partido Comunista. El periódico pasó a ser órgano suyo. Pero en octubre de 1929, al escindirse el Partido Comunista de Suecia, cayó en manos de su ala derecha. Dejó de aparecer en mayo de 1945.

35 *Entente*: bloque de potencias imperialistas (Inglaterra, Francia y Rusia) que se formó definitivamente en 1907. Estaba enfilado contra los imperialistas de la Triple Alianza (Alemania, Austria, Hungría e Italia). Su nombre procede de la "Entente cordiale", acuerdo anglo-francés firmado en 1904. Durante la primera guerra mundial (1914-1918) se sumaron a la Entente los EE.UU., el Japón y otros países. Cuando triunfó la Revolución Socialista de Octubre, los principales componentes de este bloque -Inglaterra, Francia, los EE.UU. y el Japón- fueron inspiradores, organizadores y partícipes de la intervención contra el País de los Soviets.

36 *Obreros Industriales del Mundo* (Industrial Workers of the World, IWW): organización obrera de los EE.UU. fundada en 1905; agrupaba principalmente a obreros de oficios varios, poco calificados y mal retribuidos. Los Obreros Industriales del Mundo sostuvieron con éxito una serie de huelgas masivas y combatieron la política de colaboración de clases practicada por los líderes reformistas de la Federación Americana del Trabajo y por los socialistas de derecha. Durante la primera guerra mundial se efectuaron, con participación de los IWW, varias acciones antibélicas masivas de la clase obrera norteamericana. Algunos dirigentes de esta organización (W. Haywood y otros) aplaudieron la Revolución Socialista de Octubre e ingresaron en el Partido Comunista de los EE.UU. Los Obreros Industriales del Mundo revelaron en su actividad rasgos anarcosindicalistas: negaban la necesidad de la lucha política del proletariado, renunciaban a actuar entre los militantes de los sindicatos adheridos a la FAT, etc. Con posterioridad, esta organización adquirió un carácter sectario y perdió su influencia en el movimiento obrero.

37 En el Congreso del Partido Comunista de Alemania se discutió, el 30 de diciembre de 1918, si debía participarse en las elecciones a la Asamblea Nacional. Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo se pronunciaron a favor de la participación y demostraron la necesidad de utilizar la tribuna parlamentaria para divulgar entre las masas las consignas revolucionarias. Pero la mayoría del congreso se pronunció en contra de la participación, aprobando la correspondiente resolución.

38 El II Congreso de los Soviets de toda Rusia aprobó el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917 el *Decreto sobre la tierra*, que suprimió la gran propiedad agraria y dispuso la entrega de la tierra a los campesinos. En este decreto se incluyó el *Mandato campesino acerca de la tierra*, redactado sobre la base de 242 mandatos campesinos, en el que figuraba la consigna eserista de "usufructo igualitario laboral de la tierra".

39 *Il Soviet*: periódico del Partido Socialista Italiano, que se publicó en Nápoles desde 1918 hasta 1922; a partir de 1920 apareció como órgano de la fracción de comunistas-abstencionistas del Partido Socialista Italiano.

40 *Comunismo*: revista quincenal del Partido Socialista Italiano; se publicó en Milán desde 1919 hasta 1922, bajo la dirección de Jacinto Menotti Serrati.

41 El *Partido Socialista Italiano* se fundó en 1892. Desde el primer momento se entabló en su seno una dura lucha ideológica entre dos corrientes: la oportunista y la revolucionaria. En el Congreso de Reggio Emilia (1912), bajo la presión de los izquierdistas fueron expulsados del partido los reformistas más patentes (I. Bonomi, L. Bissolati y otros), que eran partidarios de la guerra y de la colaboración con el gobierno y la burguesía. Al empezar la primera conflagración universal, y antes de que Italia entrase en ella, el PSI se manifestó en contra y lanzó la consigna de "¡Contra la guerra, por la neutralidad!" En diciembre de 1914 se expulsó del partido a un grupo de renegados (B. Mussolini y otros), que defendía la política imperialista de la burguesía y apoyaba la guerra. Con motivo de la entrada de Italia en la contienda al lado de la Entente (mayo de 1915) en el PSI se definieron claramente tres tendencias: 1) la derechista, que ayudó a la burguesía a hacer la guerra; 2) la centrista, que agrupó a la mayoría de los militantes del partido bajo la consigna de "No participar en la guerra y no sabotear", y 3) la izquierdista, que adoptó una posición antibélica más resuelta, pero no supo organizar una lucha consecuente contra la conflagración. Los izquierdistas no comprendían la necesidad de transformar la guerra imperialista en guerra civil ni de romper resueltamente con los reformistas.

Después de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, en el PSI se robusteció el ala izquierda. El XV Congreso del partido, celebrado en Bolonia del 5 al 8 de octubre de 1919, acordó adherirse a la III Internacional. Representantes del PSI participaron en el II Congreso de la Internacional Comunista. El

jefe de la delegación italiana, Jacinto Serrati, que sustentaba una posición centrista, se pronunció después del congreso contra el rompimiento con los reformistas. En el XVII Congreso del PSI (Liorna, enero de 1921), los centristas, que estaban en mayoría, se negaron a romper con los reformistas y a aceptar íntegramente las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista. El 21 de enero de 1921, los delegados de izquierda abandonaron el congreso y fundaron el Partido Comunista de Italia.

42 El Poder de los Soviets (de los Consejos) se proclamó en Hungría el 21 de marzo de 1919. La revolución socialista en dicho país tuvo carácter pacífico. La burguesía húngara no pudo oponer resistencia a las masas populares; impotente para afrontar las dificultades interiores y exteriores, decidió entregar temporalmente el poder a los socialdemócratas de derecha, a fin de impedir el desarrollo de la revolución. Sin embargo, el gran prestigio de que gozaba el Partido Comunista de Hungría entre las masas, unido a las enérgicas demandas de los socialdemócratas de filas de que se concertara una alianza con los comunistas, obligaron a los dirigentes del Partido Socialdemócrata a proponer a los dirigentes del Partido Comunista, que se encontraban en la cárcel, la formación de un gobierno conjunto. Los líderes socialdemócratas tuvieron que aceptar las condiciones presentadas por los comunistas durante las negociaciones: formación de un Gobierno de los Soviets, desarme de la burguesía, creación del Ejército Rojo y de la Milicia Popular, confiscación de las tierras de los latifundistas, nacionalización de la industria, conclusión de una alianza con la Rusia Soviética, etc. Al mismo tiempo se firmó un acuerdo de unificación de ambos partidos para constituir el Partido Socialista de Hungría. Durante la unificación se cometieron errores, que se dejaron sentir con posterioridad; la unificación se efectuó mediante la fusión mecánica, sin separar a los elementos reformistas.

Los imperialistas de la Entente acogieron con hostilidad la instauración de la dictadura del proletariado en Hungría. Bloquearon económicamente a la República Soviética Húngara y organizaron la intervención militar contra ella. La ofensiva de las tropas intervencionistas activó a la contrarrevolución húngara. La traición de los socialdemócratas de derecha, que se aliaron con el imperialismo internacional, fue otra de las causas que condujeron a la muerte de la República Soviética Húngara. El 1 de agosto de 1919, como resultado de las acciones mancomunadas de la intervención imperialista exterior y de la contrarrevolución interior, en Hungría fue derrocado el Poder de los Soviets.

43 *Blanquistas*: partidarios de una corriente en el movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés. Los blanquistas, como señalara Lenin, esperaban que "la humanidad se liberaría de la esclavitud asalariada no por medio de la lucha de clase del proletariado, sino por medio de un complot de una pequeña minoría de intelectuales". Los blanquistas) que sustituían la actividad del partido revolucionario con las acciones de un puñado de conspiradores, menospreciaban los vínculos con las masas y no comprendían la necesidad del movimiento revolucionario de masas.

44 *Der Wolksstaat* ("El Estado Popular"): órgano central de la socialdemocracia alemana (partido de los eisenacheanos); se publicó en Leipzig, bajo la dirección de Guillermo Liebknecht, desde 1869 hasta 1876.

45 *Sociedad de Naciones*: organización internacional que existió durante el período comprendido entre la primera y la segunda guerras mundiales. Constituida en 1919, en la Conferencia de la Paz que celebraron en París los países vencedores en la primera conflagración universal, empezó a actuar en 1920. La Carta de la S. de N. formaba parte del Tratado de Paz de Versalles de 1919, siendo firmada por 44 Estados. En 1920 y 1921, la Sociedad de Naciones fue uno de los centros organizadores de la intervención armada contra el Estado soviético.

46 Lenin recuerda un pasaje de la carta que F. Engels envió a F. Sorge el 29 de noviembre de 1886. En ella, al criticar el carácter sectario de la labor de los socialdemócratas alemanes emigrados en Norteamérica, Engels dice que, para ellos, la teoría "es un dogma y no una guía para la acción".

47 En una reseña del libro *Cartas político-económicas al Presidente de los Estados Unidos de América*, del economista norteamericano H. Ch. Carey, N. Chernyshevski dijo: "El camino de la historia no es una acera de la Avenida Nevski; pasa plenamente por campos ora polvorientos, ora fangosos, ora por pantanos, ora por bosques espesos. Quien tema cubrirse de polvo y manchar las botas, que no se dedique a la actividad social"

48 Se alude a las conferencias socialistas internacionales de Zimmerwald y Kienthal (Suiza).

La Conferencia de Zimmerwald, o Primera Conferencia Socialista Internacional, se celebró del 5

La Conferencia de Kienthal, o Segunda Conferencia S

Las conferencias de Zimmerwald y Kienthal contribuyeron a agrupar, sobre la base ideológica del marxismo-leninismo, a los elementos de izquierda de la socialdemocracia internacional. Más tarde, estos elementos desempeñaron un papel activo en la lucha orientada a formar partidos comunistas en sus países respectivos y fundar la III Internacional, la Internacional Comunista.

49 "*Comunistas revolucionarios*": grupo que se separó de los eseristas de izquierda después del levantamiento organizado por dicho partido en julio de 1918. En septiembre de 1918, el grupo formó el llamado Partido del Comunismo Revolucionario, que se manifestó en pro de la colaboración con el PC(b) de Rusia y declaró que apoyaría el Poder soviético. Aun reconociendo que el Poder de los Soviets creaba las premisas necesarias para establecer el régimen socialista, los "comunistas revolucionarios" negaban la necesidad de la dictadura del proletariado en el período de

transición del capitalismo al socialismo. Cuando el II Congreso de la Comintern acordó que en cada país debía haber un solo Partido Comunista, el Partido del Comunismo Revolucionario decidió, en septiembre de 1920, ingresar en el PC(b) de Rusia.

50 "*Eseristas de izquierda*": partido de los socialistas-revolucionarios de izquierda; tomó forma orgánica en su I Congreso de toda Rusia, celebrado del 19 al 28 de noviembre (2-11 de diciembre) de 1917. Con anterioridad, estos socialistas-revolucionarios constituyeron el ala izquierda del partido eserista. En el II Congreso de los Soviets de toda Rusia, los eseristas de izquierda votaron con los bolcheviques al decidirse los problemas más importantes que figuraban en el orden del día; sin embargo, rechazaron la propuesta de los bolcheviques de que colaborasen en el Gobierno soviético. Tras largas vacilaciones, y movidos por el deseo de conservar su influencia entre los campesinos, los eseristas de izquierda accedieron a colaborar con los bolcheviques y formaron parte de varios organismos colegiados de los comisariados del pueblo. A pesar de haber aceptado la colaboración con los bolcheviques, los eseristas de izquierda discrepaban de ellos en cuestiones cardinales de la edificación del socialismo y rechazaban la dictadura del proletariado. En enero y febrero de 1918, el CC de los eseristas de izquierda emprendió la lucha contra la conclusión del Tratado de Paz de Brest-Litovsk, y cuando éste fue firmado y ratificado por el IV Congreso de los Soviets (marzo de 1918), abandonaron el Consejo de Comisarios del Pueblo, pero siguieron formando parte de los organismos colegiados de los comisariados del pueblo y de los órganos locales de poder. A medida que avanzaba la revolución socialista en el campo, entre los eseristas de izquierda fueron acentuándose las tendencias antisoviéticas. En julio de 1918, el CC de los eseristas de izquierda organizó en Moscú el asesinato del embajador alemán -con el propósito de provocar una guerra entre la Rusia Soviética y Alemania- y, al mismo tiempo, un levantamiento armado contra el Poder soviético. Con este motivo, el V Congreso de los Soviets de toda Rusia, una vez sofocado el motín, acordó expulsar de los Soviets a los eseristas de izquierda que compartían las opiniones de su camarilla dirigente.

51 *Tratado de Paz de Versalles*: tratado imperialista que la Entente impuso a Alemania, derrotada en la primera guerra mundial (1914-1918). Fue firmado el 28 de junio de 1919 en Versalles.

52 El *Partido Socialista Británico* (British Socialist Party) se fundó en 1911, en Manchester, mediante la unificación del Partido Socialdemócrata con otros grupos socialistas. El PSB hizo propaganda en el espíritu de las ideas del marxismo y fue, como señalara Lenin, un partido "no oportunista, verdaderamente independiente respecto de los liberales". En 1919, la inmensa mayoría de las organizaciones del PSB (98 contra 4) se pronunció a favor del ingreso en la Internacional Comunista. El Partido Socialista Británico desempeñó el papel principal, junto con el Grupo de Unidad Comunista, en la constitución del Partido Comunista de Gran Bretaña en 1920.

53 *Partido Socialista Obrero* (Socialist Labour Party): organización marxista revolucionaria fundada en 1903, en Escocia, por un grupo de socialdemócratas de izquierda, principalmente escoceses, que se había separado de la Federación Socialdemócrata.

Sociedad Socialista del Sur de Gales (South Wales Socialist Society): pequeño grupo integrado principalmente por mineros revolucionarios del País de Gales. La sociedad tuvo su origen en el movimiento pro reforma de la industria minera, que se intensificó notablemente ya en vísperas de la primera guerra mundial.

Federación Socialista Obrera (Worker's Socialist Federation): organización poco numerosa, surgida en mayo de 1918 de la Sociedad de Sufragistas y compuesta principalmente de mujeres.

Al formarse el Partido Comunista de Gran Bretaña (el Congreso de Constitución se celebró los días 31 de julio y 1 de agosto de 1920), incluyó en su programa puntos referentes a la participación del mismo en las elecciones parlamentarias y a la afiliación al Partido Laborista; pero las organizaciones antes mencionadas -que incurrían en errores sectarios- no ingresaron en el Partido Comunista. En enero de 1921, la Sociedad Socialista del Sur de Gales y la Federación Socialista Obrera -que había adoptado a la sazón el nombre de "Partido Comunista (Sección Británica de la III Internacional)"- se unificaron con el Partido Comunista de Gran Bretaña. Los dirigentes del Partido Socialista Obrero se negaron a la unificación.

54 *Worker's Dreadnought* ("El Acorazado de los Obreros"): se publicó en Londres de marzo de 1914 a junio de 1924; hasta julio de 1917 apareció con el título de *Woman's Dreadnought*. En 1918, al constituirse la Federación Socialista Obrera, pasó a ser órgano suyo.

55 *The Manchesta Guardian*: periódico burgués, de tendencia liberal, fundado en Inglaterra en 1821.

56 Lenin alude a la sublevación contrarrevolucionaria de la burguesía y los terratenientes en agosto de 1917, encabezada por el general zarista Kornílov, a la sazón jefe supremo del ejército ruso. Los conspiradores se proponían tomar Petrogrado, aniquilar el Partido Bolchevique, disolver los Soviets, implantar en el país una dictadura militar y preparar la restauración de la monarquía. La sublevación, que comenzó el 25 de agosto (7 de septiembre), fue sofocada por los obreros y los campesinos, bajo la dirección de los bolcheviques.

57 Lenin se refiere al golpe de Estado militar monárquico, conocido con la denominación de "putsch de Kapp", que dieron los militaristas reaccionarios alemanes en marzo de 1920. Lo organizaron los monárquicos -el latifundista Kapp y los generales Ludendorff, Seeckt y Lüttwitz- con la connivencia manifiesta del gobierno socialdemócrata. El 13 de marzo, los generales sediciosos lanzaron sobre Berlín unidades militares y, sin encontrar la menor resistencia por parte del gobierno, implantaron una dictadura militar. Los obreros de Alemania respondieron al golpe de

Estado con la huelga general. El Gobierno Kapp cayó bajo el embate del proletariado el 17 de marzo, volviendo al poder los socialdemócratas de derecha.

58 *Asunto Dreyfus*: proceso provocador urdido en 1894 por los monárquicos reaccionarios de la camarilla militar de Francia contra Alfredo Dreyfus, oficial hebreo del Estado Mayor General francés, acusado falsamente de espionaje y alta traición. Un consejo de guerra condenó a Dreyfus a cadena perpetua. Los medios reaccionarios de Francia aprovecharon la condena de Dreyfus, inspirada por los militaristas, para atizar el antisemitismo y desplegar la ofensiva contra el régimen republicano y las libertades democráticas. En 1898, cuando los socialistas y los demócratas burgueses avanzados (entre los que figuraban Emilio Zola. Juan Jaurès y Anatolio France) emprendieron una campaña en pro de la revisión de la causa, el asunto Dreyfus adquirió un carácter político evidente y dividió el país en dos campos: republicanos y demócratas, de un lado, y el bloque de monárquicos, clericales, antisemitas y nacionalistas, de otro. Bajo la presión de la opinión pública. Dreyfus fue indultado y puesto en libertad en 1899; pero sólo en 1906, el Tribunal de Apelación le declaró inocente y lo reincorporó al ejército.

59 *Die Rote Fahne* ("Bandera Roja"): periódico fundado por Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo como órgano central de la Liga Espartaco; más tarde fue órgano central del Partido Comunista de Alemania. Se publicó desde 1918 hasta 1939.

60 *La Libertad* ("Die Freiheit"): diario, órgano del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania; se editó en Berlín desde 1918 hasta 1922.

61 "*Defensores del Derecho soviéticos*": colegios de abogados instituidos en febrero de 1918 adjuntos a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos y cosacos; fueron disueltos en octubre de 1920.

62 De conformidad con esta indicación de Lenin, en la presente edición se ha sustituido en todas partes la expresión "tribunistas holandeses" con las palabras "algunos miembros del Partido Comunista Holandés".

63 El primer *sábado comunista* se celebró el 12 de abril de 1919 por iniciativa de los obreros ferroviarios del depósito de la estación Sortiróvochnaya, del ferrocarril Moscú-Kazan. Al poco tiempo, los sábados comunistas se habían extendido a muchas otras empresas de distintas ciudades. Lenin sintetizó la experiencia de los primeros sábados comunistas en su folleto *Una gran iniciativa* (*El heroísmo de los obreros en la retaguardia. Los "sábados comunistas"*). (Véase la presente edición, t. X.)

El sábado comunista de Primero de Mayo en toda Rusia tuvo lugar el 1 de mayo de 1920, participando en él, tan sólo en Moscú, más de 425.000 personas. Lenin tomó parte en este sábado comunista: junto con los alumnos de la Escuela Militar del Kremlin trabajó en la limpieza del territorio de este último.

El artículo de Lenin *Del primer sábado comunista en la línea férrea Moscú-Kazán al sábado comunista de Primero de Mayo en toda Rusia* vio la luz el 2 de mayo de 1920, en el periódico *Pervomáiski Subbótnik* ("El Sábado Comunista de Primero de Mayo"), del que se publicó un solo número. Este número fue redactado, compuesto e impreso durante el sábado comunista de Primero de Mayo por el personal de los rotativos *Pravda* ("La Verdad"), *Izvestia VTSIK* ("Noticias del CEC de toda Rusia"), *Ekonomícheskaya Zhtzn* ("La Vida Económica") y *Biednotá* ("Los Pobres"), la Agencia Telegráfica de Rusia (ROSTA) y por los obreros de la imprenta del CEC de toda Rusia.

64 La guerra de la Polonia burguesa y terrateniente contra la Rusia Soviética fue organizada y desencadenada por los imperialistas de los EE.UU. y de la Entente. Al preparar una nueva campaña militar contra el País de los Soviets, decidieron utilizar como principal fuerza de choque a la Polonia señorial y los restos del ejército de Denikin, agrupados en Crimea bajo el mando del general Wrangel. Los efectivos totales de ambos ejércitos llegaban a cerca de un millón de hombres y, por su equipamiento técnico, tenían mayor fuerza que el Ejército Rojo.

Instigada por los imperialistas, Polonia rehuyó pertinazmente responder a las proposiciones de paz del Gobierno soviético, viendo en ellas un síntoma de debilidad. El 25 de abril de 1920, las tropas polacas, al mando de Pilsudski, irrumpieron en el territorio del Estado soviético sin declaración de guerra.

El 30 de abril, el CEC de toda Rusia y el Consejo de Comisarios del Pueblo publicaron el llamamiento *A todos los obreros, campesinos y ciudadanos honrados de Rusia*, y el 23 de mayo, el CC del PC(b) de Rusia dio a conocer las tesis *El frente polaco y nuestras tareas*. Ambos documentos se convirtieron en programa de movilización de las fuerzas del pueblo soviético para derrotar a los intervencionistas. A fines de mayo comenzó la contraofensiva de las tropas del Frente Sudoeste y el 12 de junio quedó liberada la ciudad de Kiev. A mediados de agosto, las tropas soviéticas se acercaron a Varsovia y Lvov. Pero el Mando de ejército contrarrevolucionario polaco, con la ayuda de la Entente, tuvo tiempo de movilizar reservas y el 16 de agosto asestó fuertes golpes a las tropas soviéticas, extenuadas y diezmadas por los combates. Los polacos volvieron a tomar Minsk el 15 de octubre. Sin embargo, los reveses sufridos cerca de Varsovia no significaban que el Estado soviético hubiera sido derrotado. El Ejército Rojo se preparó para una nueva ofensiva. Y la Polonia burguesa y terrateniente, temiendo una derrota completa, suscribió el 12 de octubre un acuerdo de armisticio. El Tratado de Paz definitivo de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) y de la República Socialista Soviética de Ucrania (RSSU) con Polonia se firmó en Riga el 18 de marzo de 1921.

65 *Tolstoísmo* (o tolstoianismo): corriente religiosa utópica que surgió en el pensamiento y el movimiento sociales de Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX, tomando como base la

doctrina del escritor ruso León Tolstói. Los tolstoianos predicaban "el amor universal", la no resistencia al mal por la violencia y el perfeccionamiento moral y religioso como medio de transformar la sociedad. Lenin sometió a una acerba crítica la ideología del tolstoísmo.

66 Lenin se refiere a la declaración del Consejo Supremo de la Entente *Acerca de la frontera oriental provisional de Polonia*, fechada el 8 de diciembre de 1919, que vio la luz el 11 de junio de 1920 en el núm. 125 del periódico *Izvestia del CEC de toda Rusia*.

67 Lenin alude a las negociaciones sostenidas con el emisario norteamericano Guillermo Bullitt, llegado en marzo de 1919 a la Rusia Soviética para aclarar en qué condiciones aceptaría el Gobierno soviético concertar la paz con los aliados y con los gobiernos de guardias blancos formados en el territorio de Rusia. Por mediación de Bullitt fueron entregadas proposiciones que partían del Presidente de los EE.UU., Wilson, y del primer ministro de Gran Bretaña, Lloyd George.

El Gobierno soviético, movido por el deseo de concluir la paz lo antes posible, accedió a sostener negociaciones sobre las condiciones propuestas, introduciendo en ellas, sin embargo, enmiendas sustanciales.

Poco después de salir Bullitt de la Rusia Soviética, Kolchak consiguió algunos éxitos en el Frente Oriental, y los gobiernos imperialistas, confiando en la derrota del Estado soviético, se negaron a sostener negociaciones de paz. Wilson prohibió que se diera a la publicidad el proyecto de convenio que había llevado Bullitt, y Lloyd George declaró en el Parlamento que él no tenía nada que ver con las negociaciones con el Gobierno soviético.

68 *Uriádnik*: grado inferior en la policía de la Rusia prerrevolucionaria.

69 *Národowa Demokratcja* (Democracia Nacional, partic

70 *Democonstitucionalistas*: véase la nota 22.

Octubristas: miembros del partido Unión del 17 de Octubre, fundado en Rusia después de publicarse el manifiesto del zar del 17 de octubre de 1905, en el que había prometido otorgar libertades constitucionales.

Era un partido contrarrevolucionario que representaba y defendía los intereses de la gran burguesía y de los latifundistas que cultivaban sus fincas con métodos capitalistas. Los octubristas apoyaron por entero la política interior y exterior del gobierno zarista.

Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los octubristas fueron partido gobernante y combatieron activamente la revolución socialista, que maduraba. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre los octubristas lucharon intensamente contra el Poder soviético.

71 *Partido Socialista Polaco* (Polska Partia Socjalistyczna): partido nacionalista reformista fundado en 1892. En 1906 se escindió en dos partidos: el PPS-"lewica" y el PPS-"prawica" ("fracción revolucionaria").

El PPS-"lewica", que se unificó más tarde con la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDRPL), formó el Partido Comunista Obrero de Polonia.

El PPS-"prawica" (los "Fracy") aplicó una política nacionalista y chovinista.

Al formarse el Estado polaco burgués en 1919, el PPS-"prawica" adoptó de nuevo la denominación de Partido Socialista Polaco. Encabezó el gobierno y contribuyó a que el poder pasara a manos de la burguesía polaca; sostuvo una campaña anticomunista sistemática y respaldó la política de agresión contra el País de los Soviets, la política de anexión y opresión de Ucrania Occidental y Bielorrusia Occidental.

72 El 22 de abril de 1918, el CEC de toda Rusia promulgó un decreto por el que todos los ciudadanos de 18 a 40 años que no explotasen trabajo ajeno eran incorporados al servicio militar general y obligatorio. En virtud de este decreto se encomendó a los nuevos organismos de instrucción militar general llevar un registro de los trabajadores comprendidos en la edad de entrar en filas, prepararlos de acuerdo con un programa único y formar con ellos unidades militares.

73 Lenin alude a la República Obrera Socialista Finlandesa, proclamada al pasar el poder a los obreros a fines de enero de 1918. El 1 de marzo de 1918 se firmó en Petrogrado un tratado entre la República Obrera Socialista Finlandesa y la República Socialista Federativa Soviética de Rusia. Este tratado, que se basaba en la plena igualdad de derechos y el respeto de la soberanía de ambas partes, fue el primero en la historia suscrito entre dos Estados socialistas.

En mayo de 1918, a consecuencia de la intervención de las fuerzas armadas de Alemania, la revolución en Finlandia fue sofocada tras una encarnizada guerra civil. La República Obrera Socialista Finlandesa existió desde enero hasta mayo de 1918.

74 El 17 de diciembre de 1918, como resultado de las acciones masivas del proletariado y el campesinado letones contra los invasores alemanes y el gobierno contrarrevolucionario de Ulmanis, en Letonia se formó el Gobierno Provisional soviético, que publicó un manifiesto anunciando el paso del poder a los Soviets. En marzo de 1919, las unidades alemanas y de guardias blancos, pertrechadas y equipadas por los imperialistas de los EE.UU. y de la Entente, emprendieron una vasta ofensiva contra la Letonia Soviética. A comienzos de enero de 1920, después de encarnizados combates, la burguesía contrarrevolucionaria implantó en el país un régimen de terror sangriento.

75 Lenin se refiere al artículo de J. Marchlewski *El problema agrario y la revolución mundial*, publicado el 20 de julio de 1920 en el núm. 12 de la revista *La Internacional Comunista*. Lenin conoció el artículo antes de que viera la luz este número de la revista.

76 Lenin alude a la *II Internacional (de Berna)*, fundada en febrero de 1919, en una conferencia de partidos socialistas, por los líderes de los partidos socialistas euroccidentales, en sustitución de la II Internacional, que dejó de existir al estallar la primera guerra mundial.

77 Véase la nota 42.

78 Lenin toma esta expresión de la obra de Carlos Marx *Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho, de Hegel. Introducción*.

79 Véase la nota 31.

80 El *Partido Socialista Francés* se fundó en 1905 como resultado de la fusión del Partido Socialista de Francia (guesdistas) y del Partido Socialista Francés (jauresistas). El partido unificado fue encabezado por los reformistas. Al estallar la primera guerra mundial, los dirigentes del partido adoptaron una posición socialchovinista, apoyando abiertamente la guerra imperialista y la participación en el gobierno burgués. En el partido existía una tendencia centrista, dirigida por Juan Longuet, que sustentaba posiciones socialpacifistas y aplicaba una política de conciliación con los socialchovinistas. En el Partido Socialista Francés existía asimismo un ala izquierda, revolucionaria, compuesta principalmente de militantes de filas, que defendía posiciones internacionalistas.

Después de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, en el PSF se entabló una dura lucha entre los reformistas patentes y los centristas, de un lado, y el ala izquierda, revolucionaria, de otro. Esta última se había fortalecido con el ingreso en masa de simples obreros en el partido. El ala izquierda conquistó la mayoría en el Congreso de Tours (diciembre de 1920), en el que se acordó adherirse a la Internacional Comunista y fundar el Partido Comunista de Francia. La mayoría reformista y centrista se separó del partido y fundó otro, conservando la vieja denominación de Partido Socialista Francés.

81 El *Partido Socialista de América* quedó constituido en julio de 1901, en el Congreso de Indianápolis, mediante la unificación de diversos grupos socialistas. El fundador del partido fue Eugenio Debs. El partido era heterogéneo: lo integraban obreros norteamericanos, obreros inmigrantes, pequeños campesinos arrendatarios y elementos procedentes de la pequeña burguesía. Los dirigentes centristas y oportunistas de derecha del PSA (Víctor Berger, Morris Hillquit y otros) rechazaban la necesidad de la dictadura del proletariado y abjuraban de los métodos revolucionarios de lucha, reduciendo la actividad del partido, en lo fundamental, a participar en las campañas electorales. Durante la primera guerra mundial (1914-1918) surgieron tres tendencias en el Partido Socialista: los socialchovinistas, que apoyaban la política imperialista del gobierno; los centristas, que combatían la guerra imperialista sólo de palabra, y la minoría revolucionaria, que sustentaba posiciones internacionalistas y luchaba contra la guerra.

El ala izquierda del Partido Socialista, encabezada por Ch. Ruthenberg, W. Foster, W. Haywood y otros, apoyándose en los elementos proletarios, combatió a los dirigentes oportunistas del partido, defendiendo las acciones políticas independientes del proletariado y la creación de sindicatos de industria basados en los principios de la lucha de clases. En 1919, el Partido Socialista se escindió: el ala izquierda abandonó sus filas y fue la iniciadora de la formación del Partido Comunista de los EE.UU. y su núcleo fundamental.

82 El *Partido Socialista Suizo* (Partido Socialdemócrata de Suiza) se fundó en los años 70 del siglo XIX y perteneció a la I Internacional. Fue reconstituido en 1888, alcanzando gran influencia en él los elementos oportunistas, que mantuvieron una posición socialchovinista durante la primera guerra mundial. En el otoño de 1916, los derechistas se separaron del partido y formaron su propia organización. La mayoría del partido, encabezada por Roberto Grimm, adoptó una posición centrista, socialpacifista. El ala izquierda, internacionalista, se fortaleció bajo la influencia de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia. En diciembre de 1920, los izquierdistas abandonaron el Partido Socialista y en 1921 se unificaron con el Partido Comunista de Suiza.

83 *La Sección de Turín del Partido Socialista Italiano* (de la que formaban parte a la sazón A. Gramsci, P. Togliatti, U. Terracini y otros componentes del ala izquierda, revolucionaria, del partido) acusaba a los dirigentes centristas del PSI de que durante el ascenso revolucionario en Italia (1919-1920), que creó condiciones propicias para la toma del poder por el proletariado, no hicieron un análisis correcto de los hechos, no unieron ni coordinaron la lucha de las masas y dejaron en el partido a los reformistas. La sección presentó una serie de proposiciones prácticas: expulsar del partido a los oportunistas, crear grupos comunistas en todas las fábricas, sindicatos y cuarteles y organizar comités de fábrica para controlar la producción en la industria y en la agricultura. Pidió también que se iniciara sin demora la preparación de las masas populares para constituir Soviets.

Las propuestas de la Sección de Turín al Consejo Nacional del Partido Socialista Italiano, a las que alude Lenin, fueron escritas por A. Gramsci.

84 *L'Ordine Nuovo* ("El Orden Nuevo"): semanario que empezó a publicarse en Turín en 1919, convirtiéndose en diario en 1921. Fue primeramente portavoz del ala izquierda del Partido Socialista Italiano y, después, desde aquel mismo año, órgano del Partido Comunista de Italia. Dirigido por A. Gramsci y P. Togliatti, el periódico hizo propaganda de las ideas del marxismo-leninismo, divulgó la experiencia y las enseñanzas de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia y denunció la política conciliadora de los líderes oportunistas del PSI. El grupo de revolucionarios que se unió alrededor del periódico formó, con posterioridad, el núcleo dirigente del Partido Comunista de Italia. L'Ordine Nuovo fue suspendido por el gobierno fascista en octubre de 1922, siendo asaltadas su Redacción y su imprenta; no obstante, siguió editándose en la clandestinidad hasta diciembre del mismo año. En 1924 reanudó su publicación en Roma, pero poco después volvió a ser clausurado.

85 En octubre de 1918, parte de los socialdemócratas de izquierda suizos se unieron en el Partido Comunista de Suiza, que era entonces una organización poco numerosa. Esta organización

estuvo representada por dos delegados en el II Congreso de la Internacional Comunista.

En diciembre de 1920 se separó del Partido Socialdemócrata de Suiza su ala izquierda, que planteó la necesidad de crear en el país una fuerte sección de la Internacional Comunista. En marzo de 1921, en el Congreso de Zurich (al que asistieron 28 delegados del Partido Comunista y 145 de la ex ala izquierda del Partido Socialdemócrata), se unificaron oficialmente estos dos grupos para formar un solo partido: el Partido Comunista de Suiza.

86 *Comités de Delegados de Fábrica* (Shop Stewards Committees): organizaciones obreras electivas que existieron en Inglaterra en numerosas industrias y alcanzaron gran difusión durante la primera guerra mundial. En unos momentos en que avanzaba el movimiento obrero y crecía el descontento por la política reformista de los líderes tradeunionistas, los delegados de fábrica (unidos en comités urbanos y distritales y en un Comité Nacional) encabezaron una serie de acciones importantes de los obreros contra la guerra imperialista y por el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre, durante el período de la intervención militar extranjera contra la República Soviética, los comités de delegados de fábrica apoyaron activamente a la Rusia Soviética. Destacados dirigentes de dichos comités ingresaron en el Partido Comunista de Gran Bretaña.

87 El *I Congreso de la Internacional Comunista* se celebró del 2 al 6 de marzo de 1919, en Moscú.

88 *La "Internacional" de Amsterdam de sindicatos amarillos* (Federación Sindical Internacional) la fundaron los líderes sindicales reformistas de diversos países en una conferencia celebrada en Amsterdam del 26 de julio al 2 de agosto de 1919. Ingresaron en ella organizaciones sindicales de 14 países: Inglaterra, Francia, Alemania, EE.UU., Bélgica, Dinamarca, Holanda, Luxemburgo, Noruega, Suecia, Austria, Checoslovaquia, Suiza y España. La situación dominante en la Internacional Sindical de Ámsterdam pertenecía a los líderes reaccionarios de los sindicatos ingleses y franceses. Toda la actividad de la FSI estuvo vinculada a la política de los partidos oportunistas de la II Internacional: propugnó la colaboración del proletariado con la burguesía y rechazó las formas revolucionarias de lucha de la clase obrera. Los dirigentes de la FSI siguieron una política de división del movimiento obrero, expulsaron a los sindicatos de izquierda y rechazaron todas las propuestas de la Internacional Sindical Roja de luchar en común contra la ofensiva del capital, contra el peligro de guerra, reacción y fascismo y por la unidad del movimiento sindical mundial.

La Internacional de Amsterdam dejó de actuar durante la segunda guerra mundial.

89 *Internacional Sindical Roja* (Profintern): organización internacional de sindicatos revolucionarios, que se fundó en 1921 y existió hasta fines de 1937. Agrupaba a las centrales sindicales no adheridas a la reformista Federación Sindical Internacional de Amsterdam: el Consejo Central de los Sindicatos de la URSS (sindicatos soviéticos), la Confederación General del Trabajo Unitaria de Francia y las centrales sindicales revolucionarias de Australia, Bélgica, Canadá, Colombia, Corea, Checoslovaquia, Chile, China, Estonia, Holanda, Indonesia, Irán, Irlanda, Lituania, Mongolia, Perú y Uruguay, así como a grupos y corrientes de oposición en el seno de las organizaciones sindicales reformistas de diversos países capitalistas. La Internacional Sindical Roja luchó por la unidad del movimiento sindical sobre la base de la acción revolucionaria en defensa de las reivindicaciones de la clase obrera, contra la ofensiva del capital y del fascismo, contra el peligro de una guerra imperialista y en pro del acercamiento con la clase obrera de la Rusia Soviética.

90 *El Punto veinte de las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista* fue propuesto por Lenin en la sesión de la comisión correspondiente del II Congreso de la IC, celebrada el 25 de julio de 1920, al discutirse las tesis sobre las condiciones de ingreso en la misma. Estas tesis, publicadas en la revista *La Internacional Comunista* antes de que empezara su discusión en el congreso, contenían diecinueve condiciones. El Congreso de la IC aprobó veintiuna condiciones. La última de ellas decía: "Los miembros del partido que rechacen en principio las condiciones y las tesis formuladas por la Internacional Comunista deben ser expulsados de sus filas. Esto afecta asimismo a los delegados a los congresos extraordinarios del partido" (*II Congreso de la Internacional Comunista*. Julio-agosto de 1920, ed. en ruso, Moscú, 1934, pág. 505).

91 *El II Congreso de la Internacional Comunista*, que sentó las bases programáticas, tácticas y orgánicas del Comintern, se celebró en la Rusia Soviética del 19 de julio al 7 de agosto de 1920. Se inauguró en Petrogrado, pero desde el 23 de julio sesionó en Moscú. Asistieron 169 delegados con voz y voto y 49 sólo con voz, en representación de 67 organizaciones obreras de 37 países. Además de los representantes de partidos y organizaciones comunistas (de 31 países), en las labores del congreso participaron delegados del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de los partidos socialistas de Italia y Francia, de los Obreros Industriales del Mundo (de Australia, Inglaterra e Irlanda), de la Confederación Nacional del Trabajo de España y de otras organizaciones.

Lenin dirigió todo el trabajo preparatorio del congreso, concediendo gran importancia a esta asamblea internacional de organizaciones comunistas y obreras.

El congreso aprobó el siguiente orden del día: 1) La situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista; 2) Papel y estructura de los partidos comunistas antes y después de la toma del poder por el proletariado; 3) Los sindicatos y los comités de fábrica; 4) El problema del parlamentarismo; 5) El problema nacional y colonial; 6) El problema agrario; 7) Posición ante las nuevas corrientes del "centro" y condiciones de ingreso en la Internacional Comunista; 8) Estatutos

de la Internacional Comunista; 9) Cuestiones de organización (organizaciones legales e ilegales, organizaciones femeninas, etc.); 10) El movimiento juvenil comunista; 11) Elección de cargos; 12) Varios.

Lenin presentó en la primera sesión del congreso un informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista. Tomó parte activa en la labor de la mayoría de las comisiones del congreso que examinaron temas concretos: el problema nacional y colonial, el problema agrario, las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista y la situación internacional y las tareas del Comintern. A la par con la lucha tendente a unir las fuerzas revolucionarias proletarias y robustecer los partidos comunistas, Lenin señaló la tarea de depurar estos últimos de elementos oportunistas y centristas. Destacó la necesidad de desplegar la labor revolucionaria entre las grandes masas de la clase obrera, en el campo y en el ejército, y criticó de modo consecuente los errores sectarios y las tendencias anarcosindicalistas en diversos partidos y organizaciones comunistas.

El II Congreso de la Internacional Comunista desempeñó un magno papel en el desarrollo del movimiento comunista mundial. Lenin señaló que, después del congreso, "el comunismo se ha convertido en el problema central de todo el movimiento obrero en su conjunto".

92 *The Times* ("Los Tiempos"): diario fundado en 1785 en Londres; uno de los periódicos conservadores más importantes de la burguesía inglesa.

93 *Noticiero del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros de la RSFSR* ("Véstnik Naródnogo Komissariata po Inostránnim Dielam RSFSR"): revista que se publicó en Moscú, desde el 20 de junio de 1919 hasta junio de 1922, como órgano oficial del Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros.

94 Lenin se refiere a la organización internacional, que se constituía en aquel período, de partidos y grupos socialistas centristas que abandonaron la II Internacional bajo la presión de las masas revolucionarias. Esta organización, conocida con el nombre de Internacional II y 1/2 o Internacional de Viena (su denominación oficial era Agrupación Internacional de Partidos Socialistas), se fundó en febrero de 1921, en una conferencia celebrada en la capital austriaca. Aunque criticaban de palabra a la II Internacional, los líderes de la Internacional II y 1/2 aplicaron de hecho entre la clase obrera una política oportunista y divisionista respecto a todos los problemas capitales del movimiento proletario. Además, trataron de utilizar la agrupación internacional creada por ellos para contrarrestar la creciente influencia de los comunistas entre las masas obreras.

En mayo de 1923, las Internacionales II y II y 1/2 se unificaron, formando la llamada Internacional Obrera Socialista.

95 "*14 puntos*": demagógico "programa de paz" propuesto por Woodrow Wilson, Presidente de los EE.UU., en enero de 1918.

96 *Socialistas "gremiales", "socialismo gremial"*: corriente reformista surgida entre las tradeuniones inglesas en vísperas de la primera guerra mundial. Los socialistas "gremiales" negaban el carácter de clase del Estado y sembraban entre los obreros ilusiones acerca de que era posible emanciparse de la explotación sin necesidad de la lucha de clases. Proponían constituir, sobre la base de las tradeuniones existentes, agrupaciones especiales de productores ("gremios"), unidas en una federación, y entregarles la dirección de la industria para crear paulatinamente la sociedad socialista. Los socialistas "gremiales" intensificaron especialmente su propaganda después de la Revolución Socialista de Octubre, tratando de contraponer su "teoría" del "socialismo gremial" a las ideas de la lucha de clases y de la dictadura del proletariado. En los años 20, el "socialismo gremial" perdió toda influencia entre la clase obrera de Inglaterra.

97 Se alude a la Federación Americana del Trabajo y al Partido Laborista inglés (véase la nota 21).

Federación Americana del Trabajo (FAT): central sindical fundada en los EE.UU. en 1881. La FAT, estructurada según el principio gremial, agrupaba principalmente a "la aristocracia obrera". Sus dirigentes reformistas repudian los principios del socialismo y de la lucha de clases, propugnan "la colaboración de clases" y defienden el régimen capitalista, aplican una política de división del movimiento obrero internacional y apoyan activamente la política exterior agresiva del imperialismo norteamericano. En 1955, la FAT se fusionó con otra central sindical: el Congreso de los Sindicatos Industriales. La nueva central sindical se denomina Federación Americana del Trabajo-Congreso de los Sindicatos Industriales (FAT-CSI).

98 Lenin alude a su libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*.

99 La *Comisión para los problemas nacional y colonial* se formó en el II Congreso de la Internacional Comunista. Estaba compuesta de veinte miembros, que representaban a partidos de los países siguientes: Alemania, Austria, Bulgaria, Corea, China, EE.UU., Francia, Holanda, Hungría, India, Indonesia, Inglaterra, Irán, Irlanda, México, Rusia, Turquía y Yugoslavia. Lenin dirigió las labores de la comisión, que comenzaron el 25 de julio de 1920 con la discusión de las tesis, redactadas por él, sobre los problemas nacionales y coloniales. Estas tesis fueron sometidas a examen del congreso el 26 de julio. Además, en la Comisión para los problemas nacional y colonial y en las sesiones plenarias del congreso se discutieron las tesis adicionales presentadas por M. N. Roy.

100 *Jingoísmo*: chovinismo militante, defensa de la política agresiva, imperialista. El término proviene de la palabra "jingo", que figuraba en el estribillo de una canción patriotera inglesa de los años 70 del siglo XIX.

101 *Manifiesto de Basilea*: manifiesto sobre la guerra aprobado por el Congreso Socialista Internacional Extraordinario celebrado en Basilea (Suiza) los días 24 y 25 de noviembre de 1912. El manifiesto ponía en guardia a los pueblos contra la creciente amenaza de guerra imperialista mundial, denunciaba los fines

expoliadores de esta guerra y exhortaba a los obreros de todos los países a luchar resueltamente por la paz, oponiendo "al imperialismo capitalista la potencia de la solidaridad internacional del proletariado". El Manifiesto de Basilea condenó con energía la política expansionista de los Estados imperialistas y llamó a los socialistas a combatir toda opresión de los pueblos pequeños y las manifestaciones de chovinismo.

102 *Centurias negras*: bandas monárquicas organizadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. Las centurias negras asesinaban a los revolucionarios, atentaban contra los intelectuales progresistas y organizaban pogromos antisemitas.

103 *Los Comités de Acción*, creados por los obreros ingleses para impedir que Inglaterra entrase en la guerra contra la Rusia Soviética, empezaron a surgir en los primeros días de agosto de 1920. A finales de agosto existían ya en Inglaterra más de 150 organizaciones de este tipo, y un mes después, el doble. El Partido Comunista de Gran Bretaña desempeñó un importante papel en la organización de los Comités de Acción. Bajo la presión del movimiento revolucionario masivo, el Comité de Acción central, encabezado por líderes oportunistas de las tradeuniones y del Partido Laborista, se vio obligado a combatir la política antisoviética del gobierno. Pero cuando éste, asustado por la extensión del movimiento revolucionario, renunció a la guerra contra la Rusia Soviética, dicho comité no amplió la lucha y empezó a restringir la actividad de las organizaciones locales. Esto socavó la labor de los Comités de Acción, que se disolvieron a comienzos de 1921, y debilitó el movimiento revolucionario.

104 Lenin alude a las concepciones, ajenas al marxismo, que los miembros de *Proletkult* (organización cultural y educativa) inculcaban con la denominación de "cultura proletaria". Surgida ya en septiembre de 1917 como organización obrera independiente, siguió defendiendo su "independencia" después de la Revolución Socialista de Octubre, contraponiéndose así al Estado proletario. Debido a ello, los intelectuales burgueses se infiltraron en Proletkult y comenzaron a ejercer una influencia decisiva en su posición. Los adeptos de dicha organización negaban, de hecho, la importancia de la herencia cultural del pasado, pretendían aislarse de las tareas de la labor cultural y educativa de masas y crear, "en condiciones de laboratorio", una "cultura proletaria" especial apartada de la vida. Aun reconociendo de palabra el marxismo, su ideólogo principal, Bogdánov, propugnaba en realidad la filosofía idealista subjetiva de Mach. Proletkult no era una organización homogénea. Además de los intelectuales burgueses, que capitaneaban numerosas entidades de Proletkult, formaban parte de ella jóvenes obreros que querían sinceramente ayudar a la obra cultural del Estado soviético. Las organizaciones de Proletkult alcanzaron su mayor desarrollo en 1919, entrando en decadencia a comienzos de los años 20. Proletkult dejó de existir en 1932.

105 El Programa del POSDR fue aprobado por el II Congreso del partido en agosto de 1903.

106 *Zariá* ("La Aurora"): revista política y científica marxista, editada legalmente en Stuttgart por la Redacción de *Iskra* en 1901 y 1902. Se publicaron en total cuatro números. *Zariá* criticó el revisionismo internacional y ruso y defendió las bases teóricas del marxismo.

107 Se cita la resolución del III Congreso del POSDR *Acerca de la insurrección armada*. El proyecto de esta resolución lo escribió Lenin.

108 *Prosveschenie* ("La Ilustración"): revista teórica bolchevique mensual; se publicó legalmente en San Petersburgo de 1911 a 1914 y en 1917.

109 Lenin analizó los datos mensuales sobre las huelgas económicas y políticas durante la primera revolución rusa (1905-1907) en sus artículos *La estadística de las huelgas en Rusia* y *El sentido histórico de la lucha interna en el partido en Rusia*. El primero vio la luz en diciembre de 1910 y enero de 1911 en los números 1 y 2 de la revista Mysl ("El Pensamiento"); el segundo, el 29 de abril (12 de mayo) de 1911 en el número 3 de *Diskussionni Listok* ("Hoja de Discusión").

110 *Nueva Gaceta del Rin* ("Neue Rheinische Zeitung") se publicó diariamente en Colonia, bajo la dirección de Carlos Marx, desde junio de 1848 hasta mayo de 1849.

111 C. Marx. *La crisis y la contrarrevolución*.

112 *Asamblea de Francfort*: Asamblea Nacional de toda Alemania convocada después de la revolución de marzo de 1848 en dicho país; inauguró sus sesiones en mayo del mismo año en Francfort del Meno. Su tarea principal consistía en acabar con el fraccionamiento político y aprobar una Constitución para toda Alemania. Pero la cobardía y las vacilaciones de la mayoría liberal de la Dieta, así como la indecisión e inconsecuencia del ala izquierda pequeñoburguesa, hicieron que dicho organismo temiese asumir el poder supremo en el país y no supiera adoptar una posición firme en los problemas fundamentales de la revolución alemana de 1848-1849. La Dieta (o Asamblea) de Francfort fue disuelta en junio de 1849.

113 C. Marx y F. Engels. *Los programas del partido radical democrático de Francfort y la izquierda de Francfort*.

114 El 9 de enero de 1905 fue ametrallada por orden del zar una manifestación pacífica de obreros petersburgueses, que se dirigía al Palacio de Invierno (sede del zar) para entregarle una petición. Resultaron muertas más de mil personas y heridas cerca de cinco mil. Los sucesos del 9 de enero, que desde entonces se denominó Domingo Sangriento, marcaron el comienzo de la revolución de 1905.

115 El 17 de octubre de 1905, en pleno apogeo de la huelga política general en toda Rusia, se publicó un manifiesto del zar que prometía "libertades cívicas" y una Duma "legislativa". El manifiesto era una concesión arrancada al zarismo por la revolución. El gobierno zarista quería ganar tiempo, dividir las fuerzas revolucionarias, frustrar la huelga general de toda Rusia y sofocar la revolución. Los

bolcheviques denunciaron esta maniobra política de la autocracia.

116 Se trata del diario *Nasha Zhizn* ("Nuestra Vida"), que se publicó en San Petersburgo, con intervalos, desde noviembre de 1904 hasta julio de 1906.

117 *Brentanismo*: doctrina burguesa liberal, que propugna la posibilidad de resolver el problema obrero en el marco del capitalismo mediante la promulgaci6n de leyes fabriles y la organización de los obreros en sindicatos. Su denominación está vinculada al nombre de Luis Brentano, catedrático de Economía Política de la Universidad de Munich, uno de los representantes principales del socialismo de cátedra.

118 *Bernstetnianos*: adeptos de una corriente oportunista en la socialdemocracia alemana e internacional, surgida a fines del siglo XIX. Debe su nombre al socialdemócrata alemán Eduardo Bernstein. De 1896 a 1898, Bernstein publicó en la revista *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"), órgano teórico de la socialdemocracia alemana, una serie de artículos con el título de *Problemas del socialismo*. Encubriéndose con la bandera de "la libertad de crítica", intentó revisar en ellos las bases filosóficas, económicas y políticas del marxismo revolucionario y sustituirlas con teorías burguesas que propugnan la conciliación de las contradicciones de clase y la colaboración de las clases. Las ideas de Bernstein fueron apoyadas por el ala derecha de la socialdemocracia alemana y por los oportunistas de otros partidos de la 11 Internacional.

119 *Bez Zaglavta* ("Sin Título"): semanario político que se publicó en San Petersburgo en 1906. Los "sin título" eran un grupo semimenchevique y semidemoconstitucionalista de intelectuales burgueses rusos. Encubriéndose con su imparcialidad formal, defendían las ideas del liberalismo burgués y del oportunismo y apoyaban a los revisionistas de la socialdemocracia rusa e internacional.

120 *Ortodoxos*: socialdemócratas alemanes que combatieron la revisión del marxismo.

121 Lenin alude a las divergencias surgidas en la fracción socialdemócrata del Reichstag alemán en torno al problema de los subsidios navieros (*Dampfersubvention*). A fines de 1884, el canciller Bismarck, en aras de la política colonial anexionista alemana, pidió al Reichstag que aprobase subsidios a las compañías navieras para organizar viajes marítimos regulares a Asia Oriental, Australia y África. El ala izquierda de la fracción socialdemócrata, dirigida por Bebel y Liebknecht, se opuso a los subsidios. El ala derecha (encabezada por Auer, Dietz y otros), que constituía la mayoría de la fracción, se manifestó a favor de dichos subsidios ya antes de que empezaran los debates oficiales en el Reichstag. Al discutirse allí el problema (marzo de 1885), el ala derecha de la fracción socialdemócrata votó a favor de que se organizasen las líneas a Asia Oriental y Australia; puso como condición de su apoyo al proyecto de Bismarck la aceptación de algunas de sus reivindicaciones, en particular, que los nuevos buques fuesen construidos en astilleros alemanes. Sólo después de que el Reichstag rechazó esta demanda, toda la fracción socialdemócrata votó en contra del proyecto gubernamental. La conducta de la mayoría de la fracción fue condenada por el periódico *El Socialdemócrata* y las organizaciones socialdemócratas. Las discrepancias se exacerbaron tanto que estuvieron a punto de provocar una escisión en el partido.

122 "*Los jóvenes*": denominación que se dio a un grupo de oposición pequeñoburgués semianarquista en la socialdemocracia alemana, surgido en 1890. Su núcleo fundamental lo formaban jóvenes literatos y estudiantes (y de ahí el nombre de la oposición), que aspiraban a desempeñar el papel de teóricos y dirigentes del partido. Esta oposición no comprendía que, al ser derogada la Ley de excepción contra los socialistas (1878), habían cambiado las condiciones en que actuaba el partido. "Los jóvenes" negaban la necesidad de utilizar las formas legales de lucha, se pronunciaban contra la participación de la socialdemocracia en el Parlamento y acusaban al partido de oportunismo y de defender los intereses de la pequeña burguesía.

123 *Séverni Golos* ("La Voz del Norte"): periódico legal, órgano unificado del POSDR; se publicó en San Petersburgo en diciembre de 1905, bajo la dirección común de bolcheviques y mencheviques, al ser suspendidos por el gobierno los periódicos *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva") y *Nachalo* ("El Comienzo"). Después de ver la luz el tercer número, el periódico fue clausurado por el gobierno.

124 *Nachalo* ("El Comienzo"): diario menchevique legal, que se editó en San Petersburgo en noviembre y diciembre de 1905. Vieron la luz 16 números.

125 *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva"): primer periódico bolchevique legal; se publicó en San Petersburgo de octubre a diciembre de 1905, siendo, de hecho, órgano central del POSDR.

126 *Poliárnaya Zvezdá* ("La Estrella del Norte"): revista semanal, órgano del ala derecha del Partido Demócrata Constitucionalista. Se publicó en San Petersburgo (14 números) desde diciembre de 1905 hasta marzo de 1906, bajo la dirección de P. Struve.

127 *Izvestia*: diario que empezó a publicarse en febrero de 1917 como órgano del CEC; desde 1922 fue órgano del CEC de toda Rusia y, luego, del CEC de la URSS. En la actualidad aparece con el título de Izvestia Soviétov Deputátov Trudiáschijsia ("Noticias de los Soviets de Diputados de los Trabajadores").

Pravda ("La Verdad"): primer periódico obrero legal de masas, fundado por Lenin el 5 de mayo de 1912. Es órgano del CC del PCUS.

128 *Biednotá* ("Los Pobres"): diario para los campesinos, que empezó a publicarse en Moscú el 27 de marzo de 1918. El periódico sostuvo una lucha activa para afianzar la alianza de la clase obrera y del campesinado, para organizar y unir a las masas de campesinos pobres y medios alrededor del Partido Comunista y del Poder soviético.

129 *Taylorización*: término derivado del nombre del ingeniero norteamericano Federico Taylor, fundador de un sistema de organización del trabajo (llamado taylorismo) tendiente a aumentar al máximo el

rendimiento de la jornada laboral, así como a utilizar de manera racional los medios de producción y los instrumentos de trabajo.

130 *El VIII Congreso de los Soviets de diputados obreros, campesinos, soldados rojos y cosacos de toda Rusia* se celebró en Moscú del 22 al 29 de diciembre de 1920. Se reunió en el período de terminación victoriosa de la guerra contra los intervencionistas extranjeros y las fuerzas contrarrevolucionarias internas. En el orden del día figuraban las siguientes cuestiones: informe sobre la gestión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y del Consejo de Comisarios del Pueblo; la electrificación de Rusia; el restablecimiento de la industria y del transporte; el desarrollo de la producción agrícola y la ayuda a la hacienda campesina; el mejoramiento de la actividad de los organismos soviéticos, y la lucha contra el burocratismo.

Lenin dirigió personalmente las labores del congreso y pronunció varios discursos en sus sesiones plenarias. El 22 de diciembre presentó un informe sobre la gestión del CEC de toda Rusia y del Consejo de Comisarios del Pueblo y al día siguiente hizo el resumen de la discusión del informe. Además, intervino seis veces en las reuniones del grupo comunista del congreso acerca de las concesiones y al discutirse el proyecto de ley sobre las medidas orientadas a fortalecer y desarrollar la hacienda campesina.

El VIII Congreso aprobó el plan de electrificación del país (Plan GOELRO), confeccionado por iniciativa de Lenin y de acuerdo con sus indicaciones. Fue el primer plan económico a largo plazo del Estado soviético, que Lenin calificó de "segundo programa del partido".

Una de las cuestiones más importantes que figuraban en el orden del día fue el proyecto de ley acerca de las medidas orientadas a fortalecer y desarrollar la hacienda campesina, aprobado por el CCP el 14 de diciembre de 1920.

El paso a la labor de edificación pacífica hacía necesario mejorar y reorganizar todo el mecanismo soviético. El congreso aprobó una extensa resolución sobre la estructura del Estado soviético, que reglamentaba las relaciones entre los organismos centrales y locales de poder y administración. En las labores del congreso ocupó un importante lugar la reorganización de todo el sistema de dirección de la economía nacional en consonancia con las nuevas tareas económicas.

131 Lenin se refiere al decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo (23 de noviembre de 1920) acerca de las concesiones.

132 Se alude a la reunión celebrada el 6 de diciembre de 1920 por la organización de Moscú del PC(b) de Rusia.

133 La República del Extremo Oriente (REO) fue creada en abril de 1920 en el territorio de las regiones de Transbaikalia, Amur, Primorie y Kamchatka y de Sajalín Septentrional. La proclamación de la REO como un Estado democrático burgués por la forma, pero que, en la práctica, aplicaba la política soviética, correspondía a los intereses de la Rusia Soviética, que aspiraba a asegurarse una larga tregua en el Frente Oriental y eludir una guerra con el Japón. Al mismo tiempo, la creación de un Estado "tapón" en el Extremo Oriente era una medida forzada.

Cuando el territorio del Extremo Oriente (excepto Sajalín Septentrional) quedó limpio de intervencionistas y guardias blancos, la Asamblea Nacional de la REO acordó, el 14 de noviembre de 1922, unirse a la RSFSR.

134 El 26 de mayo de 1919, el Consejo Supremo de la Entente envió a Kolchak una nota firmada por Wilson, Lloyd George, Clemenceau, Orlando y Saionji -, en la que se declaraba dispuesto a reconocer a Kolchak y ayudarle con material de guerra, víveres y municiones para que pudiera afianzarse como gobernante de toda Rusia. A su vez, los aliados exigían a Kolchak que cumpliera algunas condiciones: convocar la Asamblea Constituyente después de tomar Moscú; reconocer la independencia de Polonia y Finlandia; en el caso de que fuera imposible resolver el problema de las relaciones de Rusia con Estonia, Letonia y Lituania, así como con las regiones del Cáucaso y del otro lado del Caspio, transferirlo a la Sociedad de Naciones y, entre tanto, reconocer la autonomía de estos territorios, etc. En su carta de respuesta al Consejo Supremo de la Entente, Kolchak manifestó que estaba dispuesto a aceptar una serie de condiciones de los aliados. El 12 de julio, Inglaterra, Francia, los EE.UU. e Italia consideraron satisfactoria la respuesta de Kolchak y reiteraron una vez más su propósito de ayudarle.

135 Lenin alude a las condiciones de ingreso en la Internacional Comunista, aprobadas el 6 de agosto de 1920 por el II Congreso de la Comintern.

136 Lenin se refiere al *I Congreso de los Pueblos de Oriente*, celebrado en Bakú del 1 al 7 de septiembre de 1920. Asistieron 1.891 delegados, en representación de 37 naciones y pueblos del Cáucaso, Asia Central, Afganistán, Corea, China, Egipto, India, Irán, Japón, Siria, Turquía y otros países. Dos tercios de los delegados (1.273) eran comunistas.

El Congreso de los Pueblos de Oriente discutió, entre otras, las cuestiones siguientes: 1) La situación internacional y las tareas de los trabajadores de los pueblos de Oriente; 2) El problema nacional y colonial; 3) El problema agrario; 4) Los Soviets en Oriente; 5) Cuestiones de organización. Se constituyeron cuatro comisiones encargadas de preparar los documentos correspondientes sobre los distintos problemas: agrario, nacional y colonial, estructura de los Soviets y cuestiones de organización.

El congreso se adhirió a los acuerdos del II Congreso de la Internacional Comunista y, tomándolos como base, redactó diversas resoluciones. Acordó publicar dos llamamientos: uno, a los pueblos de Oriente, exhortándoles a luchar contra los colonialistas; otro, a los trabajadores de Europa, Norteamérica y el Japón, invitándoles a apoyar el movimiento liberador de los pueblos de Oriente. El congreso instituyó,

adjunto al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, un organismo permanente encargado de llevar a la práctica las decisiones adoptadas: el Consejo de Propaganda y Acción de los Pueblos de Oriente.

137 Véase la nota 13.

138 En 1921, en el número 1-2 de la revista *Russische Korrespondenz* ("La Correspondencia Rusa") se publicaron en alemán el Decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo acerca de las concesiones, los mapas de las concesiones forestales, de aprovisionamiento y mineras y varios artículos de altos funcionarios soviéticos.

139 *Plan de electrificación de toda Rusia*: primer plan científico a largo plazo de restablecimiento y desarrollo de la economía de la República Soviética. Lo confeccionó, por encargo de Lenin, la Comisión Estatal para la Electrificación de Rusia (GOELRO) en 1920. En el plan, calculado para diez o quince años, se preveía construir veinte centrales termoeléctricas y diez hidroeléctricas con una potencia total de 1.500.000 kWh. En el transcurso de quince años, la potencia de todas las centrales eléctricas distritales debería llegar a 1.750.000 kWh. Se fijaba en 8.800 millones de kWh la generación anual de energía eléctrica, frente a los 1.900 millones que se generaron en Rusia en 1913. En el plan se estipulaba asimismo el emplazamiento racional y armónico de la industria en todo el país. De acuerdo con el plan, la producción industrial debía aumentar entre el 80 y el 100% respecto a 1913 y en muchas veces en comparación con el nivel de 1920. El Plan GOELRO quedó cumplido, en lo fundamental, ya en 1931: aquel año, la generación de energía eléctrica en la URSS llegó a 10.700 millones de kWh, aumentando en diez años en más de veinte veces.

140 Lenin alude a la reunión de activistas de la organización moscovita del PC(b) de Rusia celebrada el 6 de diciembre de 1920.

141 "*Sújarevka*": mercado que se encontraba en la Plaza Sújarevskaya (hoy Koljóznaya), de Moscú. Durante la intervención militar extranjera y la guerra civil fue un centro de especulación, sinónimo de "libre" comercio privado. Quedó clausurado en 1932.

142 El 10 de agosto de 1920, el gobierno francés anunció oficialmente que reconocía a Wrangel "gobernante del Sur de Rusia". Nombró representante diplomático ante el "gobierno" de Wrangel a De Martel, que hasta entonces había representado a Francia ante Kolchak y, después, ante los gobiernos burgueses del Cáucaso.

143 El tratado sobre el establecimiento de relaciones amistosas entre la RSFSR y Persia se firmó en Moscú, el 26 de febrero de 1921, pese a los obstáculos que pusieron los medios gobernantes ingleses. Se basaba en los principios de la coexistencia pacífica y de la cooperación de los Estados: igualdad, respeto de la soberanía, no injerencia en los asuntos internos y provecho mutuo. En virtud de este tratado quedaron derogados todos los convenios de la Rusia zarista con Persia y terceras potencias que menoscabasen los intereses soberanos del pueblo iraní. Fueron devueltas a Persia todas las concesiones que había recibido en su territorio el gobierno zarista. El Gobierno soviético renunció a todos los derechos sobre los empréstitos concedidos a Persia por el gobierno zarista. Tenían una importancia singular los artículos que obligaban a ambas partes a no permitir la formación o permanencia en su territorio de organizaciones o grupos que se señalasen como fin luchar contra Rusia o Persia. Este tratado fue el primero que firmó Persia en pie de igualdad.

144 El *Consejo de Defensa* (Consejo de Defensa Obrera y Campesina) se constituyó por disposición del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia el 30 de noviembre de 1918, nombrándose presidente suya a Lenin. Fue un organismo extraordinario del Estado soviético, nacido de la situación, excepcionalmente difícil, que se había creado en el país. Se le concedieron plenos poderes para movilizar las fuerzas y los recursos del país en provecho de la defensa.

Las disposiciones del Consejo de Defensa eran de cumplimiento obligatorio para los organismos e instituciones centrales y locales y para todos los ciudadanos de la República Soviética. Este Consejo fue el principal centro militar, económico y planificador de la República durante el período de la intervención extranjera y de la guerra civil. Se sometió al control inmediato del Consejo de Defensa la actividad de Consejo Militar Revolucionario y demás organismos militares.

A comienzos de abril de 1920, el Consejo de Defensa Obrera y Campesina fue reorganizado y empezó a denominarse Consejo de Trabajo y Defensa (CTD). Por acuerdo del VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia (diciembre de 1920), el CTD funcionó como una comisión del Consejo de Comisarios del Pueblo, cuya misión principal era coordinar la labor de todos los departamentos relacionados con la organización de la economía. Existió hasta 1937.

145 Lenin se refiere a las *Seis tesis sobre las tareas inmediatas del Poder soviético*, que escribió en abril de 1918.

146 Lenin alude a la *Oficina de Propaganda de la Producción de toda Rusia, adjunta al Consejo Central de los Sindicatos*. Fue organizada por acuerdo de la sesión plenaria que celebró el CC del PC(b) de Rusia el 8 de diciembre de 1920. Se le encomendó preparar un plan general de trabajo, dirigir y controlar la agitación y propaganda de la producción por los diversos organismos e instituciones.

147 *Comité Principal de Educación Política de la República* (Comprinedpol): organismo creado en noviembre de 1920. Formaba parte del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, del cual dependía en los aspectos administrativo y orgánico; en lo que respecta a los problemas del contenido ideológico de su labor, estaba subordinado directamente al CC del PC(b) de Rusia. El Comprinedpol unificaba toda la labor de educación política, agitación y propaganda; dirigía la educación comunista masiva de los adultos (alfabetización, escuelas, clubs, bibliotecas, isbas de lectura) y la red de

instituciones docentes en el partido (centros de enseñanza superior y escuelas del partido).

148 *La Orden Nº 1.042* fue dictada por la Dirección Principal de Vías de Comunicación el 22 de mayo de 1920. Estaba dedicada a la reparación de las locomotoras destruidas durante la guerra imperialista y la guerra civil. Señalaba un plazo de cuatro años y medio (a partir del 1 de julio de 1920) para reducir de sesenta a veinte el porcentaje de locomotoras que se encontraban en reparación.

149 Lenin se refiere al folleto de S. I. Gúsev *El plan económico único y el mecanismo económico único*, publicado para el VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia. Su folleto anterior, *Problemas inmediatos de la edificación económica* (Acerca de las tesis del CC del PCR), se editó en vísperas del IX Congreso del partido.

150 El discurso pronunciado en la reunión conjunta de los militantes del PC(b) de Rusia delegados al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia y miembros del Consejo Central de los Sindicatos de Rusia y del Consejo de los Sindicatos de Moscú, celebrada el 30 de diciembre de 1920 en el Teatro Bolshói, fue la primera intervención de Lenin ante los activistas del partido con motivo de la discusión en torno al papel y las tareas de los sindicatos en la edificación del socialismo.

La discusión fue impuesta al partido por Trotski. El 3 de noviembre de 1920, Trotski pronunció un discurso en una reunión del grupo del PC(b) de Rusia en la V Conferencia Sindical de toda Rusia, en el cual combatió la línea del partido de desplegar en los sindicatos los principios democráticos y exhortó a "apretar los tornillos del comunismo de guerra". La esencia de las discrepancias radicaba en "los métodos de *abordar* a las masas, de ganarse a las masas, *de vincularse* a ellas". Las discrepancias surgidas en el grupo fueron transferidas, para su discusión, al Pleno del CC del PC(b) de Rusia. Sin embargo, a fines de diciembre, la discusión acerca de los sindicatos aumentó y rebasó el marco del CC. El 24 de diciembre, Trotski intervino en una reunión de activistas del movimiento sindical y de delegados al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia. Al día siguiente publicó un folleto, que marcó la formación de una fracción contra el partido. Esto sirvió de señal para que pasaran a la ofensiva otros grupos antipartido: "grupo de tope", "oposición obrera", "centralismo democrático", etc.

Lenin estaba en contra de la discusión, considerando que distraería la atención y las fuerzas del partido del cumplimiento de importantísimas tareas económicas, orientadas a combatir el desbarajuste de la economía y el hambre. Pero ante la intervención de los oposicionistas, los combatió enérgicamente, dirigiendo el golpe principal contra los trotskistas como fuerza fundamental de los grupos antipartido. En varios discursos posteriores y en el artículo *Una vez más acerca de los sindicatos, el momento actual y los errores de los camaradas Trotsky y Bujarin*, Lenin puso al desnudo el verdadero sentido de la lucha en el seno del partido, denunció el carácter fraccional de las acciones de los oposicionistas, que minaban la unidad del partido, y mostró la nocividad de la discusión impuesta por ellos. Al mismo tiempo formuló y desarrolló importantísimas tesis de principios acerca del papel de los sindicatos en el sistema de la dictadura del proletariado y de sus tareas en la edificación del socialismo.

La discusión acerca de los sindicatos duró más de dos meses. Durante ella, la inmensa mayoría de las organizaciones del partido aprobó la plataforma leninista. La oposición sufrió una derrota completa en todas las organizaciones principales. El resumen de la discusión fue hecho en el X Congreso del partido, celebrado del 8 al 16 de marzo de 1921.

151 *Smolny*: edificio del antiguo Instituto Smolny, de Petrogrado; residencia del Gobierno soviético hasta que se trasladó a Moscú en marzo de 1918.

152 Lenin se refiere a la resolución de la IX Conferencia del PC(b) de Rusia *Las tareas inmediatas de la construcción del partido.*

153 "*Grupo de tope*": uno de los grupos fraccionales antipartido que actuó durante la discusión sindical de 1920 y 1921. Lo encabezaba Bujarin. Se le dio la denominación de "grupo de tope" porque pretendía conciliar el trotskismo con el leninismo, intentaba desempeñar el papel de "tope" al chocar las dos plataformas y, en el fondo, defendía y encubría a los trotskistas, ayudándoles en la lucha contra Lenin, contra la política del partido. Poco después, los bujarinistas se unieron abiertamente con los trotskistas. Lenin definió la plataforma del "grupo de tope" como una desviación hacia el sindicalismo, que conducía a abjurar del papel dirigente del partido, y la calificó de "el colmo de la descomposición *ideológica*".

154 La *Glavpolitput* (*Sección Política Principal del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación*) se instituyó en febrero de 1919 como organismo político temporal, que funcionaba bajo la dirección inmediata del CC del PC(b) de Rusia. En enero de 1920 fue reorganizada, dándosele la denominación de Dirección Política General del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación. La Glavpolitput fue creada para aplicar medidas de emergencia contra la desorganización completa del transporte (originada por la guerra imperialista y la guerra civil), reforzar la dirección de la labor política y de partido entre los obreros del transporte y fortalecer el Sindicato Ferroviario.

La Glavpolitput implantó la disciplina militar en los ferrocarriles, subordinándolos por entero a las tareas del tiempo de guerra. Los métodos excepcionales empleados por la Glavpolitput en sus actividades permitieron salvar el transporte del desbarajuste, pero, al mismo tiempo, acentuaron el burocratismo y engendraron la tendencia a apartarse de las masas y renunciar a los métodos democráticos en la actividad sindical.

En 1920, al terminar la guerra civil y pasarse a la construcción pacífica, la Glavpolitput fue suprimida por acuerdo de la sesión plenaria del CC del PC(b) de Rusia celebrada el 7 de diciembre.

155 El *Cectrán* (*Comité Central del Sindicato Unificado del Transporte Ferroviario, Marítimo y Fluvial*) quedó constituido en septiembre de 1920. La

unificación de los dos sindicatos del transporte estuvo dictada por la necesidad de crear una dirección centralizada fuerte, capaz de asegurar el cumplimiento de las tareas concernientes al restablecimiento del transporte, cuya desorganización amenazaba con paralizar la economía del país. La dificultad de las tareas planteadas hizo necesario aplicar con carácter temporal una política de medidas de emergencia y de métodos militares de trabajo en la organización sindical. Después de haber realizado una labor considerable para restablecer el transporte, el Cectrán degeneró en un organismo burocrático alejado de las masas sindicadas. El burocratismo, los métodos de ordeno y mando, el "designacionismo" para desempeñar cargos y la renuncia a los métodos democráticos de trabajo, defectos intensamente inculcados por los trotskistas -que se habían apoderado de la dirección del Cectrán-, enfrentaban a los obreros con el partido y dividían las filas de los trabajadores del transporte. Estos métodos nocivos fueron condenados por el Comité Central del partido. Las sesiones plenarias del CC del PC(b) de Rusia celebradas el 8 de noviembre y el 7 de diciembre de 1920 acordaron que se incluyera al Cectrán en el sistema general de trabajo del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia con los mismos derechos que los demás sindicatos y recomendaron al Cectrán que cambiara sus métodos de trabajo, en el sentido de ampliar la democracia sindical y practicar la amplia elegibilidad de todos los organismos sindicales.

156 La *Politvod* (*Glavpolitvod: Dirección Política Principal del Transporte Marítimo y Fluvial del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación*) se formó el 1 abril de 1920 como sección de la Glavpolitput (véase la nota 154). Estaba llamada a ejercer el control político del mecanismo técnico y administrativo, dirigir la labor de educación política orientada a restaurar con rapidez el transporte, por agua, luchar por elevar la productividad del trabajo e implantar la disciplina laboral. Fue suprimida en diciembre de 1920.

157 *Petrográdskaya Pravda* ("La Verdad de Petrogrado"): diario, empezó a publicarse el 2 de abril de 1918 como órgano del Comité Central y del Comité de Petrogrado del PC(b) de Rusia. En enero de 1924 se le dio el título de *Leningrádskaya Pravda* ("La Verdad de Leningrado"), con el que sigue apareciendo en la actualidad.

158 *La orden de V. I. Zof del 3 de mayo de 1920* se publicó aquel mismo año en el número 5 del *Boletín de la Dirección Regional del Transporte Fluvial y Marítimo del Sistema María*. En ella se decía: "Así pues, en la vida del transporte fluvial se inicia un viraje radical. Desaparecen los métodos artesanos de trabajo, la proliferación de los comités, la falta de sistema y la anarquía, y el transporte fluvial pasa a depender del Estado. Al frente de él figurarán comisarios políticos con los poderes correspondientes., Queda anulada la facultad de los comités, de los sindicatos y de los delegados electivos de intervenir en los asuntos técnicos y administrativos" ". Esta orden era un modelo de burocratismo y de los métodos de ordeno y mando que implantaban intensamente los trotskistas en el Cectrán, así como una prueba evidente de incomprensión del papel de los sindicatos en el resurgimiento del transporte. Los sindicatos eran equiparados a los comités en el ejército (que habían vivido ya su época), se les denominaba "proliferación de los comités" y se los apartaba, por medio de una orden, de la organización del trabajo en el transporte por agua.

159 La *Inspección Obrera y Campesina* (Rabkrín) se constituyó por iniciativa de Lenin, en febrero de 1920, mediante la reorganización del Comisariado del Pueblo de Control del Estado, creado en los primeros meses de Poder soviético.

160 El *II Congreso de Mineros de toda Rusia* se celebró en Moscú del 25 de enero al 2 de febrero de 1921. Su apertura fue precedida de cuatro reuniones del grupo del PC(b) de Rusia (celebradas del 22 al 24 de febrero), en las que se entabló una discusión sobre el papel y las tareas de los sindicatos. En estas reuniones presentaron informes Lenin, Trotski y Shliápnikov. La mayoría absoluta de los componentes del grupo apoyaron a Lenin.

161 *Distribuidora Central de Prensa*: agencia central del CEC de toda Rusia fundada en 1918 para la distribución de periódicos y demás publicaciones.

162 La *Comisión Central de Distribución y Control*, adjunta a la Editorial del Estado, fue organizada en diciembre de 1919 para confeccionar un plan único de control y distribución de las publicaciones.

163 *Ekonomícheskaya Zhizn* ("La Vida Económica"): diario que se publicó desde noviembre de 1918 hasta noviembre de 1937 como órgano del Consejo Superior de Economía Nacional, del Comisariado del Pueblo de Hacienda, del Banco del Estado y de otros comisariados del pueblo relacionados con la economía.

164 El *Boletín de la Comisión Estatal para la Electrificación de Rusia* lo publicó en Moscú, desde abril hasta agosto de 1920, la Editorial Técnica del Estado, perteneciente a la Sección Tecnocientífica del Consejo Superior de Economía Nacional. Vieron la luz solamente cinco números.

165 Lenin alude a la obra *El Estado del futuro, la producción y el consumo en el Estado socialista*, del profesor de Economía Política alemán Carlos Ballod (Karl Ballod. *Der Zukunftsstaat, Produktion und Konsum im Sozialstaat*). El libro se publicó en 1898 en Alemania. En 1919 vio la luz su segunda edición, revisada; en 1920 apareció en Moscú, en ruso.

166 Lenin cita aquí y más adelante el Programa del PC(b) de Rusia, aprobado en marzo de 1919 en su VIII Congreso.

167 *Tit Títich*: comerciante rico de la comedia *Mientras lo*